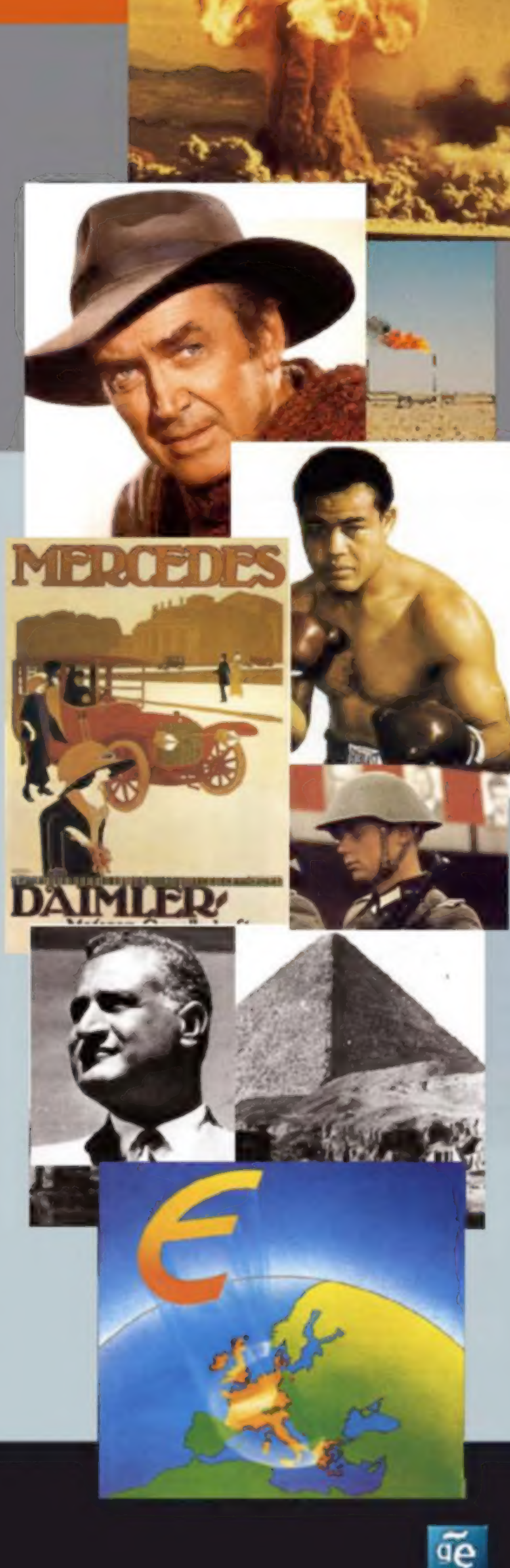
6

1950-1959

La era nuclear

Historia Gráfica del Siglo XX



ibercultura

HISTORIA GRAFICA DEL SIGLO XX

VOLUMEN VI

1950 ~ 1959

LA ERA NUCLEAR

EDITORIAL LABOR, S.A.

ISBN: 978-84-3352-700-4 Obra Completa
ISBN: 978-84-3352-706-6 Tomo VI

Impreso en España
www.ibercultura.net

Sumario

Pág.

¿Qué es un siglo?

Por JULIO CARO BAROJA

I

LA idea de que si el hombre interroga a la naturaleza respecto a sus secretos, ésta le responde en términos matemáticos, ha llegado a popularizarse. Hoy se pretende a veces, también, que las matemáticas han de darnos, al fin, una respuesta segura a los secretos de las llamadas ciencias sociales: a los de la antropología, etc.

Sospecho que los que piensan esto se hallan aún bajo los efectos que produjeron los maravillosos descubrimientos de Galileo, Newton, etc., y que este culto a la exactitud les hace un poco idólatras de la misma, o al menos de lo que ellos consideran como exacto.

Hace mucho que en la Historia se introdujeron algunos modestos principios matemáticos para fijar el tiempo en que ocurrieron ciertos hechos notables, y se elaboraron tablas de sucesos en forma de «anales». Ya los logógrafos griegos usaron de listas de magistrados, sacerdotes, sacerdotisas, ganadores de premios deportivos, etc., y establecieron cronologías; matematizaron, en suma. Pero todavía hay pueblos que, cuando necesitan hacer referencia a un acontecimiento del pasado, se ven en dificultad, incluso con sus propias matemáticas reguladoras. Por ejemplo, los nómadas del Sáhara son mahometanos y, por lo tanto, tienen una forma de contar los años, con arreglo a la era islámica. Esto en teoría. Pero en la práctica las referencias se llevan a cabo de modo muy distinto. En primer lugar, cada grupo gentilicio, cada cabila, recuerda una lista de años que se caracteriza por algo importante que le ocurrió al grupo mismo: «el año de la langosta» o «el de la abundancia de agua», por ejemplo. En segundo lugar, cada generación no recuerda, en el mejor de los casos, más que muy pocos nombres de años anteriores a su aparición sobre la tierra, y los nombres desaparecen con los hombres y las mujeres que los crearon. Para el nómada, una fecha, una cifra de la era islámica es poco significativa. ¿Pero qué significa para muchos europeos, exactamente, otra de la era cristiana, como 1982 por ejemplo?

Algo muy particular y relativo a él y su grupo: que es joven, que es viejo, que tiene dinero o que no lo tiene. El contenido histórico de la fecha en relación con otras anteriores se le escapa casi del todo.

Sin embargo, los historiadores quieren llenar de significado cuantioso y a la par riguroso a fechas como ésta y no sólo recurren a referencias a años, sino también a otras «matematizaciones» o siglos y edades, cargándolas de inmensos contenidos. De contenidos que para unos es indiscutible..., para otros no tanto.

Desde fines del siglo XVIII se ha popularizado la división de la Historia universal en edades: Antigua, Media, Moderna...; lo de Contemporánea es un apéndice. Lo bueno es que cuanto más se profundiza en el estudio de las edades semejantes, más se ve que dentro de cada una de ellas se refiere a cosas muy distintas entre sí por muchos conceptos. Así ocurre, en primer lugar, con la Edad Media: porque meter en la misma marmita el siglo VII y el siglo XIV es garantía de sacar un mal guiso, y lo del distinguir entre Alta y Baja es otro arbitrio tan insuficiente como podría ser el de hablar de Edad Izquierda y Edad Derecha. ¿Hay que dividir de nuevo o hay que prescindir de la división? ¿Se puede hablar de divisiones naturales y de otras que no lo son? ¿Hay que fijarse, ante todo, en la política para periodizar, o es preferible atender a la economía o a la cultura? ¿Es «antihistórico» —como se ha dicho alguna vez— escribir Historia teniendo en cuenta sólo los hechos del pasado con algún efecto en la actualidad, o es una forma especial de Historia tan cierta como cualquier otra? La experiencia indica que los grandes intentos de periodización se hallan dominados por interpretaciones subjetivas de la Historia misma o basadas en una experiencia que asusta o asombra. Es (fue) en la duración del Imperio romano en un caso, aparición de los pueblos invasores o de las nacionalidades en otros, etc.

En todo caso, hoy la idea de periodizar está tan metida en las conciencias de las gentes cultas que ha llegado a usarse de modo común para aludir a algo que no es comparable a la invasión de los bárbaros o el descubrimiento de América.

II

HOY y ayer. Porque, por ejemplo, los padres de las personas de la edad del que escribe esto, nacidos a fines del siglo XIX, hablaban de lo que significó para la juventud dorada de su tiempo la noción de «fin de siglo» o fin de siècle. Y antes se especuló sobre un pretendido «mal del siglo», mal du siècle: una extraña enfermedad psíquica fundada en la consideración de algo con apariencia tan abstracta como son los números 1800 y 1890. Esto se debe en parte a un viejo contenido esotérico que se da a los números. En parte mayor, a que concretamente la idea de siglo, saeculum, está cargada, también desde

antiguo, del contenido que no es el puramente matemático, de expresar los cien años. Sabido es que los romanos distinguían un siglo civil y otro natural. Pero dejando antecedentes y recuerdos, resulta que el fin del siglo XIX se señala por el hecho de que la gente joven y aun la madura creían que su vida estaba condicionada por eso: porque el siglo terminaba y con él acababan muchas cosas y empezaban o debieron empezar otras.

Hoy vemos que 1890 no era demasiado diferente a 1901 ó 1902, y que los males o bienes de fin de siglo rebasaron la fecha crítica por delante y por detrás. Hoy nos parece también a algunos que, si hay que llevar a cabo nuevas y grandes periodizaciones, la era contemporánea, la nuestra, no comenzó en 1901, primer año del siglo XX, sino en el verano de 1914, cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Las razones para creer esto son obvias, desde el punto de vista político y económico.

¡Y sin embargo! En un brillante prólogo general que escribió Ortega para la serie de obras que constituyen la que llamó Biblioteca del siglo XX y que aparecieron, en conjunto, hace cosa de sesenta años, decía de modo categórico: Desde hace tiempo sostengo en mis escritos que existe ya un organismo de ideas peculiares a este siglo XX que ahora pasa por nosotros. La ideología del siglo XIX, vista desde ese organismo, parece una pobre casa tosca, maniática, imprecisa, inelegante y sin remedio periclitada. Ortega se refería a obras que, en efecto, habían aparecido en las dos décadas primeras del siglo, a teorías que revolucionaban la física, a reacciones duras contra el evolucionismo biológico, a concepciones de la Historia, etc. No tanto a revoluciones artísticas y literarias de que dio cuenta después.

Acaso hoy vemos, y no sin inquietud, que mucho de lo que Ortega consideraba como tosco, inelegante y periclitado sin remedio tiene mucha fuerza, y que varios «sistemas» surgidos en pleno siglo XIX tienen todavía una fuerza y una vigencia enormes.

El evolucionismo domina muchas mentes. Nada se diga del materialismo histórico, etc. ¿Qué pensar entonces? ¿Qué demonio de significación tiene esto del «siglo»? Porque, no cabe duda: cuando un profesor de arte o de literatura alude al Quatrocento, al Seicento, Setecento u Ottocento italianos se refiere a un cuerpo de hechos, de ideas, que suele caracterizar no sin matizaciones y divisiones, no sin que entre un momento y otro en el siglo haya diferencias grandes y se sucedan posiciones hostiles mutuamente: como si siguiera una ley de sucesión de principios opuestos, que, en realidad, se sostiene que existe, utilizando otros criterios. Pero la noción del siglo le sirve de trama.

III

¿Es algo más que trama? En 1900 hubo discusiones acerca de si éste era el primer año del siglo XX o si, en realidad, era el último del siglo XIX, y don José Echegaray no tuvo que esforzarse mucho para demostrar que un siglo tiene cien años y que 1900 era el último del XIX y no el primero del XX.

Partiendo de esto podemos seguir examinando el contenido de aquella cifra en términos históricos y nos daremos cuenta pronto de que las matemáticas son rigurosas, porque son abstractas, y de que las cosas concretas no se ajustan del todo bien a ellas. Recordemos algunos ejemplos.

En la vida política y cultural de España misma, una fecha mucho más significativa que la del 1900 ó 1901 es la de 1898. El fin del imperio colonial marca, más que el fin de una fase, el comienzo de otra y el florecer de grandes ilusiones, como es sabido. Podría pensarse que, paralelamente, en Italia, el desastre de Adua, en 1896, marcó también más el comienzo de una era que 1901. En Italia, asimismo, se da una revisión de ideas, a consecuencia de aquel triste episodio, y surge toda una literatura pesimista en parte, regeneradora también en parte; lo paradójico es que mientras se hablaba de decadencia (decadencia de la raza latina en general), ahora vemos que los «decadentes» producían en las artes, en las ciencias y en la literatura cosas que a veces superaban a las que creaban los grandes imperios triunfadores, como el alemán o el inglés, las razas triunfantes.

El «fin de siglo» y el comienzo de siglo forman, en realidad, un todo con límites no precisos y que más pueden fijarnoslos las edades de los que entonces son jóvenes que otro criterio cualquiera. Porque en España (también en Italia y Francia, por lo menos) los que destacan a sus veintitantos o treinta años, nacidos alrededor de 1870, tienen que manejar muchas ideas «comunes», aunque luego cada cual las elabore a su manera y llegue a consecuencias distintas. También puede decirse que los que nacen en la década siguiente, la de 1880, se «despegan» mucho de los anteriores. Aún hoy vivimos bajo el influjo de aquellos hombres, de los que se están celebrando ahora los centenarios, mientras que, para la generalidad, los que nacieron hace ciento diez les parecen ya muy lejanos. Misterios de las cifras.

Irregularidades que tapan los números. Misterio también de las «vigencias» y su longitud. Un artista joven, hoy, puede creer que es «muy moderno» si pinta algo parecido a lo que podía pintar su abuelito en 1920; a la manera de los «revolucionarios» nacidos treinta o cuarenta años antes. Pero si se pinta como podía hacerlo un tío abuelo del mismo joven, nacido en 1870, se pensará que está inmerso en el pasado y en la vejez. Con la música puede parecer algo semejante. Nada se diga de la poesía.

Esto quiere decir que hacia 1910 hay en Europa una gente joven que parece dispuesta a romper moldes y que es la que abre una época: una época que por ser la «última» es la «mejor» para toda la caterva de «evolucionistas populares» que hoy existen y que creen que nuevo y bueno son sinónimos y que viejo y malo lo son también. El que escribe no entra en la

serie; pero esto ahora es lo de menos. Lo de más es que, en términos de política y economía, cuatro años después, en 1914, comienza de verdad otra era para el mundo. Era que no por ser la última es también la mejor. ¿Porque qué balance es el que nos ofrecen los sesenta y ocho años que va durando desde los puntos de vista aludidos? Dos guerras mundiales como no se conocieron nunca de trágicas, revoluciones sangrientas sin cuento, dictaduras feroces o estúpidas, genocidios, odios y resentimiento colectivos, ruinas de sistemas económicos, crisis de energía, paro... A algunos nos chocan (y nos irritan también) ciertos lugares comunes «progresistas», como es el de hacer aspavientos ante una enormidad reciente y decir: «¡Parece mentira que esto ocurra en pleno siglo XX!»

¡Pues no han ocurrido cosas tremendas en este bendito siglo de los adelantos técnicos! El espejismo evolutivo, optimista, hace pensar también a muchos en una correlación constante entre el avance de la mecánica y de la máquina, que es claro, y el avance en otros aspectos de la vida humana. Pero otros no ven, o no vemos, que tal correlación sea defendible, y hombres sabios, de mucha autoridad, nos están avisando desde hace tiempo de que el Šabbat, o aquelarre tecnológico que empezó con el industrialismo, puede tener un fin no agradable y que la técnica como dominadora de la Naturaleza (según un programa viejo, utilitario) puede llegar a ser también dominadora del hombre hasta esclavizarlo. Por otra parte, la cuestión de cuándo llega al toque máximo una actividad, un grupo de inteligencias, también es objeto de debates. A muchos les parece claro que por el hecho de estar «aquí, ahora» están en la cúspide. Otros no lo creen. Dos viejas tesis pesan, de modo más o menos consciente, sobre las mentes actuales. Una es la de que los hombres han pasado por diferentes edades, cada vez peores: de la de oro a la de plata, de ésta a la de bronce, y, en fin, a la última, más dura y despiadada: la del hierro. Es la vieja tesis, con antecedentes hindúes y persas, que expusieron Hesiodo y luego los poetas latinos, la que aún inspiró a Don Quijote en su estupendo discurso a los cabreros y la que ha servido de leitmotiv a predicadores y moralistas. Todavía hay alguna gente «chapada a la antigua» que nos hablará no del fin de siglo, ni del mal de siglo, sino de las maldades del siglo. Frente a ellos están, en mayoría aparente, los que creen en el progreso indefinido, a partir de unos estrados primitivos de salvajismo o bestialidad absoluta, hasta la perfección actual, que aún será mayor en el futuro. Estos se ponen, frente a Hesiodo, del lado de Protágoras o, si se quiere, de Demócrito. El match es antiguo —como se ve— y, como toda cosa que se repite mucho, resulta un poco aburrido.

Más prudente que pensar que el hombre empeora o que se hace a sí mismo (significando una fórmula utilitaria inglesa) será pensar que mejora y empeora, que se hace y que se deshace: cosa que ya sabía el «padre de la Historia», es decir, Herodoto de Halicarnaso, y que después parecen haber ignorado muchos hombres. Se deshace él y deshace lo que han hecho los demás. Y puede ocurrir que un grupo de hombres que vivieron en Mileto en el siglo VI a. de J.C. sea perfectísimo a nuestros ojos frente a cientos de miles y millones de hombres de hoy.

Herodoto creía que la soberbia era el peligro mayor que podía amenazar a un hombre o a un grupo de ellos. Daba causas religiosas y misteriosas a esto. El hombre soberbio, enorgullecido por sus triunfos y sus riquezas, es siempre objeto de la «envidia» o el resentimiento de los dioses, que se echan sobre él y lo aniquilan; así se hundieron reyes, monarquías e imperios, según la experiencia. La explicación del hundimiento por cólera celeste no nos puede parecer hoy muy válida; pero la existencia del hecho de que la soberbia embrutece y envilece a los hombres se puede demostrar una y otra vez, y no será nuestra época muy distinta en esto a aquella en que se vino abajo el poder de Creso. Los efectos de orgullos colectivos, de soberbias y cóleras individuales, de lo que los griegos llamaban hybris, los hemos padecido en nuestra época, tanto o más que en cualquier otra. Hemos visto a jefes casi deificados llevar a sus países a derrotas totales, hemos visto a masas y minorías populares lanzarse a programas de exterminio. No, no hace falta pensar que es porque producen la envidia de los dioses por lo que se hunden y arruinan a sus países. La Divinidad no tiene nada que envidiar en estos casos. En términos objetivos filosóficos, podríamos pensar, con algo de optimismo, que es la pérdida del sentido de la moderación en sí misma la que ocasiona tales ruinas: idea demasiado consoladora acaso.

Pero, en suma, ¿qué es un siglo, qué significa para el historiador?

El historiador tiene que manejar una cantidad considerable de materias, de ingredientes, como el antiguo farmacéutico en su rebotica. Tiene que clasificarlos, ordenarlos, guardarlos; también administrarlos. Necesita recipientes de distintos tamaños. Uno de ellos, con cabida determinada, es el recipiente que llama siglo. Pero lo que tiene que guardar o meter en él es de volumen no siempre igual. A veces el recipiente sobra, a veces falta. Pero el recipiente está ahí y es cómodo. El contenido también está. Y con él no valen criterios de comodidad o incomodidad; si sobra algo, hay que ajustar el sobrante y es sólo la prudencia del farmacéutico la que vale en el caso.

Calderón se refirió al «gran teatro» y al «gran mercado» que es el mundo. También en su época se comparó el paso de los hombres por la vida a una navegación, que puede ser feliz o no, siempre arriesgada. Que el historiador sea algo así como un farmacéutico en su antiguo laboratorio, lleno de tarros, pesos y medidas para dosificar sustancias variadísimas y de efectos problemáticos, que con frecuencia tienen nombres solemnes, majestuosos y poco correspondientes a la eficacia que se les atribuye, no es símil que haya sido usado. Pero no cabe duda de que con frecuencia el historiador también ha fabricado grandes triacas y ha creído en recetas que luego se desdeñan.

1950

LA oposición URSS-USA encuentra en la península de Corea un motivo de enfrentamiento capaz de poner en peligro el equilibrio internacional.

El 25 de junio, tropas de Corea del Norte invaden Corea del Sur. El presidente Truman ordena a las fuerzas norteamericanas en el Asia oriental entrar en acción. Son 35 las naciones que apoyaron las acciones de la ONU en Corea, y 15 las que contaron con ejército en esta contienda.

La actividad diplomática no consigue impedir el desencadenamiento de las hostilidades. Se teme, por un momento, un holocausto nuclear.

Y mientras se combate en el paralelo 38, China invade el Tíbet, Truman ordena fabricar la bomba H, el mundo comienza a descubrir a Marilyn Monroe, Balduino asume la regencia en Bélgica, Neruda escribe su Canto general, en Maracaná (Río de Janeiro) Brasil pierde frente a Uruguay la copa del mundo de fútbol, y muere en una emboscada el famoso bandolero Salvatore Giuliano.

Hoy podemos decir que el armisticio de 1953 no es otra cosa que un símbolo del fracaso de la diplomacia ante los intereses de Rusia y Estados Unidos. La oposición entre las dos Coreas sigue siendo un hecho, y ello a pesar de que en el sentir del pueblo coreano se anhela una patria unida.

Roberto Mesa, vicerrector de la Universidad Complutense de Madrid y catedrático de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas de esta Universidad, analiza las claves del conflicto.



En los momentos más álgidos del conflicto coreano, el río Natkong arrastraba los cuerpos de los combatientes norcoreanos caídos en la contienda.

COREA, LA GRAN BATALLA DE LA GUERRA FRIA

La guerra en la península coreana, como en tantas otras ocasiones a lo largo del siglo XX, provocó el desplazamiento de grandes masas humanas. En la imagen, un convoy militar norcoreano transporta a paisanos hacia la frontera con China popular.

Retirada surcoreana ante el avance chino.

Una pequeña nación entre dos fuerzas: China y Japón

Corea, como otros tantos pueblos desconocidos para la historia de Occidente, no accedió a la categoría de objeto de consumo informativo hasta que prestó su escenario a uno de los grandes conflictos armados posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En su pasado ignorado, el territorio coreano, por su mismo condicionamiento geoestratégico —una península en el extremo oriental del continente asiático, entre China y Japón—, fue ambicionado siempre como plataforma operativa por los grandes poderes de cada momento. A comienzos del siglo XV, uno de los más ilustres emperadores chinos de la dinastía Ming, Yung Lo (1403-1424), impuso su poder en Corea, incorporándola a la autoridad de Pekín; anteriormente, los propios soberanos coreanos habían venido reconociendo la prepotencia del Imperio del Centro mediante el pago de tributos anuales; sin embargo, el país siguió conservando a través de los tiempos sus propias estructuras estatales.

Los niños, al igual que en todas las guerras, fueron las primeras víctimas inocentes de la contienda. Los huérfanos vagabundeaban por las carreteras coreanas, hasta que, de una o de otra forma, podían ser auxiliados por miembros de la Cruz Roja Internacional.



Huérfanos de guerra.

A lo largo del siglo XIX, con la entrada masiva de europeos y norteamericanos en el continente a través de la utilización de diversos métodos —apertura de puertos, legaciones extranjeras, bases militares, concesiones ferroviarias—, Corea no se libraría de las apetencias extranjeras. En 1866, la Francia imperial intentaría, sin éxito, una expedición militar a partir de sus bases en China; muy poco después, en 1871, la flota estadounidense bombardeaba las costas coreanas para ocupar, por un brevísimo espacio de tiempo, algunas fortificaciones costeras de las que más tarde se retiraría. Habrían de pasar casi ochenta años para que los soldados norteamericanos pisaran de nuevo la península.

Pero, secularmente, los mayores peligros para la independencia coreana habían procedido de sus dos grandes vecinos: China y Japón, al que también venían prestando tributos anuales de carácter económico. Japón, precisamente, desde la revolución Meiji (1868), había iniciado un proceso de modernización, de occidentalización, que le permitiría competir con las potencias europeas en su carrera expansionista sobre el continente asiático; un año antes, en 1867, Japón y Corea habían concluido un acuerdo diplomático en el que se afirmaba la plena soberanía coreana y que, en realidad, era un mecanismo de eliminación de la influencia china que dejaba expedito el camino al poderío japonés.

El expansionismo nipón

Con ocasión de una revuelta contra el poder imperial coreano, acusado de debilidad ante las potencias extranjeras —revuelta acaudillada por una sociedad de carácter secreto, tan frecuentes en el mundo político asiático—, la corte de Seúl solicitó, en su ayuda, la intervención militar de China y Japón. Es la primera ocasión en que dos ejércitos extranjeros se enfrentan para dirimir su liderazgo en Corea. La guerra chino-japonesa dio ocasión al ejército nipón para atravesar el río Yalú, penetrar en Manchuria y sitiar por mar Port Arthur. El fin de esta guerra y la derrota china se plasmaron en el histórico tratado de Shimonoseki (17 de abril de 1895), que motivó las protestas de Francia, Rusia y Alemania, alarmadas por el expansionismo competitivo japonés. Shimonoseki marca el inicio de la preponderancia japonesa, puesto que China, además de reconocer la independencia de Corea, cedió a Japón la isla de Formosa, las Pescado-



Guerra chino-japonesa, 1894.

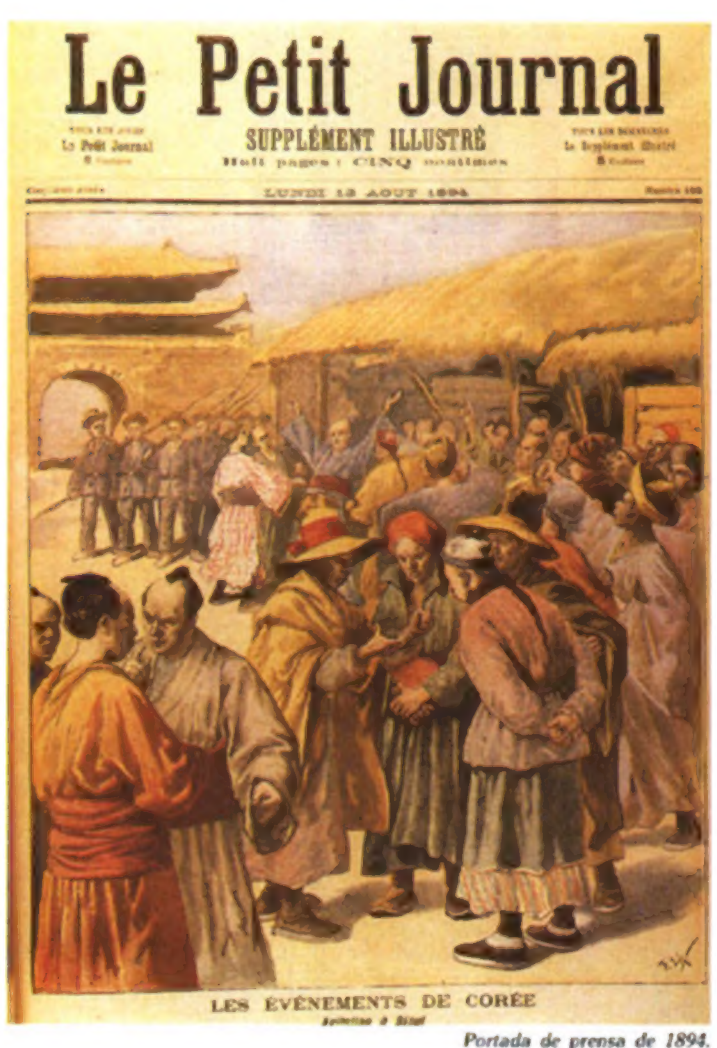
«En su pasado ignorado, el territorio coreano, por su mismo condicionamiento geoestratégico —una península en el extremo oriental del continente asiático, entre China y Japón—, fue ambicionado siempre como plataforma operativa por los grandes poderes de cada momento.»

La guerra chino-japonesa de 1894-1895 dio a los nipones la definitiva hegemonía sobre Corea, llegando incluso en 1910 a anexionar el nuevo territorio a su imperio. La independencia llegará sólo con la derrota de los japoneses en la Segunda Guerra Muncial.

res, la península de Liaotung, en Manchuria (que por las península europeas devolvería a China), y cursó el pago de una indemnización económica. Igualmente, por estas mismas presiones externas, Port Arthur pasaría a manos rusas. Corea, junto con Manchuria, se configuraba como una tierra de nadie a disposición de todos; el escenario apropiado para solventar rivalidades políticas y estratégicas. La guerra de 1904-1905 entre el imperio japonés y el imperio zarista vendría a confirmar esta hipótesis. Las fuerzas japonesas ocuparon militarmente Corea y penetraron en Manchuria; en 1910, Japón se anexionaba formalmente la península de Corea. Ya en los años treinta, Manchuria pasaría a ser un Estado satélite japonés, bajo el nombre de Manchukúo, provocando una de las más importantes crisis de la Sociedad de las Naciones, organismo que se manifestó incapaz para oponerse a tal acto de agresión y violación de la legalidad internacional.

Rusia y Estados Unidos se reparten Corea

La guerra de 1939-1945 también tendría efectos muy considerables en Extremo Oriente. A comienzos del año 1945, la alianza que ya se perfilaba como claramente vencedora presentaba importantes fisuras en el frente asiático. La Unión Soviética, en el enfrentamiento final con



Le Petit Journal
SUPPLÉMENT ILLUSTRÉ
LUNDI 13 AOUT 1894
LES ÉVÉNEMENTS DE CORÉE

Portada de prensa de 1894.



Agricultores coreanos



Syngman Rhee, presidente de Corea del Sur, fue el más leal servidor de los intereses estadounidenses; su régimen, basado en la corrupción administrativa y en la represión policiaca, hizo fracasar los intentos de democratización surcoreanos.

Syngman Rhee, presidente de Corea del Sur.

Las carreteras y caminos coreanos se poblaron, en el período del conflicto, de campesinos que, con su casa a cuestas, tenían que buscar acomodo en tierras más tranquilas. Quedaba sin resolver el problema de las familias sin vivienda, sin medios de vida y expulsadas por la fuerza de su entorno habitual.



Miles de coreanos perdieron sus casas

Japón, se mantenía neutral en virtud de un tratado bilateral que la vinculaba al imperio nipón. De los acuerdos adoptados en la Conferencia de Yalta (11 de febrero de 1945) saldría un nuevo entendimiento entre la Unión Soviética y los Estados Unidos al que, lógicamente, se unió Gran Bretaña, y que diseñaba un futuro de hegemonía compartida en Extremo Oriente. El punto previo era la declaración de guerra soviética a Japón y, a partir de ahí, el reconocimiento a los soviéticos de los derechos que afirmaban habían sido conculcados en el año 1905; reconocimiento que implicaba, lógicamente, la devolución de considerables posiciones territoriales. Con respecto a Corea, el acuerdo se estipulaba sobre la base de la ocupación militar de la península. El 10 de agosto de 1945, las fuerzas soviéticas ocupaban la zona situada al norte del paralelo 38; un mes más tarde, las norteamericanas se establecían en la zona sur de la delimitación geográfica señalada. Concluida la Segunda Guerra Mundial, la Conferencia de Moscú (diciembre de 1945) determinó que se mantuviera durante cinco años el estatuto de la ocupación militar.

Corea se presentaba, pues, como un corolario más de las naciones divididas, junto a las dos Alemanias y a los dos Vietnams; uno de los resultados más penosos de la Segunda Guerra Mundial. La ocupación japonesa, iniciada en 1905, se concluía en 1945 para los coreanos con una nueva ocupación militar, ahora compartida, pero mucho más grave, puesto que los recién instalados eran las dos superpotencias mundiales. La situación era aún más dramática, ya que, en paralelismo con el pueblo vietnamita,

días antes de la llegada del cuerpo expedicionario estadounidense, los coreanos habían puesto en marcha un mecanismo político que debía conducirles a su plena independencia: el día 6 de septiembre de 1945 se había constituido en Seúl un gobierno nacional coreano, con poderes sobre toda la península, con el nombre de Gobierno Nacional de Corea, en donde dominaban los comités revolucionarios comunistas. Comités que fueron disueltos de inmediato por las fuerzas norteamericanas, que meses después instrumentaban un Consejo Democrático Representativo a cuyo frente colocaron a Syngman Rhee, hombre de formación norteamericana (había residido durante treinta y siete años en Estados Unidos), que pasaría a la historia como uno de los más preclaros desconocedores de los derechos humanos y de las libertades fundamentales. Muy poco después, en la zona norte, nacería la República Popular de Corea, con claro apoyo soviético. Al frente se situaría Kim Il Sung, que desde entonces y hasta nuestros días desempeña la presidencia con un modelo de satrapía que combina la tradición del despotismo oriental con los mejores rasgos estalinistas del culto a la personalidad. Todo un proceso de división territorial y política de un territorio nacional que guarda grandes paralelismos con el seguido y aplicado en las mismas fechas a las dos Alemanias, y que no parece, hasta el momento, tener visos de solucionarse.

El problema de Corea, ante la ONU

Ahora bien, la Conferencia de Moscú (1945), a más de la ocupación militar compartida, también había acordado la creación de una comisión mixta con un objetivo especial: la independencia de una Corea unificada bajo un gobierno democrático libremente elegido. Los trabajos de esta comisión arrastraron una vida lánguida durante dos años sin llegar a ningún tipo de decisión concreta; máxime cuando ya, en ambas zonas, separadas en principio por una simple línea de demarcación militar, se habían instalado formaciones gubernamentales feudatarias de sus respectivas potencias inspiradoras.

A finales de 1947, a instancias de Estados Unidos, la Asamblea General de la ONU examina el día 14 de noviembre en su agenda de trabajo la cuestión de Corea y aprueba la constitución de una comisión temporal, compuesta por nueve miembros, con la finalidad de alcanzar un doble objetivo: la retirada de todas las fuerzas militares extranjeras y la constitución de un gobierno democrático y representativo. La Unión Soviética y el resto de los países del bloque socialista miembros de la ONU no aprobaron esta resolución. En consecuencia, la comisión no pudo visitar Corea del Norte; pero sí presenció las elecciones que se celebraron en Corea del Sur (15 de agosto de 1948), que, en cierta medida, ratificaban la separación estatal del país. La Unión Soviética, que no reconocía competencia alguna a la comisión temporal, tampoco admitió la legalidad del gobierno de Seúl, insistiendo repetidamente en las Naciones Unidas que la reunificación del país era una competencia exclusiva del pueblo coreano. Y, como respuesta a la acción llevada a cabo en Seúl, el Consejo del Pueblo de Corea del Norte designaba, el día 9 de septiembre de 1948, a una «Asamblea de todo el Pueblo de Corea» (con 360 miembros por el Sur y 212 por el Norte) que, a su vez, nombró al gobierno de la República Popular de Corea. Ambos gobiernos fueron reconocidos *ipso facto* por los Estados de cada uno de los dos bloques en presencia: Estados Unidos y el bloque occidental, al gobierno de Thee, y la Unión Soviética y el bloque socialista, al gobierno de Kim Il Sung. Se sentaban así las bases de la guerra.

La postura soviética se enfrentaba abiertamente a las decisiones de la Asamblea General de la ONU, que, el 12 de diciembre de 1948, reconocía al gobierno de Corea del Sur como único gobierno legítimo de toda la península y creaba una nueva comisión cuyo objetivo era la reunificación de las dos zonas y la integración de todos los grupos y partidos políticos. Sin embargo, al menos, aunque muy lentamente, se había iniciado la retirada de las fuerzas nor-

El paralelo 38



Como si de una estela antigua se tratase, la Primera División de Caballería señaló el lugar, el paralelo 38, donde comenzó la guerra el día 25 de junio de 1950. El paralelo 38 se convertiría, con el paso del tiempo y al sobrevenir nuevos conflictos, como el de Vietnam, a partir de 1954, en el símbolo de las naciones divididas por una línea geográfica y que, en realidad, demostraban la impotencia de llegar a una paz negociada. El paralelo 38, como el paralelo 17, eran en realidad las líneas de armisticio, de alto el fuego, barreras que, por lo demás, serían frecuentemente violadas y constituirían murallas que impedirían finalmente la reunificación de naciones separadas, divididas en dos, de acuerdo con los intereses estratégicos y políticos de las grandes potencias.

teamericanas del Sur y de las soviéticas del Norte.

Habría que añadir que las elecciones celebradas en Corea del Sur en 1948, aparte las recomendaciones de las Naciones Unidas, habían dejado mucho que desear desde el punto de vista de la pureza democrática. En las semanas que precedieron a los comicios murieron cerca de seiscientas personas asesinadas por extremistas de derecha y de izquierda. En tal clima de terror es más que dudoso que el resultado de la consulta electoral correspondiese a una manifestación de voluntad popular libremente expresada. Incluso en este aspecto, la resolución de la Asamblea General de la ONU del 12 de diciembre de 1948 dejaba sin aclarar más de un extremo, puesto que, al aludir a los trabajos de su propia comisión, indica que el gobierno del Sur ejercía un *control efectivo de la parte de Corea que la comisión temporal pudo visitar.*

Los acontecimientos en Asia, al final del decenio de los años cuarenta, agravaron vertiginosamente la situación para los intereses occidentales, en general, y para los estadounidenses, en particular. A más del empeoramiento de la situación en la colonia francesa de Indochina, en el mes de octubre de 1949 se proclamaba en Pekín la República Popular China, y el resto de las tropas nacionalistas derrotadas tuvieron que refugiarse en Formosa (Taiwan). Como luego sucedería en otras latitudes, Estados Unidos se encontraría con aliados molestos a los que no podía negar su apoyo, como serían los casos de Chiang Kai-shek y de Syngman Rhee. El sostén al aliado surcoreano no se haría esperar. El día 30 de mayo de 1950, las nuevas elecciones celebradas en Corea del Sur, pese al despliegue del aparato policial represivo, eran un tajante repudio de Rhee; de un total de 210 miembros de la Asamblea Nacional surcoreana fueron elegidos 133 candidatos independientes; los partidarios electos de Rhee descendieron de 56 a 12. Por otra parte, la campaña electoral del propio Rhee había ido acompañada de promesas de reunificación, mediante la ocupación militar y la conquista de Pyongyang, capital norcoreana. Se vivía un clima de preguerra.

Si una imagen vale por mil palabras, la presente es toda una premonición de los tiempos venideros. El 15 de agosto de 1948, el general Douglas MacArthur visitaba Corea por vez primera, con motivo de la proclamación en Seúl del gobierno de la República de Corea del Sur, bajo la presidencia de Syngman Rhee, que aparece en la foto a su izquierda. En los años siguientes, MacArthur sería, a un tiempo, el soldado profesional, defensor de su país, o el hombre que estuvo a punto de llevar a la humanidad a una guerra nuclear.

MacArthur y Syngman Rhee



Mapa del conflicto de Corea.



En el mapa puede seguirse la incidencia múltiple, avances y retrocesos, que en el plano militar tuvo la guerra de Corea. Incidencias militares que en cada momento fueron acompañadas de repercusiones políticas.



Pusan en ruinas

Estalla la guerra

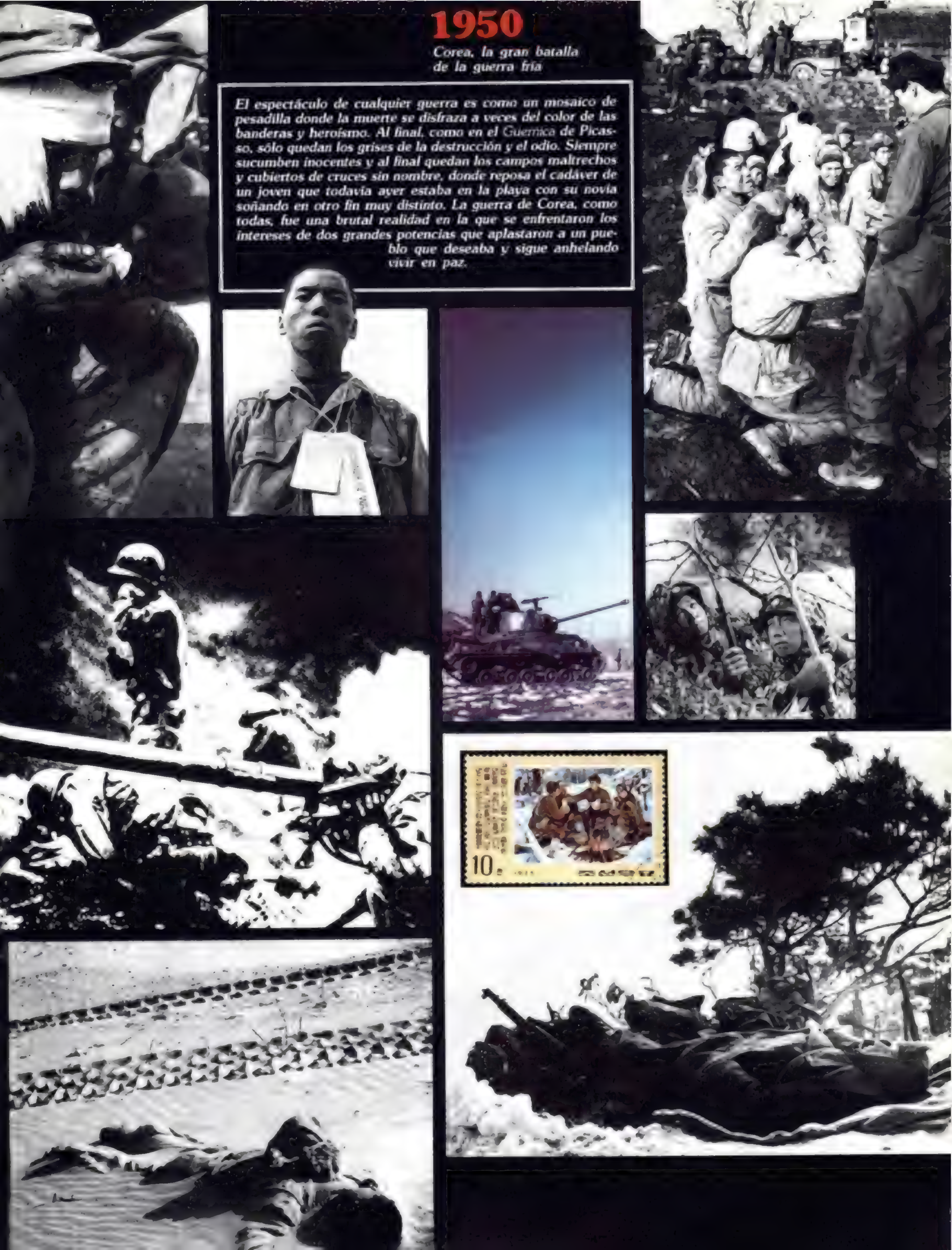
Desde 1947, el clima de entendimiento, las reliquias de la alianza militar y diplomática entre Estados Unidos y la Unión Soviética habían desaparecido. En su lugar había surgido una nueva dominante de las relaciones internacionales, bautizada con el nombre muy significativo de «guerra fría». La situación en Europa central, dramatizada por el bloqueo de Berlín, parecía augurar un nuevo choque armado en el Viejo Continente. Sin embargo, las diferencias se resolverían en escenarios muy distantes. La guerra fría aparecería en toda su crueldad, emparejada con el denominado equilibrio del terror o la paz precaria garantizada por el pánico ante el inmenso poder de destrucción de las recién descubiertas armas nucleares, monopolizadas en aquel entonces por las dos superpotencias. Pero la guerra fría o la paz armada no ahorrarían conflictos militares en otros escenarios. El lugar de excepción sería, precisamente, el continente asiático, en donde se sucederían una larga serie de conflictos, unas veces descolonizadores, otras repletos de un contenido social revolucionario, pero siempre bajo el signo común del enfrentamiento indirecto entre las hegemonías antagónicas. A la consigna de Asia para los asiáticos, Estados Unidos instrumentaría, mediante sus expertos primero y luego con su diplomacia, la teoría del dominó, de extraordinaria simpleza, pero, como el futuro se encargaría de demostrar, no carente de realismo: la pérdida de una posición arrastraría la pérdida de las restantes. Y lo que estaba en juego era, sencillamente, la presencia física de Estados Unidos en el continente asiático.

En este contexto, la guerra de Corea no ha sido llamada gratuitamente «la gran ilustración de la guerra fría». El 25 de junio de 1950, semanas después de las elecciones adversas a Syngman Rhee, el representante de Estados Unidos ante la ONU informaba al secretario general que aquella misma mañana fuerzas de Corea del Norte habían cruzado el paralelo 38 y habían comenzado la invasión de la República de Corea del Sur. El Consejo de Seguridad, reunido en sesión de urgencia y con la ausencia del delegado soviético, aprobaba, con la abstención de Yugoslavia, una resolución condenando a Corea del Norte por su acción militar y solicitando la retirada inmediata de sus efectivos militares, así como el cese de las hostilidades.

La acción parecía que había sido preparada cuidadosamente como respuesta a las amenazas agresivas de Rhee, y con un despliegue que

En Corea no sólo hubo, como en un comienzo parecía, el hostigamiento de los guerrilleros comunistas; fue también una guerra convencional que sólo tuvo el límite del armamento atómico. Ciudades enteras, como esta de Pusan, fueron completamente destruidas por los bombardeos de la aviación y el fuego artillero.





1950

Corea, la gran batalla de la guerra fría

El espectáculo de cualquier guerra es como un mosaico de pesadilla donde la muerte se disfraza a veces del color de las banderas y heroísmo. Al final, como en el Guernica de Picasso, sólo quedan los grises de la destrucción y el odio. Siempre sucumben inocentes y al final quedan los campos maltrechos y cubiertos de cruces sin nombre, donde reposa el cadáver de un joven que todavía ayer estaba en la playa con su novia soñando en otro fin muy distinto. La guerra de Corea, como todas, fue una brutal realidad en la que se enfrentaron los intereses de dos grandes potencias que aplastaron a un pueblo que deseaba y sigue anhelando vivir en paz.



Niña herida en Suwon

Los bombardeos no sólo destruían ciudades y poblados, también segaban vidas humanas. Para recibir los auxilios más elementales los campesinos [illegible] a sus hijos heridos a los mismos combatientes. En esta ocasión son los soldados de las Naciones Unidas los que tratan de ayudar a la hija del campesino herido en un bombardeo.



Portada del Newsweek



Marilyn en Corea

Eros y Tanatos también estuvieron presentes en Corea. La imagen creada en torno a Marilyn Monroe quizá no tuviese sus orígenes en el calendario famoso o en las películas que giraban en torno de las cataratas del Niágara; posiblemente el mito del mito naciese en las visitas que la estrella hizo a los combatientes norteamericanos en Corea. Marilyn sería en esta guerra del decenio de los cincuenta lo que la voz de Marlene Dietrich o las piernas de Betty Grable representaron en la Segunda Guerra Mundial. La pin up [illegible] hasta la muerte a los jóvenes norteamericanos.

difícilmente podía haber escapado a los servicios de información estadounidenses. Las fuerzas norcoreanas cruzaron el paralelo 38 por cuatro puntos distintos con unos efectivos de más de setenta mil hombres y con un considerable refuerzo de carros de combate.

El general MacArthur entra en acción

No faltaron, en su momento, observadores políticos que mantuvieron la tesis de que Estados Unidos, aunque sin propiciar directamente el conflicto, no hizo gran cosa por evitarlo. Entre los responsables de la omisión no dejó de señalarse al general Douglas MacArthur, ardiente defensor de una escalada militar en Asia como valladar al avance comunista. No sería correcto, ni tampoco de gran utilidad, descender a los términos de una polémica coyuntural que pueden ocultar la realidad escueta de unos hechos: una guerra civil que, a las pocas horas de iniciada, se transforma en un conflicto armado de carácter internacional y de repercusiones entonces insospechadas, marcando el tono de lo que luego sucederá en muchas otras zonas del mundo.

Cuarenta y ocho horas después del comienzo de las hostilidades, el 27 de junio, el presidente Truman ordenó que *las fuerzas aéreas y navales de los Estados Unidos cubriesen y apoyasen a las tropas del gobierno coreano.* Aquel mismo día se reunía nuevamente el Consejo de Seguridad de la ONU, que, tras constatar que Corea del Norte había hecho caso omiso de su llamamiento del día 25, acordaba que se imponía *urgentemente tomar medidas necesarias para restablecer la paz y la seguridad internacionales.* Al mismo tiempo, el Consejo recomendaba a los estados miembros de la Organización que prestasen su ayuda a Corea del Sur para rechazar el ataque armado. También en esta ocasión fue adverso el voto yugoslavo, y a la ausencia de la Unión Soviética se sumaron las de Egipto y la India. Posiblemente éste haya sido uno de los momentos más críticos en la historia de las Naciones Unidas, ya que la incomparecencia del delegado soviético, motivada por la negativa opuesta por el bloque occidental al ingreso de China popular, convirtió a la Organización por algún tiempo en un mecanismo al servicio de Estados Unidos y a remolque de sus intereses nacionales. A lo ya decidido hay que añadir que el mismo día 27 el gobierno de Washington movilizaba sus fuerzas aéreas, navales y terrestres en defensa de Seúl y había decidido el bloqueo de las costas coreanas.

Finalmente, en esta serie de resoluciones del Consejo de Seguridad, el día 7 de julio, este ór-

gano de las Naciones Unidas, con la abstención de tres de sus miembros (Yugoslavia, India y Egipto), aparte la ausencia soviética, adoptaba una nueva decisión en la que impulsaba a todos los estados miembros de la ONU a que cooperasen con el esfuerzo militar iniciado, poniendo sus efectivos a las órdenes de un Mando Unico dirigido por Estados Unidos, por el general MacArthur. Dieciséis países tomaron parte en esta campaña militar, con recursos muy variables; más exactamente, en esta fuerza norteamericana bajo bandera de la ONU se agrupaban: Australia, Bélgica, Canadá, Colombia, Estados Unidos, ciertamente, Etiopía, Filipinas, Francia, Grecia, Luxemburgo, Nueva Zelanda, Países Bajos, Reino Unido, Tailandia, Turquía y la Unión Sudafricana. Por su parte, la India, Italia, Dinamarca, Noruega y Suecia se limitaron a suministrar personal médico y sanitario. Ante esta actuación conjunta, el gobierno de Moscú afirmó, en todo momento, que la agresión había partido de Corea del Sur y solicitó el cese de la intervención armada, confiriendo al conflicto ese carácter entre cínico y kafkiano que imprime la política de bloques.

China popular envía sus divisiones

La guerra de Corea experimentó diversas etapas que también tuvieron su corolario ideológico y militar. Debe recordarse que el año 1950 señala el despegue y el auge de la acción del senador McCarthy en Estados Unidos y la apoteosis de la guerra fría en Europa central, con el rearme de las dos Alemanias. Hechos que, por alejados que resultasen geográficamente, repercutieron en el conflicto coreano. El 28 de junio de 1950, Seúl caía en poder del ejército norcoreano y las fuerzas del Sur se replegaban hacia las costas. Pero, el 15 de septiembre, la infantería de Marina norteamericana desembarcaba en Inchon, y a finales del mismo mes las fuerzas conjuntas alcanzaban el paralelo 38. Se había concluido la etapa que ponía fin a la invasión norcoreana.

En esta tesitura, el 7 de octubre, la Asamblea General de la ONU aprobaba una recomendación encaminada a *tomar las medidas necesarias para garantizar la estabilidad en todo el país,* creaba una Comisión de las Naciones Unidas para la Unificación y Rehabilitación de Corea (CNUURC), que todavía existe, y recomendaba la permanencia de las fuerzas de la ONU en Corea hasta que se lograran tales objetivos. Sin embargo, el mando político-militar estadounidense ya había desbordado los planteamientos tranquilizadores de la ONU, que además llegaban tardíamente. El día 1 de octubre, el general MacArthur ordenaba a las tropas bajo su mando la invasión de Corea del Norte. Con esta medida se superaba el propósito inicial: detener y neutralizar la agresión norcoreana, para proceder a la unificación por la fuerza de las armas, con una operación que tenía todos los visos de una expedición punitiva. Se progresó rápidamente en el avance territorial, y, a lo largo de

Soldados americanos



1950

Corea, la gran batalla de la guerra fría



DOUGLAS MACARTHUR

(Little Rock, Arkansas, 1880-Washington, 1964)

Hombre de una valentía excepcional y con una habilidad como estratega que pocos ponen en duda, Douglas MacArthur ha sido, sin embargo, una de las personalidades más discutidas de su época. Histriónico, megalómano e incapaz de aceptar una idea de los demás, según algunos; disciplinado, modesto, incluso afable, para otros, su auténtica personalidad fue siempre enigmática y contradictoria. También lo fueron las reacciones que provocó, desde la ola de emociones al ser relevado del mando en la guerra de Corea, cuando llegaron a venderse dos millones de discos con sus discursos, hasta la creación, tres años antes, de los clubs «Veteranos contra MacArthur» al presentarse su nombre para las elecciones primarias a la presidencia de los Estados Unidos por el Partido Republicano. En cualquier caso, siempre será recordado como el vencedor de Japón en la Segunda Guerra Mundial.

Hijo del general Arthur MacArthur, primer gobernador americano en Filipinas, nació el 26 de enero de 1880 en Little Rock, Arkansas. En junio de 1899 ingresó en la academia militar de West Point, de la que salió en 1903 con el número uno de su promoción. Por su deseo expreso, fue destinado a Filipinas y después a Japón, con-

Tras las escenas de exaltación en el combate, siempre hay la imagen de desvalimiento infantil de los héroes cansados que sólo encuentran desahogo en el llanto y en las lágrimas.

virtiéndose en un experto en temas del Extremo Oriente.

Durante la Primera Guerra Mundial luchó en Francia con el grado de coronel. Fue herido dos veces y condecorado trece. En 1918 ascendió a general de brigada. Al año siguiente fue nombrado director de la academia de West Point, puesto que nunca había sido confiado a un militar tan joven. En 1922 volvió a Filipinas por tres años y en 1930 fue nombrado jefe del Estado Mayor. Sus constantes llamadas de atención, en esa época de pacifismo en los Estados Unidos, sobre el peligro que suponían Alemania y Japón, le dieron fama de *militarista estridente*. En 1937 se retiró a petición propia, con el grado de general de división, *para acelerar los ascensos de los oficiales jóvenes*.

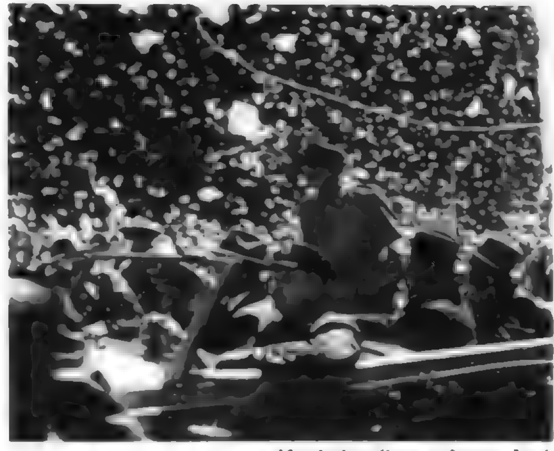
En julio de 1941 fue reclamado por el presidente Roosevelt, quien le entregó el mando de las fuerzas estadounidenses en el Extremo Oriente. Ante la aplastante superioridad del ejército japonés, MacArthur se replegó a Bataan y a la isla Corregidor. Cuando la resistencia se hizo imposible escapó en una motora a Australia, donde nada más llegar pronunció su histórico *volveré*, que se convertiría en el principal tema de la propaganda aliada.

Como jefe de las fuerzas aliadas en el Pacífico Sur desencadenó la contraofensiva con una táctica de «saltos de pulga» mediante un ataque general contra todos los puntos débiles japoneses en dirección a Filipinas. En octubre de 1944, tras la histórica batalla de la isla de Leite, MacArthur anunciaba: *He vuelto*. Dos meses más tarde era ascendido a capitán general. El 23 de febrero de 1945 entraba en Manila.

La capitulación japonesa hizo innecesaria la invasión planeada por MacArthur. Este fue nombrado gobernador militar del Japón y comandante en jefe de las fuerzas de ocupación. Durante cinco años ejerció un poder casi absoluto —se llegó a llamarle «el virrey del Pacífico»—

octubre, las fuerzas norteamericanas estaban cada vez más cerca del río Yalu, de la frontera con China popular. Faltaba muy poco para que entrara en escena un nuevo actor.

El 7 de noviembre de 1950 comenzaba la etapa más grave de la guerra de Corea. El general MacArthur hacía público un comunicado en el que afirmaba: *Los comunistas han cometido uno de los actos más contrarios al derecho internacional que la historia haya jamás registrado, haciendo pasar sin ninguna declaración de guerra elementos de tropas comunistas extranjeras, a través del río Yalu, a Corea del Norte.* Cierto que China popular había situado un número considerable de sus divisiones en la zona fronteriza y que expertos militares chinos se hallaban incorporados al ejército norcoreano. Pero aquí las historias de la guerra fría se entrecruzan. Por aquellas mismas fechas, en un intento de paz, una delegación de China popular, mediante invitación previa, había llegado a Nueva York, a la sede de las Naciones Unidas; entre otras propuestas, se tenía en estudio la creación de una zona neutral a lo largo de toda la frontera norte. Pero el día 24 de noviembre, en contra de todas las expectativas, el general MacArthur lanzaba a 100.000 de sus hombres sobre el río Yalu.



En la primavera de 1951, el presidente Truman destituye al general MacArthur del mando supremo de las fuerzas de los Estados Unidos en Corea. Su recorrido por Broadway fue el de un héroe norteamericano. Su aureola desaparecería pronto, acabando con su frustrado intento de presentarse a las elecciones presidenciales.

Al borde del holocausto nuclear

La acción militar emprendida no tenía ninguna justificación, a no ser que se buscase abiertamente un enfrentamiento armado con China popular. Y, con toda lógica, la respuesta fue inmediata: el 26 de noviembre, 20 divisiones de China popular penetraban en Corea del Nor-

Teniente norcoreano hecho prisionero

Todos los trofeos de las guerras son sangrientos, cuando no crueles. Un teniente de las fuerzas comunistas ha sido apresado por soldados norteamericanos. A la retaguardia llegaría la imagen del prisionero humillado, obligado a vestir una camiseta del ejército estadounidense.



NORTH AMERICAN F-86 «SABRE»

Realizó su primer vuelo el 1 de octubre de 1947 y fue el primer caza con ala en flecha propulsado por reacción que prestó servicio en la USAF.

Su primera acción de guerra tuvo lugar en diciembre de 1950 cuando el teniente coronel Bruce H. Hilton derribó el primer MiG-15 en Corea. Por primera vez se igualaban los reactores americanos a los rusos.

Batió el récord mundial de velocidad en 1948 pilotado por el mayor Richard L. Johnson, piloto de pruebas, alcanzando 1.079 kilómetros por hora.

Su motor es un General Electric J-47A, de 2.700 kilogramos de empuje. Tiene una envergadura de 11,27 metros y una longitud de 12,49 metros.

Este ejemplar operaba desde la base de Suwon en Corea, en 1951.

dirigiendo la transformación democrática de las instituciones del país con gran firmeza; *impone la democracia como un dictador*, se escribió sobre su actuación.

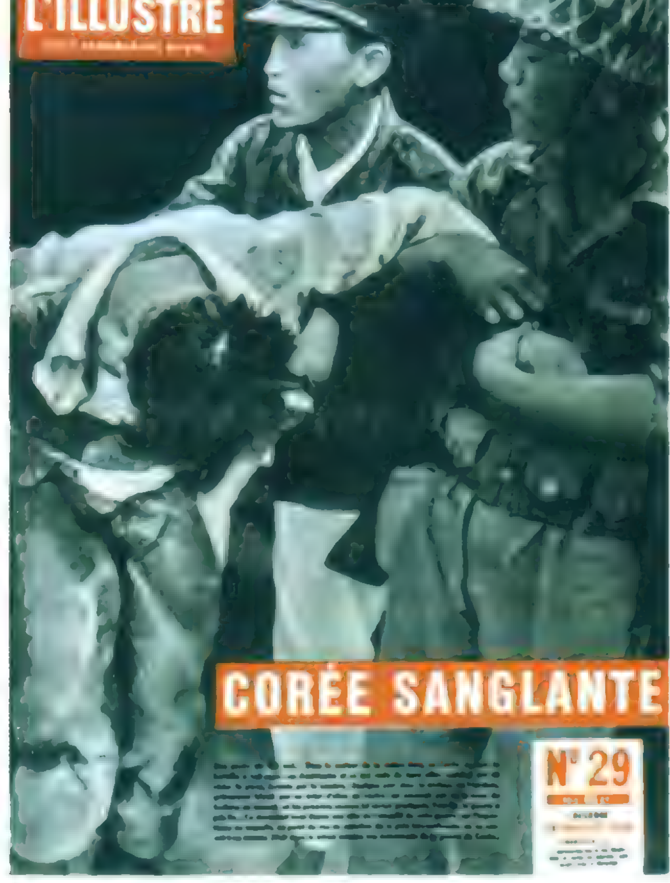
Al estallar la guerra de Corea, en junio de 1950, MacArthur fue puesto al frente de las tropas de las Naciones Unidas. Gracias a su decisión consiguió dominar una situación desesperada y reconducir las tropas norcoreanas a la frontera del río Yalu. Sin embargo, sus concepciones estratégicas, que admitían la posibilidad de extender el conflicto a China y de un eventual empleo del arma atómica, le enfrentaron al presidente Truman, que le destituyó el 11 de abril de 1951. De vuelta a Estados Unidos tuvo un recibimiento apoteósico que parecía augurarle una carrera política, pero la convención republicana se inclinó por Eisenhower para la presidencia. MacArthur aceptó la presidencia de la Remington Rand Incorporated y desapareció del mundo de la política.

te y emprendían un avance militar que llevó hasta las mismas playas coreanas a las tropas estadounidenses. Este fue uno de los instantes más dramáticos de la contienda: cuando más de una voz, entre ellas las del propio general Mac Arthur, solicitaban autorización del presidente Truman para arrojar bombas atómicas sobre el territorio de China popular. Se estuvo al borde del holocausto nuclear.

No obstante, al final se impuso la razón. Aunque a comienzos de 1951, en el mes de enero, Estados Unidos conseguía en la ONU una condena de China popular como país agresor, se abría camino lentamente la idea de una negociación que restituyese el conflicto, al menos, a su situación inicial. El propio presidente de la Asamblea General, junto con los gobiernos de la India y de Canadá, reiteró propuestas de alto el fuego que, de entrada, fueron rechazadas por Pekín. En esta situación prenegociadora tenía lugar otro hecho altamente significativo: el día 10 de abril, el general MacArthur, que cada vez con más frecuencia adoptaba iniciativas particulares sin tan siquiera consultar con Washington, era destituido por el presidente Truman y reemplazado por el general Mattew Ridgway. Esta decisión fue interpretada en todos los medios diplomáticos como una muestra de la voluntad estadounidense de no ampliar el conflicto y de eliminar obstáculos a una posible negociación.

Ante el umbral de una guerra total en Asia, algo empezaba a cambiar. Se había llegado a un grado máximo en la escalada de terror: el paso siguiente podía ser un punto sin retorno. El 23 de junio de 1951, Jacob Malik, delegado soviético en las Naciones Unidas, hacía unas declaraciones que abrían las puertas a una posible

Las crueldades de la guerra ocuparon durante meses, casi años, la primera página de los semanarios de todo el mundo. Las atrocidades de la todavía reciente Segunda Guerra Mundial encontraron un público muy receptivo, fundamentalmente en Europa, que difícilmente asumió en su totalidad el conflicto coreano.



Portada de L'Illustre. Francia



Puente sobre el río Taedong.

negociación: *El pueblo soviético cree que convendría entablar conversaciones entre los beligerantes para imponer un alto el fuego y un armisticio que prevea la retirada recíproca de las tropas a uno y a otro lado del paralelo 38. ¿Puede tomarse tal medida? Lo creo, a condición de que exista un deseo sincero de poner fin a los sangrientos combates de Corea.* Días más tarde, esta declaración era refrendada por Andrei Gromyko, viceministro soviético de Asuntos Exteriores. El día 30 de junio, una semana después, el general Ridgway proponía la apertura de negociones, que eran aceptadas aquel mismo día por los mandos militares chino y norcoreano. El cese oficial de hostilidades no llegaría, sin embargo, hasta más de dos años después.

Se negocia la paz en el paralelo 38

Las negociaciones, que luego resultarían interminables, comenzaron el 10 de julio de 1951 en la localidad de Kaesong, situada a dos kilómetros al sur del paralelo 38. Asistían un representante militar norteamericano, otro norcoreano y un tercero de China popular. En la misma sesión de apertura, los negociadores comunistas proponían un triple plan de acción: cese inmediato de las hostilidades y del bloqueo; consideración del paralelo 38 como una línea de demarcación militar, encuadrado en una zona de 10 kilómetros a ambos lados del paralelo, totalmente desmilitarizada; y, finalmente, retirada en el más breve plazo de tiempo de todas las fuerzas militares extranjeras.

Las negociaciones trasladarían más tarde su sede a la ciudad de Pan Mun Jon, que por estas razones se haría famosa; pero con motivo de las discrepancias surgidas sobre el tema de la repatriación de los prisioneros se suspenderían hasta



Los chinos abandonan Corea.

Para los no occidentales, sobre todo para los asiáticos, la guerra de Corea tuvo otra lectura. Era el despertar solidario de Asia contra el ocupante y el invasor extranjero. Es la sonrisa y el apretón de manos de dos combatientes comunistas, uno norcoreano y otro de China popular.

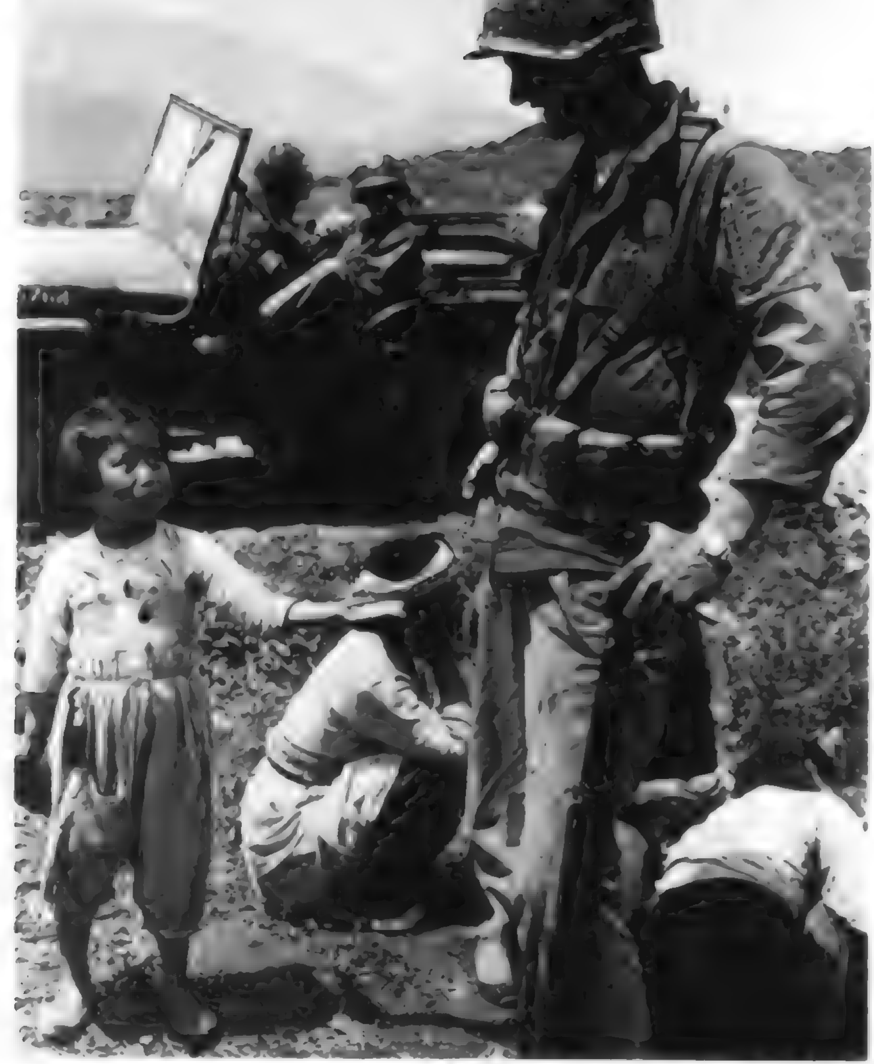


Población y soldados surcoreanos

Es el despertar y la independencia de Asia lo que quieren significar las sonrisas y los brazos alzados, en señal de victoria, de estos aldeanos que aclaman a sus combatientes.

La fotografía que ocupa la página de la izquierda daría la vuelta al mundo. Recibió en el año 1951 el premio Pulitzer. Refugiados procedentes de Pyongyang y de otros lugares colman el puente militar, provisionalmente instalado, en su huida hacia el Sur y ante el avance de las tropas de China popular.

el mes de abril de 1953. Resuelto este tema, el día 8 de junio se abriría inmediatamente la puesta a la firma del Acuerdo de Armisticio, que ponía fin a las hostilidades el 27 de julio de 1953. Las negociaciones habían durado dos años. El paralelo 38 dividía de nuevo a las dos Coreas; se creaba una zona desmilitarizada entre ambas y se prohibía la introducción de todo material de guerra, salvo el utilizado para reponer el existente a la firma del Acuerdo de Armisticio. Asimismo, se establecía una Comisión Internacional —compuesta por Suecia, Suiza, Checoslovaquia y Polonia— encargada de velar por el cumplimiento de lo pactado y, muy especialmente, por la retirada de las tropas extranjeras. El Acuerdo de Armisticio conservaría su vigencia hasta que fuese sustituido por un nuevo texto libremente negociado por las dos partes, por las dos Coreas.



Soldados norteamericanos al norte de Tokchon

Los niños no sólo son las víctimas, sino también los objetos más manipulados. El soldado, aparte de combatiente en la guerra, también puede traer la paz y los alimentos a los campos de refugiados. En ocasiones, será cierto; pero casi siempre se tratará de un elemento más en la guerra ideológica, profusamente utilizado por ambos campos.

Un país todavía dividido

En buena lógica diplomática, el Acuerdo de Armisticio sólo debería haber sido un paso hacia unos logros más estables y menos precarios; entre otras cosas, un tratado de paz y un proyecto viable de reunificación. En agosto de 1953, la Asamblea General de la ONU recordaba que estaba todavía pendiente el objetivo último de una Corea reunificada, independiente y soberana, bajo un gobierno único libremente elegido. Medidas que, lógicamente, contribuirían en gran parte a la estabilidad y a la paz internacionales. La vía propuesta de mediación de las Naciones Unidas fue rechazada por la Unión Soviética, y el problema escapaba una vez más de las competencias de la impotente Organización internacional.

En febrero de 1954 se reunían en Berlín los ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, de la Unión Soviética, de Francia y de Gran Bretaña. Entre otras decisiones, acordaban la convocatoria de una conferencia en Ginebra a la que invitarían a participar a los representantes de los gobiernos de China popular, Corea del Norte, Corea del Sur y de aquellos otros países cuyas fuerzas habían combatido en territorio coreano.

La Conferencia de Ginebra, con una agenda de trabajo enormemente conflictiva, se inauguraba el 26 de abril de 1954. Junto al tema de Corea figuraba en su orden del día la cuestión de Indochina. Era la primera vez que un representante de China popular participaba en una conferencia de tan elevado rango. Sin embargo, la derrota francesa de Diên Biên Phu dominaría el escenario diplomático de manera excluyente. En lo referente a Corea, resultó imposible llegar



Documentos intercambiados entre los dos bandos

Las negociaciones para el cese de hostilidades se eternizaron. Negociadores de uno y otro lado harían ahora sus méritos en los combates de la burocracia. Finalmente, toda esta gigantesca documentación haría posible un armisticio, pero aún no llegó a la meta última, a la reunificación del país.

a un entendimiento mínimo: las posturas estaban radicalmente enfrentadas. La Unión Soviética y los países comunistas preconizaban, como siempre a lo largo de todo el conflicto, las negociaciones directas entre las dos Coreas, de Estado a Estado. Norteamérica y los países occidentales recomendaban la celebración de elecciones libres en todo el territorio coreano, bajo el control de las Naciones Unidas.

Sin embargo, todavía puede registrarse un postrer intento llevado a cabo por 15 de los 16 Estados (la excepción fue la Unión Sudafricana) que bajo bandera de la ONU intervinieron en Corea: éstos, el 14 de noviembre de 1954, daban a conocer un informe, al que se sumaba Corea del Sur, con dos puntos esenciales para avanzar en el camino de la paz. El primero colocaba todas las competencias de mediación y pacificación en manos de las Naciones Unidas. El segundo repetía la demanda de celebración de elecciones libres. Como era previsible, el bloque socialista reiteró su postura de rechazo ya conocida. Luego pasarían los años y la aparición de conflictos todavía más dramáticos, como la guerra de Vietnam y las guerras del Cercano Oriente, haría olvidar esta gran batalla de la guerra fría.

Pan Mun Jon se convirtió en una especie de santuario negociador, de símbolo de la esterilidad diplomática. La nación coreana continúa dividida. Corea del Norte está totalmente integrada en la órbita soviética, y se ha despegado de la posible influencia de China popular. Corea del Sur ha experimentado múltiples golpes de Estado, también está lejana de un posible modelo democrático y, en realidad, es el último bastión militar norteamericano en el territorio continental asiático. Pero siguen vivos en el pueblo coreano los sentimientos y los deseos de una patria unida. Mientras tanto, al frente de ambos Estados, separados por una simple línea de armisticio, se perpetúan dos satrapías orientales de signo ideológico contrapuesto.

R. M.

Bibliografía básica

HOROWITZ, D.: *Estados Unidos frente a la revolución mundial. De Yalta a Vietnam*. Cultura Popular. Barcelona, 1967.

CHESNEAUX, J.: *Asia oriental en los siglos XIX y XX*. Labor. Barcelona, 1969.

KOLKO, G.: *Políticas de guerra*. Grijalbo. Barcelona, 1974.

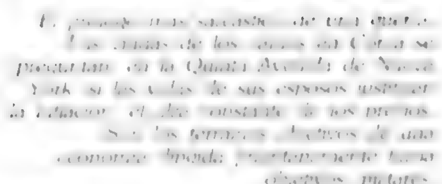
NÉRÉ, J.: *Historia contemporánea*. Labor. Barcelona, 1977.

PANIKKAR, K. M.: *Asia y la dominación occidental*. Buenos Aires, 1966.

FONTAINE, A.: *Historia de la guerra fría*. 2 vols. Caralt. Barcelona, 1970.

Los niños, los huérfanos de la guerra, una vez más. El 29 de mayo de 1954, F. C. Hammond Jr. recibe en nombre de su padre, Francis, muerto en Corea, la medalla de honor del Congreso, otorgada a título póstumo. Otros, más afortunados, pudieron salvarse, ahorraron sus vidas, aunque, en última instancia, no evitaron el fracaso de una generación norteamericana que quedaría profundamente marcada por el trauma producido por la guerra de Corea.







LA ESPAÑA DE LOS CINCUENTA



Bienvenido Mr. Marshall, de José Luis García Berlanga, fue una parábola, a veces tierna, a veces cáustica, sobre la no inclusión de España en los planes norteamericanos de ayuda económica a la Europa de la posguerra. Desde el balcón del Ayuntamiento, el alcalde José Isbert anuncia a medias con Manolo Morán la llegada de los «americanos» al pueblo y la necesidad de dispensarles un gran recibimiento.



A década de los años cincuenta es decisiva para España. Ha pasado más de un decenio desde el final de la cruel guerra civil que agotó los recursos económicos del país. Por primera vez se vislumbran elementos de cambio: la vida política internacional y la propia dinámica social empiezan a movilizarse

Ha desaparecido el hambre y la cartilla de racionamiento. La gente se va olvidando de los «maquis» y empieza a leer novelas del Coyote. y los más jóvenes. los tebeos del Guerrero del Antifaz y las historietas de Carpanta o Zipi y Zape. Son los años del NO-DO. de las canciones de Paul Anka en los guateques de verano. y de la llegada de Jorge Negrete a España. El pulso de la vida social va latiendo con una espontaneidad que hoy nos puede parecer entre ingenua y nostálgica

Gilda escandaliza al mismo país que se conmociona con el gol de Zarra retransmitido por Matías Prats y vitoreado de costa a costa. Es la década de las historias de la radio, de Cabalgata Fin de Semana, de Bobby Deglané. Gila. Pepe Iglesias «el Zorro» (para mayores y pequeñitos). Los señales radiofónicos en las novelas rosas de Guillermo Sautier Casaseca hacen llorar a miles de familias después del «parte» de las dos

Los escaparates se van llenando y los primeros turistas descubren las costas del Mediterráneo. Vuelven los embajadores a Madrid, después de la regulación de la ONU, y Franco, asentado firmemente en el poder, sigue inaugurando pantanos.

Luis Romero, ganador de los premios Nadal, Planeta y Espejo de España, reconstruye el mosaico de la España de los cincuenta

Augusto Assía, periodista, asiduo colaborador de La Vanguardia y de Ya, testigo de los principales acontecimientos políticos de este siglo, analiza el fin del aislamiento diplomático y los ejes de la política internacional del régimen de Franco.

Cartilla de racionamiento

En 1952 desaparecen las cartillas de racionamiento y con ellas las colas, los cupones y el mercado negro, que desde el final de la guerra civil han sido algo habitual para los españoles. Es un síntoma claro de recuperación económica, tan significativo como el crecimiento del parque automovilístico del país. Primero serán los Biscouter*; luego, a partir de noviembre de 1953, saldrán los primeros* Seat.

DEL ESTRAPERLO AL «SEISCIENTOS»

LOS años cincuenta son el arranque de una escalera que asciende hacia la prosperidad, la apertura de fronteras y, en consecuencia, hacia la libertad; pueden definirse como clausura de la autarquía y final de la cuaresma posbélica. De juzgar aquel período únicamente con perspectivas de hoy, desfiguraríamos la óptica de los españoles de entonces, que también debe ser tenida en cuenta.

La primera huelga

Al margen de acontecimientos políticos de superior trascendencia, en la primavera de 1951 ocurrió en Barcelona un hecho inusitado: a causa de un pequeño aumento, autorizado, del precio de los billetes del tranvía, se produjo una huelga de usuarios secundada durante varios días por el total de la población. Los barceloneses se desplazaban a pie y los pocos que disponían de coche propio invitaban a quienes marchaban en igual dirección. Hubo algunas manifestaciones y choques con la fuerza pública al degenerar la protesta cívica en demostración política. Se practicaron detenciones, pero las autoridades, que no mostraron el rigor que algunos temían, tuvieron que ceder: los billetes volvieron a costar cincuenta céntimos.

El Biscouter



Con general satisfacción, si se exceptúa a los estraperlistas, en 1952 se suprimieron definitivamente las cartillas de racionamiento. El pan volvió a lucir en los escaparates y poco después fue asimismo anulada, por innecesaria, la «tarjeta de fumador».

A la ciudad o hacia Alemania

Las ciudades, en particular las industriales, se desarrollan por presión demográfica interna y por las migraciones del campo a la ciudad. El crecimiento, más que de ordenada planificación, es producto de la especulación del suelo. España no se ha curado del colosalismo influido por la política ni de la necesidad de «fabricar» viviendas que dejen beneficios a los constructores e intermediarios.

Se pasa en estos años la barrera de los treinta millones de habitantes. Todavía circulan carros por calles y carreteras. Tranvías y trolebuses son los medios de transporte urbano; en Madrid y Barcelona es el metro, siempre atestado. Circulan pocos automóviles y apenas se conocen los problemas de aparcamiento. Los taxis son escasos, pero notablemente económicos.

El barraquismo es una lacra urbana y social que nadie es capaz de resolver. Comienza la emigración masiva de mano de obra al extranjero, y las divisas que irán aportando como resultado de su sacrificio favorecerán el despegue de la economía.

El agitado mosaico de un país en cambio

En el Madrid de 1956 se producen graves incidentes estudiantiles que están a punto de desencadenar una pequeña noche de San Bartolomé. La Universidad y el mundo del trabajo se agitan. En la Academia General Militar el prínci-

Al margen de una valoración política, es justo reconocer que las actividades de la OJE fueron durante algún tiempo la única posibilidad de diversión, aventura y deporte para los niños de un país que acababa de pasar por una sangrienta guerra.

pe Juan Carlos ha recibido su despacho de alférez. Es la época de las gigantescas y costosas universidades laborales.

De fuera llegan aires renovadores en teatro y literatura; su calidad no responde siempre a la aceptación del público. Se ha estrenado en París *Esperando a Godot,* de Samuel Beckett, que más que agradar sorprende. Pero el éxito es para la novela *Bonjour tristesse,* de Françoise Sagan.

Años de las bienales hispanoamericanas, del Plan Badajoz, de las catastróficas inundaciones de Valencia y Ribadelago, que originan movimientos de solidaridad emotiva.

Los pactos con los Estados Unidos aportan breves ráfagas de dólares y esperanzas de libertad. La IV flota visita con regularidad Barcelona y otros puertos del Mediterráneo; las prostitutas hacen su agosto; las más avispadas se «especializan» y toman lecciones intensivas de inglés.

En Barcelona, y en 1952, se ha celebrado el multitudinario Congreso Eucarístico, una de las últimas manifestaciones públicas de la Iglesia triunfante; los cardenales lucen colas de quince metros.

Concierto en Aranjuez

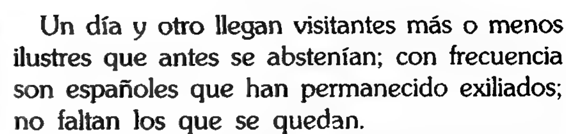
Junto a Carmen Amaya destaca La Chunga y, en otro estilo, llenan los teatros los bailarines Rosario y Antonio. Pero el maestro Vicente Escudero sigue siendo autoridad indiscutible.

Joaquín Rodrigo es ya famoso, aunque sólo sea por el *Concierto de Aranjuez,* y con él los guitarristas Andrés Segovia y Sainz de la Maza. Pau Casals se mantiene en la vertiente opuesta del Pirineo, y en 1958 fallece el director de orquesta Ataúlfo Argenta.

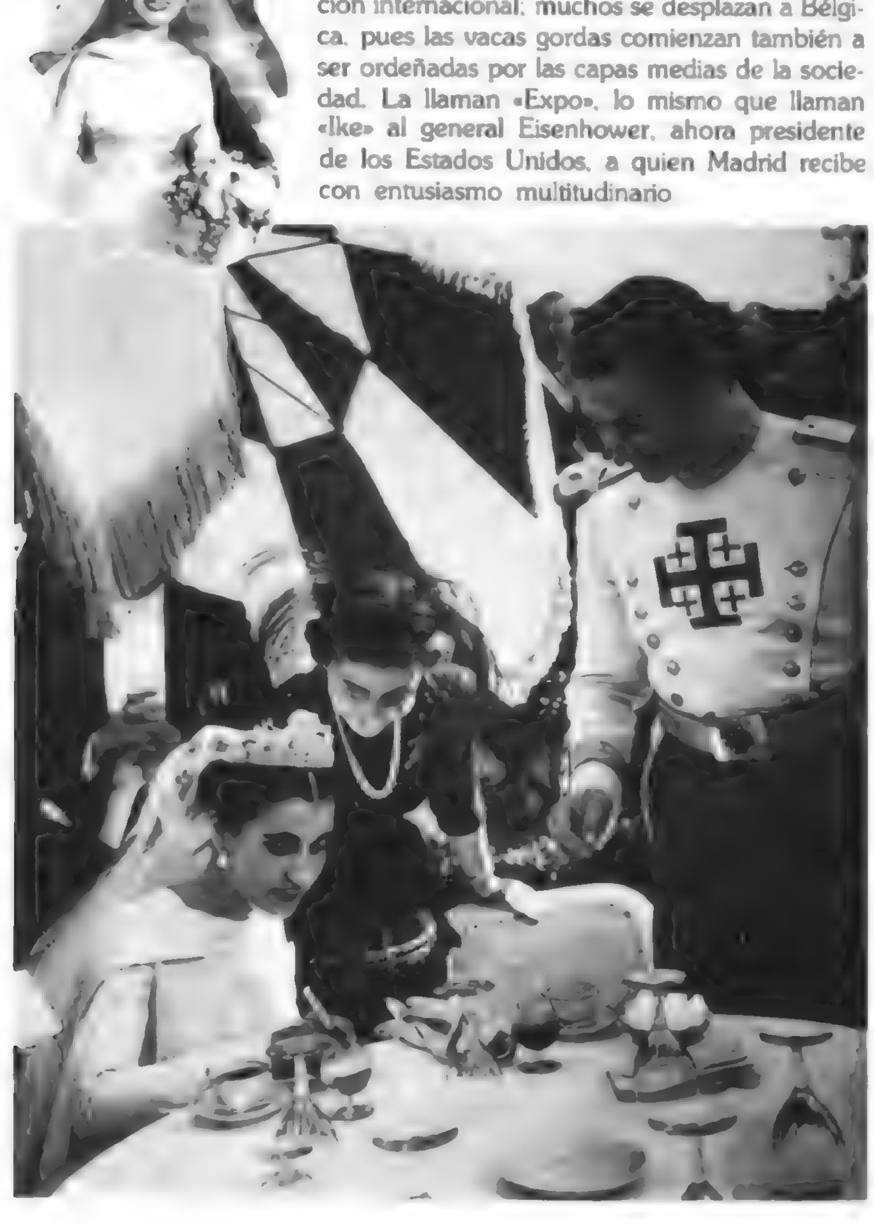
En las Ramblas, el Liceo convoca melómanos



Crecimiento de la población en Madrid



«Ayer, a las doce y media... se celebró el enlace matrimonial... Delante del palacio de El Pardo estaba formada la guardia mora... La novia, que estaba bellísima, vestía un traje de «faya» de seda natural y totalmente cerrado el escote... El novio vestía el uniforme de caballero de la Orden Militar del Santo Sepulcro... En el pueblo de El Pardo, engalanado por colgaduras y gallardetes, se repartió un donativo consistente en mantas, prendas de vestir y lotes de víveres conteniendo aceite, azúcar, arroz, pasta de sopa, patatas, chocolate, pan, carne y tabaco.» (ABC, 11-IV-50.)



y burgueses vestidos de etiqueta, cuyas esposas lucen modelos y joyas, mientras que la soprano Victoria de los Angeles ya recorre los escenarios del mundo.

En dos ruedas o en «Biscouter»

Parecen un tanto exagerados los ditirambos que se dirigen a Bahamontes y el recibimiento que se le hace en Toledo por haber ganado el *Tour* de Francia de 1959. Quizá sea una manera colectiva de expansionarse.

Los españoles asimilan apenas sin traumas las alteraciones que se producen. Marruecos, donde tanta sangre se derramó, se convierte en nación independiente (1956). El microsurco revoluciona el mundo del disco y contribuye a la expansión de la música.

En 1957 se celebra en Bruselas una exposición internacional; muchos se desplazan a Bélgica, pues las vacas gordas comienzan también a ser ordeñadas por las capas medias de la sociedad. La llaman «Expo», lo mismo que llaman «Ike» al general Eisenhower, ahora presidente de los Estados Unidos, a quien Madrid recibe con entusiasmo multitudinario.

Un día y otro llegan visitantes más o menos ilustres que antes se abstenían; con frecuencia son españoles que han permanecido exiliados; no faltan los que se quedan.

La ENSIDESA de Avilés, el Plan Badajoz, la concentración parcelaria, la refinería de Escombreras, la Pegaso y la SEAT, los pantanos que se construyen, los astilleros de Cádiz y El Ferrol y otras actividades que se ponen en marcha o están proyectándose, son síntomas de que se ha iniciado una etapa de desarrollo.

Conviene destacar unos fenómenos que caracterizan la década. En 1957 se ponen a la venta los primeros «Seiscientos»; el precio de 65.000 pesetas, aunque alto, resulta todavía asequible para muchos. Las familias de la «Vespa» con sidecar, los del «Biscouter» y otros muchos, en sus viajes, trabajos y esparcimientos van a disponer de este pequeño y magnífico vehículo desencadenante de una incruenta revolución de costumbres que, a su vez, pone en movimiento otras revoluciones. Como la capacidad de fabricación será por el momento insuficiente, dará lugar al uso de recomendaciones, a los sobreprecios, a la picaresca.

El Real Madrid y Antonio Bienvenida

No es cierto que el gol de Zarra en Maracaná, en julio de 1950, sea el acontecimiento principal de esta época, pero el fútbol, cuya incidencia en la vida española viene de muchos años atrás, conoce una vigorosa expansión que salta fronteras y todo lo arrolla. Dos colosos dominan el panorama: El Real Madrid, que gana cuatro años consecutivos la Copa de Europa, y el Fútbol Club Barcelona.

Y el otro espectáculo, que moviliza menos público aunque no cede en entusiasmo, son los toros. A pesar de que desde la muerte de Manolete (1947) había decaído ligeramente, sigue congregando multitudes en las grandes plazas y en las ferias y fiestas de los pueblos. Dominguín, Bienvenida, Ordóñez, el Litri y Chamaco son los famosos de esta etapa.

Autores de ayer y de siempre

De los años cuarenta perduraban los ecos literarios de dos adelantados de una nueva generación: Camilo José Cela, que había publicado *La familia de Pascual Duarte* (1942), y Carmen Laforet, ganadora del primer Premio Nadal (1944) con su novela *Nada*. Las generaciones anterio-

Kopa, Di Stéfano y Bernabeu

res a la guerra mantenían una presencia viva: Pío Baroja, Valle-Inclán —aunque desaparecido años atrás—, y también Azorín.

En poesía ocurría algo semejante con Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, y en particular con García Lorca, cuyo trágico fin y sus connotaciones políticas habían contribuido a popularizar su obra; lo mismo sucedió con Miguel Hernández. De entre los que permanecían en España se leía a Dámaso Alonso y a Gerardo Diego. Desde la década anterior ejerció marcada influencia entre los jóvenes Vicente Aleixandre, quien años después recibiría el premio Nobel de Literatura. Los libros de Neruda, Alberti y Cernuda eran buscados... y encontrados. Anatemizado por católicos integristas, Unamuno, fallecido en 1937, conoció renovado auge.

La polémica y la diferente interpretación sobre la historia de España entre Claudio Sánchez-Albornoz y Américo Castro fue seguida con interés.

La nueva poesía y novela

Está surgiendo una generación de poetas: Blas de Otero publica en 1950 *Angel fieramente humano,* y un año después, *Redoble de conciencia.* La actividad de los poetas es grande; algunos son a la vez críticos y hasta editores de poesía, como Gabriel Celaya.

En lengua catalana destaca Salvador Espriu.

La «saeta rubia», Alfredo Di Stéfano, jugaba su primer partido en el estadio de Chamartín con el Real Madrid el 23 de septiembre de 1953. El año anterior el Barça había ganado la Liga, la Copa y la Copa Latina. Con Di Stéfano y Santiago Bernabeu como presidente, el Real Madrid iba a conseguir varias veces la Copa de Europa. Un cronista deportivo de aquellos años describía así el estilo del gran delantero: «Su juego sigue en posesión de un toque impecable de pelota, de un dribling sobrio, muy ceñido y rápido, de una gran facilidad y precisión en el pase y de una concepción instantánea y certera de la jugada.»



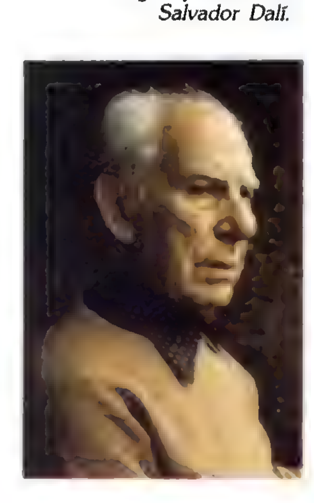
Camilo José Cela

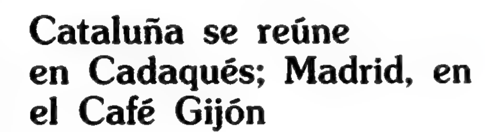
Camilo José Cela (fotografiado por Gyenes) nace en Iria Flavia, Padrón (Galicia), en 1916. Publica en 1942 La familia de Pascual Duarte, *que supuso un verdadero acontecimiento literario. Con su obra* Viaje a la Alcarria *alcanza un dominio del lenguaje de gran fuerza expresiva y estética. En 1951 aparece* La colmena.

Revistas como *Indice* o *Insula* en Madrid, *Espadaña* en León o *Destino* en Barcelona son ventanas por donde entra un aire fresco que otras veces se cuela incluso en publicaciones financiadas por el Estado, como *Correo Literario* y *Cuadernos Hispanoamericanos.*

En la novela están surgiendo nombres nuevos que atraen la atención de los lectores: Delibes, Ana María Matute, Elena Quiroga, Luis Romero, ganadores del premio Nadal; Juan Goytisolo, así como José María Gironella, cuya novela *Los cipreses creen en Dios* (1953) alcanza gran volumen de ventas. *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio, que gana también el Nadal (1955), marca un hito en la novelística del período. Muchos novelistas son traducidos a distintos idiomas en proporción y número muy superiores a lo que nunca lo fueron antes. La literatura española, España, era objeto de la curiosidad mundial. Entre los que escriben en lengua catalana, José Plá sobresale en diversos géneros y tiene fervorosos lectores.

En octubre de 1951 se celebra la Primera Bienal Hispanoamericana de Arte. El premio de pintura, dotado con 100.000 pesetas, es adjudicado a Benjamín Palencia por su cuadro Paisaje del amanecer. *El de escultura fue concedido a Juan Rebull, y el de la Bienal para la obra de un pintor, a Daniel Vázquez Díaz. Días después escribía Camón Aznar: «Es esta Bienal uno de los acontecimientos más sensacionales celebrados en Madrid en lo que va de siglo. Aquí se va a disputar el cetro del arte moderno. ¿París? ¿Roma? ¿Madrid? A pesar de las ausencias de algunos de esos pinceles que se mojan hoy, más que en ideas, en rencores, la respuesta bien puede darse desde estos muros abiertos por unos colores que brotan del pálpito mismo de nuestra raza.» Al hablar de rencores, Camón Aznar aludía a la «antipatriótica tentativa de Picasso de sabotear nuestra Bienal», según palabras de Salvador Dalí.*





Cataluña se reúne en Cadaqués; Madrid, en el Café Gijón

Como acto de afirmación cultural catalana y con motivo de un homenaje al poeta Carles Riba, se reúnen en Cadaqués representantes muy calificados de las letras y el arte catalanes: Segarra, José Plá, Salvador Dalí, el escultor Rebull y otros.

Al finalizar esta década, un número importante de escritores, artistas e intelectuales de los que viven en España y en el exilio, se reúnen en Colliure junto a la tumba del poeta Antonio Machado.

El madrileño Café Gijón se ha convertido desde los años cuarenta en punto de reunión de escritores, gentes de teatro, cineastas y aspirantes a todo ello. Durante más de quince horas diarias es lugar de cita, altavoz de novedades, meta de provincianos, lonja de contratación, feria de vanidades y mentidero fecundo.

«Bienvenido Mr. Marshall»

Berlanga y Bardem son las dos revelaciones del cine español: *Bienvenido Mr. Marshall, Calabuch, Muerte de un ciclista* y *Calle Mayor*



Amanecer en Palencia, de Benjamín Palencia.



El primer conflicto social con huelga, después de la guerra, tiene lugar en Barcelona por el aumento del precio en los billetes de tranvía. Era el mes de marzo del año 51. La gente se desplaza a pie, mientras los tranvías circulan vacíos. Se suceden enfrentamientos con la fuerza pública, hasta que cinco días después las tarifas se rebajan y todo vuelve a la normalidad.

En noviembre de 1957, hombres armados procedentes de Marruecos atacaron el territorio español de Ifni, conquistaron la ciudad de Tiliuín y amenazaron la capital, Sidi Ifni. Una ofensiva española desde El Aaiún, apoyada por la aviación francesa, y la aparición de la flota española en Agadir acabaron con la ayuda marroquí a los rebeldes. En 1958, el territorio de Ifni se convirtió en provincia española.

conocen éxito de crítica y público. Pero salvo éstas y otras excepciones el cine nacional se mueve entre los problemas de censura y los económicos, entre la grandilocuencia histórica, la comedia ingeniosa y el folklore andaluz de escaso relieve.

También el teatro se halla dominado por lo fácil y coyuntural que pide un público conformista; sólo alguna obra destaca sobre el resto. Junto a Buero Vallejo, que con su *Historia de una escalera* (1949) viene a sacudir la facilidad, la modorra y el conformismo que parecían dominar el teatro, apuntan como nuevos valores Lauro Olmo y Alfonso Sastre. Con mayores inquietudes que posibilidades trabajan los teatros llamados de cámara y de ensayo; los subvencionados, por lo común, cumplen.

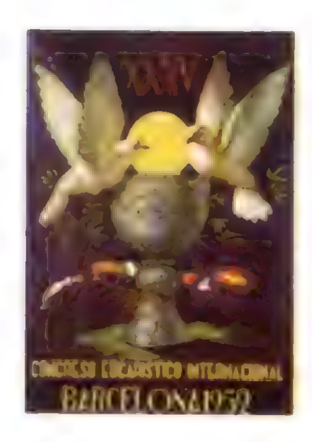
Continuando la misma línea que en los cuarenta, *La Codorniz*, que dirige Alvaro de la Iglesia, ejerce influencia en el humor y aun en el lenguaje.

Derroche de color

España se reincorpora al concierto mundial de las artes plásticas. Dalí, desde Port-Lligart, y Joan Miró, primero desde Barcelona y más adelante desde Palma de Mallorca, mantienen su proyección mundial y atraen la atención de los medios de comunicación internacionales. A Miró le conceden el premio de grabado en la Bienal de Venecia de 1954, y su gran mural para la



Soldados en Sidi-Ifni.



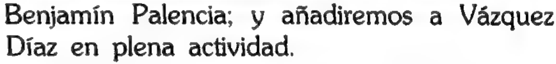
Del 27 de mayo al 2 de junio de 1952 se celebró el XXXV Congreso Eucarístico Internacional. En expresión de José María Pemán, «toda Barcelona fue cáliz». El día de la clausura, Pío XII envió un mensaje radiado en el que evocaba el «alto honor de España, justo reconocimiento a su catolicismo profundo y apostólico, de dar hospitalidad a esa magna asamblea». Franco recibió en audiencia durante aquellos días al cardenal Tedeschini, como legado pontificio, y al cardenal Spellman. En agosto del mismo año 52 se celebró en Madrid un vía crucis «de reparación por los pecados de inmoralidad», que finalizó con una misa en la plaza de España. Dos meses después llegaba el brazo incorrupto de San Francisco Javier.



UNESCO de París, que ha ejecutado el ceramista Llorens Artigas, merece el premio Guggenheim.

Los jóvenes inconformistas que se reunieron en 1948 alrededor de la revista *Dau al Set* saltan fuera de las fronteras: Tàpies, Cuixart, Tharrats y Ponç, que se halla en Brasil.

No es cierto que los años cincuenta sean de estancamiento, y para desmentirlo baste nombrar a Angel Ferrant, Zabaleta, Pancho Cossío,



Benjamín Palencia; y añadiremos a Vázquez Díaz en plena actividad.

Eugenio d'Ors, que ha fundado la que llama «Academia Breve», muere en 1955, y ese mismo año fallece Ortega y Gasset, cuyo entierro civil origina una manifestación que evidencia posiciones ideológicas. Otro entierro, también civil, es el de Pío Baroja; lo preside, al año siguiente, un ministro, y entre quienes llevan a hombros el féretro está Hemingway, premio Nobel dos años atrás.



«La televisión pronto llegará»

Lo que más directamente va a contribuir a cambiar las costumbres, la vida familiar ciudadana y rural, la cultura y el nivel general de información, es la televisión. Su expansión al finalizar esta década no será tan considerable como en la siguiente. El aparato de TV no está destinado a ser un electrodoméstico más; será el imprescindible.

Otra revolución, que preocupa menos al hombre de la calle y que, como procedente del mundo oficial, apenas toma en serio, es el Plan de Estabilización. De ahí arrancará la prosperidad que estallará más adelante y que alcanzará en mayor o menor medida a casi todos los rincones geográficos y sociales. Otro de los motores será el turismo, que crecerá en proporciones inesperadas.

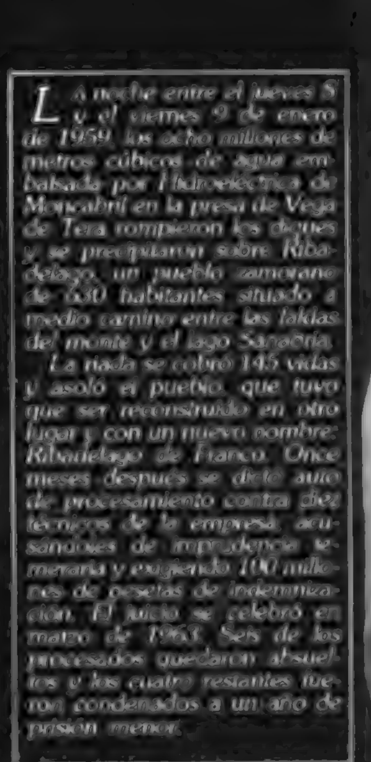
Gran número de españoles pasa de distintos grados de pobreza a distintos grados de abundancia, que seguirá creciendo y que no siempre



Junto a Pío Baroja, su sobrino Julio Caro Baroja, famoso antropólogo hoy y por entonces inseparable compañero del anciano novelista. Baroja, por mentalidad y carácter, no podía apoyar a ninguno de los bandos de la guerra civil, y tras algunos problemas con las tropas de Franco en Vera de Bidasoa, marchó a París, donde pasó estrecheces y sufrió también la incomprensión de los republicanos. Finalizada la lucha, volvió a España.

RIBADELAGO

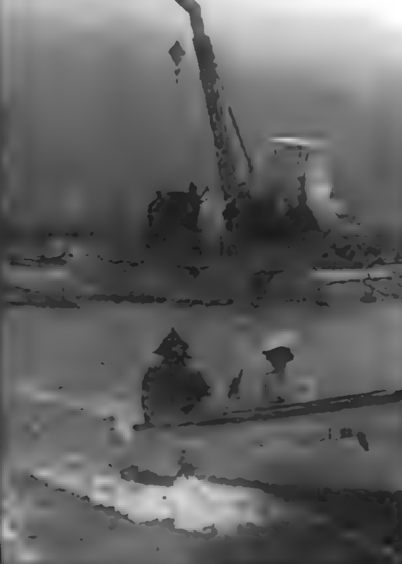
Tragedia en Zamora



LA noche entre el jueves 8 y el viernes 9 de enero de 1959, los ocho millones de metros cúbicos de agua embalsada por Hidroeléctrica de Moncabril en la presa de Vega de Tera rompieron los diques y se precipitaron sobre Ribadelago, un pueblo zamorano de 630 habitantes situado a medio camino entre las faldas del monte y el lago Sanabria.

La riada se cobró 145 vidas y asoló el pueblo, que tuvo que ser reconstruido en otro lugar y con un nuevo nombre: Ribadelago de Franco. Once meses después se dictó auto de procesamiento contra diez técnicos de la empresa, acusándoles de imprudencia temeraria y exigiendo 100 millones de pesetas de indemnización. El juicio se celebró en marzo de 1963. Seis de los procesados quedaron absueltos y los cuatro restantes fueron condenados a un año de prisión menor.







será bien asimilada. Ellos se muestran alegres y protestones, mezquinos y generosos, sobrios y derrochadores, ilusionados, imprevisores, arbitristas y escépticos. La mujer se lanza al mundo del trabajo, a la carretera, a la playa, a donde sea, y se irá abriendo camino hacia la libertad.

En las universidades las aulas rebosan de alumnos, y faltan plazas de profesores. Aún no ha llegado el *bikini*, pero los trajes de baño se reducen mientras que los campos de fútbol aumentan su aforo. La cultura, las artes y la ciencia (Severo Ochoa, que reside en el extranjero, recibe el Nobel en 1959) avanzan y se difunden sin protección, a trompicones y gracias al esfuerzo de unos pocos.

En estos diez años, entre otras cosas, ha ocurrido algo importante: los españoles se han distanciado más de la guerra civil y de sus consecuencias, que en la mayoría de los casos van relegándose hacia las buhardillas del recuerdo o las páginas de la historia. Una nueva generación ha surgido y mira hacia el futuro con esperanza.



Tip y Top

El humor llegó a la radio. Gila desde su teléfono, el argentino Pepe Iglesias, el Zorro, Tip y Top y muchos otros hicieron reír a un país que empezaba a vivir los domingos en tecnicolor.
Si en 1952 se aprueba el Plan General de Carreteras, el 11 de noviembre del año siguiente sale de la factoría SEAT el primer automóvil.

Bibliografía básica

BOZAL, V.: *Historia del arte en España*, 2 vols., Itsmo. Madrid, 1973.
GARCÍA DE LA CONCHA, V.: *Poesía española de posguerra*, Prensa Española. Madrid, 1973.
GARCÍA ESCUDERO, J. M.: *La historia en 100 palabras del cine español*, Cineclub del SEU. Salamanca, 1954.
NAREDO, J. M.: *La evolución de la agricultura en España*. 2.ª ed., Laia. Barcelona, 1977.
ROS HOMBRAVELLA, J., y otros: *Capitalismo español de la autarquía a la estabilización*, Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1973.
SANZ VILLANUEVA, S.: *Tendencias de la novela española actual (1950-1970)*, Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1972.
VÁZQUEZ MONTALBÁN, M.: *Crónica sentimental de España*, Lumen. Barcelona, 1971.

EL FIN DEL AISLAMIENTO

La vuelta de los embajadores a Madrid

Al comienzo de los cincuenta, los embajadores que cinco o seis años antes habían abandonado España a caballo de la euforia antifascista con que concluyó la Segunda Guerra Mundial, tomaron otra vez sus petates en Washington, Londres y París y reemprendieron el camino hacia Madrid. Las relaciones internacionales del régimen de Franco, contradictorias e inseguras hasta entonces, recuperaban así la calma y la tranquilidad. Todo iba a ser más fácil a partir de ese momento. ¿Cómo había sido posible este cambio?

Al estallar la guerra civil, el gobierno de la República, además de estar presente en la Sociedad de las Naciones —antecedente ginebrino de las actuales Naciones Unidas—, mantenía relaciones diplomáticas con todos los países del mundo, incluida la Alemania de Hitler. En la embajada de Berlín habían destacado al socialista Luis Araquistain y al gran historiador Américo Castro.

La amistad con la URSS procedía de una fecha muy reciente, el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. En muy poco tiempo, el embajador enviado por Moscú, Rosenberg, actuaba en nuestro país como si de un virrey de Stalin se tratara. Sin embargo, fue un virrey mal recompensado, porque, terminada su labor en España, Rosenberg cayó víctima de una de las purgas que tanto prodigó el dirigente soviético.

Y mientras la embajada rusa se convertía en algo más que una simple delegación diplomática, las del resto de los países se vaciaban con rapidez. Empezaron por irse las abiertamente profranquistas de Alemania, Italia y Portugal, así como la del Vaticano, para seguir las del resto de países europeos, hispanoamericanos y de los Estados Unidos. Todos estos gobiernos se limitaban a dejar a simples encargados de negocios administrativos. En poco tiempo sólo quedó un embajador: el soviético Rosenberg.

Del embajador de Manchuria al mariscal Pétain

En Burgos, donde Franco había situado el Ministerio de Asuntos Exteriores, presentaron sus credenciales los representantes alemán, portugués e italiano. A estos embajadores se añadió, en gota de irónico exotismo, el de Manchuria, que era entonces su Estado satélite del Japón. Su mandatario, al decir de la embajada española en Berlín, *no hablaba ningún idioma conocido.*

Terminada la guerra civil, Francia envió como embajador a un hombre que a la fuerza debía de agradar a Franco: el mariscal Pétain. Inglaterra y Estados Unidos, temerosos de que la palpable influencia diplomática de los países del



Firma del Concordato



Franco y S. Griffis, embajador de EE. UU.

El 1 de marzo de 1951 presenta sus credenciales el embajador de Estados Unidos Stanton Griffis. La guerra fría y especialmente la contienda coreana facilitaron la vuelta de los embajadores que habían abandonado Madrid en 1947, después de la resolución de la ONU. En 1952 se consigue un crédito a largo plazo del Export-Import Bank por un importe de 62,5 millones de dólares. El 26 de septiembre de 1953, España suscribiría con Estados Unidos tres acuerdos por los que este país contaría con bases militares y navales de utilización conjunta.

LA VANGUARDIA



Eje acabara dando lugar a una participación directa de España en la guerra, enviaron a dos embajadores probados. De Londres llegó sir Samuel Hoare, conservador y ex ministro en carteras tan importantes como Interior y Asuntos Exteriores (de la que había tenido que dimitir por haber realizado un pacto secreto con Mussolini). Roosevelt eligió a un prestigioso hispanista, J. H. Hayes. Su labor debía de ser idéntica en lo fundamental: frenar la influencia todopoderosa del alemán Von Stohrer, un gigante de dos metros con indudable habilidad política.



Superado el cerco diplomático, se hace posible la fase de recuperación económica. Una de las muestras más representativas de esta época es el inicio de un programa de obras públicas, especialmente de presas y pantanos. En el año 52 se pone en marcha el Plan Badajoz, que intenta frenar la constante emigración del campo a la ciudad. La inauguración de nuevos pantanos hace avanzar la producción eléctrica de modo espectacular. Los grandes embalses (Entrepeñas, Buendía, Ricobayo y Alarcón, con más de mil millones de metros cúbicos) convierten la superficie con riego en más de dos millones de hectáreas.

Cuatro diplomáticos en desgracia

La situación era muy delicada para ingleses y americanos. La República escondía tras su fachada democrática un fondo izquierdista. Sin embargo, Franco había contraído demasiados compromisos con la Alemania nacionalsocialista y con la Italia fascista como para ponerse de su lado.

La solución diplomática llegó de Londres, apadrinada por el gobierno Baldwin, y consistió en la creación de un Comité de no Intervención en el que participaran todos los países europeos interesados en el conflicto. Rusia estuvo representada por su embajador en Londres, Ivan Maiski; Alemania, por el elegante Von Ribbentrop; Italia, por Grandi, y Checoslovaquia, por Masaryk. Cuatro personajes a los que no sólo unió su participación en este organismo, sino también un destino más bien aciago, pues Maiski y Grandi murieron caídos en desgracia, Von Ribbentrop en la horca de Nuremberg, y Masaryk asesinado o suicidado tras la entrada de los sóviets en su país.

Para Maiski, la creación del organismo estuvo en la mente de la diplomacia británica casi desde el comienzo de la guerra civil, como solución para evitar problemas con Hitler por una república a la que se tenía por *revolucionaria, roja* y, de hecho, *comunista*. De entre sus escasos logros, el más destacado fue sin duda la retirada de los voluntarios extranjeros (alemanes, italianos y portugueses de un lado, y rusos y brigadistas de otro). Al final, el Comité de no Inter-

Franco inaugura el pantano de Barrios de Lema

vención acabó disolviéndose entre acusaciones mutuas antes de que terminara la guerra.

La ONU vota a favor de las relaciones con España

La victoria militar abrió una etapa de normalización en las relaciones diplomáticas para el régimen de Franco, interrumpida cinco años después por la retirada de embajadores. Pasados otros cinco, una resolución de las Naciones Unidas de noviembre de 1950 derogaba la del 13 de diciembre de 1946, que había aconsejado el aislamiento diplomático de España. La normalización de las relaciones diplomáticas con nuestro país fue adoptada en la ONU por 38 votos contra 10 y la abstención de Francia e Inglaterra.

Por su parte, otros 24 países no inscritos en las Naciones Unidas habían comenzado ya a enviar sus embajadores a Madrid. Era el principio del fin del aislamiento, y coincidió en el tiempo con la firma en el Vaticano de un concordato con la Santa Sede, sellada por el poco después ministro de Educación Joaquín Ruiz Jiménez.

Pero faltaba todavía la admisión en la ONU como miembro de pleno derecho. Los recelos de las potencias occidentales a admitir entre ellas a un país tan vinculado en su momento a las derrotadas potencias del Eje perdían importancia ante la nueva dinámica de la situación internacional, donde el antifascismo había dejado su puesto a la guerra fría. Y este viraje fue bien aprovechado por la diplomacia española. Después de conseguir la entrada de nuestro país en todos los organismos técnicos y económicos de la Organización, vio definitivamente abiertas las puertas del Palacio de Cristal, a orillas del Hudson, en otoño de 1955. La gestión fue posible gracias a una transacción entre rusos y norteamericanos que permitió la entrada en la Organización de un número de países del Este y del Oeste.

De Torrejón a la OTAN

En 1953, España y Estados Unidos habían firmado un tratado de defensa que permitía a los norteamericanos la instalación de varias bases militares en la península. A Eisenhower le quitaba más el sueño la guerra de Corea que las actitudes de Franco durante la Segunda Guerra Mundial.

El salto estaba dado, aunque la plena normalización no fue posible hasta después de 1975. Persistían, por ejemplo, la no existencia de relaciones diplomáticas con México, la URSS y los países de su campo de influencia, el recelo de buena parte de los países europeos frente a un régimen abiertamente germanófilo en 1940, los persistentes esfuerzos británicos por favorecer la restauración monárquica o el llamativo hecho de que Franco únicamente viajara durante sus cuarenta años de gobierno al vecino Portugal.



Franco y Eisenhower, en Torrejón.

Sin embargo, hubo dos organismos internacionales, la Organización del Atlántico Norte (OTAN) y la Comunidad Económica Europea, a los que el general Franco nunca logró acceso.

A España sólo se le abrieron las puertas después de cinco años de monarquía constitucional y esfuerzos parlamentarios. No obstante, a pesar de haberse producido recientemente la incorporación a la OTAN, existen todavía serias dificultades para alcanzar la integración española en el Mercado Común.

Mercado Común

La entrada de España en la Comunidad Económica supondría un fenómeno tan beneficioso para España como la entrada en las Naciones Unidas. Esta última coincidió con la época de expansión industrial europea, que abrió a la economía española una gran oportunidad. Fueron las divisas obtenidas por la mano de obra las que habrían de servir para transformar España de un país agrícola en un país industrial.

A finales de diciembre del año 54 se entrevistaron en Extremadura Franco y el conde de Barcelona. El comunicado terminaba deseando que el príncipe «continúe sus estudios y complete su formación en España, para el mejor servicio de la Patria».


Juan Carlos llega a España.



Política internacional

El Parlamento israelí proclama Jerusalén capital del Estado.
El ejército de Corea del Norte invade Corea del Sur; sus tropas entran en Seúl. Truman decide la intervención de las fuerzas americanas. Se forma un mando supremo bajo la bandera de las Naciones Unidas y a las órdenes del general MacArthur.
Gran Bretaña reconoce el gobierno de Mao.
La Unión Hindú pasa a ser República Independiente de la India. Su presidente y ministro de Asuntos Exteriores será Jawaharlal Nehru.
El Consejo de Seguridad de la ONU rechaza la expulsión de la China nacionalista.
El Consejo Atlántico adopta un plan de defensa colectiva creando un ejército bajo el mando supremo de Eisenhower.
En Estados Unidos se inicia la caza de brujas con la publicación de una ley contra el espionaje, sabotaje y movimientos clandestinos (ley de actividades antiamericanas). Es arrestado el secretario del partido comunista americano.
Leopoldo III de Bélgica delega sus poderes en su hijo el príncipe Balduino.
Nace el Estado de Jordania con la unión de las partes palestinas ocupadas por los árabes y Transjordania.
El gobierno vietnamita de Ho Chi Minh es reconocido por la Unión Soviética.
Tailandia ofrece a los Estados Unidos bases militares en su territorio.
Los chinos nacionalistas se refugian en Formosa y otras pequeñas islas. Chiang Kai-shek es reelegido presidente.
El sultán de Marruecos pide a Francia la abolición del tratado de protectorado de 1912.
El rey Faruk asume el título de «Rey de Egipto y del Sudán».
Se firma un tratado de amistad de treinta años entre la República Popular China y la Unión Soviética.
K. Fuchs, condenado por la entrega de secretos atómicos británicos a los rusos.
China invade el Tíbet. El Dalai-Lama huye a la India.
La ONU revoca el acuerdo tomado en 1946 que recomendaba la retirada de embajadas en Madrid.
Muere el rey Gustavo V de Suecia.

Sociedad

Restablecimiento de la pena de muerte en la Unión Soviética.
El Consejo de la Paz Mundial decide en Estocolmo hacer un llamamiento para que se prohíba la bomba atómica.
Molotov anuncia: «Rusia ha conseguido el secreto atómico.»
Petición a todos los Estados para que sean liberados los prisioneros de guerra alemanes y japoneses.
El censo de la población mundial llega a 2.400 millones de personas.
Proclamación del dogma de la Asunción.
Boda de la hija de Franco con Cristóbal Martínez-Bordiú.
Boda de Liz Taylor y Nickie Hilton; se divorcian a los nueve meses.
Premio Nobel de la Paz al doctor Ralph J. Bunche.

Economía

Agrupación de koljoses en la URSS, con el fin de obtener mejores rendimientos agrarios.
Se introduce en la Unión Soviética el rublo oro, por lo que se evita la dependencia de la cobertura en oro del dólar.
Propuesta del «Plan Schuman»: unificar y dirigir la producción de carbón y acero de Alemania occidental y Francia.
Unión aduanera europea en el marco de la OECE.
Termina el racionamiento de víveres en Alemania occidental.

Ciencia y tecnología

Truman anuncia la fabricación de la bomba H.
Empiezan las emisiones en color en la TV americana.
Descubrimiento del titanio, un nuevo metal ligero resistente al calor.
Se construye junto al Volga la mayor central hidroeléctrica del mundo.
Inauguración oficial del Talgo *en viaje Madrid-Valladolid.*

Sucesos

Estados Unidos reconoce haber usado napalm en la guerra de Corea.
El bandolero italiano Salvatore Giuliano muere en una emboscada; estaba acusado de 197 muertes.

Final Uruguay-Brasil.



Notre Dame du Haut. *Le Corbusier.*

Roban la piedra de coronación de la abadía de Westminster, de Londres.

Deportes

En la Copa del Mundo de baloncesto, Argentina gana a Estados Unidos.
El récord del mundo de 10.000 metros vuelve a ostentarlo Emil Zatopek.
160.000 brasileños asisten en el estadio de Maracaná, de Río, a la final del campeonato del mundo de fútbol. El resultado es 1-2 a favor de Uruguay.

Literatura

Bertrand Russell: premio Nobel.
Pablo Neruda: Canto general.
E. Hemingway: Al otro lado del río y entre los árboles.
Blas de Otero: Angel fieramente humano.
Romano Guardini: El final de la época moderna.
Tennessee Williams: La primavera romana de la señora Stone.
Graham Greene: El tercer hombre.
Georges Arnaud: El salario del miedo.



Emil Zatopek

Gabriel Marcel: Un hombre de Dios.
Muere Bernard Shaw.

Cine

John Ford: Río Grande.
Luis Buñuel: Los olvidados.
Jean Cocteau: Orfeo.
John Huston: La jungla de asfalto.
Billy Wilder: El crepúsculo de los dioses.
Akira Kurosawa: Rashomon.
Bresson: Diario de un cura rural.
Oscars de Hollywood a Olivia de Havilland y a Broderick Crawford.

Teatro

Marcel Aymé: Clérambard.
Homenaje del teatro argentino a Conchita Piquer en Buenos Aires.

Música

Gian Carlo Menotti: El cónsul.
Ariou Copland: Cuarteto para piano y cuerda.

Pintura y escultura

Barnett Newman: Tundra.
Henri Matisse: Zulma.

Arquitectura

Le Corbusier: Notre Dame du Haut, *Ronchamp.*



Concha Piquer



Klaus Fuchs



EL actual barrio de la ciudad de Los Angeles, la aldea habitada hace un siglo por los indios cheroquis, Hollywood, la meca del cine, es el lugar donde las estrellas han hecho reír, llorar y soñar durante medio siglo a todos los espectadores del mundo.

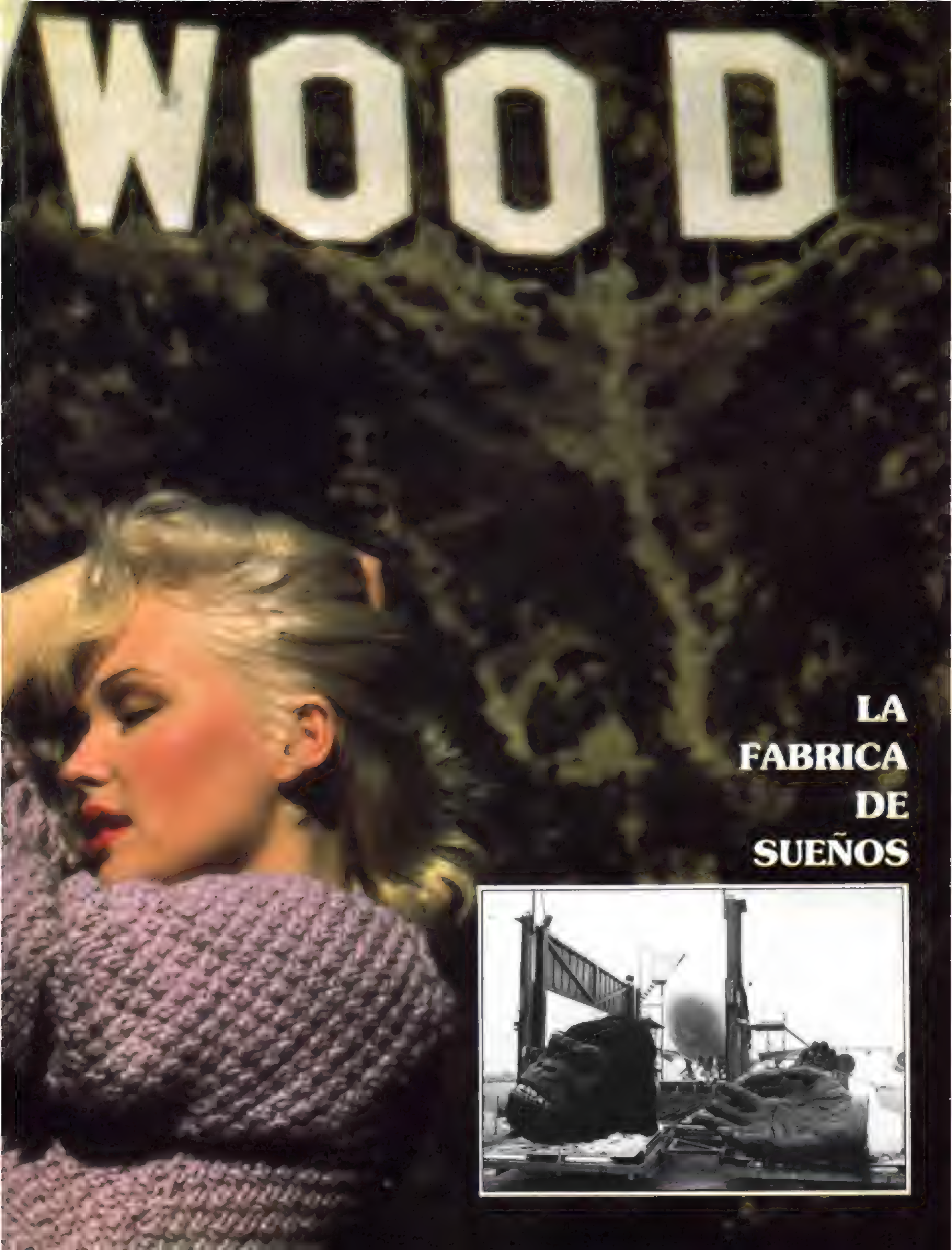
La historia de Hollywood empieza en 1915, cuando C. Laemmle funda la Universal City para hacer la competencia a la poderosa compañía creada en Nueva York por Edison y Eastman Kodak. Las horas de sol de Hollywood, necesarias entonces para el rodaje de las películas, atrajeron hacia aquel lugar, situado a 15 kilómetros de Los Angeles, a las futuras grandes empresas cinematográficas. Tres años después, Hollywood ha producido ya 840 películas. Los directores más conocidos de esa época son D. W. Griffith y Cecil B. De Mille. El cine cómico alcanza entonces su apogeo con Charles Chaplin, Buster Keaton y Harold Lloyd. De Europa llega, entre otras, Greta Garbo. El star system, la aparición de las grandes estrellas, hizo posible que la fantasía, encarnada en unos personajes, volará a través de la luz.

En 1927 el cine sonoro hace su aparición con El cantor de jazz. Poco después, las cámaras ruedan las primeras comedias musicales: son los tiempos de Fred Astaire y Ginger Rogers. Walt Disney empieza a dibujar a Mickey Mouse y al pato Donald. La conquista del Oeste se convierte en filón inagotable del cine americano. Los nombres de Gary Cooper, Marlene Dietrich, Clark Gable, Humphrey Bogart dan la vuelta al mundo.

El año 39 señala el máximo esplendor, la época dorada del cine. Se estrena Lo que el viento se llevó, que todavía hoy sigue batiendo récords de taquilla. Meses después, Orson Welles rueda Ciudadano Kane, es el nuevo estilo de cine. Una etapa distinta en la que se entremezclan el cenit y el comienzo del ocaso.

En el esplendor queda todavía por descubrir el cinemascope. Sin embargo, la televisión comienza a invadir América. Los grandes directores, las míticas estrellas empiezan a apagarse. La Vía Láctea no pasa por Hollywood. Europa intenta recoger la herencia. Mientras tanto, en las salas del mundo los espectadores han podido soñar con los ojos abiertos. Los hermanos Lumière, pioneros del cine, nunca lo hubieran imaginado.

Antonio Weinrichter, autor de obras como El cine americano y Win Wenders, nos cuenta esta historia y descubre, además, los otros intereses ocultos tras los rostros inmortales de los actores y de los fabulosos escenarios.


WOOD
LA
FABRICA
DE
SUEÑOS

El crepúsculo de las estrellas

Una mansión de Sunset Boulevard, el famoso barrio de las estrellas de Los Angeles. En un cuarto habilitado como sala de proyección, Norma Desmond, una vieja gloria del cine mudo encarnada por Gloria Swanson, contempla uno de sus viejos filmes. Se trata de *La reina Kelly*, una sofisticada historia romántica ambientada en «un ducado imaginario de la Europa central» y protagonizada por la propia Swanson en 1928. En un momento dado, la película se llena de un fulgurante primer plano del rostro de la Swanson/Kelly, y entonces la Swanson/Desmond se inclina hacia adelante, suspira y le susurra a su aburrido acompañante forzoso: *Entonces sí que teníamos rostros.*

Acabamos de evocar una breve escena de *El crepúsculo de los dioses*, la cruel y cínica fábula dirigida por el vienés Billy Wilder en su *dorado exilio* americano en el año 1950, cuando Hollywood empezaba a ser un imperio en decadencia consciente de su glorioso pasado que se miraba a sí mismo con mal disimulada nostalgia. Por las ideas que suscita, por el juego de espejos entre la ficción y la realidad del cine, y por sus mismos personajes, esta escena es también un inmejorable punto de partida para un acercamiento a este Hollywood de la época dorada, que es uno de los grandes fenómenos del siglo XX.

Es casi común decir que nadie ha hecho películas musicales como Hollywood. Las tradicionales operetas y comedias musicales de Broadway se adaptaron al nuevo medio, y éste las enriqueció expresivamente y popularizó en todo el mundo. A partir de los años cincuenta revolucionará incluso sus bases, gracias a la labor de un estudio, la Metro, y de coreógrafos y bailarines como Arthur Feed, Stanley Donen y Gene Kelly.

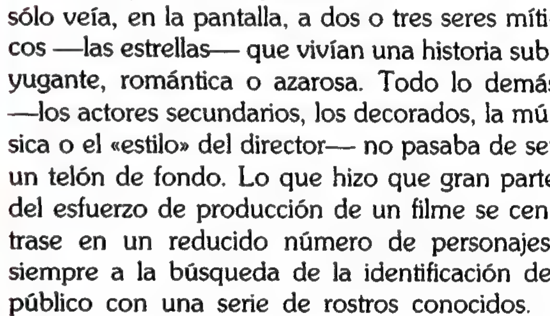
Bing Crosby y Danny Kaye



Pero ¿hasta qué punto esa escena no evoca tanto a Hollywood como a su *leyenda*, una fantasía más manufacturada por un grupo de hábiles gacetilleros y espabilados hombres de negocios que caló hasta lo más hondo en el corazón de millones de personas?

Sin embargo, el público estaba absolutamente hipnotizado por la capital del cine: durante su época de apogeo había acreditados allí no menos de 400 corresponsales permanentes, número que cuadruplicaba el de estrellas de grande, mediana o pequeña magnitud, y que sólo era superado por los que cubrían Washington y Nueva York, las dos capitales «reales» de la nación...

En este mundo de fantasía, la realidad estaba dominada por dos sistemas entrelazados: el *star system* y los estudios o las grandes productoras. Rodar un filme en un estudio era un proceso largo en el que intervenían muchos técnicos e «intervenían» también —en otro sentido— uno o varios delegados ejecutivos del poder, del productor, aunque luego la película llevaba la firma de un director que casi nunca era el *autor* entendido a la europea.



Pero el público no pensaba en nada de esto: sólo veía, en la pantalla, a dos o tres seres míticos —las estrellas— que vivían una historia subyugante, romántica o azarosa. Todo lo demás —los actores secundarios, los decorados, la música o el «estilo» del director— no pasaba de ser un telón de fondo. Lo que hizo que gran parte del esfuerzo de producción de un filme se centrase en un reducido número de personajes, siempre a la búsqueda de la identificación del público con una serie de rostros conocidos.

Greta Garbo, en primer plano

El *star system* comienza con Mary Pickford, que no sólo fue la primera estrella, sino también la primera en experimentar las técnicas que cimentarían desde la pantalla el fenómeno del estrellato. Con su fotógrafo, Billy Bitzer, probó distintos tipos de maquillaje e iluminación *a contraluz*, en lo que sería luego práctica habitual en todas las estrellas. Marlene Dietrich ha reconocido que no existiría sin la sofisticada iluminación que su «creador», el director Josef von Sternberg, desarrolló para ella; y Bette Davis confesaba recientemente que ella misma se colocaba detrás de la cámara para encuadrar sus planos del modo que más la favoreciera.

John Gilbert y Greta Garbo

Pero faltaba aún lo esencial. Un día de 1912 el director David W. Griffith ordenó que la cámara abandonase su habitual posición estática para acercarse a su actriz. El resultado fue que al proyectarse el filme el rostro de la Pickford llenaba la pantalla: el primer plano hacía su aparición en el cine... y con él el estrellato.

En efecto, pese a las protestas de que *un rostro arrancado del cuerpo provocaría desmayos a las embarazadas*, el primer plano tuvo un efecto revolucionario, al ayudar al público a reconocer a los actores, a identificarse con los personajes que encarnaban y, finalmente, a hacer famosos a aquéllos.

La actriz más legendaria del cine, Greta Garbo, era justamente famosa por sus primerísimos planos (mientras las otras actrices miraban a sus *partenaires*, ella se dejaba mirar, poseer por el deslumbrado espectador) y por uno de ellos en particular, perteneciente a su película más famosa, *La reina Cristina de Suecia* (1933). El filme acababa con un larguísimo plano de sesenta segundos del rostro de Garbo, para el que el director Rouben Mamoulian indicó a la actriz que *se quedase en blanco, sin pestañear siquiera, sólo como una bella máscara.* No había nada en ese rostro perfecto, anguloso, espiritual; solamente lo que millones de espectadores de todo el mundo, en el momento de verlo, *sentían* que estaba pensando.



Hollywood.

Greta Garbo fue uno de los escasos mitos del cine mudo que consiguieron mantener e incluso potenciar su carrera con la llegada del sonoro. Quien no tuvo esa suerte fue John Gilbert, su galán de tantas películas y enamorado en la vida real, que vio destrozada su imagen de amante duro y apasionado a causa de su voz, mucho más aguda de lo que sus admiradoras imaginaban. Gilbert moriría alcoholizado a los cuarenta y un años.



Sunset Boulevard. Hollywood.

Hollywood («bosque de acebos») fue el nombre que en 1886 dio a un rancho cercano a Los Angeles su propietaria, Deida Wilcox. Veinte años después llegarían a esta zona de California varios cineastas que huían del monopolio que sobre el nuevo invento intentaban establecer en Chicago y Nueva York Edison y la Motion Picture Patents Company. Les pareció un sitio perfecto: sol durante casi todo el año, gran variedad de paisajes y la frontera mexicana a pocos kilómetros para los casos de apuro. Se había puesto la primera piedra de la leyenda.

Máscaras de carne y hueso

Si el estrellato tenía su origen en la pantalla, la fascinación que creaba en el público hacía que se prolongase mucho más allá. Las estrellas llegaron a ser los únicos habitantes de Hollywood para el gran público, que sólo quería conocer más detalles de su vida real o imaginaria a través de las popularísimas revistas de *fans* (*Photoplay*, *Movie Mirror*, *Picture Play*, *Silver Screen*) que les informaban más sobre su vida sentimental, su vestuario, sus platos favoritos y sus juergas que sobre su carrera o sus problemas profesionales.

Existía una regla no escrita para este tipo de revistas: no se debía mostrar jamás a las estrellas como trabajadores en el sentido convencional de la palabra. Su atuendo, el entorno que las rodeaba y sus declaraciones debían prolongar la idea que el público se había hecho de ellas viéndolas en el cine. Esto produjo un fascinante fenómeno, deliberadamente avivado por los departamentos de publicidad de los estudios, de confusión entre la personalidad de un actor, su imagen como estrella y los personajes que encarnaba en la pantalla. Si esos personajes llegaban a encarnar un *tipo* asociado con la imagen del actor, se utilizaba la palabra latina *persona* (= máscara), que es un concepto imprescindible para referirse a Hollywood: la *persona* de John Wayne es la de un hombre recio, tenaz e infalible, sólo apto para vivir en un mundo a medio civilizar; la de Doris Day es la de la «eterna virgen» rubia, chispeante, sonrosada y colorista como un dibujo animado para adultos.



Marlene Dietrich.

Cartel de la película Encadenada

Muchos directores se han esmerado en utilizar los rasgos de esa *persona* como un elemento más en la construcción de sus películas, llegando a contrariar incluso las expectativas de su público. John Ford ha hecho de Wayne un terco retrógrado en algunos de sus últimos filmes, y del candoroso James Stewart, un cínico sin paliativos en *Dos cabalgan juntos.* Alfred Hitchcock ha convertido a Cary Grant en un ser despreciable *(Sospecha)* o antipático *(Encadenados).* Robert Aldrich hizo de la «loba» Bette Davis un ser indefenso en *Canción de cuna para un cadáver.* Finalmente, Orson Welles destrozó la «imagen Gilda» de Rita Hayworth al cortarle su espléndida melena y hacerle morir como una perra en *La dama de Shanghai.*

Los mitos también quieren vivir

El conflicto entre *persona* y actor ha sido un elemento repetido hasta la saciedad en la historia de Hollywood, que es la historia de una serie de estrellas prisioneras de sus estereotipos. Uno de los que pudieron escapar, Humphrey Bogart, recordaba así sus inicios en el cine: *En mis primeros 34 filmes, me mataban en 20 y era un convicto en nueve. Hacía más escenas arrastrándome por el suelo que de pie.*

Gradualmente, y en el clima desencantado de la posguerra, que exigía héroes menos pulcros e inmaculados, Bogart pudo irse haciendo un sitio como galán, sobre todo a partir de *Casablanca* (1942), donde interpretaba, junto a Ingrid Bergman, uno de los grandes papeles románticos del cine americano: el «villano para todo» de la Warner Brothers había superado su estigma. La mayoría no tuvo tanta suerte: Marilyn Monroe hizo de rubia tonta y deliciosa en todos sus filmes para la Fox, donde era poco más que una explosiva mujer de *mollera blanda y pechos duros.* Su declarada ambición de encarnar a la Grushenka de Dostoievski, su paso por el Actor's Studio, su deseo de negar su sensualidad física fueron inútiles. Las películas «serias» que llegó a hacer *(El príncipe y la corista, Bus Stop, The Misfits)* apenas variaron este estereotipo, y Marilyn murió atrapada en su imagen.

Las que lucharon por cambiar su destino, Bette Davis —la mujer mala, con varios hombres a sus pies, algunos de ellos muertos— u Olivia de Havilland —la eterna novia sonriente de Errol Flynn—, sólo lo consiguieron rompiendo sus contratos.

La camiseta de Marlon Brando hace moda

Una vez establecida la personalidad de una estrella, empezaban a hacerse evidentes los lazos de influencia que unían a Hollywood con su público. De hecho, la influencia de la capital del cine en la sociedad americana era tan eficaz como la que ésta ejercía sobre Hollywood por medio de sus instituciones más conservadoras. Cuando las estrellas eran realmente importantes y no sólo representaban sus papeles, sino que se vestían para ellos, funcionaban como verdade-

Marlon Brando



La influencia de Hollywood en cuestión de modas y cánones de belleza ha sido indudable a lo largo de su historia. Los trajes masculinos de Marlene Dietrich, por ejemplo, hicieron furor en los años treinta. Una simple escena de Sucedió una noche *en la que Clark Gable, al quitarse la camisa, mostraba su torso desnudo, hizo descender brutalmente las ventas de camisetas en los Estados Unidos. Afortunadamente para el gremio, el Marlon Brando de* Un tranvía llamado deseo *volvió a demostrar las posibilidades de la ropa interior masculina.*



Escena de rodaje



El «rincón de los niños prodigio»

Hollywood fue siempre consciente del filón de oro que representaba el cine infantil, y más desde que en la década de los treinta Shirley Temple ocupó durante cuatro años consecutivos la cabecera de los actores más taquilleros. Mimados en su infancia, tenían incluso un rincón en las dependencias de la Metro llamado «de los niños prodigio», pero de hacer caso a Judy Garland, flanqueda en la foto por Jackie Cooper y Mickey Roney, el precio a pagar por todo ello era demasiado alto.

ros árbitros de la moda para sus millones de seguidores, quienes en seguida trataban de emular cada cambio en su peinado, lápiz de labios o forma de las pestañas, el corte de su vestido y su misma figura.

Los efectos eran impredecibles. Cuando, en 1934, Clark Gable se veía obligado a pasar la noche con Claudette Colbert en *Sucedió una noche* y se revelaba, al desnudarse, que no llevaba camiseta, muchos hombres dejaron de llevarla también, lo que ocasionó importantes pérdidas a la industria de ropa interior. Hubo que esperar al Marlon Brando de *Un tranvía llamado deseo* (1951) para recuperar la mística varonil de la camiseta, eso sí, sudorosa y desgarrada, a un paso de la pura carnalidad, anunciando la llegada de un tipo de galán más realista.

De igual modo, el suéter ajustado de Lana Turner hizo vender en 1948 cinco millones de rellenos para el pecho; pero sólo era el principio. Marilyn y sus cada vez más neumáticas sucesoras hicieron que la industria corsetera creciera vertiginosamente, empeñada en que grandes pechos blancos asomasen del busto de toda mujer que no quisiera sentirse acomplejada, a menos que optase por la frágil elegancia de Audrey Hepburn o Grace Kelly, las únicas alternativas no exuberantes en esos años. Todos estos ejemplos no son tan anecdóticos como pudiera parecer. ¿Cuántas adolescentes de este siglo no han aprendido a besar estudiando las escenas de amor de su estrella favorita?

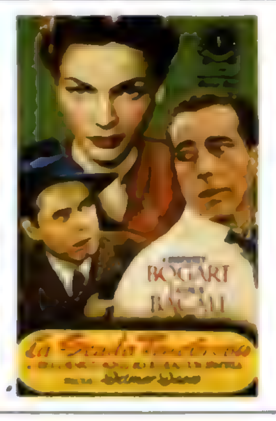
Del esplendor y la muerte

Muchos no se conformaban con imitar, sino que querían convertirse también en estrellas. Llegaron por miles, atraídos por la ambición y el espejismo del rutilante Hollywood o por historias como la de Lana Turner, «descubierta» por un cazatalentos cuando tomaba un helado en un bar. Si la verdadera historia era con frecuencia bastante sórdida, y el éxito dependía más del azar que del talento, la belleza o incluso la influencia, ello no impidió que Hollywood se convirtiera pronto en un nuevo Eldorado para miles de jóvenes que repitieron la trayectoria de la fiebre del oro.

La ciudad atraía a manicuros y millonarios, a chicos de barrio, caballeros británicos y diosas suecas. Poco importaba si sólo algunos lo conseguían. El premio era un escenario irresistible, el juguete más caro del mundo y la leyenda del Olimpo: una vida disipada, disparatada, imposiblemente derrochadora. Por eso, las estrellas como Joan Crawford o Gloria Swanson, que representaban su papel de divas en la vida real, eran adoradas por el público e imitadas con especial atención por las aspirantes al estrellato.

1951

Hollywood, la fábrica de sueños









El coleccionismo y la mitificación de las estrellas han convertido a los programas de mano, affiches *y carteles en piezas codiciadas y en elementos decorativos por los que llegan a pagarse a veces grandes cantidades. Los más codiciados son, indudablemente, los de la época dorada de Hollywood. Para cualquier estrella, el trabajo no finalizaba al apagarse los focos. Sus relaciones públicas eran tan importantes como sus actuaciones. A la izquierda, Shirley Temple visita a Rita Hayworth, Adolphe Menjou y Fred Astaire, durante el rodaje de* Bailando nace el amor. *Abajo, Humphrey Bogart con jóvenes de su club de fans.*

Sin embargo, junto a este esplendor se escondía a veces la tragedia, siempre al acecho tras las lentejuelas. El brillo de una estrella parecía predestinado por algún *fatum* a ser efímero, su inmortalidad traía paradójicamente aparejado el hacerles desgraciados o vulnerables. Muertes en la flor de la vida, como las de Carole Lombard, Valentino o James Dean; muertes por sobredosis, como las de Marilyn y Judy Garland; devastaciones físicas, como las sufridas por Monty Clift, Rita Hayworth o el mismísimo Tarzán, Johnny Weissmuller.

En un plano más cotidiano, las estrellas morían día a día a causa del rígido control que el estudio ejercía sobre su carrera (debido a las prerrogativas de sus largos contratos), su imagen (encasillándolas en papeles de atractivo comprobado) y su vida privada («imponiéndoles» ropa, dieta y amoríos). Sus pequeños defectos o tropiezos eran magnificados por la prensa, el más insignificante escándalo amenazaba su futuro profesional: los líos de faldas con semiadolescentes de Errol Flynn y Charles Chaplin, la declaración de Lana Turner en el juicio celebrado contra su hija, que había asesinado a su amante; el juicio por posesión de drogas a Robert Mitchum, etc.

Los escándalos reales y los inventados para mantener cierta imagen de Hollywood ya habían hecho del lugar una especie de Babilonia moderna en la mente de muchos. A partir de 1934 la Oficina Hays empezó a publicar con todo rigor su famoso código de censura sobre los temas que podía tratar el cine y la forma en que debían ser llevados a cabo. El código Hays funcionaba según el principio de la compensación moral (el mal no se podía presentar de forma atractiva, y sus «representantes» debían encontrar siempre el castigo o la redención, generalmente poco antes de morir) y se diluía en disposiciones tan ridículamente minuciosas como aquella que dictaminaba que si un hombre y una mujer estaban, *por absoluta necesidad,* encima de la misma cama, uno de ellos al menos debía tener un pie en contacto con el suelo.

Vigente hasta finales de los años sesenta, este código supuso una inyección de hipocresía para



un cine que entre 1927 y 1934 había empezado a tratar cuestiones de moral con un sorprendente sentido contemporáneo que tardaría treinta años en recobrar. Como botón de muestra basta recordar la forma en que Lubitsch trataba el tema del adulterio y la «relación a tres» en su deliciosa película *Una mujer para dos* (1933).

James Stewart es uno de los supervivientes de la época gloriosa de Hollywood, en la que interpretó comedias, western y thrillers con rara versatilidad, componiendo siempre un tipo de personaje en el que la inteligencia primaba sobre la acción. Vive en Beverly Hills, el barrio residencial de todas las estrellas que se preciaban y lugar donde siempre contó más la imagen externa de lujo que el buen gusto arquitectónico. Hoy es ruta obligada para turistas.

El imperio de los estudios

La base del sistema hollywoodense, de su historia comercial y artística, reside en su estructuración en una serie de grandes estudios que ya dominaban el mercado al iniciarse el cine sonoro y que siguen conservando hoy el poder. Ha habido fusiones, cambios y desapariciones. El centro de decisión se ha desplazado a Wall Street, el núcleo financiero neoyorquino, y la mayoría de estos estudios se dedican ahora principalmente a financiar y distribuir películas más que a hacerlas en locales propios o a producir para televisión. Sin embargo, lo cierto es que ninguna otra compañía ha sido capaz de subir al podio ocupado por la Warner Brothers, la Paramount, la Metro Goldwyn Mayer, la Universal, la United Artists y la Twentieth Century Fox.

El sistema de trabajo de los estudios era siempre el mismo: se adquirían los derechos de un libro y los guionistas se ponían a trabajar adaptándolo para que pudiera ser filmado. En ocasiones, un mismo material se entregaba a distintos guionistas, los cuales, sin saberlo, se esforzaban cada uno por su lado en darle forma hasta que finalmente un nuevo guionista refundía las distintas versiones en la definitiva. Mientras tanto, los departamentos de decorado y vestuario habían estado preparando el *aspecto* visual y físico de la película. Técnicos, actores y directores trabajaban a sueldo y tenían un contrato, por lo que estaban expuestos a ser despedidos de un proyecto en el que hubiesen trabajado y que saldría sin mencionar su nombre en la lista de créditos.

Una vez acabada la filmación, el material «en crudo» se llevaba al departamento de posproducción para ser montado, mezclado y doblado. Los ejecutivos del estudio, en estrecho contacto con el productor, tomaban todas las decisiones definitivas en esta etapa. A algunos directores de prestigio se les permitía intervenir, pero muy pocos de ellos podían seguir el proceso de su película desde su concepción hasta el momento de su estreno.

El caso más famoso es el de Orson Welles. Llegado al estudio de la RKO con un inmenso prestigio adquirido en la radio y el teatro, se le dio carta blanca para rodar su primer filme, *Ciudadano Kane* (1941), llegando incluso a montarlo él mismo a lo largo de nueve meses en una situación de libertad sin precedentes. A pesar del formidable resultado, que supuso una verda-





Dallas, ciudad fronteriza (Gary Cooper, Ruth Roman y Steve Cochran)

Gary Cooper representó seguramente el prototipo del hombre americano idealizado por Hollywood. Aunque cultivó casi todos los géneros, sus auténticas especialidades fueron el western *y el* biopic, *nombre con el que se definía a las películas biográficas de grandes personajes.*

dera revolución expresiva, la película no resultó taquillera y recibió además el boicot de la poderosa cadena de prensa de W. R. Hearst. Consecuencia: Orson Welles no volvió a rodar jamás en esas condiciones en Hollywood, sufrió constantes interferencias de los ejecutivos de cada estudio para el que trabajó y acabó exiliándose en Europa, donde su exuberante talento sufrió la falta de medios técnicos a que había estado acostumbrado en Hollywood.

«Casablanca», de la Warner

El resultado de este proceso de fabricación en serie fue que cada estudio desarrolló un *estilo* específico, fácilmente reconocible, que muchas veces se superimponía al estilo de los autores materiales de los filmes. La llamada «política de los autores» —desarrollada en Francia por la revista *Cahiers du Cinéma* a partir de 1954— ha demostrado las numerosísimas excepciones en que directores, guionistas o actores se las arreglaban para subvertir este esquema uniforme de producción; pero aun así, el estudio del cine clásico de Hollywood pasa por identificar tipos y diseños generales antes que aportaciones personales. Así también, habría que ampliar la noción de autoría a estudios y productores.

La mítica *Casablanca* (1942) es una de las cumbres del estilo Warner Brothers, un estudio caracterizado por el realismo de sus producciones. Con menos dinero que otros estudios, funcionaba con presupuestos ajustados, con personajes de menos *glamour* convencional y situaciones inspiradas en la actualidad y narradas



Cartel de Morocco (1930).

Una de las pocas estrellas europeas que hicieron carrera en Hollywood fue Marlene Dietrich, a pesar de que durante una temporada fue considerada por los distribuidores como «veneno para la taquilla». Otra actriz considerada durante un tiempo como anticomercial fue Katharine Hepburn.

El idilio de Ingrid Bergman con el director italiano Rosellini convirtió a la actriz sueca en una proscrita en Hollywood. Fue un ejemplo de lo fino que en cuestiones de moral hilaba la industria del cine, que no pudo aceptar que una estrella famosa, entre otras cosas, por su papel de monja en Las campanas de Santa María, *pecara de adulterio.*



Hellen Westley, Gregory Ratoff e Ingrid Bergman.



Cada cierto tiempo, los grandes estudios reunían a sus estrellas y les hacían posar juntos. Eran las fotos con las que luego la Metro, por ejemplo, apoyaba su famoso eslogan de «más estrellas que en el firmamento». Las de la fotografía superior pertenecen precisamente a ese estudio, y sus caras recorrieron el mundo durante más de una década. Entre otros, puede verse a Lionel y Ethel Barrymore, Vera Ellen, George Sanders, Esther Williams, George Raft y Grace Kelly.

con urgencia documental, un ritmo endiablado y unos diálogos chispeantes, los más brillantes del primer cine sonoro.

Esta historia de un hombre duro y sentimental (Humphrey Bogart), traqueteado por la vida, pero que aún conserva en cierto modo sus ideales, que encuentra en su perdido café de Casablanca a una antigua amante (Ingrid Bergman), casada ahora con un líder fugitivo de la Resistencia, y que se debate entre el deber y la emoción de un amor que revive, tiene todas las características míticas que hacen perdurable el viejo melodrama de Hollywood.

Si la Warner hacía filmes para las clases populares (y la sofisticada y «europea» Paramount buscaba su público en las clases altas), la Metro Goldwyn Mayer, el más suntuoso de los estudios y el más conservador en cuestiones temáticas, era la que mejor canalizaba las fantasías de la extensa clase media.

La Metro culminó la década con su película más característica y la que mejor representa a la era dorada de Hollywood: *Lo que el viento se llevó*. Como corresponde al más grande de los estudios, a aquel que se jactaba de tener en su nómina *más estrellas que en el firmamento*, es una película grandiosa, elemental y apasionada, que trata de manera románticamente melodramática un «gran tema», componiendo un universo mítico de indudable coherencia.

Lo que el viento se llevó es el filme que simboliza la forma de representar la realidad «a lo Hollywood», al ofrecer una recreación llena de lujo y ensueño de un mundo en el que no existen conflictos cotidianos, pero sí otros básicos y universales (el amor, el odio, la ambición, la guerra) desarrollados por medio de personajes más grandes que la realidad. Que a partir de una mediocre novela de Margaret Mitchell se haya logrado una obra de esta magnitud, es un comentario elocuente de la capacidad creativa de los grandes estudios y, en particular, del talento de su verdadero autor, el productor David O. Selznick. *Lo que el viento se llevó* es expresión fidedigna de la personalidad de Selznick, quien compró el libro de la Mitchell por unos míseros 50.000 dólares, esperó cuatro años para poder contar con Clark Gable, eligió a Vivien Leigh tras verla en el escenario en escombros

finalmente, utilizó a tres guionistas —además de coescribir el guión—, cinco directores de fotografía y tres realizadores para lograr un resultado final que se acomodase a su personal visión de la novela.

Su majestad el productor

Esta mezcla de megalomanía, vista financiera y capacidad de integrar el trabajo de muchos talentos dispares es uno de los ejemplos de la actividad del ser más legendario que ha producido Hollywood: el productor. Las estrellas podían captar la fantasía de millones de seres, pero eran simples marionetas a merced del capricho de los productores. Son muy pocas las que no han tenido roces, despidos o *affaires* con sus vulgares, grandiosos y autoritarios jefes de estudio.

Los productores eran una casta especial, una abigarrada mezcla de emigrantes europeos y judíos, artesanos y tenderos, y nuevos ricos dispuestos a comprar un talento ajeno que despreciaban para adaptarlo a sus intereses, en los que primaba sobre todo el dinero, un poco la ambi-

ción y nada la expresión artística. De hecho, olían a distancia cualquier intento de introducir elementos de rango artístico en sus películas y actuaban en consecuencia. En el filme *Le mépris (El desprecio),* Jack Palance encarnaba a un productor cuyo lema era: *Cuando oigo hablar de cultura, saco mi talonario de cheques,* frase que no por apócrifa es menos verosímil. Un antiguo ejecutivo de la Warner ha recordado cómo muchos de sus colegas despedían a sus mejores colaboradores porque provenían de Harvard y no del gueto como ellos. *Sólo respetaban la fuerza física,* añadía. El propio Jack Warner, cabeza máxima del estudio, se puso furioso cuando descubrió que uno de sus guionistas había tardado medio año en escribir una adaptación de una novela que Jack London había redactado en dos semanas (y cobrando una cifra astronómicamente superior).

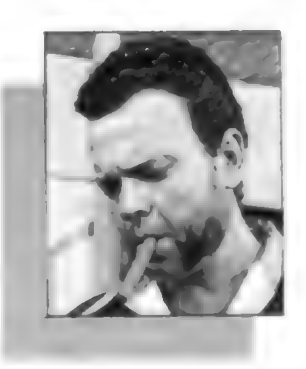
En honor a la verdad, hay que añadir que la leyenda negra que rodea al productor, aun en gran parte cierta, se debe al resentimiento de escritores como Nathanael West o Scott Fitzgerald, a quienes Hollywood contrató al principio del cine sonoro para escribir los diálogos que antes no eran necesarios y a los que se concedió un lugar muy bajo en la jerarquía del estudio, a merced de los ejecutivos que les decían lo que tenían que escribir y de los directores que luego lo alteraban a su antojo para llevarse todo el crédito.

Los odiados productores eran, pues, los *malos* de la película, y manipulaban tanto a las estrellas como a los talentos creativos. Pero sin ellos no hubiera existido Hollywood, o habría sido muy diferente, pues los productores tenían la virtud de saber lo que la gente quería escuchar, cómo vendérselo y convencer a otros para que lo construyeran, lo robaran, lo imaginaran.

Uno de los más famosos rituales de Hollywood fue la impresión de las huellas en el cemento fresco del teatro Chino de Grauman, lugar donde habitualmente se celebraban los grandes estrenos.

Las comidas y fiestas en San Simeón, la mansión de William Randolph Hearst, eran las más comentadas de Hollywood. La foto recoge una gran ocasión: Charlie Chaplin, George Bernard Shaw, Marion Davies, Louis B. Mayer, Clark Gable y George Hearst.





ORSON WELLES (Kenosha, Wisconsin, 1915)

Orson Welles nació en el seno de una familia tan poco convencional como luego lo sería su infancia, con profesores particulares en lugar de colegios, viajes alrededor del mundo, estancias en Shanghai, etc. A los ocho años perdió a su madre, concertista de piano, y a los doce a su padre, inventor de profesión; pero para entonces el joven Welles había dado ya pruebas suficientes como para no ser compadecido por nadie, inmerso siempre en actividades tan poco infantiles como la poesía, la pintura, la magia, la traducción de algún clásico griego, la dirección de obras de teatro y un amor por la obra de Shakespeare que nunca le abandonaría.

Curiosamente, Welles, que luego sería considerado por productores y exhibidores como «veneno para la taquilla», llegó a Hollywood contratado por la RKO como revulsivo comercial para enderezar la difícil situación económica de la productora. Fue en 1939, el mismo año en que se estrenaba *Lo que el viento se llevó,* y un poco después de que Welles y su Mercury Theatre hubiesen ocupado la plana de todos los periódicos del mundo con la emisión por radio de *La guerra de los mundos.*

En Hollywood todo era estupor y expectación ante el trabajo de un niño prodigio que se permitía el lujo de expulsar a gritos del plató a varios ejecutivos de la RKO. A los pocos meses empezaron, sin embargo, a filtrarse algunos detalles de lo que

iba a ser *Ciudadano Kane* y el nerviosismo cundió en la industria. Incluso uno de los grandes magnates se sintió directamente aludido. Era William Randolph Hearst, dueño, como el Kane de la ficción, del mayor imperio periodístico de los Estados Unidos y protector además de la actriz Marion Davies. Hearst intentó primero comprar el negativo a la RKO, pero en vista del fracaso de la gestión, inició desde todos los periódicos de su cadena una furibunda campaña contra *Ciudadano Kane*, estrenada en 1941. El resto de la crítica valoró muy positivamente la película, que obtuvo buenas recaudaciones en las grandes ciudades. Fracasó, sin embargo, en el resto del país, y esto selló el futuro de Welles, que vio cómo sus dos siguientes trabajos eran supervisados y alterados por los ejecutivos de la RKO, que le pasaban así factura por sus desplantes. Los ciento cuarenta y ocho minutos de *The Magnificent Ambersons* (1942) se convirtieron en ochenta y ocho, y el *thriller* de espionaje *Journey Into Fear* (1943) se estrenó con un final distinto del rodado. Fue la primera zancadilla del sistema contra el niño prodigio.

Welles luchó unos pocos años más por intentar demostrar a las productoras que aún tenía un hueco en Hollywood, pero los fracasos de *La dama de Shanghai*, rodada en 1946 con su esposa Rita Hayworth y estrenada dos años después con muy poca publicidad, y *Macbeth* (1948), uno de sus proyectos más queridos, y que unió al fracaso de público el casi unánime varapalo de la crítica, le convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos. Se iniciaba así un largo proceso de exilio voluntario en Europa, durante el cual Welles financió sus proyectos, actuando como actor en las más variadas películas, no muy buenas en general, aunque con excepciones tan populares como *El tercer hombre*. Junto a numerosos trabajos inacabados, Welles firmó, en esta segunda etapa de su carrera, *Otelo* (1952), *Mr. Arkandin* (1955), *Sed de mal* (1958) —para la que había sido contratado sólo como actor, pero que acabó dirigiendo por expreso empeño de Charlton Heston, estrella de la película—, *El proceso* (1962) —una fallida versión de la novela de Kafka—, *Campanadas a medianoche* (1966), *Una historia inmortal* (1968) y *Fake* (1975).



El Orson Welles de la actualidad es respetado y homenajeado por Hollywood, después de años y años de ostracismo. Su matrimonio con Rita Hayworth pareció volverle a abrir las puertas de la industria, pero la situación duró lo que tardaron en rodar juntos La dama de Shanghai. *Tras el divorcio, Rita abrió el camino por el que luego seguiría Grace Kelly y se casó con un príncipe, el Aga Khan.*



Boda de Rita Hayworth y el Aga Khan



Los preparativos de una escena podían ser a veces cómicos por su rusticidad. Poco después de ser tomada la foto, Susan Hayward sonreiría en una playa, uno de los muchos paisajes artificiales de un estudio.

Estos eran los hombres que hicieron que el cine abandonara la barraca que le vio nacer: David O. Selznick, que siete años más tarde quiso rehacer *Lo que el viento se llevó* produciendo *Duelo al sol* y limitándose a transponer el Sur al Oeste, la saga al *western* y la plantación al rancho; pero que también lanzó la carrera americana del gran Alfred Hitchcock; Harry Cohn, que llevó a la Columbia con mano férrea, y cuyo único criterio para juzgar una película era si le escocía el trasero mientras la estaba viendo; Darryl F. Zanuck, máximo responsable de la Fox y cuya mayor preocupación era el sexo y lanzar infructuosamente al estrellato a la serie de actrices con las que se iba involucrando sucesivamente; y, en fin, el inefable Samuel Goldwyn, autor quizás apócrifo de una serie de exabruptos que han pasado al folklore de Hollywood, por cuanto definen de manera inmejorable la mentalidad de la figura arquetípica del productor (*Pongamos esto al día por medio de un vigoroso diálogo del siglo XIX; Un contrato verbal no vale siquiera el papel en que está escrito; En dos palabras, imposible*).

En el momento en que esta casta desapareció o tiró la toalla (cuando, por ejemplo, Jack War-

ner vendió los derechos de todas sus películas a la televisión en 1956, o cuando la Metro subastó en 1970 todas sus propiedades, decorados y vestuarios) se produjo la muerte real y simbólica de una factoría de sueños en la que lo más onírico era su misma existencia.

Siempre hay un resquicio para el arte

Las primeras tres grandes décadas del cine sonoro americano se pueden dividir en dos grandes períodos. Entre 1932 y 1946, la historia del cine se confunde con la de Hollywood, que produce un cine homogéneo centrado en los estudios y en los géneros clásicos. De la posguerra hasta 1964, Hollywood se enfrenta a la competencia externa e interna (televisión, decadencia del sistema de estudios, pérdida de audiencia), pero se producen filmes individuales superiores a la etapa anterior.

La causa de ello se debe a la progresiva incorporación orgánica al desarrollo del lenguaje del cine de los avances de la tecnología posteriores al sonido (color, 1935; cinemascope, 1953) y, sobre todo, a la madurez artística de toda una generación de cineastas que crean un alto número de obras maestras, las cuales son el canto de cisne de un sistema que es tanto el de los grandes estudios como el de una concepción clásica del cine.

Para enfrentarse a esta ingente cantidad de obras es necesario tener presente el conflicto entre arte e industria que está en la misma base de Hollywood. Este enfrentamiento sólo se percibe *desde fuera:* Hollywood únicamente se preocupaba por la manera más eficaz de conseguir beneficios dentro de unos márgenes estéticos y económicos aprovechados al máximo. En esos moldes, un cineasta que quisiera crear una obra personal o hacer un comentario sobre la sociedad americana tenía un sorprendente campo de acción para maniobrar, como lo demuestra la magnífica obra de Alfred Hitchcock, Howard Hawks, John Ford, Josef von Sternberg, Douglas Sirk y un muy largo etcétera. Pero hay que insistir en lo relativo del obstáculo que podía suponer la obligada sujeción a las películas de género. Si la literatura o el teatro tienen su valor máximo cuando consiguen hacer metáforas acertadas —y ajustadas a su medio de expresión— sobre la realidad que contemplan, habrá que convenir en que esa forma narrativa, mítica antes que realista, estilizada antes que naturalista, que es el cine de géneros (con sus tipologías de personajes fijos —el bueno, la chica, el villano— y sus convenciones), constituye *en sí misma* la mejor metáfora de la cultura e ideología del país en que se desarrolló.



Gregory Peck en la entrega de los Oscars

Todos los años, la jet del cine mundial se reúne en la ceremonia de entrega de los Oscars, los premios a la calidad que concede la Academia. Poco después, las películas galardonadas batirán récords de taquilla, mientras ciertos sectores de la crítica desempolvarán sus argumentos contra lo que consideran un simple montaje publicitario. Más de medio siglo después de su creación, los Oscars parecen ya algo inseparable del cine.

El cine, sobre todo el americano, es un arte popular, y toda apreciación del cine de Hollywood debe aceptar que las exigencias del *star system* no son tanto obstáculos para la expresión artística como los límites que definen a una cinematografía que supo crear de manera inimitable un espacio expresivo propio, un idioma y una estética.

A. W.

Bibliografía básica

FITZGERALD, F. S.: *El último magnate*. Bruguera. Barcelona. 1982.

BROWNLOW, C. A.: *The Parade's Gone By*. Ballantine. Nueva York, 1968.

SILKE, J. R.: *Here's Looking At You, Kid (50 Years At Warner Brothers)*. Nueva York, 1976.

MAYERSBERG, P.: *Hollywood, la casa encantada*, Lumen. Barcelona, 1971.

ROSEN, M.: *Women, Movies and the American Dream*, Peter Owen. Londres, 1975.

PERKINS, V. F.: *El lenguaje del cine*, Fundamentos. Madrid, 1977.

FINCH, Ch., y ROSENKRANTZ, L.: *Gone Hollywood*, Weidenfeld & Nicolson. Londres, 1979.

DYER, R.: *Stars*, B.F.I. Londres, 1979.

JACOBS, L.: *La azarosa historia del cine americano*, Lumen. Barcelona, 1979.



CRONOLOGIA

Política internacional

Getulio Vargas, nuevo presidente de Brasil.
China es declarada agresora en Corea por la Comisión política de la ONU.
Alemania Federal, admitida como miembro en el Consejo Atlántico.
El general MacArthur es destituido por el presidente Truman, quien teme que la guerra de Corea degenere en un conflicto internacional.
Victoria de los conservadores en las elecciones inglesas. Churchill es elegido primer ministro.
Subida al trono de Idriss I de Libia. A final de año se autoproclamará país independiente.
Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña ponen fin al estado de guerra con Alemania.
Balduino, nuevo rey de Bélgica.
Asesinato del rey Abdullah de Jordania.
Perón, reelegido presidente de Argentina.
En la Conferencia de Pan Mun Jom se llega al acuerdo de un alto el fuego en Corea.
Se funda la Organización de los Estados de Centroamérica.
Oliveira Salazar firma un tratado de ayuda militar con Estados Unidos, cediéndole bases militares en las Azores.
Tropas de Pakistán y la India avanzan hasta la frontera de Cachemira.
Por el tratado del Tíbet, firmado en Pekín, la política exterior tibetana depende de la República Popular China.
Japón firma un tratado de paz con 48 naciones, recupera su soberanía y se retiran las tropas de ocupación.
Fuerzas de la ONU reconquistan Seúl, y el frente se estabiliza cerca del paralelo 38.



Samuel Beckett.

Sociedad

Se vuelve a constituir la II Internacional socialista en Francfort.
Es beatificado Pío X.
Alemania es admitida en la UNESCO.
El rey Jorge VI de Inglaterra es sometido a una grave operación de pulmón.
Primeras huelgas desde la guerra civil en Barcelona y el norte de España.
León Jouhaud, premio Nobel de la Paz.

Economía

Firma del tratado de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) entre los «Seis».
En España se crea el Ministerio de Información y Turismo. Se recibe el primer préstamo de Estados Unidos.
Se nacionaliza la siderurgia en Gran Bretaña y el petróleo en Irán.
Yugoslavia recibe un préstamo norteamericano de 50 millones de dólares.

Ciencia y tecnología

Se comercializa la televisión en color en Estados Unidos.
Stalin confirma que la Unión Soviética posee la bomba atómica.
Aplicación del método del carbono 14 radiactivo para la determinación de la antigüedad arqueológica.
Nacimiento del Biscouter en Francia.
Se fabrica electricidad a partir de la energía atómica.

Sucesos

El matrimonio Julius y Ethel Rosenberg es condenado a muerte en Estados Unidos por espionaje atómico a favor de la Unión Soviética.
Dos aviones de caza soviéticos obligan a un avión americano a aterrizar en Hungría. Los pilotos son retenidos durante más de un mes.





Tapies. Ellos acusan.



Pío X

Deportes

Joe Louis es derrotado por Rocky Marciano.
Se celebra la regata La Habana-San Sebastián.
Zatopek es el primer hombre en recorrer 20 km 0,25 m en una hora.

Literatura

Pär Lagerkvist: premio Nobel.
Graham Greene: El final de la aventura.
Jorge Luis Borges: La muerte y la brújula.
Julio Cortázar: Bestiario.
William Faulkner: Réquiem por una novicia.
Samuel Beckett: Molloy.
Mueren Maxence van der Meersch y André Gide.

Cine

Alf Sjöberg: Señorita Julia.
Vincente Minnelli: Un americano en París.
Elia Kazan: Un tranvía llamado deseo.
Alfred Hitchcock: Extraños en un tren.
John Huston: La reina de Africa.

Salvador Dalí. Crucifixión

Walt Disney: Alicia en el país de las maravillas.
Julien Duvivier: Bajo el cielo de París.
Oscars de Hollywood a Vivien Leigh y Humphrey Bogart.

Teatro

Eugène Ionesco: Las sillas.
Jean-Paul Sartre: El diablo y el buen Dios.

Música

Igor Stravinski: The Rake's Progress *(ballet).*
John Cage: Música para cambios.

Pintura y escultura

Primera Bienal Hispano-americana de Arte.
Henri Mattisse, Capilla del Rosario de Vence, Francia.
Salvador Dalí: Crucifixión.
Pablo Picasso: Matanza en Corea.
Bernard Buffet: Crucifixión.

Arquitectura

Robert H. Matthew y J. L. Martin, Festival Hall, *Londres.*



Leopoldo III de Bélgica con sus hijos Balduino y Alberto.

1951

EVA Duarte Ibarguren, Eva Perón, Evita, nacida el 7 de mayo de 1919, es la hija ilegítima, la oscura actriz de teatro que llegará a ser la mujer del presidente de la Argentina Juan Domingo Perón. Si acabara en esta nota biográfica la estela de su vida, apenas se recordaría hoy. Sin embargo, Evita fue un mito en su país y en medio mundo. No fue sólo la esposa de un político, sino una mujer que infundió esperanza entre las multitudes de su pueblo. «A veces, en mis viajes —comentó a un periodista— he visto en los ojos de los niños, mujeres e incluso hombres una expresión de adoración, como si yo fuera un ser sobrenatural.»

Evita vivió su destino con la fuerza e intrepidez que destellan los que están condenados a morir jóvenes, a vivir deprisa. Muere a los treinta y tres años, y en ese tiempo había pasado de la miseria al esplendor. No es fácil reconstruir la personalidad de esta mujer. El entusiasmo y el desprecio se dan cita junto al mismo personaje. De lo que no hay duda es de que su vida sigue provocando hoy curiosidad, respeto, a veces admiración, pero nadie permanece impasible ante su figura.

Félix Luna, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Buenos Aires, estudia las líneas de interpretación de Eva Duarte y aporta nuevos datos sobre su contradictoria y mítica biografía.





1952



LA MAGIA DE EVITA

Una vida de treinta y tres años

Eva Perón vivió solamente treinta y tres años, de los cuales apenas seis fueron los de su relevancia pública.

Esta brevísima trayectoria hace más asombrosa la persistencia de su figura, que no sólo alcanzó una profunda y prolongada significación en su país, sino que trascendió las fronteras con una imagen original y contradictoria, acaso adelantada a su época en muchos aspectos, cuyo dramatismo ha inspirado hasta hoy diversas creaciones artísticas y literarias.

En la Argentina suscitó odios profundos y devociones casi religiosas; pero con abstracción de la posición desde la cual se la juzgue, es imposible entender el tiempo de Perón sin incluir a su esposa, cuyo papel en el régimen justicialista determinó parte de su estilo y cuyo nombre veneran aquellos a quien ella nombró «sus descamisados».

«La vida de actor y la de' político tienen grandes semejanzas», escribe Carmen Llorca en su estudio sobre Eva Perón. Porque «un político es un actor que representa su propia comedia. En el caso de Eva Perón, la comedia se convierte en un drama y no solamente representa su propio papel, sino que éste se confunde con el drama nacional.» (Foto Archivo General de la Nación. Buenos Aires.)


"RADIOPOLIS" — Magazine Argentino — Revista Ilustrada

Por nuestros TEATROS y CINES

EVA DUARTE

será Heroina en la Pantalla Local

La primera actriz Srta. Eva Duarte

No es Evita Duarte una actriz que surgió sin lucha...

Es un caso de perseverancia digno de todo encomio, pues sus inquietudes y su vocación por el teatro y la radiotelefonía, vibra en ella, siendo muy niña.

En la historia de muchas artistas del tinglado, no falta un capítulo dedicado al desencanto, a los sacrificios que reclama todo principio, especialmente en lo que al arte se refiere. Dice Emerson que a veces el triunfo de alguien que vale depende de dos o tres que conocen sus valores; sin embargo, cuántos aspirantes a la gloria de Tespis, han desistido de cristalizar sus aspiraciones, cansados de luchar contra una corriente colectiva y adversa que sin razón, sin conocerla, obstruye su paso, arrojando una losa sobre sus sueños.

Eva Duarte, tiene principios. Empezó en Radio Belgrano hace pocos años haciendo papeles de damita joven, hoy con la base sólida del estudio, terminado el período de las prácticas elementales recae sobre ella la responsabilidad de dirigir un elenco competente, disciplinado, que irradia libretos de autores tan difundidos como consagrados.

Dentro de la temporada cinematográfica del corriente año, Eva Duarte aparecerá en varias películas, lo cual servirá de corolario al plan ascendente y triunfal de quien impone su arte ecléctico, su ductilidad indiscutible, cimientos de una carrera brillante, lograda con tesón, ilusiones, cualidades, y más que nada: ¡con trabajo!

F. M.

Eva Duarte en su etapa de actriz.

La muchacha de Junín

Eva María Duarte nació en Los Toldos, un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires. Con sus tres hermanas y su hermano Juan, era hija natural de un estanciero de la zona, que, paralelamente a su hogar legítimo, mantenía a la familia clandestina originada en sus relaciones con Juana Ibarguren. Se dice que cuando murió su padre, siendo ella una chiquilina de siete u ocho años, no pudo entrar a verlo por última vez, pues se lo impidieron los parientes del difunto.

Después del fallecimiento de Duarte, Juana Ibarguren se instaló en la ciudad de Junín, donde puso una pensión. En esta ciudad, Eva cursó algunos grados de la escuela primaria y participó en las representaciones escolares, sin distinguirse mucho del conjunto de sus compañeras.

Cuando cuenta quince años se produce un acontecimiento decisivo en su vida: su madre la envió a Buenos Aires, confiándola a un exitoso cantor de tangos que había pasado por Junín en una de sus giras. Corría el año 1934, cuando la crisis azotaba a la Argentina y era difícil mantener una familia relativamente numerosa como la de los Duarte. Sola de toda soledad en la gran ciudad, Evita se dirigió hacia la actividad teatral. Sus dotes no parecían muy prometedoras: cuerpo escuálido, voz escasamente educada, deficiente instrucción. De uno u otro modo consiguió sobrevivir en el infernal ambiente de las compañías teatrales de esos años, con sus sueldos miserables, las agotadoras representaciones sin feriados ni domingos, las giras de semanas y meses por tablados de cuarta categoría... y un miedo permanente a quedar sin empleo de un día para otro.

Una oscura actriz de teatro

Poco se sabe en concreto sobre la etapa prehistórica de Eva Perón. Un prudente silencio en algunos casos, mentiras y exageraciones en otros han hecho de aquellos años un difuso espejismo. Parece que hasta 1937 pasó muy malos momentos, hasta de hambre. Poco a poco fue consiguiendo algunos apoyos y amistades, y logrando varios papeles de cierta categoría. Hacia 1937 ya trabajaba con cierta continuidad, sobre todo en la radio. Su hermano Juan, que la acompañaba cuando se lo permitían sus andanzas de viajante de comercio, le había causado en algún momento un serio problema, al desfalcar una suma que Eva tuvo que reponer para evitar su detención.

Hacia 1943 podía decirse que la muchacha

de Junín había triunfado. No es una estrella ni su nombre hace *primo cartello*, pero es bastante conocida por el público. Había participado en actuaciones secundarias en algunas películas, tomaba parte en novelones radiofónicos, las revistas de chismes incluían de cuando en cuando alguna gacetilla sobre ella, atribuyéndole un romance con un rico industrial, muy al modo cursi de aquellos años. Después de la revolución de 1943, su vinculación con un militar que ocupa un alto puesto en el gobierno *de facto* le permite acceder a papeles más importantes en los teleteatros.

Y en enero de 1944 se produce el encuentro que definiría su destino. La ciudad andina de San Juan acababa de ser destruida por un terremoto. Los artistas realizan un gran festival para recolectar fondos a beneficio de los damnificados. Allí está, entre sus pares, la actriz Eva Duarte. También está el secretario de Trabajo y Previsión, ese coronel de cuarenta y siete años del que se está hablando mucho.

Poco más tarde, Perón abandona su departamento de soltero —que en realidad compartía con una jovencita que había traído de Mendoza— y alquila otro al lado del que ocupa Evita.

Los sueños, realizados

En los dos años siguientes, Evita llegará al cenit de su carrera artística. Desde luego, la influencia de su todopoderoso amante es decisiva en este éxito, pero no hay que subestimar la personalidad de Evita, que al amparo de Perón afirma su seguridad. Es de entonces la concre-



La Casa Rosada

«¿Fue Evita un instrumento de Perón que éste utilizaba para aquellas tareas que él no podía oficialmente adoptar? Creo que en ella había bastante más que lo puramente manejado. Acertó a crear una imagen femenina popular, desgarrada en su lenguaje crítico hacia el burocratismo oficial.» (Testimonio de José María de Areilza, embajador entonces de España en Argentina.)



Domingo y Eva Perón. Revista Time.

En 1947. Eva Perón viajó por diversas capitales de Europa. Al regresar a la Argentina manifestó: «Nuestro siglo no va a ser recordado como el siglo de la energía atómica, sino como el del triunfo del feminismo.» Ante la Asociación Nacional Italiana de Mujeres manifestó: «Llevo un nombre que se ha transformado en grito de batalla para todas las mujeres del mundo.» (Foto Archivo General de la Nación. Buenos Aires.)

Visita de Eva Duarte a París



ción de algunos desquites, fruto de rencores propios de la vida artística: Libertad Lamarque y Niní Marshall, entre otras figuras, serán excluidas de toda actuación, y la primera deberá radicarse en México hasta el fin de la era peronista.

Al lado de Perón, Evita escucha y aprende. No cumple por entonces un papel político significativo. Tiene poco contacto con los dirigentes sindicales y políticos que empiezan a rodear al coronel. Rápida e intuitiva, no deja de aportarle, sin embargo, ese conocimiento de la realidad humana que Perón no tiene y ella, en cambio, ha aprendido en los años anteriores a costa de humillaciones, pobrezas y luchas.

Pronto trasciende la *liaison* del secretario de Trabajo, ministro de Guerra y vicepresidente de la República. En círculos castrenses se le critica. «Hablan mal de mí porque dicen que estoy enamorado de una actriz —suele replicar Perón con humor cuartelero—. ¿Qué quieren? ¿Que me enamore de un actor?»

Ni siquiera desempeña Evita un papel importante en las decisivas jornadas de octubre de 1945. Cuando Perón renuncia, le acompaña a una finca en las cercanías de Buenos Aires; luego, al sobrevenir su detención, ella se derrumba. Hace gestiones para lograr que Perón abandone el país. Intenta salir de Buenos Aires, pero el chófer del taxi que la conduce la señala a un

grupo de estudiantes, que la insultan y hasta llegan a lastimarla. El 17 de octubre permanece en su departamento, atemorizada por la suerte de su amado: es un invento posterior la imagen de Evita sacando a los obreros de las fábricas, activando en los sindicatos, arengando a las masas. Esta apócrifa mitología fue creada más tarde, aunque no por ella, que en *La razón de mi vida* reconoce honradamente la incertidumbre que vivió esos días.

«La vida será nuestra»

Cuando todo termina, Perón se casa con Evita en una ceremonia íntima que casi no trasciende. Una carta que le había enviado desde la isla Martín García revela el profundo amor que sentía por ella: «Si sale el retiro, nos casamos al día siguiente, y si no sale, yo arreglaré las cosas de otro modo, pero liquidaremos esta situación de desamparo que tú tienes ahora (...). Tesoro mío, tené calma y aprendé a esperar. Esto terminará y la vida será nuestra...»

Ahora que ya es la esposa de Perón, Evita empieza a afirmar su papel al lado del candidato presidencial. Le acompaña en alguna de sus giras electorales y participa en reuniones donde se definen problemas internos de sus huestes.

Finalmente, el triunfo de febrero de 1946. A los veintisiete años de edad, la muchacha de Junín es la primera dama de la Argentina. ¿Puede pedir algo más al destino? Feliz, radiante, luce en esos días unas *toilettes* deslumbrantes: en un acto oficial aparece al lado del cardenal primado con un escote atrevidísimo. (La «Negra» Bozán, una *vedette* muy popular, osa aparecer en escena con un escote no menos apabullante y un pajarito de copete rojo, el cardenal, plantado en su hombro: la gracia le valdrá su desaparición del teatro durante un tiempo...)

Hasta los sueños más delirantes que pudiera haber acariciado cuando representaba por radio a las mujeres célebres de la historia del mundo, se han cumplido para ella. Todas las miradas de los antiperonistas la escudriñan, indagan su vida anterior, están atentas al menor traspiés de Evita. Y se resignan suponiendo que habrá de entretenerse jugando a ser «la señora presidenta». No la conocían.

La mujer del presidente revoluciona Buenos Aires

A lo largo de 1946, Evita fue robusteciendo su imagen pública y definiendo progresivamente los papeles que cumpliría dentro del régimen peronista. Ocupaba una oficina en la Secretaría de Trabajo y Previsión —el organismo que fue la base de lanzamiento político de su marido—, y allí recibía a toda clase de gente: pedigüeños, dirigentes sindicales, embajadores, funcionarios, arbitristas e industriales, políticos y visitantes extranjeros. Al margen de las instituciones, ajena a toda traba burocrática, Evita ordenaba, disponía y adquiría un poder cada vez mayor, con el tácito aval del presidente. Sus apariciones públicas, al principio tímidas y chapuceras, fueron haciéndose más frecuentes: pronunciaba discursos que al comienzo leía y luego decía sin ayuda, con una oratoria que en los últimos años tuvo un sello personalísimo.

Porque si hay algo admirable en Eva Perón (como se hizo llamar después de un par de años, abandonando el pomposo María Eva Duarte de Perón de los primeros tiempos) fue su capacidad para evolucionar, para modificar su personalidad a medida que las nuevas exigencias lo requerían o que su intuición lo dictaba.

Ese cambio se advirtió, en primer lugar, en su aspecto: después de su viaje a Europa, Evita abandonó los suntuosos peinados y los tocados deslumbrantes para adoptar un aire sobrio que no estaba reñido con la elegancia, pero compaginaba mejor con la imagen militante que había elaborado.


Evita, líder de los «descamisados».

Eva Perón tenía la capacidad de entusiasmar a sus seguidores desde un micrófono. Antes de ser la mujer de Juan Domingo Perón, había sido conocida como «la señorita Radio» por las emisiones que realizó desde Radio Belgrano, en las que interpretó a las mujeres célebres de la historia universal.
Perón traspasa a su mujer el papel de dar una imagen al movimiento político que dirige, al contrario del ansia de protagonismo político que había definido a los líderes fascistas europeos. «Perón será el gran estratega —escribe Carmen Llorca—, el hombre que trazará las batallas desde el Estado Mayor, pero el táctico de las operaciones en el campo de batalla será una mujer...» Sin embargo, llegó un momento en que las multitudes aclamaban a Evita, de tal modo que sin ella no iba a ser posible mantener el entusiasmo popular.





La vida política de la Argentina se centra entonces en el matrimonio Perón. El dictador apenas tenía en cuenta los otros órganos de poder. Eva sabía que no contaba con el apoyo de las fuerzas armadas, por lo que creó un ejército de «descamisados» que la mantuvieron en la cima política.

Palacio del Congreso. Buenos Aires.



Sin embargo, el cambio de Evita fue más notable en la significación que adquirió su personalidad. Se fue convirtiendo en la ardiente celadora de un proceso que ella veía como una revolución cuyas desviaciones y obstáculos había que aplastar. Los títulos, los honores, las joyas y las adulaciones los aceptaba como algo natural; pero nada pudo sobornarla. Tomó su misión con una suprema seriedad, y por eso fue mesiánica y absoluta, con una terrible integridad derivada del simplismo con que asumía la realidad. Para ella, Perón y el peronismo eran valores supremos: todo el resto era miserable, despreciable. Los agravios que había alimentado durante sus años oscuros, esos rencores que la habían sostenido a través de la miseria y las humillaciones, ahora los vociferaba a pleno pulmón, sin dejarse ablandar por su triunfo. «Yo le pido a Dios que no permita a esos insensatos levantar la mano contra Perón, porque ¡guay de ese día! ¡Ese día, mi general, yo saldré con el pueblo trabajador, con las mujeres del pueblo, con los descamisados de la Patria, para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista!»

Estas fueron palabras que pronunció en su último discurso, el 10 de mayo de 1952: reflejaban su fanatismo, la terrible pureza de una mentalidad que no toleraba matices en su planteamiento maniqueísta del bien y del mal, y en consecuencia tanto podía ser una fuerza llena de amor y compasión como una tormenta de odio y resentimiento.

El hada de todo un pueblo

Pero su función de centinela del régimen era la complementación de dos papeles principales que Evita asumió desde el principio. Uno fue la asistencia social a los sectores más desvalidos. La Fundación Eva Perón llenó, de una manera sin duda arbitraria y paternalista, pero también eficaz, dolorosas necesidades individuales que el Estado no podía atender. Con exacciones a industriales y comerciantes, promoviendo donaciones en los sindicatos y con la ayuda de leyes especiales, la Fundación Eva Perón se convirtió en un inmenso organismo de beneficencia que tanto impartía asistencia médica como organizaba campeonatos infantiles de fútbol, repartía pan dulce y sidra en Navidad o hacía posibles las vacaciones de los niños en distintos puntos turísticos del país. En este papel, la figura de Evita era una especie de hada cuya varita mágica conseguía los dones más inesperados.

El otro papel que jugó se centraba en las relaciones con los sindicatos. En este sentido fue la sucesora de Perón, cuyas actividades presiden-

ciales no le permitían un contacto tan frecuente como antes con los dirigentes gremiales. Evita se convirtió en su intermediaria permanente, gestora de conquistas sectoriales y también custodia del orden peronista cuando enfrentó movimientos huelguísticos no autorizados o denunció supuestas infiltraciones opositoras en los organismos sindicales. Su sensibilidad popular, su capacidad de adaptación, su inteligencia natural, hasta su lenguaje, crudo y directo, le facilitaban un fluido contacto con sus «grasas» —como decía— y pronto hicieron de ella un resorte insustituible dentro del régimen.

Estos cometidos no agotaban su función. Convertida en líder de las mujeres humildes, promovió la ley que otorgaba derechos cívicos al sexo femenino, una iniciativa que se había proyectado no menos de veinte veces en años anteriores, pero que en 1947, con su arrollador impulso, el Congreso sancionó por unanimidad. De inmediato presidió la organización de la «rama femenina» del partido peronista y se convirtió en jefa natural de un formidable caudal electoral, además de modelo e ídolo de miles de dirigentes de esa nueva fuerza. Esta función le llevó, asimismo, a convertirse en una adelantada del movimiento de liberación femenina: no por proclamar una doctrina, sino por su sola presen-

Visita a España



En junio de 1947, Eva Perón viaja a España, donde es recibida con toda magnificencia. El pueblo no olvidaba la ayuda argentina en los momentos difíciles de la posguerra y del aislamiento diplomático. Franco impuso a Eva la gran cruz de Isabel la Católica. No podía faltar su presencia en una corrida de toros. Su recorrido por Europa estuvo lleno de anécdotas (llegó tarde a la entrevista con el papa), y lució el fastuoso vestuario que la caracterizaba.



¿Qué hubiera sido de Evita sin Perón, o del dictador argentino sin el hechizo de aquella mujer? Primero contesta Evita: «Todo lo que pido es que la historia recuerde que hubo al lado del general Perón una mujer que le llevó las esperanzas y las necesidades del pueblo, y que esa mujer se llama Evita.» Así hablaba el 31 de agosto de 1951 al renunciar a la vicepresidencia del país que le habían ofrecido los justicialistas.

Cuando Perón es encarcelado en la isla de Martín García, le escribe a su mujer desde la cárcel: «Mi tesoro adorado... Desde el día que te dejé allí con el dolor más grande que puedas imaginar no he podido tranquilizar mi triste corazón. Hoy sé cuánto te quiero y que no puedo vivir sin vos...»

cia, su actuación, la pasmosa seguridad con que se manejaba en un país que —aunque en menor medida que en el resto de América latina— seguía siendo «machista» y poco propicio a la inserción de las mujeres en la política, y aún menos en puestos de tan alta responsabilidad institucional.

Leal a Perón y a sus «descamisados»

Pronto Evita se convirtió en un poder tan grande como Perón. Había ministros, legisladores, gobernadores, sindicalistas, funcionarios que ella manejaba directamente, así como hubo otros a quienes hizo despedir, de un día para otro, o que al caer en su disfavor fueron marginados del régimen. Pero jamás intentó contraponer su fuerza política a la de su marido; su lealtad a Perón era total. Los antiperonistas la odiaban más que a Perón, especialmente la clase alta, que no podía soportar a «esa mujer» desenfadada e inconvencional a la que no habían deslumbrado las galas de la figuración y se había convertido en un elemento peligroso, incontrolable.

Paralelamente a este odio, Evita suscitaba también una auténtica adoración en el peronismo. Los ancianos, los niños, las mujeres, sobre todo, beneficiarios directos de su ayuda social, sentían una visceral adhesión a esa bella dispensadora de bienes. Como es natural, su dramático destino sublimó y proyectó en el tiempo tales sentimientos en el corazón del pueblo. Y es que Evita es una fuente de inagotables sugestiones para sociólogos y psicólogos por estar dotada de un sello absolutamente original: piénsese que en su tiempo sólo dos mujeres habían tenido una actuación relevante en sus respectivos países: Madame Chiang Kai-shek y Eleanor Roosevelt. Pero Eva Perón desbordó estos modelos. Fue una personalidad inédita y una fuerza de ruptura que carece de antecedentes en el panorama político de la época. Parece increíble que en sólo seis años pudiese acuñar una identidad tan singular, sobre todo si se recuerda que carecía de formación cultural y no tuvo pausa ni sosiego para sedimentar las vertiginosas experiencias que fue viviendo.

Experiencias que en 1947 vivió en el escenario europeo, con una gira de dos meses en la que cosechó triunfos (sobre todo en España) y desaires, pero que proyectó su figura al mundo como una expresión de la Argentina triunfalista de ese momento: una «Madame Sans Gêne» que podía decir lo que fuera a cualquiera de los grandes de la tierra.

«Evita dignifica»

Así iban pasando los breves años que le fueron dados. Vivía intensamente; en general se quedaba hasta muy tarde en la noche atendiendo asuntos de la más diversa índole, en Trabajo y Previsión, en la sede de la Fundación o recorriendo las obras que se realizaban bajo su patronato. Después, las largas tertulias con su grupo íntimo se prolongaban casi hasta el alba. Evita arrastraba la costumbre trasnochadora y desordenada de sus años artísticos; Perón, en cambio, que era militar hasta en los madrugones, solía cruzarse con su esposa cuando ésta volvía a la residencia presidencial y él salía para iniciar su jornada de trabajo...

En enero de 1950, Evita es internada para una operación de apendicitis. El ministro de Educación —excéntrico funcionario aunque médico de alto nivel— detectó un cáncer e insistió en intervenirla posteriormente. Evita tuvo una explosión de cólera; aplicó una bofetada al ministro (que renunciaría poco después) y siguió haciendo su vida de siempre. Ese mismo año apareció *La razón de mi vida*, que pronto se ins-

«Porque yo conozco las tragedias íntimas de los pobres, de las víctimas que han hecho los ricos y los poderosos explotadores del pueblo, por eso mis discursos tienen muchas veces veneno y amargura.» A Eva Perón llegaron las angustias de miles de ciudadanos sin esperanza. (Foto Archivo General de la Nación. Buenos Aires.)



En su despacho del Ministerio de Trabajo.

tituyó como lectura obligatoria en las escuelas. Era un libro desordenado y atractivo, una profesión de fe peronista y una cuidadosa selección de recuerdos, todo ello vertebrado por una ideología primitiva, pero cuya autenticidad surgía en cada página. Por supuesto, Evita no redactó el libro, pero todo su espíritu, su fuerza, sus rencores y su fe están presentes en él.

La culminación de su carrera ocurrió a mediados de 1951. En agosto, una enorme concentración proclamó virtualmente su candidatura a vicepresidente de la nación. Después de pedir, con voz entrecortada, unos días para pensarlo, Evita pareció aceptar. Pero días después declinó la postulación en unas breves frases que se leyeron por radio. En 1948, su actividad e influencia habían inquietado a algunos sectores del ejército, y un alto jefe transmitió a Perón las reticencias exigentes en las filas castrenses. En la medida que Evita adquiría más poder, este cuestionamiento no parece haberse repetido, pero Perón tenía buen olfato respecto a sus antiguos camaradas, y debió de llegar a la conclusión de que el nombre de su esposa en el binomio presidencial podía provocar un malestar indetenible.


El embajador de Argentina en Madrid

En la foto de la agencia UPI se puede leer: «Buenos Aires.—Por primera vez en diecinueve años, el cuerpo de Eva Perón se muestra a la luz pública en esta foto oficial. Después de su traslado desde Madrid, el cadáver yace en el féretro abierto al lado del de Juan Domingo Perón, cerrado, en la cripta de la residencia presidencial en Olivos, distrito de Buenos Aires. Eva murió de cáncer en 1952 y su cuerpo fue confiscado por los militares tras el golpe de Estado que derrocó a Juan Domingo Perón en 1955. Los restos de Evita fueron devueltos a Perón en 1972. (Uso prohibido en Argentina.)»

Proclamada «jefa espiritual de la nación»

De todos modos, la figura de Evita no perdió nada en el sentimiento popular, sino que se profundizó en noviembre de 1951 cuando la animadora del voto femenino hizo uso de su nuevo derecho por primera vez, en su lecho de enferma. Se presentó la breve internación de Evita como un problema menor, pero lo cierto era que su enfermedad avanzaba de forma irremediable.

Su última aparición pública fue el 4 de junio de 1952, cuando Perón asumió la presidencia por segunda vez. Una imagen traslúcida, afinada, casi espectral, sostenida de la cintura por su marido, fue la que ofreció Evita a un pueblo que la aclamaba con la oscura intuición de que sus días estaban contados. Esos últimos meses, por adulación o por amor, se le tributaron homenajes fuera de toda medida: el Congreso Nacional la proclamó «jefa espiritual de la nación»; se le otorgó la máxima condecoración argentina: la Orden del Libertador General San Martín; se ordenó, también por ley, la erección de un monumento en su honor. Centenares de escuelas, policlínicos y toda clase de instituciones habían sido bautizadas con su nombre, y su busto lucía en la entrada de fábricas, oficinas públicas y plazas. En todas las obras del Estado se alzaban carteles con la consigna de «Evita dignifica», al lado del obligado eslogan «Perón cumple». En ese momento, el grupo que le era adicto disponía de los cargos más decisivos del Estado: hasta sus borrosos cuñados habían sido catapultados a altos destinos; uno de ellos era ministro de la Corte Suprema de la nación, otro era senador nacional, y su hermano Juan, secretario privado del presidente.

Más significativo que todo esto era la presencia popular de Evita: centenares de miles de hogares argentinos estaban presididos por sus retratos, exornados a veces con cirios y otras con flores, que marcaban la realidad de un culto idolátrico pero sincero.

Ni aquellos homenajes, ni ese poder, ni este sentimiento podían hacer nada ya para salvar a su destinataria.

La imagen póstuma

El 26 de junio de 1952, a las 20.25 horas, se apagó la vida de esta mujer singular, torbellino de pasión y fanatismo, expresión caótica de amor por los humildes, vociferante testigo de injusticias y humillaciones existentes en la sociedad argentina, que ella quiso reparar, a su manera elemental, directa y, desde luego, incompleta.

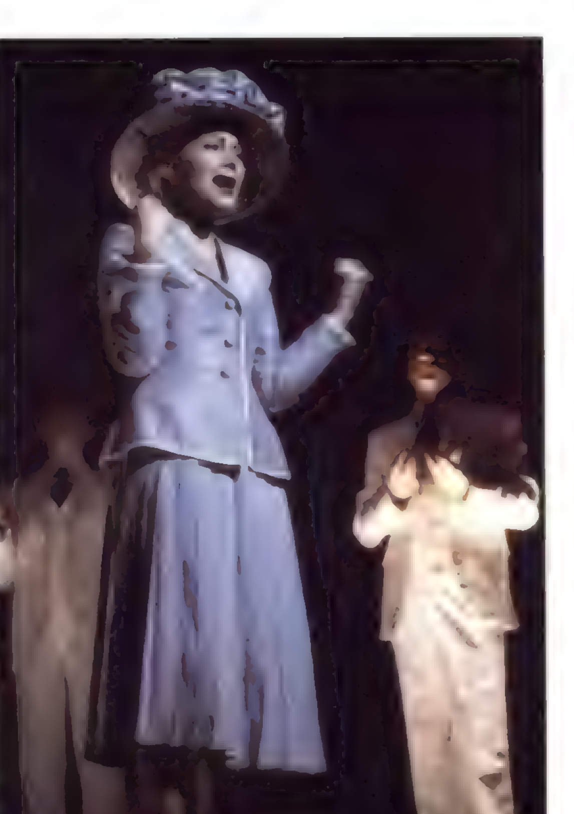
Su velatorio duró un mes, y su cadáver, al que quiso preservarse de las mutaciones propias de la muerte, tuvo un destino tan extraordinario como el del ser humano que había contenido. Depositada en la sede de la CGT para su tratamiento, después de la caída de Perón fue hurtado por los triunfadores y ocultado en diversos lugares hasta encontrar un reposo de dieciocho años en cierto cementerio de Italia. A mediados de 1972, el cadáver fue devuelto a su esposo por el gobierno argentino que presidía el general Lanusse. Quedó en la residencia de Perón, en Madrid; tres años después los repatrió al factótum de Isabel Martínez de Perón, el misterioso López Rega, que utilizó el retorno de los restos de Evita como una maniobra en su compleja suma de intrigas. Actualmente se encuentra en un cementerio de Buenos Aires.

¿Qué es, para la Argentina de hoy, Eva Perón?

Naturalmente, quienes gozaron de las dádivas de la Fundación la recuerdan como un hada maravillosa y asocian su época a una sensación parecida a la felicidad. Para otros, su memoria es más militante: los peronistas de izquierda siguen personalizando en Eva Perón la expresión más revolucionaria de su movimiento.

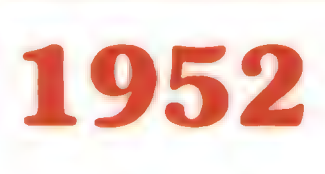
Pero han pasado más de treinta años desde su muerte. Es probable que en el futuro, diluido su recuerdo, modificadas las líneas políticas del país, Eva Perón simbolice un mito que suelen elaborar muchas comunidades: uno de esos arquetipos que ayudan a creer que las desventajas de un origen pobre y desdichado pueden ser superadas. Acaso llegue a ser Eva Perón la protagonista de una estimulante leyenda, la de una muchacha humilde que, por un mágico toque del destino, logró el poder, la riqueza, la popularidad, la arbitrariedad para dispensar el bien o el mal, pagando estos dones con el holocausto de una muerte temprana.

F. L.





Cuando el tiempo parecía haber arrinconado el mito de Eva Perón en sus estrictos límites nacionales, un musical americano centrado en su persona le hizo volver al primer plano mundial. Al estreno neoyorquino de Evita *le siguieron versiones en casi todas las capitales del mundo. La autenticidad del retrato es tan discutible como la de cualquier otra biografía filtrada a través del* show-business *norteamericano, pero la popularidad que ha generado en torno a la dirigenta de los «descamisados» es indudable.*



JOE LOUIS, «EL BOMBARDERO DE DETROIT»

CONSIDERADO todavía como el mejor púgil de la historia, Joe Louis lo conquistó todo: la fama, el dinero, los títulos, el prestigio y la admiración de los aficionados. Sin embargo, tras la retirada, iniciaría un declive que le llevaría finalmente a vivir de la generosidad de sus amigos. La cara y la cruz del boxeo, narrada por Julián García Candau, jefe de la sección de deportes de El País.

La cabaña de los Barrow

Joe Louis, conocido luego como «el Bombardero de Detroit», nació el 13 de mayo de 1914, en una cabaña de algodoneros de Lexington (Alabama). Murió el 12 de abril de 1981, en el Desert Springs Hospital de Las Vegas, a consecuencia de un fallo cardiaco. Unas horas antes, sentado en una silla de ruedas, en la que vivió sus últimos meses, presenció el combate valedero para el campeonato del mundo de los grandes pesos en el que Larry Holmes se adjudicó la victoria.

Joe Louis Barrow fue el séptimo de los hijos del matrimonio compuesto por Monroe y Lily Barrow. En los campos algodoneros de Alabama conoció la miseria casi absoluta. Su situación y la de su familia fue muy similar a la de los viejos esclavos de otros tiempos. A los cuatro años de edad, Joe Louis perdió a su padre, que agotado por el trabajo y los sufrimientos, enloqueció. A los pocos meses de ser internado en un hospital psiquiátrico fallecía. Poco tiempo después, su madre contrajo matrimonio con un viudo llamado Pat Brooks, cargado también de hijos. El señor Brooks, acosado por la pobreza, decidió trasladar a toda la familia a Detroit, en donde la pujanza de la industria automovilística podía proporcionar algún alivio a su situación económica.

Un campesino en Detroit

Joe Louis llegó a Detroit recién cumplidos los diez años. A los doce consiguió un empleo como repartidor de hielo. A los catorce fue aprendiz de ebanista. El mundo del boxeo se le abrió por medio de su amigo Thurston MacKinley, que fue quien le llevó a un gimnasio. A los dieciséis años, Joe Louis disputó su primer combate como aficionado. Johnny Miller, su primer adversario, le propinó una seria paliza. En los dos primeros asaltos le tumbó hasta siete veces. Este primer fracaso no desanimó al joven de Alabama, y tras convertirse en una de las grandes figuras del boxeo *amateur* —disputó 54 combates y sólo perdió cuatro— decidió iniciar su etapa profesional en 1934. John Roxborough fue su *manager* y Jack Blackburn su entrenador. Tras dos meses en el gimnasio dedicados exclusivamente a pulir su estilo, realizó su presentación profesional en Chicago, en julio de 1934. Un solo asalto necesitó para noquear a Jack Kracken.

La carrera de Joe Louis fue fulgurante. En los primeros combates noqueó a sus adversarios. Su confirmación como gran estrella se produjo el 14 de diciembre de 1934, fecha en que ven-



Nueva York, 1935.

Un año antes de convertirse en campeón del mundo de los pesos pesados, Joe Louis ya paseaba su rostro aniñado en olor de multitud. Era la gran esperanza negra. Poco después de ser tomada la fotografía, «el Bombardero» derrotaba al gigante italiano Primo Carnera. El título mundial lo ·onsiguió en 1936, ·ecisamente frente al ·nbre que estrecha su ·no, James Braddock. El ·go es otro ex campeón, ·k Dempsey, y la escena transcurre dos años después, cuando Louis se preparaba para la revancha con Schmelling.



James Braddock, Jack Dempsey y Joe Louis.

Con anterioridad a esta fecha histórica en la vida de Joe Louis se produjo la primera de sus tres derrotas como púgil profesional. El alemán Max Schmelling le venció en junio de 1936. Aquella derrota tuvo grandes resonancias políticas porque la propaganda nazi la utilizó como un triunfo más de la raza aria. Fue el año de los Juegos Olímpicos de Berlín, en que un negro, Jesse Owens, hizo palidecer a Hitler con sus medallas de oro.

El destino de casi todos los grandes campeones es sucumbir ante un hombre más joven, servir de trampolín para nuevas carreras. Y Joe Louis no escapó a él. El 29 de octubre de 1951 intentó recuperar por última vez el título que había monopolizado durante más de una década, pero Rocky Marciano se lo impidió en ocho asaltos.



Combate entre Rocky Marciano y Joe Louis en 1951

ció a Lee Ramage, que se presuponía, por su experiencia, iba a cortar el camino de rosas del futuro campeón. A partir de ese momento la fama de Louis fue en aumento. El público le convirtió en su ídolo y le llamó «el Bombardero».

La Segunda Guerra Mundial sorprendió al «Bombardero» como monarca de los pesos pesados. Era ya demasiado importante como para morir en una playa desconocida, y se dedicó, por orden de sus superiores, a realizar exhibiciones. Hizo más de mil y acabo siendo condecorado.

Desde el 5 de abril de 1915, en que Jess Willard noqueó a Jack Johnson, todos los campeones de los grandes pesos fueron blancos. A Joe Louis se le presentó la ocasión de ser el segundo hombre de su raza que lograra el cetro de los grandes pesos. Logró el título mundial el 22 de junio de 1936, al derrotar en Chicago, por fuera de combate, en el octavo asalto, a Braddock.

Firma de autógrafos en Cabo Edwards



Rey intocable

Joe Louis mantuvo su cetro durante doce años. Derrotó por fuera de combate a los boxeadores más importantes de la época: Primo Carnera, King Levinsky, Max Baer, Paulino Uzcudum, Jack Sharkey y el propio Max Schmelling, sobre el que se tomó cumplida revancha el 22 de junio de 1938. En esta ocasión, el combate ya tuvo planteamientos políticos en los propios Estados Unidos. El germano únicamente resistió en pie dos minutos y medio, en los que recibió, según las estadísticas, 39 golpes.

En 1942, en plena guerra mundial, Joe Louis fue llamado a filas y enrolado en un regimiento de caballería. El ejército consideró que su labor más idónea era la de dedicarse al boxeo dentro del propio ejército y así lo hizo. Cuando regresó a casa, el 11 de octubre de 1944, había realizado más de mil exhibiciones. El gobierno de los Estados Unidos le condecoró como reconocimiento a la labor desarrollada ante los soldados.

Joe Louis defendió victoriosamente su título de campeón mundial en 25 ocasiones, la última de las cuales ante Joe Jersey Walcott el 25 de junio de 1948, en Nueva York. Tras esta pelea, Joe Louis anunció su retirada. La mala administración de sus bienes le llevó a la ruina con rapidez. Ante la presión fiscal, por deudas atrasadas, decidió regresar al cuadrilátero. El 27 de septiembre de 1950 intentó en Nueva York la reconquista del cetro mundial, pero fue vencido por Ezzard Charles a los puntos. Fue su segunda derrota como profesional. El último acto del ídolo tuvo lugar el 26 de octubre de 1951, en que fue noqueado, en el octavo asalto, por el nuevo rey de los grandes pesos, el joven Rocky Marciano.

Un triste final

A partir de ese momento, la vida de Joe Louis fue una nueva lucha contra la miseria. En pocos años retornó a la pobreza de su niñez en Alabama. El fisco le reclamó 1.259.000 dólares atra-



Frank Sinatra y Joe Louis.



Con su primera esposa, en Harlem

sados. Se casó con Rose Morgan, acaudalada fabricante de cosméticos, pero no aceptó de ella, su segunda esposa —con anterioridad estuvo casado con Marve—, que le pagara las deudas. Louis intentó ganarse la vida en la lucha libre, pero ello no le ayudó a salir de la pobreza. Los inspectores de Hacienda le confiscaron los 60.000 dólares que había depositado en un banco para sus dos hijos, Jacqueline y Joseph, y prácticamente necesitó la ayuda de los amigos para poder comer. En 1966 Frank Sinatra le llamó a Las Vegas para que se dedicara a las relaciones públicas en el Caesars Palace. Sesenta mil dólares y una casa fueron sus ingresos anuales. Con su tercera esposa, Martha, adoptó dos niños negros y vivió con relativa felicidad junto al clan Sinatra.

En 1970 fue internado en un hospital psiquiátrico de Denver. Una suscripción pública dirigida por los boxeadores Sugar Ray Robinson y Joe Walcott le proporcionó 100.000 dólares. En 1977, Cassius Clay, Gene Tunney, Max Schmelling y Jack Dempsey le organizaron un nuevo homenaje, y posteriormente aún necesitó un nuevo festejo, dirigido por Sinatra, para ayudarle a malvivir los últimos años.

La lucha contra la droga y los fallos cardiacos marcaron sus últimos años. En Houston fue intervenido por el doctor Debakey y consumió sus postreras horas en una silla de ruedas. Quienes le conocieron de cerca afirmaron que, perdida la ilusión de vivir, se le produjo el fallo cardiaco que le provocó la muerte. El día en que murió Joe Louis se declaró de luto para el boxeo mundial. Su vida fue un ejemplo más del triste final de la mayoría de los boxeadores. **J. G. C.**



Max Schmelling.



Paulino Uzcudum.

Muchos años separan al muñeco roto del gladiador. Louis necesitó de la filantropía del clan Sinatra para sobrevivir en su vejez. Era algo que no pasaba por su cabeza el día de su primera boda, mientras paseaba por Harlem del brazo de su esposa. Doce horas antes había derrotado a Max Baer.
Abajo, como actor de cine en Spirit of Youth, *rodada en 1937.*



Escena de la película Spirit of Youth.

«La humanidad se acerca a su total aniquilación», escribió Albert Einstein en los años que el presidente Truman decidió la fabricación de la bomba de hidrógeno, que convertía a la arrojada sobre Hiroshima en un arma cientos de veces menor.

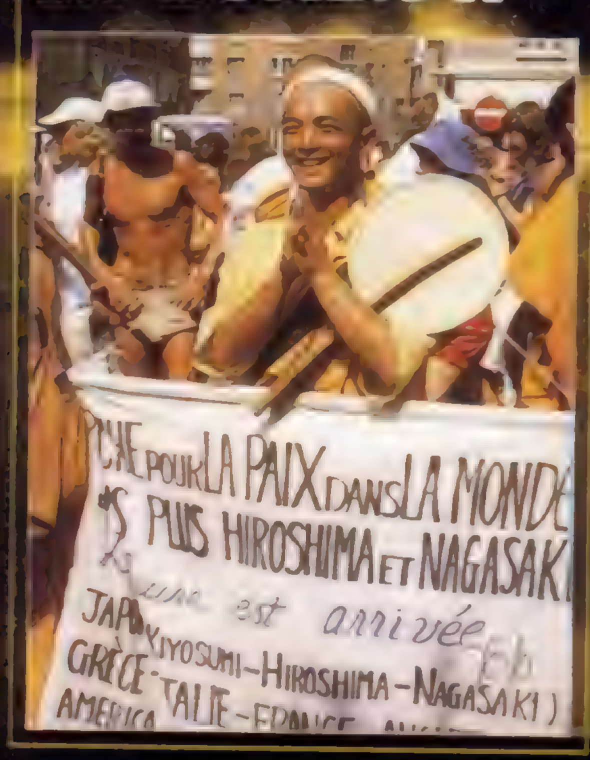
Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando todavía no había concluido la guerra de Corea, los Estados Unidos intentan la supremacía militar en la carrera de armamentos. Los científicos se encierran en el laboratorio de Los Alamos para construir la «superbomba». Voces de todo el mundo, incluidas las de los propios científicos, dan la voz de alerta. A pesar de todo, Truman decide seguir adelante. Rusia, al fondo del «telón de acero», espía los movimientos de Norteamérica.

El 1 de noviembre de 1952, en un pequeño atolón del Pacífico, se levanta un hongo de fuego y muerte. A 65 kilómetros pudo verse que el mar ardía. El cráter abierto por la bomba tenía tres kilómetros de profundidad.

¿Hasta dónde llegaría la ceguera de la política internacional?

Gustavo Valverde, corresponsal del diario Ya en Nueva York, analiza el proceso de fabricación de la bomba H que dio lugar a reacciones contrarias en todo el mundo.

LA BOMBA H





Mil veces la de Hiroshima

El 6 de agosto de 1945 un bombardero B-29 de las Fuerzas Aéreas norteamericanas lanzó una bomba atómica sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. La ciudad entera resultó destruida. Más de 70.000 personas perdieron la vida. El mundo tembló ante la potencia destructiva de la nueva arma, dos de cuyas consecuencias inmediatas fueron fulminantes: el fin de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la carrera de armamentos nucleares.

Cuatro años más tarde, todavía sin apagarse las voces de alarma y de preocupación de la comunidad científica y de los intelectuales de Occidente, la guerra fría abierta entre los dos bloques recién configurados sufría un importante impulso con el anuncio de que la Unión Soviética acababa de probar con éxito su propia bomba (29 de agosto de 1949). El monopolio atómico de los Estados Unidos había terminado. El mundo entraba en una nueva e imparable era de destrucción. Los líderes de Washington, que ya habían poblado sus arsenales de cientos de bombas atómicas, se enfrentaron con que su rival soviético intentaba igualar y hasta sobrepasar el poderío nuclear de los Estados Unidos. Después de un apresurado y tortuoso proceso de análisis y evaluación de opciones, los políticos, militares y científicos norteamericanos acabaron por aconsejar y convencer al presidente Harry S. Truman para que diera luz verde al proyecto de un ingenio nuclear aún más destructivo: la bomba de hidrógeno o bomba H. El 1 de noviembre de 1952, siete años después de Hiroshima, la primera bomba H era probada con éxito en el Pacífico. La explosión hizo desaparecer una isla entera, originando un cráter de dos kilómetros de diámetro.

El programa para la construcción de la bomba termonuclear, o bomba de hidrógeno, llevó el nombre de «Superproyecto». Fueron el físico italiano Fermi y su colega norteamericano Teller los primeros que comenzaron a conversar sobre la posibilidad de lograr una reacción similar a la que se origina en el Sol (1942), pero las advertencias y temores sobre las eventuales consecuencias futuras de la bomba termonuclear frenaron las reuniones y discusiones del cuadro de científicos norteamericanos que habían ya colaborado en el «proyecto Manhattan» de la bomba atómica. El poder destructivo de la bomba A arrojada sobre Hiroshima era equivalente a 20.000 toneladas de TNT; la potencia de la bomba H se calculó en 1.000 veces la de la bomba atómica. El profesor P. M. S. Blackett, premio Nobel de Física y miembro del Comité Británico para la Energía Atómica, advirtió pronto que la bomba H representaba para las nacio-

Explosión de la bomba H en 1952

«Dios mío, ¿qué hemos hecho?», exclamó Robert A. Lewis, copiloto del Enola Gay, *al ver desaparecer bajo un hongo de fuego la ciudad de Hiroshima. Era el 6 de agosto de 1945. El mundo cambiaba desde ese terrible momento, que además supuso la rendición incondicional del Japón. En adelante la humanidad tendría que vivir bajo la amenaza de una guerra nuclear.*
Siete años después, los científicos americanos hacen estallar la primera bomba de hidrógeno. La carrera por el dominio político y militar entre las grandes potencias sigue sin detenerse. Sin embargo, cada día con más frecuencia hay hombres y mujeres que se manifiestan en las calles de todo el mundo defendiendo la paz, con carteles que dicen: «No más Hiroshima y Nagasaki.»

Al día siguiente al bombardeo, el alto mando japonés envió a Hiroshima al general Seizo Arigue, quien describió con estas palabras el espectáculo de la ciudad: «Cuando nuestro avión sobrevoló Hiroshima sólo quedaba un único árbol, como si un cuervo estuviera posado sobre las ruinas... Cuando aterrizamos en el aeropuerto, toda la hierba era roja, como si la hubieran tostado...»

nes poseedoras de bombas A la posibilidad de utilizar las atómicas como detonadores y transformarlas, con poca inversión, en bombas de hidrógeno, con un poder de destrucción un millar de veces superior. «Cada una de esas nuevas bombas —decía— produciría la destrucción total de una ciudad como Londres y sus alrededores. Pero una vez que una nación compromete su seguridad a una sola arma absoluta, se hace emocionalmente esencial creer también en un enemigo absoluto.»

Albert Einstein calificó la bomba H como «el mayor descubrimiento del siglo», pero añadió que su fabricación le hacía «temer cada día un poco más por el futuro de la civilización». Robert J. Oppenheimer, que había sido el padre de la bomba atómica, fue más tajante: «La bomba que cayó sobre Hiroshima no es más que un juguete de niños comparada con esta de la que ahora conocemos el secreto... Su posesión supone, antes que nada, para los dirigentes soviéticos y americanos, enfrentarse con una cuestión moral: nadie tiene derecho a emplear tal arma. En caso contrario, lo digo bien alto, será el fin del mundo.»

Sin embargo, a pesar de las advertencias y de las protestas, de las peticiones y de las amenazas, el proceso era ya imparable. En marzo de 1950, el gobierno norteamericano denegó el permiso de entrada en el país a un grupo de personalidades y dirigentes izquierdistas europeos que se proponían visitar al presidente Truman para pedirle que frenase la carrera armamentista atómica. En el grupo, que se denominaba Congreso Mundial de la Paz, se encontraban, entre otros, el deán de Canterbury, el físico atómico belga Max Cosyns y el pintor español Pablo Picasso.

La guerra fría al fondo

La prueba con éxito de la primera bomba atómica soviética provocó un fuerte debate interno en los Estados Unidos, que se extendió de la comunidad científica a la militar y política. La Comisión de Energía Atómica estaba dividida y

Hiroshima después del lanzamiento de la bomba atómica.

una mayoría se oponía inicialmente al «Superproyecto». Los estudios teóricos se consideraban insuficientes o incompletos. La Junta de Jefes del Alto Estado Mayor hizo un estudio por su cuenta y, aunque se abstuvo de hacer recomendaciones, aprobó un proyecto que daba prioridad a las investigaciones sobre su fabricación, pero a largo plazo y de forma prudente. Fue en los círculos del Congreso norteamericano, sin embargo, donde más presiones se registraron para forzar a Truman a que diera la luz verde. La tensión internacional había aumentado en los pocos años de guerra fría; desde Washington se veía con progresiva aprensión la agresividad comunista, no obstante la reconocida superioridad aérea y militar de los Estados Unidos en base a sus bombarderos B-29 y B-50, que eran ya capaces de transportar la recientemente descubierta bomba atómica. Pero la división de Berlín, la consolidación por Stalin de su influencia sobre el este europeo y la misma creación del Pacto del Atlántico Norte (OTAN), el 4 de abril de 1949, habían creado un marco de confrontación real y psicológica que, para los círculos del poder estadounidenses, representaba el final de su tranquilidad o el comienzo del sentimiento de vulnerabilidad frente a la Unión Soviética.

Junto a la crisis de Berlín —que planteó a los aliados, con los Estados Unidos a la cabeza, la necesidad de contener el expansionismo ruso y crear el concepto del «telón de acero»—, en junio de 1950 las fuerzas comunistas de Corea del Norte, armadas y asesoradas por la Unión Soviética, atacaban la república de Corea del Sur. El presidente Truman, que ya había contestado a la creciente amenaza soviética en Europa con una política muy clara de reforzar el músculo militar norteamericano y de Europa occidental, decretaba dos días más tarde del ataque norcoreano el envío de tropas de los Estados Unidos en defensa de Corea del Sur. La política de contención comunista en Europa se extendía ahora a Asia con el envío de 300.000 soldados norteamericanos a una guerra que desde un principio se trató de definir como «conflicto limitado» para evitar un enfrentamiento tanto con Rusia como con China. La administración Truman seguía considerando a Europa como la máxima prioridad de la política exterior de los Estados Unidos, a pesar de la opinión disidente del general Douglas MacArthur, el comandante de las tropas norteamericanas en Corea, quien abogaba por una «prioridad asiática». El debate en Washington sobre cuál de las dos opciones debía prevalecer duró meses, y el gobierno Truman llegó a sospechar y temer que la invasión de Corea no era más que el comienzo de una ofensiva general comunista orientada, al final, a la conquista de Europa.

Truman decide la fabricación de la «superbomba»

En este clima político, el presidente Truman adoptaría la histórica decisión de ordenar la producción de la bomba de hidrógeno. En su célebre discurso ante la Comisión de la Energía Atómica (31 de enero de 1950), Truman declararía, ante la general aprobación de la inmensa mayoría de los líderes políticos del Congreso y de los partidos norteamericanos: «Forma parte de mis atribuciones, como jefe supremo de las Fuerzas Armadas, procurar que nuestro país sea capaz de defenderse contra cualquier posible agresor. En consecuencia, he ordenado a la Comisión de Energía Atómica que continúe sus trabajos sobre todo tipo de armas atómicas, incluyendo la llamada bomba de hidrógeno o «superbomba». Como todos los demás trabajos relacionados con el armamento atómico, éste se desarrolla y se desarrollará a tenor de los objetivos de nuestro programa de paz y seguridad. Continuaremos procediendo de esta manera hasta que se establezca un plan internacional satisfactorio de control de la energía atómica. Continuaremos examinando, asimismo, los factores que pueden afectar a nuestro programa de paz y seguridad.»

El proceso de producción de los materiales básicos para la fabricación de la bomba H recibió todo el apoyo económico y científico de los círculos políticos y militares en Washington. Una planta piloto fue creada a finales de 1950 en Carolina del Sur (Savannah River). Los estudios teóricos, sin embargo, prosiguieron a un ritmo más lento debido a la oposición de varios científicos norteamericanos a la «Super».

Un fin de semana, en los últimos días de octubre de 1949, ocho de los principales científicos y físicos, todos ellos miembros del Comité General de Asesoramiento de la Comisión de Energía Atómica, se reunían en Washington para dar su veredicto sobre la eventualidad de seguir adelante con el discutido proyecto de la «Super». A la cabeza de este grupo estaba Robert J. Oppenheimer, quien durante la Segunda Guerra Mundial había sido director del laboratorio de Los Alamos y que ahora se había convertido en la figura más prestigiosa de la ciencia norteamericana.

Dos científicos claves: Fermi y Teller

La idea inicial del «Superproyecto» tuvo lugar años atrás de resultas de una conversación entre dos eminentes científicos, Enrico Fermi —físico italiano que, tras el descubrimiento de la radiac-

tividad artificial en los años treinta, realizó una serie de experimentos y obtuvo más de 400 nuevas sustancias radiactivas, lo que le valió recibir el premio Nobel— y el físico norteamericano Edward Teller. Fermi sugirió que la explosión de una bomba de fisión (atómica) podría utilizarse como punto de partida para lograr algo similar a las reacciones que se producen en el Sol. Teller comenzó entonces a analizar los procesos termonucleares en detalle y presentó su trabajo varios meses después a un grupo de científicos de la universidad californiana de Berkeley. Los hombres de ciencia llegaron a la conclusión de que un arma basada en la fusión termonuclear (la bomba de hidrógeno) era posible. El mismo Oppenheimer aceptó llevar a cabo algunos estudios experimentales, y cuando la noticia llegó a oídos de los científicos de Berkeley y Chicago, varios de ellos se presentaron voluntarios para trasladarse al nuevo laboratorio de Los Alamos y trabajar en el «Superproyecto». La primera premisa para iniciar los trabajos era contar con una bomba atómica (fisión) como punto de partida. Se sugirió que la adición de tritio (un isótopo de hidrógeno con doble peso del normal) podría hacer descender la temperatura de ignición necesaria. Se puso en marcha una planta piloto, que obtenía tritio del litio, en el reactor nuclear de Oak Ridge. Fue precisamente la necesidad de contar con una planta que pudiera obtener este componente lo que retrasó el proyecto de la bomba H hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Muchos de los avances obtenidos posteriormente fueron posibles debido a la utilización de los calculadores electrónicos o computadores, que facilitaron los complicados cálculos necesarios para el proceso de fabricación de la bomba.

La desaparición de la vida en la Tierra

La Comisión de Energía Atómica estaba dividida. Muchos científicos argumentaban que si los Estados Unidos lograban construir una bomba de fusión termonuclear, la Unión Soviética lo haría también más tarde o más temprano y, quizá, otros países seguirían el mismo camino. El mundo entraría en una nueva era en la cual los hombres tendrían el poder de alterar el entorno humano y dañar las especies animales hasta llegar incluso a borrar todo signo de vida en la Tierra. Oppenheimer, que a los ojos del público representaba, en cierto modo, la conciencia norteamericana, no quería comprometerse con el nuevo proyecto. En los días previos a la célebre reunión del Comité General de Asesoramiento, los miembros discutieron agriamente la cuestión entre ellos mismos. Algunos planteaban importantes problemas técnicos para la construcción



Un grupo de científicos especializados en explosiones nucleares se reunió el 2 de febrero de 1950 para urgir que «los Estados Unidos, a través de su gobierno, hagan una declaración solemne de que nuestro país no utilizará nunca la bomba de hidrógeno». En 1963 se firma, con la exclusión de China y Francia, el tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares. El terror a la contaminación causada por la lluvia atómica sigue preocupando a todos los países del mundo. Sin embargo, la carrera nuclear continúa hasta límites insospechados. La frase de Einstein, «cada paso parece una inevitable consecuencia del anterior», parece una maldición apocalíptica que solamente puede detener el llamado equilibrio del miedo y las manifestaciones antinucleares y pacíficas que desde la destrucción de Hiroshima van recorriendo las ciudades de este planeta.

Esquema de la reacción de fusión que se realiza en la bomba de hidrógeno. Dos núcleos de deuterio se funden en común, dando origen a un núcleo de helio y a un neutrón, mientras se desarrolla energía. Los núcleos se funden por efecto de la temperatura de varias decenas de millones de grados.

de la nueva bomba. Otros argumentaban que su fabricación requería la producción de grandes cantidades de tritio, lo que reduciría el material disponible necesario para las bombas de fisión (atómicas). En aquellos momentos los mismos laboratorios que trabajaban en armas atómicas estaban investigando cómo fabricarlas de forma más barata, de tamaño más pequeño y con una mayor variedad de usos, incluyendo el táctico.

También se invocaron razones morales y políticas entre el grupo o sector que se oponía a que los Estados Unidos se embarcaran o iniciaran la fabricación de un arma tan «terrible y destructora». Las presiones del Congreso, los temores hacia la Unión Soviética, el imperativo de la seguridad nacional, los intereses del *establishment* militar e industrial, pesaban fuertemente sobre los miembros de la comisión asesora. Uno de ellos (Lilienthal) escribiría en su diario: «Estoy participando en un tema grande y trágico.» Además de Oppenheimer, los otros hombres de ciencia y del mundo científico fueron James Conant (presidente de Harvard), Enrico Fermi, Lee DuBridge (presidente del Instituto de Tecnología de California), I. I. Rabi, Hartley Rowe, Oliver Buckley (presidente de la A.T.T.) y Cyril Smith, de la Universidad de Chicago. El presidente de la Comisión de Energía Atómica, Lilienthal, estaba secundado por el general Omar Bradley, jefe del Alto Estado Mayor. El texto final de su informe nunca se hizo público, aunque Fermi y Rabi pidieron redactar su propio informe minoritario, que puso gran énfasis en las cuestiones morales. También resaltaron ambos científicos que no había límites en el poder de destrucción de la nueva arma y que el conocimiento de su construcción representaba ya de por sí un peligro para toda la humanidad. El informe de la mayoría expresaba la esperanza de que este tipo de bombas nunca pudiera construirse. Fermi y Rabi insistieron en que era necesario que el propio presidente de los Estados Unidos comunicara al pueblo norteamericano y al resto del mundo que «por razones éticas fundamentales» sería equivocado iniciar la fabricación de tal arma.

Rusia, a la expectativa

Tampoco los militares estaban muy interesados inicialmente en el proyecto «Super». La perspectiva de contar con menos uranio para la construcción de bombas atómicas les hacía desistir de apoyar el proyecto. La Junta de Jefes del Alto Estado Mayor realizó un estudio sobre el tema y solicitó a la Comisión de la Energía Atómica mayor información, aunque acabó por no dar alta prioridad al proyecto. A pesar de las reacciones en contra, el Comité de Energía Atómica de las dos cámaras del Congreso estaba



EDWARD TELLER (Budapest, 1908)

La bomba de hidrógeno, puesta a punto por los Estados Unidos en 1952, fue el producto del esfuerzo colectivo del equipo del laboratorio de Los Alamos. Sin embargo, la paternidad suele atribuirse a Edward Teller, por su perseverancia y su defensa a ultranza del proyecto, a pesar de haber trabajado durante varios años con el grupo de científicos que se inclinaban por concentrar las investigaciones en la fisión atómica y en la bomba A y haber sido uno de los seis científicos que persuadieron a Albert Einstein para que escribiera su célebre carta de 1939 al presidente Franklin D. Roosevelt, que determinó el establecimiento del programa de desarrollo de la bomba atómica.

Hijo de una familia judía acomodada, Edward Teller nació el 15 de enero de 1908 en Budapest. Tras estudiar en el Instituto de Tecnología de la capital húngara, donde mostró un talento precoz para las matemáticas, pasó a licenciarse en ingeniería química en el Instituto de Tecnología de Karlsruhe (Alemania) en 1928. Interesado por el descubrimiento de la mecánica cuántica, se trasladó a Munich y después a la Universidad de Leipzig, donde se doctoró en 1930. En Munich fue atropellado por un coche y perdió el pie derecho.

Al llegar los nazis al poder en Alemania, Teller se trasladó a Inglaterra y dio clases en la Universidad de Londres. En 1935 aceptó una invitación de los Estados Unidos para enseñar en la Universidad George Washington, en donde continuó hasta 1941. Ese año se nacionalizó

estadounidense y se incorporó al grupo de científicos de la Columbia University dedicados a la investigación de la energía atómica bajo la dirección de Enrico Fermi. Hasta 1946, Teller trabajó en la bomba atómica, pasando por las universidades de Chicago, de California (bajo la dirección de Robert Oppenheimer) y por el laboratorio de Los Alamos, Nuevo México (bajo la dirección de Hans Bethe).

Sin embargo, Teller empezó a creer en la necesidad de centrar las investigaciones en una bomba termonuclear mucho más potente por fusión del hidrógeno. Sus esfuerzos, apoyados por numerosos altos cargos militares, chocaron con la Comisión de Energía Atómica, presidida por Oppenheimer, hasta que en enero de 1950 el presidente Harry Truman se decidió a favor de la nueva bomba, después que el científico Klaus Fuchs confesara que había pasado informaciones detalladas a la Unión Soviética sobre la bomba atómica. Teller fue encargado de dirigir el proyecto en el laboratorio de Los Alamos.

Aunque en los momentos iniciales surgieron dudas sobre la viabilidad del proyecto, el 1 de noviembre de 1952 se realizaba en el atolón de Eniwetok la primera explosión de una bomba termonuclear. En abril de 1954, cuando testificó en el caso Oppenheimer, Teller declaraba que, aunque consideraba a aquél un «americano leal», no creía prudente que se le dejara trabajar en proyectos de seguridad y que la bomba H podría haberse desarrollado en 1947 si Oppenheimer le hubiera dado «su apoyo moral».

De 1953 a 1975 fue profesor de Física en la Universidad de California, en Berkeley, y entre 1958 y 1960 dirigió un nuevo laboratorio dedicado a investigaciones sobre la radiactividad, el Lawrence Livermore, en California, del que hoy es director honorario.

En 1960 inició una campaña para mantener la superioridad de los Estados Unidos en armas nucleares. En sus actuaciones públicas, Teller ha mostrado una fe ciega en el progreso tecnológico, independientemente de sus consecuencias o sus costos.

Entre sus obras se encuentran: *The Legacy of Hiroshima* (1962), *Energy: a plan for action* (1975), *Energy from Heaven and Earth* (1979) y *Pursuit of Simplicity* (1980).

fuertemente a favor. Para ellos, si la nueva arma iba a ser tan poderosa, no había duda de que los Estados Unidos debían de tenerla. Aunque la gran polémica generada había sido cuidadosamente mantenida en secreto, uno de los miembros de este Comité, el senador de Colorado Edwin Johnson, afirmó ingenuamente ante las cámaras de la televisión que el «secreto» sobre el tema era imprescindible. «Nuestros científicos, desde la época en que las bombas de Hiroshima y Nagasaki fueron lanzadas, han estado investigando sobre la "superbomba" —dijo textualmente—. Han llegado a crear una bomba que tiene ya una efectividad seis veces mayor que la bomba lanzada en Hiroshima y ni siquiera están satisfechos con ella. Desean conseguir una que tenga mil veces el efecto de la terrible bomba arrojada sobre Nagasaki. Y ése es el secreto, el gran secreto que los científicos de América están tan ansiosos de divulgar ante los científicos de todo el mundo.»

En noviembre de 1949, los contradictorios informes sobre el «Superproyecto» se amontonaban sobre la mesa del presidente Truman. Además de las recomendaciones del Comité General de Asesoramiento para que no autorizara el proyecto, y del ecléctico informe que acabó emitiendo la Agencia de Energía Atómica, el informe del Comité del Congreso era taxativo urgiendo la puesta en marcha del programa. Al mismo tiempo, se intensificaron las presiones y esfuerzos por parte de algunos senadores y altos militares para que Truman diese el paso definitivo. El líder norteamericano encargó a otro comité especial del Consejo de Seguridad Nacional que estudiara el tema y emitiera una nueva opinión.

Einstein advierte a la humanidad

A finales de enero de 1950, sin embargo, se descubría que uno de los científicos que habían trabajado durante la guerra en el laboratorio de Los Alamos para construir la bomba atómica, Klaus Fuchs, había estado pasando información sobre la bomba y, posiblemente, sobre el proyecto «Super» a los soviéticos. Ello aceleró la decisión. El 31 de enero, Truman daba su conformidad a la construcción de la bomba H. Oppenheimer quiso dimitir al conocer la decisión, y Einstein lanzó sombrías advertencias de que «la humanidad se acercaba a su total aniquilación».

Para finales de 1950 se concluyeron los trabajos de una planta piloto para la producción de agua pesada en Savannah River (Carolina del Sur). También se aceleró la construcción de



Harry S. Truman

hasta seis reactores duales capaces de producir tritio o plutonio. El desarrollo de las armas termonucleares —que se denominan de hidrógeno porque su energía explosiva proviene de «quemar» el isótopo deuterio del hidrógeno— se convirtió en la máxima prioridad científico-militar. En el laboratorio de Los Alamos, el grupo de científicos comenzó a trabajar con gran celeridad seis días por semana. Nuevos científicos se unieron al equipo. Las discusiones sobre el diseño de una fusión explosiva eran acaloradas. Se barajaron nuevas ideas y, por fin, en la primavera de 1951 se consiguió una nueva aproximación o «fórmula» de construcción de la bomba H mucho más simple que las que se habían llevado a cabo hasta ese momento. Su diseñador fue el norteamericano Teller.

Los siguientes meses fueron de una actividad febril en el laboratorio de Los Alamos. La primera prueba experimental se llevó a cabo durante la primavera en el océano Pacífico y a ella asistieron la mayor parte de los científicos del equipo. Se trató solamente de una explosión atómica que produjo una reacción de deuterio-tritio. Esta prueba, denominada «Operación Greenhouse», provocó una débil reacción de fusión con un único significado experimental: demostró que la fusión era posible.

La primera prueba real de una bomba termonuclear se fijó para noviembre de 1952. El lugar elegido para llevarla a cabo sería el mismo que

el utilizado para la «Operación Greenhouse», en Eniwetok, islas Marshall, uno de esos pequeños atolones del Pacífico que saltó por primera vez a la atención mundial durante la Segunda Gran Guerra, cuando fue escenario de una breve pero sangrienta batalla entre *marines* norteamericanos y tropas japonesas. A principios de los cincuenta, las Marshall eran ya territorio norteamericano y algunas de sus islas habían sido elegidas como lugar para realizar pruebas nucleares. La detonación de la bomba de hidrógeno fue denominada en clave «Proyecto Ivy» o «Mike».

La tranquilidad del Pacífico se vio de repente invadida por ingenieros y funcionarios civiles del ejército y de la marina de los Estados Unidos que aterrizaron en helicóptero en las pendientes de coral del atolón, de 40 kilómetros de ancho por otros 40 de largo. Rápidamente levantaron laboratorios, cines, campos de béisbol y alojamientos para los animales que iban a ser expuestos a la explosión. Los barcos de la operación de transporte ocuparon sus posiciones mientras el artefacto explosivo fue colocado en la isla de Elugelab, dentro de un hangar protector. Los meteorólogos hicieron sus predicciones para determinar si la dirección del viento aseguraría que la nube radiactiva producida por la explosión se alejaría de las otras islas, y eligieron, por fin, el 1 de noviembre como día más apropiado para la prueba.

Hongo de fuego en el Pacífico

Había gran expectación en los círculos políticos de los Estados Unidos en torno a la posibilidad de que el general Dwight David Eisenhower fuera elegido presidente en los comicios del 3 de noviembre. Se barajó entonces la posibilidad de cambiar la fecha de explosión, pero sólo se contaba con un par de fechas favorables en todo el mes. El presidente Truman decidió entonces ir adelante con la fecha elegida. En la mañana del 1 de noviembre, el atolón de Eniwetok se iluminó con el fogonazo más potente y luminoso que jamás se había visto en la tierra. La bomba termonuclear estalló, formando una bola de fuego que se expandió en menos de un segundo hasta llegar a tener un diámetro de cinco kilómetros. Los observadores, que se encontraban a una distancia de 65 kilómetros, vieron con gafas de cristales ahumados la fantástica explosión. Millones de litros de agua se transformaron en vapor y una parte del océano empezó a hervir durante algunos minutos. Cuando la nube de vapor se aclaró, la isla de Elugelab había desaparecido por completo y en su lugar se había formado un cráter, en el fondo del océano, de proporciones enormes: un kilómetro y medio de ancho por tres kilómetros de profundidad. Los análisis que posteriormente se llevaron a cabo sobre la explosión demostraron que su potencia había sido de 10 megatones —lo que equivale a la explosión de 10 millones de toneladas de TNT—, 700 veces la potencia de la bomba que había sido lanzada sobre Hiroshima.

En los años siguientes no sólo se desarrolló y perfeccionó la bomba, sino que se inició la carrera por mejorar y descubrir nuevos transportes para este tipo de armas: los bombarderos nucleares y, más tarde, los cohetes o los misiles balísticos. Cuando se logró la primera bomba atómica, los científicos no se preocuparon mucho de si ésta llegaría a alcanzar una fuerza capaz de destruir la civilización e incluso la humanidad entera. Posibilidades fantásticas como la contaminación del aire, la alteración de las facul-

El 15 de febrero de 1950, el profesor Albert Einstein pronuncia un discurso histórico contra el empleo de la bomba de hidrógeno. Sin embargo, el presidente de los Estados Unidos Harry S. Truman decidió seguir adelante con las pruebas nucleares, y el 1 de noviembre de ese año un lugar del Pacífico presenció la explosión más grande jamás vista hasta entonces.

Albert Einstein





tades reproductoras del hombre o el desplazamiento de la Tierra de su eje fueron barajadas a posteriori. La explosión de la bomba de hidrógeno puso de manifiesto que tales posibilidades no eran sólo teóricas, sino que podían llegar a suceder en un futuro no muy lejano.

Veinte millones de grados centígrados

La aparición de armas nucleares forzó la acuñación de nuevos términos capaces de describir su potencia: kilotón (1.000 toneladas) y megatón (1.000.000 de toneladas). Esta alucinante y gigantesca potencia explosiva se deriva de la fisión o de la fusión nucleares, que distingue entre las bombas atómicas (fisión) y las termonucleares (fusión). El principio básico de la fisión nuclear supone la reunión de una cantidad suficiente de uranio 235 o de plutonio 239 de forma que se consiga el punto «supercrítico» en que los neutrones se produzcan a una velocidad mayor de la que pueden escapar del núcleo. En contraposición, la fusión nuclear, principio de la bomba termonuclear o bomba de hidrógeno, es producir las condiciones de ignición con un combustible termonuclear como el deuterio, que es un isótopo de hidrógeno con un peso doble del normal, o con litio. El Sol puede considerarse como un ingenio termonuclear; su principal combustible es el deuterio, que se consume a temperaturas de 10 a 20 millones de grados centígrados.

En presencia del primer ministro soviético Nikita Jruschov, el secretario general de las Naciones Unidas U Thant, los delegados de los Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña, Dean Rusk, Gromiko y lord Home (de izquierda a derecha), se firmará el acuerdo sobre la prohibición de las pruebas nucleares en la atmósfera, el espacio exterior y el fondo de los océanos. El gobierno francés continuaría, sin embargo, sus experimentos nucleares en el sur del Pacífico. No sería una excepción: otros países, como la India en 1974, seguirían probando sus artefactos atómicos.

Tras el éxito de la prueba de los Estados Unidos, la Unión Soviética llevó a cabo su primera prueba termonuclear el 12 de agosto de 1953. Gran Bretaña le siguió el 15 de mayo de 1957; China, el 17 de junio de 1967, y Francia, el 24 de agosto de 1968. Otros muchos países estaban, a principios de los setenta, en condiciones teóricas y técnicas de fabricar la temible bomba H.

El tratado de Moscú

La cada vez mayor potencia explosiva de los ingenios termonucleares hizo tomar conciencia del peligro que para la vida humana y para las distintas especies suponía la liberación de productos radiactivos en cada nueva prueba. La Unión Soviética aceptó en 1958 una iniciativa de los Estados Unidos de celebrar una conferencia de expertos para enfrentarse al problema de cómo supervisar o limitar las pruebas nucleares. Se acordó una moratoria temporal de tales pruebas desde el 31 de octubre de 1958, mientras continuaban las discusiones. Moscú no volvió a realizar pruebas nucleares hasta tres años después, en 1961, cuando llevó a cabo más de 30 explosiones con potencias que llegaron hasta los 60 megatones. Por su parte, los Estados Unidos reanudaron la explosión de artefactos nucleares siete meses después que la Unión Soviética. Las conversaciones habían continuado sal-

Firma del tratado de Moscú (1963).



Nueva York 1982, manifestación antinuclear.

picadas por la crisis de los misiles de Cuba, en octubre de 1962. En junio de 1963, el presidente John F. Kennedy anunció que las conversaciones entre las tres potencias nucleares —Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña— se reanudarían en Moscú. El resultado fue el tratado de Moscú, que entró en vigor en octubre de 1963, por el cual se prohibieron las pruebas nucleares en la atmósfera, en el espacio exterior y en el fondo de los océanos. El tratado no prohibía, sin embargo, llevar a cabo pruebas en otros entornos, siempre y cuando la explosión no lanzase materiales radiactivos fuera de las fronteras territoriales del país que las realizaba. Francia y China, una vez que consiguieron tener bombas atómicas, no firmaron el tratado; el gobierno de París continuó llevando a cabo sus experimentos nucleares en el Pacífico Sur.

También se trató de limitar el peligro en sí mismo, es decir, el incremento acelerado de los arsenales nucleares que albergan armas de distintos tipos. En la primavera de 1966, el Senado norteamericano pasó una resolución en apoyo de las negociaciones para lograr un tratado de no proliferación de armas nucleares que previniera su futuro desarrollo incontrolado. Las negociaciones se llevaron a cabo bajo los auspicios de un comité de 18 naciones. En enero de 1968, los Estados Unidos y la Unión Soviética presentaron un proyecto de tratado. El documento, que se denominó formalmente Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, quedó listo para la firma el 1 de julio de 1968 y se presentó a los gobiernos de Londres, Moscú y Washington. Entró en vigor el 5 de marzo de 1970, cuando lo ratificaron las tres naciones depositarias, además de otros 40 países. En virtud de este tratado, las potencias nucleares se comprometen a no ayudar a los demás países a conseguir armas nucleares en ninguna forma. Sin embargo, se podrán aprovechar los beneficios potenciales o las aplicaciones pacíficas de las explosiones nucleares en el campo de la industria o la ingeniería. Por su parte, los países que no cuentan con armas nucleares y que han firmado el tratado se comprometen a no originar explosiones nucleares y a permitir la inspección de sus reactores y demás material nuclear para dar seguridad de que no se está produciendo en ellos material destinado a armas atómicas. Este tratado, sin embargo, no ha sido ratificado por varios países, entre ellos China, Francia, India, Israel, Japón, Africa del Sur y España.

G. V.

El «club nuclear» sigue creciendo. Los gobiernos de los países con mayor desarrollo tecnológico quieren poseer armas nucleares como medio de disuasión. El mundo se ha convertido así en un polvorín inimaginable. Junto al mapa de naciones que disponen o pueden llegar a tener armas nucleares, se manifiestan en Nueva York un millón de personas, coincidiendo con una sesión de desarme en las Naciones Unidas. Sería posible que las voces de alarma llegaran demasiado tarde a los teléfonos de la Casa Blanca y el Kremlin. Se volvería entonces a escuchar la voz del piloto del B-29 que lanzó la bomba sobre Hiroshima: «... ¿qué hemos hecho?»



Política internacional

Muere el rey Jorge VI de Inglaterra y le sucede su hija Isabel II.
Golpe de Estado en Bolivia. Toma el poder Víctor Paz Estenssoro.
A pesar de la oposición rusa se firma el tratado de Alemania entre Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la República Federal Alemana. Por este tratado, Alemania se incorpora con igualdad de derechos a la Comunidad Europea, cesa el estatuto de ocupación y se acuerda su soberanía.
Stalin hace pública su creencia de coexistencia pacífica entre Estados comunistas y capitalistas.
El almirante lord Mountbatten, nombrado comandante naval de las fuerzas atlánticas en el Mediterráneo.
Puerto Rico se convierte en Estado libre asociado a Estados Unidos.
Grecia y Turquía entran a formar parte del Pacto del Atlántico Norte.
Rudolf Slansky, ex secretario del partido comunista checo, y Vladimir Clementis, ex ministro de Asuntos Exteriores, son condenados a muerte en su país por alta traición.
Estados Unidos firma con Brasil, Ecuador, Chile, Cuba y Perú pactos de ayuda militar.
El rey Faruk de Egipto es destronado y toma el poder el general Mohammed Neguib.
Velasco Ibarra, presidente de Ecuador.
Héctor Trujillo es elegido presidente de la República Dominicana.
Polonia pasa a ser República Popular.
Chu En-lai, primer ministro chino, visita Moscú.
En Cuba, el general Batista derriba al presidente Socarrás por medio de un golpe de Estado. Con la subida al poder del general se establecen relaciones diplomáticas entre Cuba y España.
El general Eisenhower es elegido presidente de Estados Unidos. Designará como secretario de Estado a John Foster Dulles.
Abdicación del rey Talal de Jordania. Le sucede su hijo Hussein.
Muere Chaïm Weizmann, presidente de Israel.

Sociedad

Albert Schweitzer, premio Nobel de la Paz.
Boda entre Brigitte Bardot y Roger Vadim.
Se implanta el seguro social estatal en la India.
Ingreso de España en la UNESCO.

Economía

Israel consigue de Alemania la entrega de más de 1.500 millones de dólares en compensación por la destrucción y confiscación de bienes judíos en Europa durante el mandato de Hitler.
España pone en marcha el Plan Badajoz.
Confiscación y nacionalización de las minas de estaño de Bolivia en manos de extranjeros.

Ciencia y tecnología

Inauguración del primer vuelo comercial sobre el Artico desde Europa al Japón.


Brigitte Bardot.


Faruk, rey de Egipto.

Estados Unidos prueba su primera bomba de hidrógeno
Una máquina de escribir americana puede imprimir 24.000 letras al minuto. Su destino serán las calculadoras electrónicas.
Premio Nobel de Medicina al doctor Selman A. Waksman por su descubrimiento de la estreptomicina.

Sucesos

Fallece Eva Duarte de Perón.
Epidemia en China, con 50.000 muertos y 400.000 afectados.

Deportes

Australia gana la Copa Davis al derrotar a Estados Unidos por cuatro juegos a uno.
Alberto Ascari, campeón del mundo con Ferrari.
John Cobb muere en el lago Ness al desintegrarse su canoa a reacción cuando iba a 384 km/h.

Literatura

François Mauriac: premio Nobel.
Ernest Hemingway: El viejo y el mar.
Henry Miller: Plexus.
Truman Capote: El harpa de yerba.
John Steinbeck: Al este del Edén.
Muere Paul Eluard.

Cine

Henry Hathaway: Niágara.
Elia Kazan: ¡Viva Zapata!
René Clément: Juegos prohibidos *(León de oro en el festival de Venecia).*



Agatha Christie

Gene Kelly y Stanley Donen: Cantando bajo la lluvia.
Oscar de Hollywood a Gary Cooper por Solo ante el peligro.

Teatro

Samuel Beckett: Esperando a Godot.
Agatha Christie: La ratonera.

Música

Pierre Boulez: Estructuras.
Luigi Nono: Epitafios a García Lorca.

Pintura y escultura

Willem de Kooning: Mujer y bicicleta.
Henry Moore: King and Queen.

Arquitectura

Mies van der Rohe: Crown Hall, *Instituto de Tecnología de Illinois.*
Gorg Meistermann: Vidrieras en el edificio de la emisora de radio de la Alemania occidental en Colonia.




Henry Moore. King and Queen.

1952

1953






STALIN HA MUERTO

La muerte de Stalin conmocionó a un mundo acostumbrado durante treinta años a ver al frente de la Unión Soviética al misterioso e impenetrable político georgiano. Para muchos fue el verdugo de Hitler y el impulsor del desarrollo económico del primer Estado obrero del mundo, y ellos le lloraron como a un héroe. Para los que su figura fue en cambio el símbolo del totalitarismo, de las purgas y de los campos de concentración, su desaparición supuso una inyección de esperanza.

Las cosas empezaron a cambiar muy pronto. Su sucesor, Jruschov, inició el camino de la coexistencia internacional y del deshielo en el interior del país. Su informe sobre los crímenes de Stalin durante las sesiones del XX Congreso resquebrajó el mundo comunista y abrió el camino a fenómenos como el maoísmo y el eurocomunismo. Pero no todo cambió, como demostraría el triunfo de la burocracia sobre los tímidos intentos de apertura de Jruschov.

Manuel Azcárate, responsable durante muchos años de la política internacional del PCE y ensayista de reconocido prestigio, analiza estos trascendentales acontecimientos, rastreando sus causas y sopesando sus consecuencias.

El pueblo de Moscú se despide de Stalin

El 5 de marzo de 1953, en una finca próxima a Moscú que era su principal residencia, falleció José Stalin. Fue una muerte súbita; tuvo un ataque cerebral y murió en un plazo breve.

Es difícil imaginar hoy el efecto que la noticia de esta muerte tuvo entre la población de la Unión Soviética. Las aglomeraciones para desfilar ante el cadáver fueron tales que se produjeron varios accidentes mortales. Durante treinta años, desde la muerte de Lenin, Stalin había sido el jefe indiscutible del Estado, del partido, del ejército; ejercía un poder absoluto en ese inmenso país. En 1953 estaba aún vivo el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial, terminada ocho años antes, y Stalin aparecía ante muchos como el jefe cuyo papel había sido decisivo en la derrota de la Alemania hitleriana y del Japón militarista. Bajo el mando de Stalin, las tropas rusas se habían replegado hasta las cercanías de Moscú; pero luego habían avanzado hasta Berlín.

En el mundo, la muerte de Stalin tuvo asimismo un impacto extraordinario. Prevalecía su imagen, asociada a la de Churchill y a la de Roosevelt, como uno de los grandes jefes de la guerra; a pesar de que el enfrentamiento entre los antiguos aliados se había acentuado desde 1948 y de que la guerra fría era ya una realidad entre el oeste y el este de Europa.

Stalin era, además, el jefe del comunismo a escala mundial. Todos los partidos comunistas acogían sus declaraciones como verdades que no podían ser puestas en duda. A pesar de que él mismo había disuelto en 1942 la Internacional Comunista, para facilitar la alianza de la URSS con Inglaterra y Estados Unidos, los partidos comunistas consideraban a la Unión Soviética como el modelo a imitar y a Stalin como a una especie de superhombre que personificaba la causa del progreso y del socialismo en todo el planeta.

Un destino fuera de serie

¿Cómo había podido José Stalin llegar a ocupar esa posición tan excepcional en la escena mundial, en los inicios de los años cincuenta, cuando bruscamente se produce su muerte?

Había nacido en 1879, en Gori, Georgia. Estudió en el seminario de Tiflis; desde muy joven se afilió al partido bolchevique, encabezado por Lenin, que trabajaba en condiciones de absoluta clandestinidad; se convirtió en un revolucionario profesional.



Cuatro días después de la muerte de Stalin tienen lugar en Moscú los funerales del dirigente soviético. En la ilustración de Sovfoto, un grupo de personalidades acompaña al féretro a través de la Plaza Roja. De izquierda a derecha: Chu En-lai, primer ministro de China; G. Malenkov, M. K. Voroshilov, L. Kaganovich, M. N. Bulganin y V. Molotov.

Entierro de J. V. Stalin en Moscú.

Pero su papel en el partido fue más bien modesto hasta 1917. A diferencia de los principales dirigentes del partido bolchevique —Lenin, Bujarin, Kamenev, Zinoviev, Trotski—, estuvo sólo cortos períodos en el extranjero y no vivió los problemas políticos y teóricos que agitaron al movimiento obrero europeo en la primera parte de este siglo.

Después de la toma del poder por los comunistas rusos, el 7 de noviembre de 1917, primero en Petrogrado (luego Leningrado) y en los meses sucesivos en el resto de Rusia, Stalin ocupó algunos cargos ministeriales; pero muy pronto concentró su actividad en el partido. No era un orador brillante; era un hombre «de aparato», un organizador. Pero tenía dotes intelectuales indiscutibles, y logró impresionar a la mayor parte de los periodistas y escritores extranjeros que hablaron con él.

En 1922, Stalin fue nombrado secretario general del partido, cargo que anteriormente no existía y que se creó, sobre todo, para cumplir funciones organizativas. Lenin, en su testamento, aconsejó que se sustituyese a Stalin en ese cargo, porque éste tendía a abusar de su poder y a emplear métodos brutales. Pero ese consejo no fue tenido en cuenta. Al contrario, después de la muerte de Lenin, el puesto de secretario general, en manos de Stalin, fue ampliando más y más sus poderes hasta convertirse en el centro único de un poder autoritario y burocrático, totalitario; fue el eje de la dictadura ejercida por Stalin hasta su muerte.

Campos de concentración en Siberia

Ya en los años veinte empiezan a revelarse los rasgos negativos del sistema de gobierno practicado por el sucesor de Lenin; sistema que, de hecho, anulaba, destruía los ideales en nombre de los cuales se había hecho la Revolución de Octubre de 1917. En lugar de la confrontación de ideas entre comunistas que, a pesar de muchas limitaciones, había existido en tiempos de Lenin, Stalin acomete la liquidación de los que discrepan de sus ideas y de los que pueden hacerle sombra. Hace gala de una gran maestría en el aprovechamiento de las rivalidades o contradicciones entre unos u otros dirigentes. Stalin presenta la discrepancia política como un crimen. Acusa a muchos de los principales dirigentes comunistas, compañeros de Lenin, de haberse convertido en traidores y espías al servicio

Stalin recibe a la hora de su muerte los más grandes honores. Los políticos rusos le dedican sus mejores elogios. «... Condujo a nuestro país a la victoria sobre el fascismo e hizo cambiar de manera decisiva la situación en Europa y Asia» (Molotov). «El nombre de Stalin es incondicionalmente querido para los hombres y mujeres soviéticos... La grandeza y la significación del camarada Stalin no tienen límites» (Malenkov). Estos epitafios se mezclaron con el silencio y el temor que traía consigo la desaparición del hombre que había concentrado en sus manos de hierro todas las riendas del poder.





La delegación sueca en el entierro de Stalin

del fascismo. En los años treinta son juzgados y ejecutados con ese pretexto Zinoviev, Kamenev, Bujarin... Trotski es asesinado en el extranjero por orden de Stalin. Un número muy elevado de los mandos militares más capacitados son asimismo fusilados. Stalin generaliza los métodos terroristas y represivos en unas proporciones difíciles de medir. Millones de personas son encerradas en campos de concentración en condiciones de vida insoportables. Esta gigantesca población reclusa es utilizada como palanca económica para la realización de los trabajos más duros en las regiones inhóspitas de Siberia.

A la vez, Stalin suprime todo funcionamiento mínimamente democrático del Estado y del partido. Este se convierte en un aparato administrativo y propagandístico, que dobla y vigila los organismos del Estado. Los soviets (consejos) pierden todo poder real. En el partido, los órganos colectivos (Congreso, Comité Central) se convierten en meras cámaras de registro y aprobación unánime de lo que es decidido por el jefe.



Moscú está de luto. Miles de ciudadanos hacen cola frente a la Casa de los Sindicatos, donde reposa el cadáver de José Stalin. Iliá Ehrenburg escribe aquellos días: «Cuando el corazón de Stalin dejó de latir, el corazón de la humanidad empezó a latir más fuerte que nunca, de pena.» Su cadáver sería posteriormente momificado y colocado junto al de Lenin en el Mausoleo de la Plaza Roja, donde durante tres días seguiría recibiendo el homenaje del pueblo moscovita. Pocos años después, las estatuas de Stalin rodarían por el suelo y otro silencio, el del olvido, cubriría su memoria política.

Pero simultáneamente, en esos mismos años treinta, Stalin dirige el gigantesco proceso de industrialización de la vieja Rusia semifeudal. Se modernizan una serie de aspectos de la vida; la sanidad, la enseñanza se hacen accesibles a masas ingentes condenadas hasta entonces al analfabetismo y el atraso. En el plano internacional, y ante la creciente amenaza del hitlerismo, destaca la actitud de la URSS de firmeza e intransigencia antifascista (aunque luego sería desmentida en 1939 por el pacto germano-soviético); en amplio sectores, sobre todo de la izquierda europea, no se da crédito a los que denuncian las represiones de Stalin. Y cuando, frente a la agresión de Hitler, se unen las democracias occidentales y la Unión Soviética, el prestigio de Stalin crece aún más.

Todos estos factores determinan que la figura histórica de Stalin sea excepcionalmente contradictoria. De hecho, una serie de aspectos esenciales de su verdadera personalidad, y sobre todo sus rasgos más negativos de déspota absoluto e implacable, sólo aparecieron de un modo claro a partir de 1953, tras su fallecimiento.



Dolores Ibárruri en Moscú. 1953

Después de la muerte del dictador

Cuando se produce la muerte de Stalin, su sucesión no estaba preparada en modo alguno. En el último período de su vida se habían acentuado en él hasta límites patológicos actitudes de permanente suspicacia incluso hacia sus colaboradores más íntimos. El clima en la cúspide de la Unión Soviética se hacía día a día más intolerable.

Hay testimonios de cómo los miembros de la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética, en medio del ambiente de dolor generalizado provocado por la muerte de Stalin, sintieron a la vez cierto alivio. Los delegados del Partido Comunista italiano en los funerales de Stalin se sorprendieron porque, al día siguiente del entierro, se les invitó a un espectáculo de ballet en el famoso teatro Bolchoi de Moscú. «Hace falta dar al país una sensación de normalidad», fue la respuesta que les ofrecieron los dirigentes



Stalin y Lenin

Stalin, llamado Grub («el fosco») por Lenin, fue un activista revolucionario perseguido por la policía, encarcelado en ocho ocasiones y siete veces desterrado a Siberia. En 1898 (con dieciocho años) participa en reuniones clandestinas con los obreros ferroviarios y en las manifestaciones del 1.º de mayo. En 1901 es elegido por el comité regional socialdemócrata de su región, donde destaca por su capacidad organizativa. La policía del zar le sigue los pasos.

soviéticos, desde luego sin lograr convencerles.

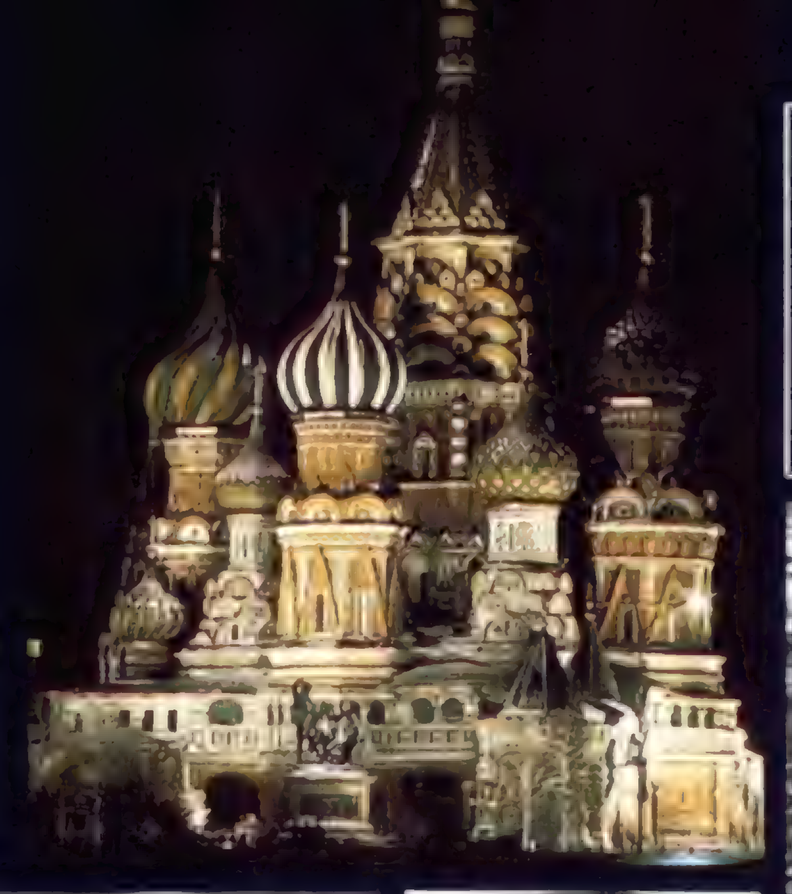
Entre todas las tensiones que por entonces soportaba la Unión Soviética —dificultades económicas, escasez de productos de consumo, repercusiones de la guerra fría— había una más acuciante que las demás: los millones de personas encarceladas en campos de concentración. Prácticamente no existía una familia soviética que no estuviese afectada, en una medida más o menos directa. Estaba prohibido hablar de este tema, pero la convicción de que no se podía seguir así alcanzaba zonas de la propia dirección del Estado. Ahora bien, poner fin a ese sistema carcelario exigía acabar con los poderes absolutos de que gozaba el aparato represivo, un verdadero Estado dentro del Estado.

Beria, jefe supremo de la policía, ejecutado

En los funerales de Stalin se destacan tres dirigentes: Malenkov, el nuevo jefe del Gobierno; Molotov, el más veterano, que ocupa la cartera de Asuntos Exteriores; y Beria, jefe de los omnipotentes servicios de policía, espionaje y seguridad. Pero a los tres meses ese trío se rompe: Beria es detenido y más tarde juzgado y ejecutado en secreto. La detención de Beria tuvo lugar

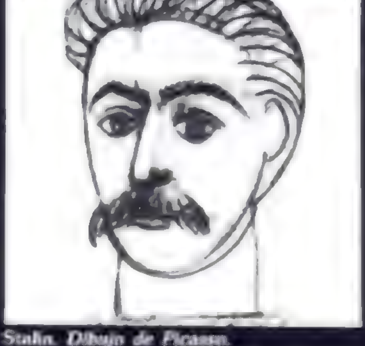


En la ficha policial se define a Stalin como persona «sin documentación, sin trabajo reconocido y sin domicilio fijo». Conoce a Lenin en 1905, y siete años después será elegido miembro del Comité Central a propuesta de éste. En marzo de 1917 es deportado de nuevo a Siberia, donde él enviaría años después a miles de ciudadanos rusos. Esta imagen de revolucionario perseguido fue totalmente borrada por la del líder persecutor que luego el XX Congreso del Partido se encargó de hacer olvidar.



STALIN EL TERRIBLE

José Visarianovich Dzugasvili, a quien el mundo conoció y temió bajo el nombre de Stalin (stal en ruso significa acero), nacido el 21 de diciembre de 1879, cuarto hijo de un zapatero, seminarista a los diecisiete años, revolucionario a los dieciocho, ministro en el gobierno bolchevique de 1917, jefe indiscutible del partido y del Estado en 1924, comandante supremo de las fuerzas armadas durante la guerra con Alemania, casado cuatro veces, sin sentimientos desde que —según se dice— murió su madre, dictador absoluto de la Unión Soviética, depurador infatigable de todos sus posibles enemigos políticos, fue querido, odiado y siempre temido hasta el día de su muerte.



Stalin. Dibujo de Picasso.



Con su hija Svetlana, 1934.



Con Molotov, el 1.º de mayo de 1946.

en medio de una reunión del buró político; y aquí se manifestó ya un fenómeno de la mayor importancia para comprender el nuevo período que se va a iniciar en la historia de la Unión Soviética. La eliminación de Beria fue realizada por altos jefes del ejército; en realidad, teniendo en cuenta la importancia de las fuerzas de seguridad al mando de Beria, sólo el ejército podía llevar a cabo esa operación.

A tal fin, se estableció un acuerdo entre los jefes militares y el sector del Partido Comunista partidario de introducir algunos cambios, es decir, el que estaba encabezado por Nikita Jruschov. Los casi tres años que separan la muerte de Stalin del XX Congreso del PCUS se caracterizan por la lucha, en el seno del buró político del partido, entre los dos sectores siguientes: el *continuista*, que se esforzaba por mantener la política y los métodos de Stalin —su jefe era Molotov—, y el sector *reformador*, que consideraba imprescindible poner fin a los excesos del estalinismo y realizar algunas modificaciones incluso para conservar lo esencial del sistema soviético —Jruschov asumió la dirección de esta tendencia reformadora.

Este segundo sector tomó la iniciativa, como acabamos de ver, al lograr eliminar a Beria y a la cúspide de todo el aparato policiaco y represivo. Al mismo tiempo, ciertos cambios en la situación internacional, favorables a la distensión, le ayudaron a desbloquear la política soviética en el plano exterior, y a consolidar así su poder en el seno del Estado soviético.

Conviene recordar algunos acontecimientos internacionales que influyeron mucho sobre la nueva situación que surge en la Unión Soviética después de 1953: en julio de ese año, pocos meses después de la muerte de Stalin, un armisticio pone fin a la guerra de Corea; un año después, en la Conferencia de Ginebra, se establece un acuerdo que garantiza la retirada de las tropas francesas de Vietnam y la división de este país en dos Estados; en 1955 se firma el tratado sobre Austria que pone fin a las ocupaciones militares, tanto de la Unión Soviética como de los países occidentales, y establece la neutralidad de Austria; en ese mismo año se institucionaliza la división de Alemania en dos Estados.

Asimismo, en 1955 tiene lugar una reunión de 29 Estados que acaban de alcanzar su independencia, con la participación de China y de la India. Esta reunión, celebrada en Bandung, constituye el punto de partida del amplio movimiento de los países no alineados, factor de creciente peso en la vida internacional.

En el plano interior, Jruschov refuerza considerablemente su posición en el año 1955, al ser elegido primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética; Malenkov es destituido como jefe del Gobierno y le sustituye Bulganin, un especialista con escasa personalidad política, lo que contribuye a otorgar a Jruschov un lugar excepcional en la dirección no sólo del partido, sino del Estado.

Jruschov dirige la nueva política

Simultáneamente se crea una comisión para indagar las terribles represiones del período de Stalin, presidida por un secretario del partido, Pospielov, cuyas conclusiones sirvieron de base para el famoso informe de Jruschov de 1956.

Poco tiempo después, el 26 de mayo de 1955, la prensa mundial publica una noticia sensacional: Jruschov, encabezando una amplia delegación soviética, ha llegado a Belgrado, y, en su primera declaración en el aeropuerto, ha reconocido que había sido injusta la tremenda campaña que la Unión Soviética venía desarro-



Stalin y Harry S. Truman.

1953

Stalin ha muerto

En 1928 Stalin decretó el plan quinquenal que supuso la nacionalización de todas las empresas y tierras de cultivo. La fuerte oposición (guerra de cosechas y sacrificio de más de la mitad del ganado de la Unión Soviética) hizo que Stalin decidiera una brutal represalia: entre 1929 y 1934 envió a Siberia a unos cinco millones de campesinos kulaks. *Sin embargo, consiguió un aumento en la producción de cereales. Más espectacular fue el resultado del programa de industrialización. En esos años la Unión Soviética aumentó su producción de acero en un 160 por 100. Stalin consiguió colocar los cimientos económicos del futuro poderío soviético.*

En 1922 Lenin había escrito: «El camarada Stalin, en su puesto de secretario general, ha acumulado poderes exorbitantes en sus manos... No estoy seguro de que sepa siempre ejercerlos con la debida prudencia.» Poco después añadió: «Stalin es demasiado fosco..., convendría hallar el modo de destituirlo para designar a otro hombre más paciente y leal.»



El 8 de marzo de 1950 se celebra en el teatro Bolchoi de Moscú el Día Internacional de la Mujer, momento que recoge la fotografía. Stalin fue, sin embargo, despiadado con sus mujeres. En 1932 su segunda mujer, Nadia Allilujeva, rogó a Stalin que liberase a una amiga detenida como prisionera política. Stalin descubrió que su mujer se escribía con su amiga y dio orden de que ésta fuera ejecutada. Nadia se suicidó pocas semanas después.



llando desde 1948 contra Tito y contra los comunistas de Yugoslavia, acusándoles de traidores. Pocas veces se ha producido en la historia un viraje tan radical. La declaración de Belgrado fue resultado de debates complejos en la dirección soviética. Molotov, concretamente, pretendía disimular los errores de Stalin exigiendo de los yugoslavos que hiciesen, ellos también, una «autocrítica». La actitud de Tito fue intransigente: o los soviéticos reconocían que ellos tenían la culpa de la ruptura, o no habría reconciliación. Al final se impuso la actitud de Jruschov y se restablecieron las relaciones entre Yugoslavia y la Unión Soviética. Con motivo de ese viaje a Belgrado se firmó un comunicado que establecía unos principios nuevos para las relaciones entre los Estados que habían destruido el régimen capitalista. Desaparecía toda referencia a la Unión Soviética como «país-guía» y como «modelo»; se estipulaba que tales relaciones debían basarse en la igualdad de derechos, en el respeto mutuo, en el reconocimiento del derecho de cada país a decidir su propio camino.

No es exagerado decir que la visita de Jruschov a Belgrado fue el prólogo de la denuncia oficial del estalinismo. Aunque el nombre de Stalin no fue pronunciado en ninguno de los discursos o documentos a que dio lugar dicho viaje, y se intentó incluso echar toda la culpa sobre Beria, de hecho las responsabilidades de Stalin aparecían ya muy netamente definidas.

Moscú: celebración del Día Internacional de la Mujer.

El congreso oficial

El 14 de febrero de 1956 se reunió en el Kremlin el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Además de los delegados soviéticos, estaban representados los partidos comunistas del mundo entero.

El informe presentado por Jruschov contiene una serie de novedades: la primera, quizá la que más sorprende, el total silencio sobre la figura de Stalin. Las otras novedades se refieren a la situación internacional, a la estrategia de los partidos comunistas y al funcionamiento interno de dichos partidos.

Sobre el primer punto, Jruschov dice que las guerras ya no son inevitables; que la primera tarea es defender la paz; que la coexistencia pacífica entre Estados con diferentes regímenes sociales es la única alternativa a una guerra terriblemente destructora. Estas ideas significaban un cambio profundo con respecto a la tesis anterior, según la cual, mientras existiese el imperialismo, las guerras serían inevitables.

Sobre el segundo punto, Jruschov defiende la posibilidad, en ciertos casos, de un paso pacífico al socialismo; la utilización de vías parlamentarias para transformar la sociedad, y la existencia de caminos diferentes para el paso al socialismo según las condiciones en unos u otros países. Significaba modificar la idea comunista tradicional, que consideraba la insurrección armada como el camino necesario para el paso al socialismo.

Sobre el tercer punto, Jruschov insiste en la necesidad de respetar la legalidad, de aplicar, en la vida interna de los partidos, las llamadas «normas leninistas», o sea, la elección de los órganos de dirección y su funcionamiento colectivo. En realidad se trataba de superar el «culto a la personalidad» y el mando unipersonal instaurados por Stalin.

El desarrollo público y oficial del congreso, en torno a los temas indicados, dejaba entre los delegados, y ante la opinión mundial, una sensación extraña. Se estaban corrigiendo, a todas luces, aspectos decisivos de la política de Stalin, pero sin decirlo. En realidad, esa ambigüedad no era casual; reflejaba el compromiso al que se había llegado entre los dos sectores de la dirección del PCUS. Ese compromiso fue roto, el último día del congreso, por Jruschov, en circunstancias bastante sorprendentes.

El informe «secreto»

Cuando ya había tenido lugar, el 24 de febrero, la última sesión y la elección del nuevo Comité Central, los delegados soviéticos recibieron una convocatoria para reunirse de nuevo al día siguiente. Jruschov pronunció ante ellos, en una reunión secreta, sin ninguna representación extranjera, un discurso en el que denunció de forma directa y descarnada los errores y crímenes de Stalin. Al tomar esta decisión, Jruschov corría un riesgo evidente; pero era la única manera de asegurar su victoria sobre el sector pro estalinista encabezado por Molotov.

Entre los hechos que Jruschov aborda en ese informe «secreto», el que causó mayor impacto fue el reconocimiento de las terribles represiones desencadenadas por Stalin. Si bien Jruschov justifica la política de éste hasta 1934, presentó un cuadro impresionante de las oleadas de detenciones y ejecuciones llevadas a cabo a partir de esa fecha. Los procesos públicos no fueron más que la punta del iceberg del terror estalinista. Fueron cientos de miles los muertos y millones los encerrados en campos de concentración en condiciones espantosas.

Jruschov se refirió, asimismo, a la liquidación de los mandos militares, que habría de tener consecuencias muy negativas al producirse la agresión de Hitler contra Rusia, y a otros graves errores en la dirección en la guerra contra la Alemania hitleriana.

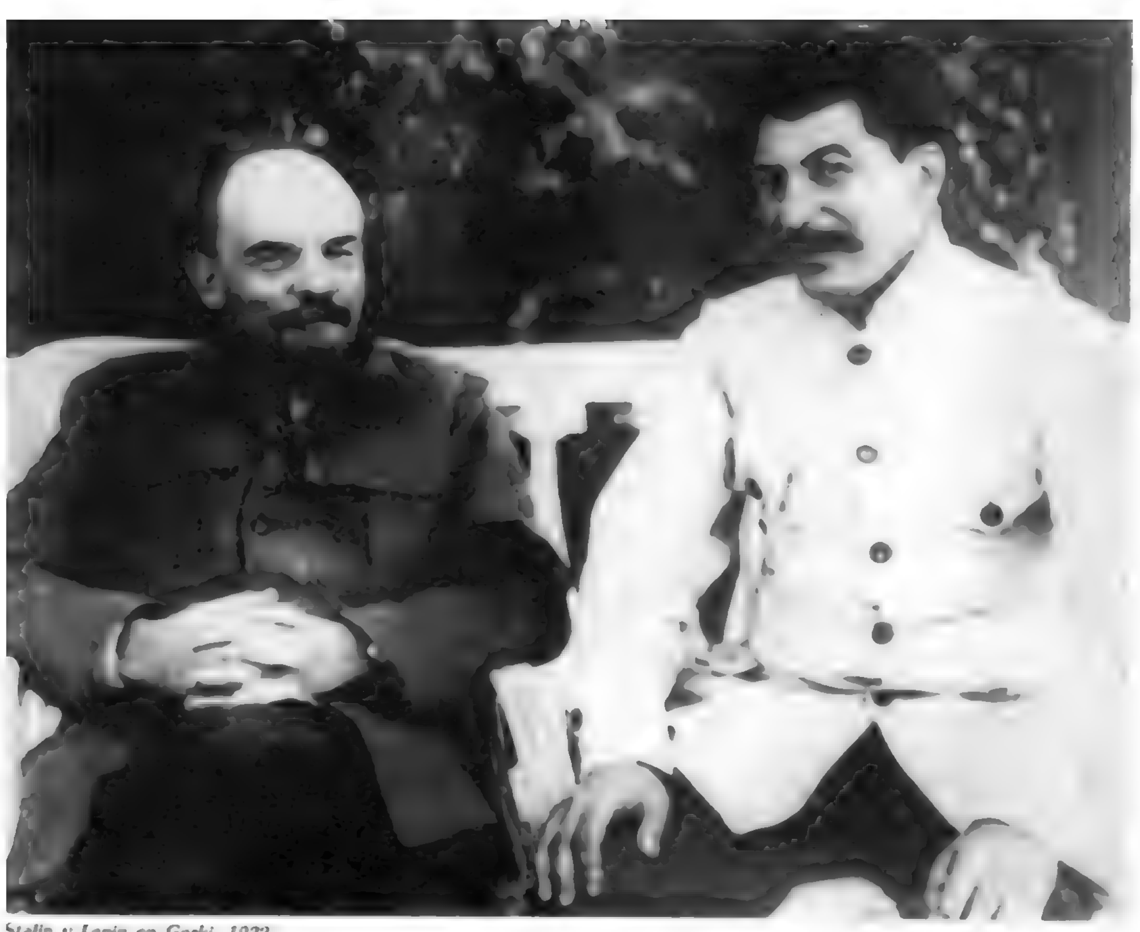
El informe de Jruschov acusaba a Stalin de haber anulado las normas de funcionamiento del partido e instaurado su propio poder personal y absoluto; de haber colocado incluso el aparato policiaco por encima del partido. Ade-



LAURENTI PAULOVICH BERIA (Merkhvli, Georgia, 1899-Moscú, 1953)

Político ruso. Estudió arquitectura e ingresó en el PCUS en 1917, participando en actividades revolucionarias en Georgia y Azerbaijan. En 1921 empezó a ocuparse de asuntos de seguridad y contraespionaje, en los que tanto llegaría a destacar. Jefe de la policía de seguridad de Georgia, simultaneó la carrera administrativa con la política, tan paralelas en los sistemas socialistas. En 1934 era miembro del Comité Central del PCUS. Ya en 1935 se cuidó de ensalzar convenientemente la temprana carrera de Stalin, georgiano como él. Hasta 1938 no logró Beria progresar lo suficiente en su carrera como para alcanzar un puesto en Moscú, aunque cuando lo hizo no fue para desempeñar cargos secundarios; accedió al aparato gubernamental central como comisario de Asuntos Internos (NKVD), equivalente al Ministerio del Interior o Gobernación. Beria empieza la etapa culminante de su carrera cuando se estaban celebrando los tristemente célebres «procesos de Moscú», en los que fue implacablemente liquidada la gran mayoría de la vieja guardia bolchevique. Llegaría a ser uno de los hombres más poderosos y temidos de la Unión Soviética. En 1939 era miembro del Politburó del PCUS y, en 1941, primer ministro suplente, dentro de la compleja burocracia gubernamental rusa. Durante la Segunda Guerra Mundial fue miembro del Comité de Defensa del

Estado, controlando la seguridad interior y desempeñando un papel destacado en la producción de municiones. En 1945 fue nombrado mariscal de la URSS. Tras la muerte de Stalin en marzo de 1953, Beria era uno de los cinco políticos, junto con Malenkov, Molotov, Bulganin y Jruschov, sucesores de Stalin en una dirección política colegiada que a duras penas ocultaba la lucha por el poder. Y Beria fue la primera y más grave víctima de esta lucha. Sólo Malenkov tenía en la URSS más poderes legales que Beria, quien seguía controlando el Ministerio del Interior, y por tanto todo el aparato policial, así como el inmenso complejo de campos de concentración que formaban el *gulag* soviético. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, Beria había secundado a Malenkov en diversas maniobras en las luchas intestinas del partido. Ahora parece que intentó, sirviéndose de su enorme poder, desplazar a sus correligionarios y erigirse en sucesor único de Stalin. En cualquier caso, lo cierto es que se precipitó; sólo Jruschov supo esperar con la calma y astucia necesarias. En julio de 1953, Beria fue destituido de todos sus numerosos cargos, expulsado del partido y detenido bajo la acusación de «actividades criminales contra el partido y el Estado». Se le montó un proceso muy similar a los que él había preparado a muchas de sus numerosas víctimas. El juicio, en el que se le acusó, entre otros cargos, nada menos que de espía extranjero y de intentar restablecer el capitalismo en la URSS, fue rápidamente sustanciado en seis días y terminó con la condena y posterior ejecución del acusado en diciembre de 1953. Beria no fue sólo el siniestro jefe del NKVD y el organizador del terrible *gulag* soviético, como insistió en presentarle la prensa occidental; fue también un producto típico de la burocracia soviética y del estalinismo y sus métodos como forma de gobierno.



Stalin y Lenin en Gorki, 1922

más, Stalin había fomentado el culto de su persona, exigiendo que en discursos, artículos de prensa y libros se le ensalzase con los calificativos más exagerados.

La intención de Jruschov era publicar y difundir ampliamente ese informe. Pero no pudo hacerlo; se lo impidió el grupo de Molotov. La solución fue que ese informe sobre los crímenes de Stalin fuera leído en reuniones de comunistas en todas las regiones de la Unión Soviética.

Al poco tiempo, como era inevitable, se filtraron ejemplares a Occidente y fueron publicados en la prensa. Los partidos comunistas en Occidente se encontraron en una situación contradictoria y difícil, porque la Unión Soviética se negaba a reconocer la autenticidad de ese texto. Hasta que en 1961, ante el XXII Congreso del PCUS, Jruschov reiteró, aunque esta vez de forma pública, las acusaciones contra Stalin.

De la coexistencia pacífica a la noche de Hungría

Las consecuencias del XX Congreso han sido considerables, tanto en el interior de la Unión Soviética como en la vida internacional.

En primer lugar, inaugura una etapa de la política exterior de la URSS más inclinada a la distensión y a la coexistencia pacífica. En vez de la autarquía, se promueve un creciente intercambio comercial y tecnológico con otros países. Hay que subrayar, sin embargo, que esta política de distensión se hacía con una clara tendencia a reforzar un sistema bipolar en el plano mundial; es decir, un sistema que dejase el poder de decisión, sobre las grandes cuestiones internacionales, en manos de la Unión Soviética y de Estados Unidos.

Dentro de la Unión Soviética, el XX Congreso significó la liberación de un elevado número de personas injustamente encarceladas. Se creó un clima de mayor tolerancia; se publicaron algunas obras literarias de contenido crítico. Se iniciaron algunas reformas económicas que tendían a disminuir el centralismo del sistema de planificación y a fomentar cierta iniciativa de los órganos regionales y de los responsables de las empresas.

Los cambios fueron particularmente acusados en los países fronterizos y aliados con la Unión Soviética, donde se habían instaurado, después de la Segunda Guerra Mundial, sistemas políticos y económicos llamados socialistas, copiados del modelo soviético. En estos países, sobre todo en Polonia y en Hungría, aparecieron en 1956 fuertes movimientos populares que exi-

La tumba de Stalin junto al muro del Kremlin.

gían se pusiese fin a los métodos represivos y sectarios, y se adoptasen políticas propias, nacionales, no supeditadas al modelo soviético. En Polonia, el dirigente comunista Gomulka, apartado del poder unos años antes a causa de su nacionalismo, volvió a la dirección del partido y del Estado. Con esta solución se evitó el choque militar con la Unión Soviética.

En cambio, en Hungría, el ejército soviético intervino; el gobierno del comunista reformista Imre Nagy fue eliminado y Nagy fusilado; se estableció un nuevo gobierno, encabezado por Kadar, con el apoyo militar de la URSS.

De todos modos, el monolitismo del bloque soviético se quebró. Fermentos de renovación socialista empezaron a formarse dentro de los nuevos regímenes, que darían lugar, a través de un proceso complejo y largo, a fenómenos como la «primavera de Praga», en 1968, o el nacimiento del sindicato Solidaridad, en Polonia, en 1980.

El XX Congreso del PCUS tuvo hondísimas repercusiones en los partidos comunistas de todo el mundo. Puso fin al mito de que la URSS era el ejemplo perfecto de la nueva sociedad socialista. Obligó a dichos partidos a empezar a pensar con su propia cabeza, a elaborar su propia política. Durante un período, la valentía demostrada por Jruschov al denunciar el estalinis-

Lenin, Stalin y Jruschov representan tres momentos claves de la historia moderna de Rusia: revolución, dictadura y coexistencia con el mundo occidental. Si Lenin desconfiaba de Stalin, Jruschov fue el encargado de hacer la crítica política del estalinismo en el XX Congreso del Partido Comunista (14-XI-1956). Los restos mortales de Stalin fueron retirados del



Nikita Jruschov.

Mausoleo de la Plaza Roja, donde reposaban junto a Lenin, y depositados junto a la muralla del Kremlin, al lado de M. Kalinin (anterior presidente del Soviet Supremo), con una sencillísima inscripción en su lápida: «J. V. Stalin. 1879-1953».



Muerte del hijo mayor de Stalin.



El Departamento de Estado norteamericano hizo público este documento gráfico el 19 de febrero de 1968. El hijo mayor de Stalin, Yakov, fue asesinado en un campo de concentración alemán en la primavera de 1943, mientras gritaba a un guarda: «¡Mátame!» La fotografía fue descubierta por las tropas aliadas en 1945 y mantenida secreta, incluso para Stalin. En la parte superior, Yakov Stalin es interrogado por oficiales nazis. En la inferior, el cuerpo entre las alambradas después de ser asesinado. Cuando se intentó negociar el canje del hijo de Stalin por un grupo de oficiales alemanes, el jefe ruso respondió: «Un soldado por un soldado.»

mo ayudó a preservar el prestigio del Partido Comunista soviético, como un partido capaz de descubrir y corregir sus propios errores. Pero, a la larga, el XX Congreso del PCUS fue un estímulo para la evolución de algunos partidos comunistas hacia actitudes de mayor independencia. Esta evolución fue muy desigual en unos y otros países. Ya en 1956, los comunistas italianos, los primeros, empezaron a decir que no bastaba con denunciar los errores personales de Stalin: se trataba de fenómenos de degeneración del sistema socialista.

En la madrugada del 4 de noviembre de 1956, los tanques rusos invaden Budapest. La revolución que había comenzado dos semanas antes en una asamblea de estudiantes quedaba aplastada. Durante aquellos días fue derribada de su pedestal la gigantesca estatua de Stalin y arrastrada hasta el centro urbano. Era el grito de rebelión contra el dictador de bronce.

Hungría. 1956

Lucha por el poder: Bulganin y Molotov, destituidos

La forma misma en que Jruschov realizó la denuncia del estalinismo indicaba las limitaciones a las que estaba sometido. Limitaciones de dos tipos: internas, quizá las más graves, derivadas de las propias concepciones políticas y teóricas de Jruschov; externas, porque éste tenía que pactar con el sector pro estalinista encabezado por Molotov.

Este sector no renunció, incluso después del XX Congreso, a sus esfuerzos encaminados a eliminar a Jruschov. En el verano de 1957 estuvo a punto de lograrlo. Aprovechando algunos errores cometidos por Jruschov al iniciar una reforma industrial, los pro estalinistas lograron atraer a Bulganin a sus posiciones y cambiar la correlación de fuerzas en el Presidium del partido (nuevo nombre que había adoptado el órgano ejecutivo de dirección, que antes se llamaba Buró Político). Jruschov se encontró en minoría. Pero con la ayuda de la aviación militar logró movilizar a numerosos miembros del Comité Central que, provenientes de diversas ciudades, se concentraron en Moscú. Reunido el pleno del Comité Central, Jruschov consiguió derrotar a sus adversarios: Bulganin, Molotov, Malenkov y otros dirigentes fueron destituidos. Molotov, por ejemplo, fue enviado de embajador a Mongolia.

No es fácil dar una respuesta completa a la pregunta de por qué, a fin de cuentas, Jruschov resultó derrotado. Sin duda la causa decisiva consiste en que, a pesar de las denuncias y los cambios, el sistema estatal instaurado por Stalin se mantuvo intangible.

La burocracia del Estado, del ejército, del partido, creada principalmente en el período de Stalin, era y es la verdadera fuerza dominante en la Unión Soviética.

Esta burocracia no se había opuesto a que Jruschov corrigiese una serie de abusos del período estalinista. Pero su actitud cambió cuando Jruschov empezó a realizar algunas reformas que ponían en peligro los privilegios de ese gigantesco aparato burocrático.

La caída de Jruschov

En 1964, aprovechando que Jruschov estaba de vacaciones, la mayoría del Presidium, encabezada por Bresnev, organizó el desplazamiento de Jruschov. Luego, ante el hecho consumado, el Comité Central aprobó la sustitución de Jruschov por Bresnev, el representante más caracterizado del aparato burocrático.

Es imprescindible agregar, para tener una idea más cabal del significado histórico del XX Congreso, que el propio Jruschov tenía concepciones muy limitadas de los cambios que hacía falta realizar en la Unión Soviética. No comprendía la necesidad de promover una auténtica democracia que diese un poder real a los trabaja-

dores, a los ciudadanos. Sus ideas se movían dentro de una concepción estatal que colocaba en primer término los intereses de la Unión Soviética como superpotencia. Es muy significativo que, incluso después de haber reconocido los errores de la URSS en sus relaciones con Yugoslavia, seguía convencido de que este país debía integrarse en el bloque socialista dirigido por la Unión Soviética; de que la Unión Soviética debía dirigir todas las fuerzas comunistas a escala mundial. Sin duda, en esa concepción hegemónica está la raíz de la ruptura entre la URSS y China, que se produjo en el período en que el poder de Jruschov era mayor.

A partir del XX Congreso del PCUS se puede decir que el movimiento comunista internacional deja de existir como algo cohesionado y más o menos organizado. Empieza a manifestarse en la historia un fenómeno nuevo: en una gran parte del mundo, la Unión Soviética, China, Yugoslavia, Cuba y países antiguamente coloniales de Africa y Asia, el sistema económico predominante ya no es el capitalismo; pero se afirma la tendencia de cada país a buscar su propio camino independiente. Incluso dentro del bloque soviético crecen las tendencias centrífugas.

El tipo de desarrollo histórico que Stalin había propugnado, con la Unión Soviética como centro del avance hacia una nueva civilización socialista, ha desembocado en un fracaso.

M. A.





La fotografía, tomada en septiembre de 1953 en Berlín Este, es un símbolo del culto a la personalidad que Stalin preconizó a lo largo y ancho de todo un imperio que supo mantener unido, aunque a menudo con la fuerza de las armas.



Tropas rusas en Praga, 1968.

En agosto de 1968 concluye la «primavera de Praga»: las tropas rusas entran en Checoslovaquia. Era un nuevo intento de buscar, dentro del socialismo, un estilo político propio. Algunos autores ven en estas situaciones una herencia de los métodos estalinistas.

LA CONQUISTA DEL EVEREST

El 29 de mayo de 1953, Edmund Hillary, un apicultor neozelandés, y Tensing Norgay, un sherpa curtido ya en varias expediciones a la misma cima, alcanzaron la cumbre más alta de la Tierra, el Everest, de 8.848 metros de altitud. Culminaban así una larga aventura, iniciada treinta y dos años antes por Howard Burry, el primer alpinista que consiguió permiso de las autoridades tibetanas para intentar la escalada del pico.

Expedición tras expedición, el Everest rendía unos cuantos metros más de camino, pero a un precio que muchas veces se medía en vidas humanas. Sin embargo, nadie había pisado la nieve de su cumbre hasta aquella mañana de mayo en que Hillary y Tensing salieron de sus tiendas dispuestos a recorrer los últimos y definitivos 300 metros



La cumbre desconocida

Durante miles de años, los habitantes del norte de la India contemplaron en el horizonte una gran pirámide blanca que se elevaba sobre el resto de la cadena del Himalaya. Los tibetanos la llamaban Chomolongma, lo que en su idioma viene a significar «diosa madre del país»; los nepalíes la conocían, en cambio, como Sagarmatha, «el que tiene la cabeza en el cielo», y aseguraban que en su cima moraban las divinidades budistas. Para el resto del mundo, la existencia de la montaña fue una incógnita hasta que, a mediados del siglo XIX, los topógrafos ingleses del Trigonometrical Survey of India la descubrieron mientras medían las llanuras del norte de la península. Una vez analizados los datos de campo, comprobaron que lo que provisionalmente habían denominado pico XV sobrepasaba los 8.800 metros de altitud, y que representaba, por tanto, la mayor altura sobre el nivel del mar conocida en el planeta. El descubrimiento merecía un nombre propio, y sir Andrew Waugh, director por entonces de los equipos topográficos ingleses en la colonia, deci-

Los sherpas, un pueblo del tronco racial mongol, que vive sobre todo en las laderas del Himalaya, se han especializado en guiar a los grupos de alpinistas que realizan expediciones y escaladas por las montañas de la zona. Su país es el Nepal, una estrecha franja de terreno entre la India y el Tíbet, que abrió sus fronteras a los alpinistas en 1950.

Porteador sherpa



Terrazas con cultivo de cereales en la zona de Pokhara, Nepal

dió otorgarle el de su predecesor en el cargo, sir George Everest. Corría el año de 1856 y acababan de nacer al mismo tiempo un reto y una leyenda.

Cuestión de ingleses

Desde que la prensa dio noticia de la existencia y medida del Everest, todas las sociedades alpinistas del mundo pusieron sus ojos en él. Para los británicos, sobre todo, su conquista se convirtió en algo muy especial. Como recordaba John Hunt, el hombre que dirigió la primera expedición que ascendió a la cima, aunque la comunidad internacional de escaladores se sintiera libre del aspecto competitivo y de la carrera entre naciones por alcanzar el punto más alto del planeta, todos sabían que «lo lógico» era que fuese un británico o un miembro de la Commonwealth el primero que coronase el Everest.

La aventura tenía, sin embargo, más obstáculos que los que imponía la verticalidad de las paredes del Himalaya, y que explican el hecho de que pasara casi un siglo entre el descubrimiento occidental de la montaña y su escalada. El principal era el carácter cerrado y misterioso del Tíbet y Nepal, los dos países entre los que están situadas las tres vertientes del Everest, que prohibían tajantemente a los extranjeros el paso por sus tierras. Sólo en 1921, y tras gestiones diplomáticas con el Dalai-Lama, jefe político y religioso del Tíbet, consiguieron los ingleses el primer permiso para intentar la ascensión. Mandaba el grupo Howard Burry, y aunque la cota alcanzada fue sólo de 7.000 metros, su aportación al conocimiento de la montaña fue importante, pues descubrió la que durante mucho tiempo iba a ser considerada como la mejor vía de acceso por la vertiente norte. En aquel grupo de pioneros se encontraba George Leigh Mallory, que intentaría la aventura en otras tres ocasiones, y que desaparecería junto a su compañero Irvine en 1924, tras ser vistos por última vez a 8.300 metros mientras avanzaban hacia la cumbre. Si la alcanzaron finalmente o no, es uno de los muchos secretos que se ha tragado el Everest.

Expediciones fallidas

Entre 1922 y 1938, seis expediciones inglesas intentaron la ascensión sin resultado positivo, siempre por la vertiente tibetana. El coste en vidas fue en ocasiones muy alto, pues, aparte los dos escaladores ya citados, en 1922 un alud sepultó a siete porteadores, y en 1935 Maurice Wilson murió en su intento de escalada en solitario; su experiencia, sin embargo, resultó de un valor inapreciable para las siguientes generaciones de escaladores, que iniciaron el ascenso con cada vez mayor conocimiento de las rutas a recorrer, hasta el punto de que Hunt y sus compañeros empezaron la que luego sería la primera expedición coronada por el éxito, desconociendo únicamente los últimos 300 metros de la montaña.

¿Cuáles podían ser las razones que explicaran el fracaso de tantos hombres experimentados? ¿Presentaba acaso el Everest pendientes y zonas casi insalvables para el ser humano? Paradójicamente, y aunque los hechos parecían avalar estas sospechas, existía por entonces entre muchos alpinistas de todo el mundo la idea de que el Everest no presentaba grandes dificultades de escalada, al margen de las derivadas de su altura. La calidad de un verdadero escalador —concluían— se demostraba realmente en otros picos, quizá menos altos, pero con unas pendientes mucho más escarpadas que las del gigante del Himalaya.

Sin embargo, las cosas no eran tan simples.

La vida política del Tíbet se ha visto conmovida desde hace siglos por luchas internas y por las apetencias de su poderoso vecino chino, que finalmente lo anexionó en 1950. Hasta ese momento, las rutas tibetanas habían sido las únicas abiertas a los escaladores que intentaban la aventura del Everest. Su clausura casi coincidió, sin embargo, con la apertura de las fronteras nepalíes y la consiguiente aparición de nuevas posibilidades para conquistar la cima.



Budistas y molinillos de oración en Katmandu



Edmund Hillary y su esposa Louise Rose

Todos los que han intentado alguna vez la aventura del Everest reconocen que la empresa no presenta las dificultades de escalada de algunos puntos de los Alpes. Pero los problemas se compensan con creces por la presencia de otros factores. El primero es el de la altura y sus efectos en el organismo humano: a partir de los 7.900 metros los tejidos se descomponen con mucha rapidez, resulta muy difícil conciliar el sueño, se pierde el apetito, y la sed llega a convertirse en un tormento. A todo ello el Everest añade un tiempo atmosférico imprevisible y muy duro, en el que se combinan un huracán con vientos de 130 a 150 kilómetros por hora en invierno y la llegada del monzón en verano, por lo que al final sólo quedan hábiles para la escalada unas pocas semanas entre las dos estaciones. Pero las dificultades no terminan aquí, porque el alpinista que se propone superar todos estos obstáculos necesita proveerse de un complicado equipo en el que no pueden faltar las pesadas bombonas de oxígeno, lo que supone en conjunto unos cuantos kilos de peso a la espalda, que lastran aún más la ya de por sí penosa ascensión.

Si combinamos ahora todos estos datos, comprenderemos mejor el porqué de ese extraño maleficio que envuelve los últimos centenares de metros del Everest. Los alpinistas que fraca-

Edmund Hillary fue, junto con el sherpa Tensing, el primer hombre que coronó el Everest. Había nacido en Nueva Zelanda y se dedicaba profesionalmente a la apicultura en una granja cerca de Auckland. Hunt, el jefe de la expedición, le definió así: «Excepcionalmente fuerte y rebosando energía, dotado de una mentalidad agresiva que prescindía de todos los obstáculos no demostrados con sólidos argumentos, la personalidad de Hillary me impresionó.»

Hillary había empezado a escalar después de la Segunda Guerra Mundial, pero en ese breve espacio de tiempo había adquirido experiencia e incluso renombre por su participación en algunas expediciones al Himalaya. Hunt no le conocía personalmente, pero las referencias de otros compañeros le situaban entre los candidatos para intentar el asalto final.

saron a pocos metros de la cima, no lo hicieron porque se encontraran con alguna pared insalvable o una de las muchas grietas de hielo que acompañan el recorrido. Su verdadero enemigo fue siempre el cansancio, la falta de oxígeno y en ocasiones, incluso, la ausencia de una tienda en donde protegerse de los vientos huracanados y de las temperaturas de 25 grados bajo cero que azotan esa parte del Himalaya. Al comienzo de la década de los años cincuenta, a nadie le cabía la duda de que sólo una perfecta combinación de técnica, resistencia y trabajo de equipo podría derrotar al Everest.

El asalto definitivo

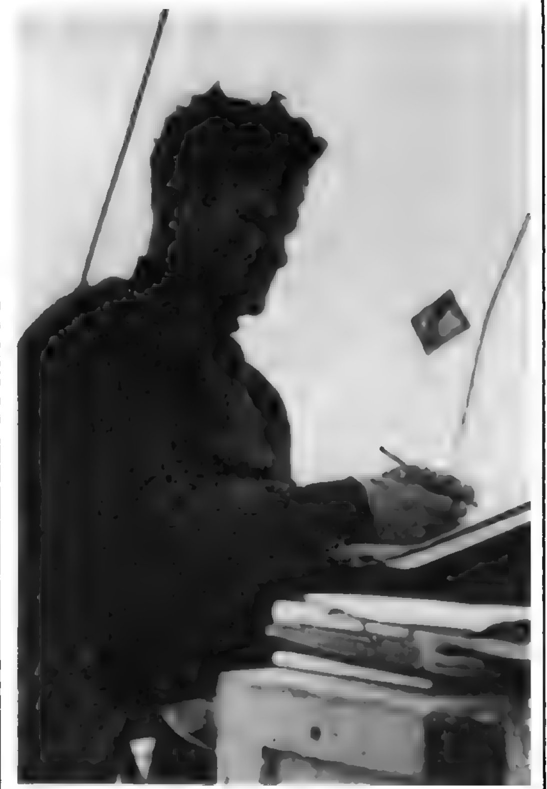
La invasión del Tíbet por los chinos en 1951 acarreó el cierre de las fronteras del país y la consiguiente imposibilidad de intentar la aventura del Everest por su cara norte. A veces, sin embargo, cuando una puerta se cierra otra se abre, y así, ocurrió que por las mismas fechas los nepalíes decidieron levantar la prohibición de pisar su suelo a los extranjeros. A simple vista, el cambio parecía desigual, ya que las escasas noticias que se tenían de la vertiente sur, aportadas por el desaparecido Mallory, hacían referencia a dificultades casi insalvables. Luego, todo resultaría bastante diferente.

Al poco de saberse el cambio político que se había producido en la zona, varias expediciones partieron con intención de tomar contacto con la vertiente sur. Una de ellas, al mando del veterano escalador británico Eric Shipton, volvió con la buena noticia de que había descubierto una hipotética vía de ascenso. El alpinismo mundial se conmocionó al oír la información, y al mismo tiempo que los británicos trazaban un plan de escalada a largo alcance, desde Suiza salieron dos grupos a intentar la empresa en el verano y el invierno de 1952. En la primera de ellas, dos miembros de la cordada, Lambert y el nepalí Tensing, llegaron a alcanzar los 8.500 metros, cota en la que el agotamiento les obligó a retroceder.

En Inglaterra, mientras tanto, se proseguían los preparativos para un asalto a la cumbre en toda regla durante la primavera de 1953. Al conocerse la noticia del fracaso suizo, los trámites se aceleraron, y mientras Shipton probaba en el Himalaya equipos de oxígeno, John Hunt, un militar experimentado en escaladas, ultimaba los complicados preparativos de organización. Su minuciosidad y sus dotes para el mando resultarían al final providenciales.

Hunt, que dieciséis años antes había sido rechazado por los médicos de la que iba a ser su primera expedición al Himalaya, decidió que el número de componentes del grupo fuera de 10 (luego se añadirían cuatro más), que sus edades oscilaran entre los veinticinco y los cuarenta años, y que ninguno de ellos fuera de países no miembros de la Comunidad Británica de Naciones. Con esta última decisión pretendía reducir los riesgos de conflicto a los que siempre están expuestos los grupos pequeños en condiciones de aislamiento. Representados todos por la misma bandera, no debían surgir celos nacionalistas a la hora, siempre amarga y difícil, de decidir qué miembros de la expedición se sacrificarían para que unos pocos lograran alcanzar la cumbre.

Para la selección de los miembros, Hunt cursó invitaciones a todos los clubs alpinos de Gran Bretaña y la Commonwealth. Sus exigencias eran lógicas: necesitaba, sobre todo, hombres con experiencia probada en los Alpes y que además dominaran la difícil técnica de escalada sobre hielo. Poco a poco el grupo se fue perfilando, a veces con el descarte obligado de quienes no podían trasladarse a Londres por aquellas fechas para tener una entrevista privada con Hunt. El jefe de la expedición quería conocer en persona a todos los candidatos, y únicamente alteró la norma ante dos escaladores neozelandeses, conocidos por otros miembros del comité organizador por haber participado en los proyectos preliminares de Shipton. Uno de ellos era Hillary.



John Hunt comandó la primera expedición que escaló el Everest. Su nombre quedó algo oscurecido para el gran público, que se fijó sobre todo en Hillary y Tensing, pero cualquiera que sepa algo de las dificultades que entrañaba la escalada, estará de acuerdo en que nada hubiera sido posible sin la meticulosidad y las dotes de mando de este militar profesional, autor además de un excelente libro sobre la aventura.

1953

La conquista del Everest

SIR EDMUND PERCIVAL HILLARY (Auckland, Nueva Zelanda, 1919)

Montañero y explorador. Estudió en su ciudad natal y se dedicó profesionalmente a la apicultura desde 1936, montando un negocio en este ramo con un hermano suyo al finalizar la Segunda Guerra Mundial, durante la que sirvió en el Pacífico sur. Su afición al montañismo se remonta a sus años escolares y se formó en la escalada de los Alpes neozelandeses. En 1951 participó en una expedición de su país a Garhwal, India, y de otra británica que, en ese mismo año, exploró el flanco sur del Everest. Volvió al Himalaya al año siguiente, en esta ocasión al Cho Oyn.

La expedición de 1953 estaba auspiciada por la Royal Geographical Society y el Alpine Club, a las órdenes del coronel Henry Cecil John Hunt. Hillary y el sherpa Tensing formaron parte de ella y fueron los primeros seres humanos que alcanzaron la cima del Everest, el monte más alto del mundo, el 29 de mayo de 1953. La hazaña le valió a Hillary, un mes después, el título de caballero, concedido por la reina Isabel II, y la fama consiguiente. Entre 1955 y 1958 mandó el grupo neozelandés, encuadrado en una gran expedición antártica, con participación de diversos países de la Commonwealth británica, que, al mando de Vivian Fuchs, exploró la cuenca del mar de Ross con motivo del Año Geofísico Internacional.

Las proezas de Hillary no se agotaron en la conquista del Everest. El 15 de octubre de 1957 partió de la base del mar de Ross y el 4 de enero de 1958 alcanzó el polo Sur por vía terrestre, hazaña que no se repetía desde la trágica expedición de Scott en 1912. En esta ocasión no alcanzó la resonancia mundial que tuvo su ascensión al Everest. A comienzos de los años sesenta participó en varias expediciones científicas al Nepal. Hillary contó sus experiencias en el techo del mun-

do en un libro titulado *High Adventure*, publicado en 1955 y traducido a varios idiomas.

NORGAY TENSING (Solokhumba, Nepal, 1914)

Montañero de nacionalidad sherpa, pueblo tibetano tradicionalmente experto en la conquista de las cumbres que pueblan su hábitat secular. Abandonó su hogar en la zona sur del Everest cuando era casi niño y fue a parar a Darjeeling, en el Estado indio de Bengala, donde hubo de trabajar como porteador para ganarse la vida. Ya en 1935 participó en la expedición de reconocimiento del Everest mandada por sir Eric Shipton.

En los años siguientes formó parte de numerosas expediciones, y su conocimiento del terreno le llevó a ser un excelente guía. Como tal se integró en 1953 en la expedición dirigida por el coronel Hunt. Con Edmund Hillary alcanzó la cumbre del Everest a las once y media de la mañana del 29 de mayo. Permaneció en la cima quince minutos, «haciendo fotografías y comiendo pastel de menta». Como buen budista, dejó en la cumbre la correspondiente ofrenda antes de emprender el regreso. Su hazaña le valió un respeto casi religioso entre indios y nepalíes y varias condecoraciones, tanto inglesas como de su patria. Narró su vida y experiencias en la montaña en un libro preparado por J. R. Ullman, bajo el título, un poco efectista, de *El tigre de las nieves*, publicado en 1955.

La inclusión en el grupo de un fisiólogo y de un cineasta que rodara un reportaje sobre la aventura fue muy debatida, pero al final se impusieron las razones prácticas y se concedió el sí. La película de la escalada serviría para sufragar los numerosos gastos que siempre trae consigo una expedición de gran envergadura, satisfaciendo así de paso la creciente curiosidad pública que empezaba a rodear al proyecto.

Por fin, en la primavera de 1953, Hunt dio la orden de partida hacia el Nepal. Antes había tenido que rechazar amablemente algunas propuestas y consejos tan inviables como el de nacionalizar inglés al famoso corredor checo Zatopek («para tener así la seguridad de que al menos un hombre llegara a la cumbre», razonaba el autor de la idea) o el de adquirir algo parecido a un mortero mediante el cual lanzar una cuerda con un gancho y recorrer así los últimos metros de la escalada bien asegurados.

Hillary y Tensing

El grupo estableció su primer campamento base en las praderas que rodean el monasterio budista de Thyangboche, un lugar que la tradición consideraba de buena suerte visitar, y a continuación inició la lenta ascensión del macizo. Las gigantescas masas de hielo que recubren el Everest convertían la aventura en algo real-



El mayor obstáculo que presenta la escalada del Everest reside en la combinación de su altura y un tiempo atmosférico cambiante y casi siempre extremado que multiplica las dificultades del terreno. El gran mérito de la expedición de Hunt consistió precisamente en cuidar al máximo la selección y entrenamiento de sus miembros, en la preparación de las distintas etapas y en la selección del material a emplear, evitando así que el agotamiento frustrase en los últimos metros el éxito del proyecto.

mente peligroso a causa de su movilidad y de las grandes grietas que había que superar. Por fin, una vez vencidas las paredes del Lhotse, el 24 de mayo quedó instalado el campamento base del collado sur, a una altura de 7.980 metros. Faltaban menos de mil metros para la cumbre, y Hunt decidió que había llegado el momento del asalto definitivo.

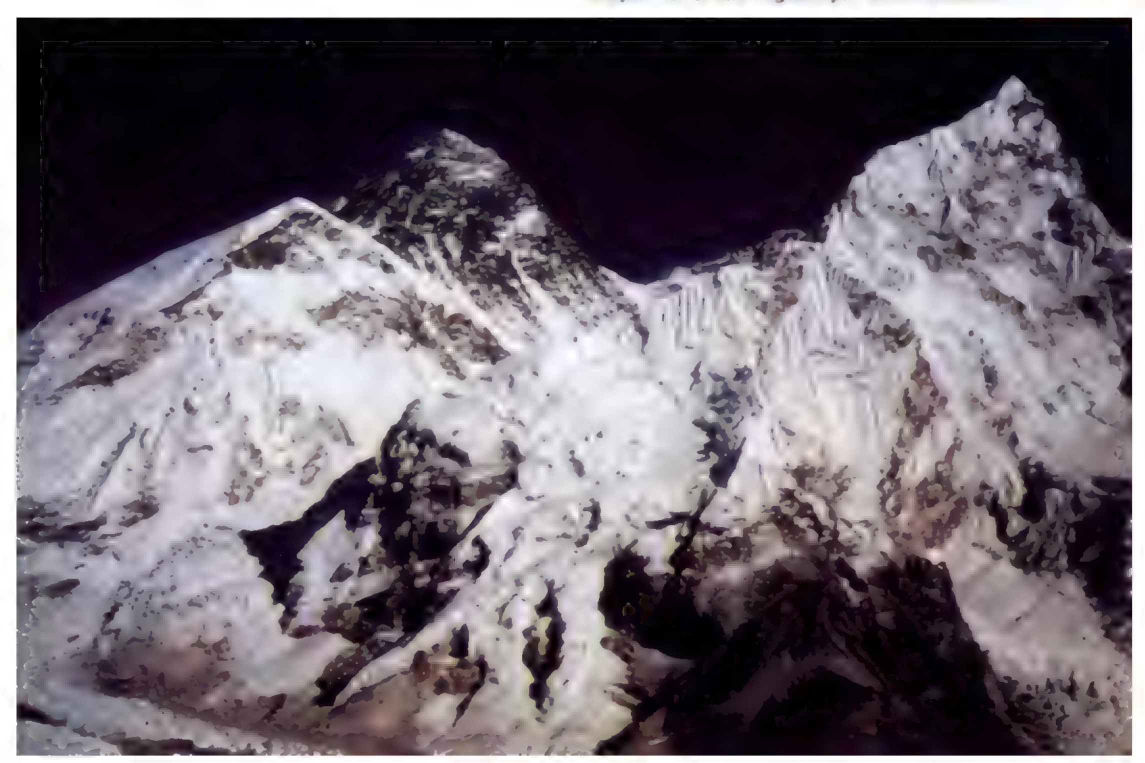
Los primeros en intentarlo fueron Charles Evans, un cirujano pelirrojo y robusto de treinta y tres años que ya había visitado el Himalaya con las expediciones de Shipton, y Tom Bourdillon, cinco años más joven que su compañero, pero también veterano del Himalaya y uno de los más legendarios alpinistas ingleses. Parecían los más idóneos, pero la equivocada decisión de culminar la escalada en una sola jornada frustró el asalto cuando se encontraban ya en la cumbre sur, una antecima situada a 8.747 metros que nadie había alcanzado antes. Faltaban sólo 100 metros de desnivel para culminar la hazaña, pero el agotamiento les obligó a iniciar un penoso descenso hacia el campamento base y pasar el relevo a la siguiente cordada, compuesta por un espigado apicultor neozelandés llamado Edmund Hillary y el veterano sherpa Tensing.

Esta vez el asalto fue preparado más meticulosamente, y junto a los dos elegidos para recorrer los últimos metros, ascendió también un grupo de apoyo que les alivió en las tareas de transporte. Contaban además con la valiosa información de Evans y Bourdillon sobre el último tramo y con la seguridad que suponían dos botellas de oxígeno casi llenas que aquéllos habían abandonado en el trayecto. Al llegar a los 8.500 metros de altitud, Lowe, Gregory y el sherpa Ang Nyima iniciaron el descenso, mientras Hillary y Tensing se dedicaban a allanar una pequeña plataforma donde instalar la tienda. Era el 28 de mayo, y esa noche la pasaron ya solos los dos escaladores, con una temperatura de 27 grados bajo cero.

Alrededor de las cuatro de la noche, Hillary, que no pudo conciliar el sueño, observó que el viento amainaba. Momentos después, los dos hombres consumían sus provisiones de sardinas con galletas, albaricoque al natural, dátiles, mermelada y miel. A las seis y media reemprendían la marcha. Los restos de la última tienda instala-



Croquis de la ruta seguida por los escaladores.


El Everest.

Los fracasos que hasta 1953 habían acompañado a todos los intentos de conquistar el Everest acabaron por rodear los últimos centenares de metros antes de llegar a la cima de una leyenda sobre la existencia de alguna dificultad insalvable. Pocos meses antes, Lambert y Tensing habían desistido cuando faltaban muy pocos metros, y Bourdillon y Evans, los primeros miembros de la expedición de Hunt que intentaron el asalto final, tampoco consiguieron su propósito. Tras concluir felizmente el suyo, Hillary y Tensing explicaron que no existía ningún obstáculo de gran dificultad en el último tramo, pero que era tal el gasto de energía que se necesitaba para caminar a más de 8.500 metros de altura, que cualquier obstáculo, por pequeño que pareciera, se convertía casi en algo insalvable.



da por la expedición suiza varios meses antes imprimían al paisaje un ambiente más fantasmagórico de lo normal. La nieve blanda caída durante la noche dificultaba la ascensión, pero al llegar a la cumbre sur el problema desapareció. De ahí en adelante, el suelo era mucho más firme, y Hillary y Tensing emprendieron la ascensión de la arista final, sin ninguna información ya sobre lo que podían encontrarse hasta la cima. Poco antes del final, un resalte rocoso de unos doce metros les cerró el paso. «La roca en sí, lisa y casi desprovista de asideros, acaso hubiera constituido un interesante problema dominguero para un grupo de escaladores de la región de los Lagos (noroeste de Inglaterra), pero aquí era un obstáculo superior a nuestras débiles fuerzas», confesó luego el propio Hillary. Solventado el problema utilizando «los menores salientes de la roca, y a fuerza de juego de rodillas, hombros y brazos», los dos hombres superaron el que sería último obstáculo serio antes de la cima. A las once y media de la mañana alcanzaron, por fin, el punto más alto. Desde su posición, todas las montañas del Himalaya se les aparecían más bajas.

En la cumbre estuvieron sólo un cuarto de hora. Hillary enterró una cruz de hierro que le había dado Hunt el día antes y tomó algunas fotografías. Tensing honró a las divinidades budistas enterrando unos pocos caramelos y algunos alimentos. Luego, tras comprobar que no existía en la cima rastro alguno de la expedición de Mallory, emprendieron el regreso. Era el 29 de mayo de 1953. El hombre acababa de pisar el punto más alto de la Tierra.

Hillary, Tensing y Hunt llegan a Londres.



Aunque a partir de 1953 más de cien alpinistas han logrado pisar su cima, el Everest ha quedado unido en la memoria de las gentes a los nombres y los rostros de la expedición de Hunt. Su intento fue seguido con expectación en Inglaterra, e incluso un periodista del Times participó en la aventura. A su vuelta del Himalaya, Hunt, Tensing y Hillary fueron recibidos como auténticos héroes.

Vía abierta a la cumbre

Si los dioses que el sherpa Tensing había honrado en la cumbre pensaron en algún momento que, tras el éxito de la expedición de Hunt, la calma retornaría a la montaña, desconocían por completo la mentalidad de los alpinistas. Desde aquel famoso 29 de mayo de 1953, 111 hombres, al menos, han vuelto a pisar la cumbre. Algunos han repetido la ruta de los pioneros, pero la mayoría ha optado por algo diferente y, a ser posible, más difícil. Hoy, cualquiera que desee intentarlo, puede elegir entre siete vías distintas.

Los primeros que lograron la ascensión por la arista noroeste fueron los integrantes de una expedición china en 1960, aunque sobre su éxito planea siempre la duda que produce la incomunicación existente entre aquel país y el mundo occidental.

Tres años después, un numeroso grupo de norteamericanos, encabezado por N. Dyhrenfurth, consiguió alcanzar la cumbre haciendo doblete por el collado sur y por la cresta oeste; el mérito de la primera travesía quedaría para dos nórdicos, W. Unsoeld y T. Hornbein, que subieron por el oeste y regresaron por el sureste.

Hasta 1975, sin embargo, sólo hombres habían conseguido poner sus botas en la cima. Remedió la falta una expedición japonesa compuesta únicamente por mujeres, al mando de E. Hisano, que destacó para realizar los últimos metros de escalada a una profesora de música de treinta y cinco años, Junko Tabei, experimentada ya tras su ascensión al Annapurna 3. Once días más tarde repetía la azaña una tibetana, Phantog, integrada en una gran expedición china, y despositaria del anecdótico récord de ser la primera madre en llegar a la cumbre. Tras ellas les tocó el turno a dos europeas, la polaca Wanda Rutkiewicz, que lo conseguiría en 1978, y la alemana Hannelore Schmatz, que, tras concluir un año después la subida con éxito, murió en el descenso al collado sur.

Poco a poco, el Everest entregaba todos sus secretos. La cara suroeste, que tantas expediciones había rechazado, cayó también en 1975 ante una expedición británica comandada por Chris Bonington. Los encargados de superar el último repecho fueron Dougal Haston y Doug Scott, que lo lograron el 24 de septiembre, y Peter Bordman y el sherpa Pertemba, que llegaron dos días después.

En la ceremonia del más difícil todavía faltaba un detalle importante: alcanzar la cima sin la ayuda de oxígeno. La viabilidad o no del proyecto enlazaba con una vieja polémica de los años veinte en la que algunos alpinistas cuestionaban la ayuda de las bombonas por atentatoria contra la ética deportiva. La fuerza de los hechos, que parecía descartar cualquier intento que no contase con el añadido del oxígeno, obvió el problema hasta que dos alpinistas austriacos, Messner y Habeler, decidieron retomarlo y aceptar el reto. Lo consiguieron el 10 de mayo de 1978. Dos años más tarde, pero ya en solitario y en un tiempo récord, Messner repitió la proeza.

Hasta 1980 ningún escalador español había conseguido escalar el Everest. En este año, una expedición vasca, dirigida por Juan Ignacio Lorente, finalizó con éxito la aventura: el 14 de mayo, Martín Zabaleta, al que acompañaba el sherpa Pasang Temba, colocaba en la cumbre la ikurriña.



La reina Isabel II y John Hunt.

A su vuelta del Himalaya, la expedición presentó en el cine londinense Warner la película La conquista del Everest, *rodada durante la aventura. Al estreno asistió la reina Isabel II, a quien John Hunt mostró el material de escalada que se exponía en la antesala.*



En una tienda de campaña antes de iniciar la ascensión del monte Everest, el pico más alto del Himalaya.



Porteadores nepalís en un campamento base del Annapurna, una de las cimas del macizo del Himalaya.

«LA CAZA DE BRUJAS»

LA noche del 19 al 20 de junio de 1953, los esposos Rosenberg morían en la silla eléctrica de la prisión de Sing Sing, acusados de haber pasado secretos atómicos a los rusos. Fueron las víctimas más destacadas de la ola de anticomunismo que durante la guerra fría recorrió los Estados Unidos y que todo el mundo conoció como «la caza de brujas». El cine, la ciencia, el teatro e incluso el ejército fueron investigados por el Comité de Actividades Antiamericanas, que presidía el senador McCarthy, en un clima de apasionamiento y paranoia en el que se confundían las más inocentes posturas progresistas con el comunismo.

Las investigaciones alcanzaron su punto más alto de notoriedad cuando la comisión enfiló sus baterías contra Hollywood. Directores, guionistas y actores tuvieron que declarar sobre su ideología, mientras que en los grandes estudios surgían las listas negras. Poco a poco iba desapareciendo el aire de progresismo y tolerancia que el New Deal *de Roosevelt había introducido en los Estados Unidos en la década de los años treinta.*

Vicente Molina Foix, autor de este artículo, es escritor y crítico cinematográfico.



Joseph McCarthy y su ayudante Roy Cohn

Protestas por la condena de los Rosenberg

En junio de 1955, los esposos Julius y Ethel Rosenberg fueron ejecutados en la silla eléctrica, acusados de haber entregado al vicecónsul soviético en Nueva York secretos atómicos recibidos de Daniel Greenglass, hermano de Ethel, que trabajaba en el centro nuclear de Los Alamos. La señora Rosenberg había sido consejera de Roosevelt sobre temas laborales; a partir de 1934 ejerció diversos cargos directivos en la Administración federal; en 1938 fue enviada por el presidente Roosevelt a estudiar las relaciones industriales en Gran Bretaña y Suecia, y en julio de 1944 actuó como observador personal desde el teatro de operaciones europeo. A partir del año siguiente desempeñó cargos similares, bajo el mandato de Truman, en el Departamento de

1953



Fotomontaje de Josep Renau.

Defensa. Los esposos Rosenberg, que eran de raza judía, negaron su culpabilidad, y, a la vista también de la fragilidad de las pruebas aportadas, se desató una campaña internacional de prensa en contra de la sentencia. Pero el desencadenamiento de la guerra de Corea (junio 1950-julio 1953) había encrespado los ánimos de la cruzada anticomunista, que por aquellos días tenía uno de sus líderes más ruidosos en el abogado de Wisconsin Joseph McCarthy (1909-1957), que en 1947 había llegado a convertirse en senador y posteriormente sería presidente y organizador del Comité de Actividades Antiamericanas del Senado.

Los que durante la época de Roosevelt no fueron más que tímidos brotes de radicalismo conservador crecieron luego, al amparo de la guerra fría y de la mano del senador McCarthy, hasta convertirse en una auténtica caza del progresismo. Se investigaron la Administración, el cine, el teatro e incluso el ejército, siempre a la búsqueda de lo que eufemísticamente se llamaban «actividades antiamericanas». Poco a poco, sin embargo, voces nada sospechosas empezaron a denunciar al fanático senador. Una de ellas fue la de Joseph N. Welch, un consejero del ejército, que aparece con McCarthy en la fotografía, al que denunció por su «carácter asesino y cruelmente impulsivo».

El Comité de Actividades Antiamericanas

Sin embargo, a pesar de que el período crucial de la llamada «caza de brujas» se extiende de 1947 a 1952, los orígenes se remontan a los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, y pueden concretarse en la constitución formal del Comité de Actividades Antiamericanas (House Un-American Activities Committee) en 1938. Previamente habían aparecido algunos brotes de carácter fascista en el Congreso de los Estados Unidos, a cargo de John E. Rankin, de Mississippi, diputado antisemita, antinegro y anticomunista, que no prosperaron en el clima liberal de la Administración de Roosevelt. Por el contrario, se podría hablar incluso de un marcado ambiente antifascista debido —aparte de al ya mencionado clima liberal del *New Deal*— a la inmigración masiva de conocidos intelectuales demócratas centroeuropeos (Bertolt Brecht, Hans Eisler, Fritz Lang, Thomas Mann, Heinrich Mann, Schönberg, etc.) que huían de la opresión nazi de Hitler. Esta es, por otra parte, la época en que Hollywood, centro al que muchos de esos exiliados fueron llamados a trabajar, produce algunas de las mejores cintas del cine social norteamericano: *Tiempos modernos* (1936), de Chaplin; *Furia* (1936), de Fritz Lang; *The Black Legion* (1937), de Archie Mayo; *Las uvas de la ira* (1940), de John Ford, etc.

Martin Dies —un ambicioso y joven abogado, diputado a partir de 1931— fue el que propuso al Parlamento en 1938 la creación de un comité especial para investigar «la extensión, carácter y objeto de las actividades de propaganda antiamericana en los Estados Unidos; la difusión dentro de los Estados Unidos de propaganda subversiva y antiamericana, instigada desde países extranjeros o de origen interno, que atacase el principio del sistema de gobierno garantizado por la Constitución; y todas las demás cuestiones relacionadas al respecto, que ayudaría al Congreso en cualquier legislación saneadora».



Joseph N. Welch y el senador McCarthy

Subversión en América

Por aquel entonces, y más aún a partir de 1947, la Comisión Dies suponía el instrumento más eficaz en manos de los conservadores frente a la Administración de Roosevelt y el *New Deal*. El republicano J. Parnell Thomas, de Nueva Jersey —que después llegaría a presidir la comisión—, declaraba en 1940: «La subversión en América ha florecido bajo el *New Deal;* la forma más segura de desarraigarla es desembarazarse del *New Deal.*»

A pesar de que Dies había prometido investigar las organizaciones de la derecha tanto como las de la izquierda, las incursiones reales se cebaron en estas últimas. Uno de los blancos favoritos del comité fue el Federal Theather Project, creado en 1935 por la Administración de Roosevelt para paliar el desempleo, y en donde trabajaban Orson Welles o Joseph Losey, por ejemplo: había ofrecido, en pocos años, más de mil representaciones teatrales por todo el país, generalmente destinadas al público no iniciado. Parnell Thomas consideraba que «prácticamente cada obra presentada bajo los auspicios del proyecto era pura propaganda del comunismo o del *New Deal*».



Convención de apoyo a McCarthy en el Madison Square Garden.

1953

«La caza de brujas»

«La caza de brujas» no fue sólo el sueño de un loco; fue un brote exagerado del conservadurismo de algunos sectores de los Estados Unidos a quienes la propaganda de la guerra fría colocó en un estado de permanente paranoia comunista. El 29 de noviembre de 1954, una multitud llenó el Madison Square Garden de Nueva York en apoyo de McCarthy y de su campaña «Diez millones de americanos movilizados por justicia».

«No hable: es antiamericano», escribió el «New York Times»

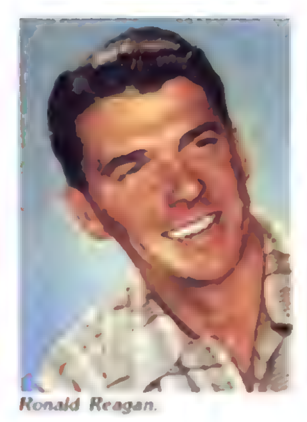
El mencionado congresista de extrema derecha John E. Rankin puso de inmediato toda su habilidad como parlamentario para lograr que el Comité de Actividades Antiamericanas fuese mantenido como un organismo estable. Y en 1945 consiguió el estatuto de permanencia, alegando que no era este comité sustancialmente diferente del resto de los existentes. Aunque Rankin nunca llegó a definir —según querían sus oponentes— el término «actividad antiamericana», ni a perfilar la jurisdicción del comité, consideró que su abolición destruiría lo conseguido y no era sino parte de un complot subversivo para ocultar los «trapos sucios» de los países enemigos. Tras una segunda votación (anormal; la primera había decidido contrariamente a los deseos de Rankin), el comité cobró carácter estable.

Casi inmediatamente, en julio de 1945, comenzaron las investigaciones en Hollywood, según Rankin «una de las más peligrosas conjuras jamás planeadas para el derrocamiento del gobierno», y que —en palabras del político— revelaría a muchas personas «tratando insidiosamente de hacer propaganda subversiva, envenenando las mentes de vuestros niños, distorsionando la historia de nuestro país y desacreditando a la cristiandad». Muy a pesar suyo, esas revelaciones no se produjeron. Siete comentaristas de radio de Nueva York fueron acusados por criticar a algunos miembros del Congreso. El *New York Times* subrayaba: «No hable: es antiamericano.» Se abrió una investigación a todo grupo comunista. Una de las más destacadas fue la del comité para refugiados de la junta antifascista que prestó ayudas y servicios médicos a los exiliados tras la guerra civil española, ya que el bando republicano había sido apoyado, entre otras fuerzas progresistas, por los comunistas. Rankin apoyó al régimen de Franco y calificó los ataques del comité antifascista de subversivos.

Truman, que sucedió en la presidencia a Roosevelt tras la muerte de éste, dio nueva fuerza al Comité de Actividades Antiamericanas tratando



Robert Taylor.



Ronald Reagan.

El Comité de Actividades Antiamericanas entró a saco en Hollywood, «la ciudad alegre y confiada». No pudo encontrar mejor caja de resonancia ni terreno más fértil para la demagogia. ¿Cómo conciliar las piscinas con el izquierdismo? McCarthy encontró además la colaboración y el apoyo de actores como Robert Taylor, Ronald Reagan, Gary Cooper, Adolphe Menjou, etc.

A finales de 1947, el Comité de Actividades Antiamericanas llamó a declarar a «los 19 de Hollywood», un grupo de guionistas, directores y productores considerados «desafectos», entre los que destacaba por su juventud Ring Lardner Jr., vetado desde entonces por la industria hasta mediados de los años sesenta y condenado a un año de cárcel por su negativa a declarar. Algunos de los más famosos personajes de Hollywood, como John Huston, apoyaron a los perseguidos y formaron el Comité de la primera enmienda.


John Huston.

Ring Larder Jr



de hacer desaparecer el carácter izquierdista del *New Deal:* «¡Esto limpiará la mancha comunista del partido demócrata!» En 1951 se modificó el articulado de la ley Hacht; donde decía «es necesario que existan *motivos razonables* para creer que la persona implicada es desleal», pasó a decir «existen *dudas razonables* con respecto a su lealtad».

Hollywood, a la cárcel

Siguiendo la iniciativa de Truman, y para situar de nuevo al comité como uno de los grandes protagonistas de la vida pública, Parnell Thomas y sus colegas decidieron reabrir el caso de la subversión en Hollywood. ¿Qué mayor publicidad que arremeter contra las estrellas del negocio más brillante de la nación? La premisa fundamental de la investigación era la existencia de propaganda subversiva en los filmes producidos en Hollywood. En las series de interrogatorios, que duraron más de nueve años, nunca se pudieron probar esos cargos, si bien se logró una gran publicidad y descubrir alguna actividad comunista en Hollywood.

Las sesiones dieron comienzo en Washington el 20 de octubre de 1947. A quienes primero se citó fue a un grupo de afectos al comité que pudieron hacer acusaciones sin aportar pruebas al respecto. Mistress Lela Rogers —madre de Ginger Rogers— citó como evidente infiltración comunista el hecho de que en el guión original de *Compañeros de mi vida* (1943), de Edward Dmytryk, escrito por Dalton Trumbo, se hiciera decir a su hija: «El reparto, el justo reparto, eso es la democracia.» Afirmó que, ante la negativa de su hija a decir esa frase, fue suprimida del guión; ella ya le había prevenido para que no participara en películas que dieran una visión deprimente de los Estados Unidos, pues ésas eran las intenciones de los comunistas.

Uno de los más decididos colaboradores del comité fue el actor Adolphe Menjou, quien declaró que había efectuado «un estudio particular sobre el marxismo, sobre el socialismo fabiano, sobre el comunismo, sobre el estalinismo y sus posibles efectos en el pueblo de los Estados Unidos en caso de que los soviéticos llegasen al poder aquí». Interrogado por el entonces joven y celoso «halcón» Richard Nixon, declaró: «Estoy convencido de que, en determinadas circunstancias, un director de cine comunista, un argumentista comunista, un actor comunista, aunque hayan recibido orden de no infundir comunismo o antiamericanismo o subversión en las películas, pueden fácilmente desobedecer esa orden... con una mirada, una inflexión, un matiz de voz.» Menjou completó su denuncia so-

licitando que los comunistas americanos fuesen «deportados a los desiertos de Texas o fusilados».

En esta misma tanda de «afectos» al comité, declararon también Robert Taylor, el actor secundario Ronald Reagan, hoy más conocido en su vertiente política; Gary Cooper, ya entonces uno de los actores más populares en Hollywood, y el productor y director Sam Wood, que afirmaba: «Es cosa verdaderamente fea mostrar continuamente a un banquero o a un senador deshonestos, de modo que se empiece a creer que todo el sistema es erróneo.» Parnell Thomas le agradeció sus palabras: «Mister Wood, usted verdaderamente ve claro. Si la gran mayoría de las personas tuviese el mismo valor que usted, no tendríamos por qué preocuparnos del comunismo...; en otras palabras, usted es un verdadero hombre.»

Todos eran comunistas

Después de tomar testimonios, el comité se dispuso a escuchar al grupo considerado «desafecto» a la investigación: los «19 hostiles», a saber, Adrian Scott, Edward Dmytryk, John Howard Lawson, Dalton Trumbo, Ring Lardner Jr., Albert Maltz, Alvah Bessie, Herbert Biberman, Lester Cole, Samuel Ornitz, Bertolt Brecht, Richard Collins, Gordon Kahn, Howard Koch, Lewis Milestone, Larry Parks, Irving Pichel, Robert Rossen y Waldo Salt, entre directores, productores y guionistas. Trece de los 19 eran judíos. Previamente, y de acuerdo con sus abogados, los «hostiles» habían adoptado la táctica de negarse a responder, amparándose en la quinta enmienda de la Constitución, que data de la Carta de Derechos de 1791, y a tenor de la cual ningún ciudadano está obligado a declarar contra sí mismo, aunque, según algunos, ello supusiera reconocimiento implícito de culpabilidad. Al mismo tiempo, los 19 testigos llamados a declarar pretendían denunciar el carácter anticonstitucional de la comisión en virtud del texto de la primera enmienda de la Carta de Derechos: «El Congreso no elaborará ninguna ley que tienda a reconocer una confesión religiosa, ni tampoco para prohibirla; o a limitar la libertad de palabra o de prensa; o el derecho del pueblo a reunirse pacíficamente y dirigir al gobierno peticiones para reparación de daños.»

La mayor parte de la población de Hollywood tomó partido decididamente contrario al Comité de Actividades Antiamericanas. Los realizadores John Huston, William Wyler y Philip Dunne promovieron la creación del llamado Comité de la primera enmienda, que incluía a cuatro senadores y casi quinientos intelectuales y profesionales del cine, entre los que figuraban: Humphrey Bogart, Gregory Peck, Lauren Bacall, Katharine Hepburn, Eddie Cantor, Rita Hayworth, Leonard Bernstein, Kirk Douglas, Henry Fonda, Burt Lancaster, Gene Kelly, John Ford, Elia Kazan y Billy Wilder.

La Inquisición interroga a las estrellas

Antes de la partida de los «19 hostiles», se celebró un mitin en Los Angeles, que reunió a 7.000 personas. El viaje a Washington se llevó a cabo con dos escalas (Chicago y Nueva York) para participar en mítines. Este Comité de la primera enmienda recibió de inmediato la calificación por parte de los inquisidores de «frente comunista».

El primer testigo llamado por el comité fue John Howard Lawson, guionista de *Blockade, Algiers, Action in the North Atlantic,* entre otras;

Dos de los actores que más activamente participaron en la lucha contra McCarthy, cuyas investigaciones amenazaban incluso a ilustres refugiados como el alemán Thomas Mann, fueron Humphrey Bogart y Lauren Bacall. Junto a otros, como Richard Conte, Danny Kaye o el director John Huston, participaron en mítines e incluso asistieron a las sesiones del Comité de Actividades Antiamericanas en Washington, manifestando su protesta. Luego, Bogart ensombreció su postura al renegar públicamente de su actuación.



El famoso dramaturgo Arthur Miller fue llamado a declarar en las postrimerías del macartismo, sin que el Comité de Actividades Antiamericanas obtuviera algo más que el reconocimiento de su ideología radical. No había sucedido lo mismo unos años antes, cuando el invitado a deponer fue Elia Kazan y su declaración comprometió a más de cien personas. Miller criticó su cobardía y rompió la amistad que les unía.



Arthur Miller, durante el proceso

la comisión estaba especialmente interesada en él por haber sido el fundador y primer presidente del Screen Writer's Guild, sindicato de guionistas de cine considerado como instrumento del Partido Comunista.

Lawson se negó a contestar sobre su afiliación al Partido Comunista, acusando a la comisión de emplear métodos semejantes a los de Hitler. Finalmente, fue obligado a abandonar la sala entre aplausos y abucheos. Restablecido el orden, Louis J. Russell, antiguo agente del FBI, leyó siete folios sobre las actividades subversivas de Lawson.

Al siguiente testigo, Eric Johnston, uno de los ejecutivos más poderosos de Hollywood, se le permitió leer una detallada declaración sobre infiltraciones subversivas en la industria del cine. Defendió el derecho a la libertad de expresión, aunque concediera a la comisión la tarea de «descubrir» comunistas: «Descúbralos, pero descúbralos con los métodos de la tradición americana.» Johnston desvelaba así el punto de vista oficial de la industria y de los grandes productores, temerosos de que algún tipo de censura fuera a perjudicar su negocio.

Dalton Trumbo era uno de los guionistas más brillantes y mejor cotizados de Hollywood, que ya había escrito por aquel entonces *Kitty Foyle, A Guy Named Joe* y *Thirty Seconds over Tokyo,* entre otros. Como Lawson, rápidamente se vio envuelto en un acalorado diálogo de sordos con



Elia Kazan

McCarthy arruinó las carreras de algunos brillantes hombres de cine. Para los condenados, su etapa supuso el inicio de un largo período de ostracismo, trabajo oculto y seudónimos. Los que cedieron ante el Comité de Actividades Antiamericanas consiguieron mantener su puesto de trabajo, pero vivieron desde entonces perseguidos por el fantasma de la traición: fue el caso de Elia Kazan, Robert Rossen o Sterling Hayden.



el presidente Parnell Thomas, al no permitírsele leer su declaración. La vista acabó después de que Trumbo acusara a la comisión de intentar identificarle como miembro del Partido Comunista para destruir así la Screen Writer's Guild, obligándosele a abandonar la sala, cosa que hizo al tiempo que gritaba: «¡Este es el comienzo de los campos de concentración en Estados Unidos!» La prensa se hizo eco de estas situaciones; el *Detroit Free Press* publicaba: «La actividad más antiamericana que se está produciendo hoy en los Estados Unidos es la conducta del Comité de Actividades Antiamericanas.»

Antes de que se iniciara el turno del director Edward Dmytryk, Parnell Thomas abrió las sesiones con la lectura de un escrito de defensa de las actividades del comité afirmando los poderes de la comisión, ya que ningún derecho, «ni siquiera los derechos de los comunistas», había sido violado. El núcleo de las preguntas a Dmytryk se centró en su afiliación comunista:

STRIPLING.—¿Entonces se niega a contestar la pregunta?

DMYTRYK.—No me niego. He contestado a mi manera.

STRIPLING.—No ha contestado si es o no miembro del Partido Comunista.

DMYTRYK.—He contestado diciendo que no creo que tenga derecho a preguntarlo.

STRIPLING.—Señor presidente, parece que el testigo sigue la misma línea que los anteriores.

THOMAS.—El testigo puede retirarse.

Peligroso fascismo americano

Al día siguiente era el turno de Ring Lardner Jr. (hijo de un conocido editor de periódicos y escritor), guionista de *Woman of the Year* y, muy posteriormente, de cintas de éxito como *M.A.S.H.* Al intentar leer su declaración, el presidente determinó que lo hiciera una vez contestadas las preguntas. Stripling le preguntó si era miembro del sindicato de guionistas:

LARDNER.—Mister Stripling, quiero cooperar, pero existen ciertos límites. No quiero ayudarles a dividir o destrozar este sindicato, ni a dejar infiltrar en la industria del cine cualquier intento de controlarla, de controlar lo que el pueblo americano puede ver y oír en sus películas.

Así comenzó el altercado entre Lardner, Thomas y Stripling.

THOMAS.—Es una cuestión muy simple. Cualquiera estaría orgulloso de responderla, cualquier verdadero americano...

LARDNER.—Depende de las circunstancias. Podría contestarle, pero si lo hiciera, me odiaría a la mañana siguiente.

Ante la sorpresa general, al novelista, dramaturgo y guionista Albert Maltz se le permitió leer su declaración, que era un duro ataque a la comisión, a la que reprochaba negar a sus testigos «las oportunidades de que goza cualquier ratero ante un tribunal». Dicha declaración se apoyaba en citas de Jefferson y recordaba la oposición de Thomas y Rankin a la ley contra el linchamiento y su postura favorable al Ku Klux Klan. La comisión escuchó fríamente aquella declaración que justificaría ante la prensa el carácter democrático de la investigación.

El testimonio de los restantes testigos —Herbert Biberman, Lester Cole, Samuel Ornitz, Adrian Scott— siguió el camino de los que ya se habían realizado, a excepción de Bertolt Brecht, que, siendo extranjero y por tanto susceptible de deportación, se avino a que su interrogatorio tomara un cauce distinto, negando su pertenencia, actual o pasada, a cualquier partido comunista, y poniendo en entredicho la validez de las traducciones sobre sus originales en alemán.

Los diez héroes de Hollywood

Finalmente, ocho de los «19 testigos hostiles» quedaron sin declarar: Waldo Salt, Gordon Kahn, Larry Parks, Richard Collins, Lewis Milestone, Howard Koch, Irving Pichel y Robert Ros-

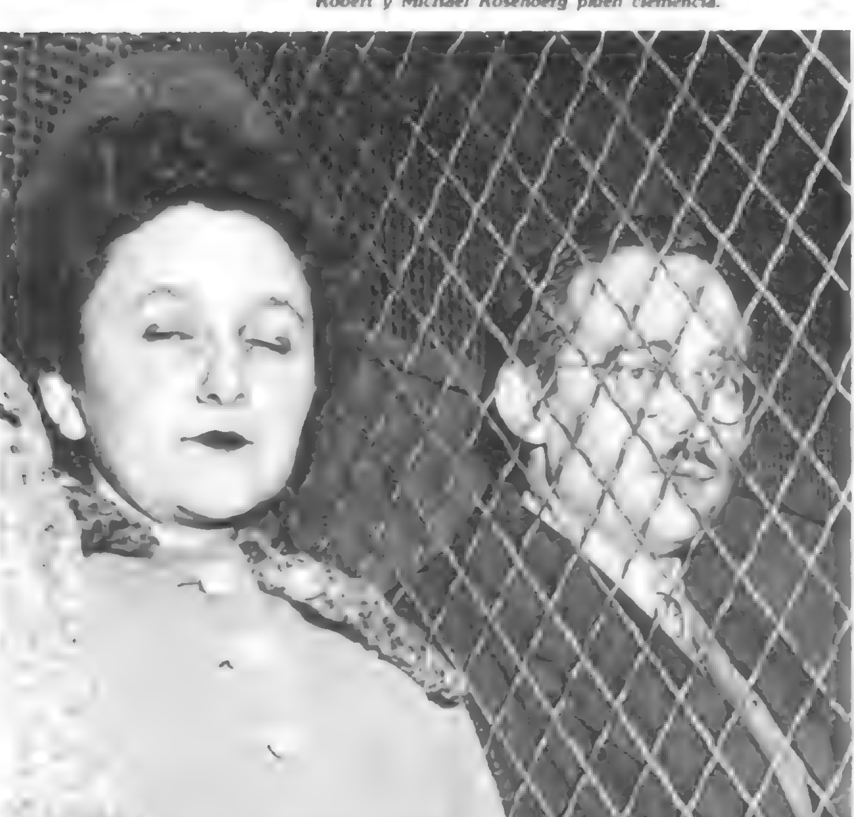


Dalton Trumbo era uno de los guionistas más cotizados de Hollywood cuando el Comité de McCarthy le acusó de actividades antiamericanas. Tras pasar una temporada en la cárcel, Trumbo se trasladó a México, desde donde continuó escribiendo guiones con seudónimo. Kazan, tras su comprometedora declaración, siguió dirigiendo películas.

sen. Nunca se aclararon las razones de esa interrupción, pero parecen bastante acertadas las declaraciones de Vladimir Pozner en la revista *Cinéma 62* (número 66): «A la décima declaración, la comisión se dio cuenta de que los testigos eran más fuertes que ella. Este Parnell Thomas, el estafador, el presidente, que además era analfabeto, podía resistir una cierta cantidad de ridículo, pero aquello, verdaderamente, rebasaba los límites. Además, él no buscaba obtener ninguna verdad, sino que era una maniobra política y publicitaria.» Los a partir de entonces llamados «10 de Hollywood» regresaron a California como héroes de la democracia; para celebrarlo se organizó un gran mitin en un campo de béisbol.

Julius y Ethel Rosenberg fueron condenados a muerte por un jurado que les consideró culpables de pasar secretos atómicos a los rusos. Nunca confesaron su delito, y no parece que las pruebas fueran concluyentes, pero el clima político de la guerra fría inclinó la balanza en su contra, y el matrimonio fue electrocutado en la prisión de Sing Sing el 18 de junio de 1953, justamente el día de su decimocuarto aniversario de boda. Tres días antes, los grupos que apoyaban una revisión del juicio se manifestaron ante la Casa Blanca, encabezados por la madre de Julius y los dos hijos del matrimonio, Robert, de seis años, y Michael, de diez.

Robert y Michael Rosenberg piden clemencia.



El matrimonio Rosenberg.

Este estado de euforia no duró mucho tiempo. Humphrey Bogart fue el primero en retractarse de su participación en los mítines del Comité de la primera enmienda. Los productores, que desde un principio se habían opuesto a las investigaciones de la comisión, empezaron a cambiar sus posturas, siguiendo —según parece— instrucciones emanadas de las «fuentes del capital» en Wall Street. El 20 de noviembre de 1947, el presidente de la 20th Century Fox advertía que no emplearía a nadie que se negase a declarar ante algún comité del Congreso de los Estados Unidos. El 24 de noviembre, y tras una reunión secreta de dos días, las principales asociaciones profesionales de Hollywood (la Motion Picture Association of America, la Association of Motion Picture Producers y la Independent Motion Picture Producers Association) emitieron un comunicado en el que deploraban la actuación de los «10 de Hollywood», ya que «sus acciones han constituido un mal servicio a sus patronos y han causado daño a la industria». Los productores, además, afirmaban que «no emplearían a un comunista o a un miembro de cualquier partido o grupo que intentase derribar al gobierno de los Estados Unidos por la fuerza o por métodos anticonstitucionales». Sigue la declaración: «Invitamos a este fin a los sindicatos profesionales de Hollywood para que trabajen a nuestro lado en la eliminación de gente subversiva; para proteger al inocente; y para salvaguardar la libertad de palabra y la libertad cinematográfica allí donde esté amenazada.»

Simultáneamente, los «10 de Hollywood» fueron acusados de «desacato al Congreso» y condenados a las penas máximas de un año de cárcel y una multa de 1.000 dólares a cada uno, a excepción de Biberman y Dmytryk, a quienes, aparte de la multa, sólo se les impuso seis meses de cárcel. En 1949, el Tribunal de Apelaciones del distrito de Columbia denegó los recursos y en 1950 el Tribunal Supremo ratificó la sentencia.

Listas negras en la guerra fría

No se tardó mucho en realizar en Hollywood una serie de películas ferozmente anticomunistas, entre las que se encuentran: *El telón de acero* (1947), de William A. Wellman; *El Danubio rojo* (1949), de George Sidney; *Manos peligrosas* (1953), de Samuel Fuller, todas ellas inspiradas en los principios más dogmáticos de la guerra fría.

Es en esta época, paralelamente a la revolución china y al inicio de la guerra de Corea, cuando cobra más fuerza la actividad de la co-

misión y se recrudecen las investigaciones. El senador Joseph McCarthy alcanza sus más altas cotas de poder, logrando que el general Marshall se viera obligado a jurar ante el Senado su lealtad frente a la China roja. Este es el comienzo del período de las listas negras.

Más de setecientas personas, entre actores y actrices, guionistas, directores, técnicos e incluso administrativos, fueron incluidas en esas listas, que impedían trabajar dentro de la industria cinematográfica. Cabe señalar —como dato de interés— que, en esta segunda etapa, Parnell Thomas se vio obligado a dejar la presidencia acusado de estafa, pues justificaba sueldos de personas inexistentes con nombres de familiares suyos, que iban a parar a sus bolsillos. El resultado de estas listas negras elaboradas durante la segunda serie de audiencias, en 1951, no fue ya la resistencia en defensa de los derechos colectivos, sino el miedo generalizado y las delaciones. A este respecto, Orson Welles declaraba en 1964: «De mi generación somos muy pocos los que no hemos traicionado nuestra postura, los que no dimos nombres de otras personas. Esto es terrible. Y uno no se recupera de ello. No sé cómo se puede recuperar uno de semejante traición, que difiere enormemente de la de un francés, por ejemplo, que fuese delator de la Gestapo para poder salvar la vida de su esposa; es otro tipo de colaboración. Lo malo de la izquierda americana es que traiciona para salvar sus piscinas. Y no hubo unas derechas americanas en mi generación. No existían intelectualmente. Sólo había las izquierdas, y éstas se traicionaron. Porque las izquierdas no fueron destruidas por McCarthy; fueron ellas mismas las que se derrumbaron, dando paso a una nueva generación de nihilistas. Esto es lo que sucedió.»

Solos ante McCarthy

El director Edward Dmytryk se había retractado de su actuación y difundió desde la cárcel una declaración por medio de su abogado. En esa línea de cobarde rectificación continuó haciendo declaraciones al salir de prisión, y no tardó en poder filmar *El motín del Caine* (1951), una clara defensa de la obediencia a la autoridad establecida. En el segundo período de persecución, las actuaciones de los llamados a declarar no fueron en absoluto uniformes. De los «19 hostiles», Larry Parks, Richard Collins y Robert Rossen declararon ante la comisión. Sólo Larry Parks vio perjudicada su carrera como actor, tal vez por haber manifestado su antigua afiliación al Partido Comunista americano. El actor Howard Da Silva y el guionista Waldo Salt no volvieron a trabajar hasta entrados los años sesenta. Carl Foreman —guionista de *El ídolo de barro* (1944), *Hombres* (1950) y *Sólo ante el peligro* (1952), en la que muchos han visto una parábola del reinado del terror de McCarthy—



Los ataudes de Julius y Ethel Rosenberg, expuestos en el cementerio judío de Brooklyn



«La caza de brujas»



JULIUS (Nueva York, 1918-Nueva York, 1953) y ETHEL ROSENBERG (Nueva York, 1915-Nueva York, 1953)

Pocos temas han apasionado tanto a la opinión mundial como el «asunto Rosenberg». Acusados de espionaje y ejecutados en plena guerra fría, el debate sobre su culpabilidad desencadenó una vorágine en las conciencias en la que era difícil quedar al margen. En numerosos países se constituyeron comités de defensa de los Rosenberg, las manifestaciones y las campañas de prensa se sucedieron, una petición de clemencia firmada, entre otros, por Einstein no tuvo ningún efecto, como tampoco lo tuvo una intervención de Pío XII en el mismo sentido.

La explosión en 1949 de la primera bomba atómica soviética creó una verdadera psicosis en sectores influyentes en los Estados Unidos, para los que la única razón había que buscarla en el robo de secretos militares por la URSS. En junio de 1950, David Greenglass, hermano de Ethel Rosenberg, fue detenido por haber confesado, según el FBI, que había robado secretos atómicos en el laboratorio de Los Alamos a instigación de su cuñado Julius Rosenberg, ingeniero de electricidad.

Detenidos y acusados de haber entregado documentos secretos sobre la bomba atómica al vicecónsul soviético en Nueva York, los Rosenberg y su supuesto cómplice Morton Sobell, condiscípulo de Julius, negaron enérgica-



mente toda su culpabilidad.

Después de un proceso breve en el que se ocultaron datos muy significativos a la defensa y al jurado, como han venido a demostrar las investigaciones posteriores, el matrimonio Rosenberg fue declarado culpable y condenado a muerte por el juez Irving Kaufman, paradójicamente judío como ellos. Era el único caso en la historia de los Estados Unidos en que un tribunal civil aplicaba la pena de muerte por espionaje. Morton Sobell fue condenado a treinta años de reclusión y liberado en enero de 1969. David Greenglass, condenado a quince años, quedó libre cinco años más tarde.

La defensa intentó por todos los medios la revisión del proceso, pero en un ambiente dominado por «la caza de brujas», y por la histeria xenófoba y anticomunista, no consiguió más que aplazar la ejecución de la sentencia. Algunos considerandos de la sentencia del juez Kaufman pueden darnos idea de las pasiones levantadas por el proceso: «Entregando a los rusos la bomba A, años antes de que, según nuestros mejores sabios, Rusia pudiera construirla, habéis causado, en mi opinión, la agresión comunista a Corea. ¿Quién sabe cuántos millones de inocentes pagarán el precio de vuestra traición?»

Dos días antes de la ejecución, el juez Douglas, del Tribunal Supremo, decidió aplazar la ejecución para permitir al tribunal pronunciarse sobre la legalidad de la condena a muerte de los Rosenberg. El diputado Wheeler pidió inmediatamente al Congreso la revocación de Douglas y su procesamiento por conspiración y traición. Al día siguiente, el Tribunal Supremo anuló el aplazamiento. En la noche del 19 al 20 de junio de 1953, los Rosenberg fueron ejecutados en la silla eléctrica de la prisión de Sing Sing.

Su experiencia está recogida en un libro que escribieron desde la prisión: *Cartas de la casa de la muerte.*

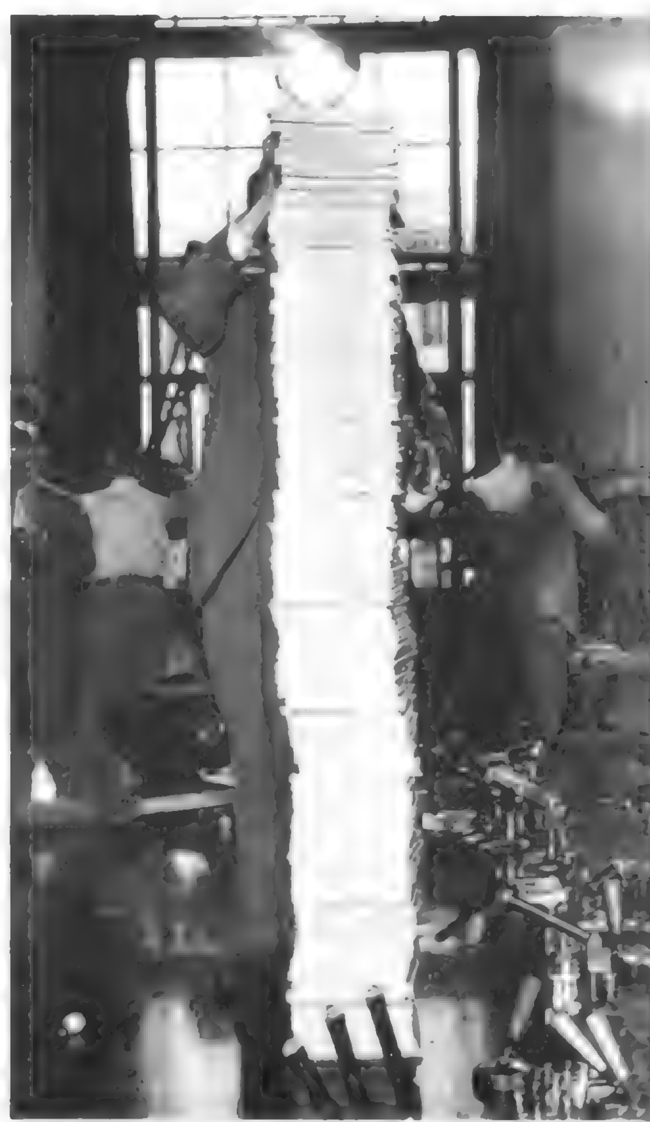
se negó a declarar y tuvo que proseguir su carrera en Inglaterra.

Entre los delatores cabe destacar a Frank Tuttle, director, entre otras, de *Robé un millón* (1939), y *El cuervo* (1942), que había sido fundador del sindicato de guionistas; el productor Lee Sabinson, el guionista Martin Berkeley y el actor José Ferrer. Quizás el caso más conocido sea el de Elia Kazan, que ya había montado para el teatro *Un tranvía llamado deseo,* de Tennessee Williams, y *Muerte de un viajante,* de Arthur Miller, y que había dirigido *Mar de hierba* (1946), *Pinky* (1949) y *Un tranvía llamado deseo* (1950), entre otras películas. Kazan entregó una declaración detallada de sus actividades políticas y profesionales, haciendo aparecer su última película, *Viva Zapata* (1951), como anticomunista. Arthur Miller, su amigo y colaborador, se enfrentó abiertamente con Kazan; en junio de 1956, Miller fue llamado a declarar: relató sus actividades políticas, pero negándose a dar nombres, pues, aunque nunca había pertenecido al Partido Comunista, sí que había participado en algunas reuniones izquierdistas. Fue convocado de nuevo en febrero de 1957 sin ninguna variación y, por lo tanto, procesado por «desacato al Congreso» y condenado a un año de cárcel y 1.000 dólares de multa. Hay que señalar que en 1953 Miller había estrenado con éxito su drama *Las brujas de Salem,* que evoca de manera elíptica el ambiente de una comunidad dominada por «la caza de brujas». Años después, en 1964, otra obra teatral suya, *Después de la caída,* trataría también el tema de manera más directa.

Empieza el exilio

Un medio de evitar el desempleo fue, en algunas ocasiones, el exilio; así, están los casos de los realizadores Abraham Polonsky, Michael Wilson y Jules Dassin, el cual tardó cinco años, por las presiones norteamericanas, en poder realizar en Francia *Rififí* (1955). También se vieron obligados al exilio el actor John Berry, que, siendo luego realizador, hizo un documental sobre los «10 de Hollywood»; el guionista Ben Barzman, Bertolt Brecht, Fritz Lang y John Huston, que adquiriría la nacionalidad irlandesa. También es muy conocido el caso de Joseph Losey, que dirigió en Inglaterra *El tigre dormido* (1954) e *Intimidad con un extraño* (1956); ambas cintas fueron firmadas con seudónimo para poder ser explotadas en los Estados Unidos.

En cuanto a Dalton Trumbo, fue el protagonista de una de las situaciones más particularmente pintorescas a raíz de «la caza de brujas». Después de cumplir su condena por negarse a declarar ante la comisión, hubo de fijar su residencia en México, como John Howard Lawson y Albert Maltz, ya que estaban vetados para trabajar en Hollywood. Aun así, entre 1950 y 1957, Trumbo escribió y vendió más de treinta guiones de películas de serie B, firmados con seudónimo, cosa que, por otra parte, era conocida; el Departamento de Hacienda cobró todos los impuestos de los guionistas que trabajaron con seudónimo. En 1957, el Oscar al mejor guión recayó en la película *El bravo,* dirigida por Irving Rapper. El guionista Robert Rich, seudónimo de Trumbo, no fue a recoger el premio, y Dalton Trumbo no hizo ninguna declaración, ante las sospechas que le designaban como autor del guión, hasta que, al año siguiente, el Oscar al mejor guión fue concedido a otro nombre de la lista negra, Nedrick Young, que también había firmado con seudónimo el texto de la película *Fugitivos,* dirigida por Stanley Kramer. Dalton Trumbo reconoció entonces los 30 guiones firmados con nombre falso en unas declaraciones a la prensa.



Los documentos del Comité

Llega la «nueva frontera» con Kennedy

La situación empezaba a ser diferente; McCarthy había muerto en 1957, y el gobierno republicano había perdido influencia. Muy poco después, tras las elecciones de noviembre de 1960, John F. Kennedy ocuparía la presidencia, instaurando la política de «nueva frontera», que recuperaba el talante liberal del *New Deal.*

En abril de 1960, el productor y director Otto Preminger anunció en el *New York Times* que había contratado a Trumbo para escribir el guión de *Exodo.* En agosto de ese mismo año, el citado periódico publicó la noticia de la colaboración de Trumbo como guionista de la película de Stanley Kubrick *Espartaco.* La productora tuvo que aceptar su nombre a pesar de que el escritor se negó a firmar en privado una declaración desmintiendo su pertenencia al Partido Comunista. Las protestas de algunos grupos fascistas norteamericanos y los piquetes a las puertas de los cines no afectaron en nada la carrera comercial de esas dos películas de éxito. La reincorporación «oficial» de Trumbo a la industria cinematográfica americana supuso, en gran medida, el fin de la pesadilla de «la caza de brujas».

V. M. F.



Robert Kennedy en una sesión del Comité.



Treinta años después de la muerte de los Rosenberg, los hijos del matrimonio intentan que los tribunales americanos revisen el proceso, para demostrar así la que creen segura inocencia de sus padres. La sociedad americana, mientras tanto, ha superado el trauma de «la caza de brujas», e incluso algunos de los colaboradores del senador, como Robert Kennedy, evolucionaron hacia posturas más liberales. Robert Rossen y Richard Nixon vivieron el período de McCarthy de forma muy diferente. Al igual que Kazan, el director Robert Rossen denunció a muchos amigos, y el recuerdo de su claudicación le convirtió en un ser torturado que no consiguió además retomar el ritmo de su carrera. A Nixon, en cambio, las cosas le fueron mejor: tras su colaboración con McCarthy, ocupó la vicepresidencia con Eisenhower y luego, tras el paréntesis de Kennedy y Johnson, la presidencia del país.



Bibliografía básica

GUBERN, R.: *McCarthy contra Hollywood: La caza de brujas,* Ed. Anagrama. Barcelona, 1974.

H. ROVERE, R.: *McCarthy y el macarthismo,* Ed. Palestra. Buenos Aires, 1962.

TORMAN, M.: *Wich hunt, the underside of american democracie,* Ed. Dell. Nueva York, 1976.

MALTZ, A.: *L'écrivain citoyen,* Ed. Marcel Eibel. Lausana, 1977.



Comisión de censura contra McCarthy.





1953

LOS PACTOS HISPANO-NORTEAMERICANOS

EN 1953, España se somete a las exigencias de Estados Unidos arrastrada en la búsqueda de un respaldo político para el régimen franquista. La inflexibilidad atribuida al general Franco resultó ser al final mera apa[illegible]

El peso de las neg[illegible] se desarrolló en un tono estrictamente confidencial por el Alto Estado Mayor y el jefe del Estado, dejando incluso al margen al Ministerio de Asuntos Exteriores.

La ayuda económica [illegible] a la no muy cuantiosa cifra de 1.523 millones de dólares. A cambio, España pierde la neutralidad, compromete [illegible] su seguridad con el establecimiento [illegible] bases americanas y llega a aceptar recortes de soberanía en [illegible] calificados ya entonces de de[illegible]

[illegible] tico de Estructura E[illegible] dad de Alcalá de H[illegible] entre otras obras, u[illegible] io tu[illegible] ocer este [illegible]

El «cerco internacional»

En la dilatada trayectoria histórica del régimen del general Franco, los pactos hispano-norteamericanos de 26 de septiembre de 1953 constituyen un hito fundamental.

Ante la opinión pública de la época, española y extranjera, dichos pactos tradujeron el espaldarazo que la potencia hegemónica del mundo occidental daba a un sistema político, como el franquismo, que pocos años antes se había visto rodeado del desprecio de la mayor parte de los países victoriosos en la Segunda Guerra Mundial.

La prensa de entonces los presentó como la demostración de que, por fin, en el extranjero se reconocía «la verdad de España». En realidad, culminaban una orientación estratégica, iniciada por Madrid antes del final de la Segunda Guerra Mundial, basada en la suposición de que muy pronto la contraposición civilización cristiana/comunismo sustituiría a la de fascismo/antifascismo. Fue necesario resistir durante una década lo que pomposamente se definió como el «cerco internacional». Luego, el estallido de la guerra fría pareció dar la razón a Franco.

Documentos todavía secretos

En la negociación, de la que todavía permanecen secretos muchos de sus documentos, llevó el peso la burocracia militar española —sobre todo el Alto Estado Mayor, con Juan Vigón al frente—; José Félix de Lequerica, embajador en Washington, quedó al margen y los ministerios de Asuntos Exteriores y Comercio limitaron su participación a los temas económicos. Teniendo en cuenta, sin embargo, los recortes de soberanía que los pactos implicaron, hay que cuestionar la sagacidad de una gestión que marginaba a los departamentos enteros de la Administración en los contactos con los Estados Unidos y que más experiencia tenían en este tipo de conversaciones.

En cualquier caso, hay aspectos difícilmente explicables. Para 1953 —e incluso ya en años anteriores— el régimen no corría peligro alguno en el campo internacional, pues ni el gobierno norteamericano ni el inglés o el francés querían asumir el riesgo de que la península Ibérica pudiera desestabilizarse. Por consiguiente, hay razones para pensar que la burocracia militar española —o sus más altos controles y dirigentes— no supo o no pudo extraer de tal circunstancia todas las posibilidades abiertas en unas negociaciones que eran las más importantes que el franquismo había desarrollado hasta la fecha y en las que no parece que la frialdad fuese elemento destacado.

Los pactos de 1953 fueron concluidos tarde y mal, aunque el régimen había querido firmarlos mucho antes. La reticencia que el franquismo despertaba en amplios sectores de la opinión pública y el Congreso norteamericanos y la actitud del propio presidente Truman retrasaron las negociaciones.

Los acuerdos de 1953 suponen la ruptura definitiva de la tradición de neutralidad española. Las prestaciones y contraprestaciones que resultaron de la negociación no fueron, sin embargo, lo que la propaganda de la época quiso hacer ver. Desprovistos de su hojarasca verbal, los pactos fueron una claudicación española; y si a veces se pensó lo contrario, ello se debió a la negativa de los Estados Unidos a hacer públicos los acuerdos secretos donde se plasmaban las auténticas ventajas obtenidas por ellos.

Una ayuda de 465 millones de dólares

El conjunto de pactos se desglosa en unos convenios hechos públicos en la época y en una amplia serie de estipulaciones que han permanecido ocultas hasta fecha muy reciente. Los primeros son tres: el convenio defensivo, el relacionado con la ayuda para la mutua defensa y el



Los pactos de 1953 implican la ruptura definitiva de la tradición de neutralidad mantenida por la política exterior española, y una inclinación en favor de los intereses estratégicos norteamericanos. Quizá por ello, ni siquiera las autoridades norteamericanas se mostraron dispuestas a hacer públicas las condiciones del tratado, temerosas de que el pueblo norteamericano no viese con buenos ojos una alianza tan estrecha con un Estado que, por su régimen político, aún no había sido admitido en la ONU.



Eisenhower en Madrid, 1959

Todo parece indicar que las concesiones que realizó la diplomacia española en 1953 eran el precio que el general Franco estaba dispuesto a pagar por conseguir el espaldarazo político de la amistad norteamericana. La prensa de la época nunca se refirió, por supuesto, a la palpable cesión de soberanía y de iniciativa militar en caso de guerra que los acuerdos implicaban, y presentó el tratado como un éxito de la diplomacia española.

El peso de la negociación recayó en la burocracia militar, sobre todo en el Alto Estado Mayor, dirigido por el teniente general Juan Vigón, mientras que el Ministerio de Asuntos Exteriores e incluso el embajador español en Washington, José Félix de Lequerica, quedaron al margen de las reuniones.



Juan Vigón.

de ayuda económica. Las segundas quedaron determinadas por:

a) Una nota adicional al párrafo segundo del artículo III del convenio defensivo, y que constituye la pieza esencial en torno a la cual giraron todos los pactos, ya que definía muy laxamente las modalidades de activación bélica de las bases.

b) Una carta confidencial número 1 sobre el importe total de la ayuda que los Estados Unidos prestarían a España durante un período de cuatro años (465 millones de dólares), superior a la que entonces se dio a conocer públicamente (226 millones).

c) Una carta confidencial número 2 sobre el tipo de cambio que debería aplicarse (35 pesetas por dólar), y que representaba una cierta depreciación en relación con la cotización oficial, múltiple, de la moneda española en la época, mantenida artificialmente a niveles de prestigio.

d) Una carta confidencial número 3 sobre porcentajes de distribución de los denominados fondos de contrapartida en pesetas. De éstos, un 30 por 100 se destinaría a financiar las mejoras de transportes y a aumentar la producción de municiones y material de guerra, y un 60 por 100, a la construcción y mantenimiento de las instalaciones militares. En la literatura suele afirmarse, por el contrario, que una buena parte de dichos fondos se asignaría a programas de desarrollo económico, lo que no se había negociado.

e) Un importantísimo acuerdo técnico secreto anejo al convenio defensivo.

f) Cuatro documentos técnicos anejos, también secretos, no menos importantes en la medida en que en todos ellos se abordaban cuestiones sustanciales y no meramente «técnicas».

Concesiones del régimen de Franco

No es exagerado, pues, afirmar que casi todo lo que desde el punto de vista histórico y político es interesante en los pactos del 26 de septiembre de 1953 fue hurtado al conocimiento de los españoles y al de la propia opinión pública norteamericana. De hecho, ha sido necesario que se estableciera en España un sistema democrático para que salieran a la luz, a partir de 1979, los documentos que muestran incontrovertiblemente el tenor preciso de las concesiones efectuadas por el régimen de Franco.

Los textos de los acuerdos que se hicieron públicos en 1953 constituyen el vértice de una pirámide en cuyos escalones inferiores se sitúa una maraña de disposiciones técnicas, acuerdos de procedimiento, acuerdos de desarrollo de los pactos, e incluso «miniconvenios» firmados por autoridades militares subalternas, en las que deben ubicarse las auténticas prestaciones hechas por el régimen de Franco en favor de los Estados Unidos.

La cláusula secreta de activación de las bases, aneja al artículo III del convenio defensivo, estipulaba que en caso «de evidente agresión comunista que amenace la seguridad de Occidente», las fuerzas americanas podrían «hacer uso de las zonas e instalaciones situadas en territorio español, como base de acción contra objetivos militares, en la forma que fuera necesaria para la defensa de Occidente».

Por lo dicho, es fácilmente comprobable que, entre 1953 y 1970, un ataque de la Unión Soviética o de sus aliados, incluso con carácter local en zonas alejadas de España, podría permitir a los Estados Unidos el uso de las bases y que correspondería a Washington apreciar lo «evidente» y lo «amenazador», con independencia de que ello pudiera llevar aparejada la eventual entrada española en el conflicto. Es decir, España y su población se exponían a represalias exteriores *sin recibir garantía alguna*. Y el gobierno de Madrid se abstenía de participar en la adopción de la decisión que le comprometía, conformándose con recibir una mera notificación en la forma y manera que más plugiera a los norteamericanos.

Recortes de la soberanía nacional

Los recortes de soberanía aceptados por el franquismo fueron también evidentes en las previsiones establecidas sobre el funcionamiento diario y normal de los pactos: el acuerdo técnico secreto y sus cuatro documentos anejos así lo

fijaron. Sus detalladas estipulaciones rebasaban, en muchos casos, el marco del convenio defensivo y constituían auténticos compromisos de fondo que diluían el concepto general de que los pactos aseguraban que las bases militares quedasen bajo pabellón y mando españoles, como se reconocía en los textos públicos. En particular, el párrafo 3, *c*, del documento técnico secreto número 3 permitía el establecimiento en ellas de «zonas de principal responsabilidad» en las que «prevalecería la autoridad de los mandos respectivos de cada nación».

Los pactos hispano-norteamericanos previeron, en el documento técnico secreto número 1, un amplio abanico de bases y facilidades. Si no llegaron todas a fructificar, no fue porque el régimen lo impidiera. En palabras de un experto español que no identificaremos, «tan enorme fue el menú que regalamos que ni siquiera las fauces norteamericanas pudieron tragarlo».

El plato fuerte de dicho menú lo constituyeron bases aéreas en Madrid-Torrejón, El Copero (Sevilla), Morón de la Frontera, Sanjurjo-Valenzuela (Zaragoza), Muntadas o Reus, Los Llanos (Albacete), Los Palacios (Sevilla) y las complementarias de Alcalá y San Pablo (Sevilla). A ellas habría que añadir el muelle de descarga y pista de despegue de Matagorda (Cádiz) y la base aeronaval de Rota e instalaciones complementarias de Matagorda y San Cristóbal (Cádiz). Otras numerosas facilidades de transporte, comunicaciones, oleoductos y experiencias quedaron detalladas en los documentos secretos. El régimen no controló bien nunca lo que en ellas y con ellas se hacía, y esto dio origen, en ciertos círculos, a un sentimiento de profunda frustración que subyace a la aparente cordialidad de las relaciones oficiales hispano-norteamericanas desde aquella época.

Con sus propias leyes

Otro de los ámbitos en los que el Estado su-



Manuel Fraga Iribarne y Bidle Duke.



Laureano López Rodó y Henry Kissinger.

Una de las pocas ocasiones en que la opinión pública española pudo intuir los peligros que acarreaba la presencia de las bases norteamericanas fue el incidente de Palomares, un pequeño pueblo de pescadores de Almería sobre el que un B-52 estadounidense perdió sus cuatro bombas. Para demostrar que no existían peligros de radiactividad, el ministro de Información y Turismo Fraga Iribarne y el embajador norteamericano Bidle Duke se bañaron en las aguas del pueblo afectado.



DEAN GOODERHAM ACHESON (Middletown, Connecticut, 1893-Sandy Spring, Maryland, 1971)

Político norteamericano, secretario de Estado con el presidente Truman y consejero de varios presidentes. Se graduó en leyes por la universidad de Yale en 1915 y por la Harvard Law School en 1918. Sirvió en la marina durante la Primera Guerra Mundial. Después trabajó dos años en Washington como secretario particular de un magistrado para integrarse en un bufete privado. Pasó más tarde a la Administración, ocupando la vicesecretaría del Departamento del Tesoro en 1933, en el primer mandato del presidente Roosevelt. En 1941 entró en el Departamento de Estado, del que fue vicesecretario de 1945 a 1947. En este período, y a las órdenes de George C. Marshall, entonces secretario de Estado, Acheson fue uno de los artífices de la política de contención de la Unión Soviética al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Elaboró la «Doctrina Truman» (marzo de 1947), por la que los Estados Unidos se comprometían a prestar ayuda financiera, técnica y material a cualquier pueblo libre para «resistir a todo intento de coacción por parte de minorías armadas y a toda presión exterior». Intervino activamente en la preparación del Plan Marshall, por el que los Estados Unidos, además de facilitar la reconstrucción económica de una

Europa destruida por la guerra, se aseguraban el establecimiento de regímenes políticos acordes con sus intereses. En enero de 1949, Acheson fue nombrado secretario de Estado por el presidente Truman. Desde la cúspide de la política exterior norteamericana pudo llevar a cabo su teoría de la diplomacia total, que contemplaba la actuación norteamericana en cualquier punto del planeta en el que los acontecimientos pusieran en peligro los intereses de los Estados Unidos, liquidando de este modo, y para siempre, el tradicional aislacionismo norteamericano.

Acheson fue uno de los «padres» de la North Atlantic Treaty Organization (NATO), constituida en Washington el 4 de abril de 1949. Poco después hubo de enfrentarse a acontecimientos internacionales importantes, como la proclamación de la República Popular China (octubre de 1949), con la consiguiente derrota del nacionalista Chiang Kai-shek, que se refugió en Formosa; la sangrienta liquidación de la guerra civil griega, también en octubre de 1949, y la guerra de Corea (junio de 1950), el problema más grave de cuantos se le plantearon a Acheson y el que más críticas le acarreó de sus adversarios políticos; críticas que arreciaron cuando, por defender a sus colaboradores, Acheson se enfrentó al senador McCarthy. Formuló y mantuvo férreamente la negativa a reconocer a China popular y el apoyo al régimen de Formosa y al colonialismo francés en Indochina.

Respecto a España, mantuvo siempre una postura ambigua, propia de la guerra fría y de la progresiva aceptación del régimen de Franco por parte de los Estados Unidos. Así, en mayo de 1949 declaraba: «España es un símbolo de fascismo y los Estados Unidos no esperaban que se convirtiera en una democracia de repente, pero les hubiera gustado que diese algunos pasos hacia una política más liberal.»

Cuando se retiró de la vida política activa siguió asesorando a Kennedy y a Johnson. En 1970 le fue concedido el premio Pulitzer de historia por el libro titulado *Present at the Creation*, en el que relataba su gestión al frente del Departamento de Estado.

frió mayores recortes de soberanía fue en el terreno legal: a la zaga de los pactos de 1953 el franquismo aceptó un estatuto jurisdiccional secreto para los miembros de las fuerzas norteamericanas (concepto de gran laxitud, pues también abarcaba a sus dependientes), estuviesen o no destinados en España, que constituía una derogación del sistema jurídico español. Es decir, se consintió en la creación de todo un régimen penal y procesal de excepción, de tipo privilegiado y secreto, en el que se renunciaba al principio general de territorialidad de la ley, definido en el artículo 8.° del Código civil. Ello fue particularmente notable en el caso de las normas penales y llevó al diplomático español y capitán del Cuerpo Jurídico del Aire Francisco Ruiz Izquierdo a proclamar, en documentos reservados, que se trataba de una situación «intolerable» e «incluso denigrante para la soberanía española».

Se conoce sólo muy imperfectamente el desarrollo efectivo de los pactos de 1953. Es cierto que posibilitaron iniciar una tímida modernización de las fuerzas armadas españolas, pero en la medida en que éstas desempeñaban un papel de *ultima ratio* en el mantenimiento del sistema, no puede afirmarse que ello conllevara necesariamente efectos positivos: ni siquiera en Ifni pudo emplearse material norteamericano. La disponibilidad de éste, aunque en ocasiones de desguace, según afirmó en documentos reservados el ministro subsecretario de la Presidencia, almirante Luis Carrero Blanco, perjudicó por lo demás los esfuerzos para estimular una cierta industria de defensa no enfeudada al extranjero.

La ayuda económica norteamericana no fue cuantiosa, aunque sí significativa: de 1953 a 1963 el montante de donativos ascendió a 504 millones de dólares, cifra equivalente a los ingresos totales en divisas por exportación de mercancías españolas en 1958, último año antes de la introducción del plan de estabilización y liberalización, que puso fin a la etapa autárquica del régimen. A ellos habría que añadir 506 millones de dólares en ayuda de productos agrícolas, 174 millones a través de Cáritas, 17 millones vía Development Loan Fund, 298 millones por el Eximbank y algunas otras cantidades menores. Sin embargo, *ninguna de ellas estaba prevista en los pactos originales.*

Submarinos con proyectiles nucleares en Rota

El montante global de ayuda económica norteamericana durante el período de diez años de vigencia inicial de los pactos alcanzó 1.523 millones de dólares, de los cuales unos 610 debieron devolverse. Se trata de cantidades no muy impresionantes y que en modo alguno justifican los enormes riesgos asumidos por España en el período de la guerra fría ni el abandono de su tradicional política de neutralidad. Países como Turquía, Grecia, Brasil y hasta la Yugoslavia de Tito obtuvieron más. Y está por ver que el mariscal yugoslavo hipotecara la soberanía y seguridad de su patria en la forma y grado en que lo hizo el general Franco.

No es de extrañar, por ello, que desde fecha muy temprana los esfuerzos del Ministerio de Asuntos Exteriores y de los sectores más lúcidos de la Administración española intentaran conseguir de los Estados Unidos un trato más equilibrado. Salió a la superficie ocasionalmente el descontento del régimen, cuando la manipulada prensa española fue inducida a expresar las reconvenciones que a los norteamericanos dirigían las altas instancias de la élite política y administrativa. Nunca se identificaron y analizaron las razones profundas que subyacían en tal descontento.

Es más, en ocasiones se torpedeó la labor de reequilibrio. Por ejemplo, cuando Fernando María Castiella impulsaba una política exterior me-



nos adaptativa, el entonces vicepresidente del gobierno, teniente general Agustín Muñoz Grandes, permitió a los Estados Unidos, a finales de 1962, la introducción en Rota de submarinos armados con proyectiles nucleares *Polaris*. Aunque la carta del militar español era bastante vaga, surtió los efectos ansiados por los norteamericanos, saboteando los esfuerzos del Ministerio de Asuntos Exteriores, sin que quepa pensar que ello se hiciera a espaldas del general Franco. Durante los años sesenta, Rota fue, en consecuencia, uno de los pocos dispositivos básicos en la estrategia de encercamiento de la U. S. Navy. Está por determinar en qué medida los intereses genuinamente españoles fueron apoyados por los norteamericanos. Ciertamente, la ayuda económica no dejó de decrecer.

Todo esto son, por supuesto, pelillos a la mar. El general Franco recibió lo que más le interesaba, y lo mantuvo permanentemente, a cualquier precio que fuese: el espaldarazo político de los Estados Unidos para su régimen. Quizá no aspiraba en serio a nada más. Si en fecha muy tardía aconsejaba a sus negociadores que tratasen de obtener lo que pudieran en Washington y, si no, que firmasen lo que les echaran por delante, según recordó Carlos Arias Navarro a los jefes militares españoles y transcribe José María de Areilza, es impensable que en los años cincuenta pudiera impulsar desde su rectoría una política exterior y de seguridad diferente de la que correspondería, en afortunada expresión de un general español hoy retirado, a un «Estado cipayo». La necesidad de Franco de romper el aislamiento político en el que se encontraba, le colocó en una débil posición negociadora, de la que los Estados Unidos se aprovecharon hasta conseguir una situación privilegiada en la península.

A. V.

Bibliografía básica

La obra básica que analiza el complejo de acuerdos, públicos y no públicos, de 1953, es la de Angel Viñas: *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos. Bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Grijalbo. Barcelona, 1981.

Un análisis de la ayuda económica norteamericana en el período 1953-1963 se encuentra en la obra colectiva de Angel Viñas, Julio Viñuela, Fernando Eguidazu, Carlos Fernández Pulgar y Senén Florensa: *Política exterior en España, 1931-1975*, Banco Exterior de España, Madrid, 1979. En ella se reprodujo, por vez primera, la cláusula secreta de actuación de las bases.







Las bases norteamericanas en España son parte importante del dispositivo de defensa estadounidense en Europa, y ocupan una posición estratégica privilegiada. Suponen también la presencia de un numeroso grupo de militares y especialistas que, dispersos por varios puntos de la geografía española (Torrejón, Rota, Zaragoza), viven formando cerradas comunidades en las que intentan rodearse del ambiente y formas de vida de su país. Aunque legalmente las bases son propiedad española y su jefatura depende de la cadena de mando hispana, los visitantes que entran en ellas tienen siempre la sensación de encontrarse al otro lado del Atlántico.



Política internacional

Se firma el armisticio de Pan Mun Jom, que pone fin a la guerra de Corea.
El socialista José Figueras, nuevo presidente de Costa Rica.
Corea del Sur firma un pacto de seguridad con Estados Unidos. Corea del Norte es ayudada económicamente por la Unión Soviética.
Proclamación de la República en Egipto. El general Naguib es nombrado jefe del Estado y presidente el coronel Nasser.
Muere Stalin en Moscú; su puesto es ocupado por Malenkov.
En la lucha por el poder, Beria (ministro del Interior) es detenido, juzgado y ejecutado por alta traición. Nikita Jruschov es nombrado primer secretario del Comité Central del Partido Comunista soviético.
España firma el primer concordato con la Santa Sede.
Konrad Adenauer es reelegido canciller federal.
En Dinamarca se modifica la constitución para que la sucesión al trono pueda ser femenina.
Rojas Pinilla toma el poder en Colombia.
El cardenal Wyszynski, de Polonia, es destituido y recluido en un convento.
Tito es elegido jefe de Estado y presidente del Consejo ejecutivo de Yugoslavia.
Estados Unidos ayuda financieramente a Francia y a los países con ella aliados en Indochina para que prosiga la lucha contra el Vietminh.
Después de ser juzgado, Jomo Kenyatta es declarado culpable de dirigir el movimiento Mau-Mau.
Las colonias portuguesas —Goa, Damao, Diu— son reclamadas por la India.
Ruptura de relaciones diplomáticas entre Moscú y Tel Aviv.
Dimisión de Ben Gurión como primer ministro de Israel.
Eisenhower propone en la ONU un pool *de la energía atómica.*
Muere el rey Ibn Saud de Arabia Saudí.
Mossadeq, primer ministro de Irán, detenido tras un golpe de Estado monárquico.


Chicago. Facultad de Arquitectura (Illinois).

Sociedad

Muere la reina madre María de Inglaterra.
Coronación de Isabel II de Inglaterra.
El matrimonio Rosenberg es ejecutado en Sing Sing.
Premio Nobel de la Paz al general George Marshall.

Economía

España y Estados Unidos firman un acuerdo conjunto de ayuda militar y económica.
Unión económica y aduanera entre Argentina, Chile, Paraguay y Ecuador.
En Inglaterra se devuelven a la propiedad privada las industrias siderúrgicas nacionalizadas por los laboristas.
Rusia anuncia un cambio en su política económica, ampliando la producción de bienes de consumo y reduciendo la industria pesada.
Se aprueba una ley de reforma agraria y se confiscan las grandes haciendas en Bolivia.
Empieza a funcionar el primer plan quinquenal en la República Popular China.

Ciencia y tecnología

La Unión Soviética hace estallar una bomba de hidrógeno.
Se fabrica el primer Seat *en España.*


Jacques Anquetil.

Lanzamiento del primer obús atómico en Nevada, Estados Unidos.

Sucesos

Atentado contra Perón en Buenos Aires.
El estrangulador de Londres es arrestado y condenado a muerte.
Grave accidente en el funicular de Montserrat: 9 muertos y 107 heridos.

Deportes

Por primera vez es conquistada la cima del Everest (Himalaya, 8.848 metros) por el neozelandés Hillary y el sherpa nepalés Tensing.
Jacques Anquetil, un normando de dieciocho años, nueva estrella del ciclismo.
Maureen Conolly gana los cuatro torneos mundiales de tenis: Australia, Roland-Garros, Wimbledon y Forest-Hills.

Literatura

Winston Churchill: premio Nobel.
Alberto Moravia: Los indiferentes.
Ian Fleming: Casino Royale.
Alejo Carpentier: Los pasos perdidos.

Cine

Luis García Berlanga y Juan Antonio Bardem: Bienvenido Mr. Marshall.
Henry King: Las nieves del Kilimanjaro.
Jacques Tati: Las vacaciones de monsieur Hulot.
Henri-Georges Clouzot: El salario del miedo.
Oscar a Audrey Hepburn por Vacaciones en Roma.

Teatro

Graham Greene: El cuarto de estar.

Música

Dimitri Shostakovick: Décima sinfonía.
Muere Sergio Prokofiev.

Pintura y escultura

Max Ernst: Río del viejo padre Rin.
Henri Matisse: El caracol.
Jackson Pollock: Greyed Rainbow.

Arquitectura

Pier Luigi Nervi: Sala de conferencias de la UNESCO.



Kenyatta con uno de los jefes del Mau-Mau



Jomo Kenyatta, en prisión



Coronación de Isabel II.



Jackson Pollock. Greyed Rainbow


1954



LA CAIDA DE DIÊN BIÊN PHU

EN pleno auge del colonialismo, Francia inició su aventura indochina de la mano de Napoleón III en 1858. Casi un siglo después, lo que había empezado como una guerra de conquista más, como una forma de obtener prestigio y materias primas para la metrópoli, ponía contra las cuerdas a una de las grandes potencia mundiales.

Tras la Segunda Guerra Mundial, los franceses, que habían sido expulsados de Vietnam por el Japón, intentaron recuperar la preeminencia perdida sin darse cuenta de la fuerza y la representatividad que el movimiento de liberación encabezado por Ho Chi Minh había alcanzado en la lucha contra el invasor nipón. Fue un error político que Francia pagaría muy caro y que le llevaría a una guerra donde perdió hombres y prestigio. Su último esfuerzo para salir del atolladero, la gran ofensiva ideada por el general Navarre con base en Diên Biên Phu, acabaría en un descalabro histórico. En julio de 1954 se firmaba la paz en Ginebra. Pero el tiempo demostraría muy pronto que sólo había finalizado el primer acto.

A finales del siglo XIX, Francia se apoderó de Cochinchina, Camboya, Annam, Tonkín y Laos; el conjunto se convirtió en la Unión indochina. El régimen colonial apenas modificó la economía de estos países, y la ideología occidental afectó únicamente a una parte de las clases dirigentes.

Estas imágenes son cada vez más frecuentes en la ilustración del conflicto. La población civil y las mismas tropas francesas asisten a la llegada al hospital Lanessan, de Hanoi, de heridos franceses liberados por el Vietminh. Era una modalidad de demostrar ante el ocupante lo que ya se traducía como una superioridad militar en el terreno mismo del combate.



Maniobras en Indochina, 1903

El hospital Lanessan, Hanoi

Tanquistas franceses en el puerto de Niza

Durante toda la guerra de Indochina no dejaron de llegar pertrechos militares, desde Francia, con destino a sus cuerpos expedicionarios. Armamentos y municiones que, muy frecuentemente, servían para engrosar las filas del Vietminh, que las capturaba con asombrosa facilidad. En esta ocasión son los tanquistas los que protegen el embarque, en el puerto de Niza, de unos efectivos que quizá sirvieron para atacar a los mismos que deberían haberlos utilizado.



Dos culturas frente a frente

La gran aventura del expansionismo colonial de Occidente en Asia es una de las más apasionantes. En primer lugar, porque se utilizaron métodos de penetración y sojuzgamiento muy distintos de los habitualmente aplicados en los continentes americano y africano. En segundo lugar, porque en Asia, el hombre europeo —misionero, militar o mercader— tropezó con unas sólidas estructuras estatales y con prácticas culturales en más de una ocasión, como fue el caso del Imperio chino, superiores a las que portaban los sujetos colonizadores; sencillamente, lo que en la actualidad los científicos sociales denominan choque o enfrentamiento cultural.

El Sudeste asiático es a todas luces ejemplar. En el último tercio del siglo XVIII, muy poco antes de la Revolución francesa, el último rey borbón, Luis XVI, conseguía poner un pie diplomático en el área geográfica que después se llamaría península de Indochina; en el año 1787, un misionero francés, Pigneau de Béhaine, obispo consagrado de Adran, lograba la firma de un tratado entre el reino de Francia y el lejano país de Annam. A partir de estas fechas, Francia tratará sin éxito de asentarse en esta zona, especialmente atractiva por sus recursos económicos y que, además, ocupaba una posición geoestratégica fundamental. Habrá que esperar a la política de prestigio, impulsada por Napoleón III, que en 1858 invocará la dignidad mancillada de la religión cristiana. Precisamente, un religioso español, monseñor Díaz, había sufrido martirio a manos de los autóctonos. Era la ocasión propicia. Pocos saben que el inicio de la penetración militar en Indochina tuvo como soporte una expedición militar conjunta hispano-



La población civil huye aterrada después de un bombardeo

Como sucede en todas las contiendas, siempre hay unas víctimas ignominadas alejadas de los campos de batalla: la población civil. Estas escenas dominarían la vida cotidiana de Vietnam durante más de un cuarto de siglo: mujeres y niños huyendo de los estragos de los bombardeos.

francesa. Isabel II, asociada a la empresa de Francia, enviaba al combate a los destacamentos españoles acuartelados en Filipinas, efectivos que se retirarían muy poco después; los franceses, por el contrario, no saldrían hasta 1954.

En Cochinchina se destruyó el pasado

En 1859, Saigón era ocupada por Francia. Pero las fuerzas colonialistas tropezarían con una sólida resistencia que necesitó bastantes años para su doblegamiento y la firma de toda una serie de complicados tratados internacionales; entre ellos, uno de los más importantes, datado en 1886, reconocía la soberanía colonial francesa, junto a la renuncia que secularmente había ejercido el Imperio chino, que consideraba a la península como su área natural de expansión. Lo que entonces se llamaba Cochinchina, por los europeos, quedaba dividido en Annam, Camboya y Laos, con disímiles sistemas de enfeudamiento a París. Y lo primero, como en todas las situaciones colonizadoras europeas en Asia, era el intento de eliminar los signos de identidad propios para mejor cumplir la tarea de sometimiento.

El primer gobernador francés en Indochina escribía en 1885, con un punto de optimismo y también con unas notables dotes de previsión: «Hemos destruido el pasado y no hemos construido nada en su lugar. Estamos en vísperas de una revolución social que se gestó durante la conquista.» Y sobre esta misma cuestión, pero con una mayor perspectiva, Jean Chesneaux afirma que «no pasó un solo año sin que un movimiento insurreccional, una revuelta armada, una campaña política, no se produjese para expresar la voluntad vietnamita de recuperar la independencia perdida.»

Ho Chi Minh, líder de la resistencia

El día 19 de mayo de 1890, en Kim Sien, al norte del reino de Annam, nacía un niño que sería llamado Nguyen Tat Tanh; su nombre de guerra sería el de Nguyen Ai Quoc. El mundo lo conocería bajo el ya legendario Ho Chi Minh y su pueblo lo veneraría como Tío Ho. Su vida es la de un militante histórico, con lapsos de sombra y períodos de esplendor. A los veintiún años, en 1911, embarca como pinche de cocina en un barco francés regular que hace la línea Marsella-Haifong. Navegará por todo el Mediterráneo y conocerá otras formas de expresión del colonialismo. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, en 1914, se traslada a Inglaterra, donde vive de los oficios más diversos —basurero, lavaplatos—, hasta lograr un puesto mejor retribuido en el Carlton londinense. En 1917 regresa a Francia, donde se establecerá durante cinco años, ejerciendo la profesión de fotógrafo. Pero, sobre todo, se dedica a una intensa actividad política, entrando en contacto con grupos revolucionarios franceses y con políticos exiliados vietnamitas. Por aquel entonces inicia sus colaboraciones en *L'Humanité.* En 1919 conoce a militantes de la III Internacional.

Sus biógrafos le describen como un hombre frágil, delgado, pequeño, siempre con un libro bajo el brazo y con «una mirada muy dulce, en

donde se veían arder los ojos iluminados de los que están exaltados por una idea». Posiblemente su mejor biógrafo occidental, Jean Lacouture, indica que, entre 1920 y 1923, Ho Chi Minh se consagrará fundamentalmente a tres tareas: su participación en el Congreso socialista y su adhesión al naciente Partido Comunista francés; la publicación de un vibrante alegato, titulado *Proceso de la colonización francesa,* y la creación de la Unión Intercolonial, cuyo órgano de expresión, *El Paria,* se encarga él mismo de escribir íntegramente y de distribuir.

En 1923, Ho abandona Francia; cuando lo haga de nuevo, en 1946, será como negociador en nombre de su pueblo. Pero ahora se dirige a la Unión Soviética para participar en el Quinto Congreso de la Internacional Comunista (1924). Un año después, en 1925, viajará a China y conocerá, por vez primera en su vida, la realidad de un proceso revolucionario asiático en marcha. Los años siguientes, como miembro de la Internacional Comunista, le llevarán de un extremo a otro de Asia y de Europa. Hasta que en 1928 regresa a la patria vietnamita en plena efervescencia. Ya en 1925, tanto por su propio impulso como por el ejemplo chino, habían aparecido diversos grupos y partidos nacionales de carácter radical. En 1929, fundado por Ho Chi Minh, surge el Tanh Nien, o Juventud Revolucionaria, que será el núcleo sobre el que se creará el primer Partido Comunista de Indochina, en 1930, y precisamente con este nombre unitario. El movimiento nacionalista se había fortalecido, entre 1928 y 1930, con la aportación de los obreros vietnamitas empleados en las industrias instaladas por Francia; el movimiento obrero se dará a conocer mediante un importante número de huelgas en Saigón, en Haifong, en Nam Dinh, etc.; huelgas que afectarán a las cervecerías, a las fábricas de cemento, a las industrias textiles y que, incluso, llegarán a paralizar los ferrocarriles.

El monomotor F8F Bearcat, *estudiado para la Segunda Guerra Mundial, aunque no llegase a entrar en combate, fue utilizado intensivamente por el ejército francés en Indochina. Podía volar a 12.000 metros de altura, con una velocidad de crucero de 410 kilómetros por hora y una velocidad máxima, a 5.000 metros, de 690 kilómetros por hora. Iba equipado con cuatro ametralladoras, cerca de media tonelada de bombas y cuatro cohetes. Muchos F8F fueron destruidos, en el mismo aeródromo de Diên Biên Phu, por los guerrilleros del Vietminh.*


El F8F-1B **Bearcat.**

El año 1930 es, pues, decisivo, ya que en él los impulsos independientes y revolucionarios se canalizarán mediante la creación de partidos de clase y de sindicatos obreros. El enfrentamiento creciente entre la colonia y la metrópoli conoce un momento de respiro, en el año 1936, con la instalación en Fancia del gobierno del Frente Popular, que pondrá en vigor ciertas actuaciones liberalizadoras, cautelosas, pero que permiten no sólo medidas de amnistía para patriotas encarcelados, sino también un margen más flexible para la libertad de expresión, así como para la constitución de un «Congreso Indochino», claramente independentista.

La ocupación japonesa

La Segunda Guerra Mundial tendrá, en su escenario asiático, un lugar privilegiado para la acción militar y también para la actuación política. Puede afirmarse que esta guerra en el Extremo Oriente y en el Sudeste asiático será el factor primordial en el movimiento desencadenante del proceso descolonizador. Contienda que, por otra parte, se había anticipado temporalmente en Asia con la guerra chino-japonesa. Para Ho Chi Minh son años de lucha, ocupando un puesto de comisario político en el ejército comunista chino, y también de encarcelamiento; años en los que escribirá una sensible obra poética que luego conocerá amplia difusión.

En septiembre de 1939, Hitler invade Polonia. La marcha nazi sobre Europa también tendrá sus repercusiones en Asia. La Francia colaboracionista del mariscal Pétain firmará el 9 de diciembre de 1941 un tratado con Japón en virtud del cual se entregaba Indochina al Imperio nipón. El movimiento popular vietnamita debe recurrir a métodos de lucha distintos para combatir al nuevo ocupante. Aquel mismo año nace el Vietnam Doc Lap Dong Minh Hoi, el luego famoso Vietminh, la Liga para la Liberación de Vietnam. Ya en 1944, sobre la base del Vietminh, se constituye el primer gobierno revolucionario, en el que Ho Chi Minh desempeña una cartera ministerial; ya está junto a él un profesor de historia que había demostrado sus virtudes militares luchando contra los japoneses; el nombre del general Giap recorrería el mundo cuando años después cayó la ciudad de Diên



Partidarios de Bao Dai

Biên Fhu y fue derrotado el ejército francés

El día 9 de marzo de 1945, los ocupantes japoneses eliminan la fuerza militar residual francesa que, en virtud de un *statu quo*, permanecía aún en Indochina. Estas jornadas de desconcierto estarán controladas únicamente por la cohesión de la resistencia organizada, que en un plazo muy breve de tiempo consigue logros espectaculares; avances que, en otras circunstancias, hubiesen necesitado años. El día 13 de agosto de 1945, convertido ya en líder único de su pueblo, lanza su ya histórico llamamiento a la insurrección general: «¡En pie, compatriotas! Liberémonos con nuestro propio esfuerzo. Son muchos los pueblos que en todo el mundo rivalizan valerosamente en la lucha por la independencia. No nos quedemos atrás...» El día 25, el emperador Bao-Dai, leal servidor y hombre de paja de los intereses franceses, hace pública su abdicación.

La República Democrática de Vietnam

El gobierno popular de Vietnam, bajo la presidencia de Ho Chi Minh, proclama su independencia el día 2 de septiembre de 1945: «Hemos arrancado nuestra independencia de manos de los japoneses y no de los franceses. Con la huida de los franceses, la capitulación de los japoneses y la abdicación de Bao-Dai, nuestro pueblo ha roto las cadenas que pesaban sobre nosotros desde hace cerca de cien años y hace de nuestro Vietnam un país independiente. Nuestro pueblo, a un mismo tiempo, ha derrocado el régimen monárquico establecido durante decenas de siglos y ha fundado la república.»

El emperador Bao-Dai.

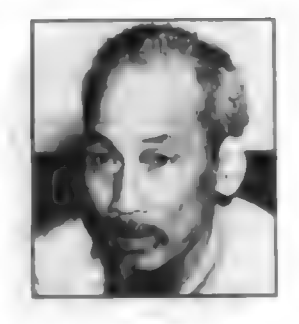
El emperador Bao-Dai protagonizó mil intrigas en Indochina, desde la proclamación de la independencia en 1945. A pesar de renunciar a su rango y aceptar la república de Ho Chi Minh, muy pocos años después se ponía al servicio de Francia, nuevamente en aplicación de los acuerdos de la bahía de Along (1947)

La naciente república vietnamita, aquel día 2 de septiembre de 1945, se otorgaba una constitución seguidora de los surcos abiertos por la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América (1776) y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de la revolución francesa (1791): «Todos los hombres son creados iguales: su Creador los ha dotado de ciertos derechos inalienables, entre ellos está la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.»

Sin embargo, la aurora de la independencia quedaría pronto ensombrecida para, con muy breves treguas, dar paso a una nueva guerra contra el antiguo poder colonial. La lucha mantenida en otros lugares por las democracias europeas frente a los fascismos no tendría un correlato descolonizador. Inglaterra y Francia entenderán que la contienda mundial no ha sido más que una brevísima interrupción histórica en la continuidad de sus imperios coloniales. Para Inglaterra y Francia, la paz significa la restauración de sus anteriores poderes.

1954

La caída de Diên Biên Phu



HO CHI MINH (Aldea de Hoang Tru, en la provincia de Nghe An, Vietnam, 1890-Hanoi, 1969)

Revolucionario y político vietnamita, una de las personalidades más influyentes del comunismo del siglo XX. Hijo de un maestro rural, tuvo una infancia miserable. De los catorce a los dieciocho años pudo estudiar en una escuela en la que aprendió francés. En 1911 se enroló como cocinero en un barco y en 1917 se estableció en Francia, donde para vivir hubo de ejercer los oficios más dispares: fogonero, camarero, barrendero, retocador de fotografías. Son seis años en los que hace su aprendizaje de emigrante miserable en la metrópoli y de político, organizando a sus compatriotas, fundando *El Paria* —un periódico anticolonialista—, militando en las filas socialistas y más tarde en las comunistas. A finales de 1923 va a Moscú para participar en el V Congreso de la Internacional, en el que planteó y defendió una de las bases de toda su política: la importancia del papel revolucionario del campesinado pobre. A finales de 1924 estaba en Cantón organizando lo que sería el movimiento nacionalista vietnamita. A partir de entonces la vida de Ho Chi Minh se sumerge en una continua lucha clandestina. En 1930 funda el Partido Comunista de Indonesia, en 1935 asiste en Moscú al VII Congreso de la Internacional, en 1938 pasa algunos meses con Mao Tse-tung en Yenan; después es encarcelado durante dieciocho meses por Chiang Kai-shek. En

septiembre de 1945, ante la multitud que abarrota la plaza Ba Dinh de Hanoi, Ho Chi Minh proclama la independencia de Vietnam. Y comienzan las negociaciones con los franceses, que han reocupado la parte sur del país. Ho acude a Francia (junio-septiembre de 1946), pero cuando ya había un acuerdo se rompen las negociaciones por la matanza de unos seis mil vietnamitas por un crucero francés; comienza la primera guerra de Indochina, en la que el genio de Giap, uno de los más cercanos colaboradores de Ho Chi Minh, llevará a Francia a la derrota de Diên Biên Phu en mayo de 1954. Vuelta a las negociaciones; esta vez en Ginebra, donde se acuerda la división del país hasta unas elecciones previstas para 1956, con objeto de llegar a un gobierno unificado, y que no se celebrarán jamás, debido a la intervención norteamericana en Vietnam del Sur. Es la segunda guerra de Indochina; Ho Chi-Minh ha de replegarse al norte pobre, donde plantea con dureza una difícil reforma agraria y recibe la ayuda indispensable de la URSS y de China, logrando mantener siempre un equilibrio más que difícil entre los dos colosos del comunismo, e incluso mediando en sus disputas. Ho Chi Minh murió sin ver reunificado su país. Jean Lacouture, uno de sus mejores biógrafos, decía de él: «... compartió por un tiempo la miseria de los proletarios de Africa y América y conoció, con grilletes en los pies, las cárceles del Yunnan. Condenado a muerte por los tribunales de la colonización, escapó diez veces a la deportación y a la guillotina, y ha llevado el sayal de los bonzos y el uniforme del VIII Ejército chino... No es Lenin, ni tampoco Mao...; no ha inventado nada en materia de doctrina; el diminuto Cung, sucesivamente Nguyen Tat Thanh, Ba, Nguyen Ai Quoc, Vuong, Chin, Line, Tran y Ho Chi Minh, fue un incomparable animador...; este prodigioso artesano de la historia ha resucitado una nación, construido un Estado y dirigido dos guerras que han sido esencialmente guerras de oprimidos...»

En el otoño de 1945 llegan al Vietnam los primeros efectivos franceses a los que había abierto paso el ejército británico; mientras, en el Norte, se asienta la República Democrática, tras eliminar los intentos de penetración de las fuerzas nacionalistas chinas. También llegan los primeros emisarios diplomáticos, enviados por el general De Gaulle. Se abren unas largas negociaciones que concluirían, provisionalmente, en marzo de 1946, con la firma de los acuerdos Sainteny-Ho Chi Minh. Francia reconocía a la República Democrática de Vietnam como «un Estado libre con su gobierno propio, su parlamento y sus finanzas, formando parte de la Federación Indochina y de la Unión Francesa»; en cuanto tal, Vietnam recibiría amistosamente al ejército francés que, al mando del general Leclerc, entraba en Hanoi el día 18 de aquel mismo mes de marzo de 1946.

La «primera» guerra de Vietnam

Muy pronto surgieron las dificultades de interpretación de los acuerdos diplomáticos. Este año 1946 contiene también la clave del desarrollo de los futuros acontecimientos, centrados en dos ejes: el ansia de independencia vietnamita y la negativa francesa al abandono de su antigua colonia.

Pese al acuerdo suscrito entre ambos gobiernos, el ejército francés se instaló rápidamente en el sur del país e inició una agresiva escalada contra el norte, que culmina en los últimos meses de aquel mismo año y que se jalona en una serie de enfrentamientos contra las milicias populares vietnamitas. El día 24 de noviembre de 1946, la marina francesa bombardea la ciudad de Haifong, causando, según fuentes francesas, más de seis mil muertos. Como respuesta al acto de agresión, el 19 de diciembre del mismo año se produce un levantamiento popular en Hanoi contra el ejército francés que también alcanzará a los civiles de la misma nacionalidad. Es, en un plazo de ocho años, el comienzo del fin. Como escribiría Bernard Fall, uno de los mejores especialistas en la temática vietnamita, «Francia y el gobierno de Vietnam comienzan a deslizarse hacia una lucha que duraría más tiempo que la Segunda Guerra Mundial, que costaría a Francia más de cincuenta mil muertos, varias promociones de Saint-Cyr y cerca de cuarenta y nueve mil millones de francos».

El gobierno de la naciente república vietnamita retoma a las antiguas formaciones guerrilleras y se apresta para un combate de larga duración. Así reza una de las doce recomendaciones de Ho Chi Minh: «La nación tiene su raíz en el pueblo. En la guerra de resistencia y en la reconstrucción nacional, la principal fuerza depende del pueblo. Por lo tanto, todas las personas en el ejército, la administración y las organizaciones de masas» deben seguir un comportamiento que, en esencia, hacen del guerrillero y del campesino un mismo hombre ante un doble combate: luchar frente al enemigo y edificar el futuro.

A lo largo de 1947, Ho Chi Minh multiplica sus ofrecimientos de negociación, infructuosamente, al gobierno de París. La respuesta francesa, en junio de 1948, es reponer, en función de los acuerdos de la bahía de Along, a Bao-Dai en un trono imperial que no era sino una caricatura anacrónica; de paso, declara que el gobierno de Ho Chi Minh, con el que anteriormente había negociado, no es más que una simple organización clandestina, cuya existencia no acepta por considerar que carece de toda legitimidad. Son tiempos difíciles para la resistencia vietnamita, que sólo contará con el apoyo y la base de su pueblo.

La internacionalización del conflicto

En 1949, la guerra de Indochina, como ya comienza a ser conocida en todos los medios de información, cobra una nueva dimensión en función de unos datos que deben recordarse

El general Giap con sus soldados



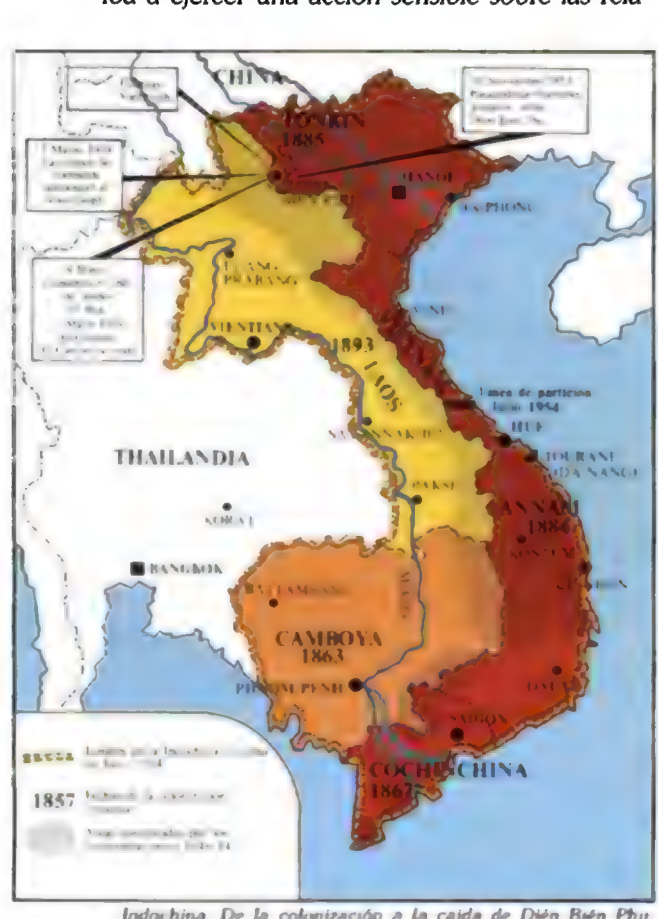
para tener una visión global del problema. Aunque lentamente, el proceso descolonizador, iniciado en Asia por la India, ya está en marcha ascendente. En segundo lugar, a finales de 1949 se produce el triunfo de la segunda revolución comunista, al proclamarse en Pekín, con la derrota del ejército nacionalista, el nacimiento de la República Popular China. A partir de este momento, Vietnam cuenta con un aliado y con un santuario para sus fuerzas que, bajo el mando de Giap, ya no son unos simples guerrilleros, sino la armazón de un ejército popular, capacitado para empresas de mayor envergadura que la emboscada y el hostigamiento. En tercer lugar, también por aquellas fechas, Estados Unidos pierde el monopolio de las armas nucleares, que ahora debe compartir con la Unión Soviética. Vietnam cuenta también, desde ahora, con un bloque que le respalda no sólo política sino también militarmente. Y en cuarto y último lugar, como corolario de todo lo anterior, la eclosión de la guerra fría que, surgida en Europa central, Berlín y la nación alemana dividida, también se trasladará al continente asiático con la guerra de Corea.

Un buen conocedor del tema, Pierre Fistié, escribiría años después: «No es sino a partir de 1950, es decir, tras el triunfo de Mao Ze Dong en China, cuando la guerra fría, transportada bruscamente a los confines del Sudeste asiático, iba a ejercer una acción sensible sobre las relaciones entre las potencias occidentales, todavía enfrentadas en esta región con el problema de la descolonización.» Así, de esta manera, casi insensiblemente, la guerra de Indochina se convertiría en un eslabón de la cadena estratégica tejida por Estados Unidos en el Extremo Oriente y que llegará al Sudeste asiático, desde Corea del Sur, Japón, Formosa (Taiwán) y las islas Filipinas.

El inicio de la derrota francesa

Todos estos factores exteriores, a más del impulso de la propia insurrección nacional, convertirán el año 1950 en uno de los más negros para los anales militares de Francia; ciudades importantes ocupadas por las fuerzas francesas irán cayendo sucesivamente en poder vietnamita: Dong-Khem Cao-Bang, Dong-Dang, Langson... Y una larga estela de nombres ilustres de las armas metropolitanas irán perdiendo en Vietnam el prestigio y los laureles alcanzados en otros campos de batalla: Leclerc, De Lattre de Tasigny, Juin, Ely, Salan, Navarre, etc. Todo ello coincidente, y no por puro azar, con la crisis interna de la IV República Francesa, en donde uno tras otro se van consumiendo los políticos que protagonizan otras tantas crisis parlamentarias: Queille, Pleven, Faure, Pinay, Mayer, La-

El general Vo Nguyen Giap, compañero leal de Ho Chi Minh desde los años de la guerra contra el ocupante japonés, pasó de ser un profesor de historia en un liceo de Hanoi, en 1930, a convertirse en el artífice de la batalla de Diên Biên Phu. Su popularidad iba pareja a la de Ho Chi Minh. Por otra parte, el ejército francés, tras la caída de Diên Biên Phu, es la imagen de unos hombres derrotados, que llegaron a tan legendario escenario con los entorchados alcanzados en la Segunda Guerra Mundial. Uno de los duros, como eran llamados, el coronel Fourcade, aún tiene energías para impartir instrucciones a sus subordinados.



Indochina. De la colonización a la caída de Diên Biên Phu.

El coronel Foucarde



niel, Bidault... Aunque sea una historia distinta, conviene recordar que esta guerra de Indochina, a la que luego se unirá la revolución argelina, en 1954, sin sucesión de continuidad, desembocará en la caída, en 1958, de la IV República Francesa y en el advenimiento del régimen presidencialista del general De Gaulle.

Ahora bien, ¿qué es, en realidad, la internacionalización del conflicto indochino? Sencillamente, el comienzo de la participación norteamericana en el hecho militar, en el inicio de lo que años después se llamaría el compromiso norteamericano. Desde 1950 la flota militar estadounidense visita periódicamente Saigón y otros puertos survietnamitas; en la capital se instala un grupo de asesores militares norteamericanos que irá creciendo desmesuradamente; asimismo, los dólares fluyen para sufragar, en parte, el esfuerzo de guerra francés. El propio presidente Eisenhower afirmaría en 1953: «Bien, admitamos que perdemos Indochina. De ello se derivarían varias consecuencias. La península sería difícilmente defendible. El estaño y el tungsteno de esta región, a los cuales reconocemos tanta importancia, dejarían de llegarnos. Por lo tanto, cuando los Estados Unidos votan 400 millones de dólares para esta guerra, no se trata de un problema de liquidación. Votamos el medio menos costoso para impedir algo que sería terrible para los Estados Unidos de América, para nuestra seguridad, para nuestro poder y para nuestra capacidad de obtener de las riquezas de Indochina y del Sudeste asiático algunas cosas que necesitamos.»

El asedio de Diên Biên Phu reunió toda la escenografía teatral de una posición cercada durante un tiempo que se hizo interminable para asediados y para cercadores. Los unos, oteando con expectación el punto del horizonte por donde podría desencadenarse una nueva o, quizá, la última ofensiva. Los otros, en posición de ventaja, desmoralizando con los mensajes transmitidos por los altavoces incesantemente las proclamas invitando a la rendición a los que ya sabían que ninguna ayuda les podía llegar ni por cielo ni por tierra; era, en fin de cuentas, una ejemplaridad primitiva, pero muy eficaz, de la guerra ideológica en su grado más esperpéntico.


Soldados norvietnamitas


Posición francesa en Diên Biên Phu

A lo largo de 1952 surgen tímidas tentativas de negociación que fracasan; algún que otro negociador no solicitado ofrece sus buenos servicios; y, sobre todo, emerge un notable cansancio en la opinión pública y entre los medios políticos franceses. En otras palabras, cristaliza la sensación de que la guerra no se puede ganar y que debe irse preparando la retirada en las condiciones menos desfavorables. Todo ello contribuye, junto a los éxitos militares, al paulatino fortalecimiento de la República Democrática de Vietnam, cuyo líder se permite, a fines de aquel año, hacer ofertas concretas de negociación a la otra parte contendiente.

El día 28 de noviembre de 1953, el diario sueco *Expressen* recibe las respuestas a un largo cuestionario enviado al presidente Ho Chi Minh: «Si el pueblo vietnamita ha tenido que tomar las armas y combatir heroicamente desde hace siete u ocho años, ha sido precisamente para defender su independencia y su derecho a vivir en paz. Mientras que los colonialistas franceses prosigan su guerra de agresión, los vietnamitas continuarán su guerra patriótica hasta la victoria final. Pero si el gobierno francés, habiendo aprendido las enseñanzas de esta guerra, quisiera llegar a un armisticio por medio de negociaciones y resolver el problema de Vietnam por la vía pacífica, el pueblo vietnamita y el gobierno de la República Democrática de Vietnam están dipuestos a responder favorablemente.»

El camino hacia la negociación

Las palabras de Ho Chi Minh eran un claro llamamiento al entendimiento; en un instante, además, en que el ejército francés no podía salir del avispero militar y la opinión pública francesa se mostraba cada vez más desalentada ante una guerra colonial que, para buena parte de los reclutas y de los profesionales, no había sido otra cosa que la simple continuación, en otros cam-

pos de batalla, de la Segunda Guerra Mundial; planteamientos psicológicos que, por otra parte, tropezaban con el rígido militarismo de algunos mandos franceses en Indochina, que consideraban en juego su prestigio personal, y con la intransigencia diplomática del gobierno de la IV República, en particular de Bidault, titular de la cartera de Asuntos Exteriores.

No obstante, en buena medida y debido al mismo proceso de internacionalización creciente del conflicto, su solución comenzaba a escapar incluso de entre las manos de la metrópoli y de la colonia. Stalin había muerto en 1953 y las grandes superpotencias, muy cautelosamente, intentaban salir del callejón cada vez más estrecho y peligroso de la guerra fría. Buena muestra de esta voluntad son las visitas, en los meses finales de 1953 y en los inicios de 1954, de militares franceses a Washington, entre otros el general Ely, con la pretensión de incrementar la ayuda norteamericana e incluso con la petición del uso de armas nucleares sobre Indochina, que tropiezan con la negativa tajante de la Casa Blanca. Y es que, por otra parte, también empieza a diseñarse en el horizonte el comienzo del relevo en el Sudeste asiático, que será desempeñado, precisamente, por Estados Unidos.

El día 14 de febrero de 1954 se reunían en Berlín las delegaciones de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética. Su tarea fundamental es fijar la agenda de trabajo para una futura Conferencia de Paz, con dos puntos básicos en su orden del día: Corea e Indochina. El lugar será Ginebra; la fecha de convocatoria, el 26 de abril de 1954. Está a punto de finalizar la presencia francesa en el Sudeste asiático.

La caída de Diên Biên Phu

A este magno encuentro, aparte los cuatro grandes, asisten, entre otras, las delegaciones de la República Democrática de Vietnam, de Vietnam del Sur y de China popular. Tras la apertura solemne, se fija el día 8 de mayo para el comienzo de los trabajos concretos. En esta ocasión, como en tantas otras, la diplomacia tuvo que seguir el sendero marcado por los militares.

A comienzos del año 1954, el general Navarre, a pesar de las negociaciones inminentes y con conocimiento y autorización del gobierno francés, había puesto en marcha una operación de tal envergadura que, según pregonaba a los cuatro vientos, conduciría a la aniquilación total de los guerrilleros vietnamitas y a la derrota de Ho Chi Minh. A partir de una base, llamada Diên Biên Phu, se desencadenaría la «operación Atalante»; era el 24 de enero de 1954. No



Tropas de la Unión Francesa



Coronel Christian de Castries

Diên Biên Phu no era tan sólo una posición estratégica defendida, ni siquiera el trampolín desde el que el Alto Estado Mayor francés diseñó la gran derrota del Vietminh. Diên Biên Phu se convirtió también en un símbolo, rodeado de la correspondiente iconografía. Los soldados franceses, en posiciones atrincheradas, sólo defendían, en última instancia, una base militar destrozada y el prestigio de un ejército y de un imperio colonial. Incluso se convirtió en lugar de encuentro propagandístico; como en esta ocasión en que el coronel Christian de Castries (el segundo por la derecha), comandante de la base, recibe al subsecretario de Estado Marc Jacquet (en el centro, descubierto).

sólo lo mejor, sino también lo más nutrido de las armas francesas, se concentró en aquella fortaleza militar de la que, convertida en trampa mortal, nunca conseguirían salir. Los combatientes vietnamitas establecieron un cerco sobre la posición francesa, que cada vez encontraba más dificultades, no ya para salir de la ratonera que a sí misma se había construido, sino incluso para su propio avituallamiento por vía aérea. A finales de marzo, el cerco se va estrechando y queda inutilizada la pista de despegue y de aterrizaje al permanecer bajo dominio vietnamita. Guerrilleros y soldados, al mando del general Giap, están escribiendo las páginas de una leyenda que todavía se estudia en las academias militares.

Las presiones francesas sobre Washington se multiplican; pero el ejecutivo norteamericano tiene aún muy reciente la huella dejada por la guerra de Corea. El 4 de abril se oficializa la ne-

Occidente se vio obligado a memorizar nombres exóticos e imágenes que no figuraban en su historia. El momento se producía en la Conferencia de Ginebra de 1954. Pham Van Dong (en el centro y con una cartera bajo el brazo) llegaba a la ciudad suiza encabezando la delegación del Vietminh; le recibían Gromyko (a su izquierda) y Chu En-lai (a su derecha), una de las mentes más preclaras en el movimiento revolucionario de nuestra época, a más de muy hábil diplomático. En la segunda ilustración, pocos meses después de la Conferencia de Ginebra, se produce el encuentro histórico entre Ho Chi Minh y el primer ministro de la India, Jawaharlal Nehru. Podía empezar a hablarse de un modo asiático de entender la política internacional y las relaciones internacionales.



La delegación vietnamita llega a Ginebra.

gativa estadounidense que hace fracasar la proyectada acción de salvamento, bautizada con el nombre de «operación Vautour»: sesenta bombarderos B-29 norteamericanos que hubiesen intentado romper el cerco establecido sobre Diên Biên Phu. Francia se encuentra sola frente a sus responsabilidades militares y políticas. Y, mientras, el círculo de hierro se va estrechando: el 23 de abril, los vietnamitas controlan ya totalmente el aeropuerto de la base; los «Organos de Stalin» causan estragos; los asaltos y la lucha cuerpo a cuerpo son ya ininterrumpidos.

Los delegados se encuentran ya en Ginebra. Chu En-lai se convierte en el centro de la atención internacional, al presentarse como uno de los grandes negociadores. Los europeos conocen, al mismo tiempo, el rostro del enviado de la República Democrática, que se les haría familiar en los años siguientes: Pham Van Dong, un veterano combatiente del Vietminh, junto a Ho. Con ellos, los restos de la vieja guardia: Molotov, Dulles, Eden y Bidault.

Horas antes del día 8 de mayo, fecha señalada para el comienzo de los trabajos, a las diez de la noche del día 7, Diên Biên Phu cae en manos del ejército de la República Democrática de Vietnam. El cerco había durado cincuenta y siete días. La flor de las armas francesas había sucumbido y las agencias de información se encargaban de difundir las imágenes de las columnas de europeos prisioneros de Ho Chi Minh. Si importante era la derrota militar, más grave aún era la humillación política. Cuando el día 8, en Ginebra, toma la palabra el primer orador, Georges Bidault, lo hace para solicitar un inmediato alto el fuego; pero sus días también estaban contados. El 10 de mayo cae el gobierno de Laniel; y, tras una larga crisis, el presidente de la república, René Coty, encarga la formación de un nuevo gabinete al diputado radical-socialista Pierre Mendès-France, quien, en la votación de investidura en la Asamblea Nacional, se compromete a obtener el fin de la guerra en el plazo máximo de un mes. Su objetivo es cerrar definitivamente la pesadilla vietnamita que ensombrece toda la vida política francesa.

Mendès-France será uno de los pocos hombres de Estado con que Francia podía haber contado para finalizar, de forma más afortunada, con las reliquias del imperio colonial. Sin embargo, Francia está abocada a un destino que será fatal en los años venideros: la continuación de las guerras coloniales, concretamente la de Argelia; el derrumbamiento del sistema parlamentario de la IV República y, finalmente, el reforzamiento del aparato militar, que cuatro años después, en 1958, bajo la presión de las armas, llevará al poder a un ilustre militar retirado, al general De Gaulle.



Jawaharlal Nehru y Ho Chi Minh, 1954.

Los acuerdos de Ginebra

En la noche del 20 al 21 de julio de 1954 se firman los acuerdos de paz; de una paz que inmediatamente se revelaría precaria para todo el Sudeste asiático. La discusión sobre la entidad política y el contenido jurídico de estos acuerdos aún sigue ocupando a los especialistas en derecho internacional, ya que las partes no coincidieron en su interpretación. La declaración final de la Conferencia de Ginebra, dada a conocer el día 21 de julio, no es, sin embargo, en absoluto ambigua. Se trata de un acuerdo de carácter eminentemente provisional, de suspensión de hostilidades, pero que proyecta inequívocamente el futuro, en párrafos que no dan pie a interpretaciones ambiguas: Vietnam Norte y Sur constituyen un solo Estado; ambas zonas se encuentran, provisionalmente, separadas por una línea de demarcación cuya función es estrictamente militar; no es una separación territorial, ni tampoco política, puesto que su fin es la agrupación a uno y a otro lado del paralelo 17 de las fuerzas combatientes. Y un punto fundamental: el futuro inmediato de Vietnam será la reunificación del país, mediante elecciones libres, que habrían de celebrarse en 1956, bajo la supervisión de la Comisión Internacional de Control, constituida por la India, Canadá y Polonia.

Pero, si la aventura francesa había concluido, otra historia bélica estaba a punto de comenzar. La división de Vietnam se materializaría en dos Estados antagónicos y las elecciones de julio de 1956 nunca llegarían a celebrarse. Las palabras con que Ho Chi Minh felicitaba al pueblo vietnamita, tras el triunfo de Diên Biên Phu, contienen la clave de un futuro que ya se presentía incierto: «Esta victoria es grande, pero sólo es el principio. No debemos ser autocomplacientes y subjetivos y subestimar al enemigo. Tenemos la determinación de luchar por la independencia, la democracia y la paz. Antes de lograr la victoria total, la lucha militar o diplomática tiene que ser larga y dura.»

R. M.

Bibliografía básica

ABAD, A.: *Vietnam. Independencia, guerra civil, conflicto internacional,* Nova Terra. Barcelona, 1966.

FALL, B.: *Ho Chi Minh en la revolución. Escritos escogidos (1920-1966),* Siglo XXI. México, 1968.

LACOUTURE, J.: *Ho Chi Minh,* Alianza. Madrid, 1970.

MESA, R.: *Vietnam, conflicto ideológico,* Ciencia Nueva. Madrid, 1968.

MESA, R.: *Vietnam, treinta años de una lucha de liberación (1943-1973),* Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1973.

MUS, P.: *Ho Chi Minh, le Vietnam, l'Asie,* Seuil. París, 1971.

MUS, P., y MCALISTER, J.: *Les vietnamiens et leur révolution,* Seuil. París, 1972.

SAINTENY, J.: *Histoire d'une paix manquée, Indochine. 1945-1947,* Seghers. París, 1953.

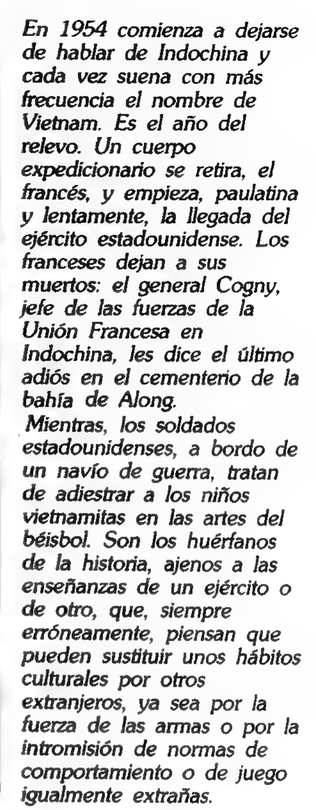
SAINTENY, J.: *Face à Ho Chi Minh,* Seghers. París, 1970.

ROY, J.: *La bataille de Diên Biên Phu,* Julliard. París, 1963.



1954

La caída de Diên Biên Phu



En 1954 comienza a dejarse de hablar de Indochina y cada vez suena con más frecuencia el nombre de Vietnam. Es el año del relevo. Un cuerpo expedicionario se retira, el francés, y empieza, paulatina y lentamente, la llegada del ejército estadounidense. Los franceses dejan a sus muertos: el general Cogny, jefe de las fuerzas de la Unión Francesa en Indochina, les dice el último adiós en el cementerio de la bahía de Along.
Mientras, los soldados estadounidenses, a bordo de un navío de guerra, tratan de adiestrar a los niños vietnamitas en las artes del béisbol. Son los huérfanos de la historia, ajenos a las enseñanzas de un ejército o de otro, que, siempre erróneamente, piensan que pueden sustituir unos hábitos culturales por otros extranjeros, ya sea por la fuerza de las armas o por la intromisión de normas de comportamiento o de juego igualmente extrañas.



El general Cogny



Los soldados americanos llegan a Indochina.

EL MILAGRO ECONOMICO ALEMAN



EN los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, Alemania sufrió los bombardeos más duros de todo el conflicto. Solo en Hamburgo cayeron más proyectiles que en toda Inglatera desde 1939.

La derrota del tercer Reich arrastró a todo el país, que a la mañana siguiente de la rendición se encontró ocupado, dividido y en bancarrota. Parecía imposible volver a la normalidad hasta pasados muchos años. Y, sin embargo, Alemania lo consiguió. Hoy, todos conocen esa espectacular recuperación como el «milagro alemán». Influyen en él la ayuda aliada, sobre todo la norteamericana, el realismo de la política económica de Adenauer y Erhard, la drástica lucha contra la inflación, y el esfuerzo solidario del pueblo alemán, que supo sacrificar parte de sus mejores talentos en aras de la reconstrucción nacional.

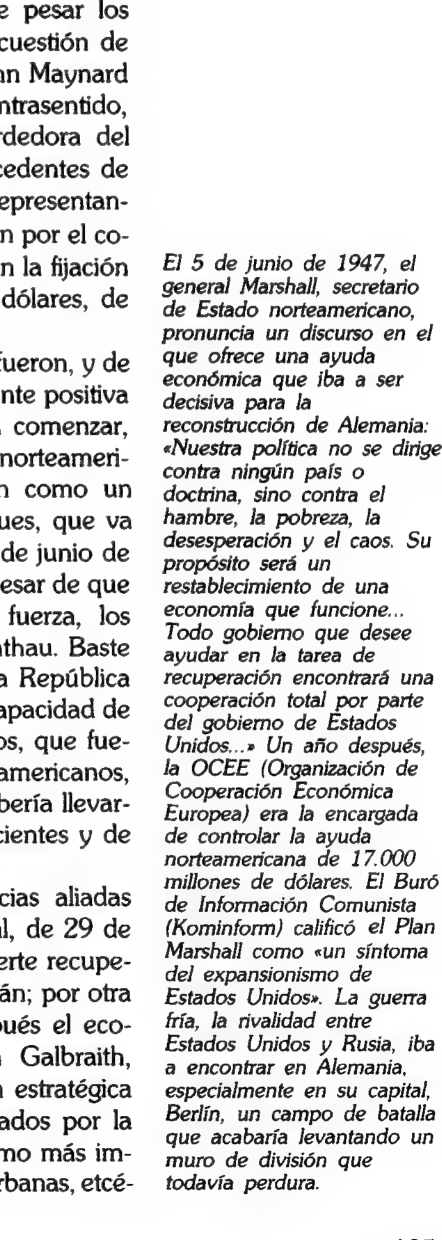
Fabián Estapé, catedrático de Política Económica de la Universidad de Barcelona, explica en este artículo las causas reales de lo que muchos consideraron un milagro.

La posguerra

La expresión «milagro alemán» *(wirtschaftswunder)* se ha popularizado para designar el prodigioso proceso de recuperación de la economía alemana muy pocos años después de la extraordinaria catástrofe que, en todos los órdenes, supuso la derrota del Reich hitleriano al concluir la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente, otros países —entre ellos Japón e Italia— consiguieron también resultados espectaculares que, en cierto modo, devaluaron la singularidad del caso alemán. Pero, en un afán de precisión, es conveniente puntualizar ciertos datos: la que después sería la República Federal Alemana perdió un 20 por 100 de su territorio; su potencial industrial fue brutalmente reducido, tanto por los efectos de los bombardeos masivos como por la política de «requisa» seguida por las naciones vencedoras. Lo cierto es que durante la elaboración de los acuerdos de posguerra en las Naciones Unidas no dejaron de pesar los recuerdos de 1919, con la célebre cuestión de las «reparaciones», que en su día John Maynard Keynes demostró encerraban un contrasentido, puesto que Alemania, también perdedora del conflicto, sólo podría pagar con excedentes de la balanza comercial. En 1945 los representantes de la Unión Soviética se inclinaron por el cobro «en especies», no sin colaborar en la fijación de la suma de 20.000 millones de dólares, de los cuales se les atribuyó la mitad.

Los desacuerdos entre los aliados fueron, y de ello no cabe la menor duda, una fuente positiva para la recuperación alemana. Para comenzar, de las cuatro zonas de ocupación, la norteamericana, británica y francesa actuaron como un todo uniforme. Existe una etapa, pues, que va desde 1945 a la reforma monetaria de junio de 1948, que no cabe olvidar, y ello a pesar de que persistieron, cada vez con menor fuerza, los prejuicios derivados del Plan Morgenthau. Baste un ejemplo: cuando se atribuyó a la República Federal Alemana una determinada capacidad de producción siderúrgica, los protocolos, que fueron hechos públicos por los norteamericanos, puntualizaban que la producción debería llevarse a cabo en las plantas menos eficientes y de mayor antigüedad.

Los acuerdos de las tres potencias aliadas ocupantes de la Alemania occidental, de 29 de agosto de 1947, permitieron una fuerte recuperación del potencial productivo alemán; por otra parte, como demostraría años después el economista americano John Kenneth Galbraith, que estaba al servicio de la división estratégica de bombardeos, los daños ocasionados por la aviación aliada habían sido muchísimo más importantes en vidas, concentraciones urbanas, etcé-



El 5 de junio de 1947, el general Marshall, secretario de Estado norteamericano, pronuncia un discurso en el que ofrece una ayuda económica que iba a ser decisiva para la reconstrucción de Alemania: «Nuestra política no se dirige contra ningún país o doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos. Su propósito será un restablecimiento de una economía que funcione... Todo gobierno que desee ayudar en la tarea de recuperación encontrará una cooperación total por parte del gobierno de Estados Unidos...» Un año después, la OCEE (Organización de Cooperación Económica Europea) era la encargada de controlar la ayuda norteamericana de 17.000 millones de dólares. El Buró de Información Comunista (Kominform) calificó el Plan Marshall como «un síntoma del expansionismo de Estados Unidos». La guerra fría, la rivalidad entre Estados Unidos y Rusia, iba a encontrar en Alemania, especialmente en su capital, Berlín, un campo de batalla que acabaría levantando un muro de división que todavía perdura.



Contaminación en la cuenca del Ruhr.

En la zona soviética del Berlín de la posguerra, unas mujeres comienzan el trabajo de reconstruir la antigua capital del Reich. Según la agencia Keystone que distribuyó la foto en aquellos días, «raciones suplementarias de alimento eran concedidas a estas voluntarias». Alemania había perdido el 23 por 100 del territorio que poseía después del tratado de Versalles y millones de refugiados se encontraban sin hogar. En el invierno de 1946-47, las temperaturas descendieron en Berlín hasta −20 °C, y los árboles de las grandes avenidas fueron cortados para hacer frente al frío. Un año después, el 24 de junio de 1948, en plena guerra fría, la Unión Soviética decide el bloqueo de las comunicaciones con el sector occidental de Berlín, que perduró hasta el 5 de mayo de 1949. En aquellos cuatrocientos tres días se realizaron un total de 266.700 vuelos (fotografía de la derecha) para abastecer a los berlineses. Una nación dividida y en ruinas era el punto de partida para la reconstrucción económica.

tera, que en los centros de producción industrial. Basta un ejemplo al respecto: mientras sólo la ciudad de Hamburgo había sufrido más daños que toda Gran Bretaña, un gran número de fábricas del Ruhr continuaban con la capacidad de producción prácticamente intacta. Minería, siderurgia, cemento y producción de energía eléctrica eran unos sectores capitales para la reconstrucción de Alemania, y dispuestos para el gran esfuerzo de reconstrucción, que contaban, y esto no puede olvidarse, con la extraordinaria colaboración del pueblo alemán, dispuesto a sacrificar salarios y a aportar voluntaria y gratuitamente un buen número de horas de trabajo.



Puente aéreo durante el bloqueo de Berlín.

En este nuevo panorama —1947-1948— surgió un factor de importancia decisiva: el Plan Marshall, que traducía el comienzo de la confrontación entre Rusia y Estados Unidos, pero del que se iban a beneficiar naciones como la República Federal Alemana. Si se suman las cantidades que recibió Alemania por parte de la UNRRA, del fondo GARIOA (administración y recuperación de territorios ocupados) y del Plan Marsahll, se llega, para el período 1945 a 1952, a una suma superior a los cuatro mil millones de dólares. Los tres aliados (Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia), al concluir la segunda Conferencia de París, hicieron explícitos sus propósitos, manifestando que «para que la cooperación económica fuera efectiva, la economía alemana debería ser integrada en la economía europea, de tal manera que contribuyera a una elevación general del nivel de vida».

La reforma monetaria

Sin embargo, todo el proceso que se conoce, como decíamos al principio, como el «milagro alemán» no habría sido posible, o habría discurrido por cauces muy distintos, sin la reforma monetaria de junio de 1948. Para una recta

Berlín, destruido en 1945.



comprensión del fenómeno hay que tener en cuenta la «memoria» social que conservaba la población con respecto a los efectos nocivos de la gran inflación alemana que siguió a la Primera Guerra Mundial. Ningún pueblo de la tierra conservaba mayor sensibilidad al respecto. La desconfianza ante el *Reichsmark* (RM) iba acentuándose mientras abundaba el dinero y escaseaban las mercancías, en un proceso interdependiente de desconfianza. Para remediar la situación se creó, el 1 de marzo de 1948, el Banco de los Países Alemanes y se abrió un período de estudio de reformas (los proyectos fueron más de cuatrocientos). Con una nueva divergencia derivada del conflicto con la Unión Soviética, se llegó el día 18 de junio de 1948, y con la firma de los tres comandantes aliados, a la promulgación de la ley de reforma monetaria y otras disposiciones complementarias.

Los detalles de la reforma monetaria fueron los siguientes: por 10 *Reichsmarks* se entregó un *Deutsche Mark* (DM); la deuda pública quedó prácticamente anulada, y las cuentas bancarias resultaron enormemente reducidas. Para evitar un colapso de la economía monetaria se distribuyó a cada habitante la suma de 60 DM (40 en el acto y 20 el 18 de agosto de 1948). Cada empresa recibió 60 DM por obrero empleado. La desinflación brutal que implicaba la reforma monetaria de junio de 1948 exigía una víctima, y ésta no fue otra (por paradójico que pueda parecer en la actualidad) que el ahorro privado. En muchos casos, los alemanes que poseían títulos de empresas implicadas en el rearme alemán vieron sus ahorros reducidos casi a cero. La célebre eutanasia del rentista que lord Keynes había previsto en su *Teoría general* hallaba una cruel confirmación en la realidad alemana.

También los organismos del sector público sufrieron las consecuencias de la reforma: en los organismos públicos, los DM entregados equivalían a la recaudación media obtenida durante treinta días, salvo en el caso de los ferrocarriles, en los cuales se redujo a la recaudación obtenida en quince días...

Y, sin embargo, la historia económica suele pasar por alto los efectos, digamos «microeconómicos», de las grandes operaciones de política económica. Lo que cuenta a la hora de emitir juicios de valor son los resultados globales. Y éstos fueron, indudablemente, positivos. En veinticuatro horas el «mercado negro» había desaparecido; las mercancías afluían a las tiendas y centros de venta. El dinero había dominado a la mercancía y al temor de la repetición de la vieja inflación de 1923.

Convencionalmente, el relato histórico ha atribuido el principal papel en la reconstrucción económica alemana al profesor Ludwig Erhard. Su biografía sucinta nos dice que nació el 4 de

La familia Krupp, reunida en la foto con motivo de su aniversario, es el símbolo del poderío industrial de Alemania, que decide resurgir de las cenizas. Finalizada la guerra, la República Federal Alemana solamente necesitó cinco años para volver a un ingreso medio por habitante igual al de 1936. El producto nacional bruto fue creciendo a un ritmo del 10 por 100 anual, superior al de la mayoría de los países europeos. Hacia 1955 la economía alemana podía presentar un balance de expansión inmejorable: aumento de las inversiones y de la producción, desarrollo del consumo, mejora del nivel de vida, superávit presupuestario. Además de otros factores, como el Plan Marshall, hay que resaltar el sacrificio que se impuso a los trabajadores, con una reducción muy dura de sus salarios hasta que la economía alemana alcanzó de nuevo su plena expansión, diez años después del fin de la guerra.

El «milagro alemán»



Si el mundo se asombró por la barbarie de la política hitleriana que desembocó en la guerra más sangrienta de este siglo, Alemania fue capaz también de sorprender a Europa al conseguir la recuperación de su capacidad de producción industrial diez años después de terminada la Segunda Guerra Mundial. El punto de partida era el siguiente: las ciudades destruidas, desarticuladas las comunicaciones, millones de personas sin trabajo, escasez de alimentos y miles de refugiados procedentes del Este.

Y, sin embargo, no hubo ningún «milagro» en este proceso de reconstrucción. Fue obra de la tenacidad del trabajador alemán, de su anterior capacidad técnica e industrial, no completamente destruida ni desmantelada; de la experiencia de la primera posguerra, recogida por los economistas, cuando se exigió a una Alemania hundida unas reparaciones que nunca pudo pagar.

febrero de 1897, en Furth (Baviera). Sus estudios de economía los realizó bajo la influencia dominante de Adolf Wagner (el gran hacendista) y de Franz Oppenheimer. Después de su etapa de estudiante, su biografía discurre por los cauces de la mediocridad. Sabemos de su completa oposición al régimen de Hitler, e incluso la historia de posguerra (sin que podamos esclarecer lo que exista de hagiografía en ellos) nos cuenta que mantuvo estrecho contacto con la red de militares y civiles que prepararon el célebre atentado del conde Von Stauffenberg en la Wolfchanz («Guarida del Lobo») el 20 de julio de 1944. La historia a la que nos referimos dice que Ludwig Erhard estuvo en íntimo contacto con el alcalde de Leipzig, Goerdeler (uno de los ejecutados en la feroz represión que siguió al 20 de julio de 1944; parece que la correspondencia comprometedora de Erhard, dirigida a Goerdeler, fue devuelta al remitente, sin abrir).

Ya en la posguerra, Ludwig Erhard, que jamás figuró en las filas destacadas de los teóricos alemanes de la economía, aparece trabajando como asesor del gobierno militar americano; más tarde figura como asesor oficial del ministro de Industria y Comercio del primer gobierno federal bávaro. Su participación en los preparativos de la reforma monetaria de junio de 1948 tiene lugar al ocupar el puesto de director económico del Consejo de Francfort. Una vez afianzada la reforma monetaria, y con el país en marcha, la extraordinaria figura política que fue el canciller Konrad Adenauer le nombra ministro de Economía, el 20 de septiembre de 1949.

El programa de Düsseldorf

Las elecciones de 1949 dieron el triunfo absoluto a la CDU (Democracia Cristiana), es decir, al partido de Adenauer y, en menor medida, de Ludwig Erhard. Este último fue el redactor de la parte económica del programa electoral, donde se adelanta la teoría de la *Sozialmarkwirtschaft*, o economía social de mercado, donde se plantean soluciones que equidistan del viejo liberalismo de 1913 tanto como de los esfuerzos de planificación dirigista de la economía. Incluso el viejo dilema entre la producción y el reparto de la tarta lo resolvió tajantemente Ludwig Erhard, confiando en que, automáticamente, un gran impulso a la producción, tanto la destinada al consumo interno como a la exportación, conduciría a una distribución de bienes mejor y más justa.

Del «milagro» a la normalidad

Las circunstancias excepcionales que dieron vida al «milagro alemán» no perduraron más allá de diez años. Y esto es natural porque la expansión alemana originó perturbaciones en la Europa de la posguerra. Alemania se convirtió en seguida en nación acreedora, y todo ello mientras sus convecinos seguían sin poner la casa en orden. Las estadísticas de la Unión Europea de Pagos son suficientemente reveladoras. Y en este período Alemania jugó la carta más acertada desde el punto de vista europeo: lanzar y

Konrad Adenauer



Ludwig Erhard.

En las elecciones del 14 de agosto de 1949, el CDU (Unión Demócrata Cristiana) obtuvo el 31 por 100 de los votos. Theodor Heuss fue nombrado presidente de la república, y Konrad Adenauer, canciller federal. Desde ese año hasta 1963 la personalidad de Adenauer marcó la vida política del país y fue con Ludwig Erhard, a quien nombró en 1949 ministro de Economía, el artífice de la recuperación económica alemana. Adenauer, frente al nacionalsocialismo hitleriano, presentó el europeísmo como eje de su política. El primer paso era la obtención de la plena soberanía como elemento integrador de la deshecha sociedad alemana. En 1951 fue creado un Ministerio de Asuntos Exteriores, y el 5 de mayo de 1955 las potencias occidentales pusieron término al estatuto de ocupación. En septiembre de ese mismo año, la República Federal Alemana reanuda sus relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, a pesar de haberse convertido en el Estado-tapón del bloque comunista en la Europa occidental. También en 1955 Alemania fue admitida en la OTAN, y se inicia la recomposición del ejército alemán.



El 1 de enero de 1957, el Sarre es reintegrado a la República Federal Alemana. En marzo del mismo año se rubrica el Tratado de Roma, por el que se constituye la Comunidad Económica Europea. El 23 de enero de 1963, Alemania y Francia firman un importante tratado de cooperación. Pocos meses después, Adenauer, que había recibido un país en ruinas, se retira de la vida política. Le sucede como canciller el ex ministro de Economía Ludwig Erhard.

apoyar —incluso mediante frecuentes revaluaciones del DM— la idea de la unificación económica europea.

Todo esto fue favorecido, sin duda, por el hecho de que las presiones sociales en favor de una mejor distribución de la renta resultaron inferiores a las registradas en los demás países europeos, competidores comerciales de la industria alemana. Por tanto, han de considerarse como una consecuencia lógica del propio «milagro alemán» la impulsión de la idea de unificación, de mayor libertad de comercio, de libre movilidad de capital, todo ello mientras Alemania se convertía en el receptor de un número ingente de trabajadores españoles, yugoslavos, turcos, etc.



En la actualidad puede afirmarse que Alemania, con Estados Unidos y Japón, encabeza el trío de potencias económicas mundiales. Lo que no ha podido resolver el «milagro alemán» ni su artífice Ludwig Erhard es encontrar la salida a la paradoja de tintes dramáticos que se resume diciendo que la República Federal Alemana es un coloso económico, un gigante económico, que tiene, políticamente, los pies de barro.

Sigue pendiente el tema de la reunificación, que cada día se ve más lejana, con la República Democrática Alemana, un hecho cuya sola mención no sólo alarma a la Unión Soviética, sino también a franceses e ingleses.

La historia posterior es una historia de éxitos continuados; unos éxitos que van produciéndose mientras algunas naciones vencedoras de la Segunda Guerra Mundial —Gran Bretaña y Francia, principalmente— se debaten en los esfuerzos de la reconstrucción, en la lucha contra la inflación y en el temor a la reapertura de los mercados. Mientras tanto, la economía alemana se veía liberada de grilletes; no sólo se ingresaba en la Organización Europea de Cooperación Económica y en la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (un paso rascendental para la concepción ulterior del Mercado Común), sino que, a partir de 1951, producciones que figuraban en la lista de prohibiciones (caucho, construcción naval, gasolina sintética y producción química en general) quedaban en plena libertad. En algunos sectores, las realizaciones fueron impresionantes, destacando entre ellos, y también por su contenido social, la construcción de viviendas. Unos planes iniciales para construir 300.000 viviendas por año se vieron rebasados por la realidad; el simple sistema de establecer tres regímenes para la construcción de viviendas se reveló como extremadamente eficaz.



El milagro económico alemán

Se desarrolla un programa de viviendas sociales, financiadas con fondos públicos; viviendas de clase media, que disfrutaban de privilegios fiscales, y, finalmente, viviendas de renta libre. En 1951 uno de cada ocho habitantes de la República Federal Alemana pasó a disponer de una nueva vivienda. El ritmo de construcciones llegó a ser tal que en 1951 se terminaba una vivienda por minuto...

Cualquier conocedor de los efectos multiplicadores de la inversión en vivienda (a mediados del pasado siglo, los franceses decían *quand le bâtiment va, tout va)*, que hoy pueden estimarse y cuantificarse a través de las tablas *input-output*, ideadas por el premio Nobel Wassily W. Leontieff, puede imaginar el impulso sostenido que experimentó la economía alemana. Durante un buen número de años —antes de la crisis general iniciada en el otoño de 1973— cerca de un 20 por 100 del total de las inversiones alemanas tuvo su origen en la construcción de viviendas.

Interpretaciones e ideología

Un número predominante de comentaristas económicos, la mayor parte de las veces profanos en la materia, han calificado el experimento alemán, y las mismas características del «milagro», como una reválida, a mediados del siglo XX, del liberalismo económico manchesteriano. Esta interpretación, que podría enlazar con la divulgación presente de las doctrinas de Milton Friedman, es, por lo menos, parcial. La política económica arbitrada por el profesor Ludwig Erhard y sus seguidores ha sido una muestra palmaria de empirismo. Y si se quiere una razón adicional para ello, téngase en cuenta que en las sucesivas evoluciones de la política alemana, cuando, por ejemplo, la CDU perdió su mayoría y el encargado de regir la política económica alemana fue el profesor Karl Schiller, de tendencia y adscripción socialistas, las variaciones fueron mínimas.

La realidad estriba en el predominio del empirismo. Para Erhard la pieza fundamental de la orientación de la economía era el mercado, la *Sozialmarkwirtschaft*, pero cuando el mercado mostraba sus limitaciones o sus imperfecciones, no se vaciló en adoptar medidas de corte intervencionista. Incluso los teorizadores de la publicación anual *ORDO* (Müller-Armack, Hayek) establecieron distinciones entre las intervenciones «conformes» y las intervenciones «disconformes».

Las intervenciones conformes eran aquellas que contribuían a una eficacia del mercado, a una más segura consecución de lo que Ludwig Erhard denominaba en uno de sus libros «el bienestar para todos».

Abundan los modelos en este sentido. Cuando se quiso, por ejemplo, revitalizar el mercado de capitales, y específicamente la Bolsa de Valores, no se vaciló en establecer impuestos discriminatorios para penalizar el ahorro interno de las empresas (autofinanciación), y cuando las





KONRAD ADENAUER (Colonia, 1876-Rhoendorf, Westfalia, 1967)

Político alemán. Tercero de los cuatro hijos de un funcionario, se crió en un ambiente riguroso, austero, de profunda religiosidad católica. Estudió en el gimnasium de los Santos Apóstoles de su ciudad natal y tuvo su primer empleo en la banca. Simultaneando los estudios con el trabajo, cursó derecho, ciencias políticas y economía en las universidades de Friburgo, Munich y Bonn. Comenzó su carrera jurídica y política en 1906, en el bufete de un abogado que presidía el partido católico en el ayuntamiento de Colonia. Fue alcalde de Colonia desde 1917 hasta la llegada de los nazis al poder en 1933. No limitó su actividad política al ámbito municipal y, por los mismos años, fue presidente de la cámara alta de Prusia y miembro del comité directivo del partido centrista católico. Durante el régimen nazi fue encarcelado brevemente en dos ocasiones, la primera en junio de 1934 y la segunda en julio de 1944.

Adenauer, un político católico, moderado, con experiencia administrativa adquirida en sus largos años al frente de la alcaldía de Colonia, profundamente antisocialista, era el hombre adecuado para organizar e impulsar la Unión Demócrata Cristiana (CDU), que habría de ser una de las grandes fuerzas políticas de Alemania y de la Europa de la posguerra. Apenas acabada la conflagración comenzó a trabajar en la creación del nuevo partido. En marzo de 1946 era presidente del CDU

en la zona de ocupación británica y en los años posteriores consolidó el partido en Renania del Norte-Westfalia y en otras zonas, de manera que, cuando se constituye en 1948 el Consejo Parlamentario, Adenauer es elegido presidente del mismo e interviene activamente en la elaboración de la constitución alemana, promulgada en 1949, propugnando un ejecutivo fuerte, con un control parlamentario limitado. Las elecciones de 1949 para el primer parlamento federal (Bundestag) dan la victoria al CDU, inaugurando con su llegada a la Cancillería la «era Adenauer», que se extendería hasta su dimisión, en 1963, y que viene jalonada por un desarrollo económico sin precedentes, el denominado «milagro alemán», y, en el aspecto político, por la supresión del estatuto de ocupación en 1952, los acuerdos de París de 1954 —en virtud de los cuales Alemania se incorpora a la OTAN—, la prohibición del partido comunista en 1956 y por la firma, en el año de su triunfo electoral más clamoroso, del tratado de Roma de 1957, por el que se constituye el Mercado Común Europeo.

Ferviente partidario del rearme alemán, Adenauer consideraba necesaria la reconciliación de Alemania con sus vecinos, sobre todo con Francia, política facilitada por sus excelentes relaciones con el general De Gaulle. También se entendió siempre bien con el secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles, pero nunca con el presidente Kennedy.

En la línea de la doctrina del catolicismo social de León XIII, Adenauer, realista y pragmático, fue siempre opuesto a las ideas del menor matiz socialista, propugnando como fórmula política un individualismo templado, bajo el riguroso dominio de la ley, siendo en ocasiones rebasado por el programa de su propio partido. Cuando en 1963 dejó la Cancillería, siguió dirigiendo el partido, al mismo tiempo que escribía sus memorias, publicadas entre 1965 y 1968 en cuatro volúmenes.



circunstancias y los objetivos variaron se hizo lo mismo con la política tributaria.

El problema de la clase trabajadora

Un ingrediente básico del «milagro alemán» reside en la aceptación de los postulados de la nueva economía por parte de los sindicatos. La historia, que está por hacer, del sindicato que surge en plena fase de reconstrucción de Alemania (Deutscher Gewerschaften Bund, o DGB) es definitiva a este respecto. Sin que la cuestión pueda darse, ni mucho menos, por resuelta, y sin que pueda afirmarse que la DGB suscribía enteramente los postulados del profesor Ludwig Erhard, sí ha de subrayarse que el primer dirigente de la DGB, Hans Böckler (1875-1951), proclamó más de una vez que la Confederación por él presidida se adhería a los ideales y normas contenidos en las célebres encíclicas pontificias *Rerum Novarum* (León XIII) y *Quadragesimo Anno* (Pío XI).

Pero los obreros alemanes, al margen de las manifestaciones anteriores, quisieron formalizar su participación en el proceso productivo y no sólo recibir sus resultados, aun cuando éstos vinieran caracterizados por un aumento continuado del nivel de vida. Y de ello da un buen ejemplo la ley de 21 de abril de 1951, por medio de la cual se establecía la cogestión *(Mitbestimmung)* en la industria pesada, según la cual la plantilla de obreros en las empresas con más de mil empleados disponía de cinco representantes en el consejo de administración, mientras que los representantes del capital limitaban sus delegados al mismo número, siendo el undécimo elegido por ambas partes: capital y trabajo.

La acción política, no económica, que ha sido ya descrita, del profesor Ludwig Erhard se saldó con un fracaso en los grandes objetivos políticos. Konrad Adenauer, el mismo gran político que le había nombrado ministro de Economía, fue siempre un gran escéptico acerca de las dotes políticas de quien para él era un *Gummilöwe,* un león de goma. Dejando aparte rivalidades y juicios críticos que podían encontrar perfectamente su origen en la fama adquirida por Ludwig Erhard, lo cierto es que la gran hora de este hombre se inició con la reforma monetaria de junio de 1948 y se prolongó hasta 1955. Lo demás constituye una advertencia, muchas veces repetida en la historia, y que vulgarmente reza «zapatero, a tus zapatos».

F. E.

Bibliografía básica

ESTAPÉ, F.: *Política económica,* Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona.

ESTAPÉ, F.: *Notas sobre la actualidad económica,* Bosch, Hijos de José. Gerona, 1957.

ERHARD, L.: *Bienestar para todos,* Omega. Barcelona, 1961.

Economía de mercado (obra colectiva), Servicio de Estudios y Publicaciones del Banco Urquijo.

Uno de los ejemplos más característicos de la capacidad de reconstrucción industrial de Alemania puede estudiarse a través de la fábrica de coches Volkswagen.
Esta es su historia resumida en cifras:
1934. F. Porsche presenta al ministro de Trabajo del «Reich» su plan sobre la construcción de un coche popular alemán.
1936. Los primeros prototipos realizan pruebas sobre un trayecto de 50.000 kilómetros.
1938. Se coloca la primera piedra de la Volkswagen.
1939. Al comenzar la guerra se paraliza la construcción de la fábrica.
1940-43. Se construyen 14.276 unidades del vehículo anfibio para la guerra.
1944. Los bombardeos destruyen dos tercios de las instalaciones.
1945. Al producirse la invasión de los aliados, trabajan en la fábrica 9.000 personas.
1946. En octubre sale de las cadenas de montaje el «escarabajo» número 10.000 construido después de la guerra.
1948. Son exportados 4.464 Volkswagen.
1950. Con la reconstrucción de la nave 3 (de 70.000 metros cuadrados) se alcanza la superficie de producción originaria de antes de la guerra.
1953, julio. Se alcanza la cifra de 500.000 Volkswagen.
1954. Por primera vez se concede al personal una paga de beneficios anual.
1955. El 5 de agosto se finaliza el Volkswagen *1.000.000.*
1956. En las fábricas trabajan 35.672 personas.
1960. Son exportados 500.000 Volkswagen *a USA.*
1964. Se funda la Volkswagen *de México.*
1981. El 15 de mayo sale de las cadenas de montaje de la Volkswagen de México el «escarabajo» número 20.000.000.



A la entrada de Francfort

ERNEST HEMINGWAY



ERNEST Hemingway, uno de los novelistas más populares de nuestro siglo, vivió cotidianamente lo que la mayoría de los hombres se limitaban a soñar. Viajero incansable, cazador, corresponsal de guerra y, sobre todo, escritor, Hemingway revolucionó la literatura contemporánea con su estilo conciso, depurado y directo, herencia de sus primeros años como periodista.

Su trayectoria vital es inseparable de su obra: testigo de la Primera Guerra Mundial, escribirá luego Adiós a las armas; cazador en Africa, evocará sus tierras en Las nieves del Kilimanjaro; corresponsal de varios periódicos norteamericanos en la guerra civil española, publicará más tarde Por quién doblan las campanas, la novela más popular de las centradas en el conflicto. Sin embargo, ¿hasta qué punto podemos conocer al verdadero Hemingway sólo a través de su obra? El novelista José Luis Castillo-Puche, amigo y compañero del escritor americano durante sus frecuentes visitas a España, responde a este y otros interrogantes sobre la biografía de un hombre en el que es difícil separar la leyenda de la realidad.

1954

Una infancia en el bosque

Hay tipos humanos fabulosos, como Ernesto Hemingway, que ya en vida se hacen legendarios y que acaso no hicieron otra cosa a lo largo de su aventura humana que dar una sublimación mágica a las obsesiones y terrores que llevaban dentro.

Las guerras, la caza, la pesca de altura, las corridas de toros, el amor, incluso la literatura, no fueron para él más que un medio de huir de la aterradora soledad y del miedo a la muerte que desde niño llevaba pegado al alma.

Nace Ernesto Hemingway en Oak Park, barrio residencial de Chicago, el 21 de julio de 1899, en una familia burguesa y acomodada. Su padre, el doctor Clarence E. Hemingway, médico ginecólogo, era un hombre de carácter débil, gran aficionado a la caza, a la pesca y a todos los deportes que suponen un contacto con la naturaleza, afición que transmitirá a su hijo desde muy pequeño. La madre, Grace Hemingway, en cambio, era de carácter fuerte y muy dominante. Gran amante de la música, había querido ser cantante de ópera en su juventud y llegó a debutar como tal en el Madison Square Garden Center de Nueva York; pero una debilidad de la vista, contraída de niña a causa de la escarlatina, hizo que no pudiera resistir el brillo de los focos del escenario, y su actuación fue, por esto, deslucida. Hubo de renunciar a su vocación, pero siguió cultivando la música como profesora. A todos sus hijos los obligó a estudiar música y a tocar algún instrumento. A Ernesto le correspondió el violonchelo.

El matrimonio Hemingway tuvo seis hijos, de los cuales Ernesto fue el segundo, y sólo dos fueron varones, Ernesto y Leicester; pero Leicester fue el último, de modo que era mucho más joven que Ernesto, por lo que no pudo ser verdaderamente un compañero para él. Ernesto, pues, creció y se educó entre cuatro hermanas, Marcelina, la mayor; Ursula, Madeleine y Carroll, y una madre muy piadosa pero fanática y despótica que le imponía cantar en el coro de la iglesia evangelista y tocar el violonchelo hasta el extremo de hacerle odiar este instrumento para toda la vida.

Sin embargo, el gran compañero de su infancia iba a ser su padre, el doctor Hemingway. El le enseñó a amar la naturaleza, la vida al aire libre, los deportes violentos, como la caza y la pesca, el manejo de herramientas, cortar leña, cocinar la caza, etc. La familia tenía una finca en Horton's Bay, a orillas del lago Michigan, y allí el niño Ernesto era feliz al lado de su padre.

El joven Ernesto hace sus estudios de bachillerato en la Oak Park High School, con notable aprovechamiento. Destaca ya por sus artículos para el periódico del colegio, su capacidad para urdir historias, su gran imaginación. Al mismo tiempo practica los deportes más duros del colegio: juega al fútbol y, sobre todo, practica boxeo, para lo cual asiste incluso a un gimnasio en Chicago. En 1917 recibe su diploma de graduado en enseñanza media. Su madre quiere que pase a la universidad; pero Ernesto está harto de las imposiciones maternas, del violonchelo y de las clases de música. Ha tenido ya algún enfrentamiento serio con la madre, y decide ponerse a trabajar por su cuenta, salir del ambiente opresivo del hogar. Su gran deseo es escribir en un periódico y se siente preparado para hacerlo.

Periodista

Un hermano de su padre, Tyler Hemingway, vivía en Kansas City, donde el periódico *Kansas City Star* era por entonces uno de los grandes diarios de los Estados Unidos. Ernesto aprovecha

Ernest Hemingway es el representante más conocido de la «generación perdida», el grupo de jóvenes escritores norteamericanos a quienes la Primera Guerra Mundial, con su cosecha de víctimas y destrucción, impidió ya creer en grandes conceptos como la gloria, el honor o la patria. Sus mejores libros fueron un canto al individualismo, a la libertad personal y a la necesidad de que cada hombre cimentara su propia moral en el valor y la honradez consigo mismo, sin olvidar nunca la presencia constante de la muerte.



En Waikiki, con Martha Gellhorn, su tercera esposa

la invitación de su tío Tyler para trasladarse a Kansas City y al poco tiempo consigue entrar como reportero en el *Star*. Ganaba 15 dólares semanales, que no era mucho; pero el periódico tenía un manual de estilo que ponía en las manos de todo principiante. Aquí el joven Hemingway completó su formación para la carrera de escritor. El *Star* imponía a sus reporteros brevedad, frase corta, verdad, objetividad, supresión total de retórica y adornos literarios. Fue una lección decisiva para el futuro narrador. Por otra parte, su temperamento le llevaba al núcleo mismo de la acción. Jamás esperaba la noticia en la redacción o en cualquier lugar tranquilo, sino que acudía al centro mismo de los sucesos para verlos con sus propios ojos y poder así captar no sólo los datos de la noticia, sino la emoción primera que el acontecimiento podía producir y tratar de trasladarla luego al papel. Esta disciplina, que mantendrá toda su vida ante el trabajo literario, le permitirá ser un narrador revolucionario en los años veinte. Y mientras James Joyce, su contemporáneo, acude al experimento del monólogo interior, Hemingway inaugura un objetivismo expresivo basado en la palabra justa y la sencillez de la frase.



Camillero en la gran guerra

En el mismo año, 1917, en que Ernesto se independiza en Kansas City y comienza a vivir de su pluma, los Estados Unidos entran de lleno en la Primera Guerra Mundial, declarando la guerra a Alemania. Los jóvenes americanos, en general, se muestran ansiosos por participar en la contienda. Ernesto desea alistarse como voluntario, pero es rechazado por un defecto físico de su ojo izquierdo, heredado de su madre, y por ser demasiado joven. Sin embargo, Ernesto sabe esperar, y al año siguiente, el 30 de julio de 1918, se despide del periódico e ingresa como oficial honorífico en el cuerpo de ambulancias de la Cruz Roja americana.

Después de desfilar con su flamante uniforme, y radiante de euforia bélica, por la Quinta Avenida de Nueva York, es transportado a Europa y, vía París, llega al frente italiano de Milán. Al día siguiente de su llegada, el enemigo bombardea una fábrica de municiones, y Ernesto, conduciendo su ambulancia, se ve obligado a recoger soldados destrozados y hasta fragmentos de cuerpos humanos. Fue su bautismo de horror en la guerra. Tenía diecinueve años.

Poco después, en una acción de suministro a los soldados del frente, es herido en una pierna y tiene que ser trasladado al hospital de Milán. Allí recibiría la medalla de plata al valor militar y

Desde su infancia en la zona de los lagos, en Michigan, Hemingway quedó cautivado por la pesca y la caza. El contacto con la naturaleza y su amor por la aventura y el riesgo le llevaron a recorrer medio mundo y poder así participar en safaris en África o perseguir al pez espada en el Caribe. Esta pesca fue la que le permitió conocer Cuba, que pronto dejaría de ser un lugar de recreo para convertirse en su hogar. Su casa se llamaba Finca Vigía, y en ella escribió la mayoría de sus grandes novelas.

La pesca del pez espada en Cuba

la cruz al mérito de guerra, mientras se enamora cada día un poco más de la enfermera que le cuida, Agnes von Kurovsky. Ella inspiraría algunas de sus primeras novelas y cuentos de guerra: *Adiós a las armas, En otro país,* etc.

París era una fiesta

De nuevo en la casa paterna de Oak Park, después de la guerra, Ernesto se cansa pronto de su condición de héroe y excombatiente. Abandona el hogar familiar y se establece en Petoskey, en un cuarto alquilado, cerca de los escenarios queridos de su infancia, en Michigan. Se dedica intensamente a escribir, frecuenta a los escritores y artistas del llamado «grupo de Chicago», entre los que se encuentra Sherwood Anderson, con el que le va a unir una gran amistad, y escribe historias breves que, sin embargo, no logra publicar. Es aquí y en este ambiente donde conoce a la que había de ser su primera esposa, Hadley Richardson, una joven belleza de Saint Louis que casualmente pasaba una temporada en Petoskey. El 3 de septiembre de 1921 se casa con Hadley, y el joven matrimonio, aconsejado por Sherwood Anderson, decide instalarse en Europa, concretamente en París. «París es el único sitio para vivir un escritor» —le dice Anderson—. Estaba de moda la frase de Henry James: «En París hasta el aire está perfumado de estilo.»

Por otra parte, Hemingway necesitaba poco estímulo para volver a Europa. Aun en medio de la guerra, Europa le había fascinado: «En Europa todo es más auténtico, porque es más viejo: la gente, las ideas, las costumbres, incluso la fe», había dicho con motivo de su conversión al catolicismo, en Italia, durante la guerra. Y como él pensaban la mayoría de los escritores americanos de los años veinte. París estaba lleno de escritores y artistas americanos: Gertrude Stein, John Dos Passos, Fitzgerald, Ezra Pound, Mac Leish y el propio Sherwood Anderson.

En diciembre de 1921, Ernesto consigue ser nombrado corresponsal en París del *Toronto Star Weekly* y emprende con su esposa Hadley el viaje. Lleva en el bolsillo cartas de presentación de su amigo Anderson para Gertrude Stein y otros americanos exiliados voluntariamente en la vieja Europa. Son los que forman la llamada «generación perdida».

Desembarcan en las costas de Galicia y siguen por el norte de España hacia París, en donde encontrará no sólo la vida bohemia, el clima ideal para la obra de creación, las tertulias literarias, como la de Gertrude Stein o la de Sylvia Beach en la librería Shakespeare de la calle del Odeón; encontrará también la amistad de un Ezra Pound, o de Scott Fitzgerald, o del mismo John Dos Passos; la presencia estimulante del que ya entonces era reconocido como un genio de las letras, James Joyce; conocerá y tratará también a los grandes pintores, como Picasso y Joan Miró, españoles; pero, sobre todo, París era el caldo de cultivo para cualquier aspirante a escritor, el ambiente propicio para iniciar una carrera literaria. Y así fue para él.

En París, efectivamente, se consolida su prosa sencilla, austera pero altamente significativa; sus esfuerzos por lograr un estilo propio y original desde la debilidad de su carácter inseguro le convierten en un infatigable trabajador de la propia obra. Pero además París es una especie de centro desde el cual Ernesto viaja a casi toda

El novelista colombiano y premio Nobel Gabriel García Márquez, cuya admiración por el escritor norteamericano es bien conocida, definió así a Hemingway: «Un hombre azorado por la incertidumbre y la brevedad de la vida, que nunca tuvo más de un invitado en su mesa y que logró descifrar... los misterios del oficio más solitario del mundo.»



Con su cuarta y última esposa, Mary Welsh



¿Qué vio Hemingway en las corridas de toros para convertirse en un aficionado que año tras año seguía el itinerario de las grandes ferias? Quizás encontró la forma más elegante de jugar con la presencia de la muerte, esa obsesión que desde el suicidio de su padre le persiguió hasta acabar con él. Desde su primera visita a España, el escritor quedó fascinado por sus habitantes y sus costumbres. Asistió con frecuencia a los Sanfermines de Pamplona, ejerció como corresponsal de prensa durante la guerra civil española y ambientó entre las gentes y los problemas peninsulares una de sus novelas más conocidas, *Por quién doblan las campanas*.



Hemingway llega a la plaza de toros de Zaragoza.

Europa como enviado del *Toronto* y otras revistas: a Constantinopla y Grecia, desde donde enviaría crónicas famosas sobre la guerra grecoturca; a Italia, donde asistía al nacimiento de los movimientos comunistas del norte del país; más tarde conocería también a Mussolini en Lausana, así como a otros grandes políticos y líderes de la Europa que emergía de la guerra. En Suiza y Austria se aficionó al deporte del esquí, y en la Costa Azul pasó temporadas con Picasso o con Ezra Pound. Pero el impacto más profundo de Europa lo recibió en España con las corridas de toros.

Otra afición que desarrolla en París es el amor a la pintura: visita casi diariamente los museos más importantes y siente la fascinación de maestros como Cézanne, Braque, Juan Gris, Joan Miró, pero sobre todo Cézanne, hasta el punto de que, según sus propias palabras, trataba de lograr en literatura lo que aquél había conseguido en pintura. Más tarde, en España, su admiración por Goya borrará todas las demás.

En 1923 viaja a Canadá con su esposa para que nazca en tierra americana su primer hijo, al que llamarán familiarmente *Bumby*. A su regreso a París con el niño, Gertrude Stein y Alice B. Toklas serán las madrinas del niño. En este mismo año, Hemingway consigue publicar algunos de sus cuentos y en 1924 aparece su primer libro en edición comercial, titulado *In Our Time (En nuestro tiempo)*, que sigue siendo una colección de narraciones cortas. Hasta ese momento, sus intentos de escribir una novela larga no habían tenido éxito. Los años de su vida en París aparecen reflejados en su obra póstuma *París era una fiesta*, publicada en 1964, tres años después de su muerte.

España

Pero, como hemos dicho, el gran impacto europeo lo sentirá Ernesto en España, donde encontró, según sus palabras, «el sentido de la vida y de la muerte» que buscaba con ansiedad desde la infancia.

Hemingway viene por primera vez a España, desde París, con la intención de asistir a los Sanfermines en Pamplona, el año 1923. Su esposa Hadley, que le acompañó, estaba en estado avanzado de su embarazo. Ernesto le decía: «Será muy bueno para nuestro niño. Los toros tienen una influencia vigorizante sobre los niños no nacidos todavía.» El torero entonces de moda era Nicanor Villalta, y fue tal el entusiasmo de Ernesto y su esposa que decidieron que su hijo se llamaría igual que el torero. Efectivamente, cuando *Bumby* nació le impusieron los nombres de John Nicanor, y no se atrevieron con

Villalta porque resultaba demasiado difícil para la pronunciación americana.

A partir del año 1923, Ernesto ya no dejará de venir a España para ver los Sanfermines y las corridas de San Isidro, así como las ferias de Sevilla, etc., hasta el año 1928 en que, debido a la muerte de su padre y al nacimiento de su segundo hijo, Patrick, no le será posible acudir a la cita. Cinco años seguidos consideró necesarios para llegar a escribir con conocimiento su obra *Muerte en la tarde,* que trata exclusivamente de la corrida de toros. En ese tiempo vio miles de corridas y trató a los más importantes toreros de la época.

Su venida en 1925, acompañado por un grupo de amigos, dará lugar a uno de sus mejores libros, *Fiesta*, que obtiene tal éxito que pasa a ser considerado el testimonio de la generación perdida.

Un novelista de fama

Ernesto es ya famoso. Sin embargo, en el aspecto íntimo y privado sufre varios traumas. En 1927 se divorcia de su primera mujer, Hadley, a la que seguía amando, y se casa con Paulina Pfeiffer, jefe de la sección de modas de la revista *Vogue* en París. En alguno de sus cuentos se refleja el gran remordimiento que le causó el haber abandonado a su primera esposa. Como Paulina era católica y Ernesto se había hecho católico durante la guerra, este enlace pudo celebrarse por la Iglesia en París, ya que el primer matrimonio, realizado según el rito protestante, no lo impedía. Al año siguiente, 1928, mientras Ernesto trabajaba febrilmente en su segunda novela larga, *Adiós a las armas,* y casi al mismo tiempo que nacía en Kansas City su segundo hijo, el primero de Paulina, Patrick, su padre, el doctor Clarence Hemingway, agobiado por sufrimientos físicos y económicos, enfermo de profunda depresión, se quitaba la vida. Fue para Ernesto una amarga decepción, ya que lo consideró una cobardía por parte de su padre, al que amaba, como ya hemos dicho, más que a ninguna otra persona de su familia.

A partir de este momento, el suicidio será una obsesión, no sólo en su vida sino en su obra *(Por quién doblan las campanas, La vida feliz de*

Las simpatías de Hemingway por los republicanos retrasaron su retorno a España tras el final de la guerra. Cuando volvió, la nueva sensación en las plazas se llamaba Antonio Ordóñez, el hijo del Niño de la Palma, a quien tanto admiraba el novelista allá por los años veinte. El gran rival del torero de Ronda era Luis Miguel Dominguín, y sobre su duelo en las plazas intentó Hemingway escribir una obra que captase lo que de glorioso y dramático tiene la fiesta. La tituló El verano sangriento.



Domingo Ortega y Ernest Hemingway en Bayona. 1959



Con Luis Miguel Dominguín

Francis Macomber, Paraíso perdido, Padres e hijos, etc.). Con su esposa Paulina y su hijo Patrick se establece en Key West (Florida), donde comienza su vida de gran *sportsman* mundano y famoso. Pesca de altura en el Caribe, cazador en Wyoming y en España, al mismo tiempo que colabora en las revistas más importantes, como *Squire,* donde sus artículos y cuentos son los mejor pagados de todos los tiempos.

Sigue viniendo a España para ver toros y pescar truchas en los ríos navarros y gallegos. En los años de la república entabla amistad con el pintor Luis Quintanilla, que le hace un retrato famoso. En 1932 nace su segundo hijo de Paulina, al que llamarán Gregory, y al año siguiente, después de una estancia en España, cazando en Extremadura con el pintor Quintanilla, él y Paulina se embarcan en Marsella hacia Africa. Será su primer safari en Tanganika, donde mata cuatro leones. Permanecen en Africa cerca de dos meses, pero aquejado de una infección intestinal por amebas, tienen que ser evacuados en enero de 1934. Esta aventura africana se verá luego reflejada en sus libros *Las nieves del Kilimanjaro* y *Las verdes colinas de Africa.*

Sus novelas *Adiós a las armas* y *Las nieves del Kilimanjaro* son llevadas al cine con enorme éxito, interpretadas por los actores más famosos y cotizados de Hollywood.

La guerra civil

En 1936, cuando estalla la guerra civil española, Ernesto se encuentra trabajando intensamente en el final de su novela *Tener o no tener,* en su finca de Key West. Recibe con la noticia el mayor disgusto de su vida y, desde el primer momento, se considera al lado del pueblo español que él identifica con el lado republicano. Por supuesto, decide venir a España, aunque espera algunos meses hasta terminar la obra que tiene entre manos. Entretanto, entrega 40.000 dólares de su bolsillo para la compra de ambulancias y medicamentos con destino a la causa republicana española, y en febrero de 1937 se embarca en Nueva York para España, vía París. Trae credenciales como corresponsal de la más importante cadena de periódicos americanos, la Alianza de periódicos norteamericanos, o NANA. En Madrid se instala en el hotel Florida, de la plaza del Callao, pero sus lugares preferidos para el encuentro con compañeros corresponsales son Chicote y el Gaylords Hotel, donde tenían su cuartel general los rusos, con los que hace amistad, a pesar de que Hemingway fue siempre un furibundo anticomunista, como demostró en sus crónicas y en sus novelas.

Pero Ernesto, en la guerra civil española, fue algo más que un corresponsal; fue en realidad un beligerante en favor de los republicanos, por su entusiasmo para dar ánimo a los combatientes, por hacer campaña en su país en favor de la causa que él creía justa y, finalmente, por dejar testimonio de todo ello en una obra admirable, una de las mejores que salieron de su pluma, *Por quién doblan las campanas.* El éxito de esta novela fue enorme y superó al de sus obras anteriores; se vendieron millones de ejemplares en el primer año de su publicación y fue llevada al cine con Gary Cooper e Ingrid Bergman como protagonistas. Pero ésta no fue la única obra de Hemingway en favor de la causa republicana, sino que escribió también una obra de teatro, *Quinta Columna,* que se estrenó con escaso éxito en Nueva York, y en colaboración con el productor holandés Joris Ivens y con el famoso cámara John Perno, así como con la colaboración literaria de John Dos Passos, Archibald McLeish y Lillian Helman, hizo una película sobre la guerra y la situación del pueblo español, titulada *Tierra española.* Este filme se destinó a recabar fondos para la causa de la república y llegó a proyectarse incluso en la Casa Blanca.

La guerra civil española coincide con una nueva ruptura matrimonial de Ernesto. Por una parte, Paulina no comprende ni comparte el entusiasmo y la entrega de Ernesto a la causa republicana, que ella identifica más o menos con el avance del comunismo en Europa. Esto les distancia, y Ernesto se vuelve silencioso y taciturno ante su esposa. Por otra parte, acaba de conocer en Key West a una joven periodista de St. Louis, Martha Gellhorn, una rubia llamativa,

En 1956 fallecía en su casa de Madrid el gran novelista vasco Pío Baroja, un apasionado de la aventura, poseedor de un estilo sencillo y directo. Sin duda, era el escritor que más se acercaba a la visión que del mundo y de la literatura tenía Hemingway. El novelista americano pasaba por entonces unos días en España, y aceptó la sugerencia de su amigo y cicerone José Castillo-Puche de visitar a Baroja, ya muy enfermo y casi sin uso de razón.

Castillo Puche y Hemingway llegan al domicilio de Pío Baroja

Pío Baroja, enfermo, recibe a Ernest Hemingway.

inteligente y desenvuelta, que viene también a Madrid como corresponsal de la revista americana *Colliers.* Al encontrarse de nuevo Ernesto y Martha en Madrid surge el romance. Al terminar la guerra, ya no volverá a vivir con Paulina, sino que se establece en La Habana, en el hotel Ambos Mundos. Cuando en 1940 consigue el divorcio, se casa con Martha y compra en San Francisco de Paula, en los alrededores de La Habana, una hermosa finca, *Finca Vigía,* en la que se establece con Martha y que será ya su residencia favorita hasta que en 1960 las persecuciones de que Fidel Castro hace objeto a los americanos le obligan, moralmente, a abandonar *Finca Vigía* y establecerse en Ketchum (Idaho).

«Papá»

Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial, Hemingway siente de nuevo la llamada de su espíritu aventurero y apasionado por la causa de la libertad y de la justicia entre los pueblos. Lo primero que hace es solicitar permiso del

Baroja murió poco después de la visita de Hemingway, y éste asistió a su entierro en el Cementerio Civil de Madrid. Eran todavía años duros para la cultura española, y aunque el escritor vasco había vivido al margen de casi todos después del final de la guerra, convocó en su despedida a muchos de los intelectuales y escritores del país. Bajo estas líneas, uno de los hijos del filósofo Ortega, el doctor Miguel Ortega Spottorno, conversa con Hemingway.



En el entierro, con Miguel Ortega Spottorno.

Hemingway fue uno de los novelistas más utilizados por el cine. Su estilo conciso y la agilidad de sus diálogos se acercaban al tono de los buenos guiones; sus argumentos, además, transcurrían casi siempre en lugares exóticos, que hacían inevitable la aventura. Los resultados de las adaptaciones no fueron, sin embargo, muy buenos. Una de las más famosas fue la de Por quién doblan las campanas*, en la que Gary Cooper encarnó al héroe Robert Jordan.*



Con Gary Cooper

El viejo y el mar*, la última de sus obras importantes, convenció a la Academia sueca, y Hemingway pudo recibir sonriente en su casa cubana las felicitaciones por la concesión del Nobel. Como era lógico, también llegó una propuesta desde Hollywood para llevar el relato al cine, protagonizado por Spencer Tracy. El resultado no gustó a casi nadie porque la cámara se mostró incapaz de transmitir al espectador la tensión, la lucha y el coraje del viejo pescador ideado por Hemingway.*



Con Spencer Tracy



embajador de los Estados Unidos en La Habana para artillar y preparar con toda clase de aparatos sofisticados de comunicación su yate *Pilar*, con el cual se dedica a la caza de submarinos alemanes en el Caribe. Esta misión, que le hizo vivir momentos de gran excitación, no tuvo demasiado éxito, pero le valió un certificado de «servicios prestados» extendido por el Departamento de Estado. Pero la guerra es para Ernesto, ante todo, nostalgia de las vanguardias, de los cuarteles generales, del meollo donde se cuece la acción y la victoria. Así, en 1944, de nuevo como corresponsal de guerra de *Colliers*, se marcha a Inglaterra dispuesto a seguir los acontecimientos bélicos lo más cerca posible. Su esposa Martha era también corresponsal del *Colliers*, pero Ernesto era jefe de corresponsales, lo cual le convertía en jefe de su propia esposa. Esto le sentó muy mal a Martha, que era muy independiente y se consideraba como periodista tan buena como Ernesto, o mejor. Las relaciones entre ambos se hacen tensas.

Recién llegado a Londres, Ernesto, después de una fiesta, sufre un accidente de coche del que resulta gravemente herido. La prensa de todo el mundo dio la noticia de su muerte, y Martha, que se encontraba en el frente italiano, acude a Londres apresuradamente. Al encontrarse a su marido en el hospital, con la cabeza vendada, se burla de él: «He aquí —le dice— al gran soldado "papá Hemingway" que se parte la cabeza en una noche de juerga.» Discuten, se insultan. Ernesto comprende que ya no hay amor entre ellos. Pero, entretanto, había conocido a otra periodista americana, distinguida, ingeniosa y dulce, Mary Welsh, con la que iniciará un nuevo romance durante la Segunda Guerra Mundial. Cada guerra, un nuevo amor. Mary Welsh era corresponsal en Londres de las prestigiosas revistas *Time* y *Life*. Durante la convalecencia de Ernesto en el hospital lo visita varias veces y le compensa del despego de Martha. La amistad se transforma muy pronto en enredo amoroso, y Mary Welsh se convertirá, después de la guerra, en la cuarta y última señora Hemingway.

Ya en Francia, después del desembarco, aunque sigue enviando crónicas como un corresponsal, sobrepasa su condición de tal, se hace beligerante, organiza a los partisanos franceses, sirve de enlace entre las tropas aliadas y las compañías de partisanos que se van constituyendo y llega a tener su propio ejército de lo que él llama «tropas irregulares». Lleva grandes barbas, va vestido como un soldado y da órdenes como un general. El 2 de agosto, cinco días antes de que París sea liberado, Ernesto se instala con sus «irregulares» en Rambouillet, mucho antes de que llegaran las tropas del general Leclerc. Cuando el general Leclerc llega a Rambouillet,

le manda llamar, le echa un rapapolvo y le dice que no quiere saber nada de «tropas irregulares». Ernesto le escucha, pero no le hace caso. Consideraba injusto que los partisanos, que habían llevado la resistencia con riesgo de sus vidas y numerosos actos de valor, tuvieran ahora que ir detrás del general Leclerc o de cualquier otro general. Así que él, con sus «irregulares», decide entrar en París antes que nadie y así lo hace. Los guerrilleros le obedecen, le llaman «papá» y le siguen. Entran en París antes que el ejército regular, y Ernesto, con sus amigos, se instala en la mejor *suite* del hotel Ritz de París. Esta actitud rebelde estuvo a punto de costarle un consejo de guerra, pero su nombre, su fama y sus servicios indudables hicieron que se le perdonase todo.

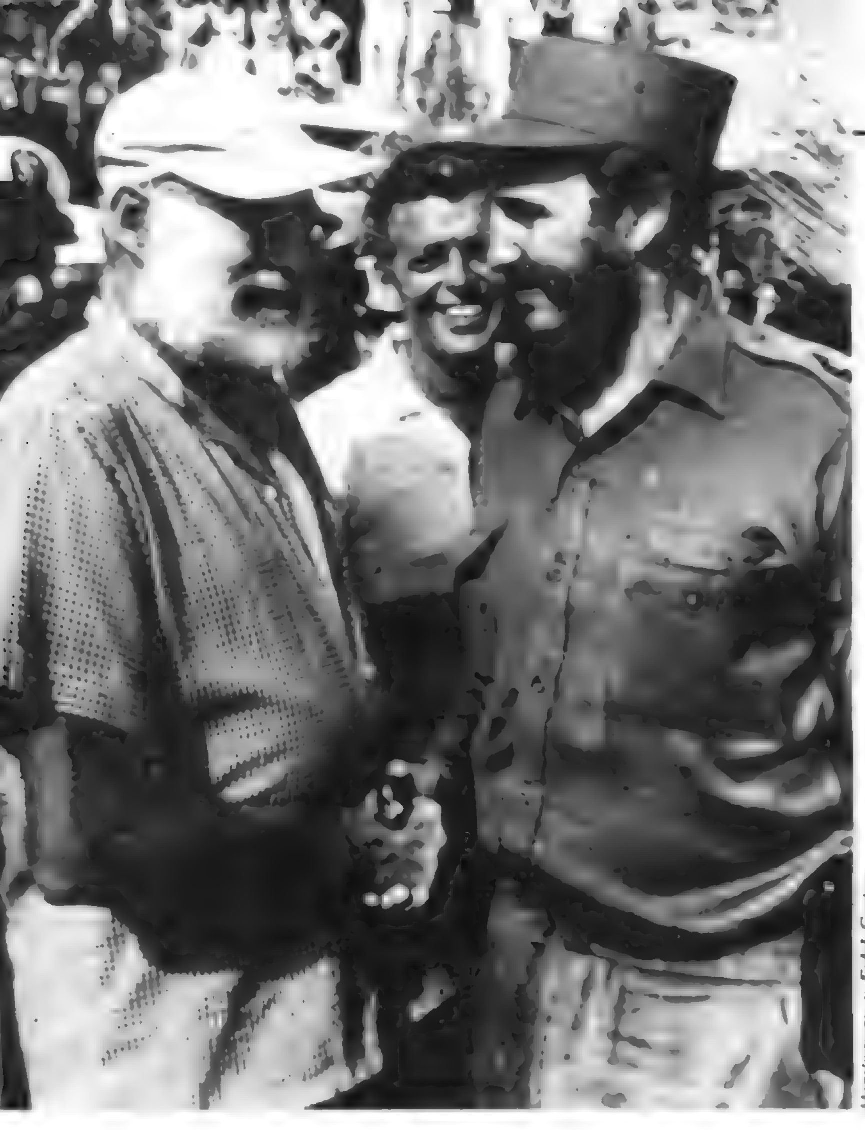
El viejo y el mar

Después de la guerra se instala con su nueva esposa en *Finca Vigía* otra vez. Pero por esta época comienza a fallarle su salud: demasiado alcohol; el hígado se resiente y lo mismo el sistema nervioso. Por otra parte, lleva diez años casi sin publicar nada. Necesita darse a sí mismo una prueba de que no está agotado; pero para escribir de nuevo necesita a Europa, y parte hacia Italia con su esposa Mary. En Cortina d'Ampezzo comienza a escribir *Al otro lado del río y entre los árboles,* bajo la inspiración de un nuevo amor que estuvo a punto de hacer naufragar su cuarto matrimonio. Se trataba esta vez de una jovencita de diecinueve años —cuando él ya tenía bien cumplidos los cincuenta—, llamada

Aunque se necesita un buen esfuerzo de imaginación para convertir a Ingrid Bergman en una joven guerrillera española, la personalidad de la actriz dignificó a la protagonista de Por quién doblan las campanas, *tan diluida en el aguado guión que Hollywood extrajo de la novela de Hemingway.*



Hemingway, Ingrid Bergman y Charles Boyer.



Hemingway y Fidel Castro



Posando para el escultor Toni Lucarda.

Durante los primeros meses de gobierno castrista en Cuba, Hemingway fue tratado por el nuevo régimen como un invitado especial, y recibió homenajes e incluso la visita del propio Fidel. Pero la situación de la colonia norteamericana en la isla se deterioraba día a dia, por lo que el escritor tuvo finalmente que hacer causa común con sus campatriotas y trasladar su hogar a los Estados Unidos.

Adriana Ivancich, de familia aristocrática, católica devota, dulce y romántica. Ella sería la protagonista de la nueva novela, y gracias a la sabiduría y a la paciencia de Mary este amor se quedaría en una relación platónica y paternal. Sin embargo, el amor de Adriana tuvo un gran influjo en la obra posterior de Ernesto.

Al otro lado del río y entre los árboles, la novela italiana que refleja el amor otoñal de Ernesto por Adriana, no tuvo apenas éxito y más bien fue un fracaso de crítica. Sin embargo, Ernesto demostraría muy pronto que no era un novelista agotado cuando en 1952 publica *El viejo y el mar,* primero en la revista *Life* y después en libro. El éxito de esta breve novela no tuvo precedentes ni en América ni en Europa. La revista *Life* llegó a vender cinco millones de ejemplares, lo cual constituyó un lanzamiento extraordinario para el libro. Hemingway recobra con este librito su popularidad un tanto apagada, pero además de famoso se convierte en una figura reverenciada para los pescadores de Cuba; las gentes humildes le besan por la calle, se dice que el traductor de la obra al italiano bañaba su traducción en lágrimas, su imagen aparece en las portadas de todo el mundo... Es el gran triunfador.

El gobierno de Cuba le concede una medalla honorífica «en nombre de los pescadores cubanos», recibe el premio Pulitzer y el Nobel por esta obrita. Pero, además, rápidamente esta novela es llevada al cine con el actor más famoso de Hollywood como protagonista: Spencer Tracy.

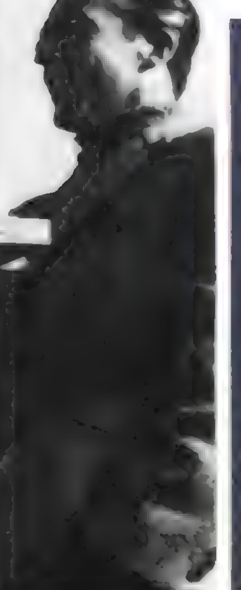
Eufórico por este éxito y por la resurgida popularidad, Ernesto, con su esposa Mary, organiza un nuevo safari en Africa, y de paso viene a España por primera vez después de catorce años. Asiste una vez más a los Sanfermines y conoce al gran maestro del toreo de los años cincuenta Antonio Ordóñez, hijo del Niño de la Palma, a quien Hemingway había admirado tanto en los años veinte.

Su entusiasmo por el torero tomará forma en una serie de artículos para *Life,* titulada *El verano sangriento,* donde intenta captar la epopeya de la fiesta y de lo que él cree rivalidad entre Ordóñez y Dominguín. Pero son un fracaso, y su viuda no permite que aparezcan como libro.

Hacia el final

Es precisamente en España donde busca encontrar en el recuerdo del pasado un motivo para seguir viviendo; pero su espíritu y su cuerpo

El novelista americano John Dos Passos sostuvo en sus memorias que la fama y el éxito acabaron por cambiar a Hemingway. Lo sospechó, nos dice, un día en que éste se enfadó al ver cómo Dos Passos lanzaba despreocupadamente su sombrero sobre un busto que presidía la entrada en Finca Vigía.







Tras el anuncio del premio Nobel recibe a la prensa

están enfermos: sufre de crisis nerviosas y hasta de manía persecutoria y de *delirium tremens;* tiene diabetes, cirrosis y cáncer de piel. En España se aferra a la vida, visita a su viejo médico español, el doctor Medinaveitia; pero la terapéutica que el doctor le impone es inaceptable para él: nada de alcohol. Todavía en 1960 vuelve a España, es más, se niega a irse de España. Pasa largas temporadas en la finca de un amigo suyo, en Málaga. «España no es tierra para morir», había dicho, y quizá por ello se aferraba a esta tierra. Finalmente, después de varios aplazamientos, consiente en salir hacia Nueva York en un avión nocturno, en el que —decía— no pudieran reconocerle. Su delirio de persecución le hace ver agentes de policía por todas partes. Ya en el avión, inquieto y nervioso, mira a todas partes. En un momento en que la azafata pasa hacia las cabinas, va hacia la puerta del avión e intenta abrirla. La azafata lo impide a tiempo. Es su primer intento de suicidio.

Ya en Nueva York, su enajenación y su locura se hacen cada vez más evidentes. Con el pretexto de que tiene que curarse del hígado, consiguen internarle en la clínica Mayo, en Rochester. Antes de ser internado intenta suicidarse en su casa de Ketchum. En la clínica recibe un tratamiento de electrochoque. Para evitar la publicidad sobre su enfermedad se le ingresa bajo el nombre falso de míster Saviers.

A los pocos meses le dan de alta y regresa a su casa de Ketchum; pero de nuevo intenta suicidarse. Entonces su esposa Mary llama urgentemente al médico amigo doctor George. Otra vez le ingresan, en esta ocasión en una habitación de seguridad. Pasan varios meses, finge que está curado y se muestra muy dócil... De nuevo le sacan de la clínica y vuelve a Ketchum con Mary. Pero esta vez consigue llegar hasta las llaves de la sala donde se guardan las armas, mientras Mary duerme. El 2 de julio de 1961, sólo unos días antes de los Sanfermines, para cuyas corridas tenía entradas, se quita la vida con una de sus escopetas favoritas.

Vivir en el peligro y sobre el peligro había sido su ideal, una búsqueda permanente del riesgo en desafío constante con la muerte; pero enfermo de orgullo, de alcohol, de romanticismo y de frustraciones del espíritu, acosado finalmente por los dolores físicos, hizo de su muerte la violencia suprema, esa violencia que tanto le había atraído en los frentes de combate, en los ruedos, en la selva africana, en la pesca de altura, y que con tanta fidelidad y belleza supo trasladar a las páginas de sus libros.

J. C.-P.

El viejo y el mar *es casi con seguridad el libro más leído de Hemingway, aunque no el mejor. «Lo escribí —comentó a los periodistas— para conseguir dinero para mis viajes a África. Estaba en la ruina.» La década de los cincuenta no fue buena, al menos desde el punto de vista literario, para el escritor, que veía día a día disolverse su vigor y su inspiración. Al margen de los valores humanos que se desprenden de* El viejo y el mar, *muchos críticos la consideran como una buena imitación de Hemingway hecha por Hemingway.*



Bajorrelieve egipcio

LA VACUNA ANTIPOLIOMIELITICA: UN RETO A LA MEDICINA

EN pleno siglo XX, cuando la revolución tecnológica empezaba a anunciar las grandes transformaciones de nuestro mundo, el hombre de la calle vivía preocupado por la reiterada aparición de una grave enfermedad: la poliomielitis. Las secuelas que dejaba en el cuerpo humano —atrofia muscular, parálisis, etc.— parecían retar a la ciencia médica. ¿Por qué no se atajó antes este mal? ¿Acaso no se conocía en siglos anteriores?

Numerosos investigadores intentaron encontrar el remedio. Sin embargo, hasta la década de los cincuenta no se preparó la primera vacuna, que algo más tarde fue perfeccionada. Inmediatamente, una campaña de vacunación sistemática desarrollada en la mayoría de los países del orbe contribuyó a erradicar esta temida enfermedad.

Pilar Collar, especialista en temas de divulgación científica, analiza las causas de la poliomielitis y el descubrimiento de su vacuna.



El doctor Jonas E. Salk vacuna a un paciente

El camino hacia la ciencia

Desde los albores de la humanidad, la medicina ha estado íntimamente ligada a la historia de las civilizaciones creadas por el hombre. Mágica y sacerdotal en un principio, no adquiere un verdadero carácter científico hasta la adopción de la observación y la experimentación como métodos de trabajo.

Sin embargo, desde los tiempos más remotos han existido sabios que se han visto atraídos por el maravilloso funcionamiento del cuerpo humano y que han estudiado y analizado los fallos del engranaje de esta «máquina», considerada como la más perfecta de todas. Nuestra medicina rinde hoy culto a hombres como Hipócrates, Galeno de Pérgamo, Paracelso, Miguel Servet, Pasteur, Ramón y Cajal, Barnard, etc.

En esta interminable lista de agradecimientos debemos incluir a los doctores Jonas E. Salk y Albert Sabin, cuya labor y dedicación hicieron posible la erradicación de una de las enfermedades más temidas en la primera mitad de nuestro siglo: la poliomielitis.

Ciudadanos de segunda clase

Mientras gran parte de las enfermedades bacterianas causantes de graves estragos entre la población, como la difteria, habían remitido en la primera mitad del siglo XX, la incidencia de la parálisis infantil se triplica en el período de treinta años, mostrando índices elevados en 1927, 1932, 1938, 1947 y 1952, sobre todo en los países más desarrollados.

Las consecuencias derivadas de la reiterada presencia de la enfermedad de Heine-Medin —nombre que también recibe la poliomielitis por la contribución de estos dos científicos a su conocimiento— son numerosas. Desde el punto de vista humano, gran número de personas se verán impelidas a sentarse en una silla de ruedas para el resto de sus días, a usar un respirador artificial, o, en el mejor de los casos, a desarrollar una actividad física mermada por la parálisis de alguno de sus miembros.

Además, su vida transcurrirá en un medio hostil, resultado de una sociedad en la que no cuentan las minorías. Se puede hablar de marginación en todos los aspectos, desde la consecución de un trabajo al simple hecho de pasear por las calles de una ciudad.

Desde el punto de vista económico, se hizo necesario dedicar grandes sumas de dinero a la rehabilitación e integración social de los afectados. Pero ni en todos los países se prestó esta ayuda económica, ni en la mayoría de los casos fue suficiente.



Las primeras noticias acerca de la poliomielitis se remontan al antiguo Egipto, o quizás antes, y, sin embargo, no se trató de atajar este mal hasta la segunda mitad del siglo XIX y, sobre todo, en la primera del XX. La razón es sencilla: esta enfermedad no supuso un grave problema médico a nuestra civilización hasta que el desarrollo de las medidas higiénicas en la mayoría de los países del orbe favoreció la extensión de la poliomielitis.

Desde una perspectiva médica, la erradicación de la poliomielitis suponía un reto. Numerosos investigadores dedicaron sus esfuerzos a intentar explicar el origen de esta grave enfermedad que producía la atrofia de determinados músculos del cuerpo humano.

La clave del enigma parecía estar en dos interrogantes fundamentales: ¿Qué tipo de organismo viviente producía la enfermedad?, y ¿a qué se debía su mayor incidencia en los países más desarrollados? La respuesta al primero la dieron Levaditi, que determinó que se trataba de un virus; Landsteiner y Popper, que demostraron su carácter contagioso, y los investigadores americanos, que identificaron las tres cepas del virus responsable de la enfermedad.

Pero quedaba explicar por qué la poliomielitis causaba mayor número de enfermos entre la población de los países más desarrollados, y para ello era necesario conocer la evolución de la enfermedad a través de la historia.

Jonas E. Salk y D. Eisenhower.

Una enfermedad del mundo contemporáneo

Tal como se desprende de algunas obras de arte del mundo antiguo, la poliomielitis ya debía de ser conocida en aquella época. ¡Quién iba a imaginarse que el legendario Egipto conociera este mal! Sin embargo, una estela egipcia nos muestra la atrofia de la pierna derecha de un servidor del templo de la diosa Istar, producida, seguramente, por la poliomielitis.

A pesar de esta representación egipcia, faltan datos escritos que confirmen la existencia de la enfermedad, y aunque se conocen algunos casos aislados —la cojera del célebre escritor Walter Scott fue consecuencia, sin duda, de la poliomielitis—, la enfermedad de Heine-Medin no fue un grave problema médico de nuestra civilización hasta la segunda mitad del siglo XIX, y, sobre todo, en el siglo XX. La razón de este comportamiento histórico de la enfermedad se debe a que la extensión de las medidas higiénicas entre la población de los países más desarrollados —que había contribuido a erradicar gran número de enfermedades— favoreció, paradójicamente, la expansión del virus de la «polio».

En la antigüedad, toda la población, tarde o temprano, habría tenido contacto con ese virus. Las mujeres poseían anticuerpos contra él que protegían a sus hijos durante los cuatro o cinco

En la década de los cincuenta se produjeron muchos hechos de gran trascendencia para la historia de la humanidad. Uno de ellos fue, sin duda, la erradicación de una de las peores enfermedades de nuestro siglo: la poliomielitis, que fue comparada por algunos investigadores con el cáncer actual. A los doctores Salk y Sabin les cabe la gloria de haber preparado y perfeccionado la vacuna antipoliomielítica.



Doctor Albert Sabin.



Salk supervisa el proceso de elaboración.

primeros meses de vida. En este tiempo, y debido a que los virus de la poliomielitis estaban muy extendidos, los niños se infectaban; pero, al estar protegidos por los anticuerpos de la madre, lo que hacían era estimular el aparato inmunológico contra la enfermedad. La expansión de las medidas higiénicas impidió que los niños tuvieran contacto con la poliomielitis mientras estaban protegidos por los anticuerpos de sus madres, por lo que no podían inmunizarse. Pero, al finalizar este período, quedaban expuestos a la enfermedad, sin contar con ninguna defensa frente a ella.

Por todo esto podemos considerar la poliomielitis como una enfermedad del mundo contemporáneo, pues, si bien es verdad que tenemos noticias de casos aislados en épocas anteriores, su presencia epidémica no se hace sentir hasta hace poco más de un siglo.

El fin de la poliomielitis

El mundo, que vivía consternado ante la presencia de este mal, parece respirar en 1952. Es el año de la esperanza. Un desconocido doctor de origen norteamericano acaba de preparar la primera vacuna antipoliomielítica con virus muertos. Se trata de Jonas E. Salk, profesor de bacteriología en la Universidad de Pittsburgh (1947).

Sin embargo, una prueba hecha con esta vacuna suscita gran polémica al aparecer nuevos casos entre los vacunados debido a que en el proceso de inactivación de los virus por la acción de formol y de calor persistían virus vivos que podían producir la enfermedad. Sin desalentarse, Salk procede a la revisión de su vacuna, que, tras una primera administración experimental en 1954, fue autorizada en Estados Unidos en 1958. De aquí parten barcos cargados con la vacuna, que se dirigen a todos los rincones del orbe. Inmediatamente, los gobiernos de la mayor parte de los países se lanzan a una política de vacunación sistemática para erradicar el mal.

Con posterioridad, el también norteamericano Albert Sabin prepara una vacuna antipoliomielítica con virus vivos atenuados que se revela como la más adecuada al conferir una mayor y más prolongada inmunización. Es el fin de la enfermedad de Heine-Medin, que durante un siglo aterrorizó a la población mundial. Pocos descubrimientos médicos habían ayudado a combatir de manera tan radical una enfermedad. Por ello, la humanidad rinde hoy tributo a estos dos hombres, cuya entrega y dedicación hicieron posible que el mundo infantil quedara protegido contra una de las peores enfermedades que le aquejaban.

P. C.



Detrás de la enfermedad, en el mejor de los casos, quedaba la atrofia muscular de alguno de los miembros de los enfermos. Una lenta rehabilitación permitía recuperar parte del movimiento. Sin embargo, los afectados se veían obligados a vivir en un mundo donde apenas cuentan las minorías. Escalones en aceras y domicilios, teléfonos públicos colocados excesivamente altos, etc., les impedían el desarrollo de una vida normal. No obstante, el esfuerzo y el tesón de la mayoría de los poliomielíticos lograban resultados en ocasiones sorprendentes.

CRONOLOGIA

Política internacional

La República Federal Alemana es reconocida por los acuerdos de Londres como el único gobierno alemán libre y organizado conforme a derecho.
Pacto de los Balcanes: tratado de alianza que asegura la asistencia militar y la integridad territorial entre Grecia, Yugoslavia y Turquía.
Eamon de Valera, presidente del Consejo de Ministros de Irlanda, es reemplazado por John A. Costello.
En la Conferencia Interamericana de Caracas se condena el comunismo.
El senador McCarthy continúa con su caza de brujas, aunque finalmente sus métodos son censurados por el Senado americano.
Egipto permite la navegación libre en el canal de Suez, pero con la condición de que en caso de guerra pueda ser ocupado nuevamente.
Alemania es admitida en la OTAN.
En Argentina triunfa el partido gubernamental de Perón en las elecciones parlamentarias.
Nasser se coloca a la cabeza del gobierno egipcio tras la dimisión de Naguib.
Los franceses son derrotados en Indochina. Francia concede la soberanía total a Camboya.
En Argelia empieza un levantamiento de grupos nacionalistas árabes.
En la Conferencia de Ginebra se acuerda la partición de Vietnam a lo largo del paralelo 17.
Se hace pública la instalación de bases militares norteamericanas en España.
Se crea la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO).
Llegan a Vietnam los primeros soldados norteamericanos.
Fallece Alcide de Gasperi, ex presidente del Consejo de Ministros italiano.

Sociedad

La Unión Soviética se adhiere a la UNESCO.
La Corte Suprema de Estados Unidos aprueba la abolición de la segregación racial en las escuelas.
Franco se entrevista con don Juan de Borbón.
Llegan a Barcelona, a bordo del Semíramis, los prisioneros de la División Azul.
Gran campaña contra el tabaco; se relaciona directamente con el cáncer de pulmón.

Economía

Milagro económico alemán: la producción se ha duplicado en comparación con la de 1936.

Ciencia y tecnología

Estados Unidos bota el primer submarino atómico, Nautilus, equipado con motor nuclear.
Primer vuelo del avión de despegue vertical.
En Dinamarca son descubiertas dos momias de la Edad del Bronce en un excepcional estado de conservación.
El comandante Houot y el ingeniero Willmont baten el récord de profundidad (4.050 metros) a bordo de un batiscafo.
Comienza la vacunación masiva antipolio Salk en Estados Unidos.

Sucesos

En Río de Janeiro, el hijo del presidente Vargas es acusado de participar en un atentado contra el periodista de la oposición Lacerda. Una semana más tarde, el presidente del Brasil dimite y se suicida.
La explosión de la segunda bomba de hidrógeno norteamericana produce efectos radiactivos a pescadores japoneses del Pacífico occidental.
Mil hindúes mueren en el Ganges pisoteados por la multitud.

Llegan a Barcelona los prisioneros de la División Azul.



Picasso: Retrato de Silvette.

Giovanni Guareschi (autor de Don Camilo) *es condenado a un año de cárcel y al pago de 100.000 liras por haber difamado a De Gasperi.*

Deportes

Federico Martín Bahamontes, rey de la montaña en el Tour de Francia.
Juan Manuel Fangio, campeón del mundo de automovilismo.

Literatura

Ernest Hemingway: premio Nobel
Simone de Beauvoir: Los mandarines.
Françoise Sagan: Bonjour tristesse.
Gilbert Cesbron: Perros perdidos sin collar.
John Ronald R. Tolkien: El señor de los anillos.
William Golding: El señor de las moscas.
Mueren Colette y Jacinto Benavente.

Cine

Renato Castellani: Romeo y Julieta.
Elia Kazan: La ley del silencio.
Akira Kurosawa: Los siete samurais.
Federico Fellini: La strada.
John Ford: Mogambo.
Otto Preminger: Río sin retorno.
Luigi Comencini: Pan, amor y fantasía.
Oscar a Grace Kelly por La angustia de vivir.
Oscar a Marlon Brando por La ley del silencio.
Muere Lionel Barrymore.

Teatro

Terence M. Rattigan: Mesas separadas.

Música

Aaron Copland: The Tender Land.

Pintura y escultura

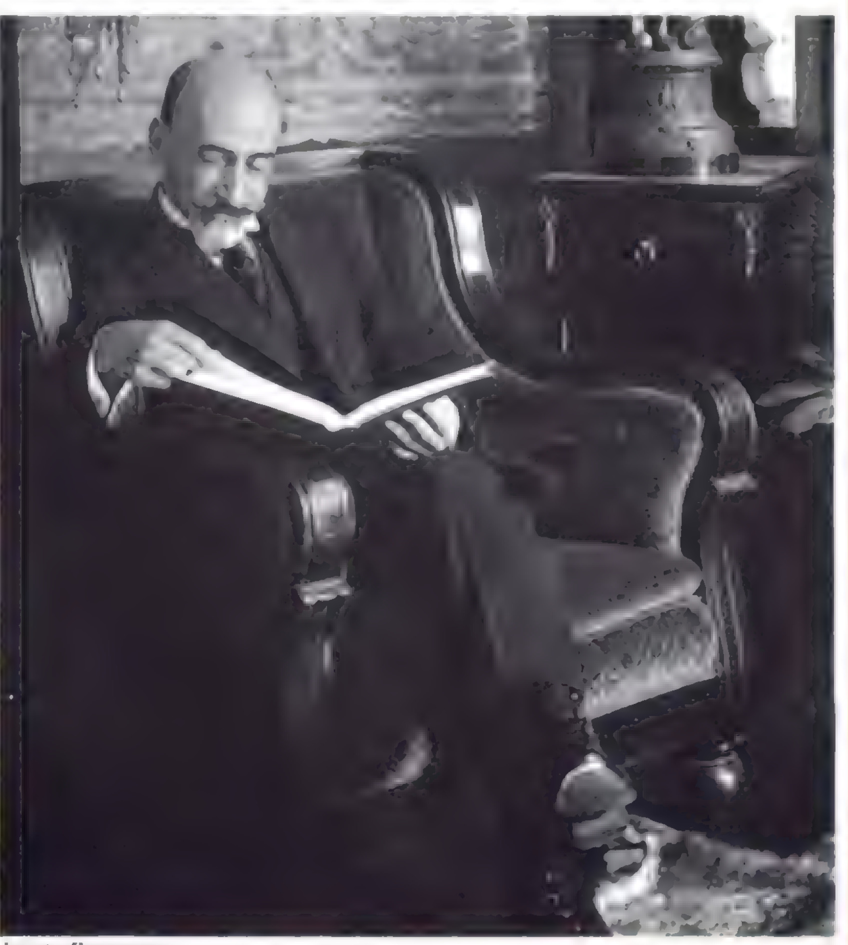
Robert Motherwell: Elegía a la XXXIV República española.
Giacomo Manzu: Gran cardenal de pie.
Pablo Picasso: Retrato de Silvette.
Salvador Dalí: Desnudo de mi esposa.
Gran premio de la Bienal de Venecia en pintura, escultura y artes gráficas a Ernst, Arjo y Miró, respectivamente.
Muere Henri Matisse.

Arquitectura

Carlos Lazo: Ciudad universitaria de México.



Giacomo Manzu: Gran cardenal de pie.



Jacinto Benavente.



Un misil de cabeza nuclear apunta a cada una de las ciudades importantes del mundo. Bastaría una sola orden y todos comprobaríamos lo que dos ciudades japonesas sufrieron hace casi cuarenta años. Sólo queda esperar que nadie dé el primer paso; mientras, los dos bloques engordan su arsenal definitivo y trasladan su conflicto al Tercer Mundo, alterado por permanentes guerras locales. Por un lado, la OTAN; por otro, el Pacto de Varsovia. Para unos, la libertad democrática frente al totalitarismo comunista; para otros, el capitalismo frente al socialismo. En el mapa, los Estados socialistas surgidos tras la Segunda Guerra Mundial. Todos ellos, a excepción de Yugoslavia, firmaron el Pacto de Varsovia, del que tres años después se desvincularía Albania.

EL PACTO DE VARSOVIA

EL Pacto de Varsovia, firmado por ocho países socialistas en 1955, es en la actualidad una de las máquinas bélicas de la tierra y constituye, junto a la OTAN, uno de los grandes organismos militares que, en las últimas décadas, alimentan la política del «equilibrio del terror», mediante la que las grandes potencias se disputan el control mundial y ponen a la humanidad al borde del aniquilamiento definitivo.

Esta impresionante máquina militar es también, desde su propia óptica, el aparato defensivo del sistema socialista frente a lo que denominan «el imperialismo capitalista», y, en no menor medida, el brazo armado de la URSS para mantener la forzada cohesión de los países de su área de influencia.

Fernando Reigosa, licenciado en Historia, analiza la estructura del Pacto de Varsovia y su papel en la política internacional de nuestros días.

1955




Las tropas del Pacto durante unas maniobras en la Alemania del Este

El Pacto por dentro

El Pacto de Varsovia se fundó en un momento en que la guerra fría alcanzaba su apogeo, como respuesta del bloque socialista a la constitución de la OTAN y, en especial, al ingreso en la misma de la República Federal Alemana y tras las inútiles pretensiones de la URSS de abrir conversaciones con vistas a una posible integración de la propia URSS en la OTAN, con el fin de arbitrar un dispositivo general de seguridad europea carente del marcado antisovietismo que, desde su fundación, ha caracterizado a la Alianza Atlántica. El Pacto es, pues, una creación posterior a la época de Stalin, que siempre fue partidario de reducir los ejércitos de los países aliados de la URSS a un papel que no iba mucho más allá del de gendarmes interiores.



Bulganin firma el Pacto de Varsovia en 1955

El Pacto de Varsovia se firmó en mayo de 1955. En la forma era un acuerdo de amistad firmado por Estados soberanos; en el fondo, una alianza militar de la Unión Soviética con sus países satélites, como respuesta a la aparición de la OTAN y al fracaso de los intentos moscovitas de entrar en ella. Desde entonces, los dos bloques aumentan su potencial bélico y lo justifican por estrictas razones defensivas, entre acusaciones mutuas de incumplimiento de los acuerdos de control de armamento.

PACTO VARSOVIA

943.000 soldados

21.000 carros

4.055 aviones de combate

OTAN

626.000 soldados

7.000 carros

2.350 aviones de combate

Datos de Abril 1979

Relación de fuerzas de las dos Alianzas en Centroeuropa.

El Pacto de Varsovia, cuya denominación completa es Tratado Colectivo de Amistad, Colaboración y Ayuda Mutua, se constituyó en Varsovia el 14 de mayo de 1955, suscrito por los jefes de gobierno de Albania (que se retiró del mismo en 1958), Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, la República Democrática Alemana, Polonia, Rumania y la URSS.

El Pacto consta, en su aspecto formal, de una breve exposición de motivos y de 11 artículos. En la exposición se indica la pretensión de los firmantes de lograr «un sistema colectivo de seguridad para Europa, con la participación de todos los Estados europeos, independientemente de su orden social o de gobierno, lo que permitiría combinar sus esfuerzos en interés de asegurar la paz en Europa».

Y en esta misma exposición de motivos se deja traslucir, en efecto, el temor ya indicado del bloque socialista al rearme alemán: «Tomando en consideración, además, la situación creada en Europa consecuente a la ratificación de los acuerdos de París, que prevén la formación de nuevas alianzas militares de la hechura de la Unión Occidental Europea y con la inclusión de una Alemania occidental remilitarizada en el bloque del Atlántico Norte, lo que aumenta el peligro de una nueva guerra y crea una amenaza a la seguridad de los Estados amantes de la paz.»

El preámbulo termina declarando que los Estados firmantes están «guiados por los principios y propósitos de la Carta de las Naciones Unidas».

A lo largo de los 11 artículos del tratado, sus miembros se comprometen a prescindir de la fuerza en sus relaciones internacionales y a resolver los conflictos por medios pacíficos (artículo 1.°); a participar en todas las negociaciones internacionales cuya finalidad sea salvaguardar la paz, reducir los armamentos y prohibir las armas nucleares (artículo 2.°); a establecer un sis-



Tanques soviéticos atraviesan Polonia

Considerar como «causa común» la defensa de «las conquistas del socialismo en cada país socialista» fue uno de los acuerdos a los que llegaron los firmantes del Pacto de Varsovia. Los sucesos húngaros de 1956 habían demostrado que el status de la Europa oriental podía verse alterado sin necesidad de una intervención exterior, por lo que se hizo necesaria la creación de una fuerza multinacional capaz de sofocar los brotes de rebelión. La Checoslovaquia de Dubchek comprobó su eficacia.



Zukov y Koniev con otros generales soviéticos

tema de consultas sobre problemas internacionales de interés común (artículo 3.°); a acudir en ayuda inmediata de cualquier miembro víctima de un ataque armado en Europa, dando cuenta inmediata de las medidas de ayuda tomadas al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (artículo 4.°); a establecer un mando combinado (artículo 5.°); a crear un Comité Político Consultivo para el adecuado desarrollo del tratado (artículo 6.°); a respetar el tratado, no firmando ninguno de sus miembros acuerdo alguno que lo contradiga (artículo 7.°); a desarrollar y fortalecer las relaciones económicas y culturales entre los miembros (artículo 8.°), y a mantener la alianza abierta a otros Estados (artículo 9.°). Los dos últimos artículos (10.° y 11.°) establecen las normas de ratificación y duración del Pacto.

La organización militar

A lo largo de los años el Pacto ha ido creando una complicada estructura, aunque su organización militar es quizás algo menos compleja que la de la OTAN, debido, entre otras razones, a la unidad geográfica de sus miembros.

El órgano superior del Pacto es el Comité Político Consultivo, establecido por el artículo 6.° del tratado y constituido por los secretarios de los partidos comunistas, los jefes de gobierno y los ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa de los países miembros. Tiene un secretariado conjunto y un comité permanente, radicados ambos en Moscú.

El Consejo de Ministros de Defensa es el organismo militar supremo del Pacto. Forman parte de él todos los ministros de Defensa de los Estados miembros, como comandantes generales de las fuerzas de sus países respectivos y, al mismo tiempo, como representantes del mando supremo del Pacto en su país de origen.

El Mando Supremo Combinado es el órgano decisorio en el plano estrictamente militar. Constituido en 1956, se encuentra en Luov, Rusia occidental, desde 1972. Está formado por un comandante en jefe y un consejo militar e integrado por un general de cada país. Su misión es fortalecer la capacidad defensiva del Pacto, preparar los planes militares y dirigir, controlar y desplegar las fuerzas en caso de guerra. En tiempo de paz es el centro a través del que se transmiten las órdenes a las unidades.

GEORGI MAXIMILIANOVICH MALENKOV (Orenburg, Rusia, 1902)

Colaborador próximo de Stalin durante más de veinte años, Georgi Malenkov fue casi desde el principio de su carrera política el prototipo de «hombre del aparato» del partido comunista.

En la primavera de 1919 se alistó voluntario en el ejército bolchevique y a los pocos meses fue nombrado comisario político. Terminada la guerra, estudió en la Escuela Técnica Superior de Moscú, donde al mismo tiempo fue secretario de la Organización de Estudiantes bolcheviques. En 1930 pasó a ocupar la secretaría del Buró de Organización de Moscú, y en 1932 Stalin le nombró su secretario particular. Su conocimiento de la burocracia y de los mecanismos internos del partido le convirtieron en una de las piezas claves de las purgas de los años treinta. En 1939 fue elegido miembro del Comité Central.

Al ser invadida la URSS por Alemania, Malenkov consiguió igualar la potencia alemana en carros de combate en el frente ruso. En agosto de 1943, en plena retirada germana, fue nombrado responsable de la reconstrucción de las áreas devastadas.

Elegido miembro del Buró Político y vicepresidente del Consejo de Ministros en 1946, su estrella pareció declinar a raíz de unos enfrentamientos con Andrei Zhdanov, pero en 1948, posiblemente por su eficaz labor al frente de la Cominform, recuperó su puesto de secretario del Comité Central.

A la muerte de Stalin sucedió a éste como presidente del Consejo de Ministros. En 1957 fue acusado de participar en el «grupo antipartido» y expulsado del Presidium y del Comité Central. En 1964 se supo que había causado baja en el partido comunista.

VIACHESLAV MIJAILOVICH SKRIABIN (MOLOTOV) (Kukarka, Rusia, 1890)

Si hubiera que caracterizar la actividad política de Molotov a lo largo de su vida con un solo rasgo, éste sería la fidelidad absoluta a Stalin. Con él colaboró en la edición de *Pravda* desde su fundación, en 1912. Apoyó decididamente las opciones estalinistas en la lucha por el poder que siguió a la muerte de Lenin, y en 1956 fue el único dirigente de la vieja guardia que se negó a criticar al fallecido secretario general.

Estudió en la Escuela Politécnica de San Petersburgo y en la Universidad de Kazán. Militante bolchevique desde los dieciséis años, participó en la revolución rusa de 1905, y en los años siguientes, en los que fue detenido, deportado y consiguió fugarse en varias ocasiones, adoptó el seudónimo de Molotov. En 1917 jugó un gran papel como miembro del comité revolucionario de Petrogrado.

En 1921 fue elegido para el Comité Central del Partido Comunista, y en diciembre de 1925 pasó a ser el miembro más joven del Buró Político. En 1930 fue nombrado presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo (equivalente a primer ministro), desde donde supervisó la aplicación de los dos primeros planes quinquenales.

El 5 de mayo de 1939 se hizo cargo de los asuntos exteriores. Desde entonces, y durante diez años, fue el más caracterizado portavoz de la diplomacia soviética, tanto respecto a los alemanes (pacto germano-soviético) como a las potencias occidentales (conferencias de Teherán, Yalta, Postdam y San Francisco). En 1941 cedió a Stalin la presidencia del Consejo de Ministros y pasó a ser vicepresidente.

A la muerte de Stalin volvió a dirigir los asuntos exteriores, pero sus divergencias con Jruschov determinaron su cese en junio de 1956. En julio de 1957 fue acusado de haber formado el «grupo antipartido», eliminado del Presidium y del Comité Central y enviado como embajador a Mongolia (1957-1960) y después como representante de la URSS en la Agencia Internacional de Energía Atómica. En 1964 se supo que había sido excluido del partido comunista.

El organismo de trabajo del Mando Supremo Combinado es el Estado Mayor Conjunto, con las funciones informativas, operativas y organizativas tradicionales de un Estado Mayor. Está muy vinculado al Estado Mayor del Ministerio de Defensa soviético, hasta el punto de que el jefe de Estado Mayor del Mando Supremo Combinado ha sido siempre un general o mariscal soviético. De la importancia que tiene el Pacto de Varsovia dentro del aparato militar soviético da una idea el hecho de que el comandante supremo del mismo es uno de los tres primeros viceministros, a las órdenes directas del ministro de Defensa soviético.

Las fuerzas militares soviéticas en la Alianza se dividen en cuatro grandes grupos:

— el grupo septentrional, radicado en Polonia, con el cuartel general en Legnica;
— el grupo central, radicado en Checoslovaquia, con el cuartel general en Milovice, al norte de Praga;
— el grupo meridional, radicado en Hungría, con el cuartel general en Budapest-Matyasfold, y
— el grupo de fuerzas soviéticas en Alemania, que tiene el cuartel general en Zossen-Wünsdorf, cerca de Berlín.



Maniobras Soyuz-80. Misil tierra-aire

En caso de guerra, todas las fuerzas se subordinan operativamente al mando supremo soviético. También se centraliza en Moscú el mando de la defensa aérea que cubre el ámbito del Pacto, y la flota polaca y la marina popular de la RDA dependen operativamente del comandante general de la Flota Combinada del Báltico. Vemos, pues, que el control último de las fuerzas del Pacto de Varsovia está, indiscutiblemente, en manos soviéticas, cosa lógica si se considera el poderío industrial y militar de la URSS en comparación con el de sus aliados.

La estrategia del Pacto

Tal situación no viene dada únicamente por una cuestión de poder o dominación; diversos analistas militares occidentales insisten en que el Pacto de Varsovia presenta una cohesión superior a la de la OTAN, reforzada no sólo por la indicada preponderancia soviética, sino también por la unidad geoestratégica y la coherencia política del bloque socialista, basada en principios políticos comunes.

La estrategia del Pacto está basada en dos



La flota soviética en el Báltico

conceptos fundamentales: coexistencia pacífica y solidaridad internacional. Para el bloque socialista no hay alternativa posible a la coexistencia pacífica: «Coexistencia pacífica o guerra catastrófica» es una disyuntiva frecuentemente empleada por los dirigentes soviéticos. El deber de solidaridad internacional es el fundamento de la doctrina de la soberanía limitada, en nombre de la cual las tropas comunistas intervinieron en 1968 en Checoslovaquia y están prestas a hacerlo en todo momento. Su enunciado oficial es: «La defensa de las conquistas del socialismo en cada país socialista es la causa común de todos los países de este sistema.» De este modo, como ya quedó indicado, el Pacto viene a ser el brazo armado que, en último término, resuelve, en beneficio de la URSS, las tensiones graves que puedan surgir dentro del sistema.

Por otra parte, ni la URSS ni sus aliados admiten la posibilidad de una confrontación limitada. Tanto el mariscal Sokolovsky, en 1975, como G. Arbatov, en 1981, vuelven al planteamiento de que un conflicto con el bloque occidental no puede ser más que mundial y con utilización de armas nucleares.

Hay que destacar, por lo tanto, la importancia que tienen todos los esfuerzos encaminados a limitar la carrera de armamentos en el ámbito mundial, especialmente en el europeo en que se enfrentan OTAN y Pacto de Varsovia, enfrentamiento que en los últimos años se ha agravado notablemente con el despliegue norteamericano de los denominados «misiles de teatro» *Cruisse* y *Persin 2*.

La historia de los intentos de reducción de armamento y, por ende, de los efectivos de los dos bloques se remonta a noviembre de 1969 en que se iniciaron las SALT I (Strategic Arms Limitation Talks, Conversaciones para la Limitación de Armas Estratégicas), firmadas entre Nixon y Breznev en 1972 en Moscú. El acuerdo SALT II, al que se llegó tras complicadas negociaciones, fue firmado en Viena el 18 de junio de 1980, pero no ha entrado en vigor al no ser aprobado por el Senado norteamericano, con el consiguiente peligro para la distensión entre los bloques y la responsabilidad moral subsiguiente de no colaborar en una labor de desarme que aleje, aunque sea un poco, la amenaza de desaparición de la humanidad, a la que, indefensos e inermes, nos enfrentamos la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de nuestra época.

F. R.

Los países firmantes del Pacto de Varsovia cumplen la doble función de puente avanzado y chaleco antibalas de la Unión Soviética en el escenario europeo. Los centros de decisión se concentran en Moscú, y la jefatura militar de la organización es también de nacionalidad rusa. Europa se parece cada vez más a un tablero de ajedrez con fichas de mortífera potencia, y frente a la mezquindad con que las grandes naciones negocian la reducción de su armamento, sólo cabe esperanzarse ante el auge del movimiento pacifista occidental y la contestación antisoviética de la Europa oriental.



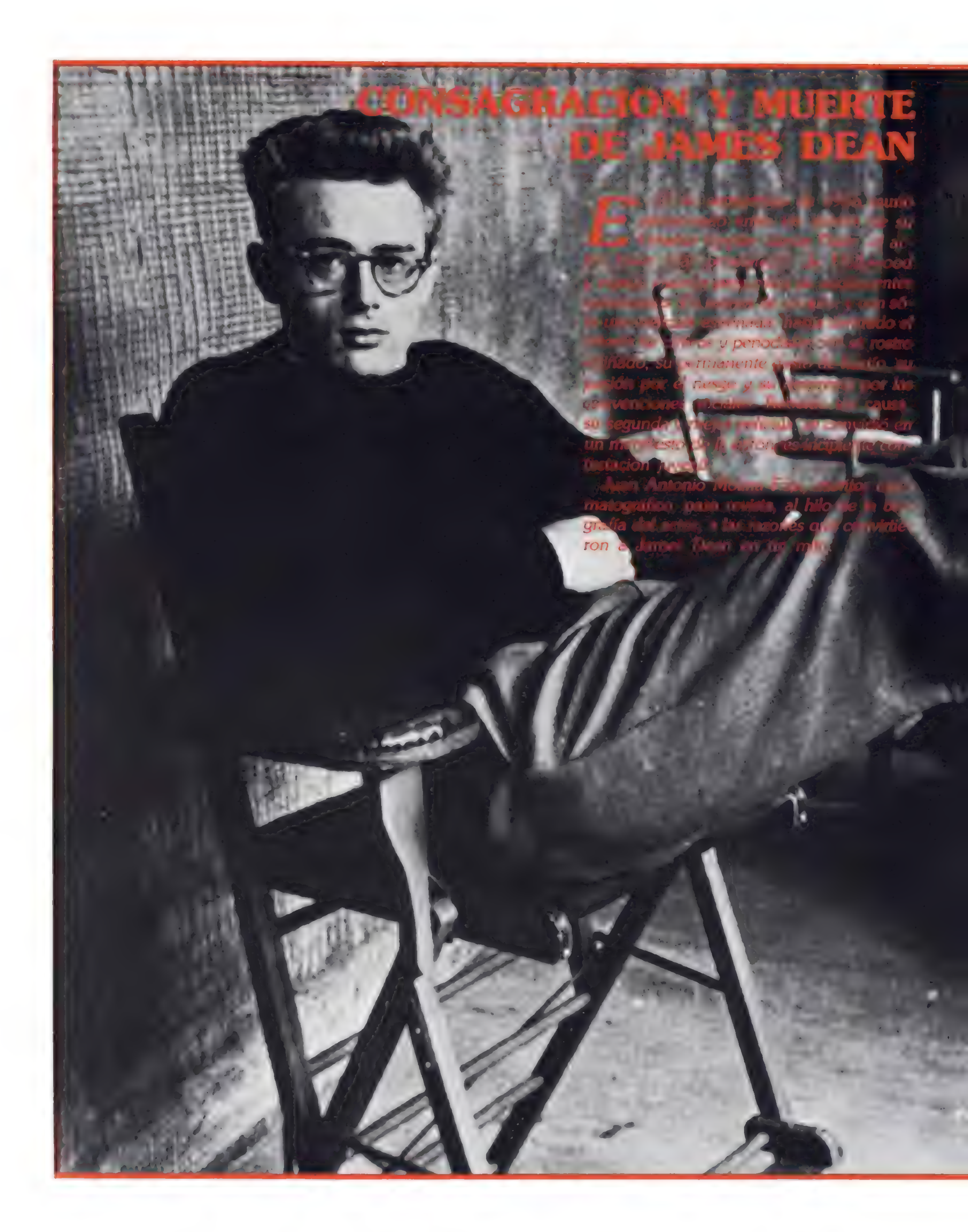
Lanzamisiles





Una embarcación Hovercraft

CONSAGRACION Y MUERTE DE JAMES DEAN



E[illegible] Hollywood [illegible] habían [illegible] periodistas [illegible] rostro aniñado, su permanente [illegible] su pasión por el riesgo y su [illegible] por las convenciones [illegible] causa, su segunda [illegible] en un manifiesto de la entonces incipiente contestación [illegible]

Juan Antonio Molina Foix, [illegible] matográfico, pasa revista, al hilo de la biografía del actor, a las razones que convirtieron a James Dean en un mito.

1955



Un rostro para una época

Coincidiendo con la génesis y el auge del *rock and roll* como eficaz arma juvenil de rechazo al mundo adulto, la década de los cincuenta encontró también en el cine un adecuado eco a los problemas generacionales surgidos entre los que fueron depauperados niños de la Depresión y sus flamantes, despreocupados y opulentos hijos de la era Eisenhower. El portavoz idóneo de esta rebeldía cinematográfica fue James Dean, no sólo por el estrecho vínculo que siempre existió entre su extraña personalidad y los papeles que le tocaron en suerte, sino sobre todo porque, al morir trágicamente en su bólido de competición, en pleno auge de su carrera y en la flor de la vida, su imagen quedó automáticamente preservada del desgaste físico y del manierismo del paso de los años, dando pie al fabuloso mito del eterno adolescente, que armonizaba por vez primera el iluso inconformismo *teenager* con el bien enraizado culto norteamericano al éxito.

Considerado equivocadamente en sus comienzos como un «nuevo Brando» más desaliñado, insociable y salvaje, James Dean corporeizó mejor que ningún otro en Hollywood al adolescente de su tiempo, incomprendido, atormentado y falto de afecto. Sacando excelente partido de la indefensión a que le condenaba su



Con Pier Angeli en el reestreno de Lo que el viento se llevó

endeble físico, y gracias a la prodigiosa expresividad corporal en que canalizaba los ritmos vitales de la época (música sincopada, velocidad, tensión, etc.), su retrato fue tan convincente como acabado. Temeroso e inseguro, sincero pero siempre a la defensiva, triste y solitario, tímido e insatisfecho, excéntrico y neurótico, Dean combinó magistralmente la insolente rebeldía de Marlon Brando con la patética vulnerabilidad y urgencia afectiva de Montgomery Clift, creando un arquetipo juvenil que era en sí mismo una respuesta a los irracionales temores adolescentes a crecer y adquirir responsabilidades.

La identificación con la juventud fue total. Colmando sus ansias de autenticidad, Dean fue a la vez su portaestandarte y el suministrador de sus nuevas señas de identidad, canalizadas en un conjunto de normas de vestir (*bluejeans*, cazadora, botas, rechazo de la corbata, etc.) que le permitían afirmarse frente a las hipócritas convenciones sociales del mundo adulto. Su imagen fue más allá del habitual culto al héroe propio del *star system* de Hollywood para convertirse en una institución aglutinadora de unas formas de vivir y de pensar radicalmente diferentes. Harta de trasnochados arquetipos heroicos, la juventud encontró en Dean a un ídolo a su medida, equivalente en cine a lo que Elvis Presley supuso en el *rock and roll* y de tan fulgurante ascensión como el célebre cantante sureño.

En menos de dos años y con sólo tres pelícu-

Era poco comunicativo, amaba la velocidad y sólo destacaba en la escuela como miembro de la compañía de teatro. De este mundo rural y provinciano pasó a Hollywood y luego a Nueva York; allí cumplió con las obligaciones de la fama, asistiendo a fiestas del brazo de jóvenes actrices. De entre ellas sólo quiso a Pier Angeli.



Huérfano a los nueve años



Dean era un apasionado de las motos.

las, Dean cimentó su inmensa y todavía perdurable fama, pese a morir violentamente el 30 de septiembre de 1955 en un cruce de carreteras de California, cuando sólo contaba veinticuatro años y aún quedaban por estrenarse *Rebelde sin causa,* su filme más significativo, y *Gigante,* su confirmación estelar. Con él desaparecía una de las más efímeras e inclasificables personalidades del cine americano, un nuevo tipo de actor sensible, vulnerable y diferente, cuyo poder de seducción era tal que —en palabras de François Truffaut— «todas las tardes podía matar a su padre y a su madre en la pantalla con la bendición del público».

La forja de un rebelde

Si el secreto de la milagrosa adecuación a sus personajes de las grandes estrellas de Hollywood suele residir, la mayoría de las veces, en una buscada similitud entre intérprete y papel, pocos han ofrecido como James Dean una imagen tan íntimamente unida a su propia existencia, de la que aquélla vino a ser una verdadera reflexión, a ratos lúcida y casi siempre patética. El futuro actor había nacido en 1931 en una pequeña ciudad industrial del Estado de Indiana, y su infancia fue tan conflictiva y frustrante como la de los personajes que años más tarde le inmortalizarían en la pantalla. Excesivamente mimado y protegido por su dominante madre, que imbuyó su mente de sueños artísticos, incitándole a tocar el violín o practicar ballet en lugar de alternar con otros chicos de su edad, cuando ésta murió, contando el niño nueve años, todo su mundo se vino abajo. Convertido casi en huérfano por la deserción de su padre, Dean pasó el resto de su infancia y buena parte de su adolescencia en una granja propiedad de unos tíos suyos. Allí se forjaría su pasión por el campo y los animales, y se incubaría su introversión y timidez al primer contacto con la cruel y hostil realidad del colegio, en donde nunca logró integrarse del todo, pese a destacar como deportista. Como el Cal Trask de *Al este del Edén* o el Jim Stark (nótese que es el mismo anagrama) de *Rebelde sin causa,* el drama de toda su vida fue —en palabras del director Nicholas Ray, posiblemente quien mejor le conoció— «un conflicto entre el deseo y el temor de darse..., una lucha entre su excesivo ímpetu y su gran desconfianza».

El Actor's

El descubrimiento casi simultáneo del teatro (gracias a una profesora de dicción que iniciaría su serie de relaciones materno-filiales con muje-

Dean murió entre los hierros de su Porsche Spider cuando se dirigía, en compañía de un amigo mecánico, a una carrera en Salinas. El otro coche no respetó el stop, y Dean, al intentar evitar el choque, se estrelló contra un poste, a más de 170 kilómetros por hora. La afición por las carreras de coches se la había inculcado un religioso, James De Werd, durante su infancia en Marion, y no le abandonó nunca, incluso cuando era ya un actor cotizado. Se limitaba, eso sí, a respetar la prohibición de los productores de no hacer locuras ni participar en carreras durante los rodajes.





Con Marlon Brando

Escena del rodaje de Rebelde sin causa

res de más edad) y las motos fue como una válvula de escape para su errática y solitaria adolescencia. Terminados sus estudios secundarios, hubo un intento de aproximación a su padre que le condujo a California, donde se matriculó en la universidad para estudiar leyes por sugerencia paterna. Pero la insalvable incomunicación entre padre e hijo y las escasas aptitudes de éste para el estudio frustraron los reconciliatorios planes familiares. Rotos sus últimos lazos con el padre, ya nada impediría a Dean hacer realidad sus viejas aspiraciones artísticas, ahora ya decididamente orientadas hacia la interpretación, prescindiendo de la música (además del violín tocaba otros instrumentos, como el clarinete y los bongos) o el baile.

Como todo principiante, sus comienzos fueron ciertamente difíciles: *spots* televisivos y papeles de extra en Hollywood. Nada que colmara sus ambiciones artísticas y sus ansias de éxito. Por consejo de un amigo cambió temporalmente de aires y se trasladó a Nueva York, donde pasó una corta estancia en el célebre Actor's Studio al no avenirse demasiado bien a la disciplina y seriedad de Lee Strasberg. Su encuentro con Jane Deacy, futura representante del actor, le abrió, sin embargo, las puertas de los estudios de televisión, en donde consiguió pequeños papeles en series dramáticas que cimentaron su reputación de «raro», por presentarse a los rodajes en vaqueros, sin afeitar y con unas botas agujereadas. Irónicamente, esa misma particularidad de su carácter y de su estilo interpretativo sería la que le proporcionaría sus primeros éxitos teatrales en Broadway, consiguiendo en 1954 el premio Perry a la «revelación del año» por su interpretación de joven criado árabe en la adaptación de *L'immoraliste,* de André Gide.

Todo estaba dispuesto para dar el salto a la fama. El director Elia Kazan, todavía recientes sus éxitos con Marlon Brando, se fijó en él y le eligió para el papel de uno de los hermanos de *Al este del Edén.* Antes de obtener el papel tuvo que competir con otro ilustre debutante (Paul Newman) y disipar las reticencias de los estudios Warner, que desconfiaban de la mala fama televisiva del actor y no eran partidarios de arriesgarse con rostros desconocidos. Gracias a la confianza y al apoyo de Kazan, James Dean volvió a Hollywood, entrando esta vez por la puerta grande. Y aunque la incertidumbre y las especulaciones rondaron los primeros días de rodaje augurando lo peor, cuando pudieron visionarse los primeros metros de película se disiparon todas las dudas. Al estrenarse la película meses después, ya en 1955, el público ratificó el veredicto. De la noche a la mañana, el joven Dean se convirtió en la más fulgurante estrella de Hollywood.

Meteórica ascensión

Al este del Edén (East of Edén, 1955), adaptación de un pequeño fragmento de la novela de igual título de John Steinbeck, impuso internacionalmente la fuerte personalidad de James Dean, hasta entonces prácticamente desconocido, excepto en la televisión americana. Pese a sus continuas disputas con Kazan en el plató, el director se prendó del inusitado trabajo del actor, y a lo largo del rodaje fue aumentando su papel hasta convertirlo en el centro de la película. Su interpretación de Cal Trask, el hijo «difícil» de un rígido puritano, mostró, como raras veces lo había hecho la pantalla, la imagen de un verdadero adolescente con los problemas, preocupaciones y anhelos propios de su edad. Su forma de caminar con las manos en los bolsillos y la vista baja; su habla atropellada y entrecortada, y su peculiar derroche de energía al escuchar (se estira, se revuelca por el suelo, hace flexiones...); sus modales hoscos, cual capa protectora contra su indefensión; su ingenua e impaciente búsqueda del halago de los mayores; su extremada confianza en sí mismo, como si siempre supiera exactamente lo que debe hacer y pudiera controlarlo todo; sus embestidas súbitas contra lo que se interpone en sus planes; tal fue el vívido retrato que Dean nos dejó de la



James Dean protagonizó tres películas, pero sólo pudo asistir al estreno de Al este del Edén, *rodada, paradójicamente, en la misma zona donde un año después iba a encontrar la muerte. Su interpretación a las órdenes de Kazan le convirtió fulminantemente en una estrella a la que todos comparaban con Marlon Brando. Poco después, y en colaboración más estrecha de lo normal, Dean rodó, a las órdenes de Nicholas Ray,* Rebelde sin causa, *un alegato juvenil que fijó ya para siempre su imagen de inadaptado en el pabellón de los grandes mitos. Su tercer gran papel se lo proporcionó* Gigante, *una superproducción en la que chocó muchas veces con el director George Stevens, que no veía con buenos ojos el estilo de Dean.*

Su tercero y último gran papel como protagonista de Gigante



James Dean, Film Actor, Killed in Crash of Auto

PASO ROBLES, Calif., Sept. 30 (AP)—James Dean, 24-year-old motion picture actor, was killed tonight in an automobile accident near here.

Morir a los veinticuatro años le evitó a James Dean envejecer. Su imagen es ya imborrable con el paso del tiempo. Le rodeó, además, de una leyenda, hoy débil pero aceptada por muchos en 1955, que aseguraba que el actor no había fallecido en el accidente. Desfigurado por el golpe, el actor viviría retirado en algún lugar de México, mientras en su tumba reposan los restos del mecánico que le acompañaba en el Porsche. Pero el testimonio del médico que dictaminó el fallecimiento y la presencia en Alemania del acompañante, recuperado del accidente, cortaron pronto las alas a la imaginación de los fans.

Dean vivió y murió en su papel de joven inadaptado

adolescencia inerme, cuyos trazos completaría inolvidablemente en su siguiente película *Rebelde sin causa (Rebel Without a Cause,* 1955), pensada y realizada exclusivamente en función suya.

El héroe de *Rebelde sin causa,* al igual que Dean en su vida privada, tenía serios problemas de comunicación con su resignado padre, que le impulsaban a vivir una absurda aventura, en compañía de otros dos desplazados (Natalie Wood y Sal Mineo), que terminará violentamente, en la mejor tradición americana de la búsqueda de la lucidez por un medio rápido y brutal. El director Nicholas Ray, mucho más afín al actor que Kazan, adaptó a las peculiaridades de Dean su historia sobre delincuencia juvenil, y con la ayuda del guionista Stewart Stern concibió lo que alguien ha definido como «la historia de una generación que se hace adulta en una noche». El mutuo entendimiento y compenetración entre director y estrella dio por resultado una de las mejores y más personales películas de Ray y la consagración definitiva de James Dean, interpretando manifiestamente su propio personaje con idéntica indumentaria. Su estreno póstumo favoreció su gran repercusión entre la juventud, convirtiéndose con el paso de los años en el principal asidero de la leyenda del más efímero y trágico de los rebeldes de Hollywood.

Su tercera y última película fue *Gigante (Giant,* 1956), y en ella se iniciaba un cambio importante en la carrera del joven actor: su recuperación para cualquier tipo de papeles con vistas a su integración en Hollywood, al igual que habían hecho con Brando. En lugar de un joven rebelde falto de afecto y comprensión, Dean incorporaba a un ambicioso y rudo peón que se convierte en un rico petrolero, solitario y borrachín. Curiosamente, esta interpretación, sobrecargada e histriónica (en la última parte de la película aparece maquillado de viejo con bigote, gafas oscuras y aspecto disipado), fue la más aplaudida por la crítica, la cual, pasado algún tiempo desde el aciago accidente, se había sumado con complacencia al creciente culto del actor.

Hoy en día cabe preguntarse lo que hubiera sido de su carrera, sujeto a los grandes intereses de los estudios y condenado irremisiblemente a hacerse mayor. O si su atormentada y clandestina vida privada, de cuyos fracasos huía presuroso con su bólido de carreras (que apodaba *Pequeño bastardo),* en el que encontró la muerte —otra vez la solución traumática— a 170 kilómetros por hora, hubiera sido compatible con la rígida moral imperante en Hollywood. En cualquier caso, aunque no fue el único ídolo juvenil que vivió frenéticamente y pereció de manera violenta en la carretera, ni la primera estrella de cine que desaparecía en plena gloria, su mito sigue todavía vigente hoy en día como la más original y compleja afirmación de individualismo y rebeldía que ha ofrecido el cine americano, que, según el escritor Terenci Moix, «personificó todo el despertar juvenil de los años cincuenta».

J. A. M. F.



Desde 1955, todos los 30 de septiembre se reúnen en torno a la tumba de James Dean grupos de jóvenes que desean honrar su memoria. Muchos de ellos pertenecen a los clubs de admiradores del actor, que aún perviven, y que mensualmente publican boletines con datos y anécdotas de su ídolo: otros acuden reclamados por el recuerdo de un personaje sorprendentemente vivo entre la juventud actual.

Política internacional

España ingresa en la ONU.
En Viena se firma el tratado del Estado austriaco por los ministros de Asuntos Exteriores de las grandes potencias.
Se retiran las tropas de ocupación de Austria, que pasa a ser nación soberana tras la promesa de su neutralidad.
Alemania federal entra en la OTAN.
Se firma el Pacto de Varsovia entre Rusia y sus países satélites para la defensa y asistencia mutua en caso de agresión de la OTAN.
Túnez obtiene la autonomía, aunque su política exterior y su defensa siguen a cargo de Francia.
Italia, Alemania federal y Francia constituyen la Unión Europea.
Winston Churchill dimite como primer ministro inglés. Le sucede Anthony Eden.
En Bandung, Java, se celebra la primera conferencia de 29 países de Africa y Asia para definir una política común.
El mariscal Nikolai Bulganin ocupa la jefatura del gobierno soviético tras la dimisión de Giorgi Malenkov.
Juan Domingo Perón dimite de la presidencia de Argentina y huye a Paraguay.
Los ingleses se retiran del canal de Suez.
Vietnam es proclamada república por Ngo Dinh-Diem, que se convierte en jefe de Estado.
Debido a los disturbios en el norte de Africa cae en Francia el gobierno de Pierre Mendès-France.
Dwight D. Eisenhower confirma la voluntad de Estados Unidos de asegurar por las armas la protección de Formosa.
Ho Chi Minh firma un tratado de amistad con China popular.

Vista exterior del edificio de la ONU. Nueva York

Jawaharlal Nehru visita Moscú.
Giovanni Gronchi (cristianodemócrata) es elegido sucesor de Luigi Einaudi como jefe del Estado italiano.
Disolución del parlamento japonés y convocatoria de nuevas elecciones, que son ganadas por los demócratas de derechas.
El presidente de Yugoslavia mariscal Tito y el primer ministro soviético Nikolai Bulganin firman un acuerdo de cooperación.

Sociedad

Se fusionan las dos grandes centrales sindicales americanas AFL y CIO.
Poco antes de su muerte, Bertrand Russell lee unas declaraciones firmadas por Einstein en las que advierte que una guerra atómica significaría el fin de la humanidad.
Son repatriados los soldados alemanes prisioneros en Rusia.
El premio Nobel de la Paz es concedido al Alto Comisariado de la ONU para los Refugiados.

Economía

Crack bancario en Mónaco.
En la India se nacionalizan el Imperial Bank of India, las líneas aéreas y las compañías de seguros.
Entra en vigor el convenio de propiedad literaria mundial.
Reforma monetaria en la República Popular China (cambio en una relación 10.000 : 1).
Franco inaugura en Barcelona la fábrica de automóviles SEAT.
Los ministros de Asuntos Exteriores de la Montanunion deciden crear, en la reunión de Mesina, la EURATOM (Comunidad Europea de Energía Atómica) y un Mercado Común Europeo sin fronteras aduaneras.

Ciencia y tecnología

La producción de electricidad por medio de la energía atómica es considerada rentable.



Albert Einstein

En Stuttgart se construye la torre de televisión más alta de Europa (211 metros).
Se termina la primera de las 15 presas que regularán el Eufrates y el Tigris.
Fraenkel-Courat consigue separar y volver a unir la proteína y el ácido nucleico de un virus.
Récord mundial de altitud en helicóptero (Alouette II: *8.260 metros).*
La RCA presenta la sintetización del sonido y el registro de imagen en banda magnética.
Muere Albert Einstein.

Sucesos

Tragedia en Le Mans: El Mercedes *conducido por Pierre Levegh y el* Austin *de Macklin colisionan a 200 kilómetros por hora. El primer coche estalla al incendiarse y causa la muerte a 82 espectadores y al propio piloto.*

Deportes

Tony Trabert consigue la victoria en los campeonatos de tenis de Roland Garros, Wimbledon y Forest Hills.
Se inaugura en Madrid el Parque Deportivo Sindical.
El francés Alain Giletti, de quince años, y la austriaca Hanna Eifel, de catorce, campeones de Europa de patinaje artístico.

Literatura

Halldor K. Laxness: premio Nobel.
Juan Rulfo: Pedro Páramo.
Miguel Angel Asturias: El papa verde.
Miguel Delibes: Diario de un cazador.
Ray Bradbury: Fahrenheit 451.
Teilhard de Chardin: El fenómeno humano.
Graham Greene: El americano impasible.
Blas de Otero: Pido la paz y la palabra.
Alain Robbe-Grillet: Le voyeur.
Mueren Paul Claudel, José Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Thomas Mann, Paul Valéry y Joseph Pulitzer.



La bandera española ondea en la ONU.

Cine

Max Ophüls: Lola Montes.
Jean Renoir: French Cancan.
Juan Antonio Bardem: Muerte de un ciclista.
Elia Kazan: Al este del Edén.
Oscars de Hollywood a Ernest Borgnine por Marty *y a Ana Magnani por* La rosa tatuada.
Muere James Dean en un accidente de automóvil.

Teatro

Arthur Miller: Panorama desde un puente.
Tennessee Williams: La gata sobre el tejado de zinc.

Música

Walter Piston: Sexta sinfonía.
Karlheinz Stockhausen: Gesang der Jünglinge.

Pintura y escultura

Salvador Dalí: La última cena.
Larry Rivers: Doble retrato de Birdie.
René Magritte: Recuerdo de viaje.
Exposición retrospectiva dedicada a Picasso en el Museo de Artes Decorativas de París.

Arquitectura

José Luis Sert: Embajada de los Estados Unidos, *Bagdad.*



René Magritte: Recuerdo de viaje.

1956

LA CRISIS DE SUEZ

La construcción de un canal entre el mar Rojo y el Mediterráneo, que pudo ser el gran destello renovador en la afirmación nacional egipcia, se convirtió para Egipto en fuente de constantes conflictos: crisis económica, malestar social, creciente intervencionismo militar británico con tintes de ocupación colonial.

La carismática figura de Gamal Abdel Nasser surge en el seno de un desarrollo económico y cultural que, a pesar de todo, se está produciendo en el país. Nasser, en una línea política cada vez más tendente al bloque socialista, dirige su acción contra un doble frente pro americano: Israel, por un lado, e Inglaterra (canal de Suez), por otro.

La coincidencia en el tiempo de las operaciones militares anglo-francesas e israelíes pone en serio peligro la estabilidad egipcia, pero el problema de la crisis de Suez rebasa ya los límites europeos y del mundo árabe, afectando al equilibrio internacional. Se hace inevitable la intervención de las grandes potencias, que prefieren contemplar la nacionalización del canal antes que comprometer la seguridad en el mundo.



Bloqueo del canal de Suez tras su nacionalización



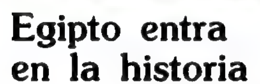
Le Petit Parisien





En 1904 la escuadra del Báltico atraviesa el canal

Grabado del Petit Parisien. Navíos de guerra en Suez



Egipto entra en la historia

Una visión maniquea, propia del eurocentrismo manipulador de realidades ajenas, vincularía el nacimiento de Egipto, bien con los descubrimientos arqueológicos —visión seudoculturalista—, bien con la apertura del canal de Suez —visión rigurosamente mercantilista—. Cualquiera de estas dos ópticas oculta o tergiversa el pasado de todo un pueblo. Aun muy someramente, habría que recordar lo que supone para la historia de la humanidad la aportación del Egipto faraónico, mucho antes de la llegada del Islam, con sus dos grandes experiencias: la organización social y económica del primer Estado fluvial, por una parte, y por otra, junto al Celeste Imperio, la invención, antes de la codificación científica de Max Weber, y la articulación de un aparato burocrático. Sin olvidar la realidad del Egipto de los Ptolomeos, el foco de conocimientos y saberes de la Biblioteca de Alejandría. Un conjunto no sólo significativo, sino también explicativo, de muchas de las claves del Egipto contemporáneo.

En toda crónica, y más todavía en la de los tiempos recientes, existen datos remotos que han de tenerse en cuenta para no caer en una interpretación errónea o incompleta. La importancia fundamental de Egipto en el Mediterráneo oriental, además de lo ya enumerado, parte, entre otros, de dos datos de especial relevancia: el primero, la solidez del Estado egipcio, que le diferencia fundamental y superiormente del resto de los actuales Estados árabes; el segundo, la existencia misma de un pueblo apiñado, económica, demográfica y culturalmente, en torno y a lo largo del cauce de un gran río, el Nilo.

Lejos de un trabajo de pura erudición, es preciso subrayar, pues los conflictos tienen una génesis profunda en el devenir histórico, lo tempranamente que comienza en Egipto, en comparación con otros pueblos de la misma área geográfica y cultural, el proceso de formación de una conciencia nacional. Aparte —y ésta es una de las constantes de este pueblo— su permeabilidad a otras influencias y la adaptación de las mismas a sus circunstancias características. A este respecto, un hito clave en el Egipto contemporáneo es el 30 de junio de 1789, fecha en la que llega a la sombra de las pirámides Napoleón Bonaparte, al frente de sus regimientos de Italia y acompañado por un cortejo de investigadores, la «comisión científica» francesa. Haciendo buena la frase tópica, con la expedición llegaban también los ecos de la revolución; ideario que tuvo particular resonancia en tierra egipcia, especialmente el jacobinismo de Robespierre. No parece necesario añadir que ello fue posible gracias a la existencia de un terreno abonado: un medio cultural e intelectual desarrollado y un afán de afirmación nacional frente a la hegemonía desempeñada por el Imperio otomano, y que en aquella época se extendía, entre otras regiones, al Mediterráneo oriental y a casi todo el norte de Africa.

Bonaparte llegaba a El Cairo el 28 de julio de 1798. La aventura expansionista francesa era también portadora de los ideales de la Revolución francesa, que en gran medida serían un estímulo para la intelectualidad egipcia. Siglo y medio más tarde, en 1956, un Egipto nuevo, dueño de sus destinos, se enfrentaba a otros designios expansionistas. El canal de Suez, inutilizado para la navegación por los barcos hundidos en su cauce, se convirtió rápidamente en el símbolo de la lucha del pueblo egipcio por su independencia total. Entre estos dos símbolos, Napoleón y el canal de Suez, se cierra y se abre uno de los períodos más importantes en la historia del Mediterráneo y del control de las grandes vías de comunicación entre dos continentes.



Fernando Lesseps.



Apertura del canal en 1869.



Dragas y elevadores en la construcción del canal.

Fernando Lesseps (1805-1894), diplomático francés e ingeniero, nacido en Versalles, consiguió, gracias a su amistad con Said, jedive de Egipto, permiso para la construcción del canal de Suez, que sería abierto a la navegación en noviembre de 1869. Eran los últimos faustos del imperio de Napoleón III y de Eugenia de Montijo. Años más tarde intentaría una nueva aventura para realizar en Panamá un nuevo canal que uniese el Atlántico y el Pacífico. El escándalo financiero del canal de Panamá (1892) concluiría con los proyectos de Lesseps. Los grabados de la época ilustran todo el aire decimonónico europeo, aficionado al pintoresquismo y al exotismo de los buenos indígenas, servidores del hombre blanco.



El canal de Suez. Grabado del siglo XIX.

El Imperio otomano ya ha entrado en una fase decadente, y la salida de Egipto del cuerpo expedicionario napoleónico no supondrá, en modo alguno, el retorno de los anteriores poderes. El sentimiento de nación no se limitará a la consolidación de una ideología, sino que traerá, por un lado, el inicio de una renovación económica, la introducción del cultivo del algodón, y por otro, la constitución de un cuerpo militar que posibilite el proyecto nacional frente al poder de Constantinopla. Este designio se articulará en torno a la personalidad de Muhammad Alí, virrey de Egipto en nombre de la Sublime Puerta, pero que se desembarazará de los ejércitos mercenarios, mamelucos y albaneses, para constituir un ejército nacional, servido por campesinos egipcios. Muhammad Alí, desde los primeros años del siglo XIX, emprenderá la edificación del Egipto moderno. Frente al poder otomano, «allí donde no se veía antes más que tiranía, revolución, guerra civil y anarquía perpetua», Muhammad Alí emprenderá una tarea que, entre otras cosas, reduciría «las barreras, hasta entonces inseparables, que apartaban a los musulmanes de los cristianos». Se abre a Europa y, en lo interno, da un paso decisivo haciendo hereditario su poder político de bajá del Imperio otomano en Egipto.

La construcción del canal de Suez

La unión del Mediterráneo con el mar Rojo era un viejo sueño de políticos y economistas europeos que, en el siglo XIX, viven el espectáculo de los grandes imperios coloniales, teñidos con los ribetes científicos de la época. En un primer momento, Muhammad Alí se resistió a las propuestas en este sentido, pues pensaba que tal construcción atraería el interés de las grandes potencias sobre Egipto; pensamiento al que no era ajena la realidad conflictiva planteada por el control de los estrechos entre el Bósforo y los Dardanelos. Sin embargo, en 1854, su hijo Said concedería a su amigo personal, el ingeniero francés Fernando Lesseps, «poder exclusivo para constituir y dirigir una compañía universal para la construcción en Suez de un canal entre el Mediterráneo y el mar Rojo». En noviembre de 1858 se lanzaba al mercado internacional de valores la primera emisión de acciones de la Compañía Universal que ponía en circulación Lesseps, antiguo cónsul francés en Egipto. El tratamiento económico que se aplicaría en este supuesto sería luego imitado en otras experiencias de explotación colonial: Egipto aportaba el soporte físico, el suelo; el resto, el dinero para la empresa, era capital extranjero.



Las pirámides, época del esplendor faraónico en Egipto.

Los estudios y las investigaciones arqueológicas realizados en Egipto revelaron el pasado de un gran pueblo. Fueron, por otra parte, elemento fundamental en la articulación de un pensamiento nacional, reivindicador tanto del pasado árabe como del más lejano esplendor faraónico.

De aquella primera emisión de 400.000 acciones, 54.000 se entregaban a Said como pago a Egipto por la aportación del suelo y otras 32.000 se ponían en circulación para su suscripción por capital nacional. De las 314.000 acciones restantes ofrecidas en las bolsas europeas, únicamente se venderían 219.000, de las cuales 207.000 eran adquiridas por compradores franceses. Resultaba, pues, llamativo el control financiero de la operación bursátil y del futuro inmediato de la compañía. Parece que en Europa no existían muchas esperanzas ante el porvenir de la empresa acometida por Lesseps. Años más tarde, en 1862, la obra, pese a tantos escepticismos, se encontraba tan avanzada que Inglaterra comenzó a interesarse en la cuestión; en otras palabras, a procurar que el control de tan importante vía de navegación no cayese exclusivamente en manos francesas. Para ello, ante la empresa que tropezaba con dificultades financieras, Londres otorgó ciertas facilidades económicas a cambio de que el futuro canal no fuese físicamente congelado en sus riberas por establecimientos franceses. El control que Gran Bretaña ejercía sobre el Mediterráneo se veía multiplicado por el interés ante una vía de navegación que la aproximaría físicamente al continente asiático, a la India.

En noviembre de 1869 se abría a la navegación el canal de Suez. Era el último acto de la vacía política de prestigio imperialista de Napoleón III. En Europa, la guerra franco-prusiana acabaría con los fastos del Tercer Imperio. Sobre Egipto se cernían otros peligros. Coincidiendo con la construcción del canal, el gobierno egipcio había programado e iniciado una ambiciosa campaña de modernización: construcción de ferrocarriles, nuevos sistemas de irrigación para la agricultura y, muy fundamentalmente, la creación y fortalecimiento de un ejército que afirmase la personalidad nacional frente a la Sublime Puerta. Para conseguir todo ello se había

Fuerzas de muy diversas nacionalidades constituyeron el contingente enviado por la Organización de las Naciones Unidas, los «cascos azules», para poner fin al episodio militar del otoño de 1956. Un navío con efectivos yugoslavos entra, con grandes dificultades, en Port-Said.



Un navío con tropas yugoslavas entra en Port-Said.

acudido al crédito europeo, que fluyó abundantemente; pero los créditos y sus intereses, más tarde o más temprano, tienen sus vencimientos. La técnica seguida conducía inexorablemente a la quiebra: para atender a sus compromisos económicos, Egipto lanzó una serie de emisiones de la deuda que hicieron cada vez más precaria su frágil estabilidad económica. En 1875, Egipto fue incapaz de hacer frente a un vencimiento de 100 millones de francos; en sus exhaustas arcas sólo quedaba el paquete de las acciones del canal de Suez. El vencimiento se pagó con estas acciones, que fueron adquiridas por Gran Bretaña. El paso siguiente, en 1876, sería el establecimiento de un condominio anglo-francés, de carácter económico, para proteger los intereses financieros de ambos países en el canal de Suez.

La acción militar conjunta anglo-francesa, cuyo objetivo era la recuperación de la soberanía sobre el canal de Suez, nacionalizado por Nasser, recordó los peores tiempos de cualquier empresa colonial. A la acción militar se unía la humillación psicológica a que era sometida la población egipcia; los soldados británicos registraban y cacheaban minuciosamente todos los movimientos y todas las personas; en especial, en las localidades y carreteras próximas a la zona del canal. No es de extrañar el sentimiento antibritánico y antifrancés, tan extendido en esta época en el Cercano Oriente y en el Mediterráneo, desde Egipto hasta la Argelia francesa, que ya en 1956 había iniciado su lucha por la emancipación de París.

La primera crisis de Suez

La situación económica, como en una lógica reacción en cadena, provocó un intenso malestar social en diversas capas sociales egipcias. El estamento militar, hasta entonces mimado por el régimen, protestó enérgicamente en 1879 por el impago de sus sueldos. Y lo que era manifestación económica devino rápidamente en revuelta política. El jedive Ismail, presionado por Inglaterra y por Francia, abdica y le sucede su hijo Tewfik. Por vez primera, de forma organizada, nace un partido nacional egipcio, encabezado por Arabí Pachá, militar opuesto a la presencia extranjera. Ante el ritmo creciente del descontento popular, el 13 de septiembre de 1882 desembarca en Egipto, en Tell-el-Kebir, un cuerpo expedicionario británico, de 14.000 hombres, que pone fin al estado de insurrección. Con esta acción se inicia también un desplazamiento de la influencia de Francia en la zona. Para todo ello hay más de una razón explicativa. La primera es la diferencia entre los dos grandes imperios, el galo y el británico; la segunda, que Suez era un objetivo mucho más importante para los intereses del gobierno de Londres que para los del gobierno de París. Con otras palabras: el control del canal de Suez era vital para los objetivos del Imperio británico. Al mismo tiempo, los meses transcurrían y el cuerpo expedicionario inglés, instalado en Egipto, se convertía insensiblemente en un ejército de ocupación. La rivalidad latente subiría a la superficie, lo que dio lugar a un período de tensiones entre Inglaterra y Francia, temerosa ahora, no sin razón, de ser eliminada políticamente de Egipto. En 1884 trató en vano de que se retirasen las fuerzas inglesas; lo más que se consiguió fue el establecimiento en 1888 de un estatuto internacional sobre el canal. Para ello, aparte enfrentamientos militares, había sido necesaria la convocatoria de una conferencia en Constantinopla y la firma del tratado del mismo nombre (29 de noviembre de 1888), en virtud del cual, tras la afirmación del

En la zona del canal, soldados ingleses cachean a los indígenas.

principio de libertad de navegación, el concierto europeo depositaba en manos británicas la protección militar del canal de Suez. La Compañía Universal tendría una larga vida que se prolongaría hasta 1956. Todo se complicaría con la ocupación inglesa del Sudán, que en 1898 estuvo a punto de provocar un grave conflicto armado anglo-francés, con ocasión del incidente de Fachoda.



Gamal Abdel Nasser.

Gamal Abdel Nasser (1918-1970) ha sido el líder más importante, auténtico caudillo, del mundo árabe en el siglo XX. A su sentido nacional egipcio —era un hijo de la tierra, del suelo— supo unir su inspiración panarabista y, a lo largo de su recorrido ideológico, una identificación plena con los principios inspiradores del movimiento de los países del Tercer Mundo; junto con Nehru y Tito, fue uno de los padres fundadores de la coexistencia entre sistemas antagónicos y del movimiento de los países y pueblos no alineados.

Egipto entra en el siglo XX

Bajo una presencia extranjera que, sin exageraciones, puede calificarse de plenamente colonial, también es cierto que Egipto prosigue su proceso de renovación cultural en todos los planos, fortalecido por un período de prosperidad económica que, aunque prioritariamente beneficia a los intereses extranjeros, también redunda en la consolidación de una ascendente burguesía nacional. En el año 1914, Inglaterra establecería un protectorado sobre Egipto que finalizaría en el año 1922. Este episodio coyuntural —la guerra de 1914-18 era su telón de fondo— también tendría repercusiones en el futuro, puesto que la Declaración británica de 1922, que devolvía su independencia a Egipto, una vez aniquilado el Imperio turco, reservaba para Gran Bretaña, entre otras cosas, el mantenimiento de la seguridad en el canal de Suez, es decir, el establecimiento permanente de las fuerzas militares inglesas en la zona del canal.

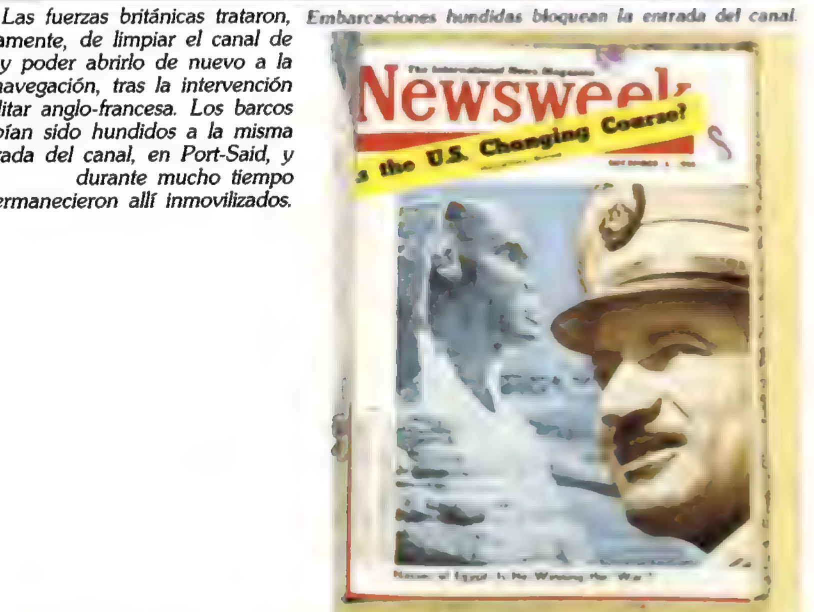
No puede glosarse, en la medida que el fenómeno lo exige, la riqueza de la vida política egipcia a partir del decenio de los años veinte y el papel fundamental que desempeñaron en la vida del país los partidos políticos, fundamentalmente el Wafd, seguidor de las pautas europeas y representante de la gran burguesía, así como la recepción del marxismo, el nacimiento de partidos y de sindicatos obreros y la consolidación de importantes partidos confesionales musulmanes. No obstante, resulta indispensable referirse, por su posterior y decisivo protagonismo, al movimiento de los «jóvenes oficiales». A partir de 1936, con la apertura de las puertas de las academias militares a todos los egipcios, sin distinción de clase social, aparece una oficialidad distinta que se nuclea en torno a un grupo que dará que hablar en los años venideros. Estos «jóvenes oficiales» acogerán en sus filas a Gamal Abdel Nasser, un *fellah,* un hijo de campesinos, un hombre de la tierra; junto a él, entre otros, Anwar al-Sadat. En los años cuarenta, Nasser, profesor de historia en academias y establecimientos militares, se arrojará sobre el pasado de su país y, al tiempo, vivirá muy de cerca la experiencia de la Segunda Guerra Mun-

Un grupo neozelandes delante de las pirámides



Embarcaciones hundidas bloquean la entrada del canal.

Las fuerzas británicas trataron, tardíamente, de limpiar el canal de Suez y poder abrirlo de nuevo a la navegación, tras la intervención militar anglo-francesa. Los barcos habían sido hundidos a la misma entrada del canal, en Port-Said, y durante mucho tiempo permanecieron allí inmovilizados.





La confirmación de la relevancia política pasa, en nuestro tiempo, por su plasmación en los medios de comunicación. Las portadas del Times y del Newsweek son algo así como el cuadro de honor para los políticos de todos los hemisferios. Sin embargo, son lugares en los que no es habitual la aparición de algún dirigente del mundo subdesarrollado. Si nos atenemos a este variable termómetro de la popularidad, desde el mes de octubre de 1956, Gamal Abdel Nasser ya no dejará este primer plano en los índices de los reporteros de los grandes medios de comunicación del Occidente industrializado. Nasser había roto la frontera del Tercer Mundo.

dial. No es fácil una descripción de personalidad tan compleja como la de Gamal Abdel Nasser; pero, según los rasgos más divulgados del modelo ideal del líder carismático, baste decir que es uno de los tipos históricos más caracterizados de un dirigente de masas tercermundista.

La monarquía decadente de Faruk, el enfeudamiento hacia la Gran Bretaña, la corrupción del sistema político, el ascenso del movimiento descolonizador, el viejo afán de independencia total de Egipto cristalizarán el 26 de enero de 1952. En aquella jornada, El Cairo es presa de las llamas; el incendio no ha sido fortuito. Pero antes ha habido otras llamaradas. La guerra contra Israel, en 1948, con ocasión de la primera guerra palestina, había sido otro detonador de la conciencia nacional egipcia, que también se sentía representante de toda la nación árabe. Meses después del incendio de la capital egipcia, un golpe de Estado militar derrocaba fulminantemente la monarquía de Faruk. El día 23 de julio de 1952, los «jóvenes oficiales» conducen a un poder nominal —no tenían otro hombre por el momento— a un alto oficial respetado por todos y portador de una imagen de moderación, Mohamed Naguib. Pero el movimiento iniciado, el proceso revolucionario, tiene un inspirador y un ejecutor al que conocen y empiezan a venerar todos los egipcios: el coronel Nasser. Un año después, tras permanecer en la sombra del poder, hace su primera aparición importante en público, el 18 de junio de 1953. La muchedumbre cairota, al tiempo que aclama la proclamación de la república, oye a Nasser que pide la retirada de las fuerzas inglesas del canal de Suez. Naguib es un hombre que no cuenta; el poder real lo detenta el Consejo de la Revolución, constituido por los Oficiales Libres y acaudillado por Nasser. El 25 de febrero de 1954, Naguib se retira de la política. A partir de entonces, Nasser acumulará todo el poder y emprenderá una trayectoria política que desde el liderazgo egipcio le conducirá a ser el primero y más auténtico caudillo de la nación árabe de todo el siglo XX. Cierto que su ideología es de una sorprendente debilidad intelectual, como acredita su *Filosofía de la revolución,* escrita en 1954; sin embargo, como hombre de acción, su gestión personal es básica no sólo en el destino de Egipto, sino también en la lucha de todos los pueblos contra la colonización y el imperialismo.

La crisis de Suez

El significado de Egipto para el mundo árabe, en el decenio de los años cincuenta, debe situarse, para su comprensión total, en la dinámica de la lucha contra el colonialismo, en la rebelión

colonial. En realidad, Egipto no era ya una colonia en un sentido estricto, pero su sometimiento al exterior era evidente; y, sobre todo, el secuestro a que estaba sometido el canal de Suez era un hecho insultante para la soberanía nacional y para la integridad territorial. Precisamente cuando en el mes de abril de 1955 tiene lugar la Conferencia de Bandung —el despertar de los pueblos colonizados, como fue bautizado el encuentro—, Egipto está entre los 25 países participantes. Al concluir tan histórico episodio, su comunicado final hace un llamamiento a la conciencia mundial para que cese la explotación colonial, para que todas las naciones tengan libertad para determinar su propio sistema sociopolítico e independiente para forjar sus alianzas; para que todos los pueblos ejerzan plenamente su soberanía sobre todo su territorio.

A partir de Bandung, la expresión Tercer Mundo cobra una dimensión real. Los pueblos descolonizados, en la pugna ideológica entre el bloque socialista y el bloque capitalista, optan por una tercera vía: el neutralismo activo o positivo, enmarcado en los principios de la coexistencia pacífica. Es, por tanto, una respuesta a la guerra fría. Bandung es, igualmente, el germen del movimiento de los países no alineados; y, desde entonces hasta su muerte, Nasser será, junto a Nehru y al mariscal Tito, padre fundador del movimiento y uno de sus grandes animadores. Y El Cairo, durante aquellos años, capital de una buena parte de los movimientos de liberación nacional.

Nasser, egipcio y árabe, está determinado en su quehacer político por dos hechos: Israel y Suez. Con respecto al canal, la recién nacida república se encontraba con una situación heredada de la historia: la convención de 1888. El 19 de octubre de 1954, al tiempo que se derogaba un periclitado tratado de amistad anglo-egipcio, se ponía en marcha un largo proceso negociador encaminado a la evacuación de las fuerzas británicas, que muy lentamente sería concluida al año siguiente. Frente a Israel, Nasser impulsaba las hostilidades continuas que desde territorio egipcio realizaban combatientes palestinos. Nasser no había aceptado en ningún momento las consecuencias de la derrota de la guerra israeloárabe de 1948, por lo que se enfrentaba, pues, a dos fieles aliados de Estados Unidos: Israel e Inglaterra. Por lo demás, su postura neutral le conducía a oponerse también al bloque que Occidente diseñaba en el Cercano Oriente mediante el Pacto de Bagdad (24 de febrero de 1955) y que, aglutinando a los regímenes árabes más reaccionarios de la zona, cubría la finalidad de reforzar y extender el área geoestratégica de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. También, a lo largo de 1955, era cada vez más clara la aproximación diplomática, que no ideológica, de Nasser al bloque socialista, confirmada por la adquisición de armamento y material de guerra a la Unión Soviética y a Checoslovaquia. Como medida de retorsión a estas compras, el 19 de julio de 1956, Foster Dulles, secretario del Departamento de Estado, anunciaba que Estados Unidos no participaría en la construcción de la presa de Asuán. Se trataba de un proyecto propio de la época faraónica, tanto por su ambición —contener las aguas del Nilo— como por sus resultados —poner en regadío más de un millón de hectáreas de tierra no cultivable—. Era la obra más significativa emprendida por el nasserismo. La negativa norteamericana a la prometida ayuda económica tuvo, como en otras ocasiones, rápidas repercusiones. Una, el inmediato ofrecimiento soviético para asumir las obligaciones financieras abandonadas por los norteamericanos en la realización de la gigantes-

Las tropas francesas también llegaron, junto con sus aliados británicos, a Port-Said. Son los mismos cascos y las mismas boinas que han sido derrotados en Diên Biên Phu (1954) y que años después, en 1962, conocerán la más amarga de las derrotas en Argelia. En Port-Said, teniendo como fondo uno de los navíos hundidos en la embocadura del puerto, son la imagen de un ejército imperial sin imperio, pero que trata inútilmente de mantener sus últimos vestigios coloniales.



Tropas francesas en los muelles de Port-Said

Dos épocas y dos concepciones del mundo se enfrentan. El soldado británico, con un pretendido sentido deportivo de la existencia, y el colonizado, listo y dispuesto para cualquier humillación, excepto la renuncia de su identidad nacional. Y no es precisamente tratando de detectar minas y explosivos como pudo concluirse la gran historia de la descolonización en el siglo XX.



Detectores de minas



Primeras imágenes de Port-Said después de la batalla.

Port-Said fue víctima de atroces bombardeos que prepararon la intervención militar franco-británica. Ruinas y cuerpos calcinados no podían servir para un entendimiento entre invasores e invadidos.



Soldados británicos vigilan a sus prisioneros.

La guerra del canal resucitó toda una iconografía militar que ya parecía superada, tras la pesadilla de la segunda contienda mundial. Aparecieron los campos de concentración en la zona de Port-Said, donde las fuerzas británicas hacinaron a buena parte de la población civil egipcia.

ca obra de ingeniería; con el tiempo, la presa de Asuán se convertiría en el símbolo de la amistad entre Egipto y la Unión Soviética. La otra consecuencia tuvo lugar una semana más tarde: el 26 de julio de 1956, Nasser anunciaba su decisión de nacionalizar el canal de Suez.

La acción de nacionalización chocaría rápidamente con un doble frente: los intereses económicos de los accionistas franceses y los intereses militares británicos. Como telón de fondo, el deseo anacrónico de imponer el poder de los pasados imperios, avivado en el caso de Francia por la guerra que mantenía contra el pueblo argelino, que, en su lucha por la independencia, recibía pleno apoyo de Egipto. El 1 de agosto comenzaba en Londres una conferencia internacional para examinar la situación planteada por la nacionalización del canal, a la que no acudió ninguna representación egipcia. La primera gestión de la conferencia, la designación de una comisión encargada de negociar con Nasser, fracasaría estrepitosamente al mantener Egipto su postura. A lo largo de los meses de agosto y de septiembre se multiplican los gestos amenazadores: movimientos de tropas anglo-francesas en el Mediterráneo, llamada a filas de los reservistas británicos, retirada de los pilotos y prácticos ingleses del canal; incluso, por parte de Estados Unidos, la constitución de una asociación de usuarios del canal, que cobraría los derechos de paso y garantizaría la navegación. Medidas todas ellas encaminadas, en combinación con las amenazas, a abortar cualquier posibilidad negociadora. Sin horizonte alguno todas estas tentativas, los dos gobiernos occidentales directamente afectados por la medida de nacionalización del canal solicitan una convocatoria del Consejo de Seguridad de la ONU, que en su reunión del 15 de octubre aprueba una resolución con dos puntos fundamentales: el reconocimiento de la soberanía egipcia sobre el canal de Suez y la afirmación del principio de la libertad de navegación.

El punto referente a la proyectada asociación de usuarios naufragó ante el veto soviético; el gobierno de la URSS, por supuesto, había prestado desde un principio pleno apoyo a los planteamientos de Nasser. El clima subía rápidamente de tensión, ya que a lo largo del mes de octubre, al tiempo que se multiplicaban las presiones diplomáticas, Israel había aumentado sus acciones esporádicas en las fronteras egipcias.

Las dos guerras de Suez

En la génesis y desarrollo de la crisis del canal hay tres nombres, junto al del líder egipcio, que asumen la responsabilidad histórica del desencadenamiento del conflicto: Anthony Eden, Guy Mollet y Ben Gurión. Desde mediados de octubre de 1956, incluso antes, se había concertado una doble acción, mediante entrevistas secretas de responsables políticos y militares, cuyo objetivo último era el sojuzgamiento y el derrocamiento de Nasser.

En aplicación de los planes concertados, el 29 de octubre el ejército israelí comenzaba la invasión de la península del Sinaí. Al día siguiente, 30 de octubre, Inglaterra y Francia dirigían un ultimátum a Egipto e Israel conminando al cese inmediato de las hostilidades; de no aceptarlo, se produciría una intervención conjunta anglofrancesa. La acción era de una torpeza tan evidente que la simple lectura de las Memorias de Eden disipa todo posible malentendido: «El 25

La operación militar desencadenada por los Estados Mayores conjuntos y puesta en marcha, desde París y Londres, por Guy Mollet y por Eden, no ahorró ninguna de sus fases. Sólo habían transcurrido once años desde que los cañones y las baterías fueran silenciados en Europa, cuando en 1956 volvía toda la crueldad de los bombardeos aéreos de las poblaciones civiles. Port-Said fue la ciudad egipcia más castigada durante la batalla del mes de octubre de 1956.



Port-Said fue la ciudad más castigada.

Toda la panoplia de los dos imperios decadentes, el francés y el británico, fue desempolvada para llevar a cabo una operación conjunta aeronaval que, al tiempo que demostrase su eficacia, fuese una llamada de atención a los nacionalismos que se despertaban por todo el Mediterráneo musulmán, desde Egipto hasta Argelia; era también, como se decía en los viejos tiempos, una demostración de fuerza. Luego, con el pie en tierra, la realidad hacía que los invasores adoptasen posiciones ridículas: tenían que luchar no sólo contra una población abiertamente hostil, sino también contra los elementos de la naturaleza, contra el mismo aire del desierto que les obligaba a protegerse los rostros y a dejar indefensos los cuerpos.



El viento del desierto fue otro enemigo.

de octubre, el gabinete discutió la posibilidad específica de conflicto entre Israel y Egipto, y decidió en principio cómo habría de reaccionar si se producía. Los gobiernos de Francia y del Reino Unido decidieron que debían pedir inmediatamente a los dos bandos que interrumpieran las hostilidades y retiraran sus fuerzas a cierta distancia de las dos orillas del canal. Si una de las dos partes no hacía caso de nuestra petición dentro de un período determinado, entonces intervendrían las fuerzas británicas y francesas, como medida temporal para separar a los contendientes. Para lograr ese objetivo de una manera efectiva, tendrían que ocupar una posición clave en Port-Said, Ismailía y Suez. Nuestro propósito era salvaguardar el libre paso por el canal, si se veía amenazado de convertirse en zona de guerra, y detener la extensión de la contienda en el Oriente Medio. De acuerdo con esta idea, pondríamos en marcha el plan de ocupación de la zona del canal de Suez, preparado por el Estado Mayor combinado anglo-francés, que había estado estudiando el problema desde finales de julio. Una ventaja de este plan de acción consistía en que no tendríamos que modificar nuestros

Desembarco en Egipto, 1956.

preparativos militares. El mismo plan destinado a enfrentarse con el secuestro del canal por parte de Nasser serviría igualmente para nuestro objetivo.»

El rechazo del ultimátum anglo-francés por el gobierno de El Cairo —asediado por una rapidísima penetración militar israelí— puso en marcha el plan tan cuidadosamente preparado. El mismo día en que Israel alcanzaba todos sus objetivos en el Sinaí, la jornada del 5 de noviembre, tras unos días de intensos bombardeos aéreos, paracaidistas anglo-franceses ocupaban Port-Said, movimiento que fue seguido del desembarco de numerosas tropas igualmente conjuntas. El mecanismo de las dos guerras, de las dos agresiones, en realidad una sola acción escalonada, había funcionado militarmente a la perfección. El régimen de Nasser, militarmente, vivía sus horas más críticas.

La derrota de los imperios

No por un azar de la historia, también en aquellos días, un trágico *do ut des*, tiene lugar la intervención soviética en Hungría, que lógicamente tuvo asimismo sus repercusiones en el Cercano Oriente. Dos focos tan graves de tensión suponían una carga enorme para el delicado equilibrio de la guerra fría. Ambos conflictos habían conducido a un callejón sin salida al mecanismo de paz de la ONU, el cual, mediante los vetos continuados opuestos por unos y por otros, había paralizado el funcionamiento del Consejo de Seguridad. Era el momento de las superpotencias que actuarían en la crisis de Suez como un combinado perfecto, para sus intereses respectivos, de un sistema colegiado de Directorio.

El presidente norteamericano general Eisenhower en ningún momento respaldó diplomáticamente la operación anglo-francesa; y cuando el *premier* británico Eden llegó a solicitar la cooperación militar estadounidense, la Casa Blanca le opuso la más rotunda de las negativas; más aún, exigió la suspensión inmediata de la operación militar conjunta iniciada. La posición soviética fue todavía más tajante. En la noche dramática del 5 de noviembre llegaban a París y a Londres sendas misivas, de contenido idéntico, firmadas por el mariscal Bulganin, por aquel entonces al frente de los destinos soviéticos. La carta era inequívoca: «¿En qué posición se encontraría Gran Bretaña (Francia) si se hubiera visto atacada por Estados más poderosos que ella, poseedores de toda clase de armas destructivas modernas? Hoy en día existen países a los que no les habría hecho falta enviar fuerzas navales o aéreas a las costas de Gran Bretaña, que podrían haber utilizado otros medios, tales como proyectiles dirigidos. Estamos absolutamente decididos a emplear la fuerza para aplastar a los agresores y restablecer la paz en el Este. Esperamos que mostrarán ustedes la debida prudencia y sabrán sacar de todo esto las conclusiones apropiadas.» En otras palabras: había proyectiles dirigidos soviéticos, con cabezas nucleares, que apuntaban a Londres y a París. El cuerpo expedicionario conjunto, que aún no había alcanzado el canal, recibía órdenes perentorias del mando para su detención inmediata. La llamada a la prudencia había surtido efectos.

Lentamente, las aguas volvían a su cauce. El 7 de noviembre, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobaba la constitución de una fuerza internacional, dependiente del alto



La guerra de Suez fue sólo una cara de la contienda; pero tuvo otro escenario importante: la península del Sinaí. Concertada la acción militar, la agresión israelí fue el pretexto de la intervención anglo-francesa. El Sinaí sería durante muchos años el marco donde periódicamente se enfrentarían Egipto e Israel. Esta foto, aparentemente fortuita, exhibe la imagen de un ejército derrotado que, en su abierta retirada, abandona no sólo los pertrechos bélicos, sino incluso su mismo calzado para huir más rápidamente en el desierto. La eficacia de Israel frente al primitivismo egipcio.



El tanque Centurión, diseñado y concebido en 1943 para enfrentarse a los Panthers y Tigers alemanes, no llegó a entrar en combate durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, sería utilizado en Corea, en Indochina y, por Israel, durante la guerra de 1967. Prestaron su apoyo, el 6 de noviembre de 1956, a las fuerzas anglo-francesas que desembarcaron en Port-Said. El Centurión estaba especialmente preparado para la guerra en el desierto y en operaciones de apoyo.

Carro de combate Centurión Mk 5.

Las fuerzas anglo-francesas son sustituidas por los «cascos azules».



En los primeros días de diciembre de 1956, en virtud de las resoluciones de las Naciones Unidas, las fuerzas anglo-francesas son sustituidas, en suelo egipcio, por los «cascos azules», que permanecerían en este país hasta el mes de mayo de 1967. En esta ocasión, los invasores británicos se despiden de un contingente danés de la ONU.

organismo, que reemplazaría a los invasores y separaría, en el Sinaí, a las fuerzas egipcias e israelíes. Vencidas múltiples reticencias, el 3 de diciembre Inglaterra y Francia anunciaban la retirada de sus efectivos para antes de Navidad; Israel, por su parte, evacuó el Sinaí. Las fuerzas de las Naciones Unidas, los «cascos azules», permanecieron en esta zona hasta el mes de mayo de 1967, en vísperas de otra gran conflagración en el Cercano Oriente. La nacionalización del canal de Suez era un hecho consumado y admitido por la comunidad internacional; y ciertamente, pese a la derrota militar, el triunfo político acrecentó la popularidad de Nasser no sólo en el propio Egipto y en toda la nación árabe, sino también en todos los pueblos del Tercer Mundo.

Esta victoria de los colonizados de antaño tuvo otras repercusiones de gran relevancia en el escenario internacional. Si en Bandung las campanas habían doblado por el final de una época, en Suez, y en 1956, se había producido la derrota de los viejos imperialismos coloniales europeos, el inglés y el francés. Nunca más volverían, después de este postrer y desesperado intento, a ejercer su hegemonía en esta área del Cercano Oriente. Estados Unidos y la Unión Soviética habían participado muy activamente en el abortamiento de la operación anglo-francesa. Y no lo hicieron por motivos altruistas; desde el invierno de 1956, nuevos poderes, también extranjeros, emergían en el Cercano Oriente. Se acercaba el esbozo de un nuevo Yalta. La presencia soviética, económica y militar, con todas sus consecuencias, se mantendría en Egipto hasta la muerte de Nasser, en 1970. Estados Unidos se asentaría más rápidamente en Israel. El Mediterráneo seguiría siendo un mar dominado por potencias ajenas a la zona geográfica, escapando al control de los Estados ribereños. Pero, a pesar y por encima de todas estas repercusiones, la batalla de la nacionalización del canal de Suez se había convertido en un símbolo y en un ejemplo a seguir para todo el mundo árabe y para todos los pueblos de la tierra oprimidos por la explotación colonial y por el imperialismo.

R. M.

Bibliografía básica

ABDEL-MALEK, A.: *Egipto, sociedad militar. Sociedad y ejército, 1952-1967,* Tecnos. Madrid, 1967.
ABDEL NASSER, G.: *Filosofía de la revolución,* Embajada de la República Arabe Unida. Madrid, 1970.
BERQUE, J.: *Los árabes de ayer y de mañana,* Fondo de Cultura Económica. México, 1964.
BERQUE, J.: *L'Egypte. Impérialisme et révolution,* Gallimard. París, 1967.
EDEN, A.: *Memorias, 1945-1957,* Noguer. Barcelona, 1960.
FARNIE, D. A.: *East and West of Suez. The Suez Canal in History, 1854-1956,* Clarendon Press. Londres, 1969.
HEYKAL, M.: *Los documentos de El Cairo. De los archivos secretos de Gamal Abdel Nasser,* Lasser Press. México, 1972.
HUSSEIN, M.: *L'Egypte. Lutte de classes et libération nationale,* F. Maspero. París, 1957.
LACOUTURE, J.: *Los semidioses. Nasser, Burguiba, Sihanuk, Nkrumah,* Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1970.

En la actualidad, el canal de Suez pertenece a la exclusiva soberanía nacional de Egipto. Está abierto a la navegación y, pese a los adelantos técnicos de todo tipo, continúa siendo una de las grandes vías de comunicación, fundamentales en la política mundial. Conserva todo su valor, tanto en el plano geoestratégico como en el económico. Las guerras del Cercano Oriente de 1967 y de 1973 volvieron a poner de relieve la trascendencia del canal de Suez para la articulación de una política de equilibrio no sólo en el Mediterráneo oriental, sino también en todo el entramado complejo de las relaciones entre Estados Unidos, la Unión Soviética y el conjunto de los Estados árabes.



El canal de Suez sigue siendo una de las grandes vías de [illegible]

1956



Estados Unidos, años cincuenta

La década de los cincuenta despertó sobresaltada al ver bailar a sus hijos ritmos reservados hasta entonces para los negros. El cambio no fue sólo musical, claro, y alcanzó a la moda en el vestir, a la forma de entender el trabajo, a la estructura familiar, a la sexualidad, etc. Todo, desde la economía a la sanidad, pasando por el auge de los medios de comunicación, propiciaba cambios drásticos en el mundo juvenil. Treinta años después, cuando los tupés y la brillantina son simples recuerdos y la música del rey Presley es aceptada por grandes y pequeños, nadie duda de que pocas cosas hubieran sido así sin el rock and roll.



UN, DOS, TRES..., ¡ROCK!

Un Jukebox o máquina de discos.

La intuición de un «discjockey»

El *rock and roll* nació a principios de los años cincuenta en los Estados Unidos. El hombre que dio con la palabra justa para definir los nuevos ritmos que por entonces empezaban a hacer furor entre los jóvenes fue un *discjockey* de Cleveland llamado Alan Freed, a quien un amigo, dueño de una tienda de discos, le había comentado el interés con que los jóvenes blancos compraban canciones del más puro *rhythm and blues* negro. Era una noticia curiosa, porque hasta ese momento las diferencias raciales delimitaban los distintos tipos de música e incluso existían diferentes listas de éxitos para cada comunidad y estilo. Mientras los jóvenes blancos bailaban al son de las románticas composiciones de clásicos como Berlin o Gershwin, o de las suaves melodías de *crooners* como Frank Sinatra, Vic Damone o Perry Como, los chicos negros de su generación, bastante más pecaminosos, hacían mucho más ejercicio con cantantes como Louis Jordan, Fats Domino, Joe Turner o John Lee Hooker, englobados todos en lo que despectivamente se llamaba *race music* o también *rhythm and blues:* bases rítmicas fuertes, descarada incitación al baile y letras directas en las que no se andaba con tapujos a la hora de tratar la cuestión del sexo. Fueron precisamente dos de las palabras que más empleaban en su jerga estos músicos, *rock* y *roll*, las que Freed utili-

Las máquinas de discos, o jukeboxes, jugaron un papel destacado en el desarrollo del rock. Su inventor, un avispado norteamericano, permitió con su aparato que los jóvenes se reunieran en bares, heladerías y billares y escucharan juntos los éxitos. Toda una iconografía juvenil en la que no podía faltar el automóvil.



El automóvil, inseparable del rock

zó para bautizar este nuevo estilo de música.

El avispado locutor empezó a pinchar en su programa de radio algunos de los mejores *race records,* con tanto éxito que muy pronto la emisora le concedió un nuevo espacio, dedicado exclusivamente a los nuevos ritmos, y que Freed llamó *Rock and Roll Party.* Pero ni aun así detuvo la oleada. La gente quería más, y a ser posible más cerca, por lo que Freed traspasó las cuatro paredes de la emisora local y organizó en marzo de 1953, en el Cleveland Arena, un tumultuoso recital con algunos de los músicos más radiados en su programa. Lo llamó el *Moondog Ball,* y contó con la asistencia de más de treinta mil muchachos blancos que sobrepasaron el aforo y obligaron a suspender la fiesta. Pero esto no desanimó a Freed, ni tampoco las críticas furiosas que su iniciativa provocó entre la gente de orden de la ciudad. Dejó pasar unos meses, preparó otro con más detalle y cuidado, y luego, convertido ya en personaje famoso, se trasladó a Nueva York con un suculento contrato para seguir explicando en el centro de la cultura mundial la buena nueva.

Los tiempos están cambiando

La irrupción del *rock* en los Estados Unidos fue uno más de los síntomas que anunciaban el nacimiento de una cultura genuinamente juvenil. No era la primera vez que un fenómeno cultural nuevo llegaba del brazo de gente joven; pero en esta ocasión el fenómeno presentaba una novedad importante: estaba hecho exclusivamente para los jóvenes, y lo que aún resultaba más chocante, sus raíces profundas nacían justo allí donde se separaban el mundo de los adultos y el de los adolescentes. El *rock* nacía para molestar a papá.

Y nacía en los Estados Unidos no por casualidad. Era el país más desarrollado de la tierra; acababan de ganar una gran guerra y ni siquiera un kilómetro cuadrado de su territorio había conocido el impacto de una bomba. Habían muerto sólo jóvenes, y es algo que no conviene perder de vista. Para la sociedad americana comenzaba en 1945 un largo período de tranquilidad y autosatisfacción que no empezaría a resquebrajarse hasta la guerra de Vietnam. Poseían una forma de vida envidiada y exportable; un nivel de ingresos tan alto que incluso podían desviarse muchos millones para ayudar a la reconstrucción de algunos países europeos; una idea clara y concisa de su papel en la política internacional, como defensores de la democracia y de la libertad frente al peligro comunista. Poseían también otra cosa, hijos, y ahí empezaron los problemas.

La pescadilla de la prosperidad se había mordido la cola al permitir la aparición en sociedad



Rock en *Florida*

La música rock incorporó en su momento diversas influencias, por lo que no se puede hablar de un único estilo. No faltaban, sin embargo, algunos rasgos comunes: influencia negra, el baile como objetivo, la mística juvenil y la desmarcación del mundo de los adultos. Todo ello era posible en la América de Eisenhower, rica, próspera y confiada. De allí saltaría a Europa.

de un amplio sector de adolescentes con dinero en el bolsillo, a quienes la puritana sociedad norteamericana no sabía cómo divertir. Los sociólogos han insistido muchas veces en esta cuestión. Si las necesidades primarias están cubiertas, si tampoco existen ya problemas de escolarización y la mayoría de los objetos que cualquier niño europeo consideraría un lujo impensable son moneda corriente, ha llegado entonces el momento de los problemas, de las preguntas sobre el sentido de la vida, del aburrimiento y de las quejas contra la opresión familiar.

Algo así sucedió en los Estados Unidos. Políticamente, la rebelión de los adolescentes no supuso nada en su tiempo (habrían de pasar más de diez años para que la música *rock* y el inconformismo juvenil decidieran opinar sobre política) y se limitó a un problema de costumbres. Marlon Brando había dado la señal de salida con su personaje del motorista en *Salvaje*, y a él le siguieron infinidad de películas sobre la delincuencia juvenil, casi siempre en un tono moralista y falseador de la realidad, o las más amables sobre quinceañeros y estudiantes. El fino olfato de los productores cinematográficos había detectado una creciente demanda de películas en las que los jóvenes pudiesen reconocerse. Si consiguieron satisfacerla es algo discutible, a excepción de la más famosa de todas, *Rebelde sin causa*. La enorme popularidad que con ella obtuvo su protagonista, James Dean, es otro indicador del cariz que tomaban los acontecimientos. Su gesto casi permanente de dolor, cuando no de aburrimiento, y la ferocidad con que se enfrentaba a la incomprensión familiar le convirtieron de inmediato en un ídolo, en el que gente un poco más joven se veía reflejada como en un espejo. Pero tanto a él como a su película les faltaba un detalle: *rock*.



Bill Haley y sus Comets

Bill Haley y sus Comets tuvieron la suerte de acertar con el primer gran éxito rock, Rock around the Clock. Desde entonces se mantienen inmutables, sin que el tiempo haga mella ni en su imagen ni en su música, mantenida siempre, por decisión propia, en los límites del conservadurismo estético y vital. Los enloquecidos fans de la época les abandonaron muy pronto, y Haley se dirigió entonces a esa «otra América», conservadora y sana, que se manifestaba en paralelo



Fans en Detroit





Un desfile escolar en Kansas

El cometa Haley

The Blackboard Jungle (literalmente, «La jungla de pizarra», y rebautizada en España como *Semilla de maldad)* era una de las muchas películas que a principios de los cincuenta produjo Hollywood con la temática juvenil como telón de fondo. Aunque, como años después comentaría Frank Zappa, un famoso guitarrista de la costa oeste, «al final ganaban los viejos», la película se convirtió en un terrible éxito entre el público joven gracias a una canción de no más de tres minutos que su director, Richard Brooks, había colocado al principio de la cinta. Se titulaba *Rock around the clock* y pasa hoy por ser oficialmente el primer gran éxito de la historia del *rock*.

Su autor e intérprete se llamaba Bill Haley, su grupo respondía al llamativo nombre de los Comets, y a ellos les tocó jugar el papel de pioneros del nuevo movimiento. Pronto se comprobó, sin embargo, que el traje les venía demasiado grande. Haley, que había nacido en un pueblecito cerca de Detroit, tenía veintiocho años cuando el éxito llamó a su puerta, pero para entonces era ya un perro viejo del negocio, un músico profesional que debía de conocer los entresijos del circuito de actuaciones mejor que un repartidor de cerveza. Se había fugado muy joven de casa con el único objetivo de vivir de la música, y en eso estaba cuando un día, aburrido seguramente por el poco éxito de sus grabaciones de música vaquera, decidió escuchar con los cinco sentidos la música que por entonces hacían los negros. La mezcla resultó bien, y Bill y su grupo comenzaron a crearse fama de intérpretes idóneos para el baile, mientras lanzaban al mercado temas de relativo éxito, como *Rocket 88* y *Crazy Man Crazy.* Al final consiguieron interesar a la Decca, una de las grandes compañías discográficas, y grabaron para ella dos canciones por las que algunos coleccionistas han pagado mucho dinero: *Shake rattle and roll* y el ya mencionado *Rock around the clock.* Se vendieron muy bien, pero la explosión estaba por llegar. Justo un año después, y gracias a *The Blackboard Jungle,* la cifra de copias vendidas en todo el mundo se disparó hasta los 20 millones, y Bill Haley y sus Comets disfrutaron durante dos meses del número uno en el codiciado *top 20* de la revista *Billboard.*

Haley se mantuvo en la cresta de la ola durante algún tiempo más, con canciones casi idénticas entre sí, que los adolescentes compraban y escuchaban con entusiasmo. Pero bastó que apareciera Elvis Presley para que los Comets se esfumaran fulminantemente. Ellos eran músicos profesionales, y aunque tocaran *rock,* su mentalidad estaba mucho más cerca de la de las grandes bandas de anteguerra que de la de las nuevas generaciones. Tampoco les ayudaba el físico, que en su caso era un calco perfecto del alma, pero aceptaron con deportividad la derrota y siguieron haciendo lo único que sabían ante los padres de quienes les habían hecho millonarios. Seguramente hoy estarán tocando en cualquier sala de fiestas su amable *rock* sin colmillos.

Su majestad Elvis

Donde Haley no daba el tipo, Elvis lo bordaba. Sus *fans* le llamaban el rey, y, por una vez, el apasionamiento de los idólatras no hacía más que reflejar la realidad. Llegó además en el momento propicio, cuando los ritmos negroides habían calado entre la juventud blanca, pero no existía aún nadie de piel pálida capaz de desbordar en el escenario el ritmo, la fuerza y la sexualidad que les salía por los poros a los músicos del gueto. Lo había profetizado un productor: Si alguien consigue en un escenario transmitir la fuerza de los cantantes negros, ganará un billón de dólares. Y ese alguien fue Elvis, claro.



En la proyección de la película de Elvis **Loving you.**

La proyección de The Blackboard Jungle, *la película que incluía en su banda sonora* Rock around the Clock, *povocó en Estados Unidos y luego en Inglaterra escenas de delirio colectivo de las que salió malparada más de una butaca. Los jóvenes rockers, obligados casi siempre a bajar el volumen de sus tocadiscos, y a veces castigados en la escuela por sus tupés poco convencionales, encontraban un refugio seguro en la oscuridad de la salas de cine.*

Había nacido en Tupelo el 7 de enero de 1935, en el seno de una familia bastante pobre a la que la Depresión obligó a cambiar de domicilio hasta establecerse por fin en Memphis, en una casa construida con fondos federales. Elvis



Expulsado del colegio por llevar tupé



EL REY

Elvis Presley fue el rey indiscutido del rock and roll. Su imagen arrogante, la sensualidad de sus movimientos y la fuerza de sus canciones causaron un verdadero terremoto en la puritana América de la época. El servicio militar supuso, sin embargo, un cambio drástico en el enfoque de su carrera: a su vuelta, el ídolo juvenil rompió el marco generacional de sus admiradores, y optó por convertirse en un artista «para toda la familia». Ganó mucho más dinero, pero perdió garra y prestigio.

tenía por entonces trece años, y parece que era un excelente y enmadrado muchacho, ilusionado con la idea de convertirse en camionero, que en sus ratos libres tocaba la guitarra. Un día decidió que el mejor regalo de cumpleaños para su madre era un disco con su propia voz, y se trasladó a un estudio de la Sun Records, especializado en este tipo de grabaciones familiares. Allí llamó la atención de la secretaria de Sam Phillips, el animador del negocio.

El encuentro resultó providencial, porque Phillips era un hombre muy interesado en la música *blues* y dominaba además como pocos el arte de trabajar en un estudio de grabación. Al principio no pareció interesarse demasiado por el descubrimiento de su secretaria, pero algo debió de ver en el chico de las patillas, pues en seguida le colocó en medio de dos buenos músicos de sesión y le animó a ensayar en su propio estudio con vistas a la grabación de un disco. Llegado el momento, lo que salió de aquella sesión histórica fue algo que trascendía los moldes de la música *country* para adentrarse peligrosamente en el frenesí de la música negra; un cóctel perfecto en que se mezclaban la música vaquera, la balada blanca tradicional y el *rhythm and blues.* Acababa de nacer *el rockabilly,* para muchos la más pura expresión del *rock and roll.*

Si descubrimos ahora que el hombre que había profetizado un futuro de oro al primer cantante blanco con «alma negra» había sido precisamente Sam Phillips, se comprenderá el interés que puso en que las emisoras radiasen las hoy legendarias *That's all right mama* y *Blue moon of Kentucky,* y en que Elvis apareciera en los principales programas musicales de la región. El ascenso no fue instantáneo, pero poco a poco el muchacho de las patillas y los insufribles pantalones rosa fue haciéndose un hueco en los circuitos sureños, hasta llamar la atención de los críticos musicales de Nueva York.

¡Quién pudiera parecerse a él!...

En 1955, cuando ya medio mundo se había enterado del nacimiento del nuevo ritmo, gracias a la intuición de Haley, Elvis firmó un contrato de representación con un curioso personaje de nombre militar y antecedentes circenses: el coronel Parker. Negociante astuto como pocos, el coronel consiguió crear tanta expectación en torno a la carrera de su cantante que, por fin, la RCA, una de las mayores compañías discográficas del mundo, compró el contrato que unía a Presley con la Sun Records por la entonces exorbitante suma de 40.000 dólares. No se arrepintieron, ni entonces ni ahora, cuando treinta años después el chico de Memphis sigue siendo una de sus estrellas más rentables.

El delirio llegó ya con el primer disco, *Heartbreak Hotel,* fulminante número uno, y siguió con la reedición de las viejas grabaciones de la Sun Records. Luego, programas de televisión, contratos para el cine, histeria colectiva en sus actuaciones, maldiciones eclesiásticas por lo que se consideraba casi pornografía y, sobre todo, dólares, miles de dólares. Elvis representaba lo que cualquier quinceañero podía admirar: era guapo, duro, provocador, sensual, millonario y buen chico. ¿Y las chicas? Había que estar ciega para no darse cuenta de que, pensaran lo que pensaran papá y mamá, era el novio ideal.

Mientras, los éxitos se sucedían sin interrupción: *Love me tender, Jailhouse rock* (el famoso «Rock de la prisión»), *Blue suede shoes* (haz lo que quieras conmigo, chico, pero «no pises mis zapatos de ante azul»). Nadie se imaginaba entonces, en medio de aquella euforia, que se acercaba un buen golpe para la inocencia adolescente: casi nadie se había puesto a pensar que la comunidad de intereses y gustos que había dado lugar al movimiento *rock* tenía una vertiente de gran negocio, de gallina de los huevos de oro. El coronel Parker era una excepción, claro. El no veía las cosas con los ojos de un adolescente, sino con los de alguien que se sabía poseedor de un nuevo Frank Sinatra, y por eso no dudó un momento en dulcificar la imagen de Elvis y hacerla accesible a toda la fa-

Elvis se casó con una joven llamada Priscilla, y durante unos años apareció en la prensa su imagen de marido feliz. La crisis acabó por estallar; el rey del rock se quedó solo en su mansión de Menphis, mientras su mujer se fugaba con el instructor de karate del cantante. Habían pasado ya los buenos tiempos. Elvis, grueso, abotargado por las píldoras y la molicie, era una sombra de aquel joven arrogante que en su día tanto preocupaba a los sectores bienpensantes de la nación.





Una pandilla juvenil en Michigan



Mods y rockers en Brighton.

A finales de los años cincuenta, el rock había perdido mucha de su fuerza en Norteamérica. El testigo lo recogió Inglaterra, que supo adaptar los ritmos americanos y popularizarlos en todo el mundo bajo la etiqueta global del pop. Recogió también lo que aquella música significaba de rebelión juvenil, primero con los teddi boys y luego con los mods y los rockers, dos grupos que hicieron historia con sus peleas en las playas de Brighton. Incluso algunas leyendas, como Jerry Lee Lewis, encontraron en el viejo continente la admiración que habían perdido en América.

Jerry Lee Lewis



milia. Desaparecieron así los músicos que le habían acompañado en su primera etapa, y aparecieron las orquestaciones sofisticadas y los coros; los *rocks* y las canciones rápidas dejaron a su vez paulatinamente el hueco a las baladas. El giro definitivo llegó a la vuelta del servicio militar, que Elvis cumplió, como mandaban los cánones, en una base de Alemania, con el espaldarazo de respetabilidad que suponía siempre ser la estrella invitada de Frank Sinatra en un programa de televisión.

Desde entonces, la cosa no tuvo remedio. Elvis se recluyó en su gran mansión de Memphis, suspendió sus actuaciones en directo y se dedicó a protagonizar películas lamentables por las que Hollywood le pagaba un millón de dólares. De vez en cuando, como si quisiera demostrar que aún seguía siendo el rey, realizaba alguna actuación monstruo o editaba algún disco, pero ya sin la fuerza de antes, con muchos kilos de más y con una imagen más cercana al puro *kitch* americano que a la violencia y a la sensualidad de la década de los cincuenta. Murió el 16 de agosto de 1977, destrozado al parecer por el abuso de estimulantes. Hacía tiempo que su música no significaba nada para la juventud, pero había sido tan bueno en su época que muy pocos pudieron reprimir una lágrima.

Chuck, Jerry, Little, Buddy y los demás

Pensar que el *rock* fue un estilo de música uniforme es un error. Estados Unidos era un país demasiado grande, y las influencias que a principios de los cincuenta acabaron por crear el *rock*, numerosas y variadas. Entre los años 1954 y 1956, un buen conocedor del tema como Charlie Gillet cita estas cinco corrientes: la de las bandas del norte del país, como Bill Haley y sus Comets; el *rock* de Nueva Orleans, representado sobre todo por Little Richard, «la reina»; el *rockabilly* de Memphis, con su triunfador, Elvis, y su perdedor, Carl Perkins; el *rhythm and blues* de Chicago, con Chuck Berry; y los grupos vocales, como los Platters. A todos estos nombres conviene añadir algunos algo posteriores, como Eddy Cochran, Buddy Holly, Gene Vincent, Jerry Lee Lewis, Roy Orbison, etc.

¿Tenían todos ellos algo en común? Sí, el deseo de romper con los moldes musicales y culturales de antes de 1950, el interés por componer y tocar una música vitalista que incitara al baile, y la descarada influencia de los intérpretes negros. Luego, cada uno mezcló el cóctel con los ingredientes más cercanos y lo presentó en sociedad filtrado a través de su peculiar forma de entender la música y la vida.

Les une aún otro rasgo. Todos desaparecieron de la primera línea de interés musical de la juventud al terminar la década de los años cincuenta. Algunos lo hicieron incluso físicamente, como Budy Holly, que se estrelló en una avioneta, llevándose consigo el secreto de lo que hubiera dado de sí la mente musical más avanzada del *rock*, o como Eddy Cochran, muerto al derrapar el taxi en el que viajaba por Inglaterra. Otros, tras ver arruinada su carrera por problemas con la ley, como Chuck Berry, que pasó una temporada en la cárcel, acusado de haber incitado a la prostitución a una menor, o como Jerry Lee Lewis, perseguido por una feroz campaña de prensa por el hecho de que su mujer, como solía ser corriente en los estados del Sur de donde provenía, era una chica de quince años. Otros fallecieron en la cama, solitarios y aburridos, como Elvis, o amargados, como Gene Vincent.

Ninguno abandonó, sin embargo, los escenarios, e incluso hoy, treinta años después de su mejor momento, pasean su imagen un poco trasnochada por las salas de todo el mundo. Con un poco de suerte, los hijos de la primera generación del *rock* podrán comprobar en directo el estilo que todavía derrochan Chuck Berry o Jerry Lee Lewis. Puede que lo hagan como quien visita un museo, pero eso es algo que resulta inevitable. Sucedió simplemente que los viejos *rockers* dieron lo mejor de sí mismos en la década de los cincuenta, y que luego les tocó el ingrato papel de observar lo que las nuevas generaciones hacían con su mensaje, transformándolo y renovándolo.

Los aires nuevos no llegarían, sin embargo, de América, sino de la vieja Inglaterra, donde grupos de muchachos de Liverpool y Londres hacían sus pinitos con la música machacando una y otra vez canciones de los viejos maestros americanos. Iba a nacer una nueva etapa del *rock*, presidida por nombres como los Beatles y los Rolling Stones.

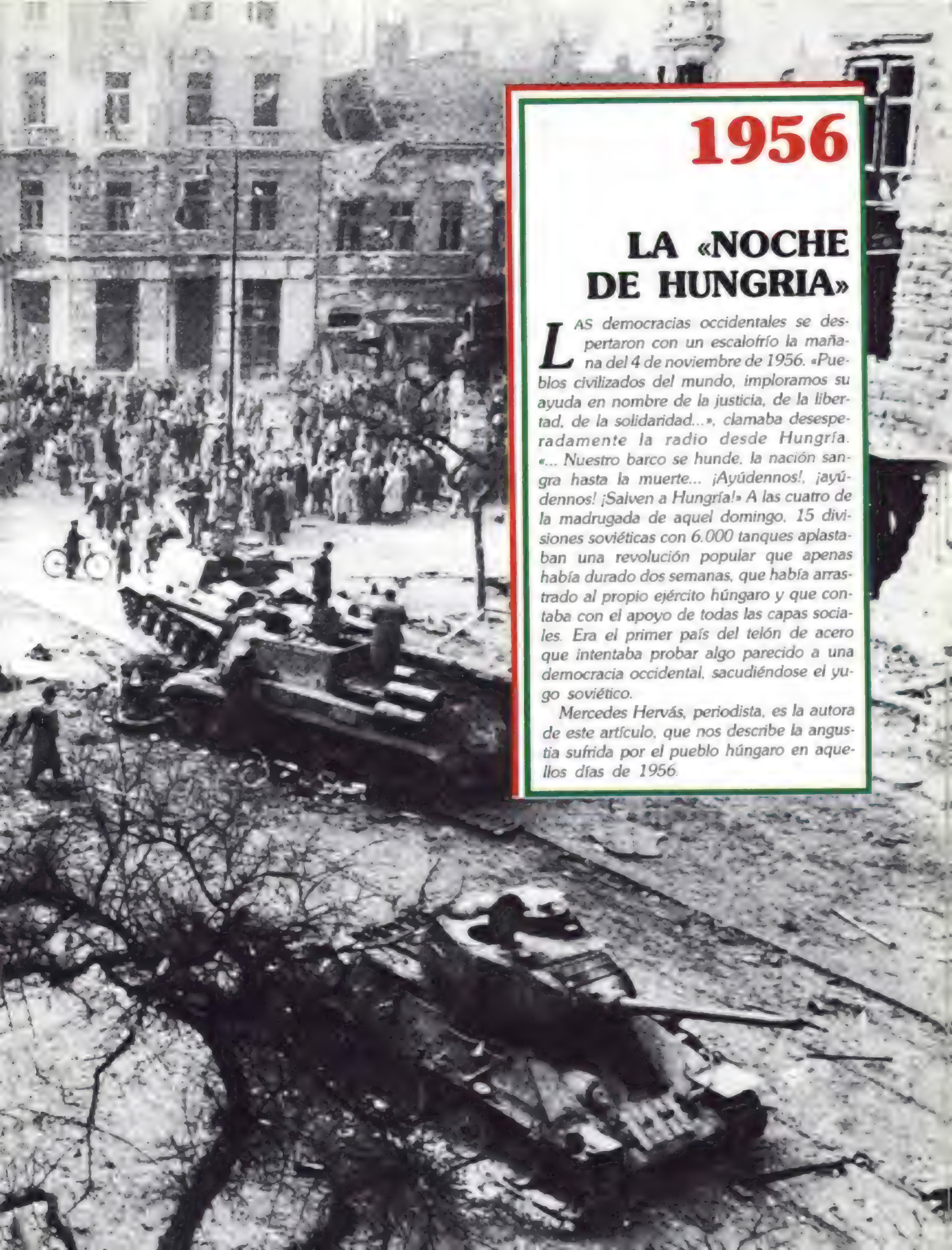
J. G. A.

El rock llegó a Europa a finales de la década de los cincuenta. Caló muy pronto en la juventud, sobre todo en Alemania, donde la pujanza de sus puertos y la presencia de los soldados americanos abonaron un ambiente del que se alimentarían los mismísimos Beatles. En Francia, donde el indiscutido vicario de Elvis fue Johnny Holliday, también prendió el nuevo ritmo, y hoy es uno de los países en el que mejor son recibidas las viejas glorias americanas. En Italia, la juventud tuvo también su ídolo rockero en Adriano Celentano.



Adriano Celentano ante el Duomo de Milán.





1956

LA «NOCHE DE HUNGRIA»

LAS democracias occidentales se despertaron con un escalofrío la mañana del 4 de noviembre de 1956. «Pueblos civilizados del mundo, imploramos su ayuda en nombre de la justicia, de la libertad, de la solidaridad...», clamaba desesperadamente la radio desde Hungría. «... Nuestro barco se hunde, la nación sangra hasta la muerte... ¡Ayúdennos!, ¡ayúdennos! ¡Salven a Hungría!» A las cuatro de la madrugada de aquel domingo, 15 divisiones soviéticas con 6.000 tanques aplastaban una revolución popular que apenas había durado dos semanas, que había arrastrado al propio ejército húngaro y que contaba con el apoyo de todas las capas sociales. Era el primer país del telón de acero que intentaba probar algo parecido a una democracia occidental, sacudiéndose el yugo soviético.

Mercedes Hervás, periodista, es la autora de este artículo, que nos describe la angustia sufrida por el pueblo húngaro en aquellos días de 1956.



Primeras manifestaciones del pueblo húngaro en octubre.

David y Goliat

A pesar de su indignación y asombro, las grandes potencias contemplaron impasibles cómo el ejército soviético sofocaba la fuerte resistencia húngara, que no cedió una sola calle sin pagar antes su precio en sangre: 32.000 muertos, más de 150.000 refugiados y un número indeterminado de deportados fue el balance trágico de una revolución que durante dos semanas hizo pensar al mundo que el pequeño David húngaro podía vencer al gigante soviético.

La insurrección había comenzado casi inesperadamente, sin planificación previa, cuando el 23 de octubre los estudiantes de Budapest hicieron una marcha por las calles que pensaban concluir con la presentación de una lista de quejas propias y del resto de la nación. El pue-

Ninguno de los 2.000 estudiantes que se manifestaron en Budapest a finales de octubre de 1956 sospechó que sus reivindicaciones encenderían la mecha de una revolución que convulsionaría momentáneamente al mundo. Desde 1949 gobernaba en Hungría el Partido de los Trabajadores, dirigido por Mátyás Rákosi, secretario general. La situación económica era lamentable. En 1955, un 10 por 100 de la superficie cultivable del país (570.000 hectáreas) eran tierras improductivas. El terrible Servicio de Seguridad del Estado (AVO) se encargaba de reprimir cualquier intento de cambio. El gobierno de Rákosi había llenado las cárceles de disidentes. Fue en aquel ambiente tenso cuando los estudiantes decidieron salir a la calle.

Cuando un pueblo elige el camino de la libertad, comienza por quemar todas las ataduras que le han aprisionado. En la foto de Erich Lessing (Magnum), un grupo de ciudadanos arrojan a la hoguera los retratos de Rákosi: entre 1952 y 1955, y bajo su mandato, fueron procesadas más de un millón de personas en Hungría. Los condenados fueron 516.707. Rákosi defendía así su postura: «La gente ha de darse cuenta de que aquí tenemos una dictadura del proletariado.»

Budapest: arden los retratos del dictador Rákosi.

blo en masa se unió a los estudiantes. La nación húngara estaba resentida en parte porque Moscú había eliminado en la primavera de 1955 al único líder comunista que tenía aceptación popular, Imre Nagy, quien había intentado varios experimentos políticos y económicos. Nagy fue sustituido por Mátyás Rákosi y éste, a su vez, por Ernö Gerö, por imposición de Nikita Jruschov.

La demostración de los estudiantes cambió de signo cuando el detestado Gerö, con gran incompetencia, pronunció un discurso intransigente y no supo o no pudo impedir que la policía disparase contra los manifestantes. El ejército, en cambio, se unió a los estudiantes, y las tropas soviéticas, desprevenidas, fueron virtualmente arrojadas de la capital. Los soldados rusos empezaron incluso a retirarse hacia la frontera, mientras en el interior del país la gente se afanó, durante los días siguientes, en eliminar todos los símbolos de su opresión: las estatuas de Stalin y los monumentos a los caídos en la Segunda Guerra Mundial fueron triturados; la estrella rusa desapareció de los uniformes militares, junto a la hoz y el martillo de la bandera nacional. La policía política, la odiada y temida AVO, fue desbandada y muchos de sus miembros murieron a manos de una población sedienta de venganza por sus atrocidades. Era la primera grieta en el telón de acero: la frontera con Austria quedaba abierta. Se abrieron también las prisiones, y el cardenal católico Mindszenty fue llevado entre vítores hasta el palacio episcopal después de su humillante cautiverio.

El granero de Rusia

El inesperado estallido inflamó inmediatamente a la población, cansada de la explotación económica y de la tiranía de sus líderes tras el esfuerzo de reconstrucción del país, después de la Segunda Guerra Mundial. Hungría arrastraba una pobreza que bordeaba la miseria, con mala alimentación y peores vestidos. La gente sabía que no había posibilidades de mejora, a pesar de que el país estaba considerado como uno de los graneros más ricos de Europa. La prensa sólo hablaba al dictado de Moscú y del partido, mientras la policía se encargaba de eliminar con toda saña cualquier alusión antisoviética o cualquier crítica al gobierno de marionetas implantado a su antojo por Rusia. El más mínimo comentario suponía la prisión y la tortura.

Las causas económicas actuaron como refuerzo para la rebelión, pero por sí solas no hubieran conducido al levantamiento. Los húngaros habían soportado los duros años de tiranía de Mátyás Rákosi, quien en 1952, apoyado por Stalin, se convirtió en jefe del gobierno y del partido comunista. Rákosi no dudó en utilizar todos los métodos, especialmente el terror sembrado por la AVO, para incrementar la producción, auténtico motor del régimen, pero cuyos beneficios salían del país en dirección a la Unión Soviética y a otras naciones del bloque. A la muerte del dictador soviético, en julio de 1953, Moscú sustituyó a Rákosi por Imre Nagy, un comunista con arraigado fervor nacionalista que no era impopular y que intentó dar un giro a la situación. Nagy prometió incrementar la producción de los bienes de consumo (sacrificados a la industria pesada durante el mandato de Rákosi), la liberación de los prisioneros políticos, el cierre de los campos de internamiento y libertad para los campesinos, que ya no serían obligados a trabajar en granjas colectivas. En su primer dis-

Los dirigentes del partido nunca sospecharon que sería todo el pueblo el que saldría a la calle. Como decía el profesor de Agronomía Imre Nagy: «¡Esta política no es ya la vía hacia la democracia popular!» Los ciudadanos húngaros no se sentían representados por sus gobernantes. En la ilustración, un bombero retira la estrella roja del edificio del Ministerio del Interior.



Hungría, octubre 1956.



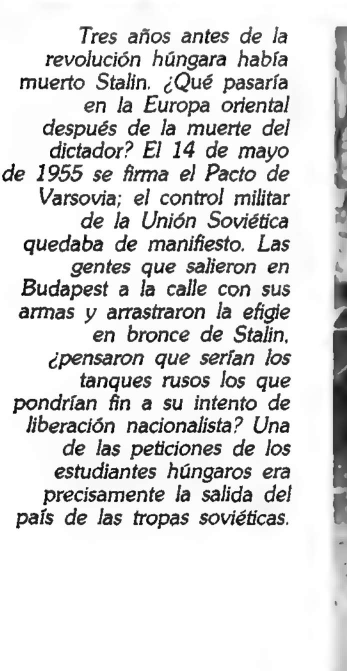
Guerrillero húngaro.

curso condenó los «errores del pasado», los excesos, los crímenes y las persecuciones, pero su intento de purificar las filas del partido sólo sirvió para disparar las expectativas de libertad de la población. Moscú comenzó a retirarle su apoyo y en la primavera de 1955 fue destituido y expulsado del partido, acusado de «desviación derechista».

Rákosi, apadrinado por Jruschov, fue colocado de nuevo a la cabeza del gobierno e intentó dar marcha atrás a las reformas de Nagy mientras empezaba a fermentar entre el pueblo, y principalmente entre los medios intelectuales, el malestar contra el régimen. En julio de 1956, Jruschov, en un gesto hacia el presidente Tito, de Yugoslavia, a quien Rákosi había ofendido personalmente, sustituyó al *premier* húngaro por su «número dos», Ernö Gerö, un hombre casi tan detestado como el mismo Rákosi. Gerö se apresuró a anunciar que no habría ninguna concesión en materia de libertades ni tampoco hacia Imre Nagy y sus partidarios. Sin embargo, las reformas de Nagy habían fermentado ya y estaban en todas las mentes. El pueblo húngaro recibió a Gerö con la esperanza de que duraría poco en el poder.

Esperanza en Budapest

En el mes de octubre, Budapest estaba inmer-



Tres años antes de la revolución húngara había muerto Stalin. ¿Qué pasaría en la Europa oriental después de la muerte del dictador? El 14 de mayo de 1955 se firma el Pacto de Varsovia; el control militar de la Unión Soviética quedaba de manifiesto. Las gentes que salieron en Budapest a la calle con sus armas y arrastraron la efigie en bronce de Stalin, ¿pensaron que serían los tanques rusos los que pondrían fin a su intento de liberación nacionalista? Una de las peticiones de los estudiantes húngaros era precisamente la salida del país de las tropas soviéticas.



El pueblo en armas.

sa en expectación y tensión. La caída del mito de Stalin en Rusia había sembrado de esperanza las mentes populares, y algunos discursos críticos que resonaron en el Círculo Petöfi —un popular e influyente centro de debates de las juventudes comunistas—, junto con algunos artículos publicados en la *Gaceta Literaria,* habían caldeado el ambiente hasta el punto de que las copias de este periódico llegaron a venderse hasta por cincuenta veces su precio. Los últimos acontecimientos de la vecina Polonia, donde la presión de estudiantes y obreros había logrado algunos resultados, entre ellos el nombramiento de Gomulka como primer secretario del partido y la liberación del cardenal primado de Polonia Stefan Wyszynski, contribuyeron a electrificar la situación.

Irónicamente, estos cambios tan prometedores habían sido impulsados por los propios comunistas. Fue Jruschov personalmente quien dirigió la destrucción del culto a Stalin; fueron jóvenes comunistas quienes organizaron los debates del Círculo Petöfi y también fueron los escritores comunistas, viejos y fieles servidores del partido, los que clamaron por una nueva libertad, sin duda también comunista.

El 23 de octubre se habían prohibido todas las manifestaciones. La sorda lucha entre la facción estalinista del gobierno (encabezada por el mismo Gerö) y los partidarios de adaptarse a los acontecimientos se desató, mientras delegaciones cada vez más numerosas y excitadas de estudiantes y escritores se congregaban en la sede del partido comunista. Al fin, con el permiso del Ministerio del Interior, comenzó una gran manifestación que habría de confluir ante la estatua del general Bem, un legendario héroe húngaro. Los jóvenes portaban banderas húngaras y polacas, pero en sus pancartas no se leían eslóganes antisoviéticos.

Cincuenta mil personas cantaron el himno nacional ante la estatua de Bem; el ambiente era de gran emoción. Mucha gente lloraba. Había profesores y estudiantes de la Universidad Central, de la Politécnica, de la Agrícola; incluso acudieron varios centenares de alumnos de la Escuela Militar con sus oficiales. «Banderas, jóvenes con cintas de los colores nacionales cantando *La Marsellesa* y *La Internacional* describen cómo está hoy Budapest, bañada por el sol de octubre...», transmitía la radio nacional. «Al principio eran sólo unos miles, pero luego se les han unido trabajadores, peatones, soldados, ancianos. La vasta multitud alcanza a decenas de miles. Las calles se llenan de proclamas como "Queremos un nuevo liderazgo; confiamos en Imre Nagy", "Viva el ejército del pueblo". En Budapest sopla un nuevo viento de mayor libertad...»



Suena el primer disparo de la revolución

El 23 de octubre se celebraron asambleas en diversos lugares de Budapest: ante los monumentos del general polaco Bem y el poeta Petöfi, ante el edificio del Parlamento y también ante la casa de la radio. Fue aquí donde se vertió la primera sangre: el Servicio de Seguridad del Estado disparó contra los manifestantes. A través de la radio, Europa occidental oiría las peticiones de ayuda que nadie se atrevió a escuchar. En la foto inferior, los futbolistas juveniles húngaros escuchan en Inglaterra las noticias sobre los disturbios de su patria.



Futbolistas húngaros escuchan en Inglaterra noticias de los disturbios.



El pueblo contra la policía política, AVO.

Desde los cercanos cuarteles militares, los soldados observaban en silencio a la multitud. El presidente de la Asociación de Escritores, Péter Veres, subido en la estatua del general Bem, leyó un manifiesto en el que reclamaba independencia para el país, reformas democráticas, igualdad internacional y el retorno de Nagy.

Alguien dio el grito hacia los cuarteles: «¡Soldados, uníos a nosotros!» «¡Viva el ejército húngaro!» Un grave silencio se abatió brevemente sobre la multitud. Los soldados salieron de sus cuarteles: habían quitado la estrella rusa de sus gorros. La tensión crecía por momentos: el emblema de la hoz y el martillo fue arrancado de una bandera húngara...

El primer disparo de la revolución

Caía la tarde cuando la demostración se dispersaba en dirección a la plaza del Parlamento. Pronto se le unió otra multitud y los dos grupos, unas cien mil personas, se dirigieron hacia el Parlamento. Se temía que algo sucediera. Se pedía que apareciera Nagy. De repente, las luces de la plaza y del edificio se apagaron y la multitud quedó en completa oscuridad. Alguien quemó un periódico a modo de antorcha y, siguiendo su ejemplo, centenares de periódicos ardiendo iluminaron la plaza con sus llamas amarillas.

Las primeras iras del levantamiento popular se dirigieron contra los miembros de la AVO (Servicio de Seguridad del Estado), que desde 1949 se había encargado de aterrorizar a la población contra cualquier intento de cambio.



Varios miembros de la AVO murieron linchados en las calles de Budapest.

El *premier* Gerö calificaba, a través de la radio, la demostración como «un intento del enemigo para minar a la clase trabajadora», pero la multitud no se movía de las puertas del Parlamento. Un pequeño grupo de manifestantes se dirigió a la emisora de la radio nacional para leer el manifiesto. Otro grupo se trasladó a la enorme estatua de Stalin, que fue derribada entre aplausos y arrastrada hasta el Teatro Nacional, donde la multitud la hizo pedazos.

Mientras tanto, la policía política había acordonado el edificio de la radio impidiendo la entrada a la multitud enfervorizada, que gritaba: «Rusos, fuera», «Muerte a Gerö», «Muera la AVO». La policía tuvo que permitir la entrada al edificio de una delegación de 16 personas para leer el manifiesto. Pasó una hora y la masa comenzó a impacientarse: ni se transmitía la declaración ni salía de nuevo el pequeño grupo. Un oficial húngaro se dirigió personalmente al edificio para recabar noticias, pero, cuando golpeó la puerta, un tiro disparado por manos anónimas le alcanzó de lleno. Había sonado el primer disparo de la revolución húngara.

La multitud se revolvió enfurecida. Sin previo aviso, ráfagas de disparos de los policías dejaron pronto sembrada la calle de muertos, mientras un grupo de manifestantes conseguía desarmar a los AVO. Acudieron seis coches de policía, pero fueron desbordados y quemados, mientras las noticias corrían por toda la ciudad. En seguida brotaron nuevos enfrentamientos entre los AVO y los manifestantes, y los trabajadores de una fábrica de armamento asaltaron sus almacenes y proporcionaron armas a la multitud.

A las dos de la madrugada, Imre Nagy apareció en el balcón del Parlamento mientras una inmensa ovación estremecía la plaza. Grupos armados de manifestantes habían ocupado ya los más importantes lugares de la ciudad y la estrella soviética había sido desmontada de la fachada de la Sociedad de Amistad Ruso-Húngara. Nagy, visiblemente emocionado, no hizo promesas, pero consiguió convencer a la multitud para que volviera a sus casas.

El levantamiento estalló pronto por todo el país. Al día siguiente, mientras en la capital continuaban los enfrentamientos, el *premier* Gerö no tuvo más remedio que hacer concesiones. Llamó a Nagy a la jefatura del gobierno, pero antes de abandonar el cargo y pasar a ocupar la secretaría del partido decretó la ley marcial y pidió a las fuerzas soviéticas estacionadas en Hungría que le ayudaran a sofocar la revuelta.

Un país quiere respirar

Una delegación rusa, compuesta por Mijail Suslov y Anastas Mikoyan, llegó por sorpresa a Budapest para evaluar la gravedad de la situación. Gerö fue sustituido por János Kádár —que durante el mandato de Rákosi había sido duramente torturado por los AVO— al frente del partido. Aunque se permitió a Nagy ocupar

El 31 de octubre, y ya en el gobierno Imre Nagy, es puesto en libertad el cardenal Mindszenty, que había sido condenado en febrero de 1949 a cadena perpetua. Días antes, Nagy había admitido en el gobierno a dos miembros no comunistas y suprimido el sistema de partido único. El 1 de noviembre declaraba que su país se retiraba del Pacto de Varsovia y afirmó la «neutralidad perpetua» de la nación. Era el principio del fin. Poco después, el cardenal Mindszenty pide y obtiene asilo político en la embajada americana.

Mindszenty, liberado por el gobierno de Nagy.



Al cruzar los primeros tanques rusos las fronteras de Hungría comienza una desigual y corta lucha. Una de las armas en manos del pueblo húngaro fueron los «cócteles Molotov». En otras ocasiones, los revolucionarios abrían fuego contra las tropas soviéticas desde cualquier ventana. La bandera común era una Hungría independiente y socialista. El ejército húngaro se adhirió en muchas ocasiones al levantamiento popular. El 28 de octubre, G. Luckács, filósofo marxista, defendía, en una alocución en la radio, la actitud de la juventud húngara.



El «coctel Molotov» un arma para los guerrilleros.



Un revolucionario abre fuego contra las tropas soviéticas

En los mismos días en que se lucha en las calles de Budapest, tropas israelíes atacan las posiciones egipcias en la península del Sinaí (29 de octubre de 1956). Francia y Gran Bretaña intervienen inmediatamente en la crisis de Suez, intentando recuperar el control del canal, que había sido nacionalizado por Nasser el 26 de julio de aquel año. La atención internacional se divide en dos frentes distintos. Jruschov, que durante el XX Congreso del Partido Comunista Soviético (febrero de 1956) había criticado la política de Stalin, decide en la noche del 31 de octubre actuar en Hungría. La crisis de Suez, el apoyo de China, el silencio de Estados Unidos, la ineficacia de la ONU hicieron que las trincheras fueran los árboles desnudos del otoño frente a los tanques.

Enfrentamientos en las calles de la capital.

la jefatura del gobierno, se le impidió explicar a la población quién había sido el responsable de la imposición de la ley marcial y de la petición de ayuda a Moscú; el malentendido socavó su popularidad ante la población, que comenzó a levantar barricadas en las calles de la capital y a luchar contra las tropas soviéticas. En las provincias, los campesinos volvieron a ocupar sus tierras confiscadas mientras se organizaron los consejos obreros.

Cuarenta y ocho horas después del primer disparo ante el Parlamento, todo el ejército húngaro se había pasado al lado de los insurgentes. La revolución triunfaba en todo el país, y las ciudades que se habían creído auténticos bastiones del comunismo soviético se unieron inequívocamente a la revuelta. Niños, jóvenes, mujeres y viejos, toda la población, luchaban calle por calle contra los tanques rusos, lanzaban «cócteles Molotov» desde las ventanas, y el ejército, dirigido por el general Pál Maléter, controlaba las operaciones, aunque la radio nacional, obedeciendo consignas soviéticas, le instaba a que se rindiese. Maléter sería nombrado ministro de Defensa en el gobierno Nagy que se formó el 30 de octubre.

El domingo 28, Nagy ordenó un alto el fuego tras prometer que el ejército soviético se retiraría inmediatamente. El *premier* aseguró amnistía para todos los insurgentes y la abolición de la policía política. Los revolucionarios exigieron, además, elecciones y libertad de prensa. Se pedía también la vuelta al sistema pluripartidista, y fue precisamente esta demanda la que terminó por convencer a Moscú de la gravedad de la situación.

La URSS no tenía entonces grandes efectivos en Hungría. Solamente algunas unidades de tanques en la capital y una base en Papa, al oeste del país, dotada de un aeropuerto. La victoria de la revolución parecía afianzarse. Los rusos se avinieron a retirarse, y el 29 de octubre salieron de la capital, aunque continuaban los enfrentamientos aislados; sólo la AVO permanecía al lado de Moscú. Nagy, obstaculizado por los soviéticos, por un lado, y arrastrado a una concesión tras otra, se encontró finalmente, el 30 de octubre, presidiendo un auténtico gabinete de coalición en el que estaban representados los socialdemócratas, los pequeños propietarios y los partidos campesinos.

El 30 de octubre fue liberado el cardenal Mindszenty, primado de Hungría, después de ocho años de reclusión acusado de «espionaje y alta traición». El partido comunista, que a comienzos de la revuelta contaba con un millón de miembros, se desintegró hasta el punto de que Kádar tuvo que anunciar su disolución y conversión en un nuevo «partido para todos los patriotas». El orden se restablecía paso a paso, aunque la población volcaba su ira contra los antiguos miembros de la policía política. Muchos de ellos fueron linchados, defenestrados o golpeados hasta la muerte; más de 3.000 fueron arrestados en espera de juicio.

La «noche de Hungría»

Mientras Washington y el resto del mundo libre contemplaban los acontecimientos conteniendo el aliento, en Moscú la reacción era sorprendentemente suave. El Kremlin, con apariencias de conciliación, llegó a admitir que existía descontento en Hungría y sólo condenó a los insurgentes de una forma muy vaga.

El 1 de noviembre, Nagy anunció la retirada de Hungría del Pacto de Varsovia —al que se había adherido en 1955— y proclamó la neutralidad del país al amparo de las grandes potencias. «Pueblo de Hungría —dijo el *premier* en un mensaje radiofónico—, el gobierno nacional, imbuido de la profunda responsabilidad hacia el pueblo húngaro y su historia, declara la



El 4 de noviembre, tanques soviéticos toman Budapest.



JANOS KADAR (Fiume, Hungría, 1912)

János Kádár, el que durante algún tiempo fue el hombre más odiado por algunos de sus compatriotas, ha tenido el indudable mérito de hacer olvidar el pasado a su pueblo, hasta llegar a gozar de una autoridad indiscutible, a pesar de no haber caído nunca en los excesos del culto a la personalidad.

Hijo de madre soltera, de profesión asistenta, János Csermanck (su verdadero nombre) tuvo que trabajar desde muy joven en varios oficios. A los diecinueve años se incorporó al movimiento sindical como metalúrgico, se inscribió en las juventudes comunistas, militó en la clandestinidad y fue encarcelado en varias ocasiones. Durante la Segunda Guerra Mundial fue detenido por la Gestapo, pero consiguió escapar. En 1945 ocupó el puesto de secretario del partido comunista en Budapest y pasó a formar parte del buró político. Al año siguiente fue elegido secretario general adjunto del partido.

Encargado del Ministerio del Interior en 1948 por Mátyás Rákosi, tuvo que hacerse cargo de la preparación del proceso de su antecesor en el puesto, Laszlo Rajk, acusado de titismo y compañero suyo de la resistencia. Tres años más tarde, Kádar fue detenido a su vez por orden de Rákosi. Internado en un campo de concentración y torturado, sin llegar a ser juzgado, negó siempre las acusaciones de traición de las que era objeto. Después de la muerte de Stalin fue liberado, en noviembre de 1953, y más adelante rehabilitado. Tras la caída de Rá-

kosi, en 1956, volvió a ser elegido para el buró político.

El 23 de octubre de 1956 se iniciaba la insurrección húngara. Dos días más tarde, Kádar fue nombrado secretario del partido. Imre Nagy asumió la dirección del gobierno, del que el propio Kádar fue nombrado vicepresidente. Sin embargo, cuando Nagy se identifica con los rebeldes, proclama el sistema multipartidista, la neutralidad de Hungría y el abandono del Pacto de Varsovia, Kádar, que cree que las cosas han ido demasiado lejos, se traslada en secreto a la Unión Soviética y constituye un «gobierno obrero y campesino».

Pocos días después vuelve a Budapest con el apoyo total de Jruschov y con los tanques soviéticos. Se hace cargo de la dirección del partido y del gobierno y anula la democratización que habían anunciado Nagy y él mismo. Desde entonces, apoyándose a veces en sus antiguos enemigos los estalinistas, inició una represión que llevaría a la cárcel a más de veinte mil personas y costaría la vida a más de cien, entre ellas a Imre Nagy, juzgado a puerta cerrada y ejecutado en 1958.

Ese mismo año, Kádar renunció a la dirección del gobierno, a la que, sin embargo, volvió en 1961. Desde entonces inicia una nueva política que conecta tímidamente con las esperanzas despertadas en 1956, y que se resume en su célebre proclama: «Quien no está contra nosotros, está con nosotros.» Manteniendo una estricta fidelidad a la alianza con la URSS, el líder húngaro ha sabido a lo largo de los años tranquilizar unas veces a Moscú y otras a sus compatriotas. Ha puesto en marcha una lenta y prudente liberalización económica en la que las decisiones están cada vez más en manos de técnicos, nombrados por razones de eficacia, que en funcionarios del partido, seleccionados por motivos políticos. La producción de bienes de consumo supera a la de bienes de capital, caso único en el bloque socialista, y los sindicatos han recuperado una función representativa real.

Incluso las relaciones con la Iglesia católica han ido mejorando desde la firma de un acuerdo con el Vaticano en 1963, a pesar de que las viejas disputas siguieran simbolizadas en el cardenal Mindszenty, refugiado en la embajada de los Estados Unidos de 1956 a 1971.



Budapest en ruinas.

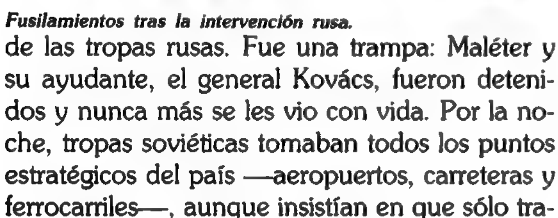


neutralidad de la República Popular de Hungría... Apelamos a nuestros vecinos a que respeten la irrevocable decisión de nuestro pueblo... Millones de trabajadores húngaros, proteged y reforzad la consolidación del orden en nuestro país. Hungría libre, independiente, democrática y neutral.»

La petición de salida del Pacto de Varsovia fue la gota que colmó el vaso; las unidades soviéticas, que se habían detenido en la misma frontera, en Eslovaquia y Cárpato-Ucrania, comenzaron a volver con refuerzos, aunque los consejos obreros declaraban una huelga general hasta que el último soldado ruso hubiera salido del país. Los acontecimientos se aceleraron, y Nagy adoptó un tono cada vez más antisoviético, mientras el ejército decidió cambiar su uniforme y volver a la tradición húngara. Gran Bretaña, Austria, Suiza, Suecia y Holanda enviaron suministros de medicinas y plasma. El mismo 1 de noviembre, unidades soviéticas alcanzaron de nuevo la capital y la rodearon, mientras en su interior la vida volvía poco a poco a la normalidad. Las tiendas y los cafés se abrían de nuevo y la producción se reanudaba lentamente. Pero la paz iba a durar muy poco.

El 3 de noviembre representantes soviéticos iniciaron negociaciones con el ministro de Defensa húngaro, Maléter, para discutir la retirada





Fusilamientos tras la intervención rusa.



Fin de la resistencia húngara.

En las primeras horas de la mañana del 4 de noviembre, 6.000 tanques rusos (T-34 y T-56) invaden Hungría junto con 15 divisiones de infantería. I. Nagy abandona su cargo en el Parlamento y solicita asilo político en la embajada de Yugoslavia. En pocos días termina la lucha, a pesar de que algunos partisanos se refugian en las montañas. Por las calles de Hungría quedan algunos tanques fuera de combate, y el pueblo vuelve cabizbajo a sus hogares. Sube al poder János Kádár, se suprimen las manifestaciones y empieza la represión y los fusilamientos. De 1956 a 1961 fueron sentenciados a muerte más de 400 ciudadanos húngaros, entre ellos Imre Nagy y el general Pal Maléter.

de las tropas rusas. Fue una trampa: Maléter y su ayudante, el general Kovács, fueron detenidos y nunca más se les vio con vida. Por la noche, tropas soviéticas tomaban todos los puntos estratégicos del país —aeropuertos, carreteras y ferrocarriles—, aunque insistían en que sólo trataban de cubrir su propia retirada.

A las cuatro de la madrugada del 4 de noviembre, Moscú lanzó un ataque definitivo. Quince divisiones y 6.000 tanques se lanzaron contra un país completamente desprevenido que empezaba a dormir con tranquilidad por primera vez en diez días. Desde las colinas de Buda hasta el centro de la ciudad, la capital fue bombardeada con fósforo y bombas convencionales, y aviones *MiG* fueron lanzados sobre Budapest y Gyor, capital de los consejos obreros, para aterrorizar a la población. Los húngaros, una vez más, organizaron la resistencia creyéndose capaces de contener el ataque final. A las siete de la mañana, la radio anunció con júbilo que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se reunía en sesión de emergencia para discutir la situación de Hungría, pero sólo media hora después los tanques rusos habían llegado al Parlamento. El *premier* Nagy se había refugiado en la embajada yugoslava y el cardenal Midszenty había buscado asilo en la norteamericana. A las ocho, el comandante soviético dio un ultimátum al gobierno húngaro: Budapest sería arrasada si antes de mediodía no cesaba toda resistencia.

La represión

Radio Budapest quedó silenciada; cuando reanudó sus emisiones estaba ya en manos soviéticas. Las emisoras libres continuaron aún haciendo desesperados llamamientos de ayuda hacia Europa que nunca recibieron contestación. Inmediatamente se formó un nuevo gobierno, todo de comunistas, con Janos Kádar a la cabeza; su primera alocución fue para justificar la intervención soviética con objeto de «liquidar a las fuerzas contrarrevolucionarias y restablecer el orden». A mediodía, Radio Moscú anunció que la «contrarrevolución húngara había sido aplastada». Sin embargo, la lucha continuó varios días, con sangrientos enfrentamientos. Las tropas soviéticas no dudaron en disparar sobre colas de civiles ante las tiendas o en arrasar un edificio entero cuando un disparo había partido de él. El gobierno Kádar ordenó numerosas ejecuciones entre aquellos que se rindieron y entregaron las armas. Los consejos obreros persistieron en la huelga general, que tardó varias semanas en suspenderse. En las minas de uranio de Pecs, en los grandes centros industriales como

Csepel, Dunapentele y Miskolc, en Gyor, y en los centros mineros de Tatabanaya y Salgotarjan, los enfrentamientos fueron feroces y una parte del ejército y de los insurgentes se retiró hacia las montañas.

En medio del caos imperante, Kádar prometió abolir la policía política, retirar a algunos de los más fanáticos miembros del partido, e incluso se mostró dispuesto a negociar la retirada de las tropas soviéticas del país, pero sus promesas cayeron en el vacío. Los consejos de trabajadores mantuvieron sus demandas: celebración de elecciones libres, retirada soviética y retorno de Nagy.

La «noche de Hungría» fue traducida de modo diverso en las portadas de los periódicos del mundo. En algunas capitales ni siquiera fue noticia de primera página. En otras se convirtió en ocasión de propaganda para sus gobiernos. Pero al margen de la manipulación política, muchos habitantes de este planeta pensaron que se había ahogado la voz de un pueblo antes de poderse escuchar con claridad. En el teletipo de AP en Viena se recibió este mensaje el 4 de noviembre: «Tropas rusas han atacado de repente Budapest.» Todo había comenzado con el grito de «¡Pan! ¡Salarios!», el 28 de junio en Poznan. En aquellos días, el Periódico de los Escritores, que tenía una venta media de 5.000 ejemplares, alcanzó una tirada de 70.000.



La noticia en España.

Moscú perdió la paciencia ante la incapacidad del gobierno Kádar para controlar la situación. El Kremlin decidió entonces eliminar amenazas y arregló la salida de Nagy desde su refugio en la embajada de Yugoslavia, camino de Rumania, donde después sería ejecutado.

El desafío a Kádar de los trabajadores fue empeorando. El 4 de diciembre nuevas manifestaciones provocaron que las tropas rusas abrieran fuego sobre 15.000 mujeres ante la tumba del Soldado Desconocido en Budapest. En los días siguientes otras manifestaciones desafiaron a las tropas soviéticas ante las embajadas norteamericana y británica y se desencadenó una ola de arrestos de líderes obreros con renovados enfrentamientos entre grupos de trabajadores y soldados. Kádar hizo entonces honor a la línea dura: impuso de nuevo la ley marcial y decretó la disolución de los consejos obreros, con lo que se reavivaron las llamas del conflicto.

Otra vez Siberia

Comenzaron entonces las deportaciones de jóvenes a Siberia, primero directamente y después ante los ataques de la población para liberar los trenes, a través de Checoslovaquia. Nunca llegó a saberse el número de deportados, aunque algunas estimaciones hablan de 16.000. Poco después del 4 de diciembre comenzó un éxodo de refugiados camino de Austria. Más de 150.000 personas, el 1,3 por 100 de la población, cruzaron aquella frontera para no volver

Una estudiante de medicina, T. Toth, comparece en unión de otros 11 compañeros húngaros ante el tribunal que los acusa de tomar parte en la sublevación y de la muerte de un policía. Fueron unos 10.000 los ciudadanos húngaros encarcelados en aquellos días.


Acusada de haber dado muerte a un policía.

jamás, entre ellos los miembros más cualificados y educados de la sociedad húngara.

Occidente contempló impasible los sucesos de Hungría. La Administración Eisenhower se limitó a condenar a Moscú por la terrible represión y el despotismo soviético, pero dio suficientes seguridades de que no tenía intención de intervenir y se limitó a admitir la entrada de 21.000 refugiados húngaros en Estados Unidos. En Europa, las principales capitales contemplaron grandes manifestaciones de protesta, pero nada más. El Consejo de Seguridad de la ONU se vio bloqueado por el veto de la Unión Soviética, y, aunque se convocó una reunión de emergencia de la Asamblea General, su resolución, votada por aplastante mayoría, pidiendo la retirada soviética de Hungría y la celebración de elecciones libres bajo la supervisión de las Naciones Unidas, fue igualmente estéril. El gobierno Kádar respondió fríamente al organismo internacional que agradecía sus esfuerzos, pero que no admitiría observaciones internacionales.

M. H.

Bibliografía básica

CLAUDIN, F.: *La oposición en el socialismo real,* Siglo XXI. Madrid, 1981.

PARDO, J.: *La crisis comunista en los países del Este,* Dopesa. Barcelona, 1969.

MIKES, G.: *The hungarian revolution,* Andre Deutsch Ltd. Londres, 1966.

APTHEKER, H.: *The truth about Hungary,* Mainstream Publishers. Nueva York, 1957.

Ten Years after. A commemoration of the tenth anniversary of the hungarian revolution, MacGibbon & Kee Ltd. Londres, 1966.



Niños húngaros refugiados en Suiza.

Entre las víctimas de una guerra hay que contar los refugiados que tienen que huir de su país y los niños que toman un plato de sopa en una ciudad de Suiza o Austria. Fueron más de 190.000 los húngaros que huyeron y muchos los que no regresaron nunca.



Manifestaciones en Nueva York.

Manifestación ante la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, por la ejecución del dirigente Nagy.





Un escaparate de París.

Mónaco es, después del Vaticano, el Estado más pequeño de Europa. Una estrecha franja de tres kilómetros de largo que los reyes de Francia otorgaron a una rica familia de güelfos genoveses, los Grimaldi. Desde entonces, y durante ocho siglos, la lucha por preservar la independencia del territorio ha sido constante: enfrentamientos con franceses y españoles, tratados aduaneros, problemas fiscales, y la necesidad de un heredero varón que evite la absorción por parte de Francia.



El principado de Mónaco.

Cañonazos y sirenas de barco

Banderolas rojiblancas de Mónaco y rojiblancas también, pero con estrellas, de Estados Unidos colgaban junto a guirnaldas sujetas por doquier de mástiles, paredes y farolas. Los casi setenta acompañantes de la futura princesa, pares de Boston, de Nueva York y de Filadelfia, de la orgullosa costa este norteamericana, no pudieron evitar la evocación interior, chocante, de un redesembarco del *Mayflower*, en esta ocasión al revés.

Hasta los más escépticos del séquito aceptaban que asistían a un hecho, si no histórico —aquel principado no figuraba en muchos mapas—, sí muy bello. En esto coincidían con los miles de monegascos que habían saltado a las calles de Montecarlo para no perderse nada de aquel singular día de abril.

Desde el fuerte Antonio, en lo alto de Mónaco, 21 cañonazos saludaron la llegada de Gracia, en medio del fragor de miles de sirenas de los barcos que contemplaron desde primera línea el encuentro de los novios, entre mar, claveles y sonrisas.

Sobre un *Chrysler* verde oliva, Rainiero y Gracia son conducidos a palacio a través de la avenida de los Pinos, la plaza de Armas y la calle del Coronel Castro. Allí arriba, en el palacio de los Grimaldi, Gracia se dirige a saludar a sus futuros suegros, la princesa Carlota y el príncipe Pedro, mientras que con una distinción admirable luce en su cuello un aro de orquídeas violáceas que los residentes norteamericanos en Mónaco le han hecho colocarse nada más desembarcar.

Al poco, desde una galería acristalada que da a la plaza de Palacio, los prometidos se asoman para saludar a los miles de curiosos que pugnan por reconocer desde lejos su rostro. En seguida llegarán al puerto de Montecarlo el destructor norteamericano *Hermann*, el buque de guerra galo *Kersaint* y las corbetas *Dalrymple*, británica, y *Airone*, italiana, lo que demuestra la atención internacional sobre los esponsales, que se adivinan fastuosos.

Representantes de 25 países de todo el mundo llegan a las recepciones radiantes de los hoteles de Montecarlo, Niza y San Remo, con el propósito de memorizar todo lo que van a presenciar, para poder contarlo luego a sus gobiernos, a sus esposas o a sus nietos.

Gracia Patricia de Mónaco

Ya es martes 17 de abril de 1956, víspera del matrimonio civil. Gracia y Rainiero, que han pasado un ajetreado día realizando un ensayo ge-



Jacqueline Pasquier saluda a la futura princesa.

neral de la boda en el cual Patricia Kelly ha derramado algunas lágrimas de emoción, asisten por la noche a una serenata desde palacio. El coro de la Opera de Montecarlo, bajo la dirección de Bruno Nardi, interpreta los himnos de Mónaco y de Estados Unidos. El calor de las voces y la emoción que experimentan los corazones por ser víspera parecen ayudar a quemarse antes los fuegos artificiales que dejan unos instantes, colgadas de la noche, las efigies sonrientes de Gracia y Rainiero.

La mañana siguiente ha roto en mil pedazos la noche interminable. El trasiego observado anuncia algún acontecimiento importante en el palacio de los Grimaldi. Carabineros monegascos en uniforme de gala, blanco, con un penacho rojo y blanco sobre el *salacott* brillante, jalonan el recorrido interior hasta el salón del Trono, donde se hacinan unas ochenta personas de 25 nacionalidades.

La princesa Antonia, hermana de Rainiero, y Margaret Davis, hermana de Gracia, son testigos de la que dentro de muy poco va a ser princesa. Carlos de Polignac —primo del novio—, el teniente coronel Jean-Marie Ardant y John Brendan Kelly junior lo son del príncipe Rainiero.

Marcel Portanier, presidente del Consejo de Estado de Mónaco, acaba de casarlos civilmente. Los novios se cruzan miradas de ternura, pero la espera hasta el día siguiente, fecha del matrimonio por la Iglesia, se hace interminable mientras en el salón Azul del palacio reciben la felicitación de sus invitados. Cada habitante de Mónaco será obsequiado por sus príncipes con un jarro decorado.

La tarde discurre desenfadadamente para los monegascos y extranjeros que han acudido al estadio Luis I, en Montecarlo, donde asistirán a un partido de fútbol entre el Sampdoria de Génova y la Asociación Deportiva de Mónaco.

La jornada se ve rubricada por una gala de danza. Margot Fonteyn, Nina Virubova, Serge Lifar y Belinda Wright, entre otros, bailan para los novios, que han escuchado emocionados el *Homenaje a la princesa*, estrenado allí mismo por los compositores Stan Kenton, norteamericano, y los franceses Michael Charnley y Anton Dolin.

Bajo su vestido de organza bordada en oro y nácar, Gracia Patricia Kelly evoca en silencio, por detrás de sus grandes ojos, los flashes de un Hollywood al que no volverá ya nunca más. Junto a la pena por aquel brillo perdido coexiste el sentimiento de plenitud que otorga el saberse dentro de un proyecto fascinante que, en su caso, consiste en convertirse en princesa de un territorio diminuto, pero autónomo, tan entrañable como la Costa Azul toda, de la cual Mónaco debe convertirse —y ésta es la tarea de Gracia— en verdadero y único mascarón de proa.

Junto a la aristocracia europea, que la observa muy detenidamente y que le impondrá una

Grace se convirtió muy pronto en la «segunda industria» de Mónaco, tras el juego. Su presencia semanal en las revistas del corazón de todo el mundo popularizó el reino de hadas en el que vivía, hasta convertirlo en uno de los focos de atracción turística más importantes del Mediterráneo. Y todo empezó con una boda en la que no se ahorró un solo detalle que ayudara a presentarla como la consagración de la felicidad; y así, se invitó a una niña de seis años, Jacqueline Pasquier, elegida en un concurso radiofónico.

serie de duras pruebas como a una auténtica «recién llegada», académicos como Jean Cocteau, André Maurois o Gérard Bauer reflexionan simpáticamente sobre la liberalidad que supone que una *parvenue* alcance el rango de princesa, aunque sea de un país tan pequeñito como Mónaco.

Por la cabeza de Alfred Hitchcock, que permanece al lado de los académicos, atraviesa fugaz el sentimiento de que va a perder a una hija artística bien amada, a la que él mismo condujo hacia los laureles de Hollywood, pero que le abandona para unirse a un príncipe extranjero y desconocido, que además no entiende de cine. Hitchcock sonríe para sus adentros en silencio, imaginando que un vengador rabioso arroja desde un acantilado cercano a un príncipe recién esposado, cuyas condecoraciones no le salvan de una muerte segura...

No lejos del director británico, Ava Gardner sufre un episodio oculto de celos no por la belleza de Gracia, a la cual vence en expresividad y en calor latinos, sino más bien a consecuencia del protagonismo que la descendiente de irlandeses va a alcanzar a partir de ahora y, presumiblemente, para toda la vida.

El Ballet Nacional del Teatro de la Opera de París y el London Festival Ballet ponen el broche a la velada.



La pareja vuelve al palacio



Celebración del matrimonio civil.

Tul, seda y muguet

La bruma danza silenciosamente alrededor del mar que baña manso la Costa Azul, y llega hasta los pies del roquedal donde se yergue, arriba, la iglesia de San Nicolás. La catedral de Mónaco aparece rebosante de flores esta mañana del jueves 19 de abril de 1956. Enfrente mismo, el mar se ha picado suavemente un poco y parece querer trepar por la balaustrada y adentrarse en el templo para oír a Yves Peigné palpar, de la mano de Brahms, las teclas del órgano que acompañará con su sonido la ceremonia que va a comenzar.

Los accesos a la catedral se ven ocupados por secciones de marinería de los buques fondeados en la rada, cuyos marineros, con rostros simpáticos de nariz colorada, rivalizan en uniformes, en pompones y en azules. Han tomado posiciones junto a San Nicolás, muy cerca de los gendarmes monegascos, que hoy, una jornada inolvidable, creen mandar un poco más que un día cualquiera.

Diez minutos después de las diez, monseñor Marella, representante del papa Pío XII, es recibido por Gilles Barthe, obispo de Mónaco, que le conduce a un solio episcopal dentro del templo.

Con segundos de intervalo llegan a la iglesia la madre del novio, Carlota, y su esposo, el príncipe Pedro, así como las princesas Ghislaine y Antonieta, entre un grupo de damas.

Inmediatamente después entran en la catedral las damas de honor, con trajes de organdí amarillo y capelinas a juego. Son trece. Apellidos ilustres de Boston, Filadelfia y Nueva York, gentes de muchos millones de dólares, junto a Furstenberg y Massy de Baviera, el Palatinado y Alsacia, henchidos de blasones y de historia, preceden a Gracia Patricia, que avanza despacio del brazo de su padre. No lejos camina el reverendo Carton, párroco de la parroquia católica de Filadelfia donde la joven fue bautizada aquel mes de noviembre tan frío de 1929.

Con un ramito de muguet blanco en las manos, los ojos deslumbrados por la luz interior del altar y el cuerpo embutido en un soberbio traje de faya blanca, con un ceñidor de puntilla de Brujas en el talle, Gracia Kelly camina por el pasillo central del templo asediada por centenares de miradas y envuelta en 23 metros de «piel de ángel», 23 de tafetán de seda ligera, 90 de tul y 290 metros más de encaje de Valenciennes.

Cinco largos minutos después, Rainiero III, que luce uniforme azul de gala de coronel de Carabineros, entra en el templo seguido de Polignac, Ardant y Brendan Kelly, sus tres arrogantes testigos. Rainiero toma asiento a la derecha de Gracia, que le dedica una mirada esmaltada, inolvidable. El altar está desbordado por las flores, cuyo aroma atraviesa la atmósfera.

Quedan dos minutos para las once en punto. Gilles Barthe, obispo de Mónaco, se aproxima a los novios y con palabras emocionadas por el afecto pregunta solemnemente:

—Rainiero Luis Enrique Majencio Beltrán: ¿Quieres por legítima esposa a Gracia Patricia, aquí presente, según el rito de nuestra santa madre Iglesia?

—Sí, monseñor.

—Gracia Patricia: ¿Quieres por esposo a Rainiero Luis Enrique Majencio Beltrán, según el rito de nuestra santa madre Iglesia?

—Sí, monseñor.

Toda Europa puede contemplar, en la primera retransmisión continental de Eurovisión, el momento en que los recién casados intercambian las alianzas que acaba de bendecir Barthe, una vez que les ha declarado marido y mujer.

Casi nadie escucha las palabras del enviado papal, Marella, quien recuerda los lazos entre el Vaticano y el principado de Mónaco. Los novios han dejado correr sus pensamientos hacia el mar, donde la bruma se ha alejado del todo y ha dado paso a un sol de primavera.

Todas las miradas restallan sobre la novia. Ya del brazo de Rainiero, abandona el templo majestuosamente. Su cutis parece exhalar alegría. Sus ojos se encuentran muy lejos, hacia el interior de una ensoñación que la hace todavía más bonita.

En Santa Devota dejará su ramito de lirios blancos, como ofrenda a la patrona del principado del que acaba de convertirse en dueña. El pueblo de Mónaco la ovaciona con entusiasmo, y de los labios de Gracia sale una sonrisa franca, únicamente limitada por la conciencia de sus nuevas responsabilidades.

¿Cuánto tiempo tardará algún productor avispado en darse cuenta de que la historia de Grace Kelly es uno de los mejores argumentos de alta comedia que puedan hoy imaginarse? Fue la hija de un millonario americano a quien la alta sociedad de Filadelfia no aceptaba. Luego fue la princesa de un Estado en miniatura a quien el gotha *internacional no perdonó nunca su pasado en la farándula. Y por fin, cuando todo apuntaba al* happy end, *fue la madre de dos princesas incapaces de soportar los rigores de palacio.*



Celebración de la ceremonia religiosa.

Con celeridad, la pareja llega al palacio de los Grimaldi. Desde una ventana saluda a las gentes que se apiñan para aclamarla. Setecientos invitados asisten a un almuerzo-buffet donde no falta una sola delicia de la cocina de Francia.

Allá abajo, en el estadio Luis II, miles de monegascos asisten al encuentro de fútbol que enfrenta al Barcelona Fútbol Club con la Atlética Portuguesa, de Río de Janeiro. Mientras la pelota rueda velozmente por el césped, Rainiero III y Gracia de Mónaco se embarcan en el *Deo Juvante II* para realizar un crucero nupcial por el Mediterráneo. Se asoman al puente de la nave para despedirse de millares de personas que agitan banderas del principado.

Las sirenas ronronean, el yate principesco abandona el puerto escoltado por decenas de barquitos que chapotean la salida de la rada, con sus estelas silenciosas y las estruendosas risotadas de sus patrones. Hacia alta mar navega uno de los principales mitos de nuestro siglo.

Una actriz millonaria para salvar al principado

Europa dedicó buena parte de su ocio de aquellos días de abril a seguir con atención un episodio singular que contribuyó enormemente a demostrar que la historia de los pueblos no está hecha sólo de guerras y de muertes.

Gracia Patricia Kelly, millonaria, hija de millonarios y actriz de Hollywood, era un ser casi perfecto, de extraordinaria belleza y rasgos finísimos. Con su expresión fría, pero enormemente humana, había dado rostro y cuerpo a un verdadero cuento de hadas, que distrajo a europeos y americanos durante veintiséis años.

En su persona y en su circunstancia se daban todos los elementos del mito. La belleza, la sensatez, un pequeño reino de origen medieval —milagro histórico más que verdadero Estado—, un príncipe con aspecto bonachón y unos acantilados sobre el mar que baña la Costa Azul, la encendida y esmaltada Riviera. Todo ello fundido por un amor que le hizo dejar la fama de las pantallas para cambiarla por la fama de las revistas de información sentimental y por una vida familiar serena.

Nadie, ni siquiera aquellos que consideraron su vida como un episodio frívolo, como una aventura aristocrática de millonarios, imaginó nunca que aquel mito se derrumbaría tan ferozmente una mañana aciaga de septiembre de 1982, en la que Gracia Patricia de Mónaco halló la muerte, una muerte tan absurda como todas, pero especialmente por sus circunstancias, envueltas todavía por algún enigma.

Hasta entonces, todo hizo indicar que Gracia



Rainiero y Grace en Nueva York.

Grace y Rainiero se habían conocido en Mónaco, en un descanso de las sesiones del festival de cine de Cannes al que la actriz americana asistía como invitada. El flechazo debió de ser instantáneo, porque pocas semanas después el heredero de los Grimaldi pedía al señor Kelly la mano de su hija. Desde entonces, rumores de todo tipo acompañaron a la pareja: el más extendido hablaba de matrimonio de conveniencia, de falta de amor, de continuas desavenencias entre el campechano Rainiero y la rígida parvenue. Nunca pudo probarse nada, sin embargo.

Patricia había llevado una vida fastuosa, desprovista de problemas y envuelta en gasas suaves y en perfumes caros. No fue así, por cierto. Tras la belleza de su idilio, nacido por la ocurrencia de un editor de la revista *Paris-Match*, que tuvo la idea de realizar un reportaje en el cual Gracia visitaba el palacio Grimaldi mientras el *cicerone* Rainiero se lo mostraba, se ocultaba una situación de pugna extrema en la que Mónaco se jugaba su propia subsistencia como Estado, diminuto con sus 159 calles, pero libre.

Los reyes del Mediterráneo, los verdaderos monarcas, lo eran a la sazón los Niarchos, Onassis y toda la saga griega, que extendían su poder por las costas de tal modo que nadie podía ponerles freno. Casinos, inmobiliarias, navieras, comercios de todo tipo, redes hoteleras y turísticas caían velozmente en sus manos ávidas de beneficios y de poder.

En medio de esta zarabanda de apetitos desenfrenados, Rainiero III, un hombre amante de la oceanografía, intentaba por todos los medios perpetuar el singular estatus logrado por su pueblo y por sus antepasados tras siete siglos de feroces luchas contra genoveses, franceses y españoles. Mónaco había llevado siempre una ejemplar y astuta política de alianzas que le permitió salir airoso de decenas de celadas de sus enemigos, que ansiaban sus acantilados y su libertad de roquedal de la costa mediterránea. El amor vino a acompañar la posibilidad de sacar a Mónaco de aquella camada de tiburones de los negocios.

Niza, San Remo y Mónaco rivalizaban también por hegemonizar la cualidad de eje turístico de la Riviera. Poderosas mafias inmobiliarias operaban sin descanso en cada pulgada de terreno a edificar, y la pugna por la dotación de servicios y de infraestructura turística a estas áreas se había convertido en una loca carrera por conseguir el monopolio a costa de lo que fuera.

En medio de esta lucha despiadada, una joven norteamericana, descendiente de irlandeses, aparece un buen día por la Costa Azul para lucir en Cannes su recién estrenado Oscar de Hollywood. Fortuitamente conoce a Rainiero gracias a un periodista, cuya ocurrencia brindaría luego, a lo largo de veintiséis años, todo tipo de afecto de los príncipes hacia la profesión más metomentodo del mundo.

Rainiero viajó a Filadelfia un invierno para hablar con Kelly padre de un asunto enormemente importante: un príncipe europeo quiere tomar por esposa a la hija del campeón de remo. El millonario aceptó encantado, siempre y cuando su hija lo deseara. Así fue.

Luego vino lo otro, que no era menos importante, aunque sí menos bello. John Brendan



A la salida del templo.



Esperando a Carolina.



El nacimiento del príncipe Alberto, segundo hijo de la familia, llenó de alegría el viejo palacio monegasco: los Grimaldi tenían ya un heredero y Francia debería esperar a otra generación para anexionarse Mónaco.



Nacimiento de su última hija, Estefanía.

Kelly apoyó con dinero contante y sonante, dólares fuertes, a su yerno, para hacerle vencer su lucha a muerte con los griegos, cuya amistad y dedicación máximas hacia Mónaco no permitían sospechar de sus propósitos reales. Las luchas puertas adentro de la Sociedad de Baños de Mar de Montecarlo, propietaria del casino monegasco, donde Aristóteles Onassis y Rainiero tienen acciones, se transforman en una batalla a muerte en 1965, pero Rainiero la gana con la ayuda de su suegro, de sus aliados de Europa del Norte y con la extraordinaria cooperación de su esposa, Gracia Patricia, convertida ya en un símbolo femenino para toda una generación de mujeres de la clase burguesa europea.

Han pasado años difíciles en los que incluso se asegura que la princesa ha cobrado dinero por comparecer en fiestas de sociedad o en presentaciones públicas de artículos de lujo. Nunca se llegó a probar nada al respecto, pero los príncipes hicieron grandes sacrificios por conservar el principado.

Con soltura, Gracia de Mónaco sortea las pruebas que la rancia aristocracia centroeuropea le impone para penetrar en su restringido círculo, propósito que nunca conseguiría del todo la ex actriz. Empero, su tenacidad y su discreción, que impidieron dar pie a una sola murmuración frívola sobre su vida sentimental durante veintiséis años, lograrían, si no la entronización en aquellas esferas, sí un gran respeto por la coherencia de una vida de seriedad que Gracia se autoimpuso.

De aquí es de donde arranca la controversia sobre sus hijas, Carolina y Estefanía, nacidas en 1957 y 1965, respectivamente. Bellas, ardientes y sin prejuicios, las dos hijas de Rainiero y Gracia han seguido una trayectoria sentimental plenamente libre, que ha alimentado comadreos en los ambientes frívolos de la burguesía europea. Alberto, el único hijo varón, se ha mantenido al margen de tales comentarios.

Las cálidas jóvenes, la mayor casada con un vividor que asegura serlo, Philippe Junot, separada poco tiempo después de su matrimonio, no quieren saber nada de las rigideces impuestas por los blasones de Europa a su madre, Gracia Patricia, ni de su sorda lucha por conseguir el respeto de aquéllas. Cada episodio amoroso, a menudo acompañado por el escándalo, de las dos jovencitas supone para Gracia y Rainiero un duro golpe que hace tambalear no sólo sus convicciones aparentes, sino también el prestigio de un principado que, a falta de otros elementos, vive parcamente de sus símbolos, entre los cuales la conducta sensata de su princesa Gracia cuenta como el más importante.

Después de veintiséis años de rodaje, «The End»

En pleno siglo XX resulta difícil explicar y explicarse cómo un episodio como el descrito puede despertar tanta atención y tanta expectación

Si en los planes de Rainiero su hijo Alberto aseguraba el siempre acuciante problema de la sucesión, Carolina significaba en los de su madre la posibilidad de emparentar a los Grimaldi con alguna de las grandes familias europeas de sangre azul. Pero la joven princesa, al fin y al cabo hija de sus padres, decidió perpetuar la tradición familiar y se casó con un rico heredero plebeyo, de apellido Junot y de profesión sus romances. Para la rígida Grace las desgracias no acabaron ahí: a los dos años la pareja se separó.



Matrimonio de Carolina con Philippe Junot.



En España durante una corrida

Grace Kelly y John Fitzgerald Kennedy.

apasionada. El tándem Rainiero-Gracia ha justificado, él solo, como mito, todo un género periodístico y más de un subgénero literario. La denominada prensa del corazón ha amasado fortunas a su costa y, a su vez, ha logrado fortalecer el mito de aquella curiosa y atractiva pareja, haciéndolo indestructible hasta que la muerte lo ha segado de cuajo.

Para el sociólogo, la cuestión despierta igualmente curiosidad. Resulta que en un mundo como el nuestro, donde la violencia, la guerra y la miseria son las monedas de cambio que constituyen la verdad y la realidad de cada día, la irrealidad de un cuento de hadas como el que vivió Mónaco durante estos años concita más atención y más adhesión que los relatos reales sobre la entraña de nuestra dura existencia cotidiana.

¿A qué obedece esta suerte de autoengaño? ¿Es únicamente el resultado de un artificioso montaje propagandístico, destinado a hacer distraerse a los pueblos de sus verdaderos problemas para que los que se benefician de este caos perpetúen su fuerza? Es muy probable que así sea, pero resulta evidente que esta respuesta no despeja todas las sombras que la pregunta evoca.

Junto a cada mito hay un querer ser, bajo el que anidan no sólo los deseos cobardes de huir de la realidad, sino también las más altas pasiones de los hombres y mujeres que, en sus vidas cotidianas, no encuentran ocasión de ponerlas en movimiento. La adhesión que una figura tan aparentemente perfecta como la de una mujer llamada Gracia Patricia Kelly despertó entre millares de personas de nuestro mundo no es ni más ni menos que una proyección lírica de un deseo colectivo de perfección y de bondad, que encontró en la bellísima actriz un magnífico espejo.

De este modo, Gracia de Mónaco se convirtió en un símbolo también moral, de entereza, de consecuencia y de beldad, que las gentes ansiaban no porque no se dieran cuenta de que detrás de aquel mito había una realidad incluso doliente, sino más bien porque los pueblos, que son sabios, conocen que han de tener creencias desde las cuales poner en marcha todo lo que de bello, ubérrimo y solidario tiene nuestra especie.

Detrás de los comentarios frívolos y los cotilleos que circularon alrededor del principado, incluso en ocasiones con el estímulo de sus pares, se esconde el anciano y legendario sentimiento de los hombres de encontrar imágenes para sus sueños, símbolos para sus pasiones, nácares para sus huesos molidos por siglos de trabajo y de penas.

Por debajo de la singular historia de aquella princesa de Mónaco tan bella, que un día se mató en un accidente de automóvil, no sólo yace el apetito voraz de los que convirtieron su vida en un negocio, sino las ansias legítimas de los que todavía creen en un mundo algo, siquiera algo, mejor.

R. F.

El dolor que reflejaba el rostro de Rainiero en los funerales de su esposa disipó todos los rumores que corrían sobre el desamor de la pareja. ¿Cómo había muerto Grace? Las tranquilizadoras declaraciones de palacio sobre un ligero accidente chocaron a las pocas horas con la cruda noticia del fallecimiento. La otra ocupante del coche, la princesa Estefanía, se enteró mucho después de la muerte de su madre, mientras se recuperaba en un hospital de su lesión de vértebras.



Noche de gala en Mónaco



Funerales por la princesa Gracia

CRONOLOGIA

Política internacional

Sudán se convierte en Estado independiente.
Jruschov critica a Stalin en el XX Congreso del PCUS.
El protectorado español de Marruecos obtiene la independencia.
Makarios, arzobispo de Chipre, es deportado. Grandes manifestaciones en Grecia y Turquía.
Nasser nacionaliza la administración del canal de Suez por falta de apoyo económico de los Estados Unidos en la presa de Asuán.
Las tropas israelitas invaden Egipto y se apoderan de la península del Sinaí.
El Partido Comunista es declarado anticonstitucional en Alemania.
Egipto aprueba por referéndum la nueva constitución. Nasser es elegido presidente de la república.
El Bundestag vota la ley del servicio militar obligatorio en Alemania.
Anastasio Somoza, presidente de Nicaragua, muere en atentado.
Las tropas soviéticas invaden Hungría.
Eisenhower es reelegido presidente de los Estados Unidos.
Egipto acepta la fuerza de intervención internacional. Será conocida por el nombre de «cascos azules».
Indonesia se independiza de los Países Bajos y obtiene la soberanía completa.
Japón es admitido como miembro de la ONU.

Sociedad

La Cámara de los Comunes abole la pena de muerte en Gran Bretaña.
Boda de Rainiero de Mónaco y Grace Kelly.
Violenta manifestación en París contra el Partido Comunista por la invasión de Hungría. Jean-Paul Sartre, junto con otros intelectuales, rompe con el PC.
Martin Luther King se convierte en el líder del movimiento contra la segregación en los Estados Unidos.
Movimiento de protesta en Panamá por el control norteamericano en el canal.
Inauguración de universidades laborales en Gijón, Tarragona, Zamora, Córdoba y Sevilla.
El cantante de rock Elvis Presley se convierte en el ídolo de las adolescentes norteamericanas.
Claudio Sánchez-Albornoz, historiador español exiliado en Buenos Aires, publica España, un enigma histórico.

Economía

El nuevo plan quinquenal de la Unión Soviética programa sobrepasar en producción a los países más desarrollados de Occidente, antes de 1960.
Construcción de tres grandes acerías en la India. Colaboran Rusia, Inglaterra y Alemania federal.
En España se aprueba la ley del Suelo.
El Consejo de la OEEC amplía la liberalización del comercio entre sus miembros y adopta mayores rebajas aduaneras.

Ciencia y tecnología

Se pone en funcionamiento la primera central atómica inglesa en Calder Hall.
Inauguración del servicio telefónico transatlántico.
El profesor Polli calcula que Venecia se hunde 23 centímetros por siglo.
En los Estados Unidos se intensifica la lucha contra la «marea roja».
Es descubierta en Córcega una estatua que parece pertenecer a una civilización megalítica de dos mil años antes de nuestra era.

Sucesos

Muere en trágico accidente el infante Alfonso de Borbón.



Eisenhower, reelegido presidente de EE. UU.



Joern Utzon: Teatro de la ópera. *Sydney (Australia).*

El profesor Félix Esclaugon, de la Facultad de Ciencias de París, muere electrocutado en una demostración ante sus alumnos.
Colisión entre el Stockholm *y el* Andrea Doria *frente a Nueva York, con el naufragio de este último.*
Un boliviano arroja una piedra contra La Gioconda *en el Museo del Louvre.*

Deportes

Rocky Marciano, con cuarenta y nueve combates y cuarenta y nueve victorias, se retira del boxeo en plena gloria.



Reg Butler:* Manipulator *(1956).



Entierro de Alfonso de Borbón.

Ira Murchison y Willie Williams baten el récord de 100 metros lisos, que desde 1936 ostentaba Jesse Owens.
El Real Madrid gana su primera copa de Europa de fútbol.
Renuncia de varios países a la participación en los Juegos Olímpicos de Melbourne debido a la conflictiva situación internacional.

Literatura

Juan Ramón Jiménez: premio Nobel.
Jorge Luis Borges: Ficciones.
Vladimir Nabokov: Lolita.
Françoise Sagan: Una cierta sonrisa.
Vladimir Dudinzev: No sólo de pan vive el hombre.
Mueren Pío Baroja y Bertolt Brecht.

Cine

Premios en el festival de Venecia para las películas españolas Calle Mayor, *de Juan Antonio Bardem, y* Calabuch, *de Luis García Berlanga.*
Ingmar Bergman: El séptimo sello.
Alfred Hitchcock: El hombre que sabía demasiado.
Sidney Lumet: Doce hombres sin piedad.
Joshua Logan: Bus Stop.
John Huston: Moby Dick.
Roger Vadim: Y Dios creó la mujer.
King Vidor: Guerra y paz.
Elia Kazan: Baby Doll.
Premio en el festival de Cannes para El mundo del silencio, *de Jacques-Yves Cousteau.*
Orcars de Hollywood a Yul Brynner y a Ingrid Bergman por las películas El rey y yo *y* Anastasia, *respectivamente.*

Teatro

John Osborne: Mirando hacia atrás con ira.
Se estrena en México Poesía en voz alta, *un espectáculo que da cabida a la poesía, la música, las artes plásticas y las actuaciones.*

Música

Igor Stravinski: Canticum Sacrum Sancti Marci nominis.
Wolfgang Fortner: La Creación.
Elvis Presley: Hearthbreak Hotel.

Pintura y escultura

Philip Guston: El reloj de pared.
Eduardo Paolozzy: Jason.
Jackson Pollock muere en accidente de automóvil.

Arquitectura

Pier Luigi Nervi y Annibale Vitelozzi: Palacio de los Deportes, *Roma.*
Ludwig Mies van der Rohe: Casa central de la sociedad Seagram, *Nueva York.*

LA COMUNIDAD ECONOMICA EUROPEA



Firma del Tratado de Roma

CUANDO el 25 de marzo de 1957 nace la Comunidad Económica Europea (CEE) con la firma del Tratado de Roma, Europa tiene clara conciencia de su debilidad. Dos guerras mundiales libradas en suelo europeo han sido más que suficientes para tener que ceder el cetro de primera potencia a los Estados Unidos y acumular razones —de carácter ideológico y, sobre todo, militar— para temer a la Unión Soviética.

Europa, inventora de la conciencia histórica, no puede ignorar que el centro de gra

vedad de la economía y la política se ha desplazado hasta la otra orilla del Atlántico. Un cambio de ritmo se había producido en el acontecer de la historia y era necesario ponerse al paso rectificando reiterados errores del pasado, desterrando rencores presentes e imaginando nuevos derroteros de cara al futuro.

Rafael de Juan y Peñalosa, adjunto de Política Económica de la Universidad de Barcelona, nos explica en el artículo los precedentes, actualidad y futuro de esta organización europea.



El palacio de la CEE en Bruselas.

1957

«Si preguntas por el monumento de Europa, mira a tu alrededor.» (Epitafio del arquitecto sir Christopher Wren, quien proyectó la catedral de San Pablo, en donde se halla su tumba.)

Europa nace de nuevo

El rapto de Europa, hija del rey de Tiro, realizado por Zeus disfrazado de toro blanco, había vuelto a consumarse, esta vez por obra y gracia de las disensiones interiores. Y si se puede afirmar que la discordancia es la sangre de la democracia, la disensión es su cáncer; mientras los discordantes buscan soluciones para problemas que son comunes a todos, los disidentes buscan el poder para ellos mismos. En esa década de los cincuenta, Europa necesitaba mucho más para no perder el tren de la historia: la concordia. Y ese tren de la historia cabe perderlo, en el decir de Luis Díaz del Corral, por unos minutos, como los trenes de verdad, y un cambio de agujas puede producirse de la mano de un político cuya genialidad linde con la demencia. En nuestro caso, en la génesis y configuración de una Europa nueva, empeñada en la construcción de su unidad, fueron varios los genios que trabajaron de sol a sol: Jean Monnet, Robert Schuman, Konrad Adenauer, Paul-Henri Spaak, Sicco Mansholt e, incluso, Charles de Gaulle. No todos se esforzaron de la misma forma ni alimentaron horizontes comunes, pero sí colaboraron de modo decisivo en poner en marcha el proyecto de una Europa unida o en allanar los obstáculos que se iban presentando. Incluso Winston Churchill había declarado en 1946, en Zurich: «Deberemos construir los Estados Unidos de Europa», aunque dejando bien claro que en ese ambicioso proyecto el Reino Unido se comportaría como un buen vecino.

Y, en efecto, así fue como sucedió. Los seis países discordantes que rubricaron el Tratado de Roma fueron los de Francia, República Federal de Alemania, Italia y los ya integrados, desde el 1 de enero de 1948, por la Convención del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo). Como país disidente quedó Gran Bretaña. El resto de las naciones europeas, por razones diversas —de neutralidad, de régimen político, de intereses económicos afines a Inglaterra, incluso de situación colonial, como en los casos de Malta y Chipre—, quedó al margen del proceso de integración. Dos años después, en 1959, una buena parte de estos países, comandados por el Reino Unido, formarán la EFTA (Asociación Europea de Libre Comercio), una especie de réplica comercial a la CEE, sin más ambición ni propósito que la progresiva reducción de aranceles y la desaparición de los contingentes.

1956



... Y FUERON FELICES

EL 19 de abril de 1956, el mundo contempló cómo se hacía realidad un cuento de hadas del siglo XX: una actriz de Hollywood se convertía en princesa de un diminuto país de Europa.

Flechazo, un noviazgo de sueño, ...y fueron felices. Alfred Hitchcock no pudo desvelar el misterio que envolvió a esta última y definitiva película de su actriz favorita, su rubia y fría Grace Kelly.

Rafael Fraguas, periodista, especialista en temas políticos, enviado por su periódico para cubrir la información de la trágica muerte de Grace Kelly, nos comenta los detalles de la boda y la expectación que ésta produjo en el mundo.

Mónaco recibe a su novia

La neblina que flotaba en silencio sobre la Costa Azul aquella mañana del 12 de abril de 1956, comenzó a rasgarse ruidosamente, como un retal de raso, al paso de centenares de barquitos. Con sus sirenas sonando, acudían mar adentro a recibir al *Constitution,* un transatlántico norteamericano que traía a Europa a una jovencita bien de Filadelfia, bautizada veintiséis años antes en una parroquia del barrio de Germantown. Era Gracia Patricia Kelly, cuyo corazón experimentaba una sensación especial.

Enfundada en un impecable traje de seda azul marino y protegida (?) por su caniche *Oliver,* observaba desde la proa del buque la cada vez más cercana rada de Mónaco, ese añoso principado medieval con cuyo príncipe, Rainiero III, iba a contraer matrimonio seis días después. Ella intentaba sentirse más fuerte al lado de sus padres —el campeón olímpico de remo y millonario John «Jack» Brendan Kelly, hijo de irlandeses, y Margaret Meyer, hija de alemanes—, pero no lo conseguía.

Como si de un cuento infantil se tratara, las campanas del pequeño principado de Mónaco repicaron a final feliz tras la boda del noble Rainiero III y Grace Kelly, una de las rubias más populares del cine americano. Desde entonces, los avatares de la pareja fueron comentario corriente en todo el mundo, necesitado quizá de las historias familiares de un reino de juguete donde la noticia no era nunca la guerra o la violencia, sino el nacimiento de un heredero o el nuevo amor de Carolina.

Decenas de dedos índices le señalaron un yate singular, el *Deo Juvante,* que avanzaba orgulloso hacia el transatlántico. Sobre aquél navegaba, pilotándolo, Rainiero Grimaldi, quien de esta manera le daba la bienvenida al reino en miniatura que dentro de muy poco pasaría a ser de ambos.

Un hidroavión de lomos amarillos, propiedad de Aristóteles Onassis, salpicaba de claveles rojos y blancos el cada vez más estrecho brazo de mar que separaba al *Deo Juvante* del *Constitution.* De los innumerables barquitos del contorno salían silbidos de algazara, risas y hurras que hacían retroceder la niebla velozmente.

Por una escalinata de nudos, que bajaba hacia un barco que sirvió de pontón entre el transatlántico y el yate real monegasco, Gracia descendió cuidadosamente, temiendo perder pie y dar con su cuerpo en el agua. *Oliver* contenía el aliento sobre sus brazos. Allí, en el último peldaño, la esperaba un hombre de treinta y tres años, Rainiero, de bondadosa cara, con incipientes mofletes y un bigotito muy de la época, incapaz de ocultar la firmeza que da la alegría de un sueño hecho realidad.

El saludo, ante tantas gentes, fue algo frío por el rubor, pero las sonrisas de los millares de rostros que los recibieron, lo apretado de los racimos de monegascos que se agolpaban en el muelle de Montecarlo y el estreno, allí mismo, de un futuro inmenso caldearon inmediatamente los rostros de los novios.

Mónaco, como un gran anfiteatro, comenzaba a contemplar el primer acto de una representación en la que Gracia Patricia Kelly, aquella mujer de rostro de ángel y mirada plateada, dueña de un Oscar de interpretación concedido por la Academia de Ciencias Cinematográficas de Hollywood, oficiaría de protagonista durante veintiséis años.



Con la Segunda Guerra Mundial, Europa vio destrozada prácticamente toda su economía. Sólo quedaron dos superpotencias, los Estados Unidos y la URSS. Fue entonces cuando se vio la necesidad de agrupar los países europeos en una organización que defendiera sus intereses.

El 25 de marzo de 1957, en Roma, los ministros de los Seis firman los tratados que establecen la Comunidad Económica Europea (CEE) y la Comunidad Europea de Energía Atómica (Euratom), con el propósito esencial de acercamiento entre los países miembros a través de una integración económica. De izquierda a derecha: P. H. Spaak, J. Ch. Snoy y d'Oppuers (Bélgica), C. Pireau y M. Faure (Francia), K. Adenauer y W. Hallstein (Alemania), A. Segni y C. Martino (Italia), J. Bech y L. Schaus (Luxemburgo), y J. Luns y J. Linthorst Homan (Holanda).



Los ministros de los Seis firman el tratado.

La construcción de la CEE no fue ni improvisada ni fácil, sino que estuvo presidida por años de esfuerzos y por varios intentos de integración a menor escala. En este proyecto intervinieron lo mismo políticos que empresarios, hombres de la ciencia que de las finanzas, diplomáticos que escritores. Estos antecedentes tienen importancia por cuanto dejaron su impronta en los lineamientos del nuevo proyecto. No es necesario remontarnos demasiado atrás en el tiempo. Durante siglos la historia europea se ha deslizado entre un permanente contraste de esfuerzos integradores y de guerras disgregadoras. Realizaciones como el Imperio romano, sueños como el del Sacro Imperio, guerras como la llamada de los Cien Años, creaciones como las de *polis* y nación, son otros tantos hitos de esta gran movilidad histórica. Ahora sólo nos interesa hacer un breve recorrido por los hechos del siglo XX que contribuyeron de alguna forma a sentar las bases para la integración de una parte de Europa.

Del Benelux a la OECE

En 1915, apenas comenzada la Primera Gran Guerra, Friedrich Naumann publica su obra *Mitteleuropa* (Centroeuropa), en la que con una brillantez y penetración inusitadas expone las posibilidades de una unidad política europea escalonada, comenzando por una unión aduanera y progresando hacia la integración en otras esferas del ámbito económico y de la vida política. Es bastante lógico que la idea partiera de un escritor alemán, ya que en la *zollverein* (unión aduanera) de los Estados alemanes, defendida con tesón y éxito por el economista F. List (1789-1846), hemos de buscar el embrión de la nación alemana.

Cuatro años después de finalizada la guerra, en 1922, con la constitución de la Unión Económica Belgo-Luxemburguesa, se inicia la larga marcha que culminará, el 1 de enero de 1948, en la formación del Benelux. No obstante esto, fue durante los años de la Segunda Guerra Mundial cuando los gobiernos de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, exiliados en Londres, colocan los cimientos sobre los que se levantará la Unión Aduanera de estos tres países. Todos los autores han considerado posteriormente a esta Unión como el *laboratorio* donde se gestó el Mercado Común, ya que las etapas de integración que se pergeñaron entonces fueron muy similares a las que después se adoptaron por el Tratado de Roma y que puso en marcha a la Comunidad Económica Europea. Sin embargo, una de las carencias que presentó esta Unión fue la ausencia de instituciones supranacionales encargadas de armonizar intereses, resolver pro-

blemas y abrir nuevos cauces. Su posterior integración en la CEE solventó el problema.

La primera experiencia importante de cooperación europea tiene lugar en 1948 cuando, a instancias de los Estados Unidos y con la finalidad de administrar las ayudas del Plan Marshall, se crea la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), cuyo convenio constitutivo rubricaron 17 países. En esta ocasión se pensó ya en la posibilidad de una unión aduanera, pero las reticencias de Inglaterra a ir más allá de algunos acuerdos comerciales y las dificultades intrínsecas de coordinar los intereses y alumbrar soluciones para tan elevado número de países, en situaciones políticas y económicas muy dispares, consiguieron que se pospusiese el tema para mejor ocasión.

«Europa no se hará de golpe»

Hay que esperar hasta el 18 de abril de 1951, fecha de la firma del Tratado de París, para que cuaje el primer intento general, aunque sectorial, de unión aduanera. En mayo del año anterior, Robert Schuman, ministro francés de Asuntos Exteriores, había propuesto la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). En su declaración, Schuman invitaba a «colocar el conjunto de la producción franco-alemana del carbón y del acero bajo una alta autoridad común, en una organización abierta a los demás países de Europa», al mismo tiempo que reconocía que «Europa no se hará de golpe, ni en una construcción de conjunto; se hará por realizaciones concretas, creando ante todo una solidaridad de hecho». Detrás de estas palabras laten el espíritu y el tesón de un gran europeísta, Jean Monnet, por aquel entonces comisario del Plan de Modernización de Francia, y a quien todos consideran como el verdadero padre de la integración europea. El Tratado de París, que entrará en vigor el 25 de julio de 1952, pone en marcha el nuevo proyecto que, como afirma Ramón Tamames, «contenía los elementos básicos que más tarde, y ya en un panorama global, volveremos a encontrar en la CEE: creación de un mercado común (del carbón y del acero), con libre circulación de mercancías, personas y capitales (relacionados con el sector), aspiración política de desarrollar el continente africano y persecución de una meta última bien definida: Federación Europea». Seis países suscriben este tratado, los mismos que en 1957 firmarán el Tratado de Roma. Una vez más, el Reino Unido se mantendrá al margen del proyecto.

Entre 1952 y 1957 fracasará el apresurado y ambicioso proyecto de una Comunidad Europea de Defensa; Gran Bretaña mantendrá su postura inicial de una zona de libre cambio que en 1959 se plasmará en la EFTA; y los Seis que integran la CECA acuerdan, en la Conferencia de Messina de junio de 1955, que un comité de expertos elabore un informe —que llevará el nombre de Paul-Henri Spaak, ministro belga de Asuntos Exteriores y verdadero impulsor del mismo— sobre las ventajas políticas y económicas de la Unión Económica. En base a este documento, y después de cinco conferencias de ministros, los Seis firman el Tratado de Roma, por el que se constituyen la Comunidad Económica Europea y el Euratom. El 4 de octubre de ese mismo año, los rusos lanzan el primer *sputnik* al espacio. Finalmente, en 1973 Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca entran a formar parte de la Comunidad Económica Europea, y el 1 de enero de 1981 Grecia se constituye en el décimo país miembro de esta organización.

«Estamos unificando los pueblos»

Es importante tener presente que la filosofía política que embebe todo el contenido del Tratado de Roma es la concepción de la integración europea como un proceso escalonado y marcado por tres momentos específicos: la unión aduanera, la unión económica y la unión política de carácter federativo. Jean Monnet lo había expresado con el vigor y nitidez que le caracterizaba: «No nos limitamos a agrupar Estados, sino que estamos unificando los pueblos.»

Así pues, el objetivo final de las comunidades económicas europeas es la integración política, vagamente expresada en el artículo 3.° del tratado. Las razones de este compromiso definido y,



Jean Monnet trabajó sin descanso por una Europa unida.



WALTER HALLSTEIN (Maguncia, Alemania, 1901-Stuttgart, Alemania federal, 1982)

Defensor ardiente de la unidad de Europa y pionero de su puesta en marcha, Walter Hallstein se distinguió de otros europeístas en que centró mucho más sus esfuerzos en hacer que la integración funcionase que en desarrollar una ideología europea. Durante casi los diez primeros años de existencia del Mercado Común presidió la Comisión Europea, para la que fue elegido por unanimidad. Desde este puesto privilegiado, Hallstein jugó un papel protagonista para convertir la Comunidad Económica Europea (CEE) en una fuerza política independiente, por encima incluso de los Estados que la componían. «Estamos aquí para hacer política, no para hacer negocios», solía afirmar.

Hombre de una sólida formación jurídica, se doctoró en jurisprudencia en 1925, después de haber estudiado en las universidades de Bonn, Munich y Berlín. De 1927 a 1930 enseñó en el Kaiser Wilhelm Institut de Berlín, y de 1930 a 1941 en la universidad de Rostock.

Su carrera académica fue interrumpida por la guerra. Movilizado, sirvió en la *Wehrmacht* como teniente. Fue capturado en Cherburgo (Francia) por el ejército americano y enviado a Campo Como, Mississippi. Allí se le permitió establecer un pequeño centro de estudios en el que los prisioneros alemanes estudiasen las instituciones estadounidenses. En 1946 volvió a Alemania y fue

nombrado rector de la universidad de Francfort.

En 1950 el canciller Konrad Adenauer le designó para presidir la delegación alemana que discutiría en París el plan de Robert Schuman para formar una comunidad del carbón y del acero entre seis naciones europeas que terminó en la creación de la CECA, primer paso en la puesta en marcha del futuro Mercado Común.

En abril de 1951 fue nombrado secretario de Estado para los Asuntos Exteriores. Desde este puesto, Hallstein asumió la difícil tarea de reinsertar a una Alemania vencida en el nuevo esquema de Europa occidental. Partidario decidido de la reunificación alemana, elaboró la llamada *doctrina Hallstein*, por la que Bonn rompió sus relaciones diplomáticas con todos los Estados que reconocieron a la República Democrática Alemana. Colaboró activamente en el Tratado de las Tres Potencias con la República Federal, firmado el 26 de mayo de 1952, por el que Alemania occidental recuperaba su soberanía, y en el tratado que estableció la Comunidad Europea de Defensa, que, aunque poco operativo a la larga, fue interpretado en aquellos momentos como un paso importante para la unidad europea.

En 1958 se hizo cargo de la presidencia de la Comisión Europea de la CEE. Desde su punto de vista de profesor de Derecho, el Tratado de Roma debía interpretarse como una constitución, aunque de forma flexible. Este enfoque legalista y sus continuos esfuerzos por ampliar el marco de acción de la Comunidad le enfrentaron continuamente con el presidente francés general De Gaulle, demasiado celoso de la soberanía de su país.

Hallstein también defendió que la lógica del Tratado de Roma suponía que el Mercado Común tuviese sus ingresos propios y que éstos y el presupuesto fuesen controlados por el Parlamento Europeo. Cuando en 1967 abandonó la presidencia, no lo había conseguido, pero pocos dudaban, tal y como sucedió, de que este esquema terminaría por imponerse.

Entre 1968 y 1974 siguió colaborando a favor de la unidad a la que tantos esfuerzos había dedicado como presidente del Movimiento Europeo.

al mismo tiempo, vaporoso hay que buscarlas en las dificultades del momento —el final de la contienda quedaba aún demasiado cercano—, en los ingentes problemas que plantea toda integración, y en otras razones históricas. El ideal de la unidad política tenía que sacrificarse en aras del realismo y postergarse *sine die* si se quería poner en marcha la CEE. Ya unos años antes, en 1948, Arnold J. Toynbee había escrito la razón última de los obstáculos para esta integración política, y que no era otra que «el peso muerto de la tradición europea, que hace tan difícil a ingleses y franceses amar y fomentar, o, a decir verdad, incluso a imaginar, una Europa sin una Gran Bretaña independiente y soberana, o una Francia independiente y soberana, como era difícil para un ateniense y un espartano del siglo III o II a. de C. imaginar una Hélade sin una Atenas y una Esparta independientes». A pesar de ello, el Parlamento Europeo solicita, en 1961, un esclarecimiento del significado de ese artículo 3.°, sobre todo en lo concerniente a las condiciones políticas necesarias para la adhesión de futuros miembros. Meses después, éstas quedan expresadas en los siguientes términos: «Los Estados cuyos gobiernos carecen de legitimidad democrática, y cuyos pueblos no participan en las decisiones del gobierno, ni directamente ni por medio de sus representantes, no pueden ser admitidos como miembros de la Comunidad Europea.» Por esas mismas fechas se diseña un proyecto concreto para realizar la unión política conocido como Plan Fouchet y aprobado por los jefes de Estado reunidos en Bonn (julio de 1961); se abandonará antes de un año. Alemania e Italia continúan presionando sobre el tema, sin que alguna de sus propuestas logre prosperar. En 1972 el informe Davignon resucitará el proyecto, sin ningún resultado tangible.



Portada de L'Illustration.

Quince años después del Tratado de Roma se firma en Bruselas (enero de 1972) la adhesión de Dinamarca, Irlanda y Reino Unido, que entran a formar parte de la Comunidad al año siguiente. Sin embargo, muchos ciudadanos ingleses se habían mostrado en desacuerdo con la unión de su país a la CEE, y así lo han manifestado públicamente en diversas ocasiones.

El Tratado de Roma

Sobraban razones para optar por un proceso



Una manifestación contra la CEE en Inglaterra.

mucho más lento y menos ambicioso, pero más asequible. El camino elegido fue el de una integración económica escalonada en dos fases: la unión aduanera y la unión económica. La primera implica la eliminación progresiva de cuantas barreras cuantitativas, arancelarias o fiscales obstruyan la libre circulación de mercancías entre los países miembros, así como la uniformidad de las condiciones para permitir la entrada de productos provenientes de terceros países; en otras palabras, se precisa el establecimiento de una tarifa exterior común (TEC) y una legislación aduanera común. La previsión temporal para la total implantación de esta primera fase fue de doce años; sin embargo, la rápida expansión económica disfrutada por los países europeos en la década de los sesenta redujo en casi dos años el período previsto.

En cuanto a la segunda fase —la unión económica—, el proyecto conllevaba, por una parte, la implantación progresiva de la libre circulación de todos los factores de producción: empresas, servicios, capitales y personas; sólo cuando se realizaran estos objetivos se podría hablar con propiedad de haber alcanzado un mercado común. Mas, por otra parte, la unión económica implicaba también una armonización de las políticas económicas de los países miembros, para conseguir lo cual era imprescindible, entre otros objetivos, unificar los principales instrumentos empleados en su elaboración: la política fiscal y la política monetaria. En el primer caso, la implantación del impuesto del valor añadido (IVA) era, en la práctica, imprescindible, y en el segundo —que ofrecía, y aun ahora ofrece, mayores dificultades— fueron necesarios acuerdos parciales sobre los márgenes de fluctuación de las monedas respectivas, la creación de una unidad monetaria común (ECU) y la estrecha colaboración entre los bancos centrales.

Junto a estos temas cardinales, se trabajó también en la armonización de las normas de la competencia, en la política social, en la política agraria común (PAC) —que dio lugar a bloqueos y decepciones, sólo superados gracias a la perseverancia y tesón de Sicco Mansholt—, en la convergencia de las legislaciones, en la fundación de un banco europeo de inversiones... La concreción de estos proyectos económicos no es óbice para que el Tratado de Roma proponga horizontes de más largo alcance: «... asegurar, por la constitución de este conjunto de recursos, la salvaguardia de la paz y la libertad, y llamando a los otros pueblos de Europa que compartan su ideal a asociarse en el esfuerzo común...» El espíritu de De Gaulle ronda entre estos vastos planes cuando escribía que «se da un conflicto entre la naturaleza humana, que aspira a la libertad, y el desarrollo que exige la eficacia». Con el Tratado de Roma se inicia la andadura de la eficacia, sin renunciar por ello al progreso de la libertad.

La realización de estos objetivos exigía un aparato institucional eficaz. Los que redactaron el tratado no dudaron en aprovechar el diseño institucional contenido en la CECA y que, durante algunos años, había servido de banco de pruebas para poder compulsar su funcionamiento. No les fue difícil introducir los cambios de competencia y añadir los nuevos poderes que se imponían para hacer factibles las nuevas metas.

Organismos básicos de la CEE

Desde 1958 las tres comunidades (CECA, CEE, Euratom) tenían como instituciones comunes el Parlamento Europeo y el Tribunal de Justicia, pero hay que esperar hasta 1967 para que las comisiones ejecutivas y los respectivos consejos de ministros sean también comunes. Esta unificación institucional constituyó el primer paso hacia la formación de una sola Comunidad Europea. Más tarde, en 1974 se dio el segundo paso con la creación del Consejo Europeo con el fin de institucionalizar las anteriores conferencias en la cumbre. Finalmente, el 10 de julio de 1981 el Parlamento Europeo encarga la elaboración de un nuevo tratado que configure una única Comunidad Europea.

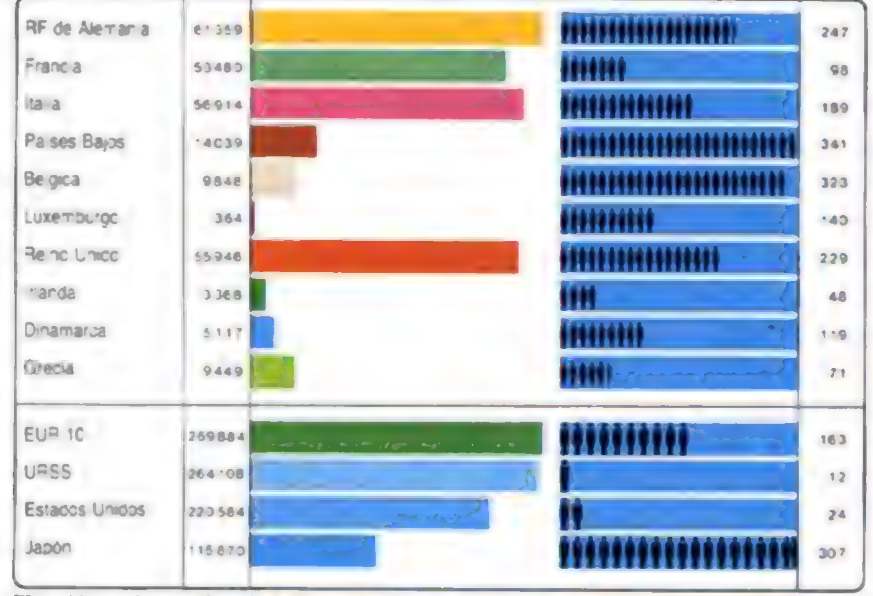
En otro orden de cosas, hay que reseñar que si el Tratado de Roma, por una parte, atribuye a las instituciones comunitarias poderes bien defi-

Nueve millones de personas trabajan en la agricultura dentro de la CEE. Los trabajadores agrícolas generan un 4 por 100 de la riqueza de la Comunidad; sin embargo, esta cifra promedio oculta las diferencias que existen entre los Estados miembros. En Grecia, por ejemplo, un 17 por 100 de la renta nacional proviene de la agricultura, mientras que en Gran Bretaña este sector sólo representa un 2,2 por 100. (En los 10 países pertenecientes a la CEE, la industria representa un 4 por 100, y los servicios, un 55 por 100.) La integración de España al Mercado Común, superados los obstáculos de carácter político, pasa hoy por las dificultades que supone la posible competencia de sus productos agrícolas con otros países del área mediterránea.



Los camioneros españoles con productos agrícolas tienen problemas en la frontera francesa.

Población (× 1.000) **Densidad por Km²**



El problema demográfico de la Comunidad por su densidad de población.







Mapa de los países que integran la Comunidad y el COMECON.

nidos, por otra observa un exquisito cuidado en evitar toda mención al posible carácter supranacional que pudieran revestir tales instituciones. Las razones son fáciles de adivinar, ya que son las mismas que han aplazado la unión política indefinidamente. Si se establece una comparación con las instituciones que se crearon en el Tratado de París, se puede observar que en el Tratado de Roma el orden institucional está modificado y que, incluso jurídicamente, se caracteriza por un menor contenido supranacional. Son instituciones con personalidad propia, objetivos definidos y poderes amplios, pero que no alcanzan para constituir algo semejante a un gobierno federal con prerrogativas sobre parlamentos y gobiernos nacionales. Aunque a lo largo de los años se han ido introduciendo algunas innovaciones —en general hacia un mayor poder decisorio—, en lo esencial permanecen tal y como fueron diseñadas en el Tratado de Roma. Los cuatro organismos básicos sobre los que gravita el orden institucional de la CEE son: el Consejo de Ministros, la Comisión, el Tribunal de Justicia y el Parlamento.

A medida que el proceso de integración se ha ido consolidando, el número de instituciones, asociaciones y confederaciones también se ha ido incrementando. Así, han ido naciendo el Comité Económico y Social, el Banco Europeo de Inversiones, la Confederación Europea de Sindicatos, el Comité Europeo de Empresas, etcétera. No obstante esto, los órganos deliberativos y decisorios son los que acabamos de reseñar, y sobre ellos descansa toda la estructura intitucional de la Comunidad Económica Europea.

Hacia la Europa de la unión

Durante los veinticinco años transcurridos desde la firma del Tratado de Roma no han faltado los problemas ni tampoco la voluntad de solucionarlos; no han estado ausentes las confrontaciones y las controversias, pero también ha estado presente la capacidad de dirimirlas. En el origen de la mayoría de las disensiones comunitarias tropezamos con los intereses nacionalistas que recuperan sus perfiles más intransigentes en situaciones de crisis generalizada y que, incluso, son azuzados en recurrentes ocasiones por intereses partidistas coyunturales más allá de toda lógica política general. La probada estabilidad de las relaciones entre los países comunitarios hay que atribuirla al contrapeso de intereses no sólo económicos, sino también de prevalencia. Sobre la cooperación y el entendimiento entre los dos colosos de la Comunidad —Alemania y Francia— descansa la supervi-



vencia del proyecto. La vocación comunitaria de Italia es indudable, bien alimentada por las ayudas que recibe. La suerte de Dinamarca está muy ligada a la de Inglaterra. Los países del Benelux pueden temer la prepotencia de Alemania. El Reino Unido sigue siendo el miembro más inestable, y sus quejas no cesan —del exceso de su contribución al presupuesto comunitario, de la excesiva burocratización de las instituciones comunes, de la implantación del IVA, del proteccionismo agrario...—; y no es por malevolencia el afirmar que su voluntad política de integración no va más allá de sus intereses económicos, lo que hace honor a su secular tradición de comerciante y a sus recelos insulares.

Tampoco se pueden ignorar las dificultades intrínsecas de un proceso integrador en expansión de naciones con estructuras diferentes y en estadios de desarrollo muy dispares; dificultades que se acrecientan al tener que tomar decisiones por unanimidad, decisiones que dependen del Consejo de Ministros, que es lo mismo que afirmar que quedan al albur de los intereses particulares de los Estados. La vulnerabilidad de la CEE ante los acontecimientos económicos internacionales es patente por sus dependencias energética, comercial e, incluso, tecnológica. Ni siquiera el objetivo de la unión política, que es el horizonte que debe empujar del proceso, es compartido por igual por los 10 países miembros.

Junto a las sombras, la luz. No se puede ignorar que acontecimientos que hoy comienzan a quedar lejos en el pasado —como el Tratado de Roma—, un día estuvieron lejos en el futuro. Nos hemos referido a los muchos años que precedieron a la firma del tratado, años que hacen verdad el verso de Octavio Paz: «¿Cómo buscar otra unidad que no sea la del tránsito?» Aquellos dolores de parto hoy se difuminan en la lejanía, pero de ellos se alimenta la fe en el futuro, puesto que ellos dieron a luz una realidad como la Comunidad Económica Europea.

No hay razones para desconfiar de que el proceso comunitario sigue lentamente adelante. Lentitud que, al igual que en los robles y en las encinas, es sinónimo de vigor y permanencia. Con todo, y reconociendo el hecho de una Alemania dividida —signo y símbolo de una Europa fraccionada—, no podemos dejar de preguntarnos si más que de unión europea no tendríamos que hablar de partición de Europa. Decía Toynbee que la voluntad de Europa no decide ya el destino de Europa. Ante el indiscutible éxito de la CEE podemos abrigar razones para pensar que esa voluntad conoce una resurrección y que en el trasfondo de la Europa de la distensión late la Europa de la unión.

R. de J.

Bibliografía básica

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA: *La economía de la Comunidad Económica Europea*. Madrid, 1979.

DENIAU, Jean-François: *Le Marché Commun*, PUF (Colec. *Que Sais-Je?*). París, 1977.

SWANN, D.: *La economía del Mercado Común*, Alianza Universidad. Madrid, 1972.

TAMAMES, R.: *El Mercado Común Europeo. Una perspectiva española y latinoamericana*, Alianza Universidad. Madrid, 1982.

¿Cuál es el futuro de la CEE? Gaston Thorn, presidente de la Comisión Europea, ha hablado sobre la necesidad de construir la Europa de la «segunda generación». Han pasado veinticinco años desde que se creó la CEE y parece que el ideal europeo se ha desvanecido desde que han surgido problemas, especialmente de tipo económico. Además, Europa ha envejecido. Es necesario, según Thorn, revitalizar la idea de solidaridad, hacer que Europa nazca de nuevo.

1957



Sputnik III

«Una pequeña bola en el aire»

El 4 de octubre de 1957, el estruendo de los motores de un cohete en un aeropuerto militar secreto cercano al mar Caspio anunciaba al mundo el amanecer de una nueva era en la historia de la humanidad. Un grupo de científicos de la Unión Soviética había puesto en órbita alrededor de la Tierra una esfera metálica de 83,6 kilogramos de peso y 58 centímetros de diámetro. Se trataba del primer satélite artificial enviado al espacio. Los rusos le pusieron por nombre *Sputnik 1* y, con toda razón, anunciaron que acababan de inaugurar la era espacial, aunque guardaron con el máximo sigilo los detalles del gran logro científico. La noticia corrió por el mundo y causó una profunda sorpresa en todos los países, especialmente en Estados Unidos, que se sintió desbancado de su autocomplacencia tecnológica y del liderazgo en la investigación espacial. El presidente Eisenhower, en tono consolador, se vio incluso obligado a tranquilizar a los norteamericanos asegurándoles que Estados Unidos adelantaría a la Unión Soviética en el próximo año. «Después de todo —dijo—, los rusos sólo han logrado poner una pequeña bola en el aire.» Un mes más tarde, la Unión



EL «SPUTNIK»

CUANDO parecía que la década de los cincuenta se había quedado anquilosada recordando la pasada guerra, entre tratados y conferencias, espías y experimentos nucleares, testimonios de una lucha entre titanes, una agencia soviética lanza al mundo la noticia que hará girar la atención y el interés de todos hacia un terreno lejos del campo de batalla: Rusia ha conseguido colocar en el espacio un satélite artificial que envía señales a la Tierra.

El Sputnik 1 *—así llamaron los científicos soviéticos a su artefacto— se dirige al mundo con un bip-bip que sonó en los oídos norteamericanos como un reto a su imagen de fabricante de imposibles y vencedor eterno.*

Pero, para ser rival, cualquier terreno es válido: termina una carrera, la del armamento, y empieza otra, la conquista del espacio.

Los países aliados que derrotaron en 1945 a Hitler separaron drásticamente sus caminos al final de la guerra mundial. Desde entonces, las democracias occidentales, por un lado, y los países socialistas, por otro, iniciaron una feroz competencia para demostrar su superioridad en cualquier campo. Así las cosas, a nadie puede extrañar que la noticia de que los rusos acababan de poner en órbita el primer satélite artificial de la historia se recibiera en Estados Unidos como una auténtica humillación para el american way of life.

Soviética lanzaba al espacio el primer ser vivo a bordo del *Sputnik 2;* se trataba de la perra *Laika,* que permaneció durante una semana orbitando la Tierra y murió a causa de un fallo en los sistemas de supervivencia. Pero el estupor y la ansiedad generados en Estados Unidos fueron tan fuertes que el entonces líder del Senado y luego presidente de la nación, Lyndon B. Johnson, hizo una declaración ante el Congreso en la que diría textualmente: «Creo que por vez primera he empezado a pensar que mi país no va a la cabeza en todo.» El archirrival de la Unión Soviética empezó a generar rápidamente una conciencia colectiva tan intensa que desembocaría en la financiación del ambicioso programa espacial que terminó colocando dos hombres en la Luna en 1969. De hecho, los norteamericanos lanzarían su primer satélite artificial, de sólo 15 kilogramos de peso, cuatro meses después del *Sputnik 1,* el 31 de enero de 1958.

El padre del gran proyecto espacial soviético fue Sergei Korolyov, un hombre que siempre pensó con varias décadas de adelanto respecto a su tiempo: alrededor de 1930 ya creía en la posibilidad de un satélite que girase en torno a la Tierra, y cuando esta idea se demostró posible, su imaginación reflexionaba ya sobre la viabilidad de los vuelos tripulados.

Los primeros datos sobre el pequeño satélite, que volaba a 900 kilómetros de altura, sólo se conocieron horas después, cuando la agencia oficial soviética de noticias Tass hizo público este comunicado: «Como resultado del extenso y vigoroso trabajo de los institutos de Investigación y Diseño, ha sido creado el primer satélite artificial del mundo. El 4 de octubre de 1957, en la Unión Soviética, el *Sputnik 1* ha sido lanzado con éxito. De acuerdo con los primeros datos, el cohete lanzador proporcionó la necesaria velocidad de órbita, unos 8.000 metros por segundo, al satélite. En estos momentos, el satélite se mueve alrededor de la Tierra en una trayectoria elíptica, y su vuelo puede observarse a la luz de los rayos del sol naciente y poniente por medio de los más sencillos instrumentos... El satélite tiene una esfera de 58 centímetros de diámetro y pesa 83,6 kilogramos. Se han montado en su interior dos transmisores que envían continuas señales de radio.»



Satélite lanzado en 1960, con los perros Belka y Strelka a bordo.

La voz del «Sputnik»

El impacto en todo el mundo fue instantáneo. Algunas estaciones de radio, entre ellas la BBC británica, transmitieron incluso las señales del ingenio, un *bip-bip* continuo de 0,3 segundos de duración. En Europa, la gente intentó localizar el minúsculo punto luminoso que giraba alrededor de la Tierra utilizando telescopios sencillos e incluso prismáticos. Las reacciones fueron muy variadas, especialmente en Estados Unidos, donde la comunidad científica reconoció la importancia del acontecimiento. En una declaración hecha inmediatamente después de conocerse el lanzamiento, Joseph Kaplan, presidente del Comité Nacional Americano del Año Geofísico Internacional, afirmó que estaba sorprendido por lo que los soviéticos habían logrado en tan corto espacio de tiempo y calificó el logro de «espléndido». Igualmente entusiasta fue la reacción de hombres tan prestigiosos del mundo científico como el físico francés y premio Nobel Frédéric Joliot-Curie, quien manifestó que el lanzamiento del satélite era una victoria para el hombre y un hito en la historia de la civilización: «El hombre ya no está encadenado a su planeta.» En Estados Unidos, la agencia United Press International salía al paso de las dudas que todavía persistían sobre la veracidad del lanzamiento destacando el punto a que había conducido el escepticismo y la minusvaloración de los avances científicos soviéticos. «Se ha abierto el camino hacia las estrellas, y los científicos soviéticos han demostrado poder hacer y han hecho —dijo la agencia— lo que los mayores genios del mundo occidental todavía no han sido capaces.»

El resquemor en Estados Unidos fue tan grande que, quizá con la sola excepción del ataque japonés sobre Pearl Harbor —que determinó su entrada en la Segunda Guerra Mundial—, ningún otro suceso en la historia moderna del país había atentado tanto contra la imagen que América tenía de sí misma. Para los americanos, el *Sputnik* puso en entredicho la fe ciega en su

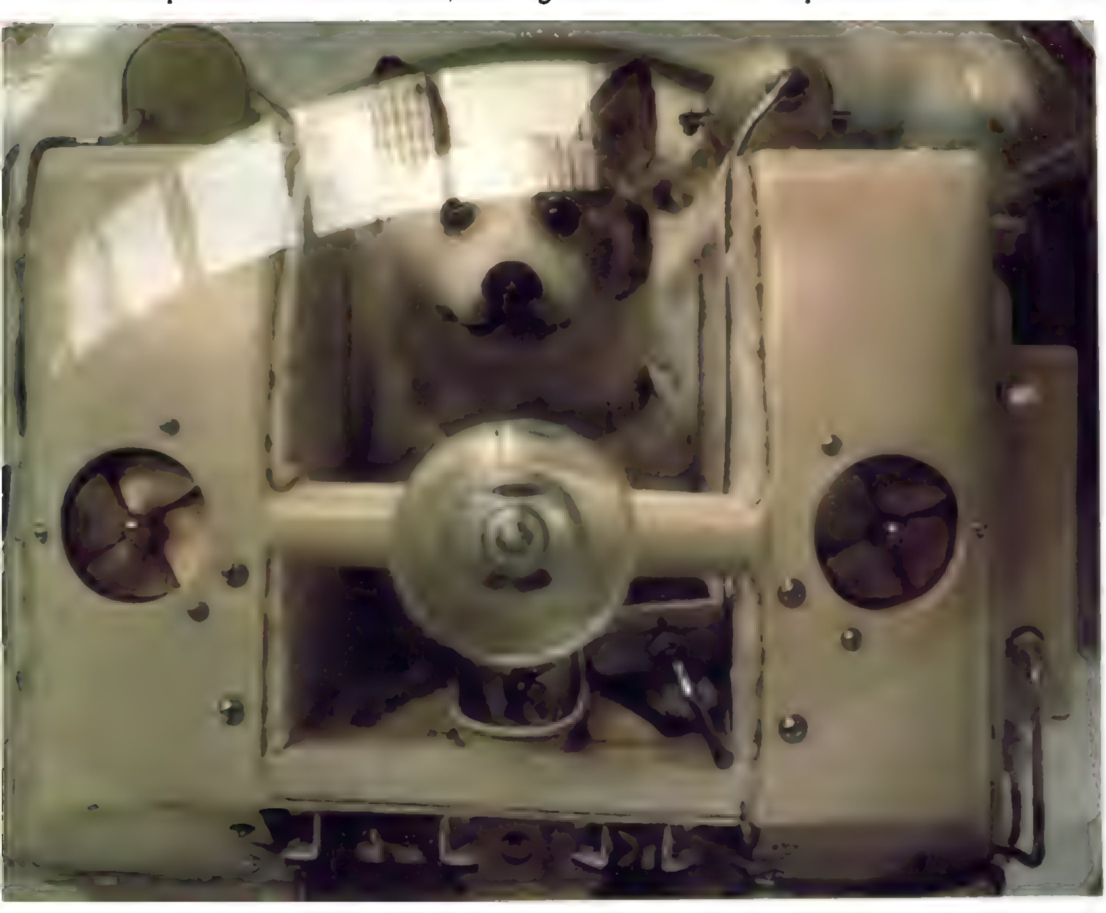
liderazgo tecnológico y militar, después de haber sido los primeros en lograr la bomba atómica en 1945 y, siete años después, la bomba de hidrógeno; supuso un cambio radical en la investigación y en la ayuda a la enseñanza. Norteamérica dio una respuesta histórica al *Sputnik*, situada en la misma categoría de decisiones que habían conducido a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), a la intervención en Corea o al apoyo a Taiwan. El Congreso aprobó importantes inversiones en educación y en tecnología, inyectando en pocos años más de 50.000 millones de dólares en universidades y laboratorios de un extremo a otro del país, destinados a producir una generación de científicos e ingenieros que cambiaran la vida y restaurasen la imagen de América.

Un sueño hecho realidad

El empeño no se presentaba fácil. La delantera de la Unión Soviética en el campo espacial era notoria. Tres años después del lanzamiento del *Sputnik 2*, con la perra *Laika* a bordo, la Unión Soviética puso en el espacio un auténtico «zoológico» con dos perros y una veintena de ratas, ratones, moscas y semillas, que lograron recuperar con vida. En 1959, otro ingenio artificial soviético llegaba a la Luna y la orbitaba por tres veces consecutivas, tomando las primeras fotografías de la cara oculta del satélite. El 12 de abril de 1961, la URSS coronaba sus éxitos consiguiendo que un hombre, Yuri Gagarin, permaneciese una hora y cuarenta y ocho minutos en el espacio, dando diecisiete vueltas alrededor de la Tierra, con lo que sentaron las bases de los vuelos tripulados. El logro de la Unión Soviética de lanzar el primer satélite artificial fue el resultado de largos años de esfuerzos en distintos campos científicos, desde los cohetes hasta la electrónica, pasando por el control automático y los computadores.

El sueño de viajar al espacio era tan viejo como la astronomía misma, pero hicieron falta siglos desde que el hombre averiguó que los puntos luminosos que sembraban el cielo eran cuerpos físicos, hasta que materialmente pudo salir de la Tierra al espacio exterior. Varios descubrimientos científicos, como el telescopio utilizado por Galileo en el siglo XVII para estudiar la Luna y su confirmación de las teorías expresadas cien años antes por Copérnico sobre la existencia del sistema solar, además de las tesis de Isaac Newton sobre la relatividad, fueron poniendo los cimientos de una física y de una astronomía mucho más avanzadas. A finales del siglo XIX, tres científicos vislumbraron la posibilidad de los vuelos espaciales: el soviético Konstantin Eduar-

El presidente Eisenhower minimizó el éxito de los soviéticos y definió el Sputnik *como una simple «bola de acero». Fue una declaración de circunstancias, a medias entre el humorismo y la campechanía, que los hechos se encargaron muy pronto de desmentir: al poco tiempo, los norteamericanos aprobaban un ambicioso proyecto espacial, dispuestos como fuera a adelantar a los rusos. Lo consiguieron al final, aunque antes sufrieron una segunda derrota tras el lanzamiento del* Sputnik 2, *con la perra* Laika *a bordo.*



Laika *en el* Sputnik.

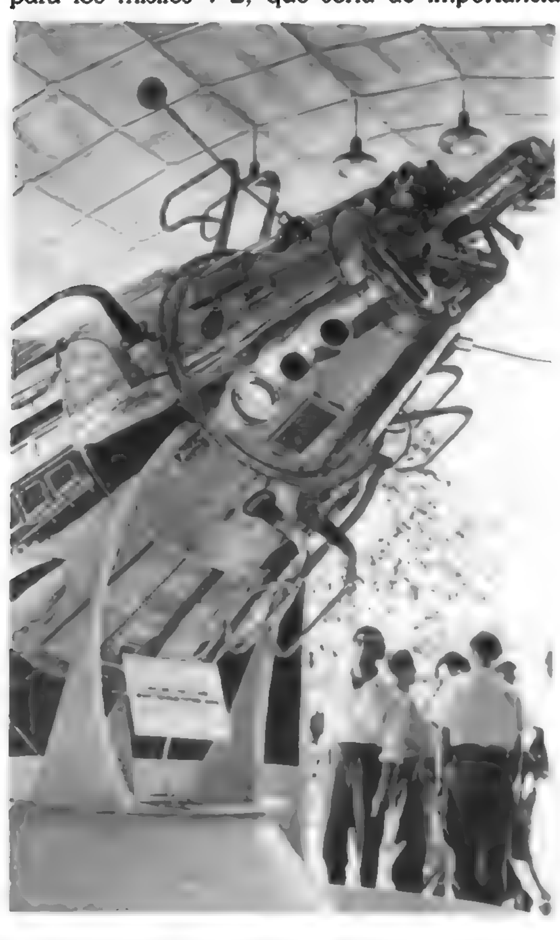


***El entrenamiento de* Laika.**

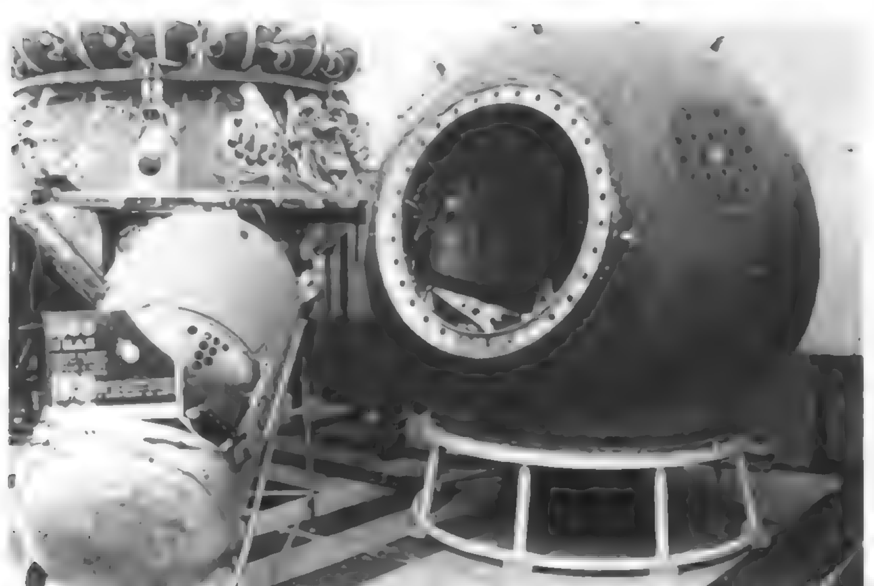
dovich Tsiolkovsky, el norteamericano Robert Hutchings Goddard y el alemán Hermann Oberth pueden ser considerados como los auténticos padres de los cohetes. A principios del siglo XX, la tecnología existente no permitía aún pensar en vuelos espaciales, aunque éstos ya hubieran sido concebidos en teoría.

De las armas al espacio, potencia es la cuestión

La Segunda Guerra Mundial logró acelerar el proceso cuando Alemania consiguió un sistema de propulsión de cohetes para su fuerza aérea y para los misiles *V-2,* que sería de importancia capital en la futura tecnología del espacio. Al término de la conflagración, en 1945, todo el equipo de científicos alemanes que habían desarrollado los cohetes de propulsión, unas 150 personas, con su director, Werner von Braun, se rindieron a las tropas norteamericanas y la mayoría emigró a Estados Unidos. Sus descubrimientos pasaron a ser patrimonio norteamericano y, en menor escala, de sus aliados, Francia y Gran Bretaña, mientras la URSS llevaba a cabo sus propias investigaciones secretas sobre algunos de los misiles *V-2* capturados a Alemania. En las dos superpotencias, el desarrollo de armas cada vez más potentes fue decisivo para la tecnología espacial.



El proyecto Sputnik, *palabra que en ruso significa satélite, se completó tres años después del lanzamiento de Laika con la puesta en órbita del* Sputnik 3, *una versión espacial del arca de Noé, con dos perros, 20 ratas y numerosos ratones, moscas y semillas en su interior. A su retorno a la Tierra, los científicos rusos los recuperaron con vida.*

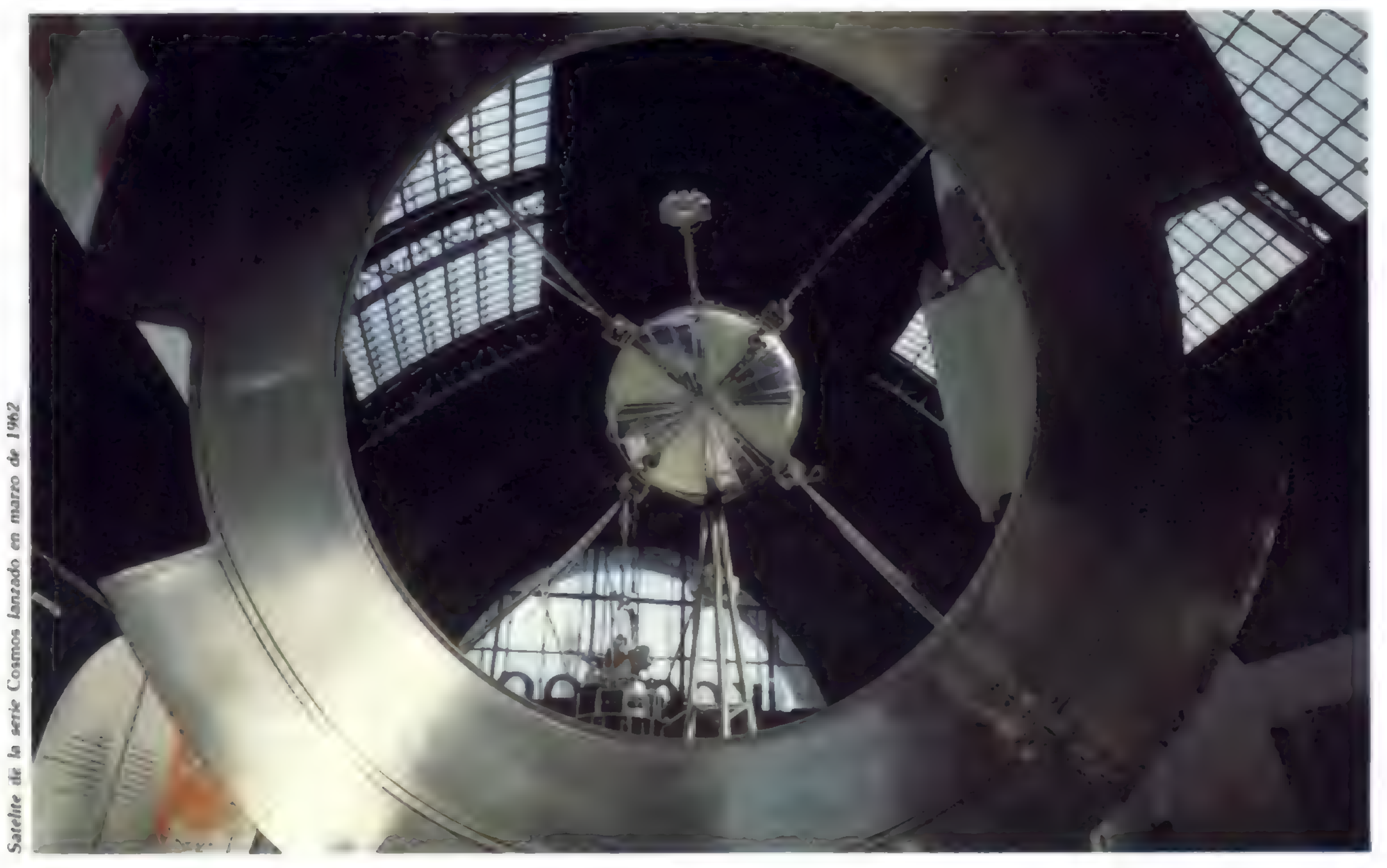


Desde 1954, con los preparativos del Año Geofísico Internacional, que duraría desde julio de 1957 hasta finales de 1958, el objetivo de Estados Unidos y de la Unión Soviética se centró, por vez primera, en la puesta en práctica de varios programas de lanzamiento de satélites artificiales. Moscú conseguiría en este período de experimentaciones sacar la delantera a Estados Unidos. El gran cerebro de las técnicas de diseño y construcción de los cohetes y vehículos espaciales fue un ingeniero soviético, Sergei Korolyov, quien en las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial se reveló como el principal científico de la Unión Soviética en este campo. En 1948, Moscú había lanzado ya el primer cohete dirigido, con un alcance de 300 kilómetros,. al que se bautizó con el nombre de *R-1.* Un año después, el equipo de Korolyov diseñó el primer cohete geofísico, al que seguirían inmediatamente modelos más perfeccionados y potentes que lograron alcanzar velocidades espaciales. En 1954, Korolyov dirigió una carta al Consejo de Ministros en la que afirmaba que, de acuerdo con los trabajos llevados a cabo en un nuevo cohete, «podemos hablar de la posibilidad de construir un satélite artificial en los próximos años». Mucho antes de que el cohete propulsor estuviera construido, Korolyov ya se había adelantado diseñando tres modelos diferentes de satélite. En abril de 1956, año y medio antes de que el *Sputnik 1* fuera lanzado al espacio, Korolyov, que parecía distinguirse por su anticipación a los acontecimientos, estaba ya pensando en vuelos tripulados. De hecho, las naves espaciales tripuladas de los programas Vostok, Voskhod y Soyuz, el satélite de comunicaciones *Molniya* y los primeros vehículos interplanetarios enviados a la Luna, Marte y Venus fueron realizados bajo la dirección de Korolyov. En agosto de 1957, la Unión Soviética anunció que había fabricado el primer cohete intercontinental del mundo, antecedente directo del que posteriormente se utilizó para colocar en órbita al primer *Sputnik.*

Korolyov, el Julio Verne de Rusia

El primer satélite soviético —*sputnik* significa satélite en ruso— fue lanzado desde el cosmódromo de Baikonur, en la región de Kazakistán, donde hoy día un obelisco conmemora el lugar desde el cual partió la pequeña esfera, con cuatro antenas, que daba una vuelta completa a la Tierra cada noventa y seis minutos. Los científicos soviéticos no sabían a ciencia cierta cuánto tiempo estaría en órbita el *Sputnik*, en gran parte por desconocimiento de las condiciones del espacio exterior en que se movería. El satélite estuvo orbitando la Tierra hasta principios de 1958, cuando se desintegró a causa del calor generado por el roce con las capas atmosféricas en su caída hacia la Tierra; esta peculiaridad marcó también una notable diferencia con los ingenios mecánicos que le habían precedido, ya que fue el primer cuerpo artificial enviado fuera de la Tierra que no regresó. Un mes antes de su lanzamiento, Korolyov insistió en que las placas metálicas de su superficie fueran pulidas hasta que brillasen para que reflejaran, en la mayor medida posible, los rayos del sol. Los ingenieros responsables del equipo de radio —cuyas baterías de alimentación componían la mayor parte de los casi 84 kilogramos de peso del ingenio— temían que el recalentamiento del satélite dañara el equipo.

Poco a poco fueron conociéndose algunos detalles más sobre el vuelo del satélite. La Unión Soviética, ajustándose a las normas del Año Geofísico Internacional, cuya sede se encontraba en Bruselas, había comunicado las frecuencias en las que transmitiría el *Sputnik* siete días antes de que fuera lanzado al espacio, aunque éstas no fueron hechas públicas hasta después, al igual que el lanzamiento mismo, del cual se informó, aunque con varias horas de retraso, con el fin de no violar los convenios vigentes entre los países que tomaban parte en el Año Geofísico Internacional. Un eminente científico soviético, Blagonravov, que se encontraba entonces en Washington participando en un congreso internacional sobre cohetes y misiles, afirmó que se habían preparado cuidadosamente todos los detalles del *Sputnik 1* durante dos años y que sólo se trataba de un satélite muy sencillo, lanzado con fines puramente experimentales, cuyas principales aportaciones se centraban en el campo científico y en el mantenimiento de la paz. La URSS, añadió Blagonravov, pensaba continuar sus estudios sobre el espacio para poder colocar allí algún día seres humanos, con fines pacíficos y científicos.



Satélite de la serie Cosmos lanzado en marzo de 1962

1957

El «Sputnik»

El 4 de octubre de 1957, fecha en que la URSS pone en órbita el primer satélite construido por el hombre, comienza la era espacial. El Sputnik *era una esfera metálica de 58 centímetros de diámetro (llena de nitrógeno) y 83,5 kilogramos de peso, que contenía dos emisoras que enviaban a las ondas los famosos «bip-bip». Alcanzó una altitud de 945 kilómetros y viajó a una velocidad, ya en órbita, de casi 29.000 kilómetros por hora. El* Sputnik *emitía unas señales electrónicas que eran escuchadas con estupor y curiosidad desde los aparatos de radio de todo el mundo. La URSS lanzaría posteriormente decenas de satélites como el de la ilustración, que pertenece a la serie* Cosmos *(1962). El* Sputnik 1 *emitió señales durante veintiún días, y ardió en la atmósfera a los noventa y dos días de su lanzamiento.*

Los Estados Unidos quedaron sorprendidos por el avance de la tecnología soviética. Poco tiempo después del lanzamiento del Sputnik 2, *intentaron poner en órbita un satélite colocado en el tercer piso del cohete* Vanguard TV-3. *Era el 6 de diciembre de 1957. Sin embargo, la experiencia realizada en Cabo Cañaveral fue un fracaso: «el cohete cayó al suelo, haciéndose añicos...», dos segundos después de haber despegado. El 31 de enero de 1958 era lanzado con éxito el* Explorer 1 *por un cohete* Júpiter C. *Era el comienzo de la carrera espacial hasta llegar a la Luna.*



Portada de Time.

Lanzamiento del Apolo 9.

El lanzamiento del *Sputnik* abría una nueva y muy prometedora fase de investigación científica, durante la cual las pruebas se fueron sucediendo cada vez a mayor velocidad. Se llevaron a cabo mediciones desde altitudes de cientos e incluso miles de kilómetros, y se pudo comenzar una exploración sistemática sobre cada parte de la Tierra. Los científicos lograron saber que la atmósfera es mucho más ancha de lo que ellos pensaban, con un límite que llega a alturas entre los 2.000 y los 3.000 kilómetros, en lugar de los 1.000 en que entonces se cifraba. Su densidad y su temperatura a grandes altitudes eran también diferentes de lo que ellos creían, y se descubrió igualmente la estrecha dependencia entre ambas y el estado del sol.

Asimismo, fue posible precisar que a altitudes de 100 kilómetros la atmósfera no es una mezcla uniforme de gases como lo es cerca de la superficie terrestre. En la zona situada entre 200 y 500 kilómetros, el elemento químico predominante es el oxígeno, que a mayores altitudes es sustituido por el helio y el hidrógeno. Las pruebas espaciales que siguieron al *Sputnik* también lograron determinar la existencia de un cinturón de radiaciones que rodea a la Tierra. Se pudo igualmente completar un estudio magnetométrico de la superficie terrestre. Todos estos descubrimientos, realizados a gran velocidad en los años que siguieron al lanzamiento del *Sputnik*, dieron lugar al nacimiento de una nueva rama de la ciencia, la física espacial, cuyo desarrollo ha sido rapidísimo.

Las promesas del «Tío Sam»

Estados Unidos, por su parte, no permaneció con los brazos cruzados tras el éxito soviético. La marina y el ejército compitieron fuertemente para lanzar el primer satélite norteamericano. La marina intentó enviar un ingenio al espacio en diciembre de 1957, pero éste se quemó literalmente en la rampa de lanzamiento de Cabo Cañaveral, Florida. En enero de 1958, el ejército tuvo más suerte y consiguió poner en órbita al *Explorer 1*, construido bajo la dirección de Von Braun, al que siguió el *Vanguard 1*, una pequeña esfera con un peso de sólo un kilogramo y medio, en marzo del mismo año. Sin embargo, a pesar de los logros norteamericanos, los rusos parecían inalcanzables y el mismo Nikita Jruschov quitó toda importancia al segundo lanzamiento de Norteamérica diciendo que Estados Unidos necesitaría muchos más satélites «del tamaño de naranjas» para aventajar a la URSS. Norteamérica, sin embargo, comenzaba a moverse. En octubre de 1958, la Administración Eisenhower, con el respaldo del Congreso, reunió

a los diferentes equipos que trabajaban en investigación espacial y fundó la National Aeronautics and Space Administration (NASA) —Administración Nacional para el Espacio y la Aeronáutica—, a la que inmediatamente se unió el equipo de Von Braun. Con un cuantioso presupuesto de 1.000 millones de dólares, la NASA comenzó la carrera espacial, pero, menos de tres años después, en 1961, el histórico vuelo de Gagarin electrizaba al mundo y aguijoneaba a Washington tanto como lo había hecho el *Sputnik*.

John F. Kennedy, que había llegado a la Casa Blanca rodeado de un aura de optimismo, aceptó el nuevo desafío soviético y proclamó ante el Congreso el objetivo nacional de colocar a un hombre en la Luna y su regreso seguro a la Tierra antes de que finalizara la década. Aunque muchos de los mejores cerebros de Estados Unidos intentaron presionar a Kennedy para que desistiera del proyecto y su principal asesor científico manifestó que los vuelos tripulados espaciales se iban a convertir en «el funeral más caro del hombre», Kennedy persistió ante la promesa nada infundada de los beneficios propagandísticos que el empeño reportaría a Norteamérica. La decisión cambió totalmente el sesgo de la carrera espacial y, entre otras consecuencias, dio un giro fundamental a la misma sociedad norteamericana. «El espacio —se justificaría después el propio Kennedy— es el nuevo océano, y América tiene que navegarlo.» Diez años después, el historiador John M. Logsdon escribiría: «La decisión de ir a la Luna provocó la utilización más importante de medios tecnológicos para lograr uno de los objetivos más significativos de política exterior en la historia de Estados Unidos.» Norteamérica, efectivamente, se jugaba su prestigio internacional con el distanciamiento tecnológico que le separaba de la Unión Soviética.

El Mar de la Tranquilidad

Hasta 1962, los norteamericanos sólo habían conseguido colocar en el espacio al chimpancé *Ham*, puesto que el vuelo de Alan Shepard, que fue lanzado a 1.000 kilómetros de la Tierra, no duró más que quince minutos y no consiguió entrar en órbita. Sólo en ese año, el astronauta John Glenn lograría que las barras y estrellas de la bandera estadounidense dieran junto a él tres vueltas a la Tierra. En las Navidades de 1968, después de una fiera competición entre la NASA y la Fuerza Aérea, sembrada de fallos y de tres astronautas que perdieron la vida en un despegue, el *Apolo 8*, con tres hombres a bordo, lograría orbitar la Luna. Finalmente, el 16 de julio de 1969, el *Apolo 11*, tripulado por Neil Armstrong, Edwin Aldrin y Michael Collins, haría válida la profecía de Kennedy al colocar por vez primera al hombre en la Luna. Sólo unos días antes, la Unión Soviética había lanzado su *Luna 15*, una nave no tripulada que se encontraba orbitando el satélite terrestre cuando llegó el *Apolo 11* norteamericano y que acabó por estrellarse al intentar alunizar en el Mar de la Crisis (el lugar escogido para el alunizaje del *Apolo 11* fue, curiosamente, el Mar de la Tranquilidad). La Unión Soviética, después del apoteósico regreso de los astronautas norteamericanos a la Tierra, se limitó a anunciar que su programa espacial nunca intentaría el envío de un hombre a la Luna. Estados Unidos, aparentemente, interpretó el anuncio como una

Desde el primer cohete lanzado por Goddard en 1926 hasta los inmensos Saturno que han propulsado al Apolo hasta la Luna, no han transcurrido más que cuarenta y cinco años. Para que otras naciones se sitúen tras los americanos y los soviéticos en esta lucha por el espacio, es preciso no sólo que construyan naves espaciales, sino, sobre todo, que unan sus esfuerzos para realizar lanzadores que les permitan ser autónomos.



Muchos países empezaron a hacer inversiones en investigación espacial.

concesión tácita de Moscú de que Norteamérica había ganado la carrera. De hecho, la URSS abandonó casi por completo su programa lunar.

Después del histórico vuelo, Estados Unidos continuó el esfuerzo espacial con renovada fuerza y lanzó con éxito otros cinco *Apolos* más para completar la exploración lunar. En 1973 se inició el programa del *Skylab*, la primera estación espacial norteamericana, seguido de los programas *Pioneer* (naves no tripuladas dirigidas al planeta Júpiter), *Viking* (naves no tripuladas a Marte, donde empezaron a llegar a partir de 1976) y *Voyager* (vuelos a Saturno no tripulados, a partir de 1977). La Unión Soviética, por su parte, continuó dedicando gran esfuerzo a colocar estaciones en el espacio, logrando situar siete *Salyut*. Los cosmonautas soviéticos han batido el récord de permanencia continua en estaciones espaciales y han logrado estar en ellas hasta seis meses.

«Basuras» en órbita

En la utilización científica de los satélites, los logros más importantes han sido en el campo de las comunicaciones, el estudio de la Tierra y la navegación. Estos ingenios no sólo han facilitado extraordinariamente el contacto entre los lugares más alejados del globo, con capacidad de miles de circuitos telefónicos combinados con canales de televisión, sino que están enviando continuamente datos sobre la meteorología terrestre, lo que permite conocer y prevenirse contra el clima, así como una más precisa realización de los mapas mundiales. Los satélites meteorológicos envían continuamente fotografías a la Tierra desde una órbita polar. También proporcionan importantes datos a los barcos, submarinos nucleares y a la navegación aérea. No obstante, dos terceras partes de los 2.300 satélites lanzados desde el *Sputnik* hasta comienzos de los años ochenta están dedicados a fines militares, especialmente a reconocimientos y espionaje; el espacio ha quedado sembrado de «basuras», restos de cohetes y de satélites averiados, que suman hasta 5.000 objetos. Los científicos del mundo se afanan en buscar la forma de «limpiar» algunas órbitas terrestres que son de gran utilidad para el hombre, como la de los satélites geoestacionarios, situada a 35.600 kilómetros de la Tierra.

Mientras la URSS se ha decidido por el sistema de estación espacial tripulada, Estados Unidos ha pasado a la generación del «autobús espacial», un vehículo diseñado para hacer más de un vuelo y cuyo primer lanzamiento tuvo lugar en abril de 1981. Ambas potencias han afirmado que la estación orbital habitada marcará el principio de la colonización del espacio por el hombre, a pocos años vista. A pesar de los fines científicos y pacíficos del primer *Sputnik*, actualmente un 70 por 100 de los satélites que se envían al espacio tienen un carácter militar ofensivo o defensivo en el que Estados Unidos reclama estar en abierta inferioridad con la Unión Soviética. Desde 1966, Moscú ha llevado a cabo más de una veintena de pruebas destinadas al uso de satélites para el transporte y



Los primeros satélites soviéticos y americanos tenían como principal objetivo el estudio de las capas altas de la atmósfera terrestre. Su primer gran descubrimiento fue el de los cinturones de radiaciones que rodean la Tierra. Al éxito científico se añadió el político: se veían así recompensados los veinte meses de trabajo de los técnicos soviéticos. El 3 de noviembre de 1957 se lanzaba el Sputnik 2, *que ponía en órbita una perra llamada* Laika, *primera criatura viviente que viajó por el espacio. El 15 de mayo de 1958 se lanzó el* Sputnik 3, *primer verdadero laboratorio del espacio, que transportó casi una tonelada de instrumentos. Giraba, inicialmente, alrededor de la Tierra, entre los 226 y los 1.881 kilómetros de altura. Comenzaba una carrera en la que posteriormente intervendrían otras naciones, además de la Unión Soviética y Estados Unidos. Desde 1957 a 1976 se efectuaron 1.686 lanzamientos espaciales. El conocimiento del universo fue un tema que se popularizó a partir de los años cincuenta y que fue recogido por diversas emisiones filatélicas de todo el mundo.*

disparo de bombas atómicas desde el espacio, y a partir de los últimos años sesenta ha estado trabajando en «satélites asesinos» que pueden destruir otros satélites o naves espaciales acercándose a su objetivo y explotando a su lado. Algo parecido se puede decir de la eventual utilización de rayos láser disparados desde el espacio sobre objetivos terrestres.

La carrera sin meta

La carrera espacial, que arrancó del *Sputnik* y que ha supuesto inversiones ingentes —sólo Estados Unidos se calcula que ha destinado 135.000 millones de dólares en los primeros veinticinco años—, ha marcado una nueva frontera para el ser humano. Siete países —Francia, Gran Bretaña, Japón, India y China, además de las dos superpotencias— han desarrollado la tecnología para fabricar cohetes capaces de orbitar la Tierra, y de ellos sólos dos —Estados Unidos y la Unión Soviética— han conseguido llevar a cabo vuelos tripulados. Se logró también algún tipo de colaboración entre varios de estos países, aunque la carrera espacial continúa siendo virtualmente patrimonio exclusivo de las dos grandes potencias.

La carrera de los dos colosos nucleares por adelantarse en el dominio y exploración del espacio ha supuesto beneficios para la ciencia, la educación, el progreso tecnológico, pero no todo ha sido útil. En Estados Unidos se argumentó inicialmente que la determinación de Kennedy por llegar a la Luna mejoró la asistencia y la calidad de la educación, pero muchos críticos sociales creen que la mejora de las facultades de Ciencias y de los institutos de Ingeniería se ha hecho a expensas de la calidad básica en la enseñanza, del número y categoría de conocimientos de los niños que aprenden a leer y a escribir. Una cosa parece cierta: la llegada a la Luna supuso un salto espectacular en la revolución electrónica, en la alta tecnología del computador. El primer calculador de bolsillo salió al mercado en 1969, coincidiendo con la llegada de Neil Armstrong al satélite terrestre, que sólo pudo lograrse gracias a la capacidad increíble de cálculo de los computadores de navegación. Para 1990 el computador medio será capaz de realizar hasta 200 millones de operaciones por segundo, y para el año 2000 la cifra habrá aumentado a ocho billones de operaciones.

M. H.

Bibliografía básica

VASSILIEV, M.: *Sputnik into espace*, The Dial Press. Nueva York, 1958.

PAUL, G.: *The satellite spin-off*, Robert B. Luce Inc. Nueva York, 1975.

KOHLER, P.: *Les satellites, maîtres du monde*, Hachette. París, 1978.

Vida Soviética. Revista mensual publicada por la Unión Soviética en Washington, Estados Unidos.

PUEYO, L.: *La conquista del espacio*, Salvat. Barcelona, 1981.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Wernher von Toraun (ingeniero del V-2) y los principales especialistas alemanes en cohetes se refugian en Estados Unidos. Sin embargo, nadie se siente interesado en ese país por el proyecto de un satélite con fines científicos.
Por el lado político, un científico llamado Serguei P. Korolyov (1906-1966) dirige el programa de un cohete intercontinental capaz de recorrer 8.000 kilómetros en media hora, con una bomba atómica. El cohete R-7 tenía 30 metros de altura y 10 metros de ancho en la base. Sería el cohete que lanzaría al Sputnik.
Reacciona entonces la política norteamericana. Wernher von Toraun recibe luz verde para sus proyectos, y el 31 de enero de 1958 se lanza el primer satélite americano. El 1 de octubre de ese año se crea la famosa NASA.





El Sputnik 1 *es visitado en el museo.*

Política internacional

El Sarre se incorpora a Alemania como país federal.
Andrei Gromyko es elegido ministro de Asuntos Exteriores de la URSS.
Importantes cambios ministeriales en España. Fernando María Castiella es designado ministro de Asuntos Exteriores.
La colonia británica Costa de Oro consigue la independencia y se convierte en Ghana.
Las tropas israelíes son retiradas y reemplazadas por la ONU en la franja de Gaza y en el territorio de Sharm el Sheik.



Albert Camus.

Picasso: Las meninas *(fragmento).*



Picasso: Las meninas *(fragmento).*

El presidente de Colombia Rojas Pinilla entrega el poder a una junta militar.
Dimisión de Anthony Eden como primer ministro británico. Le sucede Harold MacMillan.
Molotov, Malenkov, Kaganovitch y Chepilov son expulsados del Presidium y del Comité Central ruso por desviacionismos.
Túnez se convierte en república y es elegido presidente Habib Bourguiba.
Es asesinado el presidente de Guatemala Carlos Castillo Armas.
En El Cairo son elegidos los órganos directivos del FLN argelino.
Faubus, gobernador de Arkansas, rechaza la integración racial y prohíbe a unos niños negros de Little Rock entrar en la escuela pública. Se producen graves disturbios.
La ONU condena la intervención rusa en Hungría por 60 votos contra 10.
Muere Haakon VII de Noruega. Le sucede Olav V.
Konrad Adenauer es elegido de nuevo canciller de Alemania federal. Ludwig Erhard, el padre del «milagro alemán», será el vicecanciller.
El sultán Sidi Mohamed Ben Yussuf se convierte en Mohamed V al proclamarse el reino de Marruecos.
Tropas armadas marroquíes penetran en el territorio español de Ifni, produciéndose 62 muertos y más de un centenar de heridos.
La India anexiona a su territorio la parte de Cachemira que ya ocupaba.
El Pathet Lao, movimiento de resistencia comunista en Laos, pasa a ser reconocido y permitido como partido político.

Sociedad

Lester Pearson, premio Nobel de la Paz.
Muere el Aga Khan, sucediéndole su nieto Karim como imán de los ismaelitas.
Devolución del cadáver de Mussolini a su familia.
Semana laboral de cuarenta y cinco horas en Suecia.

Economía

Nasser decreta la nacionalización de los bancos, compañías de seguros y agencias comerciales extranjeras.
Polonia recibe 95 millones de dólares como ayuda económica de Estados Unidos.
Creación del Mercado Común Europeo tras la firma de los Seis (Francia, Alemania federal, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo) en Roma.
Ensidesa pone en marcha su primer alto horno siderúrgico en Avilés.
Francia, Alemania e Inglaterra comunican su decisión de no variar la paridad de sus monedas.

Ciencia y tecnología

La URSS lanza el Sputnik 1, *primer satélite artificial no tripulado. Un mes después lanza el* Sputnik 2, *con una perra a bordo llamada* Laika.
Frederic Joliot-Curie advierte de los grandes daños que producen las explosiones nucleares.
En Estados Unidos se vota el plan de desarrollo de la energía nuclear.
Los países de la CEE firman en Italia el tratado de la Euratom.

Descubrimiento de la ciudad etrusca de Spina, gracias a la aplicación de los métodos de las prospecciones petrolíferas en la arqueología.
La Organización Mundial de la Salud declara que la fluoración del agua evita las caries.
Nace una nueva isla en las Azores. Al final de año medirá 700 metros de diámetro y 100 de altura.
Es botado el primer buque de propulsión atómica en la Unión Soviética. Su nombre es Lenin.
En Nueva Gales del Sur se ensayan experimentos de lluvia artificial. Logran aumentar las precipitaciones en un 25 por 100.

Sucesos

Catastrófica inundación en Valencia por el desbordamiento del Turia. Centenares de muertos y heridos.
Choque del Orient Express cerca de Estambul. Fallecen más de 100 personas.

Deportes

El Real Madrid gana por segundo año consecutivo la Copa de Europa de Clubs.
El corredor de coches italiano Castellotti sufre un accidente mortal en el curso de los entrenamientos de Módena. Juan Manuel Fangio se proclama campeón del mundo de fórmula I.
El esquiador austriaco Karl Schranz se convierte en la nueva figura mundial.

Literatura

Albert Camus: premio Nobel.
William Faulkner: La ciudad.
Miller Burrow: Los manuscritos del mar Muerto.
Jack Kerouac: En el camino.
Rafael Sánchez Ferlosio: El Jarama.
Boris L. Pasternak: El doctor Zhivago.
Mueren Gabriela Mistral y Curzio Malaparte.

Cine

David Lean: El puente sobre el río Kwai.
Raymond Rouleau: Las brujas de Salem.
René Clair: Puerta de lilas.
José María Forqué: Amanecer en puerta oscura.
Mueren Humphrey Bogart, Oliver Hardy y Eric von Stroheim.
Oscars a Joanne Woodward por Tres caras de Eva *y a Alec Guinness por* El puente sobre el río Kwai.

Teatro

Samuel Beckett: Fin de partida.

Música

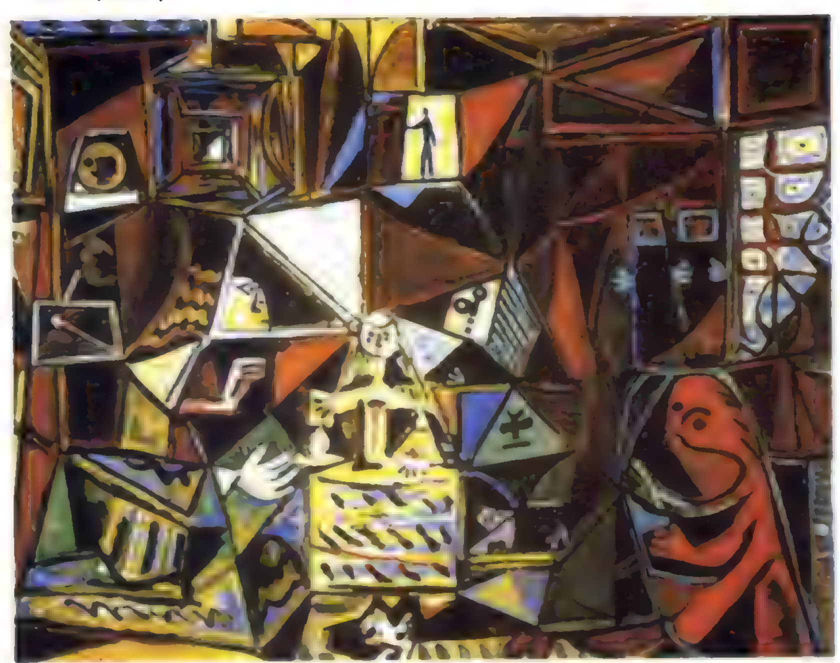
Igor Stravinski: Agon.
Karlheinz Stockhausen: La canción de los jóvenes.
Se estrena Moisés y Aarón, *obra póstuma de Arnold Schönberg.*
Mueren Arturo Toscanini y Jean Sibelius.

Pintura y escultura

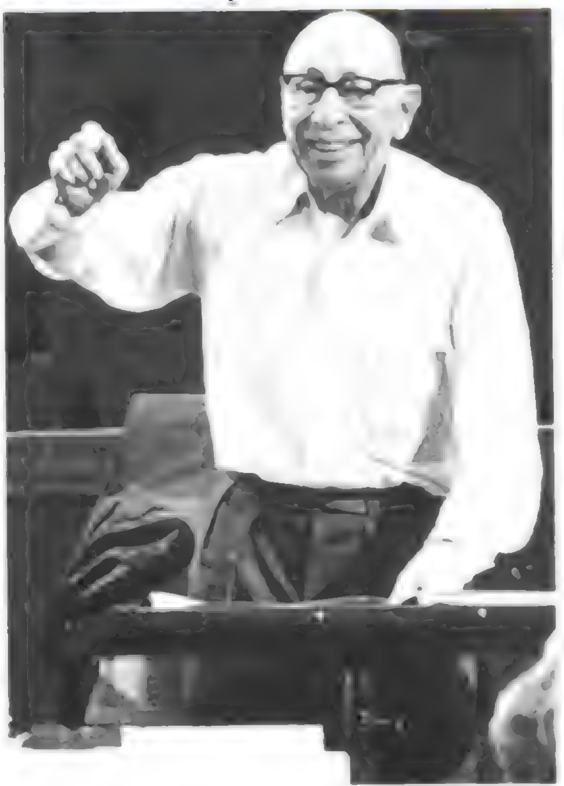
Graham Sutherland: La princesa Gourielli.
Francis Bacon: El grito de la enfermera.
Henry Moore: Figura femenina *para el edificio de la UNESCO en París.*
Victorio Macho: Fuente de Cajal en el Retiro, *Madrid.*

Arquitectura

Oscar Niemeyer dirige la construcción de la ciudad de Brasilia (Brasil).



Picasso:* Las meninas *(fragmento).

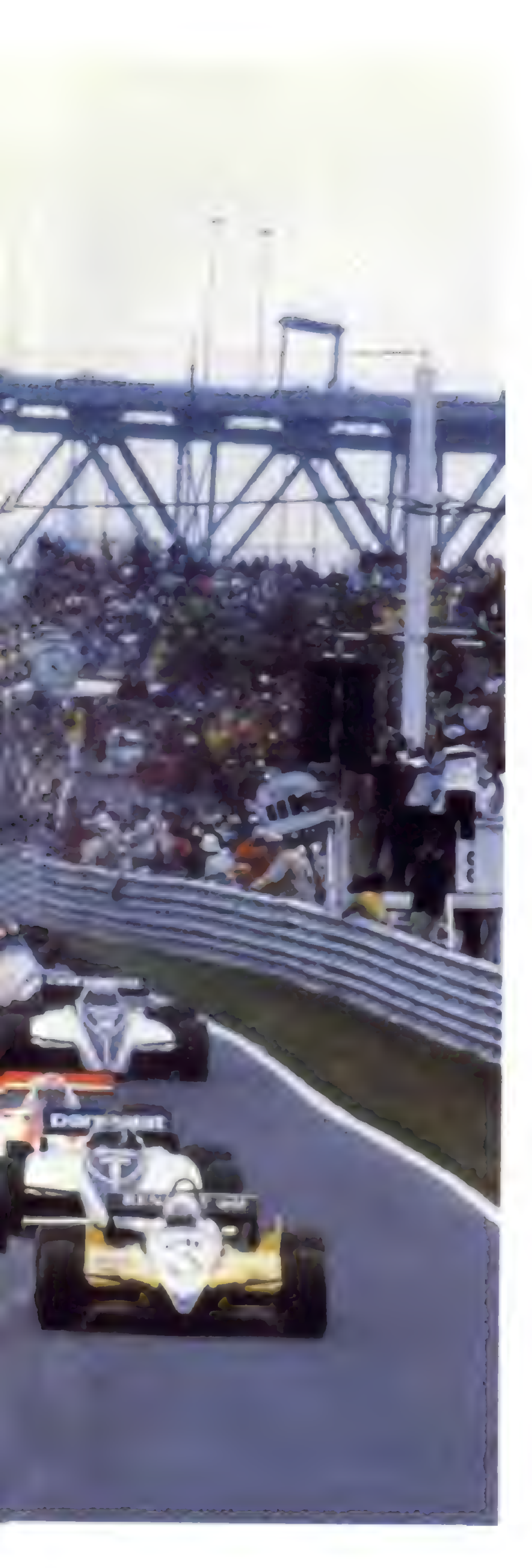


Igor Stravinski.

1957



FANGIO Y LA FORMULA 1



Madera de campeón

1958

Fangio nació el 24 de junio de 1911 en Balcarce, pequeña localidad cercana a Buenos Aires. Es en su pueblo donde comienza a formarse en la mecánica del automóvil, que después le ayudaría extraordinariamente a conseguir sus títulos. Así, cuando tenía once años comenzó a trabajar en el taller del preparador Viggiano, quien pasados unos años le ofreció un viejo *Ford* modelo T para tomar parte en su primera carrera.

La suerte le volvió la espalda y tuvo que abandonar. Sin embargo, preparó ese mismo coche y comenzó a participar con asiduidad en carreras pequeñas cerca de su ciudad. Cuando se convenció de que el *Ford* era demasiado viejo como para ganar, decidió construirse él mismo un coche. En 1938 nacía el *Fangio Especial,* dotado de un motor V-8 con 85 CV, con el que participó en algunas carreras de carácter internacional que se desarrollaban en Argentina, como la Carrera Necochea o la de Tres Arroyos. Ya entonces su pericia impresionó a grandes pilotos europeos, como Jean-Pierre Wimille, que le auguraban un futuro prometedor.

Estimulado por ello, Fangio se animó a tomar parte en el Gran Premio Nacional Argentino de Carretera, en donde consiguió los puestos séptimo y quinto en dos años consecutivos. Estos resultados le valieron la confianza del equipo Chevrolet. Desde el momento en que el *Chueco* —como le llaman sus amigos— tuvo un coche en condiciones, no se hizo esperar el resultado. A pesar de sufrir una avería que le relegó al séptimo puesto, lograba ganar la carrera después de una extraordinaria remontada.

Interrumpida su carrera deportiva por la Segunda Guerra Mundial, en 1948 volvió a ofrecérsele un volante en *Chevrolet* para la misma carrera. Fue el peor trago de su vida. Mantenía un codo a codo con su compatriota Oscar Gálvez, cuando su coche se salió violentamente de la pista y, a consecuencia del golpe, murió su copiloto. Desde entonces, Fangio juró no volver a correr en compañía de nadie.

Sin embargo, pese a este accidente, su clase ya había impresionado a los grandes constructores, por lo que tardó muy poco en firmar un contrato para correr grandes premios en Europa. El 18 de julio de 1948 debutó en la fórmula I, en el Gran Premio del Automóvil Club de Francia, sobre el circuito de Reims, al volante de un *Simca Gordini.* Un año más tarde, el Automóvil Club Argentino, impulsado por la afición a los coches del general Perón, compró dos *Maserati 4 CLT* con los que Fangio consiguió hacerse notar en el mundo al lograr algunas victorias importantes.



Fangio vuelve al circuito de Monza para rodar una película.

El triunfo de la constancia

Pero es en 1950, año en que se estrena la actual reglamentación de la fórmula I, cuando Fangio comienza a demostrar su clase. Incluido en el equipo Alfa Romeo, hizo una temporada sensacional, y llegó al fin de la misma, el Gran Premio de Italia, en Monza, con el campeonato casi en el bolsillo. Para lograrlo sólo necesitaba marcar un punto, es decir, quedar entre los seis primeros. Unicamente se lo podía arrebatar Farina, que para ello tendría que ganar y él no puntuar. Pero lo que parecía imposible sucedió. Fangio tuvo que retirarse por avería, en tanto que Farina ganaba la carrera y el primer título mundial. Un año después volvía a repetirse la historia, pero esta vez en el Gran Premio de España y con Ascari como competidor. Sin embargo, en esta ocasión Fangio no dio oportunidades y se impuso a todos por más de un minuto de diferencia.

Los dos años siguientes en la vida automovilística del argentino fueron bastante grises. Un accidente a comienzos de 1952 le mantuvo casi un año fuera de los circuitos, y en la temporada siguiente, tal vez por secuelas del golpe, no cuajó buenos resultados. No obstante, se desquitaría en las cuatro temporadas siguientes,

El piloto es felicitado por su mujer después de haber vencido en el circuito de Pau.

donde «barrió» literalmente a sus competidores, aunque, eso sí, siempre al volante de los mejores automóviles.

Los años 1954 y 1955 estuvieron marcados por el dominio Mercedes, que volvió a las carreras después de su período triunfal de los años treinta. Con una mecánica en vanguardia, Juan Manuel Fangio logró alzarse con el título en los grandes premios de Reims, Europa, Monza, Italia, Suiza, Argentina y Bélgica, aparte de quedar segundo en otras muchas, secundando a su compañero de equipo Stirling Moss.

Los dos siguientes campeonatos los lograba con marcas italianas. Disuelto el equipo Mercedes, Ferrari se encontró con que tenía contratados a los mejores pilotos del momento. Era una formación difícil de igualar, con Collins, Castellotti, Musso, Von Trips, Gendebien, Fangio y el español Alfonso Cabeza de Vaca, marqués de Portago. La muerte de Portago —casi a comienzos de año, cuando se disputaban las Mil Millas— y la caballerosidad de Collins facilitaron el triunfo de Fangio. En efecto: por un lado, el español era un piloto extremadamente rápido, que podría haberle arrebatado algún triunfo; por otro, en la última prueba del campeonato —Italia— el británico le cedió su coche para terminar la carrera y ganar el cetro mundial una vez más, a pesar de que él mismo también tenía posibilidades.

En 1957, Fangio cambiaba el *Ferrari* por un *Maserati 250-F*, y conseguía por quinta vez el campeonato del mundo tras imponerse en las 12 Horas de Sebring y en los grandes premios de Mónaco, Lisboa y Alemania. Prácticamente, éste fue su último año de carreras, ya que en 1958 sólo tomó parte en algunas pruebas, y en su palmarés únicamente puede destacarse un cuarto puesto en el Gran Premio de Francia. En la actualidad, Juan Manuel Fangio no se ha retirado del todo del mundo de los automóviles y sus carreras. Posee la representación de Mercedes para su país y colabora con el Automóvil Club Argentino en la organización de la carrera de fórmula I que cada año se corre cerca de Buenos Aires.

¿La máquina o el hombre?

Si ésta es la biografía breve del hombre que más títulos ha cosechado en el mundo, cabría preguntarse si de verdad ha sido el mejor. Resulta indudable que ésta es una pregunta que nunca tendrá respuesta, y cada vez menos, ya que las nuevas generaciones de pilotos de fórmula I que salen a la palestra pueden demostrar menos su genio personal que los que corrían cuando el automovilismo no había llegado a tanto tecnicismo.

En torno a los años cincuenta, el triunfo se debía a máquina y piloto casi a partes iguales. Un buen corredor podía conseguir buenos resultados, a pesar de montar una máquina mediocre. En la década de los ochenta, la aportación del piloto en una victoria apenas supera el 15 por 100. El piloto se ha convertido en una parte integrante del monoplaza, y ha de funcionar con la misma exactitud que éste. Queda poco para la improvisación y el genio personal. Por ello, se aprecia que en los últimos campeonatos del mundo son las marcas las que ganan o pierden los títulos. El mejor corredor tiene pocas posibilidades de triunfo si no cuenta también con el mejor coche.

Sin embargo, hasta que ha llegado esta etapa de alta tecnología, han destacado varios pilotos que marcaron épocas dentro del automovilismo de fórmula I. Así, por ejemplo, todos reconocen la clase de Jim Clark o Jackie Stewart, pasando por hombres como Jackie Ickx o Chris Amon, que, aunque muy rápidos, no tuvieron el toque de suerte final para hacerse con muchas victorias en fórmula I, si bien Ickx cuenta en su palmarés con más de seis victorias en las 24 Horas de Le Mans. Más recientemente, hay que señalar los triunfos de hombres como Fittipaldi, Lauda o Scheckter.

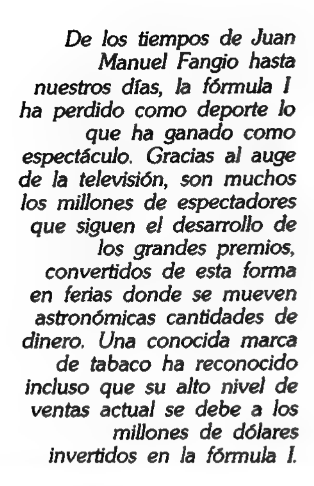
La fórmula I nació justo en la mitad del siglo XX. Durante su primera década de existencia tuvo un rey indiscutible: el argentino Juan Manuel Fangio. A los mandos primero de un Alfa Romeo, luego de un Maserati y por fin de un Mercedes-Benz y de un Ferrari, Fangio consiguió lo que aún nadie ha podido igualar: ser campeón del mundo en cinco ocasiones, cuatro de ellas consecutivas. Reunía en su estilo la mezcla equilibrada de frialdad y audacia que forja a los campeones y que les permite, siempre con consentimiento de la suerte, sobrevivir en el oficio más peligroso del mundo.



Juan Manuel Fangio felicita a Alberto Ascari.

Los mejores

Jim Clark, nacido el 14 de marzo de 1936 en la localidad escocesa de Kilmany, fue el gran mito de los años sesenta, y poseía una clase auténticamente excepcional, que hizo coincidir con la ascensión técnica de los entonces inmejorables *Lotus* de Colin Chapman. Aparte de los dos títulos mundiales, cuenta en su haber con un récord difícil de igualar. Ocurrió en 1965, cuando, de nueve carreras que completaban la temporada, Clark ganó en seis y participó en ocho. No acudió al Gran Premio de Mónaco, ya que por esos días estaba ocupado en ganar las 500 Millas de Indianápolis. ¡Todo un récord! Lástima que una rotura de suspensiones provocara un desgraciado accidente en el que perdió la vida, el 7 de abril de 1968, en el circuito alemán de Hockenheim.



De los tiempos de Juan Manuel Fangio hasta nuestros días, la fórmula I ha perdido como deporte lo que ha ganado como espectáculo. Gracias al auge de la televisión, son muchos los millones de espectadores que siguen el desarrollo de los grandes premios, convertidos de esta forma en ferias donde se mueven astronómicas cantidades de dinero. Una conocida marca de tabaco ha reconocido incluso que su alto nivel de ventas actual se debe a los millones de dólares invertidos en la fórmula I.

También escocés, Jackie Stewart no tuvo rival entre 1969 y 1973, período en el que consiguió tres títulos mundiales. Si Fangio tiene el récord de campeonatos del mundo y Clark el de la temporada más brillante, Stewart se queda con el del piloto que más victorias ha conseguido en grandes premios, que superan ampliamente el centenar. Después de dejar bien claro que era el mejor, el escocés tuvo para muchos el mayor acierto de su vida al retirarse justo cuando cosechó su tercer triunfo mundial, en 1973. En la actualidad se dedica a sus negocios particulares y a comentar en la televisión británica las carreras de fórmula I que se retransmiten.

Este mismo acierto lo tuvo el sudafricano Jody Scheckter, piloto muy impulsivo y rápido, que dio a Ferrari uno de sus pocos títulos mundiales en 1979. En esta última época de la fórmula I, es decir, en los últimos diez años, sólo dos hombres han conseguido ser campeones en más de una ocasión: Emerson Fittipaldi y Niki Lauda. El primero nació en São Paulo el 22 de febrero de 1946 y obtuvo sus primeros triunfos cuando ocupó la plaza de primer piloto del equipo Lotus, tras la muerte del alemán Jochen

Vencedor del Gran Premio de Buenos Aires. Perón felicita a Fangio.

Rindt. Fittipaldi se adjudicó en 1972 los grandes premios de España, Bélgica, Gran Bretaña, Austria e Italia conduciendo los famosos *John Player Special,* nombre publicitario con que iban decorados los *Lotus 72.* Tras desavenencias con el equipo, cambió a la escudería McLaren, que le dio el triunfo en 1974. Retirado de las carreras en 1979, el brasileño tuvo una segunda faceta como constructor de monoplazas de fórmula I, que, por desgracia, no fue tan brillante como la de piloto.

El austriaco Niki Lauda, nacido el mismo día que Fittipaldi, pero tres años después, es el primer ejemplo claro del piloto-computadora que no deja nada a la improvisación o al genio personal y mide todos sus movimientos dentro del coche con precisión milimétrica. Un purista de la conducción. Cuando estaba en lo más alto de su carrera deportiva, tras dos títulos mundiales con *Ferrari* en 1975 y 1977, Lauda tuvo un tremendo accidente en el circuito alemán de Nurburgring, en el que sufrió gravísimas quemaduras que le han dejado marcada su cara. Primero tímidamente, después con más fuerza, el vienés ha vuelto a los circuitos, y son muchos los que esperan que pueda revalidar sus glorias anteriores. Sin duda, representa un acto de valor en un piloto que ha visto la muerte tan de cerca.

Un oficio peligroso

Les cabe a los pilotos de fórmula I el dudoso honor de compartir con los corresponsales de guerra el oficio más peligroso del mundo. Quizá por ello son deportistas populares, fijos en la nómina del *gotha* internacional y asiduos de todas las revistas de sociedad. La imagen, sin embargo, es falsa por lo parcial. Bastará revisar la lista de los participantes en un gran premio y compararla después con el póquer de nombres que cualquiera ha oído nombrar alguna vez para comprender que son muy pocos los elegidos en el «gran circo». La gran mayoría de los pilotos no consigue salir nunca del anonimato del pelotón, siempre al volante de coches que no pueden competir con los modelos cada vez más sofisticados que las grandes escuderías ponen todos los años en pista. Incluso, por paradójico que resulte, casi todos ellos pagan de su bolsillo grandes cantidades para poder correr.

Un piloto oficial de escudería tiene a su disposición un numeroso equipo de colaboradores, formado por el director técnico, el jefe mecánico, un responsable del coche, uno o dos mecánicos, un especialista en caja de cambios, varios técnicos encargados de los neumáticos y un equipo de cronometraje. Además, dispone de varios coches de repuesto, conocidos en el argot de los circuitos como «mulos». Estos vehículos suelen ser en ocasiones los que pilotan los conductores no oficiales, que no disponen de un grupo de ayudantes tan numerosos y tampoco suelen conseguir los suculentos contratos de publicidad que llueven sobre los más famosos.

El permanente riesgo de muerte que rodea cualquier carrera de fórmula I ha envuelto a los pilotos en una leyenda a veces incómoda. El riesgo que supone conducir un monoplaza a más de 250 kilómetros por hora es un peligro que acepta quien decide dedicarse a las carreras, pero ello no supone que deban olvidarse las medidas de seguridad que pudieran paliar el monótono ritmo de accidentes con que suele concluir la temporada. La Asociación de Pilotos Profesionales mantiene desde hace años una lucha permanente sobre esta cuestión con fabricantes y organizadores, a los que acusan de diseñar los automóviles y preparar los grandes premios sin tener nunca en cuenta la vida de los corredores. Y si parece difícil mejorar sustancial-



Fangio, Louis Chiron y Nino Farina.

En 1962 el corredor monegasco Louis Chiron, muy popular en el período de entreguerras, en el que llegó a ganar un campeonato mundial de automovilismo, convocó una reunión de amigos para fundar el Club de Antiguos Pilotos. Al acto asistieron, entre otros, Juan Manuel Fangio y el italiano Nino Farina, el primer campeón del mundo después de la Segunda Guerra Mundial. En la actualidad, los pilotos en activo celebran también numerosas reuniones, pero no tienen el tono festivo de las de sus predecesores: el auge de la fórmula I ha sido tan grande que los corredores han tenido que unificar sus intereses para evitar el ser convertidos en autómatas suicidas al volante de monoplazas cada vez más veloces.



Batista entrega a Fangio el trofeo del Gran Premio de Cuba.

A los mandos de su Mercedes-Benz, Fangio consiguió imponerse en el Gran Premio de Mónaco de 1955, una prueba que, por el peculiar trazado del circuito urbano del principado, exige, sobre todo, pericia en el adelantamiento en curva, ya que las grandes rectas son casi inexistentes. Los pilotos presionan desde hace tiempo para que la Federación Internacional de Automovilismo suprima del calendario de grandes pruebas estos circuitos urbanos, por considerar que carecen de las mínimas garantías de seguridad en caso de accidente.



Circuito de Montecarlo, 1955.

Fangio trabaja en la actualidad para la casa Mercedes.

mente el diseño de los monoplazas (en la actualidad, el más leve choque suele provocar, por la posición en que se coloca el piloto, la rotura de sus piernas), la Asociación sostiene que no lo es tanto el evitar circuitos urbanos, que tantas ganancias proporcionan a los organizadores, pero que no poseen condiciones, ni en su trazado ni en su asfalto, para la evolución de los bólidos.

Los que triunfan fuera de la pista

Aparte los pilotos, la fórmula I también la hacen los constructores. Habría que distinguir, por un lado, al mítico Ferrari, que ha visto cómo pilotos suyos han ganado el título nada menos que en nueve ocasiones, siendo además la única marca que ha estado presente en la competición máxima desde sus inicios. Por otro lado, aunque hay constructores de mucha valía, como pueden ser Colin Chapman con sus *Lotus,* Ken Tyrrell, Bruce McLaren, Jack Brabham o Frank Williams, hay que tener en cuenta que no son lo que podríamos denominar constructores totales.

Ellos diseñan el monoplaza, pero no construyen partes esenciales como el motor o la caja de cambios, que suelen ser confiados a Cosworth y Hewland, respectivamente. Sólo algunos, como Ferrari, Alfa Romeo, Renault, Honda o BRM, han pasado por el campeonato construyendo el ciento por ciento de sus vehículos.

En realidad, quien más victorias ha cosechado ha sido el motor *Ford Cosworth,* puesto a punto por los ingenieros Mike Costin y Keith Ducworth, que en los últimos diecisiete años ha conseguido 12 títulos mundiales y 152 victorias, sin que, por el momento, los nuevos motores equipados con turbocompresor hayan logrado relegarlos a un segundo plano.

Alas, faldillas y otros adelantos

En la actualidad se puede participar con un monoplaza que tenga un peso mínimo de 580 kilos, incluidos todos los líquidos del vehículo (gasolina, agua, aceite, frenos, etc.). Los motores deben ser de 3.000 centímetros cúbicos para alimentación atmosférica, o de 1.500 si la alimentación se hace asistida de un turbocompresor. Gracias a la investigación, la curva de las potencias se ha disparado en los últimos tiempos, y si los *Ford Cosworth* fueron los primeros en llegar a los 500 CV, ahora los motores turbo sobrepasan la barrera de los 600.



Jody Scheckter.

CAMPEONATO DEL MUNDO DE CONDUCTORES

Año	Piloto	País	Marca
1950.	Giuseppe (Nino) Farina.	Italia.	Alfa Romeo.
1951.	Juan Manuel Fangio.	Argentina.	Alfa Romeo.
1952.	Alberto Ascari.	Italia.	Ferrari.
1953.	Alberto Ascari.	Italia.	Ferrari.
1954.	Juan Manuel Fangio.	Argentina.	Maserati.
1955.	Juan Manuel Fangio.	Argentina.	Mercedes-Benz.
1956.	Juan Manuel Fangio.	Argentina.	Ferrari.
1957.	Juan Manuel Fangio.	Argentina.	Maserati.
1958.	Mike Hawthorn.	Gran Bretaña.	Ferrari.
1959.	Jack Brabham.	Australia.	Cooper Climax.
1960.	Jack Brabham.	Australia.	Cooper Climax.
1961.	Phil Hill.	E.U.A.	Ferrari.
1962.	Graham Hill.	Gran Bretaña.	BRM.
1963.	Jim Clark.	Gran Bretaña.	Lotus-Ford.
1964.	John Surtees.	Gran Bretaña.	Ferrari.
1965.	Jim Clark.	Gran Bretaña.	Lotus-Ford.
1966.	Jack Brabham.	Australia.	Repco-Brabham.
1967.	Dennis Hulme.	Nueva Zelanda.	Repco-Brabham.
1968.	Graham Hill.	Gran Bretaña.	Lotus-Ford.
1969.	Jackie Stewart.	Gran Bretaña.	Matra-Ford.
1970 *	Jochen Rindt.	Austria.	Lotus-Ford.
1971.	Jackie Stewart.	Gran Bretaña.	Tyrrell-Ford.
1972.	Emerson Fitipaldi.	Brasil.	Lotus-Ford.
1973.	Jackie Stewart.	Gran Bretaña.	Tyrrel-Ford.
1974.	Emerson Fitipaldi.	Brasil.	McLaren-Ford.
1975.	Niki Lauda.	Austria.	Ferrari.
1976.	James Hunt.	Gran Bretaña.	McLaren.
1977.	Niki Lauda.	Austria.	Ferrari.
1978.	Mario Andretti.	Estados Unidos.	Lotus.
1979.	Jody Scheckter.	Sudáfrica.	Ferrari.
1980.	Alan Jones.	Australia.	Williams.
1981.	Nelson Piquet.	Brasil.	Brabham.
1982.	Keke Rosberg.	Finlandia.	Williams.

* *Título póstumo (murió en Monza, Italia, el 5 de septiembre de 1970, después de acumular 45 puntos).*

PILOTOS DE FORMULA I MUERTOS EN COMPETICION

1948. Jean-Pierre Wimille.
1954. Onofre Marimon.
1955. Alberto Ascari.
1957. Alfonso Cabeza de Vaca.
1957. Eugenio Castelloti.
1958. Mike Hawthorn.
1958. Luigi Musso.
1959. Jean Behra.
1962. Ricardo Rodríguez.
1967. Lorenzo Bandini
1968. Jim Clark.
1968. Ludovico Scarciotti.
1968. Jo Schlesser.
1968. Mike Spence.
1969. Paul Hawkins.
1970. Bruce McLarent.
1970. Jochen Rindt.
1970. Pedro Rodríguez.
1971. Ignacio Giunti.
1971. Joseph Siffert.
1972. Joakim Bonniet.
1973. François Cevert.
1973. Roger Williamson.
1974. Helmut Köinigg.
1974. Peter Revson.
1974. Silvio Mosser.
1975. Mark Donohue.
1977. Tom Pryce.
1978. Ronnie Peterson.
1980. Patrick Depailler.
1982. Gilles Villeneuve.
1982. Ricardo Paletti.



Nelson Piquet.





Warwick sale del bólido tras el accidente



Otros factores que contribuyen de forma decisiva al mejor comportamiento del vehículo son el reparto de pesos y los nuevos estudios aerodinámicos de monoplazas en forma de ala de avión invertida. Son dos soluciones eficaces, pero peligrosas para los corredores. Con la primera de ellas, los constructores tratan de situar al piloto lo más cerca posible de la parte delantera para que su peso compense en parte el del motor, situado detrás. Ello significa que las salidas de pista frontales dañan inevitablemente las piernas de los conductores, como se puso de manifiesto, por ejemplo, en el accidente de Alan Prost.

Por otra parte, la aerodinámica también ha mejorado considerablemente, y a veces las autoridades internacionales han limitado el uso de algunos inventos. Tal fue el caso de los célebres alerones de finales de los años sesenta, eliminados tras los accidentes consecutivos de los *Lotus* de Graham Hill y Jochen Rindt en el circuito de Montjuich, en Barcelona.

Ahora, el efecto de ala invertida también puede tener consecuencias graves. Los monoplazas adquieren la imagen del ala de un avión, pero al revés. Esta estructura, que en los aviones sirve para despegar, al estar aquí invertida consigue una mejor adherencia del coche a la carretera. Además, unas faldillas laterales, que casi se arrastran por el suelo, impiden que circulen ráfagas de aire por debajo. Sin embargo, cuando el coche se eleva por alguna circunstancia, el efecto se pierde y el vehículo despega con la velocidad que desarrolla. Fue, por ejemplo, el caso del *Ferrari* del canadiense Gilles Villeneuve en el circuito austriaco de Zeltweg en 1981, donde, tras colisionar con el *ATS* de Jochen Mass, voló literalmente hacia las alambradas, contra las que murió el infortunado piloto.

De todas formas, va a ser muy difícil eliminar los riesgos en un deporte en el que las curvas se toman a 200 kilómetros por hora. La lista de pilotos muertos en entrenamientos y carreras es impresionante: Jim Clark, Bruce McLaren, Ronnie Peterson, Piers Courage, Roger Williamson, Alfonso de Portago, François Cevert, Jean Behra, Lorenzo Bandini, Jo Bonnier, Jo Siffert, Pedro Rodríguez, Tom Pryce, Peter Revson, Jochen Rindt, Mark Donohue, etc.

C. de M.

Según las estadísticas, un corredor de fórmula I tiene un accidente cada once pruebas, y uno de cada tres accidentes le costará la vida. Con este telón de fondo, al que se superpone el de los millones de dólares que todos los años factura el campeonato mundial, se comprende que las tensiones entre la FISA (Federación Internacional de Automovilismo), dirigida por Balestre, y la FOCA (Federación de Pilotos), comandada por Bernie Ecclestone, sean fortísimas. Mientras que la primera está interesada en popularizar a cualquier precio la fórmula I y aprueba peligrosos circuitos provisionales o los potentísimos motores turbo, Ecclestone cree necesario poner un límite a todo ello por bien de la seguridad de los pilotos y del propio deporte del automovilismo.



Bruno Giacomeli en el Gran Premio de Mónaco.



1958

DE GAULLE, EL GENERAL DE FRANCIA

EL 13 de mayo de 1958 es una fecha clave, uno de los «días grandes» que marcan un hito definitivo en la historia moderna de Francia. El suceso inmediato que desencadenarían todas las fuerzas de la sociedad gala, después de las convulsiones de la IV República, instaurada en noviembre de 1946, fue el establecimiento en Argelia de un Comité de Salvación Nacional, como una especie de gobierno de oposición a la autoridad parlamentaria establecida en Francia. Pero el resultado último de la revuelta de Argelia y de los acontecimientos posteriores de aquel 13 de mayo sería el funeral de la IV República y el advenimiento de la V, la república de Charles de Gaulle.

Gustavo Valverde, corresponsal del diario Ya en Nueva York, nos comenta los sucesos que hicieron posible la vuelta al poder de un hombre que, tras su victoria en la Segunda Guerra Mundial, se había retirado voluntariamente a escribir sus memorias.



El retorno del general

La crisis argelina amenazó con poner a Francia al borde de la guerra civil, debido a las profundas divisiones y frustraciones en el ejército, a la pugna endémica de los partidos de derecha e izquierda, y al descontento generalizado de la sociedad francesa. Varios estudios de la época atestiguan con sus títulos las diversas interpretaciones que se dieron a los sucesos de mayo: «El suicidio de la IV República», «El golpe de Estado del 13 de mayo», «La revolución de Argelia» o «La revolución de De Gaulle». La revuelta en Argelia y el retorno del general Charles de Gaulle desde su exilio voluntario en Colombey-les-deux-Eglises para «asumir el poder de la república» marcan la nueva era que se inauguró en Francia ese año de 1958. El 1 de junio, tres días después de que el último presidente de la IV República, René Coty, amenazase con presentar su dimisión si la Asamblea francesa no aceptaba el retorno del general que había salvado a Francia durante la Segunda Guerra Mundial, el propio De Gaulle se presentaba ante el Parlamento como primer ministro y recibía el mandato de reformar la Constitución en los términos que él mismo había dictado y con los poderes extraordinarios que había exigido. El 21 de diciembre del mismo año, De Gaulle sería nombrado presidente de la república. La V República echaría a andar el 8 de enero de 1959, cuando De Gaulle asumió las funciones presidenciales y nombró su primer gobierno.

La revuelta de Argelia, iniciada por un grupo de oficiales al mando de los generales Raul Salan y Jacques Massu al grito de «¡El ejército al poder!», no era más que la consecuencia del inmovilismo político gestado en Francia por la sucesión de 25 gobiernos durante la IV República. A ello había que sumar la acumulación de frustraciones en el ejército por las derrotas militares, primero en Europa (Segunda Guerra Mundial) y después en Indochina, Suez, Madagascar y la propia Argelia. Los militares se negaban a aceptar una solución política para Argelia que concediese a los insurgentes del Frente de Liberación Nacional (FLN) el poder de forma pacífica, y menos a negociar el abandono del territorio.

El desencanto y la indiferencia se habían asentado en el país antes de producirse la gran crisis de mayo. En 1958 eran pocos los franceses que se sentían movidos a acudir en defensa de la república tras el llamamiento del gobierno de París. De hecho, muchos franceses creían firmemente que había poco que salvar o defender en la IV República. Ya en 1957, desde la caída del gobierno Mollet, la política en la metrópoli estaba dominada casi totalmente por la incapacidad de acabar con la guerra en Argelia.

De Gaulle, entre la multitud el día de la victoria.

El 25 de agosto de 1944, De Gaulle entra en París y se entrevista con Churchill y Eisenhower. (La Conferencia de Yalta entre Roosevelt, Stalin y Churchill se celebra del 4 al 11 de febrero de 1945. El 28 de abril es ejecutado Mussolini, y dos días después muere Hitler en Berlín.) El 8 de mayo de 1945, París festeja la victoria. El general De Gaulle, junto a la muchedumbre que le aclama en el Arco del Triunfo, va a erigirse en organizador de la reconstrucción política de Francia.

Un objetivo reunía al general De Gaulle con los partidos políticos franceses: el aniquilamiento de la III República, que tan mal servicio había prestado al país durante la Segunda Guerra Mundial. Se acordó la convocatoria de una asamblea constituyente para octubre de 1945. Las elecciones dieron el mayor número de puestos a los comunistas, seguidos por los socialistas y los demócrata-cristianos de Bidault. De Gaulle dimitió, pero la Cámara le reeligió por unanimidad.



Después de haber devuelto los poderes a la Asamblea.

Un sondeo realizado ese año entre 4.000 reclutas pedía a éstos que identificaran al primer ministro francés y al ganador de la Vuelta Ciclista a Francia: sólo un 15 por 100 acertó la primera pregunta y un 97 por 100 la segunda. Pocos meses después, otro sondeo preguntaba al pueblo francés cuál sería su comportamiento en caso de un levantamiento militar contra el régimen parlamentario: un 90 por 100 se mostró partidario, de una forma u otra, de no oponerse a la revuelta, mientras que sólo cuatro de cada cien personas manifestaron su deseo de luchar por mantener el régimen. El desencanto era la actitud generalizada hacia un sistema multipartidista que no había podido satisfacer las aspiraciones de la gente.

Argelia crea problemas

Desde 1954, las operaciones militares contra los rebeldes en Argelia habían movilizado a medio millón de soldados, exacerbado las divisiones en el ejército, enfrentado a éste contra los políticos civiles, que se sucedían interminablemente en el poder, e incrementado la inflación y la pérdida de divisas, lo que tenía un reflejo inmediato en el nivel de vida. La sucesión de gobiernos de centro-izquierda había creado una situación de inmovilismo que contrastaba con los deseos generalizados de un gobierno fuerte. El «tripartidismo», ensayado desde la III República, rechazaba, sin embargo, la idea de un ejecutivo fuerte, con la excepción del propio De Gaulle, quien, durante su mandato provisional, en 1944-1945, había dado a entender que le sobraba la colaboración de los partidos y, de hecho, había dimitido en 1946 para luego formar el Rassemblement du Peuple Français (RPF) en 1947. Pero la hostilidad demostrada por De Gaulle al sistema de partidos, a la Constitución de 1946 y a los comunistas le hizo separarse incluso de este grupo, y desde 1955 se apartó totalmente de la política para continuar escribiendo sus memorias.

Diez gabinetes se sucedieron, a base de coaliciones forzadas, desde 1946 a 1951. La inestabilidad y el llamado «inmovilismo» fueron tan endémicos como en los días de la III República. El sistema de partidos se había definido en la IV República como «hexagonal»: los comunistas, en la extrema izquierda, y los gaullistas y poujadistas, en la derecha, contaban entre sus filas con los más acerbos críticos del régimen. En el centro

El nuevo régimen quedó rápidamente constituido con la elección de una asamblea en noviembre de 1958, en la que un nuevo partido, la UNR (Unión para la Nueva República) —creado para apoyar al general De Gaulle—, ganó casi la mitad de los escaños. De Gaulle, elegido presidente de la república y de la Communauté, entró en funciones el 8 de enero de 1959. La V República vino a demostrar la incapacidad del sistema pluripartidista de la IV República para la reconstrucción económica de Francia y para resolver los problemas coloniales de los últimos años.



De Gaulle se dirige al Elíseo para la toma del poder de la V República.

El factor determinante que provocó el fin de la IV República fue la difícil situación en Argelia. Colonos franceses, apoyados por elementos militares, se negaban a plantear la independencia de aquel país. En mayo de 1958 es declarado el estado de guerra. El entonces presidente de la república, René Coty, llama a formar gobierno al general De Gaulle, quien hace aprobar una constitución de tipo presidencialista y que preveía la formación de una comunidad francesa en la que podrían entrar a formar parte las antiguas colonias.



René Coty, presidente de la república de 1953 a 1958.

se alineaban los cuatro grandes partidos republicanos: socialistas moderados, radicales, católico-demócratas y los «moderados» independientes. Desde 1955, sin embargo, los radicales, que habían servido de soporte en casi todas las coaliciones, se fragmentaron en dos grupos pilotados por Pierre Mendès-France y Edgar Faure, con lo que, en contra de sus deseos, provocaron una mayor división de la Asamblea, incrementando el inmovilismo político.

Al dilema interior se sumaron la serie de revueltas que se originaron en la Unión Francesa de Posesiones Exteriores: Indochina concluyó con el desastre militar de Diên Biên Phu mientras se declaraba la independencia de Túnez y Marruecos en 1954. En noviembre de ese mismo año, el FLN de Argelia lanzaría su primera revuelta armada en un territorio que durante más de un siglo de colonización se había considerado no como colonia, sino como parte integrante del territorio francés. En 1956, bajo el gobierno de Guy Mollet, los militares franceses realizaron un intento supremo por derrotar al FLN y a sus guerrilleros con la máxima energía militar y con la promesa de un cese del fuego. La sangría costó a Francia entre 200 y 300 vidas jóvenes al mes.

En 1958 el conflicto de Argelia se había convertido en una guerra que los franceses ni deseaban ni podían terminar, pero tampoco querían perder. Políticamente era insoluble porque el FLN, ayudado por las infiltraciones desde Túnez y Marruecos, no aceptaba ningún arreglo que no incluyese la total independencia. Los líderes de la IV República demostraron su incapacidad para romper el punto muerto. En el inmovilismo de la Asamblea General sobre la cuestión argelina quedaban patentes todos los sentimientos de discordia y todas las divisiones que atenazaban al país. Los deseos de paz y de victoria hacían imposible todo compromiso. Cualquier intento o iniciativa de arreglo degeneraba en una riada de acusaciones de abandono o traición, con el riesgo adicional de la pérdida de la frágil mayoría parlamentaria.

De Gaulle, la alternativa preferible

Aunque De Gaulle había dado la espalda completamente a la política parlamentaria en 1953, cinco años más tarde su nombre sonaba en todas las cábalas o especulaciones que surgían tanto sobre el destino de Argelia como sobre el de la IV República. Para muchos franceses, el general ofrecía una alternativa preferible a la situación de inestabilidad de la IV Repúbli-

Aprobada la Constitución diseñada por De Gaulle mediante un referéndum celebrado en septiembre de 1958, la V República comienza su andadura de las manos de un general dispuesto a hacer de Francia el eje político de la «Europa de las patrias». El 8 de enero tiene lugar en el Elíseo la entrega del poder del presidente Coty al general De Gaulle.



El Elíseo será la nueva mansión de De Gaulle, ya presidente.



En la inscripción, «Argelia, provincia francesa».



La muchedumbre se agolpa para escuchar el discurso de De Gaulle.

ca, no obstante sus deseos de reforzar el ejecutivo con plenos poderes. Cuando el 13 de mayo se resolvía por fin una crisis ministerial que había durado veintiocho días y Pierre Pflimlin lograba formar gobierno sucediendo a una coalición de centro-izquierda encabezada por Félix Gaillard, estalló la revuelta de Salan y Massu en Argelia, quienes desconfiaron de la política liberal del recién nombrado Pflimlin, a pesar de que éste obtuvo poderes de emergencia por una larga mayoría de la Asamblea.

El hombre que surgió inmediatamente como candidato del ejército y de la derecha fue el general De Gaulle, a quien se identificaba como defensor de una Argelia francesa. Sin embargo, sus primeros movimientos resultaron contradictorios y su silencio inicial fue conspicuo, aunque no hicieron lo mismo sus partidarios más cercanos —Jacques Soustelle, Michel Debré y Léon Delbecque—, quienes insistieron públicamente en la necesidad de seguir actuando con mano dura en Argelia y de liquidar la IV República. La división entre los franceses sobre el retorno del general explica las dudas iniciales de De Gaulle y su pesimismo en los primeros días respecto a que la revuelta podría originar una guerra civil. En un principio insistió en que el Parlamento le otorgara el poder en las condiciones por él exigidas, y después añadió que sólo lo aceptaría si se hacía «por los medios legales marcados por la Constitución». No ofreció muestras de querer participar en la revuelta, aunque parece cierto que fue ampliamente informado de todas las actividades que precedieron a la fecha del 13 de mayo. En 1958 el general contaba sólo con una décima parte de los seguidores que tenía seis años antes, pues durante su retiro voluntario había repudiado a casi todos los «gaullistas». Toda la izquierda estaba contra él, casi todo el centro no quería su regreso, y lo mismo ocurría con la derecha, no sólo dentro de la Asamblea Nacional, sino en la misma estructura interna de los partidos. Pero el general podía contrapesar todos estos obstáculos formidables para sus aspiraciones políticas con un solo elemento: su inmenso prestigio nacional e internacional. Ni los políticos que se habían sucedido en una veintena de gobiernos, ni los diputados de la Asamblea Nacional, ni los rebeldes de Argelia podían igualarle en ese aspecto, al que hay que añadir además el carácter altivo, grandioso y hasta «negativo» del propio De Gaulle; su conocida y repetida repulsa al «sistema que se desintegra» y el hecho de que no se encontró envuelto en el golpe o conspiración de Argelia fueron dos factores de importancia suprema para el éxito de su retorno.

Argelia grita «¡Viva De Gaulle!»

Ni la Francia metropolitana ni los insurgentes argelinos contaron inicialmente con De Gaulle. Su distanciamiento sirvió precisamente de catalizador del momento cuando el gobierno Pflimlin —quien aseguraba inicialmente que Salan controlaba la situación en Argelia— y el resto de los líderes políticos trataban de ensayar sin éxito una solución tras otra. El general Salan, en Argelia, se identificaría rápidamente con los insurgentes, a los que encabezó su subordinado el general Massu. Este, al dar el primer aviso por teléfono a la metrópoli, manifestaría: «Hemos formado un Comité de Salvación Pública, pero nuestro deseo es pacificar la situación sin derramar sangre. Yo he aceptado la presidencia provisional... Esto no es un golpe de Estado; estamos aquí para informar al Parlamento sobre el deseo de Argelia de seguir siendo Francia. Esperamos la formación en París de un gobierno de

Con la derrota de Diên Biên Phu en 1954, Francia tuvo que resignarse a la pérdida de Indochina, y posteriormente a la de Marruecos y Túnez en 1956. El último enclave colonial francés era Argelia. La situación en este país había hecho caer en 1958 a la débil IV República. El problema exterior más importante que debe enfrentar De Gaulle al comienzo de su nuevo mandato es la resolución de la independencia argelina. Fue en esta batalla política donde pudo verse la grandeza del estadista, que tuvo que luchar entre dos fuegos: de una parte, un nacionalismo anacrónico, apoyado por sectores del ejército, y de otra, un país dispuesto a luchar hasta su independencia, que consigue en 1962.

Charles de Gaulle se convierte en el líder indiscutido de Francia, a la que va a llevar al primer plano de la política internacional. El 5 de septiembre de 1958 explica, desde la plaza de la República, el sentido de la nueva Constitución.



De Gaulle se dirige al pueblo parisiense en la plaza de la República.



Después del discurso, el general se mezcla con la multitud que quiere apretar su mano.

Después de su alocución, el general De Gaulle saluda a una muchedumbre que supo adivinar que este hombre sería capaz de unificar la contradictoria política de un país acostumbrado a vencer.



El presidente recibe el Gran Collar de Oro.

El general Carnoux, gran canciller de la Legión de Honor, abraza al general De Gaulle, a quien acaba de imponer el Collar de Oro. Era el 8 de enero de 1959. El gran estadista estaba en la cima del poder.

salvación nacional.» En este primer comunicado no se mencionaba a De Gaulle. Cuando Salan, desde un balcón, daba su apoyo a la revuelta, sus palabras sólo reflejaron la determinación del ejército francés de luchar contra los nacionalistas argelinos. «Amigos míos —dijo el general a la muchedumbre—, saben que yo soy uno de ustedes, puesto que mi hijo está enterrado en el cementerio de Clos Salembier, algo que nunca olvidaré. Durante dieciocho meses hemos luchado contra los *fellagh*. Seguiremos luchando y venceremos. Demostraremos al mundo nuestra determinación de seguir siendo franceses y Argelia salvará a Francia.» Salan concluyó: «¡Viva Francia!», «¡Viva Argelia!» Cuando se retiraba, uno de los líderes que estaban detrás de él —algunos han dicho que fue Delbecque— dijo en voz baja: «¡Viva De Gaulle!» Salan retrocedió y gritó nuevamente a la multitud: «¡Viva De Gaulle!»

A partir de este momento, De Gaulle respondió rápidamente a la invocación de su nombre. A las cinco de la tarde del 15 de mayo hacía su primer pronunciamiento: «La degradación del Estado arrastra inevitablemente una desunión del pueblo, disturbios en el ejército, la dislocación nacional y la pérdida de independencia. Durante doce años, Francia, acosada por problemas muy graves de su régimen de partidos, ha seguido una ruta peligrosa. El país, en sus graves dificultades, ya me confió una vez el liderazgo único para remediar su salud. Hoy, enfrentado ante nuevas pruebas, quiero que se sepa que estoy preparado a asumir los poderes de la república.» La declaración de De Gaulle rescataba a los insurgentes argelinos de un temido fracaso y fue tomada como una señal manifiesta de aprobación a las acciones del 13 de mayo, además de incrementar las presiones sobre el gobierno de París en un momento en que se había creado una gran confusión tanto en Francia como en Argelia. Inmediatamente se iniciaron negociaciones para buscar una alternativa política y se abrieron discusiones entre el general De Gaulle y los líderes de los partidos. El primer ministro, Pierre Pflimlin, advirtió a la Asamblea Nacional de la amenaza de una guerra civil. Tras su dimisión, el presidente Coty invitó al general a formar nuevo gobierno amenazando a la Asamblea, el 29 de mayo, con su propia dimisión si no aceptaba el regreso de De Gaulle al poder. El 1 de junio, la Asamblea aceptaba su mandato por 329 votos contra 224, y al día siguiente le concedía plenos poderes durante seis meses y le autorizaba a iniciar la reforma de la Constitución. Una gran parte de los asistentes se levantó y aplaudió, y otros permanecieron silenciosos, como sobrecogidos por la aparición de la estatua del Comendador.

El triste adiós de la IV República

El pueblo francés despidió a la IV República con la misma apatía con que la había soportado. A partir de aquella fecha, Francia se preparaba a comenzar una época de drásticos experimentos bajo la égida de un general que por segunda vez consecutiva entraba en la historia de su país como salvador de la patria.

No deja de ser sintomático el último forcejeo mantenido por el presidente Coty para convencer a los diputados y líderes de ambas cámaras legislativas —Mollet, Pinay, Teitgen, Auriol y el mismo Pflimlin— sobre la urgencia de aceptar a De Gaulle. De lo contrario, les dijo, su última opción sería llamar al socialista François Mitterrand para que formase un frente popular, aunque traer de nuevo a los comunistas a posiciones de responsabilidad en el ejecutivo era tan contrario a su conciencia que, en tal caso, se vería obligado a dimitir y a informar públicamente a la Asamblea de qué líderes se oponían a De Gaulle, lo que, en definitiva, arrastraría a Francia a la guerra civil. En su mensaje final dirigido a la Asamblea, Coty manifestó: «... En esta hora de peligro para el país y para la república me he vuelto hacia el francés más ilustre, el hombre que en los días más oscuros de nuestra historia fue nuestro líder para la reconquista de la libertad y quien, tras haber logrado forjar la unidad nacional alrededor de sí mismo, rechazó la dictadura para formar la república... Pido al general De Gaulle que acepte conferenciar con el jefe del Estado para examinar conjuntamente, dentro del cuadro legal de la república, los pasos necesarios para la formación de un gobierno nacional y para la reforma a corto y largo plazo de nuestras instituciones.» Los principales líderes de la IV República entregaron finalmente todo el aparato del Estado a De Gaulle para evitar la guerra civil y, también, para asegurarse un lugar en el esquema del nuevo régimen.

Charles de Gaulle fue inmediatamente investido como primer ministro, y el 21 de diciembre de 1958 era elegido presidente de la república. Por segunda vez acudía a salvar a Francia del desastre y restablecía la normalidad política y constitucional tras su retiro voluntario a la vida privada, después de haber perdido el apoyo mayoritario de sus conciudadanos. A su carrera política, primero como líder de la resistencia y primer jefe del gobierno provisional, y después como primer presidente de la V República, hay que añadir sus dotes excepcionales como historiador de la época y de los sucesos en que participó, además de su altura como teórico y escritor de temas militares.

Nacido en 1890 en el seno de una familia de clase media acomodada, Charles André Marie Joseph de Gaulle manifestó una fuerte inclinación por los temas militares desde niño. Ingresó en la Escuela Militar de Saint Cyr, donde su destino quedó ligado al del entonces coronel Philippe Pétain. Durante la Primera Guerra Mundial combatió en Verdún, fue herido tres veces y sufrió dos años de cautiverio. En 1925 el mariscal Pétain, después de dos años en la Escuela Superior de Guerra, le nombró miembro del Consejo Superior de la Guerra, desde donde pasaría más tarde al Consejo Superior de la Defensa Nacional, debido, entre otras cosas, a la fama adquirida por sus análisis sobre las deficiencias defensivas del ejército francés y a otros estudios sobre teoría militar. Sus escritos y ataques a la clase política le granjearon la enemistad de las altas jerarquías militares, y en 1938 un debate sobre su derecho a publicar con su nombre un estudio histórico sobre el ejército francés le llevó a la enemistad con Pétain.

Según Salvador de Madariaga, De Gaulle «no tomó el poder. Aguardó a que se lo trajesen a casa. Ésta es la verdadera grandeza. En vano se buscaría en De Gaulle presidente los galones de mando máximo, la efigie en las monedas y en los sellos, los privilegios tradicionalmente reservados a los monarcas, ni siquiera excelencia —fue el presidente De Gaulle y nada más—, y murió de general de brigada». Y más adelante concluye: «De Gaulle no fue jamás dictador. En todo momento respetó aquello que ningún dictador respeta: la libertad de prensa.»



El general durante uno de sus discursos.





Gobiernos de la IV República Francesa

Presidentes: Vincent Auriol (1947-1953) y René Coty (1953-1958).
Jefes de gobierno:
1. Charles de Gaulle (septiembre 1944-enero 1946), provisional.
2. Félix Gouin (enero-junio 1946), provisional.
3. Georges Bidault (junio-noviembre 1946), provisional.
4. Léon Blum (diciembre 1946-enero 1947).
5. Paul Ramadier (enero-abril 1947).
6. Paul Ramadier (mayo-noviembre 1947).
7. Robert Schuman (noviembre 1947-julio 1948).
8. André Marie (julio-agosto 1948).
9. Robert Schuman (agosto-septiembre 1948).
10. Henri Queuille (septiembre 1948-octubre 1949).

Al estallar la Segunda Guerra Mundial fue nombrado general de brigada, un rango que retendría durante el resto de su vida y un puesto desde el que intentó aplicar sus célebres y discutidas teorías sobre el papel de los tanques en la guerra moderna. Pocos días después fue nombrado subsecretario de Estado para Defensa con el gobierno de Paul Reynaud. Cuando el mariscal Pétain tomó el relevo al frente del gobierno y trató de firmar el armisticio con Alemania, De Gaulle se exilió en Gran Bretaña, desde donde lanzó el primer llamamiento como jefe de la resistencia francesa. Poco después fue condenado a muerte en ausencia por un tribunal militar francés que le privó de su rango y confiscó sus bienes. En 1943 se trasladó a Argelia, desde donde presidió el Comité de Liberación Nacional junto al general Henri Giraud. De Gaulle entró triunfalmente en París en septiembre de 1944, cuando la ciudad fue liberada por los aliados. Más tarde presidiría dos gobiernos provisionales, de los que dimitió por su irritación ante las luchas intestinas del gobierno de coalición tripartita de la izquierda.

De Gaulle, que nunca se distinguió por su modestia, sabía que algún día volvería a ser llamado a desempeñar un papel mucho más alto en la historia de Francia, como ya había anticipado en su obra *Le fil de l'epée (El filo de la espada),* donde desarrollaba sus conceptos de liderazgo, realismo y distanciamiento que caracterizaban, según él, a los grandes hombres de la historia. Desde esa época hasta los sucesos de mayo de 1958 permanecería completamente retirado en su casa de Colombey-les-deux-Eglises, desde donde, en sus escritos, seguiría haciendo campaña contra la IV República, la Constitución de 1946, el inmovilismo del sistema de partidos y, en particular, contra el partido comunista, al que definiría como «los separatistas» por su ciega lealtad a las directrices de Moscú. De esta época son los tres volúmenes de sus memorias: *L'Appel, L'Unité* y *Le Salut,* este último completado después de su retorno al poder en 1958.

Los poderes del presidente

Al llegar a la presidencia de la V República, De Gaulle heredaba una situación difícil y peligrosa. La opinión pública, aceptándole por segunda vez como salvador de Francia, esperaba resolver la crisis de Argelia. El recuerdo del bonapartismo hacía temer a las fuerzas de la izquierda que De Gaulle se convirtiera en un dictador militar, mientras que la derecha y los militares ponían sus esperanzas en su crecida autoridad constitucional, en su prestigio personal y en la astucia demostrada durante sus largos años de exilio y sus pasadas experiencias, en el gobierno y en la oposición, para resolver los graves conflictos del país y de las facciones polí-



De Gaulle desconcertó a los norteamericanos y se enfrentó a los ingleses. En 1963 pidió la revisión del Tratado del Atlántico Norte, y en 1966 se aleja de la OTAN. Vetó la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común en mayo de 1967.

ticas existentes. De Gaulle nombró un gobierno de unidad nacional, en el que incluyó a Mollet y a Pflimlin, con representación de todos los partidos, excepto los comunistas. Sobre el problema de Argelia, sin embargo, se pronunció con estudiada ambigüedad, sin mencionar nunca la palabra «integración». En septiembre presentó la nueva Constitución, que fue votada por el 85 por 100 del electorado, obteniendo una mayoría del 79 por 100 de los votos registrados. En la nueva Constitución, los poderes otorgados al presidente de la república y al gobierno escogido por éste eran abrumadoramente superiores a los del sistema de gobierno parlamentario de la IV República. Sin embargo, se quedaban todavía cortos con respecto al sistema presidencialista norteamericano, al que el propio De Gaulle trataba de acercarse. El gobierno era todavía responsable ante el Parlamento y tenía que dimitir si la Asamblea Nacional rechazaba sus propuestas o adoptaba un voto de censura. Sin embargo, De Gaulle logró la aprobación del privilegio de utilizar el referéndum en situaciones de emergencia y, amparándose en el artículo 16 de la Constitución, también consiguió que la presidencia asumiera ciertos poderes de emergencia «cuando las instituciones de la república, la independencia de la nación, la integridad de su territorio o la ejecución de sus compromisos internacionales se viesen grave o inmediatamente amenazadas, o cuando el funcionamiento regular de las autoridades públicas constitucionales se hubiera interrumpido».

Todas estas mejoras reflejaban la firme convicción gaullista de conceder amplios poderes al jefe del Estado en las más importantes decisiones de la nación. De Gaulle eliminó en la V República el estilo y las ideas que habían dominado durante la IV, pero sus actos y sus convicciones de que él se identificaba con Francia y su destino ocuparon sus once años en el poder. Durante su presidencia montó una campaña electoral continua a través de viajes por todos los departamentos del país, frecuentes apariciones en televisión y la utilización de sus prerrogativas constitucionales para frenar los poderes obstruccionistas del Parlamento frente a sus acciones. Sus métodos como hombre de Estado se parecían en cierta medida a las teorías expuestas en sus tratados teórico-militares.

Si la IV República se había caracterizado por su inmovilismo, la V se distinguió inmediatamente por la indispensabilidad de De Gaulle, por lo menos en los primeros cuatro años de funcionamiento. El presidente se alzó como última esperanza para terminar la guerra de Argelia, con lo cual pudo frenar a sus oponentes, aunque consumió también gran parte de su tiempo y de sus energías. En este período inicial fortaleció la economía, reorganizó las fuerzas armadas, trató de evitar nuevas situaciones como la de Argelia, creando 12 Estados independien-

---

11. Georges Bidault (octubre 1949-junio 1950).
12. Henri Queuille (junio-julio 1950).
13. René Pleven (julio 1950-febrero 1951).
14. Henri Queuille (marzo-julio 1951).
15. René Pleven (agosto 1951-enero 1952).
16. Edgar Faure (enero-febrero 1952).
17. Antoine Pinay (marzo-diciembre 1952).
18. René Mayer (enero-mayo 1953).
19. Joseph Laniel (junio 1953-junio 1954).
20. Pierre Mendès-France (junio 1954-febrero 1955).
21. Edgar Faure (febrero 1955-enero 1956).
22. Guy Mollet (enero 1956-mayo 1957).
23. Maurice Bourgès-Maunoury (junio-septiembre 1957).
24. Félix Gaillard (noviembre 1957-abril 1958).
25. Pierre Pflimlin (mayo 1958).

tes en los territorios coloniales, y puso las bases para lograr que Francia contara con su propia fuerza nuclear.

De Gaulle fue colocando paulatinamente a sus hombres en el gobierno; escogió como *premier* a Michel Debré y creó un gabinete de coalición de derechistas, moderados y centristas al que añadió un grupo de tecnócratas no ligados a ningún partido, desenganchándose poco a poco de ex socialistas como Boulloche, Pinay y hasta de Soustelle. Con ello logró un gobierno más entregado y dócil a los deseos y a las ideas del presidente.

Un año después

El problema de Argelia volvió a resucitar en 1960 cuando los extremistas iniciaron una nueva ola de resistencia activa al creerse abandonados por el propio De Gaulle, quien consideró prioritaria la restauración de la paz y reemplazó al general Massu, que había criticado abiertamente su política. Una revuelta aquel mismo año para intentar un nuevo «13 de mayo» sólo duró trece días y terminó reforzando el prestigio de De Gaulle, ya que el ejército le fue leal. En abril de 1961, sin embargo, otra revuelta, encabezada esta vez por los generales Raul Salan, Edmond Jouhaud, Maurice Challe y André Zeller, fue duramente reprimida. Challe y Zeller se rindieron, pero Salan y Jouhaud pasaron a la clandestinidad, engrosando las filas de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS), un grupo que intentó incluso asesinar a De Gaulle el 8 de septiembre de 1961.

El conflicto se resolvió con la independencia de Argelia, en marzo de 1962. El 14 de abril de ese año, Debré dimitió como primer ministro y fue sucedido por Georges Pompidou, quien había sido el motor de los acuerdos de Evian con los rebeldes argelinos. El 22 de agosto tuvo lugar otro intento fallido de asesinato contra De Gaulle, esta vez aparentemente dirigido por los seguidores de Bidault. En octubre, el general quiso proponer al país una nueva fórmula para asegurar su sucesión utilizando el referéndum como sistema de elección del presidente de la república en lugar de la decisión del Colegio de Notables. Trece millones de franceses aprobaron la enmienda, frente a cerca de ocho millones que contestaron «no» a la consulta.

En noviembre de 1962 se convocaron nuevas elecciones, en las que el partido gaullista ganó 64 escaños más y logró una nueva mayoría con el apoyo de otros 30 diputados conservadores.

Devolver a Francia su «grandeur»

Desde esta fecha, con su prestigio y sus pode-



En 1965 es elegido de nuevo presidente de la república, ante su principal oponente F. Mitterrand. De Gaulle se convierte en el prestigio o fracaso de Francia en el terreno político, intelectual y militar. Crea la llamada Force de Frappe*, que hace de su país una fuerza atómica. Después llega el mayo francés del 68, con los primeros enfrentamientos entre estudiantes y la policía, inicialmente debidos al cierre de la Facultad de Filosofía de Nanterre. Los acontecimientos se precipitan, y la revolución domina París. De Gaulle se asegura (después de su entrevista con el general Massu, jefe de las fuerzas francesas en Alemania) el apoyo del ejército. El 24 de junio y el 1 de julio se celebran las elecciones parlamentarias bajo el lema de la «defensa de la república contra la revolución comunista». La UDR, gaullista (Unión para la Defensa de la República), consiguió claramente la victoria. Sin embargo, el poder del general De Gaulle empezaba a declinar. Francia comenzaba a necesitar otro jefe de Estado. El próximo presidente sería Georges Pompidou, que había sido el gran negociador en mayo del 68. (Foto de Henri Cartier Bresson. A. Magnum-Zardoya.)*

res ejecutivos reforzados, De Gaulle se concentró en llevar adelante, con el consentimiento popular, los planes que tenía para devolver a Francia su *grandeur* y su puesto en la escena internacional: *détente* y cooperación con el Este, incremento de las relaciones comerciales con la Unión Soviética, reconocimiento de China comunista, visitas a Latinoamérica, Canadá y países del Tercer Mundo para aumentar la influencia francesa, e independencia frente a Estados Unidos o la Unión Soviética. Aunque en política exterior no hubo una ruptura con la IV República, De Gaulle supo dar al país un nuevo estilo de grandeza rompiendo el inmovilismo de las fuerzas políticas internas, que se habían desangrado en sus batallas fratricidas. En este intento es donde De Gaulle demostró su genio y sus rasgos fundamentales de orgullo, empirismo, independencia, distanciamiento y flexibilidad de mente. Al ser derrotado en un nuevo referéndum, el 28 de abril de 1969, el general se retiró a Colombey para completar sus memorias.

De Gaulle dejó como herencia a Francia un cuadro completo de nuevas reglas políticas, entre ellas la legalización del referéndum, la elección de la presidencia por voto directo y la ruptura con un pasado sembrado de desacuerdos y de parálisis, además de una amplia lista de realizaciones económicas. Su muerte, el 9 de noviembre de 1970, marcó el final de una era para el país. Su «gran visión» de Francia, más que servir de precursora del año 2000 —según diría uno de sus sucesores, François Mitterrand—, pertenece a los grandes conceptos y a los ideales políticos del siglo XIX. Fue uno de los descendientes directos de Richelieu, Pitt, Metternich y Bismarck. Para él, Francia era una tierra mítica de trabajadores y soldados, y se alzó como un héroe predestinado que supo, como nadie, hablar el lenguaje de Estado.

G. V.

Bibliografía básica

LACOUTURE, J.: *De Gaulle*, Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1969.
BEUVE MERY, H.: *De Gaulle. Once años de reinado*, Dopesa. Barcelona, 1974.
S. MAIER, Ch., y S. WHITE, D.: *The thirteenth of may: the advent of De Gaulle's republic*, Oxford University Press. Nueva York, 1968.
S. FURNISS Jr., E.: *France, troubled ally*, Harper and Brothers. Nueva York, 1960.
MITTERRAND, F.: *La paille et le grain*, Editions Flammarion. París, 1975.

Retirado de la política a partir de su dimisión (28 de abril de 1969), el general De Gaulle conservó siempre su grandeza humana y su visión de estadista, que reflejará en sus memorias redactadas en su retiro de Colombey. Su mujer le siguió acompañando silenciosamente. Salvador de Madariaga concluye así su ensayo sobre De Gaulle: «Rechazado su proyecto, se fue a su aldea a la media hora, sin tambores ni trompetas. Se negó a todo festejo, honor, bambolla. Murió como cristiano humilde... Grande fue, pues, De Gaulle en su alma como en su cuerpo. Como grande, cometió errores grandes; pero estos errores que hacen resaltar sus pequeñeces, en nada aminoraron su grandeza...» (Foto Hubert Le Campion/DNA. Zardoya.)



Charles de Gaulle y su esposa.





El hombre rana.

1958

EL MUNDO DEL SILENCIO


El segundo equipo de buzo de Augustus Siebe, 1837.

SEGURAMENTE la inmensidad del océano debió de asustar al hombre en los primeros albores de su andadura. Mas, con el tiempo, no sólo se familiarizó con él, sino que aprendió a sacar buen provecho de sus aguas. En la actualidad nadie ignora que el mar constituye una gran fuente de riquezas no sólo animales, sino también vegetales y minerales.

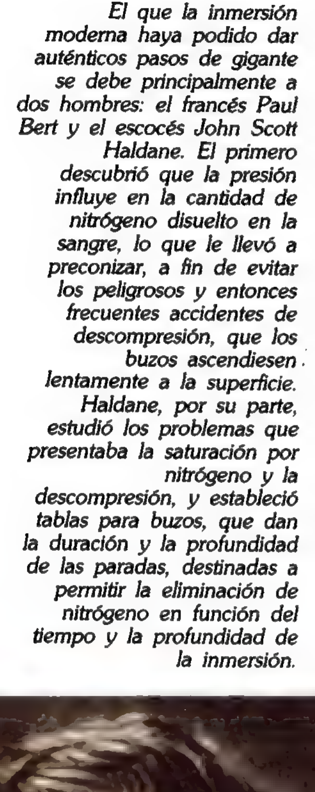
Sin embargo, a pesar de la evidente importancia de las capas líquidas del planeta, es necesario formularse una cuestión: ¿Conocemos el mar? Resulta difícil de creer, pero la humanidad ha comenzado a comprender al océano bien entrado el presente siglo. El reciente descubrimiento de ciertos artilugios por parte de un puñado de esforzados aficionados permitió a la humanidad introducirse en un medio que durante su larga historia le había sido vetado.

Antonio Ribera, biólogo, fundador del CRIS y pionero de la investigación submarina en España, relata cómo se sucedieron los más importantes descubrimientos en el mundo de la investigación submarina, y Juan Delibes, biólogo y especialista en temas de divulgación científica, da una idea de la importancia del medio acuático y los riesgos que para él entraña el progreso de la humanidad.

Volar como los pájaros y nadar como los peces han sido, desde épocas remotas, algunas de las principales ambiciones humanas. La leyenda nos cuenta que Dédalo e Icaro fracasaron en su intento de volar; sin embargo, el éxito acabaría sonriendo a aquellos que lo intentaron con tesón.
J. Cousteau había ideado un imperfecto sistema para bucear, pues siempre suministraba una cantidad constante de oxígeno. Paralelamente, E. Gagnan fabricaba carburadores de automóvil denominados «a voluntad», ya que una membrana permitía el paso de la cantidad de gas requerida a cada instante. La conjunción de ambas técnicas supuso un gran paso para la humanidad.

Los precursores

Al principio de su obra *El mundo del silencio,* Jacques-Yves Cousteau pone estas palabras en boca de Frédéric Dumas: «Un día del verano de 1938 me hallaba sobre las rocas cuando vi a un verdadero hombre pez en un estado de evolución mucho más avanzado que el mío. Nunca sacaba su cabeza del agua para respirar, y, después de una zambullida, brotaba agua de un tubo, uno de cuyos extremos estaba introducido en su boca. Me quedé sorprendido al ver que en los pies llevaba aletas de goma. Permanecí admirando su agilidad y esperé que sintiese frío y se viese obligado a salir del agua. Era el teniente de navío Philippe Tailliez. Su fusil submarino estaba basado en la misma teoría que el mío, pero sus lentes eran mayores que los que yo llevaba. Me dijo dónde podría encontrar gafas y aletas y cómo podría construirme un tubo para respirar, con ayuda de una vulgar manguera de jardín. Convinimos en un día para salir juntos de caza. Este día constituyó un importante episodio en mi vida submarina.»



El que la inmersión moderna haya podido dar auténticos pasos de gigante se debe principalmente a dos hombres: el francés Paul Bert y el escocés John Scott Haldane. El primero descubrió que la presión influye en la cantidad de nitrógeno disuelto en la sangre, lo que le llevó a preconizar, a fin de evitar los peligrosos y entonces frecuentes accidentes de descompresión, que los buzos ascendiesen lentamente a la superficie. Haldane, por su parte, estudió los problemas que presentaba la saturación por nitrógeno y la descompresión, y estableció tablas para buzos, que dan la duración y la profundidad de las paradas, destinadas a permitir la eliminación de nitrógeno en función del tiempo y la profundidad de la inmersión.

A estos dos pronto se habría de añadir Cousteau. Así nació el famoso terceto Cousteau-Dumas-Tailliez, los «Tres Mosqueteros» de la exploración submarina francesa, auténtica avanzadilla de esta actividad en Europa y el mundo.

Entre otros pioneros de esta época, sin embargo, es obligatorio mencionar también al comandante Yves Le Prieur, considerado por muchos como el verdadero inventor de la escafandra autónoma; al también comandante De Corlieu, inventor en 1922 de las aletas o «pies de pato» que permitieron la progresión horizontal del buceador; a Fernez, creador de gafas binoculares de tipo polinésico para la inmersión y diversos modelos de tubo respirador, etc.

No hay que olvidar tampoco a Georges Kramarenko, Robert Devaux y el pintoresco norteamericano Guy Gilpatric, autor de un libro, *The Compleat Goggler,* considerado hoy como un clásico de la pesca submarina. El campo donde se desarrollaban todas las actividades de estos precursores franceses eran las límpidas aguas de la Costa Azul, principalmente en los alrededores de Marsella y en los islotes que allí abundan. Por aquellas aguas acosaban a los meros, entonces abundantes y a poca profundidad, equipados con gafas binoculares Fernez, aletas o «pies de pato» De Corlieu, y rudimentarios arpones de gomas. Todo esto tenía lugar hacia el año 1936.

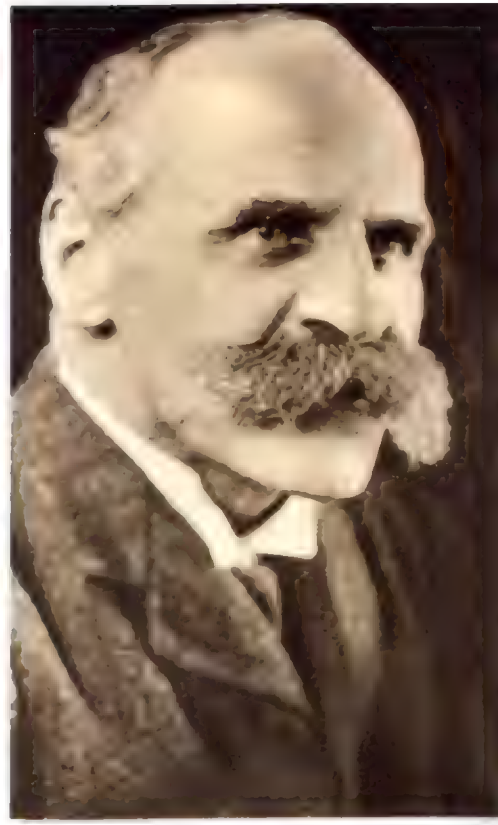
Así fue como un selecto grupo de pioneros fue familiarizándose con el mar. Familiaridad que despertó en ellos el deseo de penetrarlo más profundamente. Jacques-Yves Cousteau, a la sazón teniente de navío de la armada francesa, empezó a experimentar con diversos tipos de escafandras y artefactos respiratorios submarinos. Probó el aparato a circuito cerrado de oxígeno, que se autorregeneraba mediante un depósito de cal sodada que absorbía el anhídrido



Paul Bert (1833-1886)



La escafandra autónoma ideada por Louis Boutan



John Scott Haldane (1860-1936)

carbónico residual. Una de estas pruebas estuvo a punto de costarle la vida, y abandonó entonces los peligrosos equipos de oxígeno tipo *Davis* o los que usaban los hombres ranas italianos.

Nace la escafandra autónoma

Pero antes veamos cómo había nacido la vocación submarina de Cousteau. El mismo nos lo cuenta en su fascinante libro *El mundo del silencio:* «Aquel domingo por la mañana del año 1936 metí la cabeza en el agua y abrí los ojos. Hasta ese mismo instante, yo había sido un oficial artillero de la marina que recorría los mares sin preocuparse demasiado por lo que había dentro de ellos. Era un buen nadador, interesado únicamente en perfeccionar mi *crawl.* El mar no era para mí sino una mezcla salada que me quemaba los ojos, pero desde mi infancia, como a millares de otros nadadores, me gustaba zambullirme para coger a ciegas piedras u objetos brillantes. El modesto espectáculo de los fondos del Mourillon fue para mí una revelación: en un metro de agua cristalina, bellos peces plateados evolucionaban sobre pequeñas rocas cubiertas de musgo, que yacían en la arena grisácea. Al incorporarme, vi un tranvía, palos telegráficos, personas con sombrero...; después, volviendo a meter la cabeza en el agua, toda aquella civilización desaparecía y me volvía a hallar en una jungla prehistórica, sobre la cual volaban nadadores decapitados...»

Fue el deseo de permanecer más tiempo en aquella «jungla prehistórica» lo que llevó a Cousteau a inventar una sencillísima escafandra autónoma, en colaboración con el ingeniero Emile Gagnan. El aparato que ambos crearon aprovechaba dos inventos anteriores y los conjugaba: me estoy refiriendo al regulador o reductor de presión Rouquayrol-Denayrouse (1865) y la botella de aire comprimido del comandante Le Prieur, sencillísimo instrumento de inmersión, del que su autor había efectuado con éxito varias demostraciones a principios de los años treinta en la piscina del Trocadero en París. El aparato de Le Prieur, sin embargo, permitía sólo estancias muy breves bajo el agua, a causa del gran despilfarro de aire. Le Prieur, además, partía del equivocado principio de la marcha vertical. Cousteau, en cambio, aprovechó las aletas De Corlieu para convertir al buceador en un auténtico pez, que se movía de forma hidrodinámica en el seno del mundo líquido tridimensional.

El regulador Cousteau-Gagnan era más o menos el mismo de Rouquayrol y Denayrouse, pero el equipo en su conjunto presentaba importantes mejoras respecto al inventado por estos dos investigadores en 1865. En primer lugar, las botellas de acero, que el buceador llevaba a la espalda a modo de mochila, permitían almacenar aire a 150 atmósferas de presión

El regulador de la demanda es parte esencial de la actual escafandra autónoma. Gracias a él, el buceador goza de la gran ventaja de poder inspirar y espirar sin esfuerzo. En la fotografía se reproduce el primer prototipo del regulador Cousteau-Gagnan.



El regulador Cousteau-Gagnan.

(150 kf/cm^2), lo que confería una mayor autonomía al buceador. Por otra parte, éste no se hallaba unido por cables ni mangueras a la superficie: era, por primera vez, verdaderamente independiente. El aire comprimido, que, gracias al regulador, estaba siempre a la misma presión del agua ambiente (recuérdese que en el mar la presión aumenta en una atmósfera cada 10 metros de profundidad), llegaba a la boca del buceador gracias a un tubo traqueal terminado en una boquilla. El aire espirado salía por otro tubo traqueal y ascendía hacia la superficie en forma de burbujas. El empleo de aire atmosférico normal era mucho menos peligroso que el de oxígeno puro, que puede resultar mortal a partir de los 10 metros de profundidad. El aire comprimilo, en teoría, permitía alcanzar profundidades nucho mayores.

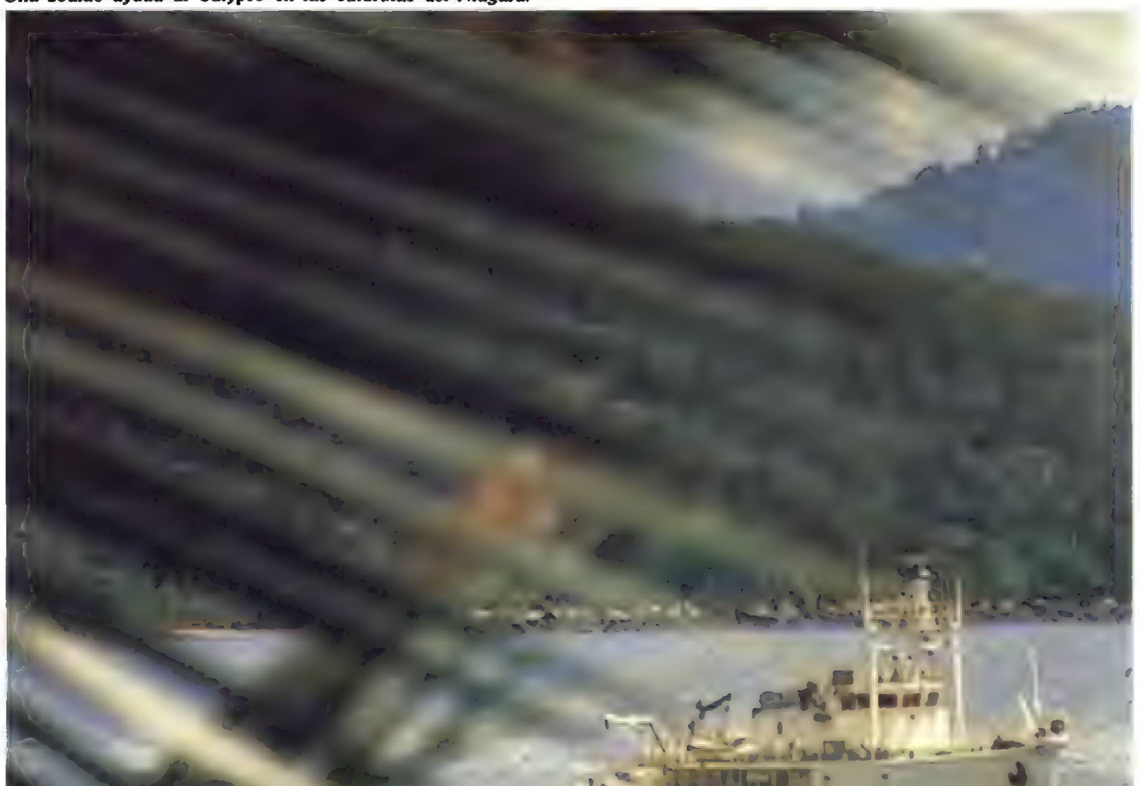


Una zodiac ayuda al Calypso en las cataratas del Niágara.

Luego, la propulsión se efectuaba *en posición iorizontal,* gracias a las aletas, y el equilibrio hilrostático se conseguía mediante un lastre de inos kilos de plomo que el buceador se colocaa a la cintura. La visión era perfecta debido a a máscara de goma provista de un gran vidrio ovalado que cubría los ojos y la nariz del bueador.

Cousteau probó el prototipo de su escafandra iutónoma en el año 1943, en plena ocupación ilemana de Francia. Todos los días se trasladaa con gran sigilo a una recóndita caleta de la osta provenzal, donde experimentó por prima vez las maravillosas sensaciones de ingravilez que proporciona la inmersión autónoma. Qué lejos estaba Cousteau, sin embargo, de saer que a pocos metros de distancia los alemaies ensayaban sus primeros equipos de hombre ana! Estos, a diferencia de él, empleaban escaandras de oxígeno, muy útiles en la guerra por u silencio y por no dejar escapar delatoras burujas de aire, debido a su circuito cerrado.

Pronto hubo más de una escafandra autónona, y el trío Cousteau-Dumas-Tailliez empezó a isitar los fondos próximos a Marsella, y los nunerosos pecios de embarcaciones antiguas y nodernas que jalonaban aquellos fondos. Sobre el pecio del *Dalton,* hundido junto a la isla Pla-



El Calypso *está dotado de un elevado número de sofisticados accesorios. Entre los más llamativos está el* platillo submarino, *un helicóptero, un globo sonda y dos minisumergibles. En esta ocasión, una zodiac tripulada por marineros del* Calypso *surca las turbulentas aguas de las cataratas del Niágara.*

El Calypso.

Gracias a la generosidad de un mecenas providencial, Cousteau pudo poseer la nave que le acompaña por los mares del globo. El Calypso *vio la luz en unos astilleros de la marina norteamericana; más tarde se convirtió en ferry transportador de vehículos, y en la actualidad es uno de los barcos para la investigación oceanográfica más completos del mundo.*

nier, se rodaron las inolvidables secuencias submarinas, en 16 milímetros y en blanco y negro, de *Epaves* (Pecios), gracias a una cámara tomavistas encerrada en una caja estanca por el ingenioso Dumas. Otra película de esta época fue *Par 18 mètres de fonds* (A 18 metros de profundidad). En ella se veía a los buceadores evolucionando como verdaderos peces, libres de la maldición de la gravedad, en medio de un paisaje de ensueño.

La frontera de lo posible

Después de los −18 y los −20 metros conquistados por Cousteau en la caleta próxima a Bandol en el verano de 1943, se realizaron inmersiones a mayor profundidad. Cousteau y sus colegas Dumas, Tailliez y Alinat querían descubrir el límite de penetración de la escafandra autónoma. Pero las barreras que habrían de encontrar no eran de orden físico, sino fisiológico. Se hallaban, en realidad, en el propio organismo del hombre, como había señalado ya en 1870 el fisiólogo francés Paul Bert al empezar a estudiar los efectos secundarios de la presión en el hombre.

Al respirar aire a presión, lo mismo que los buzos clásicos, empleados ya en el mundo desde 1836, gracias al invento del sajón Augustus Siebe, los escafandristas autónomos se hallaban expuestos a los mismos peligros que éste. Es decir, que al respirar aire a presión, su organismo no podía eliminar totalmente el exceso de nitrógeno absorbido, el cual podía desprenderse en forma de burbujas en la sangre, al ascender sin precauciones y sin efectuar *paradas de descom-*



La tripulación del Calypso ayuda a retirar la nieve tras una tormenta.



Los avances técnicos facilitan a los buceadores sus investigaciones.

Es evidente que J. Cousteau es uno de los pioneros de la investigación submarina, pero no es menos cierto que su gran popularidad le ha llegado gracias a las excelentes filmaciones submarinas que ha obtenido y que se televisan en buena parte del mundo. Para conseguir estas imágenes, el Calypso se ha aventurado en todos los mares del planeta, desafiando las condiciones meteorológicas más adversas y enfrentándose a numerosos riesgos. La tripulación no podrá olvidar fácilmente aquel violentísimo ciclón tropical que les sorprendió en el año 1955, ni el alud de bloques de hielo que cayó sobre su barco en la Antártida, en el año 1972.

presión. Otro efecto secundario era lo que los franceses llamaron ***ivresse des grandes profondeurs,*** **una especie de embriaguez debida probablemente también al nitrógeno.**

Durante las memorables inmersiones sobre el pecio del *Dalton,* un buque griego hundido veinticinco años antes, Cousteau y sus compañeros terminaron por descender hasta la popa del navío, que se encontraba a 40 metros de profundidad. Nada les sucedió; es más, observaron que a esa profundidad aún respiraban con mayor facilidad que cerca de la superficie.

En octubre de 1943, Dumas descendió hasta 63 metros, en una inmersión rodeada de gran lujo de precauciones. Dos años después, en el Báltico, el ingeniero sueco Arne Zetterström llegó a sumergirse hasta 160 metros con una escafandra especial concebida por él mismo y respirando una mezcla de oxígeno e hidrógeno. Sin embargo, Zetterström murió durante el ascenso, debido a una falsa maniobra de los que lo izaban, pues su escafandra no era autónoma. Posteriormente, en agosto de 1948, el inglés William Bollard consiguió descender hasta 163 metros, con escafandra clásica de casco.

Una de las muchas posibilidades que se abrieron a partir de la invención de la escafandra autónoma y de otros artefactos para descender a los fondos marinos, fue la de recuperar los restos de antiguos naufragios; actividad que se conoce con el nombre de «arqueología submarina». En el Mediterráneo y el mar del Caribe están los objetivos principales de los «buscadores de tesoros». Parece ser que esta actividad reporta saneados beneficios, ya que no son pocas las compañías dedicadas exclusivamente a tal menester, aunque no siempre de forma legal.



La arqueología submarina, uno de los campos de investigación.

En aquel mismo año de 1948, Frédéric Dumas descendió a 92 metros, empleando la escafandra autónoma Cousteau-Gagnan y bajando a lo largo de una sonda marcada. Durante mucho tiempo, éste fue el límite de penetración para la escafandra autónoma. Pero nueve años después, el 30 de septiembre de 1957, el buceador español Eduardo Admetlla conquistó los 100 metros en una inmersión realizada en la base de buzos y buceadores de Cartagena.

Entretanto, diversos buceadores trataban de mejorar las marcas de buceo en apnea o a «pulmón libre». Tras una emocionante y reñida pugna entre el italiano Enzo Maiorca y el francés Jacques Mayol, este último fijó el límite en 100 metros, récord que aún no ha sido superado.

Nace la arqueología submarina

«El fondo del Mediterráneo es el museo de antigüedades más rico del mundo», escribió Salomon Reinach, tratadista francés de arte de principios de siglo.

Cuando Reinach escribió esta frase eran aún muy pocas las recuperaciones de restos antiguos que se habían efectuado. En el año 1900, con el siglo recién estrenado, unos buzos griegos, pescadores de esponjas, encontraron por casualidad un pecio griego, cargado de obras de arte, en aguas de la isla de Anticiterea. Se realizaron una serie de campañas que, entre otras obras maestras, permitieron recuperar el llamado *Zeus del cabo Artemisión,* una estatua de bronce de factura muy parecida a la de los tres personajes rescatados recientemente en Riace (Calabria), maravillosas muestras del arte helénico de la mejor época (siglo V a.C.).

En las prospecciones sobre la galera romana hundida frente a Mahdia, en la costa tunecina, realizadas entre 1907 y 1913, se utilizaron también buzos de casco clásicos. Este pecio pertenecía, al parecer, a un barco en el que el dictador romano Lucio Cornelio Sila había cargado un rico botín de obras de arte griegas... que habían de permanecer dos mil años durmiendo en el fondo del Mediterráneo. En 1948, el equipo del comandante Cousteau consiguió localizar de nuevo la «galera» de Mahdia, y por primera vez se empleó la escafandra autónoma en un trabajo de arqueología submarina.

En realidad, la primera recuperación de restos antiguos —ánforas en este caso— se realizó en aguas españolas, el 21 y 22 de agosto de 1894, en la cala de la Cativa, Port de la Selva, en el cabo de Creus. Estos trabajos, dirigidos por los señores Alfaras y Marés, de la sociedad Arqueológica de Barcelona, se efectuaron con ayuda de



Izando el platillo submarino.

1958
El mundo del silencio

Al fin se realizó el sueño de que el hombre pudiera desenvolverse bajo el agua como los peces; pero ¿cómo descendería por debajo de los 100 metros, allá donde la presión hace la vida imposible a cualquier organismo no especializado? A lo largo del presente siglo, los ingenieros idearon diversos artefactos que sumergieron con mayor o menor éxito. Pero fue el batiscafo Trieste, construido por el suizo Auguste Piccard y tripulado por su hijo Jacques —que iba en el interior de una campana suspendida en un líquido incompresible—, el que descendió hasta la fosa de las Marianas (11.022 metros) en el año 1960. El equipo de Cousteau dispone de un platillo submarino que ha superado con éxito los —100 metros en más de mil ocasiones.

buzos griegos coraleros, uno de los cuales había localizado un campo de ánforas. Esta prioridad fue debidamente reconocida en el II Congreso Internacional de Arqueología Submarina, celebrado en Albenga en 1958.

Cousteau había de emplear con grandes resultados la escafandra autónoma, aliada con la televisión submarina, sobre el pecio grecorromano del Grand Congloué, cerca de Marsella, del que se extrajeron más de 3.000 ánforas y centenares de piezas de cerámica campaniana. Fueron los primeros trabajos de arqueología submarina realizados a gran escala.

Posteriormente, y gracias al empleo generalizado de la escafandra autónoma, se han sucedido los descubrimientos de naves antiguas hundidas, especialmente en el Mediterráneo y en el Caribe, donde se han localizado numerosos galeones españoles de la legendaria «flota de la plata». Pero esta proliferación de buceadores deportivos ha acarreado un grave riesgo: el del pillaje indiscriminado de estos restos y el de un lucrativo comercio clandestino de los mismos. Diversos países han dictado rígidas leyes para proteger sus tesoros sumergidos, pero, pese a ello, los «piratas submarinos» siguen campando por sus respetos.

La última investigación de Cousteau

Una de las características que diferencian a Jacques Cousteau de otros divulgadores (como



El comandante Cousteau muestra dos estatuillas recuperadas en el mar Egeo.

Crías de foca en la península del Labrador.

Se calcula que cada año cazadores británicos, daneses, franceses, alemanes y canadienses dan muerte a palos a alrededor de 200.000 crías de focas recién nacidas. El pecado cometido por estos inofensivos animalitos es poseer una suave y sedosa piel que ha alcanzado cotas astronómicas en los mercados internacionales. Uno de los métodos al que recurren los ecologistas para evitar estas masacres es pintar de color la piel de las focas con el fin de que no se valore en el comercio. También Cousteau, que anteriormente se había pronunciado en contra del vertido de desechos radiactivos, ha apoyado públicamente las reivindicaciones de los amantes de la naturaleza.



El comandante Cousteau.

el malogrado Félix Rodríguez de la Fuente) es la de que el comandante también desempeña una importantísima labor de investigación científica. El hecho de que los más sofisticados aparatos para la exploración submarina se hayan inventado recientemente le ha dado pie para penetrar en un mundo hasta ahora vetado para el hombre. Por otra parte, Cousteau está apoyado por la fundación que lleva su nombre, la cual le facilita los medios económicos y el material necesario para sus expediciones.

A bordo del *Calypso* ha recorrido la mayor parte de los mares del mundo, realizando muy diversas actividades, sin que la edad —setenta y dos años— ni la inesperada pérdida de su hijo y colaborador Philippe, muerto en accidente de aviación en 1980, le hayan arredrado.

En junio de 1982 inició una empresa verdaderamente ciclópea: el reconocimiento de una de las principales arterias del mar —el río Amazonas—, que por primera vez será investigado de forma global. Se trata de un magno proyecto financiado con cinco millones de dólares, que provienen de la fundación Cousteau, de la revista *National Geografic* y de un particular, Ted Turner.

Durante los cuatro primeros meses se han realizado desde el *Calypso* estudios sobre salini-

dad, porcentaje de oxígeno, materia en descomposición y otras propiedades del agua del río. A diario entran en las computadoras datos sobre cientos de muestras de agua recogida. Debido a la alta turbidez, las observaciones y filmaciones bajo la superficie se han visto casi imposibilitadas. Este inconveniente se ha resuelto gracias al magnífico equipo accesorio con que se ha dotado al *Calypso* para esta expedición. Los aparatos de sonar sustituyen a las cámaras en este caso. Uno de los resultados que más han sorprendido hasta ahora son las «conversaciones» que mantienen los peces en su medio natural. Según el propio Cousteau, «cuando disponemos los hidrófonos en el fondo del río se escucha una algarabía tal, que recuerda los amaneceres de la selva virgen».

Por otra parte, Jean-Michel Cousteau, otro hijo del comandante, dirige un equipo que realiza investigaciones ecológicas en la selva, a la vez que analiza la interrelación entre los nativos y su medio ambiente.

Como todo el mundo sabe, la cuenca amazónica es todavía la mayor superficie de selvas vírgenes que existe en el mundo. Se trata de un ecosistema, seleccionado a través de muchísimos milenios, que es extremadamente frágil ante cualquier factor no previsto a lo largo de la historia. La irracional explotación humana, que es el principal de estos factores, puede acarrear gravísimas consecuencias. La desaparición de estos bosques daría lugar a un cambio imprevisible del clima mundial. Por otra parte, las aguas erosionarían el terreno y, con ayuda del sol, se formaría una dura costra que dificultaría enormemente el nacimiento de nueva vegetación.

Los científicos han demostrado que la creencia general de que las selvas amazónicas son el pulmón del globo es un pensamiento que carece de todo fundamento. Efectivamente, ningún bosque de este tipo suministra oxígeno, por la sencilla razón de que, además de gran cantidad de árboles, existe una diversidad y abundancia impresionantes de organismos animales y bacterias que convierten, al respirar, el oxígeno de la función clorofílica de las plantas en anhídrido carbónico otra vez. La organización de estos ecosistemas es tan completa que no existe desequilibrio entre las proporciones de oxígeno y anhídrido carbónico.

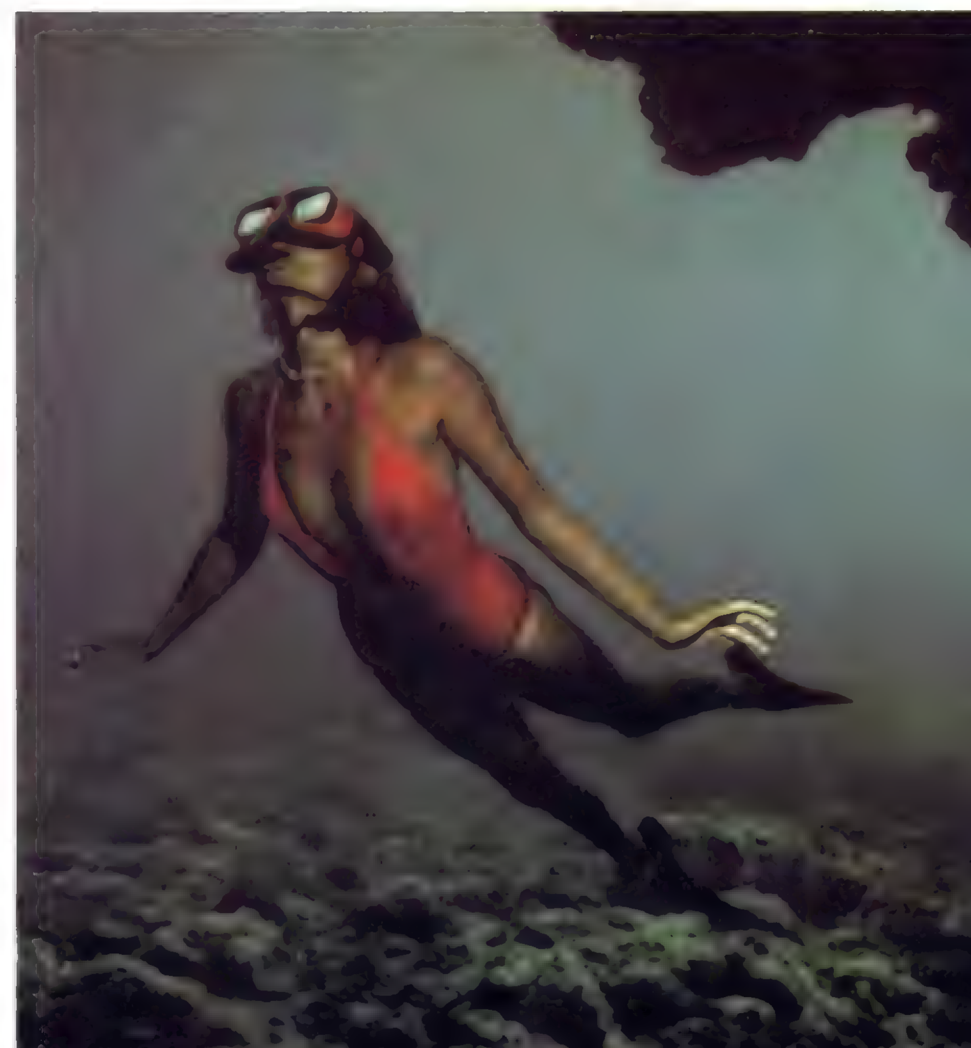
Respecto a las masivas talas incontroladas que se realizan en la selva amazónica, Cousteau se ha mostrado excesivamente diplomático, aunque realista, en sus opiniones. En esencia, las palabras del comandante han venido a decir que debería existir un equilibrio entre los conservacionistas y los gobiernos de los países donde se están realizando talas. Y, con toda razón, afirma que es muy fácil decir: «¡No corten árboles!...», sentado cómodamente en la terraza de una cafetería europea, sin pensar en los miles de personas que necesitan de esta actividad para intentar salir de la más absoluta de las miserias.

¿Hacia dónde vamos?

Al comienzo del presente artículo dimos una somera idea de hasta qué punto el océano supone una fuente de energía para la humanidad. Pero ¿se imaginan si hubiéramos podido decir a nuestros congéneres de unos siglos atrás, o de hace tan sólo cuarenta años, que la vida de los océanos se extinguiría debido al impacto de la actividad humana? Sin duda se hubieran sonreído respondiendo que la riqueza de los mares es infinita y que ni aun malgastándola podría afectar a su integridad.

Cierto es que todavía en los océanos poseemos una fuente mineral y proteínica que, bien administrada, puede durar largo tiempo. Pero tampoco es mentira que la pesca abusiva o con artes prohibidas y, sobre todo, la contaminación han puesto al planeta líquido en una situación tan crítica que, en palabras del propio Cousteau, «de seguir a este ritmo, dentro de medio siglo, la vida marina habrá disminuido hasta el punto de que los barcos de pesca dejarán de salir a sus caladeros».

Hace cuatro mil seiscientos millones de años se formó nuestro planeta, probablemente por una agrupación de partículas de polvo cósmico. El agua de los océanos contribuyó a que la materia mineral se descompusiera formando moléculas cada vez más complejas. Aproximadamente mil millones de años después se producía en el mar la primera chispa de vida: la célula. Con el tiempo, las células fueron agrupándose y especializándose, originando los primeros invertebrados y plantas, de los que evolucionarían organismos desarrollados que conquistaron la tierra firme. El hombre es el último eslabón de este proceso, y por ello se dice que el mar es cuna de vida.





Equipo de buceadores del Calypso en el Amazonas.

A la edad de cuarenta años, J. Cousteau abandonó lo que llevaba camino de ser una brillante carrera militar en la marina francesa. Las campañas oceanográficas que desde entonces ha llevado a cabo a bordo del Calypso han sido de lo más variopinto: la filmación y estudio de los organismos marinos y la arqueología subacuática ocupan un puesto preponderante; pero también, entre otros estudios, ha realizado cartografías de los fondos marinos con ayuda de satélites artificiales pertenecientes a la NASA, y ha trabajado midiendo la contaminación del mar en el delta del Mississippi. El Amazonas y los grandes ríos que alimentan el océano constituyen su objetivo más reciente.



La técnica ayuda a Cousteau y a su tripulación.

El océano es el receptor último de los productos finales del metabolismo del continente. Los residuos, muchas veces tóxicos, de las fábricas, las cloacas de las grandes ciudades y, en fin, todos los desechos procedentes de la actividad humana van a parar indefectiblemente al sufrido mar. A esto hay que añadir la contaminación debida al lavado de los barcos y a las catástrofes de los petroleros. Resultado: actualmente existe una rivalidad entre el Mediterráneo y el Báltico para ver cuál de los dos mares es el más contaminado del globo. Más del 40 por 100 de las algas del Mediterráneo han perdido parte de sus propiedades y las especies de pesca van reduciendo su tamaño, por lo que dentro de poco tiempo dejarán de ser comercializables. Muchos animales marinos contienen en sus tejidos proporciones verdaderamente alarmantes de elementos o compuestos químicos residuales de la industria. Uno de ellos es el mercurio, que no se advierte al consumir un animal contaminado, pero que, como se ha comprobado en Japón, es causante de la enfermedad de Minamata.

Podríamos consolarnos pensando que los organismos que viven en regiones apenas habitadas por el hombre, como el Artico o el Antártico, están libres de contaminación, pero análisis realizados recientemente han demostrado lo contrario. Según un científico chileno, los pingüinos de la Tierra del Fuego, e incluso el pingüino emperador de la Antártida, tienen almacenada en sus grasas una considerable proporción de DDT. Pero ¿cómo ha llegado hasta ellos? La explicación más coherente se basa en la propiedad que tienen el DDT y otros hidrocarburos halogenados de ser sumamente volátiles, de manera que son arrastrados por los vientos hasta los rincones más recónditos del globo, donde se depositan por las precipitaciones. Consecuencia de la acumulación de este pesticida es que las aves ponen huevos con un cascarón sumamente frágil y no aguantan el peso del progenitor que los incuba.

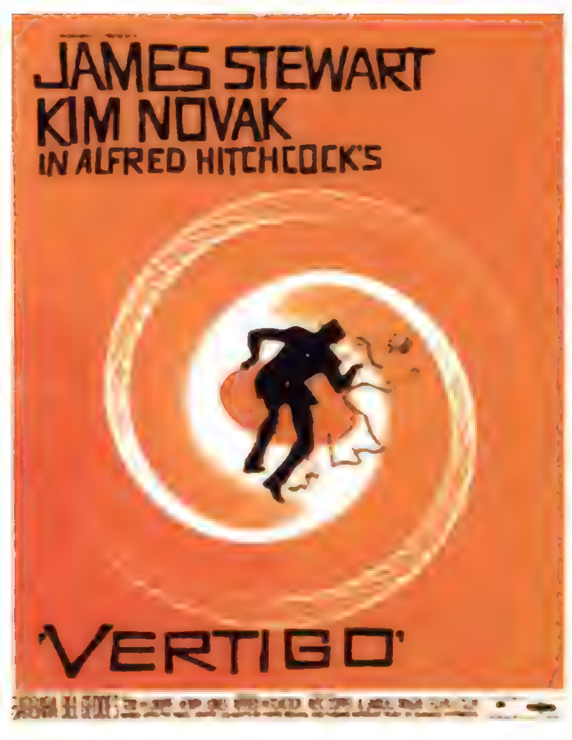
Por fortuna, muchos países van tomando conciencia de que las reservas del mar no son inagotables. A este respecto, el ejemplo más reciente nos lo ha proporcionado España, donde su voto en la Comisión Ballenera Internacional era decisivo para que se impusiera o no la moratoria a la caza de cetáceos. A pesar de los intereses de algunas industrias, los representantes de la Administración española vetaron la captura de estos animales, con lo que dieron una imagen responsable ante el mundo.

Aunque podríamos citar más tristes ejemplos sobre la situación actual de los océanos, reconozco, efectivamente, que la opinión del que esto escribe es quizá demasiado pesimista. Pero también el propio Cousteau hace una somera visión, en el epílogo de una de sus enciclopedias, de lo que sería el planeta si murieran los mares. Evidentemente, el trabajo de este y otros investigadores está resultando fundamental a la hora de concienciar al mundo para que los océanos puedan resurgir de esta penumbra en que se hallan, antesala de la más negra oscuridad.

A. R y J. D.

Evidentemente, quien bautizó a nuestro planeta no tuvo en cuenta que sus siete décimas partes estaban ocupadas por el mar. Sabemos, además, que su profundidad media es de 4.000 metros y que los peces habitan todos los niveles, con lo cual se podría concluir que se trata de una despensa difícil de agotar. Por eso es una triste paradoja el hecho de que el hombre, origen de toda contaminación, haya puesto en grave peligro su propio sustento.







Alfred Hitchcock: Vértigo.

Política internacional

Egipto y Siria se unen para forman la República Arabe Unida (RAU).
Nikita Jruschov sucede a Bulganin como hombre fuerte de la Unión Soviética y acapara la dirección del partido y del Estado.
Arturo Frondizi es elegido presidente de Argentina.
Las colonias británicas en el Caribe consiguen la autonomía creando la Federación de las Antillas.
Robert Schuman es elegido presidente de la Asamblea Parlamentaria Europea, formada por las tres comunidades: Mercado Común, Euratom y Montamunion.
Charles de Gaulle es elegido presidente de la V República francesa.
Golpe de Estado en Irak. Son asesinados el rey Feisal, II, el príncipe heredero Abdulillah y el presidente Nuri es Said. Se proclama la república.
Adolfo López Mateos, nuevo presidente de México.
El discurso pronunciado por Jruschov en el Palacio de Deportes de Moscú abre paso a la segunda crisis de Berlín.
Sékou Touré pide en Conakry la independencia de Guinea.
Jruschov advierte al presidente norteamericano que cualquier ataque a China comunista será considerado como un ataque a la Unión Soviética.
Rómulo Betancourt es elegido presidente de Venezuela.
Mao Tse-tung renuncia a la presidencia de la república china.
La Asamblea General de la ONU reconoce a Argelia el derecho a la independencia.
Ayub Khan es nombrado primer ministro de Pakistán.

Sociedad

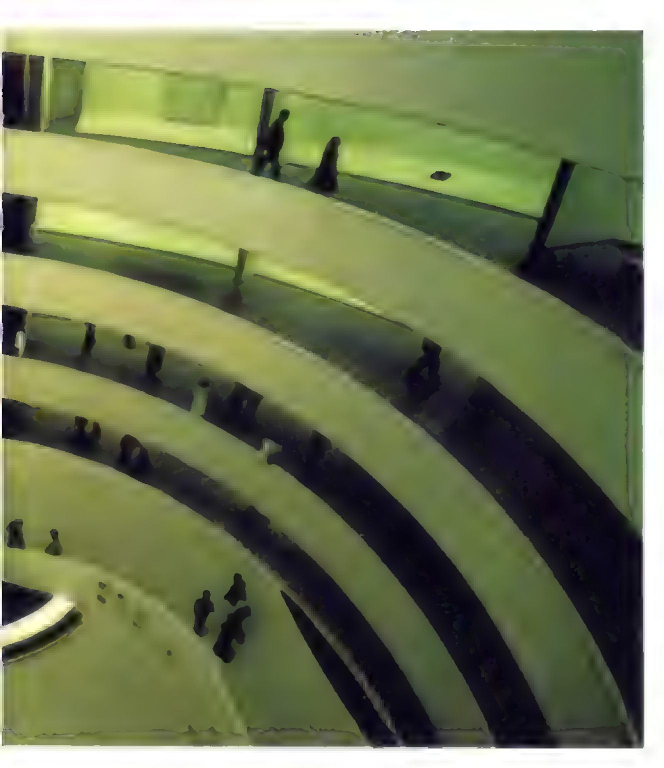
La ONU condena la política racista de la Unión Sudafricana.
Muere Pío XII y es sucedido por el cardenal Roncalli, con el nombre de Juan XXIII.
Se crea la ETA, organización nacionalista vasca radical que evolucionará hacia el terrorismo.
Anuncio del divorcio entre el sha del Irán y la emperatriz Soraya.

Economía

Islandia amplía sus aguas territoriales a 12 millas, impidiendo la pesca de altura a otros países.
España es admitida en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial.
Suprimido el racionamiento en la República Democrática Alemana.
Francia devalúa su moneda en un 14,95 por 100.
Inauguración de la Exposición Internacional de Bruselas.
Nasser consigue un préstamo de la Unión Soviética para la construcción de la presa de Asuán.
Reforma económica y monetaria en Argentina.
John Kenneth Galbraith publica La sociedad opulenta.

Ciencia y tecnología

El submarino atómico americano Nautilus *pasa del Atlántico al Pacífico bajo el casquete helado del polo Norte.*
Los discos estereofónicos irrumpen en el mercado norteamericano.
Se experimenta en Nevada sobre los efectos de las explosiones atómicas subterráneas.
Lanzamiento del Explorer, *primer satélite artificial norteamericano.*
Frederick Sanger recibe el premio Nobel de Química por sus estudios sobre la insulina.
Gran Bretaña realiza el primer vuelo comercial a reacción entre Londres y Nueva York.



: **Museo Guggenheim** ***(Nueva York).***



El sha y Soraya.



Sucesos

Dos aviones de la RAU intentan interceptar el avión de Hussein de Jordania.
Gran incendio en un rascacielos de Nueva York: 24 muertos y 15 heridos.
Proceso de Anna Anderson, que dice ser Anastasia, la hija del zar Nicolás II.
Cheryl, hija de Lana Turner, mata con un cuchillo al gángster Stompanato, amante de su madre.

Deportes

La selección brasileña de fútbol gana los campeonatos del mundo celebrados en Suecia. Su gran estrella es el joven de dieciocho años Pelé.
Donald Campbell supera su récord mundial de velocidad sobre el agua al alcanzar los 400,180 kilómetros por hora.
Se estrella en Munich el avión donde viajaban los jugadores del Manchester United.
El nadador australiano de quince años Jon Konrads pulveriza el récord del mundo de los 400 metros libre con 4 minutos 20 segundos.

Literatura

Boris Pasternak rechaza el premio Nobel de Literatura por presiones del gobierno soviético.
François Mauriac: Bloc de notas.
Graham Greene: Nuestro hombre en La Habana.
Carlos Fuentes: La región más transparente.
Mueren Juan Ramón Jiménez y Víctor de la Serna.

Cine

Alfred Hitchcock: Vértigo.
Luis Buñuel: Nazarín.
Edward Dmytryk: El baile de los malditos.
Jacques Tati: Mi tío.
Ingmar Bergman: Fresas salvajes.
Orson Welles: Sed de mal.
Louis Malle: Los amantes.
Mueren Tyrone Power y Mike Todd.
Oscars de Hollywood a David Niven por Mesas separadas *y a Susan Hayward por* ¡Quiero vivir!

Teatro

Thomas S. Eliot: The elder statesman.

Música

Edgar Varèse: Poema electrónico.
Samuel Barber: Vanessa.
Benjamin Britten: Noye's fludde.
Muere Ataúlfo Argenta.

Pintura y escultura

Alexander Calder: El perro.
Roberto Matta colabora en la decoración del palacio de la UNESCO, París.
Antonio Tapies obtiene el premio Carnagie.
Los nenúfares, *de Claude Monet, son destruidos por un incendio en el Museo de Arte Moderno.*
Diego Rivera y otros dan a conocer la obra del artista popular mexicano Posada en Vida y obra del grabador José Guadalupe Posada.

Arquitectura

Frank Lloyd Wright: Museo Guggenheim, *Nueva York.*
Oscar Niemeyer: Palacio presidencial, *Brasilia.*



La revolución cabalga de nuevo. (Foto de Bob Enriques. Magnum.)



Fidel Castro.



1959

LA REVOLUCION CUBANA

EN 1959, un grupo de guerrilleros establecidos en Sierra Maestra, Cuba, derrocó al régimen de Fulgencio Batista. La noticia dio la vuelta al mundo, que contempló asombrado las imágenes de unos jóvenes barbudos, uniformados de verde olivo, más parecidos a los alegres compañeros de Robin Hood que a lo que se entendía como un revolucionario moderno. Al frente de ellos, el abogado Fidel Castro y su inseparable puro. Las primeras informaciones calificaban la rebelión como un levantamiento nacionalista y democrático; muy pronto, sin embargo, Castro y sus partidarios evolucionaron hacia posiciones abiertamente izquierdistas, y ya en los primeros años de la década de los sesenta casi nadie dudaba de que la URSS acababa de ganarse un aliado a menos de 100 kilómetros de la costa estadounidense. ¿Cómo calificar hoy a Cuba? ¿Es sólo la versión caribeña de las democracias populares satelizadas por Moscú? ¿O es quizá, como ciertos intelectuales europeos creyeron durante algún tiempo, un proyecto nuevo de revolución? A estos interrogantes intenta responder Hugh Thomas, autor de una monumental Historia de Cuba *y conocido especialista en temas de política latinoamericana.*



Castro, detenido en 1953 tras el ataque al cuartel de La Moncada.

El 26 de julio de 1953, bajo el régimen del general Fulgencio Batista, y después del ataque al cuartel de La Moncada, es detenido Fidel Castro, joven abogado a quien el dictador cubano no concede demasiada importancia. La fotografía recoge el momento de su interrogatorio. Fidel Castro fue condenado a quince años de cárcel, de los que solamente cumplió uno al ser libertado en virtud de una amnistía. Al salir de la prisión, el líder revolucionario constituyó el Movimiento del 26 de Julio, que continuó la lucha contra la dictadura de Batista. Castro contaría con el apoyo del campesinado y un sector de los intelectuales. Incluso en Estados Unidos se veía con buenos ojos su esfuerzo por establecer en la isla un régimen democrático y alejar del poder al hombre fuerte, amo y déspota de Cuba, al sargento Batista.

Codiciada Cuba

La revolución cubana de 1959 fue un acontecimiento recibido con sorpresa por parte de la opinión pública internacional, incluidos los Estados Unidos. Más sorprendente aún habría de resultar el cambio de dirección emprendido por el gobierno revolucionario una vez que Fidel Castro hubo tomado las riendas del poder. A lo largo del año 1959, Castro pasó paulatinamente de ser un hombre crítico frente a los comunistas (que habían desempeñado un modesto papel en su «lucha armada» contra Batista) a convertirse en un líder que no toleraba discrepancia alguna sobre el comunismo.

En febrero del año 1960, un dirigente ruso, Anastas Mikoyan, visitó Cuba y cerró allí un trato comercial. Durante el mencionado año, Fidel Castro mantuvo una serie de contenciosos con los Estados Unidos, sobradamente aireados por la prensa, y la mayoría de las empresas privadas de Cuba pasó a manos del gobierno. Se confiscaron todas las propiedades norteamericanas, precisamente en unos momentos en que los Estados Unidos habían invertido en Cuba mucho más que en cualquier otro país latinoamericano. El gobierno cubano emprendió un ataque furibundo contra los Estados Unidos, discurso tras discurso, mientras éstos daban asilo político, en contrapartida, a los exiliados que habían huido de Cuba en el transcurso de los veinticuatro meses anteriores; éxodo que llegó a alcanzar tal vez la cifra de 500.000 personas. Los norteamericanos también ofrecieron ayuda militar a algunos exiliados, mientras que la Unión Soviética, a su vez, empezaba a prestar apoyo militar al gobierno cubano.

En el año 1961 se retiró de Cuba la embajada norteamericana. En el mes de abril, tras haber sufrido un infructuoso intento de golpe llevado a cabo por los exiliados para derrocar a Fidel Castro —intento este que recibió un apoyo no demasiado entusiasta por parte de los americanos—, el gobierno cubano se autoproclamó Estado «socialista». Para que no cupiese ambigüedad alguna en torno a dicha palabra, Castro anunció en diciembre de 1961 que él había sido marxista-leninista toda su vida.

Exportar la revolución

La Unión Soviética esperaba sin duda obtener algún tipo de provecho de la evidente necesidad de proteger a su nuevo acólito caribeño, tanto en el aspecto económico como en el militar, y proyectó la instalación de misiles nucleares en Cuba en 1962. Fue obligada a desistir de su propósito tras las amenazas de los Estados Unidos, pero desde entonces Cuba no ha dejado


Grupo de cubanos arrestado por conspirar contra el presidente Batista.

nunca ya de ser un satélite más o menos servil de la Unión Soviética, y especialmente a partir de 1968.

Todas las iniciativas de la URSS en política exterior, desde la intervención en Checoslovaquia hasta la invasión de Afganistán, han sido claramente respaldadas por Cuba; y sus fuerzas armadas, hoy notablemente engrosadas y bien entrenadas gracias a los rusos, parece que han sido puestas a disposición soviética, en Africa y tal vez en otros lugares, como parte de la vasta campaña de concentración de armamento llevada a cabo por los soviéticos durante los años setenta. La sociedad cubana ha sufrido una transformación en el terreno de lo cotidiano con arreglo a cánones comunistas, aun cuando el carácter de la economía no sea muy distinto del que existía antes de 1959. El azúcar figura en un lugar muy levemente superior al que ocupó en el pasado en el capítulo de las exportaciones de Cuba.

Un terreno abonado

Todos estos acontecimientos fueron tan inesperados que, lógicamente, han ido dando lugar a muy diversas interpretaciones. Tal vez sea algo pronto para desentrañar la mitología que envuelve a los hechos. La historia de Cuba y la del

¿Cuál era el origen de este movimiento? Cuando Cuba se libera de España en 1898, cae en el dominio de Estados Unidos. Los sólo 144 kilómetros que separan la isla de la costa norteamericana indican la importancia estratégica de Cuba para la política estadounidense. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial presidía la república el liberal Mario García Menocal, que fue sustituido en 1921 por Alfredo Mayas. En las elecciones de 1924 triunfa la coalición liberal de Gerardo Machado, que se mantiene en el poder hasta 1933, en que es derribado por un movimiento liberal dirigido por un sargento: Fulgencio Batista. Se suceden ocho presidentes en seis años, hasta que el propio Batista llega a la presidencia en 1940. La isla se había convertido en Estado independiente en 1934 con la derogación de la enmienda Platt a la Constitución de Estados Unidos.

Un grupo de 22 cubanos es arrestado por conspirar contra el presidente Fulgencio Batista. En la foto, transmitida desde México por AP (26 de junio de 1956), se indica con una flecha a Fidel Castro. El segundo por la izquierda (sentado) es Ernesto Che Guevara Serna, joven revolucionario nacido en Rosario (Argentina) en 1928.



Portada del Time. Fulgencio Batista.



Portada del Paris-Match.

El 1 de enero de 1959, el dictador cubano abandona el poder y escapa a la República Dominicana. La revolución ha triunfado y llega a La Habana. Fidel se encuentra en la ciudad sureña de Santiago con su ejército, de 8.500 hombres y mujeres, que le ha seguido desde diciembre de 1956. El grupo se llamaba Movimiento del 26 de Julio, fecha que señalaba el primer día de lucha contra el régimen de Batista, que desde 1933 gobernaba a los siete millones de la isla caribeña.



La revolución llega a La Habana. (Foto Burt Glinn. Magnum.)

Caribe se han visto con frecuencia difuminadas por el uso de un tono de sugestión con matices irreales. Las interpretaciones incluyen una versión extremista de la «Teoría de la historia basada en el Gran Hombre», que atribuye a Castro toda la responsabilidad y le convierte, a los ojos de gran parte de la demoniología norteamericana, en un agente comunista que ya dio sus primeros pasos en el colegio. Otra de las explicaciones es la que sostienen los escritores socialistas, y que sugiere que Cuba estaba ya «madura» para la revolución marxista.

La verdad parece no estar muy lejos de esta última explicación. A pesar, o precisamente por causa de la ayuda norteamericana a los nacionalistas cubanos en su victoriosa guerra de la Independencia contra España, acontecida en la década de 1890, el nacionalismo cubano de este siglo ha ido tomando deliberadamente un cariz antiamericano. Y ello fue consecuencia de

El nuevo presidente, Manuel Urrutia, nombra el 16 de febrero jefe del gobierno a Fidel Castro, quien en abril viaja a Estados Unidos y se declara no comunista. Al mes siguiente se decreta una reforma agraria que expropia los grandes latifundios. Las tierras se reparten entre núcleos familiares (59 por 100), cooperativas (12 por 100) y haciendas nacionalizadas (29 por 100). En julio, Fidel destituye a Urrutia, y la presidencia de la república es ocupada por Osvaldo Dorticós. Fidel Castro había ganado una batalla que comenzó en 1952, cuando a los veinticinco años demanda a Batista ante el Tribunal de Garantías Constitucionales de La Habana y le acusa de ocupar ilegalmente los cargos de «presidente, primer ministro, senador, general de división y jefe del poder civil y militar». Los jueces se negaron, y Fidel comenzó a imaginar una revolución que le llevaría con el Che a las montañas de Sierra Maestra.

que la influencia política y cultural de los Estados Unidos convirtió el país nominalmente independiente en que se había transformado Cuba en los años veinte en casi un protectorado norteamericano. El hecho de que la influencia estadounidense sirviese de ayuda para hacer de Cuba el país latinoamericano más rico después de Argentina resultaba del todo irrelevante para aquellos que consideraban tal influencia como una abierta restricción de la independencia de Cuba.

La depresión de los años treinta supuso para Cuba, gran productor de azúcar en el mercado mundial, un golpe bastante más duro del que sufrieron otros países mucho más empobrecidos por su misma naturaleza. La recuperación fue lenta. Aunque en los años cuarenta Cuba desarrolló un sistema político que empezó a garantizar las libertades y una continuidad dentro de la ley, los líderes políticos sucumbieron a esas debilidades de carácter que con tanta frecuencia han atacado siempre a los países ricos en período de desarrollo. La corrupción y hasta el gangsterismo político comenzaron a proliferar sin freno. El producto básico de Cuba, el azúcar, empezó a encarecerse en comparación con el producido por sus rivales, y un sindicato que había surgido con la depresión fue demorando e incluso impidiendo la modernización de la maquinaria. La consecuencia de todo ello fue la Cuba de los años cincuenta, que había llegado a ser una nación estancada que producía la misma cantidad de azúcar que en los años veinte, aunque se había doblado su población.

Batista

La gente buscó tanto culpables como salvadores. Los Estados Unidos, el inmensamente poderoso y negligente padrino, era sin lugar a dudas el mejor candidato dentro de la primera categoría. En cuanto al puesto de salvador, puede decirse que fue anhelado por innumerables candidatos. El suicidio del histérico orador Chibas acabó con uno de ellos para siempre. El ex dictador retirado y presidente ex constitucional Batista se ofreció para ocupar la vacante. Cuando en 1952 parecía que sus oportunidades electorales eran escasas, se dejó convencer para participar en un golpe de Estado que fue para la mayoría de los cubanos la consagración de un acto frustrado más que la acción de liderazgo que Batista, bastante negligentemente, pretendía que fuese.

Para entender las causas de la revolución castrista de 1959 es esencial tener en cuenta el golpe de Batista en 1952. No olvidemos que tuvo lugar en un país en el que una extensa clase media profesional y de elevada mentalidad clamaba por un cambio político que acabase con el fraude electoral, con la corrupción y con el desequilibrio producido por la confianza en el azúcar como cosecha básica para la exportación; que pretendía, asimismo, poner fin al patronazgo, tanto cultural como político, de los Estados Unidos y acabar con el esporádico gangsterismo que recibía el beneplácito de la policía.

Aquella generación creyó, pues, que la nación tenía que salvarse y que podía salvarse. Ocurrió

Pocos acontecimientos políticos del siglo XX como la revolución cubana han tenido tantos incondicionales en los primeros momentos y tantos interrogantes en los años posteriores. Y el hombre clave era Fidel Castro, nacido el 13 de agosto de 1926 en la provincia de Oriente. Su padre era un español que había emigrado a Cuba y que poseía una plantación de azúcar. Fidel estudió en el colegio de Belén, de La Habana, dirigido por la Compañía de Jesús.
En 1945 se matriculó en la facultad de Derecho; según frase suya, «nunca iba a clase ni abrió un libro». Sin embargo, fue un alumno y posteriormente un licenciado en Derecho, brillante y con visión certera de los problemas de su país.



Enero 1959, «comienzan los discursos». (Foto de B. Enriques. Magnum.)

Andrés López (de la agencia UPI) obtuvo el premio Pulitzer en 1960 con esta fotografía (inferior izquierda), tomada el 17 de enero de 1959. José Rodríguez, perteneciente al derrotado ejército de Batista, se arrodilla ante un sacerdote en el castillo de San Severino (Matanzas), poco después de ser condenado a muerte. Fue ejecutado al día siguiente. En la foto superior derecha, José Rodríguez habla a un guerrillero, quizá pidiendo clemencia.

En la página siguiente, momento en que son detenidos varios agentes de la policía secreta de Batista. Serían fusilados pocos días después.



Camilo Cienfuegos.



José Rodríguez, sentenciado a muerte

Premio Pulitzer de fotografía de 1960 por la serie Ejecución en Cuba.

todo lo contrario: el fracaso fue estrepitoso. Fidel Castro se había presentado como candidato a parlamentario en el año 1952, tras una trayectoria estudiantil bastante turbulenta, teñida de violencia universitaria. Mientras que otros parlamentarios frustrados como él se dedicaron a quejarse de Batista en secreto, se exiliaron o prosiguieron discretamente sus vidas legales o universitarias sin tomar parte en protestas constantes, Fidel Castro empezó a acariciar la idea de la lucha armada. Algunos jóvenes de veinte años que compartían sus ideales revolucionarios se unieron a él.

Y en esto llegó Fidel

La narración que se ha hecho de la lucha armada de Castro, que dio comienzo con el asalto a los cuarteles de La Moncada, prosiguió con el viaje en el *Granma* de los 82 y terminó con la implantación de una zona revolucionaria libre en Sierra Maestra, es un relato merecidamente famoso. El triunfo fue contundente. Sin embargo, no conviene olvidar ciertos detalles. También hubo lucha armada en las ciudades. La mayoría de los que participaron en ella murieron, pero lograron inmovilizar a la policía nacional y al ejército con admirable eficacia. Hay que añadir, además, que gran parte del éxito de Fidel Castro se debió a la propaganda, tanto a la norteamericana como a la cubana; en ambos lugares, Castro se presentó a sí mismo, con gran acierto, como un nacionalista romántico (*no* comunista), líder de las guerrillas heroicas. Por último, queda decir que el conflicto acabó demostrando la superficialidad de las fuerzas que apoyaban a Batista, y muy especialmente de su

ejército, que, al haber sido escindido por el golpe de Estado del propio Batista, se apoyaba en una organización desastrosa, y en cuyas filas proliferaban tanto la indolencia como la cobardía. El mismísimo Batista era un negligente que en nada recordaba ya al oficial radical de veinte años atrás. Sus sindicatos eran represivos y la corrupción crecía a ojos vistas.

La victoria de Castro fue un triunfo de su propia personalidad. No obstante, en 1959 existían muchas fuerzas disponibles que bien pudieron haber tomado parte activa en una revolución anticomunista pero radical y nacionalista. El partido comunista no gozaba de gran prestigio. Sus líderes no habían hecho gran cosa contra Batista, y, a un nivel de base, algunos de ellos incluso habían llegado a colaborar con su policía. Tenían poca representación en los sindicatos. Y, sin embargo, en el transcurso de un año se convirtieron en la organización más poderosa del Estado. Por consiguiente, se plantea un grave problema al intentar explicar cómo pudo haber sucedido tal cosa, en especial porque no da en absoluto la impresión de que Castro fuese comunista antes de llegar al poder, a pesar de que —como hemos dicho— se declarase a sí mismo como tal en 1961 por motivos tácticos.

Las razones de un triunfo

Son varios los factores que deben tomarse en consideración a la hora de analizar los acontecimientos. En primer lugar, aunque Fidel Castro no fuese comunista, era un nacionalista radical violento con ansias de alcanzar el poder y consumarlo. Por consiguiente, necesitaba el apoyo de una organización. Sus antiguos seguidores del Movimiento del 26 de Julio eran en su mayoría demócratas y hombres de incuestionable integridad que le habrían ayudado sin vacilación a emprender una revolución social, pero que habrían insistido en no apartarse del sendero de la paz ni de los procedimientos demócratas y constitucionales. El partido comunista también estaba disponible y poseía una red de organización por todo el país. El asunto, pues, quedó resuelto a raíz de unas conversaciones mantenidas en 1959 y cuyos detalles probablemente no lleguen a conocerse jamás, pero de las que sí quedó claro que los papeles principales corrieron a cargo de Raúl Castro —hermano de Fidel—, de Ernesto *Che* Guevara y de Carlos Rafael Rodríguez, viejo líder comunista que había visitado a Castro en Sierra Maestra.



FULGENCIO BATISTA Y ZALDIVAR (Banes, Cuba, 1901-Marbella, España, 1973)

Dos vertientes absolutamente contradictorias dominaron la vida política de Fulgencio Batista. Una, entre 1933 y 1944, en la que consiguió una justa fama de demócrata y de gobernante eficaz dirigiendo Cuba dentro de una línea progresista vagamente inspirada en la *New Deal* de Roosevelt —«algo a la izquierda del centro»— y en la que llegó a contar en su gobierno con dos ministros comunistas. Otra, a partir de 1953, cuando actuó como un dictador brutal, reprimiendo salvajemente a sus oponentes y generalizando la corrupción.

Hijo de un obrero agrícola, empezó a trabajar a los trece años como aprendiz de sastre. Desde entonces desempeñó los oficios más diversos, hasta que en 1921 fue llamado a filas. Terminado el servicio militar, trabajó unos meses en una plantación de azúcar y volvió al ejército como voluntario. Se empleó como taquígrafo militar y fue ascendido a sargento.

Tras la caída del dictador Gerardo Machado se estableció un gobierno provisional presidido por Carlos Manuel Céspedes. Un grupo de sargentos, junto con algunos intelectuales radicales, inició una conspiración que terminó el 4 de septiembre de 1933 en un golpe de Estado. Ramón Grau San Martín fue proclamado presidente provisional, y Batista, que había dirigido el golpe, ascendido a coronel y nombrado jefe del Estado Mayor.

La política de Grau San Martín, bajo el lema «Cuba

para los cubanos», fue juzgada demasiado radical por Washington, que no reconoció al nuevo régimen. En enero de 1934, Batista obligó a dimitir al presidente provisional y lo sustituyó por el conservador coronel Carlos Mendieta, al que los Estados Unidos reconocieron inmediatamente. Desde entonces, durante seis años, Batista fue «el poder detrás del trono», haciendo y deshaciendo presidentes.

En junio de 1940 se aprobó una Constitución inspirada en la de los Estados Unidos. Al mes siguiente se celebraron elecciones para la presidencia. Batista concurrió frente a Grau San Martín y venció con facilidad. Durante los años siguientes dirigió la nación con eficacia, recogiendo los frutos de la expansión económica producida por la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que acumuló grandes riquezas personales.

Batista apoyó en las elecciones de 1944 a uno de sus colaboradores más próximos, Carlos Saladrigas, pero éste fue derrotado por Grau San Martín.

En 1948 volvió a la arena política apoyando para la presidencia a Ricardo Núñez contra Carlos Prío Socarrás, candidato de Grau, y presentándose él mismo como senador. Ricardo Núñez fue derrotado, pero Batista consiguió ser elegido y comenzó a organizar su propio partido. En 1950 anunció su decisión de presentarse a las elecciones de 1952, pero esta vez, con todos los mecanismos de gobierno en manos del Partido Revolucionario Auténtico de Grau San Martín, sus posibilidades de triunfo eran escasas. En consecuencia, organizó un golpe de Estado y se hizo con el poder el 10 de marzo de 1952. El 27 de ese mismo mes fue reconocido por los Estados Unidos. En 1954, por presiones de Washington, convocó elecciones, en las que triunfó tras todo tipo de irregularidades.

Su segundo mandato presidencial estuvo marcado por la violencia y la corrupción. Parte de sus oponentes se refugiaron en la lucha armada, dirigida por Fidel Castro en la provincia de Oriente. En 1958 todavía consiguió Batista hacer elegir para la presidencia a Andrés Rivero Agüero, pero, enfrentado al colapso total del régimen, huyó a la República Dominicana el 1 de enero de 1959, de allí se exilió a Madeira y finalmente se estableció en Estoril.

Parece bastante evidente que Fidel deseaba «retar a una partida» o «incordiar» a los Estados Unidos, para usar las mismas palabras que él empleó al dirigirse al presidente Betancourt, de Venezuela. Para hacer esto de forma eficaz necesitaba una fuente de suministro de armas independiente de la de los norteamericanos, así como de un comprador para los cuatro millones de toneladas de azúcar que Cuba necesitaba vender todos los años. El respaldo del partido comunista, es decir, la Unión Soviética, era el mejor candidato para cumplir ambas funciones.

¿Norteamérica como pretexto?

En lo dicho anteriormente queda implícito el hecho de que el propio Castro fue quien tomó la iniciativa de enfrentarse a los Estados Unidos y buscar la ayuda soviética que acabaría tiñendo su propio régimen con sus peculiares características. Nada hay en lo publicado hasta hoy ni en los datos accesibles de los archivos que contradiga este razonamiento. Sin embargo, conviene recordar que la Unión Soviética ya se había interesado por Latinoamérica en el pasado. La experiencia de Cuba no supuso, pues, una ruptura tan radical si se tienen en cuenta todas sus tentativas pasadas.

La URSS había intentado llegar a alguna clase de entendimiento tanto con Perón, en Argentina, como con Cárdenas, en México. Durante las décadas de los años veinte y treinta se habían fundado partidos comunistas en casi todos los Estados latinoamericanos, y en los años cuarenta los comunistas habían logrado introducirse en los gobiernos de Chile y de Cuba. Se puede dar por sentado que el interés soviético por el Caribe había existido siempre, aunque sólo fuera con la pretensión de debilitar las posiciones estratégicas de los Estados Unidos. Por consiguiente, cuando surgió la oportunidad de lanzar a Cuba un tentáculo del imperio soviético, la idea debió de ser acogida con entusiasmo. La Rusia de Jruschov, como lo demostró la crisis de los misiles de 1962, era una nación expansionista deseosa de correr riesgos. Es muy posible que Castro recibiese en las montañas incluso más ayuda comunista de la que ha llegado a oídos del público. El ejército rebelde cubano tenía en sus filas más «comandantes» comunistas en 1959 de lo que comúnmente se piensa. No creo, de todos modos, que llegue a saberse






Osvaldo Dorticós, Anastas Mikoyan y Fidel Castro.

nunca mucho más capaz de alterar la presente interpretación.

Hay que decir también que gran parte de lo que sucedió entre enero de 1959 y digamos que octubre de 1960 —fecha en la que las directrices comunistas de la economía cubana estaban ya casi definitivamente perfiladas— depende de la interpretación de los motivos que se ocultaban en la mente de Fidel Castro, ya que, después de todo, el jefe de gobierno de un país carente de instituciones sólidas se encuentra en una posición muy poderosa. Y esto se hace particularmente notable cuando dicho jefe de gobierno ha capitaneado a un ejército victorioso desde las colinas hasta la mismísima capital en circunstancias especialmente dramáticas. Fidel, como incluso llegaron a conocerle sus enemigos, había alcanzado en 1959 un *status* casi de deidad. Si lo que deseaba era llevar a cabo una gran revolución social y pensaba que la única forma de conseguirlo era retar a los Estados Unidos, o si lo que quería era retar a los Estados Unidos y pensaba que tal cosa sólo podría llevarse a cabo mediante una revolución social apoyada por la Unión Soviética, es algo todavía hoy susceptible de especulación. Lo que sí parece estar claro es que Castro siempre había an-



Fidel Castro.

En 1960, Cuba firma en la URSS los primeros acuerdos comerciales y de asistencia. Este país se compromete a comprar cinco millones de toneladas de azúcar durante un período de cinco años, al precio entonces vigente. Cuba recibiría, además, un crédito de 100 millones de dólares a un interés del 2,5 por 100 en doce años. El 6 de julio de ese año, el Congreso de Estados Unidos había autorizado al presidente Eisenhower a reducir en un 95 por 100 la cuota de azúcar cubano como represalia por la incautación de empresas norteamericanas en Cuba. A comienzos de 1961, Estados Unidos rompía sus relaciones con el vecino país.



Jruschov, Navarro, Fidel y Breznev (Moscú, 1963).



Con Salvador Allende en Santiago de Chile.

Fidel Castro, al romper las relaciones con Estados Unidos, busca en la URSS y posteriormente en otros países del área socialista la ayuda necesaria. Viaja entonces a Chile, donde se entrevista con Salvador Allende.
Muchos analistas políticos norteamericanos aceptan hoy los errores cometidos por la administración Eisenhower y posteriormente con Kennedy, quien asumió el desastre del intento de invasión de Cuba en la bahía de Cochinos (17 de abril de 1961). Conviene recordar que los intereses norteamericanos en vísperas de la revolución cubana ascendían a unos 2.000 millones de dólares, además de controlar el 90 por 100 de las reservas minerales de la isla.
Enfrentado abiertamente con Estados Unidos, Fidel Castro proclama la república socialista de Cuba (1 de mayo de 1961). Inicia una lucha contra el analfabetismo, herencia del régimen de Batista, y busca apoyo exterior para el desarrollo económico.
Norteamérica intenta aislar diplomáticamente a Cuba. El 31 de enero de 1962, la Organización de Estados Americanos, presionada por Estados Unidos, decide la exclusión de Cuba de la misma. Sin embargo, muchos países latinoamericanos ven con simpatía el esfuerzo de Cuba frente al coloso del Norte. Europa permanece neutral en la contienda política, y España mantiene sus relaciones diplomáticas con aquel país. En 1964, la OEA decide la ruptura de relaciones con Cuba, decisión que, antes o después, es acatada por los Estados miembros, excepto México.



Para muchos, Castro fue la esperanza.

siado ocupar en la historia un nicho suntuoso. Y eso, sin lugar a dudas, lo ha conseguido con creces.

El comunismo cubano

Las características del régimen cubano desde 1963 son básicamente las de un Estado comunista con algunas divergencias. Se puso gran énfasis en la salud pública y la educación, y el campo empezó a cultivarse en detrimento de las ciudades. Pero no se ha llegado a producir nunca una industrialización de envergadura. Como ya ha sido apuntado anteriormente, el azúcar desempeña un papel tan destacado como siempre, y aunque se ha llevado a cabo una reforma agraria, no ha habido una diversificación de la producción agrícola. Las estimaciones sobre el nivel de vida cubano son muy variables.

Sea cual fuere la verdad del asunto, lo cierto es que resulta difícil creer que los cubanos hayan alcanzado en estos últimos veinte años niveles siquiera comparables a los de Venezuela u otros regímenes democráticos. El ejército y las fuerzas de seguridad han llegado a ocupar un lugar preponderante en Cuba durante las décadas de los setenta y los ochenta, bastante más preponderante incluso que en la mayoría de los regímenes comunistas. La efigie de Fidel prolifera en Cuba con la misma profusión con que otrora proliferaron en Rusia las de Lenin y Stalin. La situación geográfica tropical en que se gestó e implantó la revolución puede que suavice las aristas de la ideología aplicada. Pero aquellos que protestan o disienten son tratados probablemente con tanta o más dureza que la utilizada contra los disidentes de cualquier otra sociedad cerrada. Las fáciles tentaciones que la proximidad de los Estados Unidos puede generar en los ciudadanos, así como la negativa rotunda de los norteamericanos a mantener relaciones comerciales con Cuba, son factores que sin duda se alían para añadir un malestar más a la ya inquieta isla. En todo caso, resulta altamente improbable que la historia del régimen revolucionario cubano esté tocando a su fin. Como quiera que siento un sincero afecto por el pueblo cubano, a cuya historia he consagrado siete años de mi vida, me niego a creer que vayan a permanecer eternamente bajo un despotismo que, por comparación, ha llegado a hacer de la España del siglo XIX un misericordioso colonizador y que ha logrado incluso volver humana la figura de Batista.

H. T.

Bibliografía básica

THOMAS, H.: *Cuba*, Grijalbo. Barcelona, 1973.
KAROL, K. S.: *Los guerrilleros en el poder*, Seix Barral. Barcelona, 1972.
HARNECKER, M.: *Cuba, ¿dictadura o democracia?*, Siglo XXI. Madrid, 1977.
EDWARDS, J.: *Persona non grata*, Grijalbo. Barcelona, 1982.
FRANQUI, C.: *Diario de la revolución cubana*, Rufino Torres. Barcelona, 1976.
FRANQUI, C.: *Retrato de familia con Fidel*, Seix Barral. Barcelona, 1980.



Latinoamérica vio a Fidel como a un idealista frente al gigante norteamericano.



El 26 de julio de 1953, hoy fiesta nacional en Cuba, comenzó en este país una revolución. Aquel día, Fidel Castro, con 160 guerrilleros, había atacado el cuartel de La Moncada, defendido por 1.000 soldados. El ataque fracasó y Castro fue detenido. El 21 de septiembre, el grupo fue juzgado en Santiago. El abogado Fidel Castro, después de setenta y seis días de incomunicación, dirigió su propia defensa, que terminó con esta frase: «La historia me absolverá.» Batista, sin valorar la amenaza castrista para su régimen, le concede en mayo de 1955 la amnistía. Se traslada entonces a México, en donde conoce al médico Ernesto Guevara. Prepara con su hermano Raúl un pequeño ejército que embarca hacia Cuba en el yate Granma *el 25 de noviembre de 1956. El barco encalló en la playa de los Colorados y tuvo que ser abandonado. Avisado el general Batista, lanza su ejército en su persecución. Al final de la aventura quedaron 22 supervivientes. Diez fueron hechos prisioneros y los 12 restantes se refugiaron en las montañas de Sierra Maestra. Crescencio Pérez, jefe de un grupo de bandoleros, les ayudó a mantenerse vivos. Éste era el núcleo inicial que el 29 de diciembre de 1958 llegaría victorioso a Santa Clara al mando del Che Guevara, con 200 guerrilleros, y el día de Navidad, con Fidel a Santiago, en el sur de la isla. El día de año nuevo de 1959, Fulgencio Batista huía del país acompañado de su fortuna personal, estimada en algunos centenares de millones de dólares. En Cuba quedaban Fidel, sus guerrilleros y el pueblo cubano de siempre.*

VISITA DE JRUSCHOV A ESTADOS UNIDOS

SEPTIEMBRE de 1959. Por primera vez en la historia de las dos naciones que más ganaron y que más rivalizaron en el «reparto» de Yalta y la posterior iniciación de la guerra fría, un jefe de Estado de la Unión Soviética acepta visitar los Estados Unidos. A invitación del presidente Dwight Eisenhower, el premier soviético, Nikita Sergeyevich Jruschov, hace los preparativos en el Kremlin para un viaje que representa el primer esfuerzo de acercamiento entre las dos superpotencias nucleares y, por extensión, entre el Este y el Oeste.



Eisenhower y Jruschov protagonizaron en septiembre de 1959 el primer intento de acercamiento entre Estados Unidos y la URSS tras el estallido de la guerra fría. Por aquel entonces los problemas de Berlín ocupaban la primera plana de los periódicos, y la llegada del dirigente ruso a Norteamérica se consideró un buen comienzo para encontrar la solución del conflicto. Pero primero el incidente del avión espía U-2 y luego la evolución de la situación cubana acabaron con las tibias esperanzas de distensión.

1959

Dos naciones acosadas por el temor a una nueva guerra se disponen a discutir y buscar una salida a los temas candentes del momento: la seguridad en Europa, donde las heridas de la última conflagración aún no se han cerrado; el futuro de la Alemania dividida; la iniciación de las conversaciones sobre desarme nuclear; la extensión de la doctrina marxista a través de la propaganda, y la conversión al comunismo de China.



Llegada de Jruschov a Estados Unidos.

No querían ni vodka ni caviar

«Admito que sentía curiosidad por ver América. Estábamos interesados en tener información de primera mano sobre nuestro enemigo capitalista número uno», diría Jruschov en sus memorias. Lo cierto es que la invitación a visitar los Estados Unidos representaba una victoria táctica soviética. Esta reunión en la cumbre de las dos máximas potencias mundiales demostraría que ambas estaban a la misma altura y situaría definitivamente a la URSS como una de las dos superpotencias.

Entre los países europeos aliados, la visita del líder soviético a los Estados Unidos levantó cierta aprensión, el temor de que Washington y Moscú pudieran llegar a marginarlos y a adoptar un acuerdo por separado y a sus expensas. También se temía que Jruschov pudiera persuadir a Eisenhower de que la crisis y la tirantez que dominaban al mundo occidental estaban causadas por la rigidez de algunos líderes aliados que se oponían a la normalización de relaciones.

En la década de los cincuenta, la Unión Soviética había incrementado notablemente su potencia nuclear, hasta nivelarse con los Estados Unidos; las capitales europeas esperaban que el «equilibrio del terror» mantuviera la paz en el planeta. En 1955, Eisenhower se había reunido en Ginebra con el *premier* soviético Nikolai Bulganin, y los ojos del mundo interpretaron esta reunión como un pacto tácito de no agresión. En aquellos momentos, Jruschov, que era sólo primer secretario del Partido Comunista de la URSS, no fue más que un observador, pero cuatro años más tarde tendría al alcance su propia oportunidad para negociar, mano a mano, con el líder de Washington.

La ocasión fue propiciada por un grupo de importantes industriales norteamericanos que visitaron la Unión Soviética. Poco tiempo después, una delegación rusa devolvía la visita y

Jruschov llegó a la base aérea de Andrews el 15 de septiembre de 1959, donde fue recibido por el viejo Ike. El día era soleado y todo transcurrió en un clima de ceremoniosa frialdad. La última generación de norteamericanos, educada en el miedo a todo lo proveniente de Moscú, veía ahora, con una mezcla de curiosidad y asombro, al enemigo público número 1. En general, todos comprendieron que por el bien de la paz convenía olvidar durante unos días las diferencias. Sin embargo, algunos recordaron a su invitado la represión sufrida por los nacionalistas ucranianos.



Los discursos de bienvenida, todo un protocolo.



Manifestaciones públicas contra el líder soviético.

servía de conducto para hacer llegar al líder del Kremlin una invitación personal del presidente Eisenhower. «No podía dar crédito a lo que veía —afirma Jruschov en sus memorias—. No teníamos ninguna razón para esperar una invitación de este tipo. Nuestras relaciones habían sido en extremo tirantes. América nos había estado boicoteando comercialmente. Decían que nuestros productos se fabricaban "con mano de obra esclava" y no querían ni siquiera vodka o caviar.»

En los ambientes industriales y financieros de los Estados Unidos se clamaba por una normalización de relaciones y una reducción de las tensiones entre los dos bloques que permitiera los intercambios comerciales. Para Moscú la visita de Jruschov a los Estados Unidos representaba una posibilidad de reducir la pesada carga que la carrera de armamentos había impuesto a la economía soviética; el mantenimiento de una paz segura podía abrir la puerta a una vida mejor. Finalmente, la cúpula del poder soviético se sentía orgullosa de que la Casa Blanca reconociera la necesidad de establecer contactos más cercanos, superando los viejos tiempos en que ni siquiera se les garantizaba un reconocimiento diplomático.

De la desconfianza a la admiración

Jruschov llegó a Washington como el líder de una potente máquina militar cuyos ejércitos amenazaban a Europa, cuyos cohetes podían bombardear Nueva York y cuyas decisiones influían en la marcha del comunismo chino. «Me iba a encontrar —recuerda Jruschov— con el líder del país que representaba para nosotros la mayor amenaza militar del mundo.» Moscú estaba adicionalmente interesado en que Norteamérica levantara el embargo comercial contra la URSS y el resto de los países socialistas.

Los aspectos protocolarios de la visita preocuparon seriamente al Kremlin. Se temía que los norteamericanos aprovecharan la oportunidad para ridiculizarlos ante los ojos del mundo. Cuando Jruschov fue informado de que mantendría conversaciones con el presidente Eisenhower en su residencia de descanso en Camp David, su ignorancia sobre el lugar le hizo desconfiar inmediatamente. «Teníamos mucho que aprender sobre los Estados Unidos —reconoció el líder soviético—. Cuando nuestra embajada en Washington me informó de que se habían previsto varios encuentros con el presidente en Camp David, no pude averiguar qué era eso. Pregunté a nuestro Ministerio de Asuntos Exte-

riores, pero ellos tampoco lo sabían.» La Unión Soviética tenía aún frescos los años que siguieron a la revolución, cuando el país iniciaba los primeros contactos con las naciones europeas. La URSS fue entonces invitada a participar en una reunión internacional en un lugar denominado Prince Island, que fue calificado por la prensa como «un sitio donde se enviaba a morir a los perros callejeros.» «Yo temí —continúa Jruschov— que Camp David fuera algo similar, donde se tenía en cuarentena a la gente sospechosa.»

Aclarados finalmente todos los aspectos de la visita y una vez que los Estados Unidos despejaron las dudas del Kremlin, Jruschov aterrizó en la base militar de Andrews, como correspondía a un jefe de Estado soviético, en un avión *TU-114*, un impresionante modelo de pasajeros, el único de que disponía la Unión Soviética capaz de llegar a los Estados Unidos sin escala. En la delegación figuraban también la segunda esposa de Jruschov, Nina Petrovna; el ministro de Asuntos Exteriores Andrei Gromyko y el escritor Mijail Sholojov.

Los Estados Unidos trataron de impresionar al líder soviético y mostrarle el alto nivel de vida de que gozaban los norteamericanos. Lo consiguieron. «Me quedé terriblemente impresionado —admite Jruschov— tras aterrizar en Washington. Todo brillaba y resplandecía... Estos americanos sabían realmente cómo recibir a alguien.» Esta fue la tónica durante toda la gira.

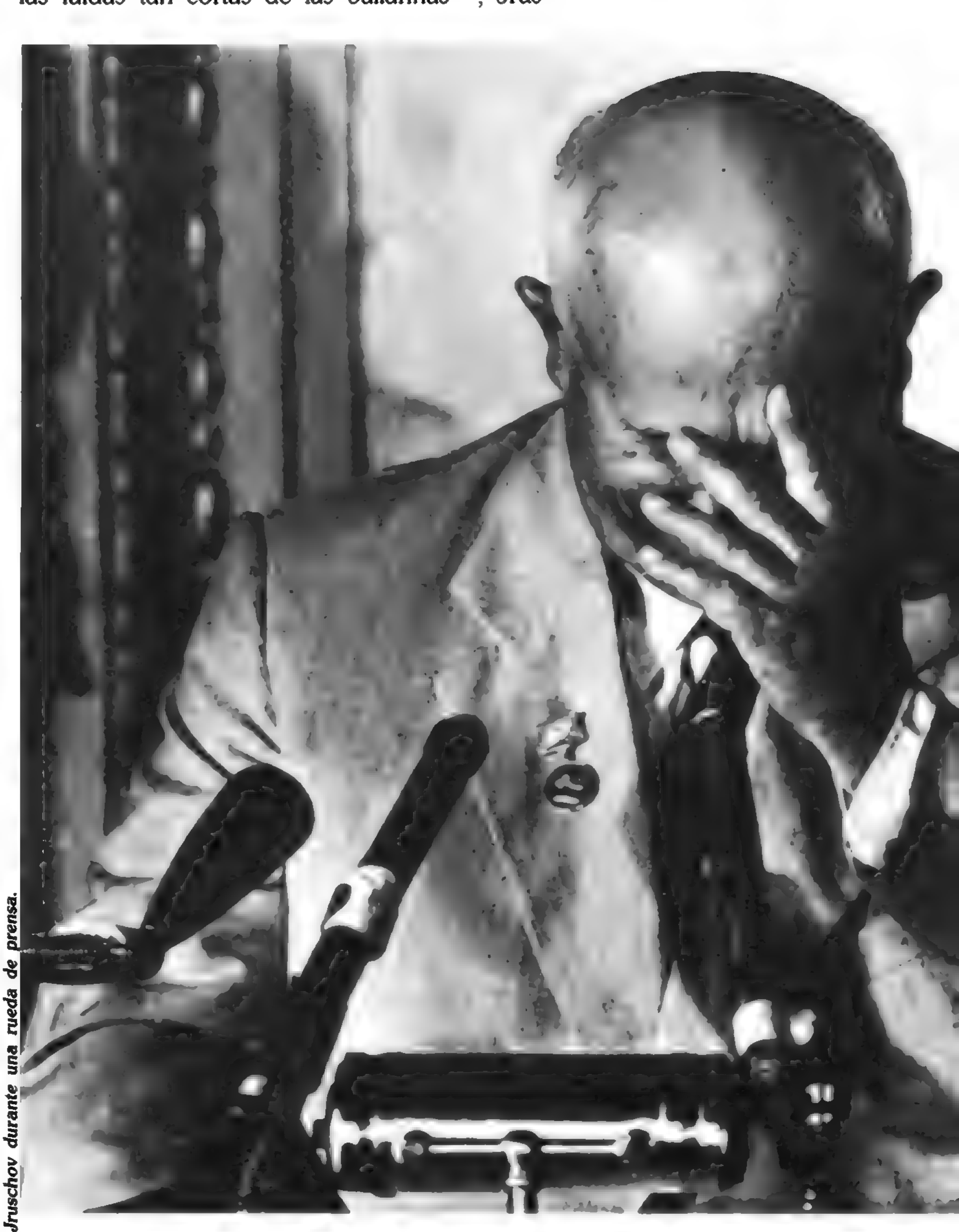
Jruschov, de excursión

En la ronda inicial de conversaciones con el presidente Eisenhower y el secretario de Estado Christian Herter se puso sobre el tapete el tema espinoso de la deuda soviética con los Estados Unidos: 800 millones de dólares todavía no devueltos de créditos que Washington había concedido a Moscú durante la Segunda Guerra Mundial. La delegación rusa no estaba dispuesta a negociar este punto si no era en un contexto más amplio y favorable para ellos, incluyéndolo en el tema general de la coexistencia pacífica. Cuando el ambiente empezó a agriarse, ambas partes decidieron retrasar el asunto hasta el final de la visita.

Eisenhower propuso a Jruschov que visitara varias ciudades de los Estados Unidos y le ofreció como guía a Henry Cabot-Lodge, en aquellos momentos embajador ante las Naciones Unidas, y su avión privado, un *Boeing 707*.

Nueva York fue la primera escala de la delegación rusa. «Mi única impresión fue la de que se trataba de una inmensa y ruidosa ciudad, con un enorme número de anuncios y automóviles, donde gran cantidad de salidas de humos sofocaban a la gente.» Jruschov fue cumplimentado por Nelson Rockefeller, entonces gobernador del Estado, y no sólo fue recibido en los círculos políticos de la ciudad, sino que los ambientes financieros y comerciales le acogieron con gran curiosidad e interés. Sin embargo, fue la visita a las Naciones Unidas lo que más impresionó al líder del Kremlin, que recuerda la ocasión como un «día memorable». En septiembre de 1960, Jruschov visitaría de nuevo la ONU para asistir a la apertura de la XV Asamblea General.

La estancia en Los Angeles tuvo muy diferente color que la de Nueva York y estuvo a punto de dar al traste con el resto de la gira. Después de visitar un estudio de Hollywood en donde se filmaba la película *Can-Can* —un baile que el líder ruso calificó de «indecente» por las faldas tan cortas de las bailarinas—, Jrus-



Jruschov durante una rueda de prensa.

Míster «K», que así llamaba la prensa estadounidense al dirigente ruso, se alojó en el lujoso hotel neoyorquino Waldorf-Astoria. Más de uno se frotó las manos imaginando lo que se suponía iba a ser un choque demasiado brusco entre el mundo al que debía de estar acostumbrado Jruschov y la próspera realidad americana de los años cincuenta; pero el líder comunista no hizo luego demasiadas menciones a ello en sus memorias. Queda para el misterio la verdadera opinión de Jruschov sobre el american way of life.

chov fue agasajado por el alcalde Norris Poulson. Todo fue bien hasta que el tono agresivo del discurso de Poulson ofendió a los visitantes. «Me molesté tanto por la forma en que nos había tratado —dijo posteriormente Jruschov— que consideré seriamente la posibilidad de cancelar el resto del viaje.» Los buenos oficios de Cabot-Lodge salvaron la situación, y el viaje continuó hasta San Francisco.

Después de trasladarse al Estado de Iowa, donde Jruschov tuvo ocasión de visitar una explotación agrícola en Des Moines, y a Pittsburgh, lugar en el que mantuvo contactos con los sindicalistas norteamericanos, la delegación soviética regresó a Washington. Había llegado el momento crucial de la visita, las conversaciones de Camp David.

Ambos estadistas se trasladaron juntos en helicóptero desde Washington. Eisenhower intentaba conseguir que su invitado se sintiese cómodo, en el marco adecuado para unas conversaciones de tanta importancia, e incluso le invitó a visitar su granja privada y le presentó a parte de su familia.

Conversaciones en torno a una mesa

Los dos jefes de Estado iniciaron las conversaciones sobre desarme. Mientras Jruschov proponía que se pusiera fin a todo tipo de pruebas nucleares y que se redujeran los arsenales de las dos potencias, pero sin inspecciones efectivas que asegurasen el cumplimiento de los acuerdos, los Estados Unidos exigían que Moscú aceptase la inspección como paso previo a detener la fabricación de nuevas armas nucleares. Insistieron en un acuerdo que permitiera a ambas partes hacer vuelos de reconocimiento sobre el territorio del otro. «Nosotros no podíamos aceptar esa condición —dice Jruschov—. Los Estados Unidos estaban en una posición más fuerte en cuanto al número de armas nucleares y rampas de lanzamiento. Además, nos habían rodeado por todas partes con sus bases militares, incluidas las aéreas, mientras nuestros aviones apenas si podían llegar a los Estados Unidos.» Washington, además, aventajaba a la URSS en cuanto a la tecnología necesaria para detectar pruebas nucleares a gran distancia.

Visita a unos estudios de Hollywood.

El Waldorf-Astoria fue alojamiento del líder soviético.



La Unión Soviética proponía desmantelar las bases de las dos superpotencias en territorio extranjero, lo que equivalía a suprimir la OTAN y el Pacto de Varsovia. Moscú deseaba que las tropas inglesas y norteamericanas se marchasen del Viejo Continente, y Washington, a su vez, exigía que el ejército soviético se retirase de la Alemania oriental y de la Europa del Este. Las condiciones para un acuerdo de este tipo no estaban aún maduras. En realidad, servía a un interés más propagandístico que real.

Sobre el futuro de la Alemania dividida, que había sido y era un punto capital de fricción, las dos superpotencias mantenían posturas diametralmente opuestas. Jruschov excluía la posibilidad de una reunificación, mientras que Eisenhower defendía la reunificación y la convocatoria de elecciones libres. El entendimiento era, pues, más que problemático.

En el otro extremo del mundo, la China comunista, con el apoyo de la Unión Soviética, se alzaba como símbolo de «liberación» para los pueblos asiáticos. Como tal, Jruschov defendía su derecho a entrar en la ONU. Los Estados Unidos, desde posiciones contrarias, argumentaban que las agresiones de la China roja la descalificaban para ingresar en el organismo internacional, lo que no se logró hasta 1971.

Moscú y Washington habían mantenido también serios roces en lo que Norteamérica consideraba como propaganda y subversión, algo en lo que los Estados Unidos estaban llegando a su límite de tolerancia ante lo que representaba la amenaza comunista para sus amigos y aliados, y que para Moscú no era sino la marcha imparable de la lucha por la liberación e independencia de los pueblos.

Un dudoso balance positivo

Por fin, los aspectos culturales, científicos y de cooperación económica tuvieron también su puesto en Camp David. Los Estados Unidos deseaban un mayor intercambio de turistas, científicos y estudiantes, e incluso sugirieron a la delegación rusa que enviase a los directores de sus fábricas para entrenarse en Norteamérica. Estas propuestas interesaron mucho a Jruschov, que

Visita de Jruschov a Estados Unidos

Jruschov visitó los estudios de Hollywood durante el rodaje de Can-Can. Protagonizaba la película Shirley MacLaine, una actriz que años después pasaría por una acalorada etapa de simpatías maoístas, pero que durante la visita del premier soviético se limitó a ejercer de sonriente anfitriona. Junto a ella, la señora Jruschov, Maurice Chevalier y Frank Sinatra



Jruschov durante el rodaje de la película Can-Can.



Un recorrido turístico antes de parlamentar.



Recepción en la Casa Blanca.

veía en ellas una forma de aprovecharse de la experiencia norteamericana en el campo industrial. «Muchas de sus sugerencias —dice el líder del Kremlin— estaban claramente orientadas a llevarnos a abrir nuestras puertas.» En este campo se lograron algunos acuerdos.

Para Jruschov las conversaciones de Camp David no fueron productivas. Sin embargo, la visita del líder soviético a los Estados Unidos tuvo un acuerdo positivo: consiguió romper el hielo de unas relaciones que estaban bloqueadas, con el consiguiente peligro para la humanidad.

En Washington se extrajo un balance menos negativo, ya que la reunión entre Jruschov y Eisenhower tuvo como resultado que la URSS retirase su amenaza de iniciar acciones unilaterales en Berlín, y la palabra de Jruschov de que se llevarían a cabo negociaciones serias. La ciudad que en aquellos momentos era considerada como la «frontera de la guerra fría» había sido un dolor de cabeza permanente para los negociadores aliados. Los Estados Unidos pensaban permanecer en Berlín occidental, mientras la Unión Soviética mantenía una postura de belicosidad y rigidez, creando una sensación de tensión constante, como si una nueva guerra estuviera a punto de estallar.

El balance de la visita en el terreno político fue, pues, bastante exiguo. Muchas esperanzas se habían volcado respecto a la cumbre de los dos colosos mundiales, pero los Estados Unidos y la Unión Soviética mantenían posiciones demasiado alejadas como para llegar a algún acuerdo en temas vitales para el mundo. Pero el camino de la negociación directa y el contacto personal a alto nivel quedaban abiertos.

El incidente con Piniés

Un año después de su primera visita a los Estados Unidos, Jruschov volvió a Nueva York, al frente de la delegación soviética que asistió a la apertura de la XV Asamblea General de la ONU. Las dos superpotencias vivían momentos de gran tensión, y se hizo saber a la delegación rusa que no podía abandonar el distrito metropolitano donde se encuentra la sede de la ONU en Nueva York.

Jruschov, que hizo gala de un comportamiento muy agresivo durante las tres semanas que permaneció en Nueva York, tuvo un espectacular enfrentamiento con la delegación española cuando, tras dirigir uno de sus discursos a la Asamblea, volvió a su lugar y se percató de que la citada delegación, situada justo delante de la soviética, no le aplaudía. El líder del Kremlin lanzó entonces un torrente de improperios en ruso contra los españoles. Jaime de Piniés,

miembro de la delegación española, explicó posteriormente el incidente al *New York Times*: «Comprendí que Jruschov nos estaba censurando por no haberle aplaudido —dijo Piniés— y le dije en castellano que no nos daba la gana aplaudirle. Comenzó entonces a manotear y a gritar delante casi de mi cara. Yo me levanté y manoteé a mi vez frente a la suya. Como Gromyko se encontraba al lado de Jruschov y hablaba inglés, dije en voz alta, en ese idioma, para que Gromyko me oyera: "No le queremos a usted".»

Cuando parecía que Jruschov y Piniés iban a llegar a las manos, Frank M. Beagley, jefe de seguridad de las Naciones Unidas, que se encontraba a escasos metros de distancia, se interpuso entre los dos. Jaime de Piniés volvió entonces a su lugar y Jruschov hizo lo mismo.

Los diplomáticos españoles fueron atacados en más de una ocasión por el líder soviético. Jruschov insultó abiertamente a Franco, a quien llamó «verdugo» y jefe de un régimen «reaccionario y sangriento». El embajador español, Lequerica, le respondió entonces que «más verdugo había sido Stalin», y, finalmente, Frederick H. Boland, embajador de Irlanda y presidente de la Asamblea General, se vio obligado a llamar al orden a las dos delegaciones.

J. V.


THE ILLUSTRATED LONDON NEWS

Jruschov en la ONU, 1960

1959

Visita de Jruschov a Estados Unidos

Dentro de su programa de actividades en Estados Unidos, Jruschov visitó una granja de Iowa, se entrevistó con un grupo de sindicalistas, asistió, junto con su esposa, a una recepción en la Casa Blanca y presidió una comida en la universidad de Pittsburgh. Allí le tomaron una foto que dio la vuelta al mundo, mientras que la esposa del rector hila fino en lo que a tomar consomé con estilo se refiere. Jruschov acorta el trayecto de la cuchara sin contemplaciones.

Cena en la universidad de Pittsburgh.

EL TOUR DE FRANCIA



1959



Entrada en el Parque de los Príncipes.

LA cabeza casi entre los hombros, la espalda curvada, Federico Martín Bahamontes acaba de entrar en el velódromo del Parque de los Príncipes. Es el verano de 1959, el momento más feliz de su vida: el ciclista toledano está a menos de 500 metros de ganar el Tour de Francia, la prueba ciclista más dura del mundo, la más prestigiosa. Su nombre se unirá a una élite, a ese grupo de los grandes donde sólo tienen cabida los Bartali, los Coppi, los Bobet, los Anquetil. Y tras él, otros no menos legendarios: Gimondi, Merckx, Ocaña, Hinault.

En veinte días, un pelotón multicolor formado por más de 100 hombres recorrerá el país, agrupado y sonriente en las etapas llanas, estirado y con un gesto crispado por el esfuerzo en los terribles Alpes; con frío e incluso nieve, o con mediodías que pueden rozar los 40 grados. Es, sencillamente, el deporte más duro del mundo.

¿Un deporte en crisis?

Durante mucho tiempo el ciclismo fue un deporte que entusiasmó a las masas. Con la primavera, las secciones deportivas de los periódicos narraban día a día el desarrollo de las grandes pruebas europeas, se ocupaban incluso de la vida privada de los campeones, y cualquiera, sin ser un gran aficionado, podía dar una lista con una docena de nombres. A mediados de los setenta, sin embargo, las cosas empezaron a cambiar. Y lo hicieron precisamente cuando la bicicleta, relegada por el auge tecnológico al ámbito rural o al mundo de los niños, empezó a resurgir como transporte posible en una sociedad cada vez más preocupada por la crisis de la energía.

Oficialmente nada ha cambiado; aún se celebran las tres grandes pruebas de la temporada: la Vuelta a España, el Giro de Italia y el Tour de Francia, y la tradición que exige la presencia de un corredor casi imbatible se mantiene hoy en la persona del francés Bernard Hinault. Pero la leyenda ha desaparecido, y con ella los mitos nacionales, las grandes rivalidades entre campeones y la atención del gran público. Y como quiera que el ciclismo no era ni es un deporte que exija la preferencia exclusiva del aficionado, sino que puede complementarse bien con cualquier otro, no queda más remedio que pensar que su crisis, muy grave en algunos casos, como España, es interna y no fruto de la llegada de otro deporte más novedoso.

Miles de personas se agolpan al borde de las carreteras para ver pasar durante unos pocos segundos el multicolor pelotón ciclista. Si el tiempo es caluroso, refrescan incluso a los corredores con cubos de agua o mangueras, les animan y a veces, a pesar de estar penalizado, les dan un empujón si la cuesta es demasiado empinada. La distancia media de una etapa en cualquier gran prueba es de 200 kilómetros, pero si el trazado no incluye alguna dificultad montañosa, lo más probable es que todo se resuelva en los últimos metros, al sprint, en algún velódromo o en la calle principal de cualquier ciudad.



Anquetil, a la cabeza del pelotón.

Jacques Anquetil, el hombre que, junto con Eddy Merckx, más veces ha ganado el Tour de Francia, encabeza en la fotografía al pelotón durante una etapa de montaña de la ronda de 1963, que finalmente ganaría. En el grupo que no le pierde rueda, dos corredores españoles de categoría, ganadores ambos en una ocasión de la Vuelta a España: son el vasco Gabica, tercero de la fila, y el valenciano Angelino Soler, quinto.



Fausto Coppi.

Fausto Coppi está considerado como el mejor corredor italiano de todos los tiempos. En un deporte ascético por naturaleza, su rocambolesca vida sentimental interesó a la opinión pública tanto como sus éxitos. El «campionissimo» ganó el Tour en dos ocasiones y falleció, aún en activo, al contraer unas fiebres en Alto Volta durante una exhibición.

La principal razón del descenso de popularidad del ciclismo de competición hay que buscarla seguramente en el desinterés de las grandes firmas comerciales por financiar equipos y patrocinar las siempre costosas grandes pruebas. En España, las razones económicas de la crisis son, sin duda, determinantes, y han llegado en los últimos tiempos a poner en serio peligro la celebración de la Vuelta, que sobrevive más por el voluntarismo federativo que por el interés general. En Francia e Italia, cunas de las grandes competiciones y donde el dinero movido por el gran circo de la bicicleta ha sido muy superior, el declive es menos pronunciado, pero a nadie se le escapa que también allí la afición ciclista ha perdido enteros. ¿Se reducirá todo, finalmente, a que los jóvenes hoy lo consideran una forma demasiado dura de hacer carrera en el deporte? ¿O quizás el auge de los ciclomotores y las motocicletas le ha asestado un golpe definitivo? El diagnóstico es difícil. Queda, eso sí, la sensación de que, en una sociedad impregnada en todos sus poros por la sed de velocidad, pedalear a 40 kilómetros por hora es ir demasiado lento. Y queda también un recurso: el de recordar los tiempos en los que la gloria deportiva de un país se medía en nombres como Bartali, Coppi, Koblet, Anquetil, Bahamontes, Gimondi, Merckx...

Un siglo sobre ruedas

Los pioneros de las competiciones ciclistas hicieron su aparición en las carreteras francesas a mediados del siglo pasado. Montaban biciclos de ruedas desiguales y debían repartir sus esfuerzos entre conseguir la mayor velocidad posible y guardar un equilibrio que la tosquedad de sus máquinas y el estado de las carreteras hacían bastante precario. Las crónicas reseñan para la historia la primera carrera oficial de la que se tiene constancia: se celebró en 1868 en París, organizada por el Vélo Club Parisien sobre una distancia de 1.200 metros, y la ganó el inglés James Moore, que repetiría triunfo al año siguiente al vencer en la París-Ruán, tras diez horas y media de pedaleo. Otro inglés, Dods, estableció en 1876 el primer récord mundial de la hora: 25 kilómetros 598 metros.

El nuevo deporte ganó adeptos con rapidez. En 1878 se formalizaba la primera sociedad ciclista en Inglaterra; en 1880, en los Estados Unidos; en 1884, en Alemania, y un año después les tocaba el turno a los franceses. Mientras, la técnica avanzaba y sentaba las bases de lo que hoy conocemos como ciclismo, con la introducción del neumático y la aparición de las primeras bicicletas con tracción por cadena y ruedas

iguales. El pase del biciclo a los museos del transporte fue fulminante, y tuvo incluso una fecha simbólica: en 1889, y sobre 100 kilómetros, Charles Terrent demostró que la bicicleta era mucho más rápida que su predecesor.

El afianzamiento del ciclismo como deporte popular llegó, sin embargo, con la aparición de las grandes pruebas por etapas, capaces de mantener el interés del aficionado durante varias semanas. La primera fue el Tour de Francia, organizada en 1903 por Henri Desgrange y el diario *L'Auto;* seis años después, y a imitación del modelo francés, los italianos celebraban su primer Giro; en 1935, en plena república, daba comienzo la primera Vuelta Ciclista a España. Ellas tres son aún hoy las reinas de una temporada que se completa con otras pruebas por etapas de carácter regional, con las clásicas de un día (algunas de ellas tan famosas como la Milán-San Remo) y con el campeonato mundial de fondo en carretera, a cuyo vencedor le cabe el honor de vestir en la temporada siguiente el jersey blanco con los colores del arco iris. Cualquier corredor cambiaría, sin embargo, este título mundial por el *maillot* amarillo de vencedor del Tour: casi ochenta años después de su creación, el palmarés de la gran prueba francesa refleja con exactitud la lista de los mejores ciclistas del mundo.

El Tour

Las innovaciones con que los organizadores de la vuelta francesa han intentado remozar en los últimos tiempos la prueba no han afectado ni a su esencia ni, sobre todo, a su dureza. Los desplazamientos en avión, ideados para llevar la carrera a zonas donde su novedad atrae a más público y, por tanto, más publicidad, o la internacionalización del recorrido, con finales de etapa en Alemania o en Bélgica, son simples anécdotas frente a otras realidades que el participante tiene siempre presente: las etapas alpinas, las etapas pirenaicas, la ascensión de los gigantes solitarios del Puy de Dôme, del Ventoux o del Ballon d'Alsace, y las durísimas etapas contra reloj, que culminan con los 50 kilómetros entre Versalles y París, donde concluye la prueba.

Estos cuatro grandes obstáculos no representan en número de etapas más del 50 por 100 de la prueba. Monopolizan, en cambio, sus dificultades: nadie que no sea capaz de brillar en alguna de ellas y defenderse en las demás podrá as-

Federico Martín Bahamontes fue el primer corredor español que dio la vuelta de honor al Parque de los Príncipes parisiense enfundado en el jersey amarillo de vencedor del Tour. Aunque algunos sostienen que el otro ciclista español que consiguió imponerse en la prueba, el conquense Luis Ocaña, era un corredor más completo que el Aguila de Toledo, *no hay duda de que Bahamontes es el mayor mito del ciclismo español y el mejor escalador de todos los tiempos.*



Bahamontes entra vencedor en el Parque de los Príncipes.

El actual rey del ciclismo mundial es el francés Bernard Hinault, vencedor del Tour en cuatro ocasiones y casi seguro candidato a igualar el récord de cinco victorias que aún ostentan Anquetil y el belga Eddy Merckx. Las comparaciones entre el actual número 1 y los campeones que le han precedido son tan inevitables como inútiles, aunque parece cierto que la calidad de los competidores actuales de Hinault es inferior a la de diez años atrás. Los españoles, por ejemplo, antes durísimos rivales, han desaparecido hoy de la primera plana del ciclismo mundial.



Hinault y Van Impe en el ascenso al Joux-Verte.

pirar a subir al podio instalado en el Parque de los Príncipes parisiense. Es una lección que los corredores belgas, magníficos llaneadores, tardaron treinta años en aprender, justo los que separan la última victoria de Maes en 1939 y la primera de Eddy Merckx en 1969. Entre ambas fechas, sus *sprinters* se limitaron a ganar todas las etapas llanas antes que el perfil de los Alpes o de los Pirineos señalara el inicio de un calvario que los relegaría indefectiblemente al fondo de la clasificación general. Sobre un diagrama, su curva de rendimiento era exactamente inversa a la de los corredores españoles, capaces de las mayores proezas sobre terreno montañoso, pero muy mediocres en el llano y en las pruebas contra reloj.

Raza de escaladores

Desde que en 1933 Vicente Trueba, la *Pulga de Torrelavega*, ganara el premio de la Montaña del Tour, los corredores españoles partieron siempre como favoritos indiscutibles a la hora de ser los primeros en coronar un pico. No contaron, en cambio, nunca de cara a la victoria final hasta la aparición de Federico Martín Bahamontes, un toledano moreno y fibroso que asombró a los franceses en 1959 con una victoria inapelable. ¿Acaso era un nuevo tipo de corredor español? Al contrario: resumía e incluso extremaba en su estilo la tradición escaladora de su país. Con una diferencia: jamás nadie había escalado con su facilidad y su potencia, lo que le permitía

Eddy Merckx



Thevenet fue uno de los grandes del Tour.

El francés Thevenet habría pasado a la historia del ciclismo por su triunfo en el Tour de no haberse visto envuelto luego en un caso de doping. No fue el suyo, sin embargo, el más sonado. En 1967, Tom Simpson, el mejor corredor inglés de todos los tiempos, caía sin sentido en las rampas del Ventoux; todos los auxilios fueron inútiles, y Simpson falleció en la misma cuneta. El veredicto de los médicos asombró a todos: en el maillot del malogrado ciclista fueron encontrados varios tubos de estimulantes. Simpson había corrido por encima de sus fuerzas hasta que le falló el corazón.

afrontar los trazados menos favorables con una renta de tiempo imposible de enjugar por sus rivales.

El otro corredor español que ha conseguido hasta el momento ganar un Tour ha sido Luis Ocaña. Lo consiguió en 1973, y además de una forma inapelable, al estilo que Eddy Merckx había acostumbrado a la afición. Pero para muchos, su mayor proeza no fue ésta, sino la del año anterior, frustrada por una terrible caída en los Pirineos, cuando faltaban ya pocas etapas para entrar como triunfador en París, por delante del hasta entonces imbatible Eddy Merckx. Luis Ocaña, irregular y físicamente débil, poseía, en cambio, una clase de auténtico campeón, y fue, a diferencia de Bahamontes, un corredor completo. Le faltó quizás un poco de suerte y el carisma del *Aguila de Toledo* para marcar, también él, una época del ciclismo mundial.

Los grandes nombres

Dos hombres mantienen todavía el récord de victorias en el Tour: Jacques Anquetil y Eddy Merckx, con cinco triunfos cada uno. Les siguen Bernard Hinault, con cuatro, y Louis Bobet, con tres, que los obtuvo consecutivos en la década de los cincuenta, y los belgas Maes y Thys.

Anquetil y Merckx, que nunca llegaron a enfrentarse en una carrera, comparten pocos rasgos, a excepción de la magnífica clase. Mientras que el normando era un hombre cerebral, poco dado a la espectacularidad, que cuidaba sus fuerzas con auténtico esmero y planificaba sus carreras como si de auténticas partidas de ajedrez se tratara, el belga hizo siempre honor a su apelativo de «el caníbal»: no le bastaba con ganar; necesitaba poner la mayor distancia entre él y sus competidores, que al final no podían evitar un sentimiento de humillación. Los dos se defendían magníficamente en la montaña, aunque no llegasen a dominar la escalada como Bahamontes, Julio Jiménez o José Manuel Fuente. Contra el cronómetro, en cambio, eran casi invencibles.

Merckx dejó entre los aficionados la sensación de que el resto de sus competidores no podían ni siquiera rozar su poderío y su *status* de campeón. Era algo intrínseco a su carácter, pero que a partir de su dramática expulsión del Giro italiano de 1969, acusado de *doping,* alcanzó grados de auténtico paroxismo. Alguien se había atrevido a manchar su honor deportivo, y desde entonces su pedaleo se tiñó de venganza. Como reconoció un día el corredor francés Poulidor, el Tour de 1969, celebrado a continuación de la prueba italiana, fue una auténtica masacre: «Merckx nos ha asesinado. Jamás en mi vida he sufrido tanto sobre una bicicleta.» Las diferencias al final de la prueba rozaron el escándalo: Pingeon, el segundo clasificado, terminó a 17 minutos 54 segundos; Poulidor, el tercero, a más de veinte minutos, y Gimondi, que acababa de ganar el polémico Giro de la expulsión, fue cuarto, a casi media hora de diferencia.

C. S.



La India: un problema de recursos



1959

POBLACION Y RECURSOS, UN DIFICIL EQUILIBRIO

SETECIENTOS ochenta millones de seres malviven en la pobreza más absoluta, y de ellos más de 300 millones son niños. En el año 2000, las previsiones más optimistas estiman que esta cifra bajará a 750 millones, pero opiniones menos esperanzadas prevén un aumento hasta alcanzar los 800 millones.

Son datos esquemáticos y directos de una población afectada por el hambre, la enfermedad y el analfabetismo.

El problema se remonta a otras fechas más lejanas a este siglo XX, pero la cuestión se agudiza en nuestro tiempo: aumenta la población y se reduce la producción de alimentos. Mientras tanto, en el mundo se gastan 400.000 millones de dólares anuales en equipo militar.

Raúl Pérez, periodista y corresponsal del diario mexicano Uno más Uno *en España, es el autor de este artículo, que nos informa sobre uno de los fenómenos más preocupantes de nuestro siglo: la explosión demográfica.*

Nacer más, morir menos

En el año 1600, la tasa anual de crecimiento de la población mundial fue de 0,044 por 100 y en 1976 alcanzó el 1,97 por 100; en este período, la población pasó de 470 a 4.000 millones de personas, y se estima que para el año 2000 se tendrá una tasa de crecimiento de un 2,63 por 100, lo que supone, trasladado a un ejemplo práctico, que cada año el incremento de habitantes de la India equivale a la población total de Taiwan y cada mes a China se agrega un Costa Rica.

A partir del nacimiento de la agricultura, ocho mil años antes de Cristo, se requirieron aproximadamente dos mil quinientos años para que la humanidad duplicara el número de habitantes; después de 1930, esta duplicación requirió sólo cuarenta y cinco años.



Tokio es una de las capitales con mayor densidad de población.

Los mayores índices de crecimiento de la población se encuentran en el Extremo Oriente, una zona, además, económicamente atrasada. La excepción es Japón, un conjunto de islas que albergan a decenas de millones de habitantes, y donde, por razones que aún discuten historiadores y economistas, la revolución industrial apareció casi al mismo tiempo que en Europa. Gracias a ello puede mantener hoy su extraordinaria densidad de habitantes. Eso sí, a costa de un paisaje cada vez más urbanizado y uniformado, a pesar de los esfuerzos que la tradicionalista sociedad japonesa hace por no romper con su pasado.

El progreso de la medicina coincidió con la llamada revolución técnica, que, por medio de muchos inventos, hizo posible un salto espectacular en el dominio del hombre sobre la naturaleza; en nuestro siglo, esta revolución alcanza metas extraordinarias. El descubrimiento de la quimioterapia en los años treinta y la aparición masiva de los antibióticos en los años cuarenta produjeron efectos «milagrosos» en el descenso de la tasa de mortalidad. Enfermedades como la viruela y la neumonía, antes mortales, han desaparecido totalmente o se han convertido en males menos graves que una carretera atestada de coches o que la contaminación que sufre el ciudadano medio actual.

Por otra parte, a pesar de que dos guerras mundiales habían lógicamente afectado en la edad media de la población, manteniéndola en unos cuarenta a cincuenta años de promedio, estas cifras no indicaban más que un dato artificial.

El fin de las guerras, los avances médicos, la generalización de las medidas higiénicas y una mejora en las condiciones de vida en cuanto a alimentación y vivienda, ofrecieron al mundo un descenso del índice de mortalidad infantil, unido a un índice de vitalidad que marcaba una edad media de setenta años. Estos datos reflejaban un crecimiento acelerado de la población que muchos han considerado alarmante, sin que necesariamente estuviesen influidos por las teorías de Malthus, que ya en el siglo XIX anunciaba los desastres de una superpoblación.

Aunque el incremento demográfico es general en todo el mundo, la geografía estadística nos indica que la máxima densidad de población, aparte de algunos centros industriales superpoblados en Europa y América del Norte, corresponde a los países orientales de Asia.

Según los expertos en demografía, de continuar el ritmo actual, en el año 2000 la población mundial alcanzará los 7.500 millones de seres humanos. Hallar la solución para dar de comer a una población tan desmesurada será acuciante.

Una mesa para 4.000 millones de invitados

Desde que T. Robert Malthus expuso su tesis de que la población crece en progresión geométrica mientras que los alimentos sólo aumentan en progresión aritmética, mucho se ha escrito sobre el problema demográfico. Gobiernos, instituciones privadas, también la Iglesia católica, se han ocupado del tema, y no ha sido poca la controversia que ha suscitado.

Hoy, la necesidad de alimentos se ha convertido en un problema potencialmente explosivo; se ha determinado que para lograr un mejor nivel nutricional será necesario producir en lo que queda de este siglo la misma cantidad de alimentos que en doce mil años de historia de la humanidad.

1959

Población y recursos, un difícil equilibrio

Después de la Segunda Guerra Mundial, el incremento de la producción mundial de alimentos fue similar en el mundo desarrollado y en el subdesarrollado; sin embargo, las diferencias en el aumento de población originaron que la tasa anual de producción *per cápita* fuera de 1,5 y 0,4 por 100 para los países ricos y pobres, respectivamente.

Según un informe de la FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura), 40.000 niños mueren cada día de hambre. En 1970, 18 habitantes de cada 100 estaban subalimentados; en 1985 serán 20. En más de 30 países se muere de hambre, mientras que el 30 por 100 de la población «acapara» las tres cuartas partes de la producción total de alimentos. Un niño de California consume tanto como 500 pequeños pakistaníes.

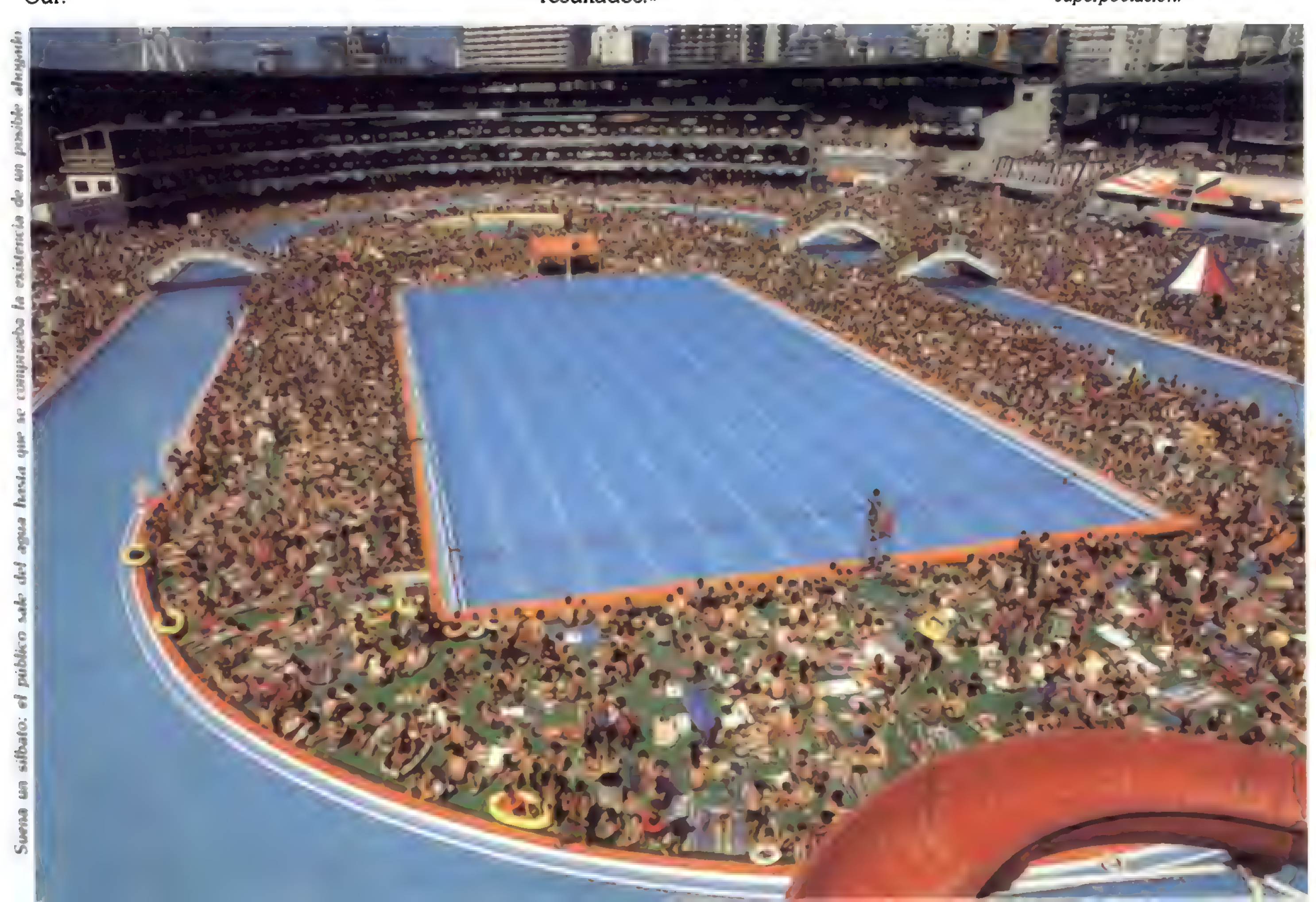
No se trata sólo de un problema de densidad de población.

Mientras que hace treinta años los países en vías de desarrollo cubrían casi por completo su consumo de alimentos, en 1975 tuvieron que importar 12 millones de toneladas de cereales, en 1979 fueron 71 millones y, según las previsiones de la FAO, dentro de trece años serán 95 millones. Los países más pobres gastan cada vez más para no morir de hambre. La brecha entre países pobres y ricos se abre rápidamente, pese a los esfuerzos de organismos como las Naciones Unidas, la UNCTAD y el «diálogo» Norte-Sur.

Algunos atribuyen a las secuelas del colonialismo, sobre todo en Asia y Africa, las actuales condiciones de vida de los países del área. Por ejemplo, en Chad los campesinos se vieron obligados a abandonar sus cultivos tradicionales para plantar algodón; Senegal y Kenya son exportadores de verduras frescas para el consumo europeo; Senegal envía anualmente 10.000 toneladas de tomates, judías verdes y pimientos a la CEE y, al mismo tiempo, se ve obligado a importar patatas y cebollas; Níger utiliza las tierras cultivables para la producción de melones, mientras que en 1978 tuvo un déficit de 85.000 toneladas de cereales. Los cultivos forzados incapacitaron a estos países para alimentarse.

Lester R. Browm, presidente e investigador del World Watch Institute, en su libro *Building a sustainable society* (La construcción de una sociedad estable), afirma que la escasez de alimentos y las oscilaciones en los precios de los granos ocasionaron a principio de los setenta el retorno del hambre. «Los países más pobres fueron los más duramente afectados. Bangladesh, con dos malas cosechas en los primeros años de la década, enfrentó tasas de mortalidad que aumentaron rápidamente al doble. Después de un débil monzón y una pobre cosecha en 1972, el gobierno indio descubrió que la Unión Soviética había adquirido la mayor parte de los abastecimientos mundiales de trigo exportables, dejando muy poco a la India para compensar sus parcos resultados.»

La fotografía de la página anterior nos muestra una popular piscina de Tokio en un día de fiesta. Cada cierto tiempo, y al sonido de una sirena, todos los bañistas salen del agua: es la única forma que tienen los encargados de la instalación de descubrir si hay algún ahogado. En el metro, unos empleados de la compañía empujan hacia dentro de los vagones a las personas que taponan la entrada. Son algunas de las medidas a las que los japoneses se han visto obligados para hacer frente a la superpoblación. Su caso es, de todas formas, excepcional, pues combina el hiperdesarrollo tecnológico y la superpoblación.



Suena un silbato: el público sale del agua hasta que se comprueba la existencia de un posible ahogado

El campo se ve afectado por la contaminación y la expansión urbana.



Casa-colmena en Hong-Kong.

América: el norte, «granero»; el sur, «cliente»

En fecha reciente, 1950, Latinoamérica y Estados Unidos tenían poblaciones aproximadamente iguales en número (163 y 165 millones, respectivamente), pero mientras el crecimiento de la población norteamericana ha ido disminuyendo sustancialmente desde entonces, el de la población latinoamericana se ha intensificado. México, Venezuela, Perú y Brasil tienen una tasa de crecimiento demográfico cercana al 3 por 100 anual. (México la ha rebajado en 1982 a 2,5 por 100.)

Si la población norteamericana de 1950 hubiera crecido al ritmo del 3 por 100 anual, habría llegado a los 395 millones en 1980, en vez de los 248 millones actuales, absorbiendo así todos los excedentes exportables del país y dejando que el continente luchara por mantener la autosuficiencia.

Richard L. Clinton, vicedecano de la universidad de Oregón (Estados Unidos), opina que las disyuntivas con las que se enfrentan los países de Latinoamérica (y todos los del Tercer Mundo) para alimentar a sus habitantes afectarán en el futuro, en forma creciente, a Estados Unidos. «Como somos muy ricos —afirma—, quizá podamos retrasar el amargo momento en que nos veamos obligados a reconocerlo; empero, dudo mucho que posponer ese reconocimiento conceda la paz a nuestro espíritu o mejore la calidad de nuestra vida.»

Estados Unidos se inicia como «granero mundial» en los años cuarenta, aumentando el volumen de exportación gradualmente en los cincuenta y sesenta, para duplicarse casi en la década de los setenta, cuando un gran número de países empezó a perder la capacidad de autoalimentarse. El Institut Meditérranéen de Montpellier afirma que, antes de terminar la década de los años ochenta, diez empresas multinacionales, ocho de ellas estadounidenses, «controlarán más del 50 por 100 de la alimentación mundial».

El crecimiento de la producción de alimentos descendió en América latina de 3,8 por 100 en 1961-1967 a 2,4 por 100 en 1967-1973, y en los últimos diez años ha decrecido a los más bajos niveles por persona de los últimos decenios.

Los países ricos de la región, con mayores posibilidades que los pobres, gastan divisas en importar alimentos, muchos de los cuales llegaron a exportar en fechas anteriores. Se esfuman así sus riquezas. La CEPAL afirma que la pobreza es un fenómeno que abruma a cerca de 150 millones de personas en Latinoamérica y el Caribe. La desnutrición es un flagelo. Durante el

período 1970-1978, la producción agropecuaria no superó la tasa media anual del 3,5 por 100, es decir, el ritmo de crecimiento de la población. Por otra parte, la demanda de alimentos aumenta cada año el 4 por 100, mientras que la oferta lo hace el 3 por 100, aunque teóricamente, de acuerdo con la FAO, la disponibilidad de éstos es suficiente para satisfacer las necesidades de la población en términos de calorías y proteínas. Sin embargo, tal disponibilidad (1.540 calorías por persona) contrasta con el consumo que se realiza en los países industrializados, estimado en 3.500.

En Latinoamérica, la población infantil menor de cinco años representa el 16 por 100 del total, y la mayoría padece desnutrición. En el Caribe, Centroamérica y Brasil, el 80 por 100 de los niños de esa edad están desnutridos; más aún, el 50 por 100 de la mortalidad infantil es consecuencia de una mala alimentación.

Este contraste entre la cantidad y calidad de alimentos en países de un mismo continente hace que muchos opinen que el mundo es capaz de autoabastecerse, lejos de las predicciones catastrofistas de los maltusianos, siempre que se consiguiera una redistribución más equitativa de la riqueza alimentaria.

Otros, como Lester R. Browm, creen que para el mundo es una fuente de inseguridad el hecho de «depender de los Estados Unidos para el abastecimiento de alimentos».



La ciudad, un monstruo que lo invade todo.

De un tiempo a esta parte, las sociedades industrializadas han tomado conciencia del peligro que supone el desarrollismo sin límites, al dejar a los hombres sin tierra bajo los pies y al atentar contra las fuentes de subsistencia. Son los efectos de una forma de vida que antes sirvió para situar a estas naciones a años luz del resto del mundo en lo que se refiere a bienestar y poder: un niño californiano consume lo que 500 niños hindúes. Si en Europa, la patria del colonialismo, el movimiento ecologista crece día a día en su lucha por preservar el medio ambiente, en los países subdesarrollados la lucha se sigue manteniendo contra el hambre. La propia revolución sanitaria ha complicado aún más las cosas al evitar millones de muertes por epidemias en países donde la estructura agraria e industrial es incapaz de alimentar a la población.

El asfalto contra la tierra

Esta invasión de la enfermedad del hambre sucede en una época en la que el mundo cede tierras cultivables para acomodar la expansión urbana, provocando con ello la erosión de los suelos.

A partir de mediados de siglo, las ciudades tienden a crecer rápidamente, mientras que la población rural permanece estacionaria o con tendencia a disminuir progresivamente. Los programas de industrialización y de planificación económica provocan una afluencia masiva de los trabajadores y, en algunas urbes populosas, se produce incluso el fenómeno de las «ciudades satélites», que si al principio descongestionan las metrópolis, pronto acaban por unirse a ellas y ser absorbidas por sus tentáculos.

De este modo se han ido formando esas ingentes áreas metropolitanas como Tokio, con 10 millones de habitantes, o 12 millones si contamos con la inminente absorción de Yokohama; Nueva York, con 11 millones; Londres, con ocho millones; Buenos Aires, París o Shanghai, con siete millones, y México, que se aproxima rápidamente a esa cifra.

A partir de 1960, casi toda la sociedad humana aparece influida por la civilización urbana y por las vías de comunicación. Las ciudades se imponen imperativamente a las provincias y al campo, llegándose, en el lenguaje diplomático o internacional, a identificar un país con el nombre de su capital.

Spengler aludía, al tratar el fenómeno de la decadencia de Occidente, al «demonio de la ciudad, devorador del campo». El gigantismo de las ciudades es un grave problema.

Los antecedentes respecto al uso de la tierra confirman que el crecimiento de las ciudades constituye una de las principales fuentes de la pérdida de terrenos para cultivo. Un estudio de la invasión urbana sobre los campos de pastoreo y cultivo en Europa desde 1960 a 1970 determinó que Alemania occidental había perdido el 1 por 100 de su tierra agrícola en cuatro años y que el Reino Unido y Francia marcaban un 2 por 100 de pérdida durante la década.

Para el Tercer Mundo, la información sobre pérdidas de tierras en favor de la rápida urbanización es menos confiable, pero los demógrafos de las Naciones Unidas suponen que la población urbana mundial se incrementará de 1.810

millones en 1980 a 3.160 millones en un lapso de veinte años. Si dicho aumento creara la necesidad de tan sólo 0,04 hectáreas por persona, en el año 2000 las ciudades del mundo ocuparían una superficie adicional de 54 millones de hectáreas. Si el 40 por 100 de ese total es tierra cultivable convertida a uso urbano, las ciudades estarán construidas sobre una superficie tan grande como el área cultivada de Francia.

Aunque tal pérdida estimada equivaldría sólo al 2 por 100 de la tierra cultivable mundial, el impacto sobre la producción de alimentos será probablemente mayor si se tiene en cuenta que las urbes están situadas por lo general en los terrenos más fértiles.

La población de la Tierra duplica su número en períodos cada vez más breves y ya se anuncia que, de seguir todo al ritmo actual, en el año 2000, dentro de una generación, seremos 7.500 millones de seres humanos. Consolarse con la existencia de inmensos territorios aún sin habitar, o confiar en los avances de la técnica para la producción de alimentos, es ignorar que la superpoblación se localiza en las zonas más atrasadas del globo y la tecnología avanzada en zonas industriales de muy bajos índices de natalidad, y que hasta el momento las relaciones entre ambos mundos no han superado, en el mejor de los casos, el paternalismo.

En un mundo donde cada año hay 70 nuevos millones de habitantes y muy poca nueva tierra fértil en espera del arado, donde la productividad de la tierra es clave para las perspectivas alimentarias, se empieza a oír el término de «megalópolis» para describir las zonas del globo cuyas áreas urbanas son contiguas o separadas por una naturaleza que es, en función de esparcimiento o residencia secundaria, prolongación de la urbe.

La píldora es más barata

Nelson Rockefeller, secretario de Salud y Educación con el presidente Eisenhower, provocó un sinnúmero de discusiones cuando dijo que era mejor gastar cinco dólares para que las mujeres del Tercer Mundo obtuvieran anticonceptivos, que echar a perder 10 dólares en programas de ayuda.

Las preocupaciones de Malthus, que en el pasado siglo advirtió de los peligros de la superpoblación, son hoy objeto de los más serios estudios sociológicos. Los expertos en demografía se han dividido en dos grandes grupos, maltusianos y antimaltusianos; para unos, el problema es real y afectará seriamente a la situación mundial hasta el punto de hacerse necesarias intervenciones casi drásticas para controlar el crecimiento de la población; los otros, sin embargo, opinan que las doctrinas radicales de los seguidores de Malthus obedecen más a exageraciones manipuladas para conseguir un alto nivel de vida de determinados sectores que a una situación real de crisis alimentaria.

En cualquier caso, el problema que plantea el crecimiento de la población ha pasado a ser patrimonio de organizaciones públicas y privadas, y se ha convertido en argumento constante de políticas y gobiernos.

La Federación Internacional de Planificación Familiar, fundada en Londres en 1952; los debates celebrados en la ONU en 1959, la creación, por parte de las Naciones Unidas, en 1969, del Fund for Population Activities, la celebración de la Conferencia Mundial sobre Pobla-



Planificación familiar en Tailandia. Cuidados a una embarazada.

ción en Bucarest coincidiendo con la declaración de 1974 como Año Internacional de la Población, señalan la progresiva politización del problema, necesaria para unos y manipulada para otros.

Durante las dos últimas décadas de este siglo, con la aparición de los anticonceptivos y la decisión de determinados organismos de tomar riendas en el asunto de la superpoblación por considerarlo grave a escala mundial, el crecimiento de la población ha empezado a reflejar datos que señalan un descenso en el índice de natalidad, muy marcado en países desarrollados y menos importante, pero también significativo, en los países pobres, que la UNESCO denomina «en vías de desarrollo».

El control de la natalidad, por cualquiera de los medios que la población conoce actualmente, ha vuelto a resucitar viejas discusiones. Las dos corrientes de opinión vuelven a manifestarse en nuestros días, siendo unos partidarios de un control político, gubernamental o institucional, de los nacimientos, dirigido sobre todo a los países en vías de desarrollo que siguen dando cifras elevadas de natalidad y considerando, estos mismos, que la pareja tiene el derecho fundamental a elegir libremente el número de hijos, y los otros, atacando con toda clase de argumentos la política de planificación familiar.

El ciudadano medio se ve asaeteado desde los medios de comunicación por mensajes que intentan influir en él desde las distintas tendencias. Propaganda sobre la nocividad de los medios anticonceptivos, películas como la de *The last child,* que presentaba a una pareja perseguida por una sociedad bárbara que les quiere impedir tener un hijo, cifras sobre el envejecimiento de la población en determinados países desarrollados, contrastan con reportajes sobre zonas del mundo donde los niños mueren de hambre, ciudades atestadas donde las personas enloquecen, contaminación y novelas de humor donde se construyen casas redondas con un único gran grifo central.

Para terminar con las contradicciones de las dos doctrinas es necesario aclarar que si la penetración de las ideas sobre control de la natalidad ha sido fuerte en los países desarrollados, en los del Tercer Mundo, donde el problema era verdaderamente más acuciante, la generalización de estos sistemas es lenta y ha requerido una preeducación de evolución tardía.

En cuanto a los que temen al hambre y a la falta de espacio, la contestación es el hombre científico, capaz de dominar la naturaleza en muchos de sus aspectos y que debería aplicar su técnica en el mejoramiento de cosechas que podrían duplicarse con los medios precisos.

R. P.



La edad media de la población ha aumentado.

Superpoblación y hambre son los dos azotes principales de buena parte de la humanidad, la menos desarrollada. Cuestiones que hoy nos preocupan a nosotros, como la de la tercera edad, se encuentran para ella en un horizonte muy lejano. ¿Puede separarse el problema de la superpoblación y el de la falta de recursos? Las estadísticas los muestran tan unidos que cualquier intento de atacarlos por separado, aparte de engañoso, está condenado al fracaso.



La higiene, factor primordial en los nacimientos.

Bibliografía básica

FERER REGALES, M.: *La población entre la vida y la muerte,* Prensa Española. Madrid, 1975.
VOGT, W.: *La faim du monde,* Hachette. París, 1950.
SAUVY, A.; BERGUER, H.; RIQUET, M., y otros: *Historia del control de nacimientos,* Península. Barcelona, 1972.
DUMONT, R.: *Chine surpeuplée. Tiers-Monde affamé,* Seuil. París, 1965.
Pobreza crítica en la niñez. América latina y el Caribe. CEPAL/UNICEF, 1981.



Política internacional

Triunfo de la revolución cubana. Fidel Castro, proclamado primer ministro tras derrocar al presidente Fulgencio Batista.
John Foster Dulles, secretario de Estado norteamericano, dimite debido a una grave enfermedad. Morirá un mes después.
Heinrich Luebke sucede a Theodor Heuss como presidente de Alemania federal.
Habib Burguiba promulga la nueva Constitución tunecina. En noviembre es reelegido presidente.
Viaje a la Unión Soviética del vicepresidente norteamericano Richard Nixon.
Eisenhower visita España.
Lin Chao-chi sucede a Mao Tse-tung en la presidencia de la República Popular China. Mao continuará como jefe del Partido Comunista.
Rebelión en el Tíbet. El Dalai-Lama huye a la India, y el país es ocupado por la China roja.

Sociedad

Boda entre el sha del Irán y Farah Diba.
El Senado francés levanta la inmunidad parlamentaria a François Mitterrand por insultos a un magistrado.
Las Naciones Unidas proclaman los derechos del niño.
Teilhard de Chardin publica su libro El fenómeno humano.
Muere José Vasconcelos, escritor y filósofo, ex ministro de Educación mexicano.

Economía

En España se implanta el Plan de Estabilización Económica. En este mismo año es admitida en la OECE.
Ante la falta de alimentos en Polonia, Gomulka pide al Comité Central un plan de austeridad.
La URSS se compromete a superar la producción per cápita estadounidense en su nuevo plan septenal.

Ciencia y tecnología

El satélite soviético Lunik III *consigue fotografiar por primera vez la cara oculta de la Luna.*
Un nuevo tipo de barco, el Hovercraft, *que flota en el agua por medio de unos cojines de aire, atraviesa el canal de la Mancha en 2 horas 7 minutos.*
En el convenio de la Antártida se acuerda que durante treinta años el continente austral sea utilizado para fines pacíficos.
Apertura de la ruta marítima de San Lorenzo, que une el Atlántico con los Grandes Lagos de Norteamérica.
El científico español Severo Ochoa obtiene el premio Nobel de Medicina por sus estudios sobre el ácido ribonucleico.

Sucesos

Catástrofe en España al estallar la presa de Ribadelago (Zamora).
Pánico en Manhattan (Nueva York) por un corte en el fluido eléctrico.
Un tifón causa 1.200 muertos y 1.500 desaparecidos en Japón.



Severo Ochoa.



***Jean Dubuffet:* Beard of uncertain returns.**



Brasilia: Plaza de los Tres Poderes.

Llegada de Eisenhower a Madrid. (Foto Gyenes.)

1959

Deportes

La Unión Soviética gana el campeonato de Europa de baloncesto disputado en Estambul.
El Real Madrid gana por cuarta vez consecutiva la Copa de Europa de Fútbol.
Alex Olmedo, triunfador en Wimbledon frente a Rod Laver.
El sueco Ingemar Johansson arrebata el título mundial de los pesos pesados al norteamericano Floyd Patterson.

Literatura

Salvatore Quasimodo: premio Nobel.
Heinrich Böll: Billar a las nueve y media.
Raymond Queneau: Zazie en el metro.
Julio Cortázar: Las armas secretas.
Günter Grass: El tambor de hojalata.

Cine

François Truffaut: Los cuatrocientos golpes.
Alain Resnais: Hiroshima mon amour.
George Stevens: El diario de Ana Frank.
Federico Fellini: La dolce vita.
Claude Chabrol: Los primos.
Mueren Errol Flynn, Ethel Barrymore y Cecil B. De Mille.
Los Oscars de Hollywood son concedidos a Charlton Heston y a Simone Signoret por sus interpretaciones en Ben-Hur *y* Un lugar en la cumbre, *respectivamente.*

Teatro

Eugène Ionesco: El rinoceronte.

Música

Peter M. Davies: St. Michael Sonata.
Karl Birger Blomdahl: Aniara.
Karlheinz Stockhausen: Grupos.
Muere Sidney Bechet.

Pintura y escultura

Georges Mathieu: Pintura.
Morris Louis: Saraband.
Exposición de las obras de Marc Chagall en Hamburgo.

Arquitectura

Arne Jacobsen: Royal Hotel, *Copenhague.*
Oscar Niemeyer: La plaza de los Tres Poderes, *Brasilia.*
Muere Frank Lloyd Wright.





***Alexander Calder:* Little long nose.**



Visita de Nixon a la Unión Soviética.